LIBERTAD DELGADO



UN EDÉN DE HUESOS EN FLOR

NdeNovela

Índice

Portada

Portadilla

Guarda delantera

Dedicatoria

Cita

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

INTERLUDIO

11

12

13

14

15

16

17

INTERLUDIO

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

EPÍLOGO (SEIS MESES DESPUÉS)

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Guarda trasera

UN EDÉN DE HUESOS EN FLOR

Libertad Delgado

NdeNovela



A Nana, porque sin ti esta historia no existiría.
A Ava, por ayudarme a llevarla donde debía estar.
Gracias de corazón a las dos.

And I don't want the world to see me
'Cause I don't think that they'd understand
When everything's made to be broken
I just want you to know who I am.

GOO GOO DOLLS, *Iris*

PRÓLOGO



Érase una vez dos mundos separados por un velo, ambos igual de traicioneros para el incauto.

Uno lo habitaban los humanos, cuyas frágiles vidas transcurrían entre el polvo de la tierra, el choque del acero y el murmullo de las plegarias ante la oscuridad que acechaba en cada rincón.

El otro plano pertenecía al Bello Pueblo. Permanecía tan sumido en las brumas del misterio que ni sus mismos habitantes sabían exactamente hasta dónde llegaban sus confines, pues el espacio era para ellos tan borroso como el tiempo. Al contrario que aquellos a los que ellos llamaban «mortales», esta gente variopinta abrazaba las incógnitas; estaban hechos de ellas.

Se les conocía por muchos nombres: duendes, hadas, diablillos, elementales, feéricos.

Los feys.

Poco sabían los humanos de ellos, salvo que era mejor no cruzárselos, por si acaso. De igual manera, los feys desconocían cuán extensa era en realidad la Tierra de los Hombres, ni cuántos reyes, castillos o catedrales tenían. Tampoco les importaba la

«reconquista» en la que los mortales andaban metidos contra sus vecinos del sur. El tiempo transcurría bastante más deprisa en el en plano mortal que en el de los feys y, en consecuencia, a estos les costaba seguir los cambios constantes y vertiginosos de sus modas y costumbres, sus dioses y sus guerras, las vidas que brotaban y se apagaban en un parpadeo. No salía a cuenta aprenderse nada que, con toda seguridad, habría cesado de existir la próxima vez que se dignaran a asomarse al otro lado del Velo.

La cortina invisible mantenía estos dos mundos tan dispares aislados el uno del otro, de forma que no pudieran corromperse entre sí.

No obstante, en algunas fechas señaladas, el Velo se rasgaba brevemente en lugares donde las hogueras de los temerarios ardían rabiosas contra la medianoche. La niebla cobraba vida, trayendo consigo cánticos, tufos extraños, llamadas del otro lado que sonaban a amenaza o a invitación, según quién las oyera. En noches así, la Creación daba permiso a los dos mundos para tocarse de modo fugaz. Para sentir la maravilla o el horror; a menudo, ambas a la vez. En esos momentos de frenesí, mientras las fronteras entre mundos permanecían abiertas, los feéricos atravesaban los portales, se adentraban en las tierras de los humanos y saciaban sus apetitos. Si estos eran aberrantes, tampoco pasaba nada, pues allende el Velo todo estaba permitido. O eso querían creer.

Al llegar el alba, los que habían sobrevivido a la noche regresaban a su tierra y el Velo volvía a cerrarse a sus espaldas. Si había consecuencias para lo que habían hecho, estas se quedaban convenientemente atrás, donde era fácil olvidarlas.

Así funcionaban aquellos dos mundos superpuestos: como dos nonatos flotando en el vientre de la Creación. Eran conscientes de la borrosa existencia del otro —y de su otredad—, ya que de vez en

cuando intercambiaban alguna patada, alguna caricia accidental que los dejaba estremecidos, preguntándose qué demonios era eso con lo que compartían útero. Podían intuir partes sueltas del otro, pero no verlo en su totalidad, y eso era lo mejor para todos.

De lo contrario, quizá habrían intentado devorarse mutuamente.

La Creación, en su sabiduría, había decidido que así debía funcionar la realidad. Esas eran sus leyes: caprichosas pero inmutables, y todas sus criaturas se amoldaban a ellas.

Entonces llegó el Apocalipsis y las leyes inmutables ardieron.

Empezó con un eclipse que sumió el plano de los humanos en la penumbra. Nadie lo vio venir, ni siquiera los más brillantes astrónomos. El sol se convirtió en un anillo carmesí, un ojo monstruoso orientado hacia la Tierra de los Hombres. Estos afirmarían más adelante que aquello era el ojo de su Dios. Al fin los había mirado desde su trono en las alturas y visto los pecados de la humanidad; de ahí la larga lágrima roja que descendió del aro flamígero, como una columna de sangre. La maldad del mundo había hecho llorar a Dios.

Y, por ello, los castigaría a todos.

Cuando la lágrima tocó el horizonte, las montañas temblaron. La tierra se abrió con brechas gigantescas que escupían lava y azufre. Hordas de seres nunca vistos emergieron aullando a través de ellas y se esparcieron como una jauría hambrienta.

Al tercer día, el eclipse terminó, pero no aquel juicio divino. Las cuchilladas en la carne del mundo de los humanos permanecieron abiertas, supurando su corrupción sin descanso durante lunas, cuando no años.

Los mortales bautizaron a aquel fenómeno como «el Desgarro».

Poco después, descubrirían que su suplicio no terminaba ahí, pues el Desgarro no solo había abierto heridas en su tierra, sino también

en el Velo que la mantenía separada del plano feérico. La frontera entre los mundos se llenó de agujeros que podían atravesarse en cualquier momento, no únicamente en fechas señaladas, y muchos feys aprovecharon la oportunidad, espoleados por el hambre de experimentar lo nunca visto antes.

Uno de ellos fue el rey dríade Mirtalón, señor de Bosqueterno.

Cruzó la frontera él solo; nadie sabe por qué. Tal vez no deseara testigos que pudieran juzgar sus actos en el otro lado. Quizá le apetecía escabullirse en clandestinidad, como un jovenzuelo, para contemplar con sus propios ojos las aberraciones que el Desgarro había soltado allende el Velo y, quién sabe, incluso probar a cazar alguna. Hasta los soberanos que tanto se enorgullecían de su templanza, como Mirtalón, necesitaban sucumbir a sus caprichos más insensatos de vez en cuando.

Pero eso no son más que conjeturas. Nadie sabe realmente qué se le pasó al rey por la cabeza esa noche. Lo único cierto es que tomó su arco y su falcata, montó en su enorme lobo feérico, se escabulló a través del Velo como un bandido y se marchó de cacería a un bosque tenebroso donde ningún mortal sensato habría osado adentrarse.

Mientras perseguía al galope a una bestia abyecta con tentáculos de sombra, una ráfaga de viento perfumado le revolvió el follaje de la melena. Le supo tan dulce que se olvidó de la criatura. Picado por la curiosidad, siguió aquel aroma desconocido y llegó a un gran jardín de enredaderas que crecía salvaje en torno a una chocita, agazapada en lo más profundo de la foresta.

Allí conoció a la muchacha con el cabello del color del óxido.

Se la encontró de pie en medio del jardín, mirándolo como si él fuera la rareza y no al revés. Al dríade le llamó la atención la falta de amuletos religiosos en su atuendo; todos los humanos se cubrían

con ellos, en especial desde que el Desgarro convirtiera su mundo en un gran campo de batalla. Eso sí, tampoco estaba indefensa. Alhajas protectoras adornaban sus extremidades: de plata para los malditos, de hierro para los feéricos. Mirtalón no descartaba que también guardara sal en los bolsillos de la falda. La sustancia repelía a la mayoría de los feys. También a algunos demonios, según le habían contado, aunque su pueblo poco sabía del tema, pues ese tipo de entidades jamás se manifestaba en las Tierras Feéricas.

La humana era bonita, a pesar de sus ropas ajadas y de los cercos que oscurecían sus ojos, impregnados de tristeza y soledad. A primera vista, parecía una simple mortal de tantas, una infeliz que trataba de sobrevivir escondida en un lugar que tarde o temprano la devoraría.

Pero en el Bello Pueblo saben mucho de apariencias engañosas y el rey reconoció enseguida lo que tenía delante. Esa no era una humana al uso. No gritó al verlo, ni se encogió ante su lobo. Repasó de arriba abajo la figura alta e imponente de Mirtalón, como si sus ojos astutos pudieran leerle la juventud en los pómulos altos y la boca orgullosa. En el lustre de su larga melena, salpicada de follaje, que colgaba como una cascada de lianas verdes tras su espalda ancha. En sus miembros largos y fibrosos, cubiertos de un veteado ondulante que resaltaba sobre su piel verdosa. Después le sostuvo la mirada y entornó los párpados, como si hubiera descubierto algo todavía más curioso en los ojos de Mirtalón. Ojos de esclerótica morada e iris aún más morados, distintivos de la estirpe fey yedrasi, reverenciada en Bosqueterno y respetada a lo largo de las Tierras Feéricas. Ojos de soberano, hechos para desafiar a otros y no al revés.

Irritado ante la osadía silenciosa de la humana, el rey acortó la distancia que los separaba.

Un crujido bajo las patas de su montura lo detuvo.

Huesos. Bajo las zarzas y la hojarasca, enterrados como bulbos entre el musgo. Bestias, hombres, criaturas inclasificables. El jardín entero estaba sembrado de ellos. Nunca había visto tantos; los feys no dejaban cadáveres al morir. Ese fenómeno perturbador era exclusivo de las criaturas mortales.

Jamás lo habría admitido en voz alta, pero un súbito escalofrío de disgusto lo recorrió. ¿Cómo se atrevía a pillarlo con la guardia baja, a mancillar las patas de su lobo con restos de muertos? La mataría. Ningún humano se burlaba del gran Mirtalón y vivía para contarlo.

Pero entonces ella se rio.

Y su risa fue tan melodiosa, tan espontánea, que la ira del rey se convirtió en algo más peligroso: interés.

¿Cuánto habría transcurrido en la Tierra de los Hombres desde la hecatombe que la trastocó? ¿Veintitantos años? ¿Treinta, quizá? Era difícil calcularlo con precisión; el tiempo en aquel lado transcurría más rápido que en el de Mirtalón, pero esa velocidad tampoco era una ciencia exacta, pues fluctuaba según le parecía. De cualquier modo, lo fascinó comprobar que los rumores eran ciertos: la magia oscura del Desgarro había calado tan hondo en el mundo de los mortales que no solo había permeado su tierra, sino también la sangre que corría por sus venas. Hasta el punto de que, a pesar de todas sus precauciones, a veces engendraban sin quererlo criaturas con dones terribles, híbridos de apariencia humana pero imbuidos de un poder que escapaba incluso al entendimiento feérico.

Mirtalón había visto rarezas a lo largo de su vida, pero jamás una tan desconcertante como esa bruja pelirroja que caminaba entre la muerte. Qué flor tan extraña, capaz de prosperar donde nadie más podía.

Decidió perdonarle la vida. Había venido a curiosear aberraciones y con esa le bastaba; qué menos que dejarla vivir como recompensa por haberlo entretenido unos instantes. Sin mediar palabra, le dio la espalda y se marchó, decidido a no pensar más en los humanos y en su mundo deprimente.

En su palacio lo aguardaban sus dos hijas pequeñas, su esposa recién embarazada de la tercera y una corte que lo adoraba. Era Mirtalón, soberano reputado en todos los reinos feéricos y descendiente de la rama yedrasi, la más poderosa entre las dríades, consagrada por la misma Tierra desde tiempos inmemoriales para gobernar los vergeles de Bosqueterno. Solo tenía que cantar para que cada raíz y hoja de los Bosques se plegara a sus deseos...; pero pronto descubrió que todo ese esplendor perdía lustre cuando la mortal del bosque retorcido se colaba sin permiso en sus pensamientos.

Hasta los reyes, que todo lo tienen, sienten la tentación de lo prohibido.

Mirtalón volvió para visitarla, una y otra vez. Al principio, la humana lo rehuía. Después empezó a dirigirse a él con cortesía distante, a veces burlona. No obstante, en sus ojos había curiosidad, y pronto su interés se convirtió en anhelo. Mirtalón no solo era imponente; poseía también una hermosura feral capaz de turbar a cualquiera. Además, la trataba con una deferencia que ningún hombre, fey o humano, había empleado jamás con ella, y le alegraba las horas más negras de la noche con conversaciones que se alargaban hasta el alba. En una ocasión, ella le enseñó cómo tocaba las castañuelas con pedazos de hueso y él, tras un momento de estupor, se echó a reír como no lo había hecho en una eternidad.

Le gustaba esa muchacha irreverente y encantadora, más de lo que les convenía a ambos. Y ella estaba sola, sola como un lobo sin

manada. Mirtalón sabía que derribar sus últimas defensas era solo cuestión de tiempo y, como fey, en ese asedio tenía todas las de ganar. Le bastaba con retirarse a sus dominios y esperar unos días; para cuando regresaba con ella, la joven lo había echado de menos durante al menos el doble de tiempo, y la encontraba famélica por su compañía.

Al final, inevitablemente, consiguió lo que deseaba.

La presa tocada por el Desgarro se dejó cazar.

«Puedo obrar como me plazca», se dijo, la noche en que ella por fin lo guio al interior de su jardín oscuro. Para eso era feérico, y rey además. Nada le estaba vetado, ni las mayores perversiones, siempre que las cometiese al otro lado del Velo. Si quería saciar sus apetitos con una bruja humana en un lecho sembrado de muerte, lo haría.

La contempló desvestirse bajo la luna llena. Dejó que lo tumbara sobre el musgo y los huesos y se subiera a él a horcajadas. Con los ojos brillantes de entrega, la joven se quitó los amuletos de protección, uno a uno. Llevaban viéndose una estación —mucho más para ella— y, a esas alturas, la humana confiaba en que su Mirtalón no le haría daño. Y él pensaba que, como solía ocurrir entre feys y mortales, los dos gozarían juntos y después él seguiría adelante con su vida. Ese idilio fugaz no tendría más consecuencia que un puñado de hermosos recuerdos.

Ambos fueron unos necios.

Pasó el tiempo. Los asuntos del reino requerían de la atención constante del soberano, así que sus escapadas al plano mortal se espaciaron. Mirtalón era consciente de que cada día que transcurría en su mundo suponía mucho más para su amante, mas no podía desatender sus obligaciones. La prosperidad de los Bosques dependía de él. Las relaciones con el reino vecino de Mohorroca se

estaban agriando rápidamente y se respiraba tensión en la frontera. Los días se le convirtieron en semanas; las semanas, en meses. El deseo de visitar a la humana ya no lo acuciaba como antes. ¿Quería volver a verla, en realidad? A saber cuánto había transcurrido en el mundo de los mortales desde su última escapada. Tal vez ella ni viviera ya.

Era mejor olvidarla y centrarse en su esposa, a punto de dar a luz.

La reina parió a la tercera princesa, mas el esfuerzo la marchitó más allá de toda cura y pereció. Pues, contrario a lo que creen muchos humanos, los feys son longevos pero no inmortales. Su fin les llega como a cualquier ser vivo. La energía de la reina regresó a la Tierra y, a la manera de las dríades, se convirtió en un árbol que sus hijas desconsoladas visitarían para honrar su memoria.

Centrado en gobernar unos Bosques que cada vez acaparaban más de su atención, Mirtalón no volvió a aventurarse allende el Velo.

La nieve se rindió al verdor de la primavera, las flores dieron paso a frutos que engordaron bajo el calor del verano y el viento fresco del otoño arrastró sus hojas secas a través de los bosques. La rueda del tiempo no se detiene para nadie, fey o mortal.

Ni tampoco los salva de sus sorpresas.

Años más tarde, el rey se hallaba cazando en los límites de su reino, cerca de una zona fronteriza donde el Velo estaba especialmente agujereado, cuando percibió en el aire un olor que lo hizo detenerse en seco. Era ese aroma dulce, el que lo hacía pensar en cabellos de óxido y en melodías de huesos quebrados. En deleites impuros que aún permanecían grabados en sus recuerdos, a pesar de sus intentos por olvidarlos..., pero todo ello agriado por el hedor de la putrefacción.

Acompañado por su escolta, siguió el rastro hasta un claro neblinoso. Los árboles desnudos de alrededor se retorcían de

inquietud. Medio camufladas entre sus ramas, haditas de corteza observaban la escena, tan silenciosas como los cuervos feéricos que aleteaban sobre ellos, desprendiendo sutiles estelas de humo negro. Nadie se atrevía a emitir un sonido.

Excepto la niña con el pelo del color de la sangre.

Su lamento perforaba la bruma, tenue y agudo. Mirtalón no le echó más de diez años humanos. Yacía encogida de costado, abrazada al cadáver de una mujer. El rey se fijó en el cuerpo. Aunque la corrupción comenzaba a deformar sus rasgos manchados de barro, habría reconocido esa melena oxidada en cualquier parte. Una emoción innombrable le atravesó el pecho como una saeta.

Estaba muerta. Pudriéndose, como marcaban las leyes de su naturaleza.

Pero de su cuerpo brotaban plantas. Una maraña de zarzas nacía de sus heridas y se arqueaba sobre ella, formando un entramado protector de espinas granates, largas como dagas. Por doquier se abrían flores negras, moradas y añiles; hematomas con pétalos que se extendían sobre la palidez del cadáver, en un intento desesperado de ocultar —de negar— su descomposición. El yedrasi conocía los nombres de todas las flores, pero la lengua se le convirtió en piedra al darse cuenta de que no tenía nombre para esas. Nadie lo tenía. Jamás habían crecido flores así en sus dominios.

Y, en teoría, tampoco deberían haberlo hecho en la carne de una muerta.

Sus súbditos arrugaron el rostro y se cubrieron la nariz entre maldiciones.

—Llamaremos a algún carroñero de los que patrullan las fronteras —sugirió uno—. Que se las coman antes de que apesten el bosque entero.

—Sería más limpio quemarlas directamente —escupió otro.

El rey desmontó de su lobo e, ignorando las protestas de sus acompañantes, se acercó a las intrusas. Al verlo, la niña gimió y se arrebujó aún más contra el cadáver, echándose por encima sus brazos pútridos, incapaces de devolverle el abrazo que tanto ansiaba. Gritó y un pequeño estallido de zarzas brotó del cadáver, trazando un arco protector entre ellas y los recién llegados. Sus espinas apuntaban a los tobillos del soberano; no tenían fuerza para llegar más alto.

Pobre cachorrilla asustada, enseñando sus colmillitos.

Mirtalón pasó sin esfuerzo por encima de las púas y se fijó en la difunta. Varias flechas de fabricación humana le sobresalían de la espalda. A lo lejos, desdibujados por la niebla, atisbó los cuerpos en descomposición de varios hombres y mujeres humanos, todos atravesados por finas zarzas rojas. Las habían perseguido a través del Velo, pero ellas habían luchado hasta el último momento.

Su bruja siempre había manifestado una abierta desconfianza hacia el mundo de los feys. Jamás consintió en visitarlo, ni siquiera bajo su protección. Debía de haber estado muy desesperada para adentrarse en territorio feérico después de tanto tiempo.

Mirtalón se inclinó sobre la chiquilla. Si ya era menuda de por sí, frente a él parecía frágil y fugaz como una mariposa. La palidez rosada de su piel recordaba a la flor de un almendro, y lucía en la frente y sobre los pómulos un patrón simétrico y ondulante de vetas carmesíes. Despacio, el rey rozó con los dedos las hojitas violáceas que crecían sobre las orejas puntiagudas de la niña. Ella dio un respingo y alzó hacia él unos ojos anegados en lágrimas sangrientas.

En el morado vivo de sus iris el rey reconoció el de los suyos propios.

La contempló durante un largo, largo rato. Nadie supo qué pensamientos se escondían tras su rostro pétreo. Sus súbditos

intercambiaban miradas duras, inquietas. Lo que estaba a la vista no necesitaba palabras.

—Tendrá vuestra sangre yedrasi, mi rey, pero su magia está corrompida por las fuerzas nocivas del mundo de los hombres —se atrevió a decir uno—. Se alimenta de *muerte*. Bosqueterno no es su sitio.

—Si no deseáis matarla, deberíamos devolverla a su plano o dejarla en algún reino vecino más acostumbrado a... criaturas de su condición. Que ellos la acojan como vean conveniente —murmuró otro.

—Desaconsejo eso último, mi rey —protestó un tercero—. Los humanos ya han intentado destruirla, y los otros feys reconocerán la semilla yedrasi en su faz con solo verla. Si acabase en la corte equivocada, la tomarían como rehén. Peor aún, la convertirían en su mascota para mancillar el honor de vuestra noble estirpe. Teniendo en cuenta el destino que la aguarda en cualquier otro lugar, sería más misericordioso sacrificarla aquí mismo.

El rey los silenció con una mirada que prometía terremotos. Luego se volvió hacia la niña y se agachó para estudiarla más de cerca.

—¿Qué ha pasado, criatura? —le preguntó en la lengua de los humanos, esa que ellos llamaban «romance».

—Se me querían llevar —consiguió decir ella, entre sollozos.

—¿Quién?

—Todos. Los purgadores, los engendros, hasta los otros brujos... Mamá me tenía escondida y nos cambiábamos mucho de sitio, pero al final siempre nos descubría alguien y entonces querían mi sangre o mis huesos o mi magia. O matarnos y ya. —La niña gimoteó y se frotó la nariz escocida con una manga sucia—. Ya no sabíamos adónde ir.

—Esta no es una tierra segura para los mortales. ¿Qué buscabais? ¿Refugio? ¿Ayuda?

—A mi padre. Mamá dijo que quizá él pudiera protegerme. Ya no queda nadie. Todas las amigas de mamá... están muertas también.

La chiquilla rompió en un llanto desconsolado. Su cara se tiñó con el rojo de sus lágrimas y el rey se sorprendió limpiándoselas con los dedos. Pesaba incluso menos que su tercera hija, aunque ambas aparentaban la misma edad. Cosa curiosa, teniendo en cuenta que se habían gestado en planos con ritmos tan distintos como los vientres de sus madres.

La cogió en brazos. Ella gimió y se revolvió al verse separada de su madre, pero luego pareció rendirse a lo inevitable y le rodeó el cuello con unos bracitos helados, también surcados de finas vetas rojas. Olía a lilas y a muerto.

—¿Cómo te llaman?

—Me dicen Talía —susurró ella contra su hombro—. Pero el nombre entero es Mortalía.

Un amago de sonrisa torció los labios del rey. En qué maldita hora se le había ocurrido enseñarle su idioma a su amante. La bruja había tomado los sonidos que formaban el regio nombre de Mirtalón y los había retorcido para crear uno nuevo que, en la lengua feérica, significaba «flor de muerte» o «muerte que florece». Ese nombre era una declaración de amor a lo que habían creado juntos y, a la vez, una bofetada al orgullo del yedrasi y a su reino inmaculado.

Quiso volver atrás en el tiempo para estrangularla o, mejor aún, besarla con la furia que se merecía. Saber que eso ya jamás podría ser hizo que la flecha invisible clavada en su pecho se hundiera aún más.

—Tu madre siempre tuvo un sentido del humor peculiar.

—¿La conocíais?

Mirtalón contempló la tumba de flores y espinas que se extendía a sus pies. No había dejado de crecer. Ya casi no se veía a la mujer; solo los destellos oxidados de su cabello a través de la flora gangrenosa.

—Sí —respondió, en tono apagado—. Supongo que sí.

La chiquilla seguía llorando, pero ya en silencio, con la vista desenfocada. Pronto colapsaría.

—Señor..., ¿podríais vos llevarme con mi padre? —Su ruego era el maullido exhausto de un gatito abandonado.

A Mirtalón le enterneció que, aun en medio de tanto dolor y hediendo a podrido, la criatura fuese tan decorosa. Tan confiada con alguien que podía quebrarle el espinazo con un simple gesto. El sentido común le urgía a hacerlo, por el bien de todos. La Creación exigía equilibrio. Algunas flores, sin importar cuán bellas o inofensivas pareciesen, debían arrancarse mientras aún hubiera tiempo, antes de que sus raíces pudieran llegar al corazón de la Tierra y, desde ahí, expandirse hasta sus confines con consecuencias fatales.

Rodeó la nuca de la chiquilla con la mano. Qué cuello tan fino, tan frágil. Bastaría un rápido giro de muñeca y la anomalía sería podada en un instante con un breve chasquido. La mesticilla ni se daría cuenta; moriría mientras dormitaba, sintiéndose a salvo en los brazos de alguien.

Pero ya era tarde. La flecha se había clavado demasiado hondo dentro de Mirtalón y él suspiró, estrechándola contra sí.

—Ya estás con tu padre, pequeña Flordemuerte.



La tierra pronto se ahogaría con la sangre y el clamor de las armas, y Talía no estaba preparada para presenciarlo.

Desde lo alto del barranco, contempló cómo el paisaje a sus pies se desperezaba bajo la primera luz de un amanecer soñoliento. La vastedad de la Llanura se pintó de un azul pálido como la escarcha y sus mil charcos se iluminaron, reflejando el resplandor cristalino. Parecían los fragmentos de un colosal espejo roto, caídos del cielo para incrustarse en la franja de tierra oscura que delimitaba el norte de Bosqueterno con el reino ensombrecido de Mohorroca.

La princesa se removió, toqueteándose las pulseras de bronce. Era incapaz de estarse quieta. Sentía que la niebla que cubría el futuro campo de batalla no era simple bruma, sino una monstruosa telaraña, una trampa viva que aguardaba pacientemente a los dos ejércitos asentados en los extremos opuestos de la Llanura.

Bajo la apariencia lánguida del paisaje, la tierra temblaba con las pisadas de cientos, miles de criaturas que se acercaban a la Llanura. Incluso desde su posición segura en la retaguardia, Talía notaba en sus carnes la reverberación de los rabos inquietos que azotaban los troncos a su paso, del castañeteo de las pezuñas contra las piedras del camino. El entrechocar de las armas con escudos y corazas servía de percusión a unos cánticos de guerra que burbujeaban como el agua hirviendo en una olla, cada vez más altos, más calientes.

«Esta vez no se retirarán. Tampoco los dejaremos. La guerra ha durado demasiado tiempo y hoy se acabará, pase lo que pase».

Se palpó con dedos helados el peto de cuero. Chocaba con el vaporoso peplo rosa que llevaba debajo. Su armadura era una pura formalidad, más adorno que otra cosa. Su padre le había mandado quedarse al margen de la batalla, en un claro en las alturas de un barranco escarpado, que emergía de la ladera de un monte boscoso y se asomaba cual balcón sobre la Llanura. Allí, permanecería junto a los sanadores y su único contacto con la batalla se limitaría a recibir a los heridos. O, mejor dicho, a ver cómo otros los atendían mientras ella intentaba estorbar lo menos posible.

Flordemuerte no servía para la lucha. Tampoco se le permitía cuidar a los necesitados. En días como aquel era cuando más envidiaba a sus hermanas, aunque también temiese por ellas. ¿Qué clase de princesa yedrasi se quedaba atrás, en lugar de combatir junto a su padre? Una mal hecha.

Nada más pensarlo, se arrepintió. Odiar esa parte de ella suponía una afrenta a su difunta madre, que tanto la había querido. Así que se mordió el carrillo hasta hacerse sangre, se envolvió en el familiar manto de su vergüenza y rezó a la Tierra y al Árbol del Firmamento por que concedieran la victoria a su reino sin arrebatarle a un solo ser querido más.

Dio un respingo cuando una mano nudosa se posó en su hombro. Al girarse, se encontró con la figura encorvada de Adelfa, la vieja aya que había sido su sombra durante la última década.

—¿Te he asustado, mi niña?

Talía le respondió con una débil sonrisa. La mera visión de ese apacible rostro, moreno y arrugado, le sentaba como un bálsamo. Al igual que el resto de las sirvientas, Adelfa vestía una túnica sencilla y se envolvía la melena canosa en una cofia bordada. Pertenecía a la

rama de las hadas hilanderas y, como todas ellas, era bajita, morena y de ojos gentiles, con orejas de ciervo y unos brazos nervudos que le llegaban por las rodillas.

—He visto a tus hermanas subir por la pendiente que lleva hacia aquí —dijo la anciana. Ante la extrañeza de Talía, añadió—: Imagino que Jara quería verte antes de presentarse en la Llanura.

—¿Y las otras dos?

Adelfa apretó los labios para no decir lo que ambas pensaban. Conociendo a Arceúsa y Terebinta, seguro que no venían a nada bueno.

Talía se alejó del borde del barranco en dirección a la escalinata natural que descendía hasta el claro. Su aya la siguió y se sentaron en un escalón, desde el que la princesa se dedicó a observar al hervidero de feys diseminados por el lugar. Poco más podía hacer.

Una pareja de guardias revisaba sus lanzas junto al borde del barranco, sentados a la sombra de un arce. Ambos eran azulados, bajitos pero recios, con ojillos vigilantes y unas garras capaces de cercenar huesos. Su calma contrastaba con el ajetreo de los sanadores que correteaban de un lado a otro, revisando las provisiones con tensión creciente.

El amplio espacio frente a ella ya había sido despejado para cuando llegasen los heridos. Al menos, aquellos a los que los excavadores pudieran subir por los túneles. El olor punzante de los ungüentos flotaba en el ambiente. Abundaban los montones de mantas y vendas frescas, pero el puñado de hilanderas que acompañaba a los sanadores se afanaba en fabricar más.

«Probablemente las necesitaremos».

Adelfa se colocó tras ella y empezó a desenredarle la larga cabellera con los dedos. Chascó la lengua al palparle las hojitas mustias que le crecían de las sienes a la coronilla, penosas en

comparación con la fronda florecida que sus hermanas siempre lucían en las melenas.

—Pero bueno, niña, ¡si se te caen a puñados con solo tocarlas! —Le mostró una mano llena de hojas muertas, de un violeta apagado.

—¿Y qué quieres, Adelfa, si me marchito de angustia por momentos?

Una voz melodiosa las hizo volverse hacia el pie de la escalinata.

—Tranquila, aya. Ya se revivirá en cuanto empiece a morir gente.

Talía inspiró hondo y trató de esconderse tras una fachada inexpresiva.

Ante ellas se alzaba Arceúsa, la primogénita del rey, altiva sobre un ciervo blanco con colmillos como navajas. La seguía Terebinta, la segunda hija, a lomos de otro venado idéntico al anterior, excepto por su pelaje dorado. Sus armaduras de cuero y corteza encantada dejaban ver sus extremidades largas y fibrosas, surcadas de vetas serpenteantes. Portaban falcatas en el cinto, aunque rara vez llegaban a desenvainarlas. Las armas se hacían redundantes cuando contabas con el poder de la Tierra misma. De todas las princesas, Arceúsa era la que guardaba un mayor parecido con su padre, y ostentaba su altura escultural y el verdor de su piel como una marca de honor. Terebinta no se le quedaba atrás en cuanto a altura, pero su verde era más bien pardo, y la vegetación de su pelo brillaba con los fuegos del otoño.

Su belleza no tenía efecto en Talía. Esas dos le provocaban ganas de desaparecer en cuanto las avistaba, y más en días de pelea. La anticipación las volvía irritables y para ellas jamás había habido diana más suculenta que su hermanita bastarda. En ese momento, parecían perfectamente capaces de trocearla con las manos desnudas, y lo habrían hecho hacía mucho tiempo. Sin embargo, si odiaban a Flordemuerte, más temían a su padre. Desde el primer

día, Mirtalón había dejado claro que Talía, aun mestiza y corrompida por el Desgarro, era una princesa más, y pobre de aquel que le pusiera un dedo encima.

Eso incluía al resto de sus hijas, y lo que las dos mayores percibían como un favoritismo a quien menos se lo merecía solo acrecentaba su odio.

—Mi señora, por favor, no digáis esas cosas en un lugar con tantos oídos... —rogó Adelfa, mirando nerviosa a su alrededor.

Terebinta compartió con su hermana una mueca desdeñosa y se inclinó sobre las astas de su ciervo para dirigirle a Talía una sonrisa de dientecillos afilados.

—Y ahora que ambos bandos cuentan con mortales, habrá un montón de *cadáveres* —susurró, mucho más bajo, para que solo ellas la oyesen—. ¿No estás emocionada? ¿Mandamos que te los vayan trayendo conforme caen, para que te diviertas con ellos?

—Hermana, no te arrimes tanto a ella, que se te va a pegar el tufo a podrido... —masculló Arceúsa.

Un vozarrón femenino las interrumpió desde la distancia.

—Hay que ver la prisa que os dais en adelantarme cuando se trata de fastidiar, ¿eh?

La tercera princesa apareció al galope por un lado del claro, montada en un lobo pardo del tamaño de un buey, y llegó hasta ellas. Su montura gruñó y los dos ciervos retrocedieron, para irritación de sus jinetes. Talía le dedicó a Jara una mirada agradecida, y esta se volvió hacia Arceúsa y Terebinta.

—¿Qué le estabais diciendo? —Las otras no respondieron. Jara bufó. La indignación había encendido el marrón rosado de su piel—. Si habéis venido a sembrar veneno, mejor idos con padre, que pronto se unirá a las huestes.

—Así es —dijo Terebinta—. Con él deberíamos estar, y no perdiendo el tiempo con esta inútil.

—No os he pedido que me acompañarais a verla. —La tercera princesa se recolocó el arco que acompañaba a su falcata.

—Así nos aseguramos de que no te retrasas más de lo imprescindible —zanjó Arceúsa.

En respuesta, Jara sacudió airada su melena, una salvaje cascada de lianas verdes salpicadas de mechones púrpuras, recogida hacia atrás con cintas de cuero. Sobre sus sienes crecía una profusión de hojas serradas, bayas y bellotas. Si el pelo de Arceúsa recordaba a un jardín de la abundancia y el de Terebinta mostraba el esplendor de la cosecha otoñal, la apariencia de Jara evocaba lo más profundo del bosque, donde las bestias corrían en libertad.

En cuanto a Talía..., quitando algunas lianas púrpuras y quebradizas, su pelo era lacio y suave, completamente humano, excepto por el color sangriento y las hojitas oscuras.

Jara desmontó, fue hacia ella y le apretujó las mejillas entre sus manos callosas.

—¿A qué viene esta palidez, flor? Alegra esa cara. Mira lo que te traigo; con esto seguro que te animas.

Hurgó en el follaje de su cabeza hasta arrancar una lustrosa bellota dorada que le entregó con gesto triunfal. Eso, al menos, le sacó a Talía una débil sonrisa. Jara acostumbraba a guardarle los mejores frutos de su pelo y esas bellotas eran sus favoritas.

—Cómetela a mi salud mientras estoy ahí abajo tronchando espinazos.

Talía negó y se guardó el regalo bajo el peto.

—No. La compartiremos cuando vuelvas de la batalla.

Jara soltó una carcajada y le revolvió el pelo.

—¡Suenas como si dudaras de nuestra victoria! —La hizo levantarse—. Arriba, mi cosilla mustia.

Caminaron juntas hacia el borde del barranco, acompañadas por Adelfa.

—Contempla lo que se les viene encima a las hordas del rey Tarquín —dijo Jara.

Poco a poco, con la falsa lentitud de las fuerzas temibles, el ejército de Bosqueterno asomó a la Llanura. Aun después de una década entre los feys, a Talía le asombraba que una horda tan dispar y caótica pudiera mantener algo parecido a una formación. Allí había seres bellos y grotescos, enormes y pequeños, desnudos y vestidos; a lomos de bestias, volando o a pie. Todo aquello se entremezclaba en un hormiguero multicolor que mareaba solo de verlo. Trasgos saltarines de piel negra y arrugada, visibles entre el barro solo por el rojo de sus gorros. Hermosas anjanas armadas con varas de encantamientos. Enjambres de haditas voladoras que revoloteaban sobre el ejército, persiguiendo las estelas brillantes de las luminarias. Diaños menudos de patas unguladas y sonrisas burlonas. Mouras altas y robustas como torreones, que cargaban peñascos capaces de aplastar caballos. Esbeltas dríades comunes con melenas de fronda y la piel tan veteada como el pedernal de sus cuchillos. Y entremedias una marea de feéricos, mezcla de los anteriores o de ninguno, tan diversos como inclasificables.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Talía, oteando el ejército.

—Baalak y los suyos vienen de camino, y al nigromante también debe de faltarle poco. —Jara la miró de lado—. Ya tengo curiosidad por verlo.

—Haber estado ahí cuando tuvo la audiencia con padre, en lugar de perdiendo el tiempo con la llorona esta —dijo Arceúsa. Ella y

Terebinta las habían seguido y también contemplaban las vistas, aún montadas en sus ciervos.

Talía mantuvo la vista al frente; no les daría el gusto de reaccionar. Un año atrás, Jara se la había llevado a una parte profunda del bosque, decidida a encontrarle una bestia feérica con la que vincularse al igual que el resto de las princesas, que habían conseguido las suyas siendo niñas. Talía se habría conformado con cualquier animal, ya fuera ciervo, lobo, jabalí o el carnerillo más menudo. Solo quería parecerse un poco más a sus hermanas o, en todo caso, destacarse menos de ellas. Quería que su padre se sintiera orgulloso al verla aparecer a lomos de su propia montura, como una digna yedrasi. Pero el viaje solo sirvió para confirmar lo que ya se temían: todas las bestias de Bosqueterno huían de ella, encabritadas por su olor, ese tufillo a descomposición que la seguía allá donde fuera y que ningún arroyo o perfume podía borrar.

Aún le dolía recordarlo. El rechazo. El miedo en los ojos de aquellas criaturas tan nobles.

«Soy una mancha pútrida en un reino donde la putrefacción no existe».

Para colmo, al regresar a palacio se enteraron de que se habían perdido el último escándalo: un humano tocado por el Desgarro se había presentado en la corte con una tentadora —y polémica— propuesta para el rey.

—Bueno. Así me impresiono más cuando aparezca —zanjó Jara.

Un rugido estremeció el paisaje.

—Ahí llega el enemigo —musitó Terebinta, sombría.

De la penumbra boscosa allende la Llanura empezaron a emerger decenas, cientos, miles de criaturas. Hordas de trasgos arqueros; doncellas pálidas y encorvadas que cantaban con furia; enormes bestias de dos patas con el pelaje pringado de guano. Después

llegaron los gigantes, blandiendo cachiporras hechas con troncos de árboles aún más grandes que los que tronchaban a su paso. Monstruosos jabalíes cornudos gruñían impacientes y se revolvían mientras sus jinetes, seres greñudos de tez mohosa, ululaban y enseñaban los dientes.

A Talía se le escapó un jadeo cuando una docena de mujeres andrajosas se alzó flotando entre la niebla. Humanas. Brujas. Tenían el cuerpo entero perforado con amuletos de hierro, levitaban en círculo acompañadas por diablillos familiares, y sus cánticos chirriantes perforaban la bruma.

Jara le echó un brazo por encima. Olía a agujas de pino y a su lobo, Brion.

—Te traeré sus cabezas cuando nadie mire —le susurró al oído—. Será asquerosillo y habrá que hacerlo a espaldas de padre, pero, si las quieres, solo has de pedírmelo.

Talía resopló, en un amago de risa. Aunque agradecía las, a menudo, estrafalarias muestras de afecto de su hermana, no había necesidad. Esas brujas nada tenían que ver con quienes habían perseguido a su madre para capturar a la pequeña Flordemuerte. Simplemente, la habían sorprendido: aunque no era inusual toparse con algún humano extraviado pululando por las Tierras Feéricas, era rarísimo encontrárselos en grupo, y encima organizados.

Al divisar al aquelarre, Arceúsa se ensombreció.

—Míralas. Otra caterva de mortales, echados a patadas de su mundo, que se creen que van a encontrar sitio en este aliándose con los feys. Maldita plaga.

—Pues han ido a pegarse al bando perdedor —comentó Terebinta.

—Y da gracias; si llegan a venir en busca de padre, capaz habría sido de acogerlas. Parece decidido a meter en nuestro reino a toda

la ralea mortal que se le ponga por delante. —La mirada violeta de Arceúsa se clavó con intención en Talía.

—Y todos bien impregnados del Desgarro ese. Estamos dejando, como necios, que se traigan sus problemas a nuestro mundo y lo corrompan con su ponzoña.

—Si tanto os disgustan las decisiones de nuestro rey, haberlo comentado en las reuniones del Consejo —protestó Jara.

—Sabes que lo intentamos, ¿o no estabas tú allí? —replicó Terebinta—. Pero ¿desde cuándo padre ha hecho caso de nada de lo que le decimos?

La tercera princesa gruñó por toda respuesta, estrechando aún a la menor. A pesar de la inquina de sus hermanas, y aun siendo ella en parte uno de esos «mortales fugitivos», Talía comprendía su inquietud. Las alianzas recientes del rey Mirtalón habían despertado revuelo en la corte, y tampoco a ella la convencían. Pero confiaba en su padre y entendía sus razones. La guerra contra el rey Tarquín de Mohorroca se había prolongado demasiado. Aunque habían logrado mantenerlo a raya en los límites del reino, sus hordas crecían sin descanso, alimentadas por seres míseros que, cansados de habitar los parajes más lóbregos de las Tierras Feéricas, ansiaban tomar por la fuerza el esplendor de Bosqueterno.

Mientras el amanecer gélido inundaba la Llanura, más y más criaturas salían por centenares del bosque lejano.

—Son demasiados —murmuró Talía con la boca seca.

Nadie la contradijo. Incluso la expresión segura de Jara se había apagado.

—Cientos o miles, no importa. Nosotros contamos con el poder de la Tierra. Y ahora, gracias a padre, también hierro y huesos con los que fulminarlos de una vez por todas.

—Ya. ¿Y qué nos costará esa ayuda? —replicó Arceúsa—. ¿No estamos combatiendo fuego con fuego? Recemos por saber extinguirlo antes de que se vuelva contra nosotros.

—Encima de venenosas, agoreras. De verdad que no hay quien os aguante antes de una batalla —rezongó Jara.

—¿No piensas como yo?

—Opino que lo mejor es dejar el miedo para otro momento y centrarnos en ganar esta guerra. Ya nos ocuparemos después de podar las malas ramas.

Arceúsa bufó.

A su alrededor, los sanadores se asomaban al barranco. El aire de la Llanura vibraba de furia contenida, a la espera de que alguien la hiciera estallar. Un bramido agudo resonó por encima de las montañas detrás de ellas.

—Ya apareció Baalak —anunció Arceúsa—. ¿Qué os apostáis a que antes se pasa por aquí?

—Peina a la mustia, Adelfa, que luzca presentable. —Terebinta señaló a la menor con malicia.

Angustiada como estaba ante la inmensidad del ejército enemigo, Talía no se percató de que la princesa otoñal se había colocado a poca distancia de su espalda. Dio un respingo al sentir su aliento en la coronilla.

—A ver si el krampo se la lleva de una vez. —Cuando se volvió hacia ella, la sonrisa de Terebinta se ensanchó—. ¿Cómo? ¿No te has dado cuenta?

Cuando se trataba de las pullas de sus hermanas, lo mejor era no morder el cebo, pero Talía no pudo resistirse. Le sobrevino la sensación agobiante de que, como de costumbre, estas tenían acceso a una información privilegiada de la que ella se enteraba siempre la última..., si es que se enteraba.

—¿De qué tengo que darme cuenta? —le preguntó a Jara.

—Ni caso, flor. Están diciendo tonterías.

Las interrumpió el clamor de cascos contra la roca. Se giraron hacia el monte que se alzaba tras el claro. Unos doscientos hombres y mujeres, altos y musculosos, bajaban por la pendiente como una avalancha de pieles blancas, salvajes melenas oscuras coronadas por cuernos de íbice y poderosas patas unguladas.

Krampos.

Saltaban de roca en roca con gracia de cabra montesa, mostrando feroces sonrisas. Violentos brochazos de pintura de guerra roja decoraban sus cuerpos. Aminoraron la velocidad a la altura del claro, para incomodidad de los sanadores, y Talía contuvo la respiración al ver el destello frío de sus armas de acero.

Un nuevo bramido tronó en el cielo y los krampos vitorearon, gritando en su idioma brusco, traído de un mundo ajeno al de las hadas y los humanos. La princesa solo reconoció una palabra: Baalak.

Una sombra alada desgarró la niebla sobre sus cabezas y, momentos después, un dragón gris de unas seis varas de largo aterrizó en una zona despejada del claro. Lo montaba el caudillo Baalak, el krampo más formidable que Talía había visto en su vida. Era puro músculo, y el poder de su físico se hacía evidente mientras forcejeaba con las riendas de la bestia, que siseaba y se revolvía bajo su peso, dando coletazos y dentelladas al aire. Los dragones menores como ese no podían escupir fuego, pero eran igual de fieros que sus primos más grandes. Aun así, Baalak logró bajarle los humos con un firme tirón de las riendas.

Si algo se le daba bien al caudillo era lograr lo que se proponía, aunque fuese domeñar a una criatura conocida por su naturaleza malhumorada e ingobernable.

«Algo me dice que, cuanto más se le resisten, más ganas le dan de someterlas», pensó Talía.

No en vano, el krampo se había ganado la atención del rey a base de perseverancia, luchando con ferocidad en todas sus batallas durante el último año y medio. A cambio, Mirtalón permitía que él y sus fuerzas de élite se alojasen temporalmente en Bosqueterno, además de cederles valiosas provisiones con las que sus miles de súbditos pudiesen subsistir allende el Velo mientras mantenían su guerra con los humanos.

Sin embargo, en la corte se rumoreaba que Baalak deseaba más: si conseguía que los feys se involucrasen en sus intentos de conquistar el Reino de los Hombres, sus fuerzas combinadas decantarían la balanza a su favor. Por desgracia para él, los feéricos no tenían interés en implicarse personalmente en los conflictos de los mortales. Les daba igual quién ganara o perdiese al otro lado, mientras mantuvieran la destrucción bien alejada de sus bosques.

Los ojos del caudillo relumbraban con la excitación de la lucha inminente. Acalló los vítores de su gente alzando un brazo y repasó el claro con la mirada.

Arceúsa y Terebinta apenas podían contener sus sonrisas socarronas.

—¿Lo dije o no lo dije? —murmuró la mayor.

La segunda asintió.

—Transparente como el agua.

La mirada del caudillo se clavó en Talía, provocándole un estremecimiento que no supo cómo interpretar. Por lo general, los krampos tenían los iris rojos, pero los de Baalak eran discos de oro vivo; un signo auspicioso entre su especie.

A una orden suya, la avalancha cornuda siguió su descenso monte abajo hacia la Llanura. Solo una decena de krampos se quedó junto

a Baalak, que cabalgó hacia las princesas. Talía tragó saliva.

—Aquí viene —le susurró Terebinta—. Sonríe, florecilla apestosa. El krampo es tu mejor oportunidad.

Arceúsa emitió un ronquidito desdeñoso.

—La única, diría yo. Dudo que nadie más, fey o mortal, esté tan loco como para quererla.

—Nuestra madre se avergonzaría de teneros como hijas —les espetó Jara, al mismo volumen para que el caudillo no pudiese oírlas.

La primogénita bufó.

—¿Qué sabrás tú, si ni siquiera la conociste?

El dragón del krampo se detuvo a unas tres varas de ellas y este las saludó con una inclinación de su cornamenta oscura.

—Princesas. —Su voz era profunda como un desprendimiento de rocas—. No esperaba encontraros a todas reunidas aquí.

Jara forzó una sonrisa de cortesía.

—¿A qué debemos esta visita, caudillo?

—Quería comprobar las defensas del claro. —Baalak observó a los dos centinelas azulados, que lo miraban con desconfianza—. No me parecen suficientes, y más si vos, dama Mortalía, habéis de estar aquí.

Terebinta soltó un suave «oooh» que hizo enrojecer a Talía. No sabía cómo responder a las atenciones de alguien como Baalak. Su melena hirsuta, decorada con los colmillos de las bestias que había derrotado, era tan negra como su barba, y juntas enmarcaban un rostro anguloso, krampísimo: pómulos prominentes, cejas gruesas y arqueadas, y una nariz violentamente triangular, que parecía tirar de todo lo demás hacia delante. Cada rasgo suyo emanaba poderío; hasta la densa mata de vello que oscurecía su pecho y la mitad inferior de sus patas musculosas, que asomaban bajo su armadura.

O la larga cola, acabada en una escobilla negra, siempre oscilando tras él como una advertencia.

Por no hablar del ardor de sus ojos, que últimamente seguían cada movimiento de Talía con inquietante interés.

—Si me permitís la libertad —dijo el caudillo señalando a los diez krampos—, mandaré que estos hermanos os escolten mientras dure la batalla. De lo contrario, no podré combatir tranquilo.

Arceúsa tenía la expresión de un lince que acabase de acorralar a un roedor. Terebinta profirió otro «oooh» de falsa admiración. Las cejas de Jara —y las del aya— se habían alzado tanto que parecían a punto de salir volando. No eran las únicas: el claro entero observaba la escena con escaso disimulo, pendientes de la reacción de Talía.

La mestiza compuso una sonrisa cortés e inclinó la cabeza.

—Aprecio vuestra preocupación, pero no es necesaria; este lugar está bien resguardado. Vuestros bravos guerreros se aburrirían aquí, y no quisiera ser yo la razón.

El bigote del krampo se alzó por un lado.

—Para ellos será un honor aburrirse mientras sea velando por vos. Insisto.

«Tierra y estrellas».

¿Qué había hecho ella, bastardilla mustia, para merecer la atención del caudillo? Debía de ser una broma cruel. Una de esas que solían orquestar sus hermanas mayores, compinchadas con sus palmeros, para ver si ella picaba y se convertía en el hazmerreír de la corte.

No obstante, no halló indicio de guasa en la mirada fija de Baalak. Si aquello era un juego, se lo estaba tomando *mortalmente* en serio.

—No lograré convenceros, ¿verdad? —respondió.

La sonrisa arrogante del krampo se ensanchó y ella se rindió con un suspiro. Si el mortal quería ofrecer un despliegue de galantería

por a saber qué motivos, allá él. Ella ya tenía suficiente de lo que preocuparse.

—De acuerdo entonces.

A un gesto de Baalak, y para disgusto de los centinelas feys, los diez krampos ocuparon el espacio libre entre el borde del barranco y la escalinata. El centelleo amenazador de sus armas y amuletos atrapó la atención de Talía. Hierro. Acero. No recordaba la última vez que había tocado ese material; solo que lo había hecho hacía mucho tiempo, en otra vida, en otro mundo.

El caudillo debió de notar su interés, pues su expresión se volvió calculadora. Se llevó la mano a las vainas que colgaban de su cinturón.

—¿Cómo es que todas vuestras hermanas portan armas menos vos?

Una curva sardónica torció los labios de Talía.

—Debido a mi absoluta inutilidad en el combate, consideramos un desperdicio proveerme de ellas —explicó con falsa viveza.

—Pues discrepo. No partiré en paz sin antes daros una.

Baalak desmontó del dragón y se plantó delante de ella. Un respingo colectivo recorrió a los feys cuando, con un movimiento fluido, desenvainó una de sus falcatas y se la ofreció a Talía, con la empuñadura por delante.

—Aceptad la mía, princesa.

Durante un momento que se hizo eterno, la joven no consiguió reaccionar. Adelfa se había replegado tras sus faldas y sus hermanas aguantaban la respiración al verse tan cerca de aquella hoja de acero.

—El caudillo te ofrece su recia espada. Cógesela —le susurró Terebinta al oído, burlona.

Si el krampo la oyó, no dio muestras. Su mirada amarilla, resaltada por la pintura de guerra, estaba cargada de oscura complicidad. «He oído los rumores que corren sobre ti. Dicen que puedes tocar el hierro. Demuéstramelo», parecía exigirle.

Sospechaba que la espada era una proposición encubierta, una oferta de alianza. De caudillo a princesa. De mortal a... lo que fuera ella. Por un instante, se sintió incómodamente expuesta, pero también... *vista*. Reconocida. Algo similar al hambre se retorció dentro de ella.

¿Y si aceptaba la falcata? Se imaginó agarrando esa empuñadura de hierro. Por una vez en su vida, se sentiría guerrera y temible, aunque solo fuera por su capacidad para tocar un material tan dañino para los feéricos.

Se le fue la mano hacia la espada... y vio que en el rostro del krampo había aparecido esa avidez de conquistador, la misma que mostraba mientras sometía a su montura.

Retrocedió a toda prisa, e hizo lo que siempre hacía cuando se sentía acorralada: encogerse tras un muro de cortesía.

—No es menester. Acepto gustosa vuestra escolta, pero no preciso de más protección. Confío ciegamente en que, con vos luchando junto a mi padre, la victoria estará asegurada. —Fingió otra sonrisa cohibida—. Que este gesto, prescindir de vuestra espada, os sirva como prueba de mi fe.

A su lado, Jara carraspeó para ahogar la risa. Siempre se partía con las salidas diplomáticas de su hermanita, en especial cuando rozaban la ñoñería.

El caudillo estudió a Talía largamente, sin pestañear. Sus labios se curvaron en una sonrisa retadora que mostró sus caninos puntiagudos.

Si estaba al tanto de los rumores sobre ella, quizá hubiera oído también que, además de tocar el hierro sin aullar de dolor, la sangre híbrida de Flordemuerte le daba la capacidad de mentir como cualquier vil mortal —entre muchas otras truculencias que la gente de palacio tenía prohibido mencionar siquiera—.

Al final, el krampo se guardó la falcata e hizo una reverencia.

—Vuestras palabras enardecen a este guerrero más que cualquier grito de batalla, hermosa Mortalía.

Y ella no supo si eso sería verdad o mentira, ni la razón por la que le temblaban las rodillas.

—Me complace oírlo.

Al pie del barranco, el mar feérico se partió en dos para abrir paso entre vítores al rey Mirtalón, montado en su gran lobo. Los medallones de su armadura dorada relumbraban. En la fronda de su melena, su corona astada había triplicado su tamaño en señal de guerra, pero él exudaba tranquilidad, como si se hallara de paseo por los jardines de la corte. Una oleada de admiración recorrió a Talía. Incluso a esa distancia, su padre resultaba imponente como un dios de la naturaleza. Y, para muchos, prácticamente lo era.

Entonces, el viento cambió y les trajo un olor que rara vez se percibía en Bosqueterno, que hasta a ella le resultaba extraño tras vivir tanto tiempo entre feys. Pero, en cuanto lo captó, sus sentidos se agudizaron. Algo en su interior se removió, como la criatura dormida que escucha la llamada de su madre en susurros.

Era el olor de la muerte.

—Ahí viene el Carroñero —anunció la mayor.

Todos se apelotonaron en el borde del barranco, espoleados por una curiosidad morbosa.

Entre la bruma apareció una criatura arácnida de al menos seis varas de altura. Talía tardó un momento en asimilar, boquiabierta,

que estaba hecha de huesos. Huesos moldeados, soldados entre sí por una magia desconocida, reforzados con tiras de cuero y remaches de metal, para formar una bestia contra natura. Los ojos de la colosal araña eran gemas negras del tamaño de cráneos; sus mandíbulas habrían podido cortarla por la mitad en un parpadeo. Las ocho patas, larguísimas falanges de hueso ribeteadas con púas de hierro, apuñalaban el suelo a su paso.

Y encima, sentado como un rey en su trono y balanceándose sutilmente con el vaivén de su criatura, iba el nigromante al que muchos trataban de buitre. «Juntahuesos», lo llamaban. «Alzamuertos».

Salazar, mayormente conocido como el Carroñero.

Mucho había oído sobre él, pero era la primera vez que lo veía. Desde aquella distancia, no podía distinguir sus rasgos; solo que era humano, pálido, con una melena gris y desordenada. Vestía una brigantina oscura y guantes reforzados con garras de metal. A su alrededor, como centinelas aéreos, orbitaban largas estacas de hueso, también rematadas con hierro y plata. Cualquiera que intentase tocarlo se arriesgaría a una muerte dolorosa.

Lo seguía a pie un centenar de criaturas inclasificables, construidas a partir de restos de cadáveres. Esqueletos combinados de bestias y mortales, vestidos con pedazos dispares de armaduras recogidas de mil sitios distintos. A todos les habían añadido pinchos, cuernos y colmillos, con la intención de facilitarles su único propósito: el terror y la destrucción.

—¿De dónde ha sacado todos esos...? —farfulló Jara.

—De los campos de batalla abandonados de su mundo —dijo Arceúsa—. Como el carroñero que es, llega cuando la matanza ha terminado y rapiña cuerpos, armas y armaduras para luego llevárselos a su guarida, donde construye sus aberraciones.

Un escalofrío recorrió a Talía, a caballo entre la repulsa y la fascinación. Ni en el jardín de su madre, en otra vida, había visto tantos esqueletos juntos. Su mente era incapaz de asimilar aquel desfile de muertos que, contra todas las leyes de la naturaleza, caminaban como los vivos. Las tropas del nigromante avanzaban sin más cántico que el entrechocar de sus huesos y el chirrido de sus metales. Tal y como acordase con el rey dríade un año atrás, ese Salazar le había construido un ejército inmune al dolor y al cansancio. Sus entes de hueso lucharían hasta que los pulverizaran, y quizá ni eso bastase para detenerlos. Así lo prometían las sonrisas descarnadas de sus calaveras.

No todas eran humanas o animales. Talía se fijó en un esqueleto más alto que el resto. Dos cuernos de íbice coronaban su cráneo pelado. Tras un rápido vistazo, comprobó que no era el único krampo muerto en las filas de Salazar.

«Krampos y humanos mezclados. Ver para creer. Quién les iba a decir que, tras una vida matándose entre sí, la muerte se burlaría de ellos uniéndolos en un mismo bando».

Oyó a Baalak escupir una maldición entre dientes. Captó la palabra «*murrul*», el insulto krampo por excelencia para los humanos.

Talía contuvo un mohín sarcástico; sabía que él y los suyos, como era la costumbre entre su pueblo, también se guardaban trofeos de los humanos a los que mataban y solían presumir abiertamente de ellos. Solo abandonaron el hábito, al menos de cara al público, cuando el caudillo llegó a Bosqueterno y se enteró de que el rey cuya simpatía ansiaba ganarse tenía una hija medio humana.

—¿Por dónde ha venido con todo ese ejército, que no lo hemos olido hasta ahora? —masculló Terebinta.

—Los rumores eran ciertos, entonces. Tiene un creador de portales a su servicio —respondió Jara, boquiabierta—. Vaya suertudo está hecho el mortal.

Talía tragó saliva. A sus espaldas, los feys intercambiaban murmullos de asombro y recelo. ¿Suerte? Incluso en el próspero Bosqueterno, los portales artificiales habían de fabricarse artesanalmente y era un proceso largo y costoso, que solo unos pocos podían realizar. Pero ¿un ser capaz de desgarrar pasadizos en el tejido de la realidad a voluntad? ¿Y durante el tiempo suficiente para que cientos de criaturas lo atravesaran? Eso era inaudito hasta para la corte de Mirtalón.

Si una criatura así había decidido aliarse con ese brujo, era porque había visto en él un poder igual o superior al suyo propio. Juntos debían de formar un dúo temible.

—¡¿Y ha osado abrir un portal a nuestras tierras desde quién sabe dónde?! —Las espigas del pelo de Terebinta se encresparon de horror.

—Cálmate, viborilla —le dijo Jara—. Sin duda, padre le habrá dado permiso para esta ocasión tan excepcional. El tiempo apremiaba.

—¿Y así hemos de enterarnos nosotras? ¿Acaso ahora la chusma mortal tiene más derechos que los hijos de Bosqueterno? ¡Ver para creer!

Si Baalak se dio por aludido con lo de «chusma», no dijo nada. Por la forma en que desollaba con la mirada al nigromante y a sus creaciones, tal vez ni las estuviera escuchando.

—Qué desfile tan repugnante. Jamás se vio algo así en nuestro reino —murmuró Arceúsa, cortando discretamente la diatriba innecesaria de Terebinta—. Que hayamos tenido que recurrir a esto...

—Yo que tú no me pondría tan digna, hermana —le replicó la tercera—. Tal vez te toque a ti irte con el Carroñero cuando esto termine.

La primogénita apretó los labios. Una liana salió despedida cual látigo de su melena hacia Jara, pero esta la esquivó sin perder la sonrisa.

—A ti se te tenía que llevar. Medio año sin aguantarte suena a delicia —siseó la mayor.

Jara se encogió de hombros.

—Si padre accedió al trato, será porque vio que el Carroñero era de fiar. Es un pago justo a cambio de ayudarnos a ganar la guerra.

Las mayores gruñeron. Baalak vigilaba cada movimiento del brujo en silencio furibundo.

—Cualquiera diría que te apetece —protestó Talía.

Su hermana era su mejor amiga, su mayor defensora, la que le alegraba los días con sus chistes y sus juegos. Para ella no había júbilo más grande que recibirla cuando regresaba de sus escapadas a los rincones más insólitos del reino y oír las aventuras que ella y su banda de rastreadores habían vivido. Le regalaba sus deliciosas bellotas y Talía le enseñaba los vestidos que ella y Adelfa habían tejido en su ausencia. Ella se reía de lo alocada que era Jara, y la otra se burlaba llamándola «damisela», mas nunca se cansaban de su mutua compañía. Cuando Jara estaba con ella, Talía se sentía menos rara, menos mestiza, menos como el polluelo enfermo del nido que se deslizaba encogido por la vida, a la espera de que le lloviesen los picotazos.

Le daban ganas de llorar solo de imaginarse seis meses sin ella. Por supuesto, Jara no estaría recluida en los dominios del Carroñero: visitaría Bosqueterno entremedias, aunque fuera para asistir al Beltán. Pero, en su ausencia, las mayores no dejarían en paz a Talía.

Eso si la soledad no la marchitaba antes. Ni siquiera la compañía de Adelfa bastaría para consolarla.

—¿Es así, Jara? ¿Querrías que te eligiera a ti? —insistió, avergonzada por lo patética que sonaba.

—¡En absoluto! Seguramente me secaría del asco encerrada en ese erial deprimente y haría enloquecer al humano antes de la segunda luna. Pero, si me eligiera a mí, cumpliría con mi deber lo mejor que pudiera. —Ante las miradas desdeñosas de las mayores, Jara añadió—: Por el bien del reino y por el honor de las yedrasi.

—Grandes palabras, viniendo de la *saltabalates* de la familia. —Arceúsa arrugó el labio superior con resignación—. Lo más probable es que me elija a mí.

Poco a poco, el nigromante se abrió camino hacia el rey, seguido de su ejército marfileño. Los feys se apartaban a su paso, siseando y escupiendo; algunos tropezaban entre sí, en su apuro por alejarse del recién llegado. Solo Mirtalón permanecía sereno sobre su lobo.

Baalak se apresuró a montarse en su dragón.

—Princesas —masculló a modo de despedida, aunque solo miraba a Talía.

Malcarado, azuzó a la bestia, que desplegó las alas con un bramido estridente. Se arrojó volando barranco abajo, planeó sobre el ejército y aterrizó al frente de sus guerreros.

—Krampos y humanos. Peor que el agua y el aceite —le susurró Arceúsa a Terebinta—. Lo cual es irónico, porque ambas especies huelen a lo mismo: a mierda putrefacta.

La otra bufó.

—Por mí, que se extingan los unos a los otros si les place. Es lo mejor que puede pasarle a la naturaleza. Mientras su guerra no nos salpique a nosotros...

—Ya es tarde para eso —sentenció la mayor, agorera.

A lo lejos sonó un cuerno. Los cánticos melodiosos de las dríades comunes se alzaron. La reverberación furiosa de decenas de tambores terminó de disipar la niebla, revelando a la masiva horda enemiga, cuyo estruendo era el doble de ensordecedor. Talía inspiró hondo, tratando de calmar su pulso errático, y buscó a Adelfa, pero la anciana ya se había unido a la labor de sus hermanas hilanderas.

—Ya queda poco —dijo Terebinta.

Ella y Arceúsa intercambiaron una mirada y partieron al galope hacia la cuesta empinada que descendía por un lado del claro, camino de la Llanura. Jara remoloneó un poco más. Ya no sonreía. Su expresión grave hacía que su rostro pareciese tallado en madera. Era en momentos así cuando más se notaba de quién era hija.

Desde allí, vieron cómo el nigromante llegaba hasta el rey, lo saludaba con una inclinación e intercambiaban unas palabras. El humano no pareció acusar la presencia de Baalak y sus krampos, que lo observaban desde lejos con manifiesto desprecio.

—El caudillo se está volviendo más descarado de lo que le conviene —comentó Jara.

Talía se mordió el carrillo.

—¿Crees que padre le ha dado venia para que se tome esas confianzas conmigo?

—Me extrañaría.

—Sé que lleva un tiempo considerando pretendientes para Arceúsa y Terebinta, pero...

Se detuvo, pensativa. Hacía mucho que se había resignado a que ningún señor fey en su sano juicio la tomase como esposa. Hasta la fecha, los rumores que corrían sobre ella habían mantenido a raya incluso a los señores más ambiciosos. Aunque le mostraban una cortesía distante por respeto a su padre, nadie quería meter a esa plaga llamada Flordemuerte en su territorio, y mucho menos dejar

que les corrompiera la estirpe con la magia turbia que corría por sus venas.

No era ninguna ingenua: sabía que Baalak ansiaba fortalecer su posición en la corte del rey, pero la escolta krampa a su alrededor la hacía dudar, por primera vez, de si era solamente ambición política lo que movía al caudillo.

—Todavía no asimilo la escenita de la espada. Cómo te miraba. O es un gran actor o el deseo le quema las entrañas.

—¿Deseo? ¿Por mí? —Talía negó—. No tiene sentido. No hay nada que Baalak odie más que a los humanos, y yo soy medio humana.

—Se habrá dado cuenta de la deliciosa ironía.

—¿Qué ironía?

—Que, precisamente por tu lado mortal, eres la única princesa con la que tiene algo en común a este lado del Velo.

Pensativa, Talía recordó el brillo tentador de la falcata, la mirada intensa y predatoria del krampo. El mensaje que ardía en esos ojos, ardientes como el Desgarro, era obvio. «Te veo. Veme tú también».

Desde muy pequeña, había aprendido que las criaturas como ella debían permanecer invisibles. Para una liebre entre lobos, hacerse notar nunca traía nada bueno.

Y, sin embargo..., sentirse *elegida* de una forma tan manifiesta, incluso por alguien con tantas dobleces como Baalak, había sido terroríficamente embriagador. Pero responder a una propuesta así tendría ramificaciones. Demasiadas para poder contemplarlas en un día como aquel.

—Tal vez Arceúsa y Terebinta estén en lo cierto. Padre nunca ha sabido qué hacer conmigo. ¿Y si ha decidido entregarme a Baalak? Así recompensa a su aliado y al mismo tiempo se deshace de mí...

—¡Sandeces! —Jara la interrumpió, indignada—. Talía, esto lo sabes tan bien como yo: una vez que los krampos cumplan su

función, lo que querrá padre será cortar los lazos, no reforzarlos, y menos con un matrimonio. Además, padre nunca te haría casarte con alguien sin antes consultártelo.

Oír eso la aplacó. Incluso valiéndose del lenguaje figurado, los feys no podían mentir abiertamente; solo decir la verdad o, al menos, lo que ellos creían que era la verdad. No obstante, que Jara creyera una cosa no la volvía necesariamente más cierta.

—Al menos, con las otras lo está haciendo... —añadió.

«Yo no soy como las otras. Y tampoco tendré nunca mucho donde elegir. A los feys les causo repulsa y a los mortales... —Apretó los párpados para bloquear los recuerdos; recuerdos rojos y encharcados, llenos de llantos y alaridos—. Para ellos soy un peligro».

Se le fue la vista al ejército nigromántico. En torno a Salazar y sus aberraciones se había abierto un vacío cargado de reprobación.

«Si esos cadáveres tuvieran emociones, sé cómo se sentirían».

—Padre te quiere, Talía.

«También quería a mi madre, pero eso no le impidió desentenderse de ella».

—De todas formas, orgulloso como es, dudo que se rebajase a casar a una hija suya con un mortal —añadió Jara—. Sabes que se toma muy en serio el futuro de la línea yedrasi.

Talía fue a responder, pero entonces el estruendo del ejército enemigo se redobló. Un fey altísimo, con alas de polilla y la piel cubierta de líquenes, apareció entre ellos, montado en un monstruoso lagarto. Una corona de luciérnagas flotaba en constante movimiento sobre su pelambrera mojada.

El rey Tarquín había llegado.

—Anda, vete. No te entretengas por mí —apremió a Jara—. Y prométeme que tendrás cuidado.

—¿No lo tengo siempre? Cuídate tú, mi cosilla mustia.

Su hermana se inclinó para darle un beso en la frente. A pesar de tener casi la misma edad, le sacaba una cabeza. Tras revolverle otra vez las hojitas del pelo, Jara se montó en su lobo.

—Te traeré algún regalo del campo de batalla. ¡Arre, Brion!

Talía se obligó a devolverle la sonrisa, aun con el estómago encogido de temor. Cuando su hermana partió al galope pendiente abajo, suspiró y se sentó en las raíces del arce que crecía junto al borde del barranco. Desde allí lo vería todo. Para bien o para mal.

Echó un vistazo al claro. Los krampos asignados por Baalak montaban guardia en la escalinata, a una distancia prudente de ella. Los pocos que le devolvían la mirada la apartaban enseguida. Se preguntó si estarían molestos porque su caudillo los hubiera privado de la lucha, y más por un gesto grandilocuente con una bastarda que, a pesar de descender de la estirpe más poderosa del reino, no servía para nada.

Adelfa correteaba entre los sanadores, cargada con una cesta de cataplasmas. De vez en cuando se detenía y comprobaba la calidad de la labor de las hilanderas; todas enjutas como ella, con ojos tiernos y dedos hábiles. Algunas llevaban a sus bebés atados a la espalda o mamando de su pecho, sin que eso entorpeciera su tarea. Muchos feys no se separaban de sus crías, ni siquiera para combatir. La princesa se quedó mirándolos y, como siempre que veía a una criaturilla pequeña y vulnerable, el anhelo la hizo suspirar. Qué dulce sería, aun por unos instantes, poder coger a uno y sentir su peso caliente, tocarle esas manos tan chiquitinas, descubrir a qué olían esas rosquitas que todos tenían detrás del cuello. Dormirse con uno gorjeando feliz contra su pecho.

Sacudió la cabeza. Cualquier madre habría preferido comer sal a puñados antes que dejar que Flordemuerte sostuviera a su retoño.

Y no era momento de perderse en sus ensoñaciones, no con su gente a punto de entrar en batalla.

Todos los sanadores estaban pendientes de la parte más lejana del claro, donde se abrían múltiples agujeros profundos de al menos vara y media de diámetro. Talía presionó la palma de la mano contra el suelo y se concentró, expandiendo sus débiles sentidos de dríade. De las profundidades de roca y tierra le llegó un temblor sutil: los excavadores aguardaban en sus túneles, listos para transportar a los heridos al claro.

Los cuernos bramaron al unísono y Talía se giró hacia el campo de batalla con el corazón desbocado. Abajo, los trasgos y diaños brincaban con las espadas en alto. Los krampos cantaban, vociferaban nombres de dioses desconocidos. Baalak alzó una de sus falcatas y su dragón rugió, para gozo de su gente. Grandes y pequeños, feys y mortales, todos provocaban al enemigo a su manera. Hasta las luminarias viajaban como centellas entre las huestes, chisporroteando en mil colores. Solo el ejército del nigromante aguardaba inmóvil en medio de la furia, sumido en la pesada quietud de los muertos.

Entonces, Mirtalón se abrió de brazos y comenzó a cantar con una voz reverberante, de hojas que susurraban ante la tempestad inminente; de raíces que se ramificaban y engordaban en la oscuridad ciega del subsuelo, cada vez más rápidas, afilándose como lanzas en busca de presa. Sus tres hijas se le unieron con melodías guturales llenas de autoridad. La belleza feral de aquellas cuatro voces invocó a la Tierra, y esta respondió.

El gran espejo roto de la Llanura se hizo añicos, presa de un súbito terremoto. Ráfagas de explosiones lo recorrieron de punta a punta; se partió en zanjas traicioneras, escupió hiedras venenosas y

zarzas que se elevaron al cielo como aguijones de escorpión, dando latigazos hacia el enemigo.

Las hordas de Mohorroca rugieron y se arrojaron hacia delante.

Del barro brotaban raíces que se enredaban en las patas del enemigo, derribándolo para luego estrangularlo. Las zarzas los obligaban a redirigir sus pasos con azotes que desprendían la carne del hueso; las flores les lanzaban insectos ávidos de coserles los ojos a aguijonazos. Aquel lugar quedaba justo en el límite de los dominios de Mirtalón, pero seguía siendo parte de Bosqueterno, y como tal se rebelaba contra sus atacantes, guiado por su soberano.

«¿Queréis nuestra tierra? Venid y quitádnosla», cantaba la melodía de los yedrasi, al ritmo de los tambores de guerra.



Aunque la barrera telúrica de su padre y sus hermanas estaba reduciendo los números del rey Tarquín, no bastaría para detenerlo. Él también contaba con seres voladores para los que el suelo hostil no suponía un problema. Y los que iban a pie eran tantos que trepaban los unos sobre los otros como las hormigas, formando torres y puentes de cuerpos con los que sortear hoyos y zarzales, aunque para ello tuvieran que pisar a sus moribundos.

Al final, inevitablemente, los ejércitos chocaron.

Al poco rato, Talía notó bajo sus pies los temblores que anunciaban la llegada de los excavadores. Por los agujeros empezaron a asomar hombrecillos terrosos con grandes zarpas de topo, cargados con heridos que entregaban a los sanadores para que los llevasen al lecho más próximo. Por cada excavador que salía, otro entraba.

«A este ritmo, pronto nos veremos desbordados».

A pesar de los mejores esfuerzos de los sanadores, muchos feéricos sucumbían a sus heridas. Descorazonada, vio cómo una dríade a la que le habían desgarrado el vientre se deshacía en un montón de hojas embarradas antes de que su sanadora pudiera ponerle las manos encima.

Así morían los feys: regresando a la naturaleza en un parpadeo.

A poca distancia, un trasgo con las piernas reducidas a una pulpa pisoteada se fue quedando rígido hasta convertirse en poco más que

un leño con forma humanoide. Después, se fundió con la tierra. Al hada que yacía a su lado comenzaron a salirle mariposas de las heridas y Talía supo que esa también estaba perdida. Otros simplemente se desvanecían en la brisa, dejando un vacío que enseguida era ocupado por un nuevo convaleciente.

La princesa apretó los dientes, se sujetó las manos temblorosas. Los gritos y lamentos de los doloridos le reverberaban en el diafragma con su melodía disonante, expandiéndose por su cuerpo hasta que los dientes le rechinaron de pura impotencia. Al final, incapaz de permanecer quieta ante tanta angustia, se levantó, pasó entre dos escoltas krampos y tomó una cesta con vendas y ungüentos. Decidida, se aproximó al herido más cercano, un joven trasgo al que acababan de dejar en un lecho de musgo. El pobre se retorcía de dolor. Estaba cubierto de mordiscos y su rabo era un muñón sanguinolento. Nadie había acudido a socorrerlo aún.

«Yo lo haré. Seré útil».

Se arrodilló junto a él, murmurando palabras de aliento. Agradecido, el trasgo giró el rostro hacia ella, pero, en cuanto vio quién se disponía a tocarle las heridas, gimió e intentó arrastrarse fuera del lecho.

Adelfa apareció frente a ella y la detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—No te molestes, mi flor. Yo me encargo —dijo con aire atribulado, y se inclinó sobre el herido.

El terror del trasgo se tornó en alivio en cuanto Talía se alejó de él con un nudo en la garganta. Suspiró y se retiró de vuelta a los pies del arce, encogida de vergüenza.

Los lamentos de agonía inundaban el claro, como un eco desgarrado de los alaridos feroces más allá del barranco.

La Llanura era un hervidero de cuerpos en frenesí. Incluso desde las alturas, verlo y oírlo abrumaba los sentidos. El impacto de las armas al encontrarse entrechocaba con el rugir de las bestias. No muy lejos, un grupo de diaños intentaba derribar a un gigante apuñalándole los tobillos, pero este los redujo a polvo con un barrido de su colosal cachiporra. Feéricos de ambos bandos saltaban por encima de la refriega con sus armas de sílex por delante. Cuando colisionaban en el aire, el vencido se deshacía en una lluvia de flores ensangrentadas que salpicaban de colores a los combatientes de abajo.

Las brujas humanas protegían con escudos invisibles a los pelotones que luchaban cerca de ellas y disparaban agujas de hierro candente que mataban al instante a los feys menos poderosos. Mientras, sus diablillos marchitaban las defensas forestales de las dríades con ponzoñas y llamaradas. El dragón de Baalak sobrevolaba el campo, zigzagueando entre los proyectiles como una ráfaga de viento plomizo. Desapareció en una nube baja y, cuando Talía comenzaba a preguntarse adónde habría ido, reapareció tras el aquelarre flotante y las embistió con tal fuerza que la mitad salieron despedidas y se deslomaron contra el suelo. Allí, los krampos las reventaron a cascazos, inmunes al hierro de sus amuletos de protección. El caudillo cercenó a falcatazos los miembros de las que quedaban en el aire, consiguiendo que el escudo mágico se viniera abajo, para regocijo de Mirtalón y sus huestes.

Aliados y enemigos caían a puñados, pero era difícil calcular las pérdidas exactas cuando nadie dejaba cadáveres que contar, salvo las brujas y los krampos, cuyos cuerpos yacían desmadejados entre el barro.

Una repentina bocanada de viento golpeó de lleno a Talía. Apartó el rostro poco antes de que los restos de los feys caídos le azotaran

la piel con una lluvia de hojas, pétalos y esquirlas de corteza. El olor a tierra mojada le inundó la nariz y se preguntó a quién estaría respirando sin querer. Y, de nuevo, mezclado con el verdor y la humedad, detectó ese otro olor, extraño y prohibido, que hablaba de corrupción y huesos hechizados.

El ejército del nigromante rompía contra el enemigo cual ola blanca. Daba igual cuántos feys se les echasen encima; cada vez que un esqueleto caía destrozado, sus huesos sueltos se buscaban entre sí y volvían a unirse. Anonadada, Talía observó cómo una rueda hecha de brazos daba volteretas por el campo, recogiendo las armas de los caídos. Una vez que estuvo armada, se acopló a un conjunto de pelvis y piernas y el nuevo ente corrió hacia un grupo de enemigos mientras sus brazos giraban como un huracán de cuchillas. Allá por donde pasaba, los invasores de Mohorroca se desmoronaban entre alaridos, y pronto abrió una brecha en el flanco enemigo, por la que irrumpió una tromba de esqueletos.

La mirada ávida de Talía se desvió hacia la araña, que también iba dejando una estela de destrucción a su paso. Sobre ella, el Carroñero movía los brazos como el conductor de un coro. Al remolino de estacas en torno a él se habían unido más huesos sueltos. Cada vez que alguien le disparaba una flecha, estos se apelotonaban, formando un escudo que la bloqueaba. Si un fey saltaba hacia él, una calavera flotante lo atrapaba al vuelo con sus dientes revestidos de hierro y lo reducía a cenizas.

La princesa se echó hacia delante, sin aliento. Quería atisbarlo a través del tornado de huesos. Necesitaba *conocer* el rostro del autor de tan macabro espectáculo.

Un trasgo enemigo se abalanzó sobre las patas traseras de la araña, en un alarde de temeridad. Antes de que pudiese rozarla, la aberración se giró con una rapidez insólita en una criatura de su

tamaño y lo despedazó con sus quelíceros. Justo entonces, el ciclón de esquirlas óseas se despejó un instante, y Talía logró distinguir un rostro pálido, anguloso y... joven. Parpadeó, atónita. Esa melena de plata la había engañado. El nigromante no aparentaba más edad que Arceúsa o Terebinta.

«Imposible. Es demasiado joven para ser tan poderoso».

El Carroñero desapareció de nuevo tras sus protecciones y reanudó su camino de aniquilación. En el flanco izquierdo, las fuerzas de Baalak aplastaban a sus enemigos a golpe de acero y cornada. Mirtalón y sus hijas galopaban de un lado a otro. Mientras sus monturas pisoteaban y despedazaban a cuantos se interponían en su camino, ellos cantaban y la Tierra respondía devorando a sus atacantes.

Los números del rey Tarquín menguaban sin cesar. Al rato, su ejército se redujo al mismo tamaño que el de Bosqueterno, y fue entonces cuando el bando de las yedrasi comenzó a ganar terreno. Pronto, los de Tarquín descubrieron que no podían retroceder: aprovechando el caos de la superficie, una segunda tropa de excavadores había abierto túneles secretos hasta la retaguardia del adversario. Allí, habían lanzado un ataque sorpresa, atrapando al enemigo entre dos frentes.

Por primera vez ese día, la princesa albergó auténtica esperanza. Incluso a los centinelas apostados sobre el barranco les vibraban las orejas de emoción.

No obstante, sus ánimos se enfriaron en cuanto se volvió hacia el claro. Seguían llegando heridos, pero esa vez la mayoría eran krampos. Varios de sus escoltas ahogaron exclamaciones y corrieron hacia sus compañeros caídos. La princesa observó, apenada, cómo uno de ellos se postraba junto a una hembra acuchillada que había dejado de moverse. Susurró algo con lágrimas en los ojos, mojó los

dedos en la sangre de la krampa y le pintó una marca en forma de V sobre el pecho: el símbolo de la perseverancia de su pueblo, de los cuernos que arremetían y empujaban hasta el último aliento.

Un escalofrío recorrió a la mestiza al asimilar la cantidad de cuerpos salpicados por el claro. Entre feys y mortales, los heridos eran tantos que los sanadores no daban abasto. El olor de los ungüentos se mezclaba con el de la carnicería, que empeoraba cuantos más krampos llegaban. La profusión de miembros cortados y entrañas expuestas tenía descompuestos a los sanadores. Los feys, en especial los de Bosqueterno, estaban acostumbrados a muertes rápidas y etéreas, no a aquel proceso perturbador que despojaba de toda dignidad a quien lo sufría.

«No mires», se dijo, pero era incapaz de apartar la vista de los mortales agonizantes. No recordaba haber estado expuesta a algo así desde el día en que su madre y ella cruzaron el Velo, y de eso solo se acordaba a trozos. Su memoria había enterrado gran parte de esos recuerdos, quizá para proteger la cordura de la niña que había sido. Ya casi había olvidado el olor, el *sabor* que la muerte dejaba en el aire. Le flaquearon los miembros, aun sentada en las raíces del arce. Se encorvó y encajonó la cabeza entre sus manos. Sus sentidos se afilaban conforme se le aceleraba el pulso, volviéndola tortuosamente consciente de cada gorgoteo y estertor. Sus pupilas seguían los regueros que la sangre pintaba en la tierra mientras llevaban a los krampos aullantes a las camillas.

Comenzó a paladear lo invisible. Sin necesidad de mirarlos, detectaba sobre la marcha quién acababa de morirse, antes incluso que el sanador que los atendía. Uno a uno, los cuerpos se apagaban ante ella, y algo en su interior se removía lentamente, deseoso de reclamarlos. Hambriento como solo podía estar una criatura que había permanecido confinada en la oscuridad durante años.

Talía se clavó las uñas en los muslos. Apartó de sí los recuerdos.

«No —se ordenó—. Respeta a los mortales caídos. No asustes a la gente. No avergüences a tu familia».

La *cosa* dentro de ella se revolvió, frustrada. Un estremecimiento le recorrió el cuero cabelludo y le arrancó una pequeña convulsión. Sabía lo que eso significaba: le estaban brotando flores en el pelo. Aun reprimida, su magia estiraba sus miembros atrofiados por el desuso. Casi le parecía que le susurraba, en un idioma que solo ella entendía: «Ignórame, mátame de hambre si quieres, pero no me extinguirás. Soy tan parte de ti como tu corazón. No puedes impedir que siga palpitando».

Y vaya si lo hacía. La oscuridad le bombeaba dentro, tan visceral que notaba la saliva agolparse bajo su lengua, y la angustiaba no saber si era de horror o de apetito. Empezó a arrancarse las flores, ignorando los pinchazos de dolor, y las arrugó entre sus puños temblorosos.

Debía alejarse de ellos cuanto antes. Pero ¿cómo, si el olor de la muerte la mantenía clavada en el sitio?

La voz de su madre hizo eco en las profundidades de su memoria. «Quédate quieta y no hagas ruido, vida mía. No han de descubrir lo que eres. Las de nuestra clase solo estamos a salvo en las sombras, donde nadie nos ve».

Cerró fuerte los ojos para reprimir las lágrimas. Después los abrió y, decidida a ignorar a los muertos, se centró en el frenético ir y venir de los sanadores.

Una de las hilanderas captó su atención. Le sonaba de haberla visto por palacio; una joven nervuda y apocada, con la que apenas había intercambiado unas palabras en los últimos años. Caminaba entre los heridos con los brazos cargados de vendas, en apariencia

tan ocupada como los demás, pero Talía se percató de que, en realidad, no estaba atendiendo a nadie.

Se movía como si no fuese enteramente dueña de sus miembros. Una de sus manos se sacudía en espasmos. Cada dos por tres se le caían vendas de los brazos, pero no se volvía a recogerlas; seguía arrastrando los pies hacia ningún sitio en particular. Nadie parecía reparar en su conducta extraña, ocupados como estaban en salvar vidas.

Una sensación de alarma le encogió la respiración. Despacio, Talía consiguió levantarse y bajó la escalinata en dirección a la hilandera.

Entonces, se oyó una explosión en el campo de batalla y una bocanada de viento que hedía a cieno recorrió el claro. La canción victoriosa de los cuernos inundó la Llanura y todos, incluida la princesa, se giraron hacia el barranco.

Un puñado de haditas voladoras, pequeñas como conejos, asomó por el borde.

—¡El rey enemigo ha muerto y la miseria que queda de sus fuerzas huye con el rabo entre las patas! —anunciaron—. ¡Bosqueterno ha ganado!

El claro se llenó de gritos de júbilo.

—El glorioso rey Mirtalón y sus hijas no han sufrido daño alguno —aclaró una, al reparar en la expresión angustiada de Talía.

La princesa se desinfló con un suspiro y, por fin, se atrevió a soltar un sollozo de alivio. Mientras los sanadores retomaban sus tareas con ánimos renovados, Adelfa llegó corriendo hasta ella y la tomó de las manos.

—¿Ves como no debías temer, mi niña? ¡Ya está todo hecho!

La sonrisa de la mestiza flaqueó; se le fue la vista hacia los numerosos heridos que yacían por el claro. Muchísimos habían muerto, pero solo los cuerpos de los krampos permanecían entre las

flores y el barro de los feys. Aun así, bastantes de los sanadores se habían lanzado a celebrar la victoria, dando palmas y brincando entre los cadáveres, indiferentes a las miradas duras de los guardias krampos.

Talía los compadeció. También a ella, en su día, le había costado encajar la frivolidad caótica de los feéricos.

«Habéis venido buscando hermandad en una tierra indolente con los mortales, hijos del Desgarro», pensó.

De pronto, percibió un zumbido inquietante en el aire y la súbita sensación de alerta la despejó tanto que, por un momento, pudo incluso ignorar la llamada de la muerte a su alrededor. Se separó de Adelfa con una excusa musitada y se adentró en el claro, en busca del origen del sonido. La sensación de que algo no iba bien regresó con fuerzas redobladas al fijarse de nuevo en la hilandera extraña.

La joven permanecía en pie en medio de la algarabía, rígida. Su piel se había apergaminado visiblemente en el último rato. Talía se detuvo a dos varas de ella, y sus instintos comenzaron a chillar cuando esta la miró con unos ojos hinchados que parecían moverse cada uno por libre. Su rostro se deformó con una sonrisa biliosa.

«No es ella».

Ningún encantamiento trastocaba su apariencia; eso que tenía delante *era* el cuerpo de la joven. Una carcasa aún viva, pero parasitada por otro ente. Alguien del bando enemigo se les había infiltrado. Probablemente llevara semanas entre ellos, escondido a simple vista, esperando al momento oportuno.

Solo se sabía de una criatura capaz de hacer algo así, pero... era imposible. Se las creía extintas, un simple cuento de Mohorroca para asustar a los niños.

—Pagaréis vuestra victoria con llanto —dijo la falsa hilandera.

La princesa se dio cuenta de que el zumbido procedía de ella. Del millar de bultitos que se removían bajo su piel. Trastabilló hacia atrás, tratando de alejarse.

—¡Legionera! —gritó a pleno pulmón.

—¡Mi vida por el rey Tarquín! —proclamó la otra, y explotó.

Su cuerpo se desgranó en un enjambre de avispones negros que se propagó en dirección a los feys tirados por el campo, en busca de heridas abiertas. Ignoró a los krampos; a las legioneras no les gustaba hospedarse en carne mortal. Los sanadores se dispersaron entre chillidos. Horrorizada y con la sensación de que el tiempo transcurría lentísimo, Talía contempló cómo los avispones se colaban bajo las vendas, entre los puntos frescos, hasta desaparecer dentro de los feéricos convalecientes.

Estos comenzaron a levantarse de sus lechos con movimientos espasmódicos, antinaturales.

En unos momentos, una horda de unos ochenta parasitados tambaleantes se había hecho con el claro y bloqueado las salidas. No había manera de escapar por los túneles, al monte o a la cuesta que descendía hasta la Llanura sin antes pasar a través de ellos. Con el rabillo del ojo, Talía vio que las pocas sanadoras capaces de volar huían barranco abajo para dar la voz de alarma. Ninguna era lo bastante grande para cargar con otros hacia un lugar seguro.

—¡Adelfa! ¡Adelfa, ¿dónde estás?! —gritó, frenética.

Unos brazos largos la envolvieron a la altura del talle. Era su aya, abrazándola como si pretendiese escudarla con su cuerpo. Talía la asió y retrocedieron escalinata arriba, donde el resto de los sirvientes se había refugiado, aunque precariamente. Estaban acorralados en el saliente del barranco, sin más posibilidad de huida que arriesgarse a morir despeñados.

Los centinelas feys y los escoltas krampos alzaron sus armas y formaron un muro en el escalón superior, delante de la princesa y sus sirvientes.

Talía creyó oír en la distancia el aullido rabioso de su hermana. Se la imaginó cabalgando hacia allí para socorrerlos, seguida de muchos otros, pero no se hacía ilusiones. No llegarían a tiempo.

Conforme la legionera se aclimataba a sus nuevos cuerpos, los movimientos de los parasitados se volvieron más rápidos y seguros. Pasaron por encima de los krampos caídos y remataron a pisotones a los que todavía respiraban. Luego, caminaron hacia Talía y la multitud de aterrados sanadores.

Uno de los centinelas feéricos se adelantó y enarboló su lanza contra el reanimado que encabezaba la marcha. Este lo esquivó con inesperada agilidad, lo agarró por el peto de la armadura y lo arrojó hacia la marea de huéspedes. Lo inmovilizaron, le desgarraron el cuello con las tijeras de cortar vendas. Mientras el centinela gritaba y trataba de zafarse sin éxito, varios avispones que aún revoloteaban en busca de huésped se le colaron dentro, hasta que dejó de resistirse y su mirada se tornó tan vacua como la del resto.

El griterío en el saliente se volvió ensordecedor. Los sanadores y las hilanderas parecían haberse olvidado de la desconfianza que Talía les inspiraba y se apelotonaron tras ella, como si, de algún modo, su mitad yedrasi pudiera protegerlos.

En la escolta solo había un krampo armado con arco. Disparó; la flecha de hierro atravesó el ojo del parasitado más cercano, que se desplomó en el suelo y se descompuso en briznas de hierba. Dos avispones escaparon de entre ellas, volando erráticos, y enseguida se convirtieron en humo.

—¡Hay que matar a todos los huéspedes antes de que nos alcancen! ¡Es la única manera! —gritó una hilandera.

Cualquiera que conociese las leyendas de las Tierras Feéricas lo sabía. Las legioneras podían alojarse en un cuerpo durante semanas, pero, una vez que se esparcían en forma de enjambre, no duraban vivas más de media hora. Menos, si sus huéspedes morían antes.

Talía contempló la horda reanimada que se alzaba ante ellos. Unos ochenta cuerpos contra diez krampos, un centinela, una princesa a la que la Tierra no obedecía y un puñado de sirvientes exhaustos, algunos con bebés berreando en sus brazos.

El alma se le hundió en lo más hondo del estómago.

Dioses, los bebés.

Que el Firmamento se apiadase de ellos.

Se mordió la lengua para no gritar. Incluso con huéspedes heridos y desarmados, la legionera los haría trizas antes de que los refuerzos pudieran alcanzarlos.

«Tendríamos más suerte arrojándonos al vacío».

El krampo siguió disparando, pero, por cada parasitado que caía, otro ocupaba su lugar, y la legionera cada vez se aproximaba más a la escalinata. Avanzaba con parsimonia, como si ya se supiera victoriosa y quisiera regodearse en el miedo que despertaba. Su mirada multitudinaria atravesó la barrera de guardias y se clavó en Talía.

—Así que tú eres la princesa bastarda de la que tanto se habla. La driaducha tocada por el Desgarro —sisearon las gargantas a coro—. ¿Por qué tu padre te ha dejado aquí, en lugar de llevarte a la pelea con tus hermanas? ¿Es porque te quiere demasiado... o demasiado poco?

Aunque el horror la congelaba por dentro, Talía apretó los puños y alzó la barbilla con el talante endurecido. Esa alimaña rastrera que atacaba por la espalda a los indefensos no se merecía nada de ella, ni siquiera una reacción.

Los krampos cerraron filas frente a la princesa y los sirvientes.

—No me mires así —dijo la legionera—. Somos prácticamente lo mismo. El regalo envenenado. El germen inoculado que crece y se propaga en la carne fértil de su huésped. La naturaleza es sabia: sabe que no hay depredador más letal que el que ataca desde dentro. —Decenas de bocas se retorcieron en una sonrisa múltiple—. Ahogaré el triunfo de Mirtalón con vuestra sangre.

Y sus cuerpos se arrojaron hacia la barrera de guardias. El cabecilla krampo le gritó algo a otro, el más ligero de armadura. Este se separó de la formación, trotó hacia Talía y le rodeó la cintura con un brazo.

—Agarraos a mí —le ordenó con un acento brusco—. Intentaremos bajar a saltos por el barranco.

Ella trató de zafarse.

—¡No, espera!

El mortal la levantó del suelo sin esfuerzo, pero ella se retorció sobre su brazo musculoso y asió la mano nudosa de Adelfa, que no se había despegado de ella.

—Hazle caso, flor —rogó el aya con las arrugas surcadas de lágrimas—. Eres hija de Mirtalón; no puedes morir aquí. ¡Huye!

De nuevo, los ecos del pasado. La voz de su madre, quebrada por el impacto de las flechas. El olor de la sangre en su aliento. «No me ayudes más, ¡sigue! Yo los retrasaré y luego me reuniré contigo. ¡Corre, Talía! ¡Sigue corriendo y no mires atrás!».

Su escolta resistía la carga de la horda, pero los otros eran demasiados. No acusaban el dolor. No sentían nada. Solo las heridas de muerte los detenían. Uno a uno, los krampos sucumbían bajo aquella marea de garras y dientes. Los llantos aterrados de sus súbditos le estrujaban el corazón.

—¡No abandonaré a esta gente a su suerte!

El krampo la ignoró y se la echó al hombro. Ella protestó con un grito feroz. El sentido común la había abandonado; solo quería, por una vez en su vida, demostrar que valía para algo más que ser una carga. Su padre le había mandado acompañar a la gente del claro para que sintieran que, incluso mientras él combatía en el frente, su espíritu también estaba en la retaguardia, con los heridos y los indefensos. La presencia de Talía allí quizá fuera simbólica, pero era la tarea que se le había encomendado, la única que una princesa sin valía como ella podía cumplir.

Si dejaba atrás a esa gente sin dar la cara por ellos, aunque fuese cayendo con la dignidad del vencido, no sería capaz de mirarse al espejo en lo que le quedara de vida.

—¡No! ¡Suéltame!

Se oyó un crujido y el krampo se derrumbó con ella. El impacto la hizo rodar por el suelo; el mundo daba vueltas. Jadeó, sin aliento, hasta que Adelfa apareció sobre ella y la ayudó a ponerse en pie.

Se tambaleó, desorientada. El guerrero yacía a pocos pasos de ella, desmadejado en los escalones. Una lanza le atravesaba el cuello: la que momentos antes había esgrimido el segundo centinela fey. Al levantar la vista, lo halló a la cabeza de la horda, con los intestinos colgando del vientre abierto y la mueca voraz de los parasitados. De los de Baalak ya no quedaba ni uno; sus cadáveres yacían destrozados a los pies de la legionera.

Y lo único que aún se interponía entre el monstruo y sus siguientes presas era ella, una muchacha muerta de miedo con el peplo manchado con sangre de krampo.

—¡Princesa, haced algo! —imploraban los sanadores, agolpándose tras ella.

La legionera empezó a subir por la escalinata.

—Me pregunto si podría alojarme dentro de ti. ¿A qué sabrá tu carne, mestiza? ¿A fey o a mortal?

Los sonidos del mundo se ahogaron bajo un zumbido ensordecedor. Talía no supo si procedía de la horda o de su pulso desbocado. Notó la tierra temblar lejos, al pie del barranco: la ayuda estaba en camino.

No importaba. No llegarían a tiempo.

La horda ya cerraba el cerco en torno a ellos.

—¡No os quedéis ahí parada! —le gritó una hilandera con las facciones contraídas por el pánico—. ¡Sois una yedrasi, por vuestras venas corre la sangre de dioses antiguos! ¡Salvadnos! ¡Salvad a nuestros hijos!

Quería responderles, aunque fuera con falsas palabras de aliento. Pero algo se había bloqueado en su interior. Su cuerpo no la obedecía, por mucho que los otros le chillasen, la zarandeasen y hasta la insultaran por indigna. Temblaba de rabia ante su propia impotencia. Tanto si la amaban como si no, una princesa debería ser capaz de proteger a quienes dependían de ella, hasta el último aliento.

«Es lo que haría padre. Lo que mamá hizo».

El centinela saltó sobre el krampo lanceado y se abalanzó sobre ella, echando hacia atrás una garra masiva. El tiempo se ralentizó para Talía. En un instante, el zarpazo de la legionera la abriría en canal. Después iría a por los demás.

«¿Ya está? ¿Así se acaba todo?», pensó.

Y otra parte de ella, repudiada y feral, se revolvió ante la idea. «No. Todavía me tienes a mí. Déjame salir».

El pánico le vació la mente y solo le quedó el instinto. El latido soterrado, famélico, de la *cosa* en su interior.

Era demasiado peligrosa. No sabía controlarla. Podía matarlos a todos.

«Vamos a morir de todas formas».

Su mirada púrpura se clavó en el krampo muerto a sus pies, en la lanza atravesada en su yugular. El río rojo que le brotaba de la herida se le coló por los ojos y goteó hasta un rincón muy profundo de ella, donde durante años había dormitado la bestia prohibida. El olor de la masacre la azuzó, le devolvió las fuerzas. Empezó a arañar las paredes de su jaula de carne. Ansiaba germinar libre, crecer salvaje. Crear. *Destruir*.

Así que Flordemuerte abrió la boca y la liberó.

Y no fue con una canción melodiosa como la de sus hermanas, sino con un alarido visceral, que parecía brotar de las oscuras entrañas de la Creación.

El pecho del krampo estalló en un violento chorro de zarzas carmesíes que se arrojaron al encuentro del centinela, empalándolo a mitad del salto con un crujido de huesos rotos. El cuerpo quedó suspendido en el aire, atravesado por un amasijo de espinas de tres varas de altura.

La sorpresa detuvo un momento a la legionera. Después, la horda se lanzó en estampida hacia Talía entre gruñidos furibundos. Esta respondió con otro bramido que pareció multiplicarse en ecos, hasta que ella misma sonó como si tuviera su propia legión dentro.

Princesa y bestia eran, por fin, una sola. Hambrienta, miró a los nueve guerreros de Baalak que yacían ante ella. A los muchos otros krampos, muertos y diseminados por docenas bajo los pies de su atacante.

Materia prima a la espera de sus órdenes.

Las zarzas se ramificaron y esparcieron de cadáver a cadáver, raudas como látigos. El claro estaba sembrado de muerte y Talía lo

hizo florecer con su canción. La fuerza de su interior se expandió en una ola de tallos y espinas gigantes que retorcían, empalaban, partían cuanto hallaban a su paso. El mundo frente a ella se tiñó de rojo.

Después... silencio.

Jadeó. El aire olía a savia derramada y casquería. Notaba un sabor metálico en el cielo de la boca. ¿Sangre? ¿Hierro?

No importaba. La amenaza había terminado.

Ante ella ya no había claro, sino una colosal media luna de estacas retorcidas. Ensartados en ellas, como gemas en una corona macabra, colgaban los feys parasitados, retorciéndose en espasmos involuntarios. Talía exhaló otro soplo de aire, y de las espinas brotaron capullos violáceos. Poco a poco, la carnicería se cubrió de delicadas flores en mil tonos de añil y morado. Se estremecían con la brisa, como si las emocionase el simple hecho de *existir* al fin, aun en medio de una masacre.

Despacio, recobró el dominio de sí misma. No sabía cuánto tiempo había pasado abstraída en la contemplación de su obra terrible.

Y entonces recordó a toda la gente que tenía detrás. Gente a la que acababa de desvelar lo que siempre había permanecido oculto bajo un velo de rumores y teorías.

El miedo la paralizó.

A sus espaldas crecían los murmullos sobrecogidos.

—He visto cómo el humo de la legionera salía de ellos. Ya no viven.

—Imposible. ¿Por qué no se deshacen, entonces?

—Por su magia. —Alguien sollozaba—. Es antinatural.

Talía se giró, tambaleante, hacia la muchedumbre de sanadores. Estos retrocedieron varios pasos; los de la última fila se acercaron peligrosamente al borde del barranco, como si le temieran menos a

la caída que a ella. El aturdimiento le hizo pensar que el espanto en sus caras se debía al ataque de la legionera, pero entonces una hilandera gritó:

—¿Qué habéis hecho con nuestros hermanos?

—No entiendo —balbuceó ella.

—¡Están muertos, mas no han regresado a la naturaleza! —La hilandera señaló al bosque de feys empalados e inmóviles. Las plantas los empujaban desde dentro, separando músculos y huesos con chasquidos húmedos, hasta convertirlos en un amasijo irreconocible de flores, espinas y miembros dislocados.

Talía los observó mientras un frío repentino la petrificaba por dentro. Tragó saliva, pero le supo a bilis.

—Eso... no puede ser.

Pero ni ella misma estaba segura. Jamás había hecho nada parecido. No recordaba haber invocado espinas desde el día en que su madre y ella plantaron cara a los que las perseguían a través del Velo. Tampoco entonces lo había hecho adrede, ni las zarcitas de entonces podían compararse con lo que tenía delante. Ni en sus sueños más locos se habría imaginado capaz de semejante destrucción.

Los lamentos horrorizados de los sanadores se estrellaban contra ella.

—¡Los habéis convertido en *cadáveres*!

—Las estrellas se apiaden de ellos... ¿Cómo volverán ahora a la Tierra?

—¡Con peste y ponzoña! ¡Comidos por los gusanos, como viles mortales! —Varias feéricas se derrumbaron de rodillas con gritos de espanto—. ¡Desgracia! ¡Desgracia sobre nosotros!

Talía se retorció las manos. La tenaza ardiente de la desesperación le estrujaba la garganta. Le costaba respirar.

—No esperaba que funcionara así. Nunca he usado mi poder cerca de feys, no sabía... —Miró implorante a sus súbditos—. Por favor, no temáis. Seguro que puedo arreglar...

Les ofreció una mano en lo que esperaba que fuese un gesto reconfortante, pero las hadas retrocedieron, tropezándose entre sí en su prisa por alejarse, por alejar a sus niños de ella. Incluso Adelfa había palidecido a su lado, temblorosa e incapaz de sostenerle la mirada. Ese fue el mazazo que terminó de aplastarla.

De pronto volvía a ser esa chiquilla diminuta que había tratado de proteger a quien más quería, pero tarde y mal, y que buscaba consuelo en unos brazos helados y muertos que se negaban a dárselo.

«Ya está. Aquí es donde se acaba tu suerte, aberración».

La voz de Jara se abrió paso a través de la pesadilla.

—¡Talía!

La divisó a través del zarzal carmesí. La distancia y el tamaño de las estacas la hacían parecer pequeña, un borrón verde y rosado tratando de abrirse camino a espadazos entre las zarzas. Era la única que se atrevía a tocarlas. A romper el silencio sepulcral que rodeaba a Talía.

A lo lejos, a través de la altísima maraña de chuzos ensangrentados, la mestiza vislumbró a su padre y a sus otras hermanas, acompañados por muchos otros guerreros. Arceúsa y Terebinta se mantenían tan alejadas como podían, estudiando los cuerpos empalados con rictus de pavor. Sus venados se removían, inquietos; al igual que sus dueñas, no querían acercarse a ese zarzal impío, nacido y nutrido de cadáveres. Ni siquiera las hadas con alas se arriesgaban a sobrevolarlo; quizá temían que las espinas no se hubieran saciado con la legionera y las atacasen también a ellas.

Mirtalón contemplaba la escena desde su lobo. Su expresión era roca. Pura roca impenetrable.

Al tormento de Talía se unieron las náuseas. Los oídos le zumbaban. Giró despacio sobre sí misma. A través de los huecos de su bosque desmembrado, cientos de ojos la vigilaban. La despiezaban. La empujaban como si quisieran devolverla al otro lado del Velo y, allí, quemarla y enterrarla en un agujero tan profundo que ni la memoria podría alcanzarlo. Como deberían haber hecho desde el principio.

«Llevamos dentro una magia profana que trastoca lo que siempre fue intocable, mi vida —había dicho su madre—. Y eso ninguno de los mundos lo perdona».

Tras el rey apareció Baalak, ensangrentado pero ileso. Un desgarrón en el ala de su montura le impedía volar. Talía intentó leer su rostro, pero, entonces, un tropel de chasquidos a su izquierda la hizo volverse.

A fuerza de hachazos y empellones, un puñado de esqueletos despejaba un camino a través del zarzal. Apartaban espinas y cadáveres como si no fueran más que maleza, pues los muertos a nada temían.

Ya no los compadecía. Los envidiaba. Porque, en esos momentos, miedo era cuanto ella sentía y respiraba. Y soledad. Una soledad agónica que la consumía por dentro, arrebatándole hasta el calor de sus huesos.

Tras ellos aguardaba el nigromante, en lo alto de su araña. No quedaba rastro de su pose relajada, casi arrogante. Parecía a punto de saltar de la silla. Por primera vez, Talía pudo mirarlo sin una barrera de huesos flotantes de por medio. Tenía un rostro regio, de mejillas hundidas y ceño severo, expresivo. Era... bastante más guapo de lo que se esperaba de alguien apodado «el Carroñero».

Y sus ojos oscuros la atravesaban, afilados como saetas de hierro.

Aquello le arrancó una sonrisa torcida. ¿Tan aberrante era, que había sobrecogido incluso a un alzamuertos tocado por el Desgarro?

«Ahora sabes por qué me llaman Flordemuerte», pensó mientras Jara se colaba entre los esqueletos, gritando su nombre.

Después se desplomó.



Salazar llevaba cinco días en las tierras de Mirtalón y estaba ya de los feéricos hasta los mismísimos.

Un día para desplazarse a toda velocidad con su ejército hasta la Llanura, y eso contando con un portal tremendo que había dejado a su diablillo para el arrastre, y del que aún tardaría en recuperarse. Luego, otro para la batalla. Un tercero más para aplastar a las fuerzas enemigas que quedaban, otro para descansar, y otro para volverse con los feys al palacio de las yedrasi y verlos festejar como si no hubiera un mañana. Cinco días y cinco noches de dormir a deshoras y subsistir a base de sus propias raciones de viaje; ni loco pensaba probar la comida de las hadas. Cualquier mortal sabía que eso era una pésima idea.

La única razón por la que no se había retirado al Páramo ya era porque Mirtalón solo había accedido a dejar que su diablillo abriese dos portales en su reino: uno para venirse con el ejército, y otro para marcharse definitivamente. Aunque le reventara verse obligado a pasar tantos días lejos de su hogar, no pensaba llevarle la contraria a su aliado más poderoso..., y más teniendo en cuenta que esperaba atravesar ese último portal de vuelta acompañado de una de sus hijas.

Hasta entonces, le tocaba tragar con las tonterías de los feys.

Sospechaba que su lento descenso a la locura culminaría en algún punto de esa noche. Eso si no se moría antes de una apoplejía, pues

llevaba ya por lo menos ocho horas aguantando las risotadas, los cánticos, el griterío, los trompetazos y los tamborileos de cientos de feys. Eso ponía a prueba la paciencia del más santo, y él de santo tenía bien poco.

El «pabellón de fiestas», como ellos lo llamaban, consistía en un gran claro circular bordeado de árboles cuyas copas se entrelazaban en una bóveda alta. De sus ramas pendían frutos luminosos que bañaban a los juerguistas de debajo con su resplandor dorado. Por doquier ardían braseros de fuego feérico, con llamas verdiazules que ni calentaban ni quemaban. Los feys bailaban bajo el calidoscopio de luces y sus sombras en constante movimiento se proyectaban en el bosque de alrededor, dándole a todo un aire mareante, a medio camino entre el sueño y la realidad.

Por el bien de su cordura, el nigromante se había retirado a una pequeña colina despejada, con un solitario tejo en la cima. Desde allí podía estar atento a la evolución de la fiesta sin tener que participar en ella. Había pasado las últimas horas al pie del árbol, repanchigado en lo alto de su araña mientras sus muertos montaban guardia por toda la colina.

Salazar los contempló. Permanecían de pie, inmóviles, y la luna llena los dotaba de un resplandor fantasmagórico. Le dio la sensación de presidir un cementerio donde las lápidas eran los propios esqueletos.

La quietud melancólica de la visión le habría resultado relajante... de no ser por las sandeces de los feéricos.

Cada dos por tres, un grupito se apartaba del baile y remoloneaba en torno a la colina. Lo observaban con lo que ellos probablemente creían disimulo, pero a la mayoría de los feys se le daba fatal disimular. En ese aspecto —y en muchos otros— eran como niños.

Críos grotescos, maliciosos y tocapelotas, que vigilaban cada uno de sus movimientos con avidez de depredadores nocturnos.

Con el rabillo del ojo, detectó a un par de duendes que acechaban entre los arbustos a un esqueleto más alejado del resto.

«Ahí vienen los enésimos imbéciles de la noche», pensó.

Llevaban una cogorza suprema, a juzgar por sus tambaleos. Tras una breve discusión, uno de los duendes se armó de valor y le tiró un guijarro al esqueleto. Este giró bruscamente el cuello en su dirección y las criaturillas huyeron despavoridas entre gritos y carcajadas.

Salazar se frotó el rostro, exasperado.

Cambió de postura con un gruñido y sus huesos crujieron en protesta. Combatió la necesidad de cerrar los ojos. Las risitas siniestras que se oían en la penumbra lo mantenían en vilo. Incluso rodeado por su escolta de muertos y blindado con amuletos, no se fiaba un pelo.

Una suave brisa alborotó las hojas del árbol y su padrino, un diablillo cojuelo, apareció entre las patas de la araña. El duende era blanco y flaco como un espectro. Hasta sus ropas avejentadas carecían de color, como si el jubón, las calzas y el largo gorro puntiagudo que oscilaba tras él se los hubiera tejido con telaraña. Con una mano se apoyaba en su cayado de hueso; en la otra llevaba un plato lleno de frutas y dulces humeantes, que alzó hacia Salazar.

—Ya te he dicho que no, Lucio —murmuró él.

La mirada del fey se incendió de exasperación. Tenía unos ojos perturbadores, de escleróticas rojas e iris amarillos, como los de los quebrantahuesos. La narizota aguileña, la barba de chivo y los bigotes largos, lacios y oscuros que le colgaban a ambos lados de la boca solo reforzaban las similitudes.

—Las he elegido con cuidado. No te pasará nada si te las comes. Te lo prometo.

El humano suspiró y se inclinó para recoger el plato de mala gana. Lucio era alto para ser un diablillo cojuelo —mediría lo mismo que un crío de once años—, pero no llegaba ni de lejos a la altura de la araña, así que, para su irritación, a Salazar le tocó inclinarse mucho.

—Tienes que comer más que esas míseras raciones. Estás más pálido que tus difuntos.

—Lo que estoy es a un pelo de estrangular a alguien.

—Precisamente. Estás muerto de sueño, agotado, famélico y encabronado, y te veo venir.

—¿A qué te refieres?

—A que, cuando te calientas más de lo debido, te vuelves impredecible, y eso no puede pasar en una noche como esta. Si no vas a dormir, al menos come, que se te aplaquen los ánimos.

Salazar toqueteó las frutas del plato, desganado. Probó una y el dulzor extremo hizo que le rechinaran hasta las encías, lo cual no mejoró su humor de perros.

—¿Cuánto le queda a esta fiesta del demonio?

Lucio se apoyó en el bastón y torció el gesto en un mohín ambiguo.

—Te avisé que te armaras de paciencia.

Salazar bufó. Paciencia era lo que él había tenido durante el último año. Se había partido el lomo peinando campos de batalla y fosas comunes en busca de cadáveres, para luego pasarse las horas encerrado en su taller, construyendo y animando un soldado tras otro mientras los días y las noches se fusionaban en un borrón. Solo paraba para comer, y a regañadientes. Llegó un momento en el que ya ni se retiraba a sus aposentos; dormía en el taller, tirado en un catre improvisado entre los huesos, como un esqueleto más a la

espera de la reanimación. Cuando intentaba recordar el último año, en su memoria solo había trabajo y agotamiento; accesos de ira y desesperación cada vez que un soldado le salía mal y debía destruirlo para empezar de cero. Era un milagro que no se hubiera quedado calvo de tanto tirarse de los pelos.

Se pasó la mano por la melena alborotada, resoplando. Aún no asimilaba habérselas apañado para crear semejante ejército. Esa había sido, con diferencia, la hazaña más impresionante de su vida.

Pero lo había conseguido. Les había demostrado a todos —y a sí mismo— que, a pesar de ser joven y mortal, al Carroñero convenía más tenerlo de aliado que de enemigo. Acababa de afianzar su posición como señor del Páramo y custodio de la Frontera de los Ahogados.

Visualizó el que había sido su hogar durante los últimos dos años y soltó una risita burlona por la nariz.

«Tampoco es que hubiera quien quisiera disputarme el puesto».

En aquel erial ceniciento y pedregoso rara vez brillaba el sol. El aire olía a sepulcro y el viento gemía sin cesar, cargando lamentos fantasmales que arañaban las piedras de un castillo tan desangelado como las planicies y el cañón que presidía. A pesar de estar en el lado feérico del Velo, allí no había nada que atrajese a los feys, y ningún mortal en su sano juicio habría querido poner un pie allí tampoco. Solo los no muertos —y los muertos, a secas— aparecían de vez en cuando por el Páramo, y de esos ya se encargaba Salazar.

Le había costado conseguirlo, pero por fin tenía cuanto podía desear: un castillo para él solo, un puñado de leales sirvientes y unas tierras absolutamente perfectas para practicar la nigromancia en ellas sin que nadie viniera a incordiarlo.

Excepto por un pequeño detalle: el lugar rezumaba energía necrótica. Nada se atrevía a crecer allí, salvo hierbajos tan

esmirriados que ni la cabra más famélica se habría dignado a mordisquearlos.

Desde que se instalaron en aquel paraje, el nigromante había subsistido a base de víveres robados en incursiones al mundo humano. No estaba mal, pero a Salazar eso de depender de lo que sus duendes pudieran rapiñar de despensas ajenas le parecía un plan insostenible a largo plazo, por no mencionar lo indigno que resultaba.

Así pues, solo le faltaba la ayuda de alguien capaz de volver cultivable un lugar que, desde tiempos inmemoriales, había permanecido más seco que el ojo de un tuerto. Lucio, que de los asuntos feéricos sabía largo y tendido, le había aconsejado buscarse dríades.

Y no había dríades más poderosas que las yedrasi de Bosqueterno.

Salazar entrelazó sus dedos enguantados y estiró los brazos, desatando otro coro de chasquidos. No veía la hora de acabar con aquella bufonería, volverse a su castillo con la recompensa y dormir durante una semana. O dos.

Lucio debió de notar su impaciencia, porque insistió.

—El rey cumple sus promesas.

—Eso me dijiste, que las gentes de este reino tenían algo parecido al honor. He cumplido mi parte con creces. Como ahora me dé gato por liebre...

—Partirás de aquí con una de sus hijas. Te lo aseguro.

—Pues ya está tardando. —Se fijó en la mano izquierda de Lucio, horadada por el agujero característico de los diablillos cojuelos—. ¿Cómo andas de energía?

Lucio miró al cielo, donde la luna ya iniciaba la fase menguante.

—He chupado suficiente luz de luna estas últimas noches. Podré abrirte un portal directo al Páramo.

—¿Lo bastante durable para que el ejército y la comitiva puedan atravesarlo?

El cojuelo asintió.

—Si no lo lograse, en el peor de los casos, tenemos otras opciones: al ser fase de luna llena, el portal de los gules debe de estar receptivo, y no se cerrará hasta dentro de unos... dos días, más o menos.

—Prefiero que nos ahorres las horas de viaje con uno tuyo. A ver si esta gente se da prisa y nos podemos ir a tomar por saco —masculló Salazar. Después añadió, pensativo—: Menuda faena que justo lo que necesitamos estuviera en un reino de melindrosos que se engurruñan del asco en cuanto ven un muerto.

Lucio se encogió de hombros.

—En el resto de las Tierras Feéricas aceptan más la podredumbre, pero en esos reinos te habrían ignorado o te habrían desollado a mordiscos por diversión. Agradece que no hayamos tenido que acudir a ellos. Estos de Bosqueterno viven en una burbuja tan prístina que dan ganas de vomitar, pero, al menos, su rey es paciente y magnánimo con quienes le sirven.

Salazar observó a la multitud de juerguistas. Debido a su condición, había tenido tratos con lo sobrenatural desde muy joven; estaba familiarizado con los feys, en especial la variante doméstica. Pero una cosa era tener duendes en casa, donde uno medio podía gobernarlos, y otra meterse a lidiar con las hadas en su propio terreno. A ese lado del Velo, los mortales no eran más que puro entretenimiento en el mejor de los casos; presas, en el peor. Y, aunque Salazar distaba de ser un simple mortal, no bajaría la

guardia. No daría su éxito por sentado hasta que los yedrasi cumplieran su parte del trato.

—¿Crees que la princesa me dará guerra?

—Depende de la que escojas. Hará lo que le mande el padre, que para eso es su rey. Pero son yedrasi y no están hechas a servir, y menos a un mortalucho que se dedica a trastear con cadáveres. —Lucio meneó la cabeza—. No descarto que entre col y col te metan una buena lechuga, ¿me explico?

—No quiero que me sirvan. Solo que hagan su trabajo y luego cada uno para su casa.

—Dudo que para ellas eso suponga diferencia alguna.

Salazar dejó el plato encima de la coronilla de la araña y se repanchigó cuan largo era sobre la silla de montar, lo bastante grande y cómoda como para acostarse en ella.

—¿Has pensado ya a cuál elegirás? —inquirió Lucio.

El brujo divisó a las hijas mayores de Mirtalón en la pista. Danzaban con la fluidez de un arroyo entre los helechos. A pesar de su porte altivo, no le hacían ascos a ninguna pareja de baile, por grotesca que se viese. No muy lejos se hallaba la tercera, una criatura vivaz que saltaba y giraba entre un corro de duendes que la jaleaban con palmas. Cada vez que sacudía su melena, una lluvia de hojitas caía sobre ellos, desatando vítores y chiflidos.

Su mirada siguió zigzagueando entre el gentío, en busca de una melena granate.

—¿Dónde está la que falta?

El cojuelo se tensó como si Salazar le hubiera arreado un capón.

—¿El insomnio te ha podrido la sesera? Flordemuerte es la que menos nos conviene —le espetó.

—No voy a escogerla, cansino. Es solo que no se la ha visto desde que su hermana se la llevó en volandas del barranco. ¿Ha caído

enferma? ¿O es que la tienen escondida?

—Ninguna de las dos cosas me extrañaría.

—Me has hablado largo y tendido de todas las princesas, menos de ella. ¿Por qué?

Su padrino puso mala cara y se rascó el agujero de la mano. Hacía eso cuando no quería decir una mentira, pero tampoco la verdad.

—Porque, para empezar, la infeliz no debería ni existir.

Salazar esbozó una sonrisa irónica.

—Eso decían de mí.

El cojuelo sacudió la cabeza.

—No es lo mismo. Los mortales os regís por otras leyes, y más desde aquel condenado eclipse...

—Y algo de mortal tiene ella, ¿no? —Ante el silencio de Lucio, insistió—. Creía que a los feys no os molestaban los mestizos.

—Así es. Siempre los ha habido, aunque sean poco frecuentes.

—¿Entonces?

—No es por ser medio humana. Es por... lo que hace.

—Genera plantas, como sus hermanas.

El talante del duende se oscureció.

—Pero de cadáveres —replicó—. Se rumoreaba que los poderes de la bastarda se manifestaban solo cuando había algo muerto cerca, pero eran solo eso: chismorreos.

—¿Qué más se decía de ella?

Lucio resopló, claramente incómodo.

—Que le gustaba juguetear con la carroña, que se alimentaba de ella, que el que la tocara se moría envenenado...

—¿Y es verdad?

—Pues ni idea. Hay quien afirma que algún amante ha tenido, hace ya mucho. No tantos como otras de sus hermanas, pero...

Salazar asintió en silencio. Ya estaba acostumbrado a las diferencias, a veces abismales, entre la moral feérica y la humana en lo referente a amoríos.

—En fin, supongo que algún loco habrá habido con ganas de comprobar los rumores y probar qué tal eran las cosas con la mestiza. Yo no lo entiendo. —Lucio hizo un ruidito de repelús—. Por muy linda que sea la moza, no me arriesgaría...

El otro lo interrumpió, brusco de pronto.

—Te estás yendo por las ramas.

Como para darle la razón, el duende se encaramó de un brinco a una rama baja del árbol. Otro rasgo de los diablillos cojuelos: a pesar de renquear y necesitar un bastón, corrían como el viento y saltaban más que los gatos enrabietados. Por fin a la altura del rostro de Salazar —y con cuidado de no rozar los hierros de la araña —, Lucio prosiguió, balanceando los pies.

—A lo que iba: si Flordemuerte fuera venenosa, como dicen, sus novietes no habrían vivido para contarlo.

—¿Y qué fue de ellos?

—Hasta donde yo sé, ninguno se murió mientras estuvo con ella. Pero una cosa es cierta: todo el que se arrima a ella acaba desapareciendo de Bosqueterno. Según se rumorea, algo tiene la princesa que los asusta tarde o temprano. Aunque otros dicen que al que hay que temer es al rey; por lo visto, en cuanto ve que un necio le pretende a la niña, monta en cólera y lo condena al exilio... o a algo peor.

—¿Por qué? Si las otras princesas también han tenido amoríos...

—A la mestiza se le aplican otras reglas, y Mirtalón la guarda con un celo que no muestra con las otras. Eso no es habladuría, sino certeza.

Salazar frunció el ceño.

—En resumen, que corrían muchos rumores sobre ella, pero no había nada confirmado —zanjó—. Lo único que se sabía seguro era que la Tierra no obedecía a Flordemuerte como al resto de las yedrasi. Que había nacido con los poderes atrofiados y los animales muertos la fascinaban más de la cuenta. Ya está. ¿No?

La mirada de Lucio se perdió en los esqueletos que plagaban la colina, como las columnas ruinosas de un templo derruido. El brujo insistió.

—Ahora entiendo a qué venía el escándalo. Lo que pasó en el barranco, con la parasitaria esa, demuestra que algunos de esos rumores no solo eran ciertos; se quedaban cortos. La princesa sí que tiene el don de las yedrasi, pero no extrae poder de la vida, sino de la muerte. —Se rascó la barbilla, pensativo—. Y, de algún modo, es capaz de contagiar las partes más indignas de la «mortalidad» a los feys, aunque sea temporalmente...

—Esa criatura tiene los días contados en este mundo. —Lucio escupió aquello como un mal presagio.

Salazar se removió, asaltado por una molesta desazón.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho realmente?

—A ver. Cómo te lo explico. —Lucio inspiró hondo—. La muerte, como la vida, tiene unas reglas. Vosotros morís, os descomponéis, volvéis así a la Tierra. Pero para los feéricos, en especial en Bosqueterno, no existe ese estado intermedio.

—Hasta ahí llego.

—No hay reino en el que eso se cumpla más a rajatabla que este. Aquí, hasta las bestias lo hacen. Sí, tardan un poquito más, lo justo para que su cazador pueda despellejarlas y comérselas. Pero, antes de que aparezcan los primeros signos visibles de putrefacción, ¡puf!, todo lo que no fuera piel y hueso se deshace en un puñado de musgo fresco. En Bosqueterno no existe la carroña, ni su peste, ni

su fealdad. Aquí, la muerte es un parpadeo, un simple traspié, y vuelves a ser uno con el todo. En cuerpo y alma. Y tus semejantes pueden sentirte en el susurro de la hierba, en los rayos de luna, en la resonancia de las piedras. Así ha sido para los feys desde que el mundo es mundo.

—Y la princesa...

—Ha desbaratado las leyes de la Creación. En un instante, Flordemuerte trastocó un proceso hasta entonces sagrado e inmutable. Y ahora los feys comienzan a hacerse preguntas para las que no tienen respuesta. ¿Adónde han ido las esencias de esas gentes? ¿Cuánto tardará en acogerlas de nuevo la Tierra? ¿Podrán alcanzar su lugar en el Árbol del Firmamento? ¿Cómo es posible que la magia de las yedrasi, una bendición otorgada por la Tierra misma, consintiera manifestarse en la carne de los muertos? Es imposible, una blasfemia.

—Entiendo —murmuró Salazar.

—Cuantos presenciaron lo que sucedió ese día, ahora se sienten malditos. Se les ha colado dentro un miedo para el que no están preparados. El miedo al cambio, a lo desconocido. A ver cómo los pilares intocables de sus creencias se desmoronan delante de sus ojos. A dejar de existir como siempre hemos hecho, desde que el mundo es mundo.

—El miedo a morir, en más de un sentido. —Pensativo, Salazar se palpó los clavos de hierro que le colgaban del cuello—. Flordemuerte os ha dado una pizca del horror que el Desgarro trajo a mi mundo en tiempos de mis abuelos.

Cuando los muertos empezaron a salirse de sus tumbas, se multiplicaron las posesiones demoníacas y las almas no siempre se iban adonde debían. Cuando la realidad se convirtió en una pesadilla de la que nadie podía despertar.

Hizo un mohín cínico; comprendía lo que debían haber sentido las generaciones previas, pero con cierta distancia. Él había nacido en un mundo ya maldito, lo llevaba en la sangre, y le costaba imaginar una época en la que lo inexplicable no fuera el pan de cada día.

—Deberían arrancar esa flor de raíz y acabar con el problema. Tarde o temprano alguien lo hará, y ni la ira de Mirtalón podrá detenerlos.

—Mira que sois remilgados. Solo es *muerte*, por Dios —siseó Salazar, sintiéndose más mortal y más nigromante que nunca.

Lucio siseó, crispado ante la mención divina, y le dio un coscorrón.

—¡Suficiente! Olvídate de la mestiza y céntrate en las que importan.

El brujo gruñó y entrelazó las manos bajo la nuca.

Olvidarse. Como si pudiera.

Aun exhausta y llena de ruido, su mente viajaba cada poco rato al incidente. A ese bosque de zarzas gordas como brazos, bañado con sangre y rebosante de cadáveres de feys y krampos por igual. La visión era sobrecogedora, pero no para alguien como Salazar, que conocía íntimamente lo macabro. Como alzamuertos, sabía que su percepción de lo que era o no perturbador estaba *trastocada*, cuando menos. Quizá por eso, mientras la gente de Bosqueterno se horrorizaba ante la escena, él saltó sin esfuerzo la barrera del espanto y pudo analizar la obra de la princesa con interés, igual que un apasionado de la pintura que se hallara ante un fresco de un estilo desconocido.

Las espinas que atravesaban los cadáveres se habían fusionado parcialmente con ellos. Finas raíces granates comenzaban a expandirse por sus pieles, dibujando patrones intrincados. Separaban la carne y los huesos como si fueran arcilla blanda, hasta volver los cuerpos irreconocibles, y de esas brechas brotaban

cascadas de flores en diversos tonos de rosa, violeta y añil. Fascinado, Salazar se fijó en que una nube de maripositas oscuras había aparecido de la nada y revoloteaba entre ese bodegón de flora y miembros desencajados.

La visión no solo apeló a su curiosidad de nigromante. También removió algo muy profundo dentro de él, algo a lo que no era capaz de poner nombre.

«La muerte no debería ser tan hermosa».

Y entonces reparó en la princesa: Mortalía o «Flordemuerte», como muchos la llamaban. Por fin la veía en persona. Apenas se parecía a sus hermanas. Era menuda y delicada, una muchacha que apenas levantaba cinco pies del suelo ni aparentaba más de veinte años. La melena, lisa y granate como el vino, le sobrepasaba una cintura estrecha. El color de su piel le recordó a los atardeceres pálidos y rosados de su Páramo. Por lo demás, si se la miraba de refilón, habría podido pasar por una moza mortal que se hubiera pintado vetas en los brazos y la frente y se hubiera pegado un puñado de hojitas churruscadas a cada lado de la cabeza, tratando de hacerse pasar por hada.

O eso pensaba, hasta que ella se giró y posó en él unos grandes ojos híbridos, de escleróticas rosadas e iris yedrasi, que parecían contener todos los morados de la Creación.

El corazón de Salazar dio un vuelco.

Era preciosa.

Preciosa, diminuta y letal. Como una flor de dedalera.

Y entonces, antes de desmayarse, ella le dedicó esa sonrisita burlona, tan chocante con la tristeza descarnada de su mirar.

Le costó un momento identificar lo que ese rostro le transmitía. Complicidad. Un reto. Una súplica. Como si, por un brevísimo instante, le implorase *ver* dentro de ella. A Salazar no le hacía falta:

sabía exactamente cómo se sentía. Mejor que cualquiera de los cobardes que la rodeaban.

Y no podía quitárselo de la cabeza.

Un tirón en la manga lo devolvió al presente. A juzgar por la visible impaciencia de Lucio, el cojuelo debía de llevar un rato hablando sin que su ahijado lo escuchase.

—Cualquiera de las tres nacidas de la reina es una buena opción. Su afinidad con la Tierra está más que probada. —Chascó los dedos delante de su cara—. ¡Óyeme bien! Es crucial que esta noche elijas con tino, porque jamás se nos presentará otra oportunidad igual.

«Otra vez la misma cantinela».

—Dudo que en el futuro tengas tantas princesas entre las que elegir. Se rumorea que el rey ya está pensando en casar a las dos mayores. Una vez que eso ocurra, no habrá marido que consienta separarse de su mujer, y menos para hacerle favores a un alzamuertos. Y eso nos dejaría con la tercera, que es indómita como el viento...

Lucio se interrumpió y se puso de pie en la rama, oteando las lejanas luces del pabellón.

—Es la hora.

Salazar se incorporó para ver mejor. En efecto, el ambiente de la fiesta había cambiado. Poco a poco, la música se apagó y los feys dejaron de bailar. Su vocerío se tornó en murmullos expectantes mientras se apartaban para abrir paso al rey, que cruzó la sala en dirección a una tarima de roca. En ella se alzaba un gran roble; sus raíces se curvaban a semejanza de un trono, con otros dos más pequeños a cada lado. Detrás de Mirtalón iban sus hijas, con expresiones adustas. El pulso del nigromante, ya acelerado de por sí, se saltó un latido al distinguir un destello carmesí al final del séquito.

Mortalía no habría podido camuflarse entre la marabunta ni queriendo. Parecía todavía más menuda en comparación con sus imponentes hermanas, cuya estatura se acentuaba por la fronda que les crecía enredada en las melenas. La que menos le sacaba cabeza y media.

Costaba creer que esa criatura de aspecto tan indefenso pudiera ser capaz de tanta destrucción. De tanta... belleza.

«Pero así sucede con las hadas: nunca son lo que parecen».

La princesa exudaba vergüenza. Caminaba con aire de penitente, como si prefiriese hallarse en cualquier lugar menos allí, en el centro de todas las miradas. Allá por donde pasaba, la alegría de los feys se desvanecía. No le dedicaban reverencias como al resto de princesas y, si se las hacían, retrocedían de inmediato. Actuaban como si fuera contagiosa o, peor aún, un error de la naturaleza en el que era mejor no posar la vista.

El nigromante conocía esa actitud. Se había acostumbrado a ella a una temprana edad. Mucho antes de que el tormento le pusiera el pelo blanco.

El rey tomó asiento a los pies del roble. A su izquierda se sentaron sus hijas mayores; las menores, a su derecha.

Salazar lo tomó como una señal y se apeó de la araña. Lucio también bajó del árbol y, haciendo caso omiso de sus protestas, le alisó las ropas a manotazos. El humano vestía su mejor sayón, una prenda de un verde oscurísimo, larga hasta las pantorrillas y ceñida con un cinturón de cuero y plata. Collares con clavos de hierro le pendían del cuello y sobre el pecho; también de hierro eran los anillos que llevaba bajo los guantes de piel.

Fue con largas zancadas hacia el pabellón, seguido por el cojuelo. En cuanto lo vieron acercarse, los feys se apartaron como si pudiera quemarlos. Y tal vez así fuese, con la cantidad de protecciones que

llevaba encima. Ignoró los siseos y las dentaduras expuestas. Era el Carroñero: el desprecio de los demás le resbalaba tanto como el olor a podrido.

«Tranquilos. Una vez que consiga lo que quiero, no volveréis a verme por aquí, si puedo evitarlo».

—Nigromante —lo llamó Mirtalón con voz profunda.

Salazar se plantó a una respetuosa distancia delante del trono e hizo una reverencia. El soberano lo estudió en silencio unos momentos; después se dirigió a sus súbditos.

—Más allá de nuestros bosques, en los confines de nuestro mundo, hay una tierra baldía y maldita que ha permanecido abandonada durante eras, pues nadie quiso reclamarla. Hasta ahora. —Señaló al nigromante con una morosa sacudida de la mano—. Este brujo se ha asentado en ella y se ha ofrecido a convertirse en custodio de los numerosos desgarrones en el Velo que la comunican con la Tierra de los Hombres. Vigilará que no entren amenazas a nuestro mundo a través de ellos.

Los feys murmuraban entre sí. Un bufido despectivo captó la atención de Salazar; con el rabillo del ojo, divisó al caudillo krampo y a varios de los suyos. Su estatura, los cuernos y la palidez lunar de sus pieles los hacían destacar como montañas nevadas entre el gentío. Lo observaban con sonrisitas retadoras mientras murmuraban entre sí en su idioma, que nadie más entendía.

Se le subía la bilis con solo verlos, y eso que él, a diferencia de muchos humanos, nunca había perdido a nadie a manos de los krampos. De todos los bichos dañinos que el Desgarro había escupido sobre la humanidad, esa ralea de cabrones parecía decidida a ganarse el primer puesto a pulso.

Llevaban intentando conquistar las tierras humanas desde que el Desgarro los trajo a ellas; si en esos cuarenta años no lo habían

logrado ya, Salazar dudaba que lo consiguieran nunca. La suya era una guerra de necios. Daba igual cuánto se golpeasen el pecho y proclamaran que ese nuevo mundo les pertenecía. Lo tenían todo en contra: la inferioridad numérica, las luchas internas entre caudillos, la vulnerabilidad a los símbolos sagrados, la propensión a contraer maldiciones con más frecuencia incluso que los humanos.

«Una ruina es lo que sois, hasta para vosotros mismos. Y no queréis daros cuenta». Guardó sus pensamientos tras una máscara de indiferencia. No deseaba crearse enemigos sin una buena razón.

El tal Baalak, al parecer, practicaba una filosofía distinta.

Desde que se conocieran durante los preparativos para la batalla, el krampo no perdía ocasión de demostrarle que le tenía hecha la cruz. Incluso en ese momento, mientras compartía sonrisas socarronas con sus compañeros, le disparaba dagas por los ojos. Salazar no sabía si lo odiaba por ser nigromante, por ser humano o por el simple vicio de odiar, al que muchos krampos parecían adictos. Tal vez fuese un garrulo territorial que se había creído especial por ser el único mortal acogido en la corte del rey y la llegada de Salazar le había reventado la burbuja.

Como de costumbre, el brujo lo ignoró.

«Como si no tuviera yo nada mejor que hacer que meterme en pleitos con krampos. Búscate a otro con el que medírtela, bufón».

—Acepto el arreglo que propones, mortal.

Esas palabras eran una mera cortesía, ya que ni Mirtalón ni ningún otro soberano tenía potestad sobre el Páramo. No obstante, al oírlas, Salazar sintió que se le quitaba un peso de encima. Al fin, un rey poderoso respaldaba su residencia permanente en las Tierras Feéricas. A pocos mortales se les concedía tal privilegio, por no decir a ninguno.

Inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento y se regodeó para sus adentros al notar que las sonrisitas de los krampos se habían enfriado.

—En cuanto a la ayuda que prometiste en la batalla, has cumplido tu palabra —añadió el rey—. Ahora has de recibir tu recompensa. Una de mis hijas, la que tú escojas, partirá contigo. Durante seis meses solo interrumpidos por las fiestas del Beltán, a las que todas las yedrasi han de asistir, la princesa será cuidada y respetada como su linaje merece. A cambio, hará cuanto esté en su mano para convertir tus dominios en un lugar verde y próspero, donde puedas cultivar alimento. —Su voz adoptó un matiz orgulloso—. Que el poder de las yedrasi haga brotar vida donde hasta ahora solo hubo muerte.

Los cuchicheos del pabellón crecieron hasta sonar como el zumbido de una colmena. El rey los acalló alzando una mano y, con esta, invitó al humano a fijarse en sus hijas.

—Elige sabiamente, nigromante.

Salazar inspiró hondo.

Al fin. La oportunidad que con tanto esfuerzo se había ganado. Le hormigueaba la piel de anticipación. Tras él, en primera fila entre el gentío, Lucio se retorcía nervioso la punta colgante de su gorro.

El brujo entrelazó las manos tras la cintura y caminó despacio de un lado a otro, examinando a las tres yedrasi de pura cepa. Repasó sus nombres: Arceúsa, Terebinta, Jaralina. Debía reconocer que, a pesar de sus extraños rasgos feéricos, eran todas hermosas a su manera. Aguardaban muy quietas, como si eso pudiera volverlas invisibles a su escrutinio rapaz.

Estudió los jugosos frutos que rodeaban la cabeza de la verde Arceúsa, tan brillantes que hacían daño a la vista. El esplendor de la primavera le brotaba por cada costado. Le entraba avaricia solo de

imaginarse ese mismo verdor creciendo en sus dominios. No obstante, la primogénita mantenía el mentón alzado y rehusaba mirarlo, como si aquella situación le pareciese una majadería indigna de ella.

En cuanto pasó a la siguiente, Terebinta, esta le devolvió una mueca torva. Su tez de aceituna dorada palideció y los labios se tiñeron de un marrón rabioso. Varias flores de su pelo se marchitaron de golpe y le cayeron sobre los hombros.

Salazar reprimió un bufido. Sí que aborrecían esas dríades la idea de abandonar sus amados bosques, aunque fuese temporalmente. O quizá era él lo que les revolvía las tripas.

«En fin. Tenía más que asumido que ninguna se vendría conmigo de buena gana».

Llegó frente a la tercera princesa. Para su sorpresa, Jaralina se mostraba relajada. Apoyaba la cabeza en los nudillos y balanceaba la pierna que le colgaba del asiento. Con su atuendo hecho de piel y correas y el recogido caótico de su melena, parecía con diferencia la más feral de las hermanas. De sus orejas colgaban largos colmillos; era la única de los allí presentes que se adornaba con huesos. Respondió a la atención del nigromante con una sonrisa colmilluda y un levantamiento de cejas que decían: «Llévame a mí, si te atreves».

Con esa no se aburriría, eso seguro.

No tenía sentido fijarse en la que quedaba, pero lo hizo igualmente.

Al estilo de las hadas —las que se vestían, al menos—, la ropa de Mortalía hacía pensar en eras pasadas que resultaban lejanas para un humano, pero no para un pueblo tan inmutable ante el cambio como los feys. Llevaba un peplo violeta, tan ligero que cada pliegue

de la tela se amoldaba a sus delicadas curvas, y numerosos brazaletes de plata vieja.

Mantenía la cabeza gacha y las manos entrelazadas en el regazo. Los nudillos se le habían descolorido de tanto apretarlos.

¿Estaba asustada? ¿De él?

De pronto, su ánimo triunfal se agrió. No quería que la princesa le tuviera miedo, o asco. Por alguna razón, la idea lo enervaba. Podía tolerar el rechazo de todos los allí presentes, pero no el de esa criatura que lo había impresionado de forma tan visceral.

Ambos conocían la llamada de lo macabro. La soledad y el escarnio que esta traía consigo. ¿A qué venía esa tensión? Precisamente ella, *Flordemuerte*, no tenía razón para temerlo. Ni derecho.

Sus pasos se detuvieron frente a ella.

«Mírame». Se sorprendió retándola en silencio.

Pasaron varios latidos del corazón. A su alrededor, la marea de murmullos subía. Se oyeron carraspeos. Risitas.

Por fin, Mortalía le devolvió la mirada e, igual que la primera vez, algo se paró dentro de Salazar... y luego se desbocó al darse cuenta de que esos ojos púrpuras chispeaban de curiosidad mal disimulada. Esa pequeña muestra de reconocimiento le sentó igual que sumergirse en un baño caliente. Apartó el rostro para ocultar una prieta sonrisita de victoria.

Se reprendió mentalmente por distraerse como un necio, le dio la espalda a la mestiza y retomó su merodeo frente a las otras tres princesas.

Descartó a Terebinta. Si solo de tenerlo delante se le marchitaba la melena, no aguantaría en el Páramo ni una semana. Arceúsa y Jaralina eran las más idóneas, pero ¿a cuál se llevaba? ¿A la antipática o a la asilvestrada?

«Elige tu veneno, como dicen por ahí», pensó, aunque le costaba sopesar sus opciones con calma. El pulso le latía demasiado fuerte. Algo dentro de él tiraba, pero no sabía hacia dónde ni por qué. Lo atribuyó a los nervios. Hasta alguien como él, que solía tenerlo todo tan claro, sucumbía a la incertidumbre de vez en cuando. Y más cuando se jugaba tanto con una única elección.

Se detuvo a la altura de la primogénita.

—¿Has tomado una decisión, nigromante? —preguntó el rey.

Él asintió, solemne.

«Un nombre —se dijo—. Un solo nombre y lo que más deseas será tuyo».

—Habla, pues.

«Arceúsa», decidió su sentido común.

—Mortalía —declararon sus labios traicioneros.

La estancia se sumió en un silencio absoluto.

Salazar se dio cuenta de lo que había dicho y fue como si lo atravesara un rayo. Se quedó rígido. Paralizado. Debía corregirse, enmendar la situación de algún modo, pero no podía hablar. El estupor le había cerrado la garganta.

Una oleada de risitas recorrió la multitud. Creció y creció, hasta que la audiencia estalló en carcajadas ensordecedoras. Mortalía aferró la mano de su hermana y le murmuró algo. Su expresión pasmada reflejaba los pensamientos del nigromante.

«Ha habido un error. Esto no tiene sentido».

Terebinta se reía entre dientes. Sin duda, como tantos otros, pensaba que el nigromante era tonto perdido. Arceúsa, sin embargo, lo estudiaba con los ojos entornados, como si opinara lo contrario. Jaralina parecía deseosa de arrojársele a la yugular.

La más curiosa fue la reacción de Baalak. El caudillo avanzó un paso, temblando de ira, pero uno de los suyos le plantó una mano

en el pecho y lo detuvo, negando con aires de advertencia. Si las miradas matasen, la del krampo habría desintegrado a Salazar allí mismo.

Optó por no fijarse en Lucio. Si su padrino no había reventado del disgusto, poco debía de faltarle.

Cuando los primeros feys comenzaron a doblarse de la risa, Mirtalón ladeó la cabeza y los árboles del pabellón se retorcieron lentamente en una advertencia cargada de crujidos. Eso los calló al instante.

El brujo apretó los puños.

«Os salvo el cuello en la batalla y esto es lo que me dais. Burlas y condescendencia. Simios es lo que sois, envalentonados por estar en vuestro territorio; nada os hace mejores que los mortales a los que tanto desdeñáis. Así se os llenen de sal y hierro las tripas».

El rey lo miró fijamente.

—¿Estás seguro? —preguntó con inquietante suavidad.

A Salazar no se le escapó la forma en que Mortalía bajó la cabeza al oír esas dos palabras. Parecía triste. Avergonzada.

Las carcajadas aún resonaban en sus oídos. Sus ecos se le pegaban a la piel como agua sucia. Se preguntó si ella se habría sentido justo así aquel día en el barranco, al sufrir la humillación de quienes deberían haberle estado agradecidos. Si, como él, habría pasado toda una vida pagando por la osadía de haber nacido.

«Tarde o temprano alguien arrancará esa flor, y ni la ira de Mirtalón podrá detenerlos».

Sintió deseos de agarrarla y llevársela a los confines del mundo, lejos de aquella manada de bufones. Y darse cuenta de sus ideas absurdas no hizo sino avivar el ardor rabioso que se extendía por su cuerpo.

Mirtalón aguardaba su respuesta. Otro soberano se habría reído en su cara; él se estaba mostrando increíblemente generoso al darle la opción de elegir de nuevo.

Pero ya era tarde. El brujo había llegado a su límite. Estaba, como había dicho Lucio, «encabronado» y también hasta los mismísimos de aquella situación. De esa audiencia de zopencos prepotentes. Del puñetero krampo, al que solo le faltaba mearle la pierna al rey para marcar territorio. De su cuerpo dolorido y su cerebro en llamas. De la sensación bochornosa que le rugía dentro, más parecida al hambre que a la furia. De sus ansias de llevarse lo que no tenía salvación, lo que no era asunto suyo, simplemente porque necesitaba... contemplarlo un poco más. De cerca. Cuanto más de cerca, mejor.

—Sí. Elijo a Flordemuerte.

A sus espaldas, oyó a Lucio mascullar una sarta de improperios indescifrables. Después se marchó, causando un golpe de viento que sacudió las ropas de la multitud. Salazar se tensó, consciente de que su padrino acababa de dejarlo tirado en medio de una corte feérica. Una desagradable sensación de vulnerabilidad le encogió las entrañas.

Se forzó a mantener el temple. No era la primera vez que Lucio se esfumaba en un arranque semejante. Su ahijado tenía la costumbre de sacarlo de quicio —tampoco es que costara mucho—, pero, al final, el cojuelo volvía con él en cuanto se le pasaba el enfado. No obstante, jamás Salazar había echado por tierra de una forma tan estrepitosa los planes trazados hasta la obsesión por ambos.

Algo le decía que el camino de vuelta al Páramo le tocaría hacerlo a pie con toda la comitiva.

Se mordió los carrillos para no escupir una blasfemia en medio de la corte. Mantuvo la cabeza alta y la mirada al frente, decidido a no

mostrar la más mínima duda o debilidad ante el rey.

Con o sin el apoyo de Lucio, la decisión estaba tomada. No le hallaba sentido al delirio que se había apoderado de él. Solo sabía que sus garras se habían cerrado sobre algo por accidente, sí, pero, ya que lo tenía, no le apetecía soltarlo.

Mirtalón lo observó durante un largo, larguísimo silencio. Por un momento, pareció que se negaría, pero...

—Sea, pues —sentenció.

A un gesto suyo, Talía se levantó. Sus movimientos pausados denotaban estupor.

—Hija mía, ve a tus aposentos y que te preparen cuanto necesites para el viaje. Mañana al alba partirás con el nigromante.

Sabiéndose despachado, Salazar se despidió con una reverencia. La falda de su sayón ondeó tras él cuando se giró para marcharse. Atravesó el gentío a paso vivo, ignorando a los pocos osados que intentaron atraerlo a sus corrillos. Tampoco se volvió para mirar a la princesa, que en ese instante abandonaba el pabellón, seguida por su fiel hermana. No le apetecía resbalarse otra vez en la trampa de esos ojos morados, ni pensar en lo que había hecho o por qué.

Solo quería largarse a la cripta más recóndita del Páramo y, una vez que estuviese allí, maldecir a gritos su estupidez hasta quedarse afónico.



Una estaca atravesaba a Talía, izándola sobre una montaña de cuerpos retorcidos. Feys, krampos, humanos. Dos niñas que un día habían tenido su misma edad. Su madre, o lo que quedaba de ella. A sus pies, la multitud vitoreaba, encabezada por su padre. Mirtalón portaba una antorcha y en sus ojos no había nada, ni siquiera odio. Talía intentó rogarle clemencia, pero no podía respirar. Se ahogaba en su propia sangre. Su padre prendió fuego al nido de cadáveres y enredaderas secas arremolinados a sus pies y las llamas treparon raudas hacia ella. Flordemuerte se convirtió en una tea ennegrecida que aullaba sin labios, sin ojos, sin voz.

El engendro ardía por fin, y los mundos suspiraban aliviados.

Se despertó boqueando, cubierta de un sudor frío. Se palpó frenética la piel, mas no encontró la estaca. Estaba en su lecho de sedas, en palacio.

Hundió la frente entre sus rodillas y respiró hondo. La misma pesadilla la asaltaba cada vez que caía rendida, y no hallaba forma de librarse de ella.

Tal vez no se mereciese esa piedad.

Su padre había mandado quemar el zarzal la tarde después de la batalla. Se quedó mirando mientras las llamas lo consumían todo, cadáveres incluidos, y no se retiró hasta asegurarse de que la última raíz había ardido hasta desaparecer. Talía se había enterado, al

despertar de su convalecencia, gracias a los cuchicheos del servicio, y desde entonces no podía pensar en otra cosa.

El rey yedrasi rara vez usaba el fuego calcinador de los Hombres, ni siquiera para combatir. En Bosqueterno, ese elemento tan destructivo solo se reservaba para las amenazas más letales y virulentas, aquellas que ponían en peligro el reino solo con existir.

Solo lo había empleado dos veces con anterioridad. La primera, para quemar el cadáver enzarzado de la madre de Talía y los de sus asesinos. La segunda, con los cuerpos de Juana y Beatriz, atiborrados de veneno. *Su* veneno.

De aquella tragedia hacía años, pero las imágenes permanecían en su alma, vívidas e imborrables. Rota de dolor, se había forzado a contemplar cómo las llamas devoraban a las que la habían llamado «amiga» y reducían a cenizas los cabellos que ella misma les había trenzado tantas veces en vida. A inhalar el horrible olor dulzón que se alzó en el aire cuando el fuego llegó a sus entrañas, todavía impregnadas de la ponzoña de Flordemuerte.

Si esa noche no se arrojó a la pira con ellas fue porque sabía que eso habría destrozado a Jara y Adelfa, y no quería provocar más sufrimiento a quienes amaba. Ya había hecho daño suficiente.

Pero de poco le habían servido sus esfuerzos por controlarse, por reducirse a lo más *nada* posible. A causa de ella, Mirtalón había tenido que encender una tercera pira y, de nuevo, lo que ardía en ella era una parte intrínseca de Talía. Todos en palacio evitaban aludir al incidente en el barranco delante de ella, como si su simple mención pudiera desatarlo de nuevo. Según Adelfa, su padre la había visitado más tarde mientras ella convalecía, aún dormida. Por lo demás, apenas le había dirigido la palabra.

—Está demasiado ocupado planificando cómo atar los últimos cabos sueltos de esta guerra —le había dicho Jara para consolarla.

Pero eso no explicaba que Mirtalón apenas la mirase cuando estaban en la misma sala. Nunca había sido el padre más efusivo, pero siempre le dejaba caer un arrumaco, una palabra de cariño, una sonrisa complacida. Y en los últimos días... nada.

¿La estaba castigando? ¿Había decidido ignorarla durante el resto de su existencia? Tal vez solo estaba digiriendo la aberración de su hija como buenamente podía, pero ¿no se daba cuenta de que, mientras tanto, esta se secaba como un arbolillo al que le hubieran cortado el agua?

Si él le retiraba su protección, si dejaba de quererla..., ¿qué sería de ella?

Su miedo era tan terrible que intentaba convertirlo en algo más soportable, como la culpa.

«Necia llorona. Mirtalón es un rey que acaba de ganar su última batalla —se decía—. Ahora mismo, tu sensiblería es la última de sus prioridades. A nadie le importa lo que *tú* necesites. Bastante los has agraviado ya a todos».

Solo Jara la había atosigado con preguntas sobre el incidente, pero Talía aún no era capaz de responderlas. No se atrevía a hablar de ello. La imagen de sus semejantes desmembrados asolaba su mente a todas horas, impidiéndole dormir.

Mientras regresaban a palacio, Adelfa la sorprendió varias veces escabulléndose entre las sombras para postrarse en el suelo del camino, con las palmas y el oído hundidos en la tierra. Esperaba sentir algo, una señal de que el daño que había hecho no era del todo irreparable. Se había secado los labios rezando a la Tierra y al Firmamento para que acogiesen las almas de aquellos pobres feys, sin importar cómo ella hubiera deshonrado sus cuerpos.

Pero no sentía nada. Solo el arrullo de la naturaleza siguiendo su curso.

—No te tortures más, mi niña —le había dicho Adelfa—. La esencia de un fey puede extraviarse, mas al final siempre encuentra cómo regresar adonde le corresponde, igual que los ríos llegan al mar.

Su aya creería eso, pero parecía hallarse en la minoría, a juzgar por el silencio gélido que el resto le dedicaba.

Y lo más terrible de todo era que una parte de ella quería volver a hacerlo, cantar y sentir la respuesta de la Creación. Echaba de menos esa sensación expansiva, ese instante de rabia y libertad, de fluir desatada como una hemorragia. Y llevaba esa nostalgia reprimida en lo más hondo, donde languidecían los secretos sucios e inconfesables.

«Hasta ahora, tu padre ha estado quemando tus brotes con tal de no atajar el problema de raíz. Pero un día se hartará, si no lo ha hecho ya, y entonces serás tú la que arda. Y seguramente lo merezcas».

Su mundo se había terminado a los diez años. En su mente estrujada por el miedo, cada vez tenía más sentido que volviera a hacerlo otros diez años después. «La seguridad es una ilusión —le decía el pulso errático de su corazón—. Ahora que te han visto, saben lo que eres. ¿No hueles el humo en la brisa? El fuego se acerca, viene a por ti. Jara y Adelfa siempre estarán de tu lado, pero ¿y tu padre?».

Ya no estaba tan segura. No estaba segura de nada. Y eso le partía el alma.

Casi oía la voz de su madre haciendo eco en la penumbra: «No esperes a que les entren ideas. Corre. Corre y no mires atrás».

Pero ¿adónde? Sabía lo que la esperaba al otro lado del Velo y en los otros reinos feys. Irónicamente, no había lugar más seguro para ella que los dominios de Mirtalón.

Se tumbó bocarriba en el lecho, mirando el dosel de flores sin verlo. Desde el extremo opuesto de la habitación le llegaban los suaves ronquidos de Adelfa: había caído rendida tras pasar gran parte de la noche ocupada en preparar el equipaje junto a sus otras doncellas. Bendita fuera; ni siquiera el susto del incidente había mermado su amor por Talía.

«Mi dulce aya. Te mereces toda la luz de las estrellas».

Buscó a Jara entre las sombras del cuarto, pero no halló rastro de ella. Tal vez su padre la hubiera llamado a su presencia; solo algo así habría podido separarla de Talía esa noche, disgustada como estaba.

Apartó las sábanas sudadas y caminó hacia una amplia ventana abierta en el ramaje de la pared. La luz de la luna se colaba por ella y teñía el dormitorio de un añil profundo.

El pulso errático de su corazón le dolía en el pecho.

En apenas unas horas, abandonaría por primera vez el que consideraba su hogar para irse a vivir durante medio año con un alzamuertos desconocido.

Le daban vértigos solo de pensarlo, y la sensación se multiplicaba al recordar esa voz seca pronunciando su nombre delante de toda la corte como un desafío. Como una confesión. Como un deseo en voz alta.

«¿Qué quieres de mí, Carroñero? ¿Qué puedo darte, salvo lo que siempre les he dado a todos?».

Que la Tierra se apiadara de ella. No entendía nada.

Un borrón castaño aleteó fuera de la ventana y la arrancó de sus pensamientos. La extrañó ver que se trataba de una hadita cortezuela; no solían merodear en las inmediaciones de palacio.

La criatura se posó en el alféizar. Costaba divisarla entre las ramas, con su tamaño de pajarillo, su rugosa piel castaña y sus alas de hojarasca. Las cortezuelas estaban en todas partes y todo lo

veían sin que nadie las viera a ellas, pero costaba horrores sonsacarles sus chismes, a menos que a ellas les apeteciera compartirlos.

La saludó según la costumbre, con cuidado de no despertar a Adelfa.

—Buenas noches, mensajera. ¿Traes o llevas?

—Un mensaje traigo —respondió la hadita. Correteaba entre las ramas como una lagartija, claramente ansiosa de cumplir con su recado y alejarse cuanto antes de ella.

Talía frunció el ceño.

—¿De quién?

—Del krampo Baalak. Os ruega que os reunáis con él en el cenador de la Reina cuanto antes. A solas. —Señaló a la extensión boscosa justo debajo de la ventana, un jardín reservado a la familia real.

—¿Qué...? Pero si la entrada a esa zona está vigilada —La joven se asomó al alféizar—. ¿Cómo ha convencido a los guardias de que lo dejen pasar?

La cortezuela encogió un hombro. Lo más probable era que el caudillo se hubiera colado en el jardín sin permiso. Su osadía la dejaba sin palabras. Aunque, si se paraba a pensarlo, nadie llegaba tan lejos como Baalak sin ser un poquito bellaco. En el fondo, envidiaba su arrojo.

—¿Y para qué quiere verme?

—Dijo que necesita contaros algo muy importante que deberíais saber antes de partir con el Carroñero.

Eso no hizo sino constreñir más el nudo en su estómago. Antes de que pudiera pedirle más información, la hadita se alejó volando y la dejó a solas con su incertidumbre.

En otras circunstancias, la princesa habría ignorado la llamada; no le gustaba actuar a espaldas de su padre ni meterse en situaciones inauditas sin la compañía reconfortante de Jara. Pero necesitaba saber más sobre el nigromante, y un encuentro clandestino en el jardín sonaba mejor que quedarse el resto de la noche petrificada en su cama, pudriéndose la cabeza con paranoias.

«Preciso toda la ayuda posible, venga de quien venga».

Echó un rápido vistazo a Adelfa, aovillada en su nido de almohadones. No tuvo corazón para despertarla; les esperaba un viaje largo al día siguiente y su vieja aya necesitaba descansar.

Sin hacer ruido, se envolvió en una capa oscura y salió, cerrando con cuidado la puerta tras de sí.

Se deslizó de puntillas entre las sombras de los árboles y los parches de luz nocturna. La brisa fresca le traía los ecos de la jarana desenfrenada que aún continuaba en el lejano pabellón. A decir verdad, si debía citarse a escondidas con un aliado de su padre, prefería hacerlo allí en lugar de en el bosque, que en ese momento rebosaría de juerguistas y chismosos.

El jardín estaba lleno de insectos luminiscentes. Flotaban sobre las flores como estrellitas errantes y le hacían cosquillas en la piel al pasar entre ellos. Recorrió un sendero bordeado de madreselvas y, al final, cobijado entre sauces, halló el cenador: una columnata circular rematada en una cúpula de follaje. La cubrían pesadas cortinas de hiedra que formaban una celosía protectora en torno a la construcción y resguardaban su interior de miradas indiscretas.

Insegura, se detuvo a pocos pasos de la entrada. Estuvo tentada de darse la vuelta, pero entonces una voz grave la llamó desde el interior.

—¿Dama Mortalía? ¿Sois vos?

Una manaza blanca apartó los cortinajes y los rayos de luna incidieron en el rostro de Baalak. Este la conminó a entrar con un gesto imperioso.

—Venid, rápido. No disponemos de mucho tiempo.

La princesa se armó de coraje y pasó bajo su brazo alzado. Cuando él dejó caer la hiedra tras ellos, el cenador se sumió en una penumbra atenuada por los destellos de luz que vagaban por el aire.

Talía se echó hacia atrás la capucha y miró a Baalak.

Si ya le parecía intimidante de lejos, hallarse cara a cara con él, sin nadie alrededor, hacía que le temblasen las rodillas. Se alzaba ante ella como una torre de puro músculo, vestido con una túnica granate atada a un hombro, que dejaba al descubierto la mitad de su pecho velludo. La ceñía con un amplio cinturón con remaches de pedernal, a juego con sus brazales. El resto era palidez lunar, pelo negro y poder contenido bajo una falsa calma.

Intentó sonar lo más serena posible, pero le era difícil.

—No deberíais estar aquí.

—Lo sé.

El krampo bajó la mirada y se mordió el labio, para estupor de Talía. Jamás lo había visto mostrar el más mínimo atisbo de inseguridad.

—Creí que ya os habríais retirado a descansar —dijo ella—. ¿No regresabais mañana al plano de los mortales?

Él dejó entrever sus colmillos en una sonrisa sin alegría.

—Vuestro padre nos ha dejado quedarnos unos días más. Pero pronto los míos habrán de marcharse, y yo con ellos, hasta que Bosqueterno vuelva a necesitar guerreros que empuñen hierro. Y a saber cuándo será eso. Quizá no viva para verlo.

La amargura en su voz la conmovió. Sintió el impulso reflejo de consolarlo, aunque poco podía ofrecerle alguien como ella a un

caudillo.

—Habéis luchado con valor junto a mi padre y él os estima. Estoy segura de que podréis volver muchas más veces, aunque sea para disfrutar de nuestras fiestas.

Algo relumbró en las pupilas de Baalak. Pareció a punto de decir algo, pero se contuvo, aclarándose la garganta. Aquella actitud la desconcertó; era más propia de un muchacho abochornado que de un señor de la guerra.

—La verdad, dama Mortalía, mi mayor deseo sería no tener que alejarme nunca más de este lugar... ni de vos.

—¿P-perdón?

El krampo bufó y sacudió la testa, caminando de un lado a otro. El suave clop-clop de sus cascos se expandió por el cenador.

—Os juro que no os habría citado así si no hubieran forzado mi mano. Pero ese *murrul* no me ha dejado otra opción. Debí prever que os codiciaría, en especial después de lo que ocurrió en el barranco.

El pánico resurgió dentro de Talía, borboteante y expansivo. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que sentarse en un banco de piedra cercano.

—Actuasteis con un noble propósito, princesa —dijo él—. Pero vuestro poder os pone una diana en la espalda, y no solo entre los vuestros. Habéis atraído la atención del Carroñero. Es más; puede que este fuera su plan desde el principio.

Talía negó con la cabeza.

—No tiene sentido que me haya elegido a mí.

—Pensadlo. El nigromante estudia la muerte, se nutre de ella. Es fácil figurarse qué podría querer de una criatura única como vos.

El aire se le escapó de los pulmones.

—Estudiarme.

Baalak asintió.

—Creedme, conozco a los de su clase: el ansia de poder de ese brujo no conoce límites. —Su talante se ensombreció—. Os llevará a ese Páramo, donde se ha asentado como un parásito, y allí os tendrá aislada y enteramente a su merced. Buscará la forma de sacaros los secretos, aunque para ello deba diseccionaros como a uno de sus cadáveres.

Qué dominio del idioma feérico tenía ese krampo, y con qué brutalidad lo blandía. Ella sacudió la cabeza.

—El trato me protege. Si el nigromante me tocase una sola hoja de la cabellera, la ira del rey caería sobre él. Agradezco vuestra preocupación, pero no debéis temer...

—¿Temer?

Algo en el tono de Baalak le erizó la espalda. El krampo se le plantó delante en dos poderosas zancadas.

—Lo que me pasa es que me hierve la sangre de no poder cortarle la cabeza a ese hurgaentrañas insolente que se cree con derecho a alejaros de mi lado. Dama Mortalía...

La mestiza dio un respingo cuando el caudillo se arrodilló frente a ella. Incluso en esa postura, seguía sacándole una cabeza, y eso sin contar los cuernos.

—Durante una eternidad he buscado la mejor forma de acercarme a vos sin asustaros. De tantear vuestros sentimientos y, con el tiempo..., haceros ver los míos. Pero los sucesos de esta noche me obligan a ser osado.

Con un gesto brusco, el caudillo la tomó de las manos, y el contacto la recorrió como un rayo. No recordaba la última vez que alguien de fuera de su círculo inmediato la hubiese tocado por voluntad propia.

—Señor Baalak...

—Mi corazón arde por vos desde la primera vez que os vi, princesa.

Toda la sangre corrió a su cabeza, dejándole el cuerpo frío y rígido.

«Ay, Tierra, sostenme».

Los ojos ávidos del krampo buscaban los suyos, pero ella mantuvo la vista apartada. Era la única forma de conservar el temple ante semejante declaración. Reprimió una risita desquiciada.

«Entre todos me vais a matar de un colapso antes del amanecer».

—¿No decís nada? —insistió él.

—No sé qué os habrán prometido mis hermanas, pero, si esto es una broma, os ruego que paréis.

Las cejas del krampo se encresparon en una uve negra. La mera sugerencia parecía indignarlo de verdad.

—Princesa, yo no bromeo. Os lo juro por la sangre de mis hermanos caídos.

En ese caso, a Talía acababa de caerle encima un enredo de lo más inesperado.

—Señor... —empezó ella, tras un silencio incómodo—. Perdonadme si me equivoco, pero ¿vuestro mayor propósito no era aniquilar a los humanos y haceros con sus tierras?

El talante del krampo no se inmutó. No obstante, su cola se removió de lado a lado, como la de una quimera irritada, y la joven se centró en esa parte de él. Si algo le había enseñado el criarse rodeada de amenazas era que cualquiera podía mentir, directa o indirectamente, pero la verdad solía esconderse en los pequeños detalles.

—¿Os disgusta mi gente, princesa? —musitó Baalak.

«Mi madre corría a escondernos en cuanto oía cascos en el bosque».

—No —se apresuró a decir—. Pero sí sé que despreciáis a los humanos con un odio negro y amargo. ¿No es así?

La cola del krampo susurró sobre las baldosas.

—¿Adónde queréis ir a parar?

—A que soy medio humana, señor Baalak, y me asombra que eso no os suponga ningún problema.

Él le soltó las manos, le dio la espalda y se alejó varios pasos de ella. Apretó los puños, como si batallara consigo mismo.

—¿Os causo repulsa?

Talía se puso en pie también, angustiada ante su tono dolido. Si era cierto que Baalak poseía sentimientos tiernos, no soportaba la idea de herirlos.

—¡No! Pero...

—Ya veo. Dudáis de mis palabras. —Él se giró para dirigirle una mirada intensa—. Entonces, permitid que os lo demuestre con actos. Dejad que os dé cuanto anheláis.

—¿Y qué sería eso? —susurró ella, segura de que el corazón se le escaparía por la boca en cualquier momento.

El krampo le dedicó una sonrisa astuta.

—Os he estado observando. Vuestros súbditos os desprecian y vuestro padre no os defiende de su desdén, excepto cuando este se convierte en una amenaza palpable para vos o para su orgullo. Sois de la estirpe yedrasi y, aun así, os ven como a una intrusa cuya presencia solo toleran por capricho de su rey. Y ahora... os consideran algo mucho peor.

Sus palabras le quemaban como picotazos de alacrán, pero Talía no replicó. Baalak solo decía la verdad. Se le acercó hasta que ella pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Olía a cuero, a sudor picante y a hierro.

Se inclinó sobre ella y su nariz le rozó la frente.

—Os entiendo mejor de lo que creéis. No somos tan diferentes, vos y yo. Somos vástagos del Desgarro: seres que nunca perteneceremos a ninguno de los dos mundos a menos que nos abramos un lugar en ellos a la fuerza.

Volvió a tomarla de las manos, y el ardor de las suyas ascendió por los brazos de Talía como una marea envolvente. La sensación... no le desagradaba. De hecho, la asustó darse cuenta de lo mucho que le estaba costando mantener la mente fría.

Hacía mucho que ningún hombre la tocaba así. Demasiado. ¿Acaso el krampo no notaba ese olor a corrupción que todos los feys le atribuían? Se echó hacia atrás por reflejo para ahorrarle el desagrado, pero él no la soltó.

—Conmigo no tenéis que disimular. —Baalak prosiguió—. Vi el deseo en vuestros ojos cuando os ofrecí mi falcata. Entregaos a mí en matrimonio, Mortalía, y tendréis mucho más. Mi brazo protector. El acero de miles de espadas. La justicia que merecéis. —Su aliento ardiente le acarició el rostro—. Os convertiré en mi señora. En mi reina.

—Vuestro pueblo jamás aceptaría que tomarais a una esposa que no solo no es krampa, sino que encima es medio *murrul*. —No pudo evitar dispararle la última palabra con una pizca de retintín.

Durante varios latidos, Baalak no movió un músculo.

—Lo harán si los convencemos —respondió finalmente.

—No podría daros descendencia.

—¿Por qué?

—Sabéis perfectamente que las semillas de nuestras especies no se mezclan bien.

El silencio se alzó entre ellos. Todo el mundo sabía lo que pasaba en una guerra, cuando los hombres de un bando caían sobre las mujeres del otro. Las criaturas engendradas en esos brutales

encuentros rara vez llegaban a término y, cuando lo hacían, eran deformidades grotescas que solían destrozar a la madre durante el parto para luego morirse ellas. De ahí que muchas krampas y humanas, tras descubrirse preñadas por el enemigo, optasen por destruir al engendro todavía en el vientre, aunque se mataran en el intento, antes que sufrir la vejación de alumbrar un pedazo del enemigo.

—Mas sí que ha habido mestizos de krampos y feéricos —comentó Baalak.

—Tan escasos como un eclipse.

—Pero los hay, y están creciendo fuertes. —Sus manos apretaron las de Talía. Sus uñas eran largas, duras—. ¿Os han hablado de mi nacimiento?

Ella negó.

—Nací en el campo de batalla, sobre un lecho de adversarios muertos a manos de mis padres. Mi primer baño no fue con agua, sino con sangre. La vidente que asistió a mi madre en el parto vio el color auspicioso de mis ojos, aulló de júbilo y de inmediato lanzó las runas para leer mi porvenir. —Su afilada sonrisa relumbró bajo las lucecitas danzantes—. Estas le mostraron un posible futuro en el que me convertía en el terror de nuestros enemigos. Vio a una princesa hada en mis brazos, roja como la sangre de un toro. Vio batallas y grandes sacrificios entre los míos. Dijo que dudaríamos, muchas veces, pero que, si al final había una unión, mi hada me convertiría en el krampo más fructífero de todos, y que la leyenda de esos frutos perduraría a través de los siglos.

Ella lo miró fijamente, asombrada ante su fiera convicción. No le cupo duda: hablaba con total sinceridad. Su fe en esa profecía era inamovible.

—¿Lo entendéis? Nuestra unión engendraría descendencia sí o sí. Está escrito en las estrellas, mi princesa. Centraos en el potencial de vuestra sangre yedrasi y olvidaos de esa parte *murrul* que os lastra; yo ya lo he hecho.

Algo en esa última frase se le atravesó como un hueso mal tragado. De pronto, la penumbra a su alrededor pareció más oscura; la cercanía de Baalak, antes embriagadora, se volvió sofocante. Aun así, se resistía a salir de ese baño caliente hecho de roces y confesiones en el que el krampo la había sumergido. La intimidaba, mas, por la Tierra y el Firmamento, cómo ansiaba creerlo. Era demasiado tentador sentir que alguien como él pudiera mirarla y desear... tenerla. Quedársela.

Y no era perfecto, pero... ya lo habían dicho Arceúsa y Terebinta. «El krampo es tu mejor opción. Puede que la única».

A veces, la salvación venía de donde una menos se lo esperaba.

—¿No me deseáis, princesa? —murmuró el caudillo.

Ella elevó la vista y se encontró con su amplio pecho. Baalak era tan enorme, tan... brutal. Intentó imaginarse bajo ese muro de fuerza contenida, el envite de sus caderas velludas entre los muslos. Se preguntó si él sería diferente en el lecho a en el campo de batalla, si le mostraría un lado bondadoso..., y su mente traicionera le lanzó la imagen del caudillo sonriendo mientras doblegaba el cuello de su dragón a tirones.

«Para —le imploró a su sentido común—. Déjame tener esto. ¿Por qué has de arruinarlo todo?».

Pensó en lo que vendría después. En ese sueño que había asumido tan fuera de su alcance, cuyo vacío le rugía dentro. Hijos. Una familia.

Amor.

Su lógica insistía en que obtener algo así era tan improbable como una lluvia de diamantes. Que los vaticinios de una krampa enardecida por la batalla no significaban nada para ella. Pero, de nuevo, la misma existencia de Flordemuerte desafiaba la lógica. Tal vez Baalak tuviera razón y hubiera fuerzas en el universo capaces de hacer posible lo imposible.

Alentado por la leve esperanza que asomó a sus ojos, Baalak le tomó el rostro entre las manos. El contacto envió un estremecimiento a través de su columna y Talía cerró los párpados con un suspiro involuntario. Cada mano del krampo era tan grande que podría haberle cubierto el rostro entero. Podría asfixiarla si él quería y ella le dejaba.

—Aceptadme, Mortalía, y juntos haremos historia. El Caudillo y su Flordemuerte. —Baalak se encorvó sobre ella hasta que su aliento le inundó los pulmones—. Seremos la punta de lanza del otro: vos procuraréis asilo permanente para mi pueblo en las Tierras Feéricas y yo pondré las de los mortales a vuestros pies. Cada enemigo que derribe os hará más fuerte; nuestro poder no tendrá límite. Los humanos se arrepentirán de cuanto os hicieron. Os suplicarán clemencia a gritos.

Talía abrió los ojos de golpe. Aquello la arrancó del baño caliente, de vuelta a la realidad, y la piel se le erizó con una creciente sensación de alarma.

«Eso no es lo que yo quiero».

—La lucha por las tierras de los *murrul* se ha alargado durante décadas y hasta los más apasionados de mi pueblo comienzan a perder la esperanza. Las rencillas internas nos plagan. Así, nunca cumpliremos el destino que nos fue prometido. —La nariz de Baalak le rozó la frente, ardiente como el fervor de su voz—. Sin embargo, cuando esos incrédulos os vean a mi lado y vean lo que he sido

capaz de conseguir, volverán a creer. Por primera vez, todas las hordas de krampos dispersas saldrán de sus escondites y se unirán bajo el estandarte de Baalak.

Un helor se extendió por el cuerpo de Talía, adormeciéndole las extremidades.

—Y los frutos de nuestra unión heredarán lo mejor de ambos mundos —añadió el caudillo—. Imaginad: hijos de una estirpe krampa destinada a la grandeza y de la flor yedrasi más letal. El mundo temblará ante su poder; cambiarán el curso de la historia. Serán leyendas. Serán...

—Caudillos —musitó ella con un hilillo de voz.

«Criaturas que vivirán por y para la matanza, porque no conocerán otra cosa».

Baalak no acusó su espanto, ni lo rígida que se puso cuando él la tomó de los brazos. De pronto, olía algo más en él. En su piel, en su aliento, en sus palabras.

Humo. Un humo tan denso que se ahogaba solo de respirarlo.

—Sí. Guerreros como yo, y mi padre antes que yo, y mi abuelo, que cruzó la brecha del Desgarro ya con canciones de victoria en los labios.

Ella elevó el rostro y vio el fuego en los ojos del krampo. Y algo le dijo que esas llamas jamás se apagarían, que consumirían cuanto se les pusiera delante.

El alma se le cayó a los pies al darse cuenta de que, por fin, veía a Baalak.

«Cree que me seducirá con promesas de poder y venganza, porque eso es lo que ansía él. Krampos y feys unidos, sembrando los campos de cadáveres, hasta que todos los reinos de los humanos sean nuestros. Suyos».

Lo mismo de siempre. Otro que quería usarla para sus fines.

O quizá la verdad no fuera tan simple y Baalak la deseara de verdad, ¿qué sabía ella? Tal vez le estaba proponiendo una gloria forjada en fuego y sangre porque eso era cuanto tenía para ofrecerle. Cuanto él era.

«Pero, si lo acepto, me convertirá en un monstruo».

—Estáis temblando —notó Baalak.

La estrechó contra sí, y Talía reprimió el impulso de forcejear contra ese abrazo que la apretaba como un cepo. Entonces fue plenamente consciente de que estaba a solas con un señor de la guerra mucho más grande, más fuerte y más imprevisible que ella.

—Me siento abrumada, eso es todo. —Lo empujó con suavidad para separarse de él—. No esperaba... No sé qué decir.

Para su alivio, el krampo la soltó. Su cola daba lentos latigazos.

—Decidme que sí.

Ansiaba rechazarlo, mas no se atrevía, y no solo por temor a su reacción. Maldito fuera su nombre; no sabía qué quería. La idea de aceptar la proposición del caudillo la asustaba tanto como desperdiciar la que probablemente fuera su única oportunidad de... ¿de qué? ¿De ser algo más que un pajarillo nocivo en una jaula de oro?

—Ha sido una noche muy larga, señor Baalak, y vuestra propuesta me ha dado mucho que pensar. Necesito tiempo —pidió, falta de aliento.

—No lo tenemos. Mañana el Carroñero se os llevará y pasarán lunas antes de que volvamos a vernos. Quién sabe qué habrá sucedido para entonces.

—Estas cosas hay que considerarlas con detenimiento.

—¿Es que no me correspondéis?

—No he dicho eso.

—¿Cuándo me daréis una respuesta, entonces?

—No lo sé. Hoy no. Ni mañana. No puedo.

El krampo gruñó.

—Me torturáis.

Ella se mordió la lengua para no disculparse por reflejo. Su necesidad de apaciguar y complacer al otro en todo momento la corroía por dentro.

—¿Quizá... dentro de dos lunas, cuando regrese para las celebraciones del Beltán? —ofreció.

Tras sopesarlo, él asintió despacio. Su rabo dio un último coletazo.

—Esperaré hasta entonces.

—Os lo agradezco, señor Baalak. Sé que no sois alguien acostumbrado a este tipo de concesiones.

La alivió atisbarle un amago de sonrisa bajo el bigote.

—No. Pero ahora sabéis que por vos soy capaz de mucho. —Bufó, visiblemente frustrado—. Ese alzamuertos no sabe el hielo tan fino sobre el que camina. Si no lo he matado ya, es por la lealtad y el respeto que profeso a vuestro padre.

«Y, aun así, has sacado a su hija del lecho para hacerle proposiciones sin antes consultarlo con él. Menudo pícaro estás hecho».

De pronto, el caudillo se tensó y miró de refilón a las cortinas de hiedra tras él. Talía detectó el sonido de voces apagadas en la distancia. Los centinelas de la ronda nocturna pasarían pronto por allí.

—Se nos ha acabado el tiempo. Debo irme.

Las voces se acercaban. Ya se oía el tintineo de sus armas.

Baalak se le arrimó otra vez de esa forma íntima y sofocante que le mataba la respiración.

—Pensad en lo que os he ofrecido esta noche, princesa —susurró, demasiado cerca de su boca.

Después la soltó, rodeó el banco y fue hacia el extremo opuesto del cenador.

—A la espera quedo de vuestro sí —dijo, y se escabulló tras la cortina de hiedra.

Talía expulsó el aire que había estado conteniendo. Con la respiración entrecortada, salió al jardín. No había caminado ni veinte pasos entre los altos arbustos cuando, al doblar una esquina, se topó con los centinelas: dos dríades comunes ataviados con corteza y seda de araña. Se pararon en seco nada más reconocerla y sus rostros veteados se tensaron con la misma expresión que, en una vida anterior, solía poner su madre cuando descubría una cucaracha en la choza. Se recompusieron enseguida, pero Talía se dio cuenta. Siempre se daba cuenta.

—Princesa, ¿qué hacéis aquí?

—¿No puedo ya ni pasear por los jardines de mi padre? —musitó.

Ambos tuvieron la decencia de no replicar. Se apartaron y ella pasó de largo con el pinchazo de las lágrimas en los ojos.

Cuando regresó a sus aposentos, Adelfa seguía dormida y Jara no había vuelto. Talía se desvistió, se hizo un ovillo en la cama y pasó largo rato con la vista perdida en la oscuridad.

¿Cuánto de lo que le había dicho Baalak era cierto? ¿De verdad la quería?

No era ninguna ingenua. Lo que él ansiaba, por encima de todo, era establecer una alianza permanente con Bosqueterno y ganar la guerra contra los humanos. Ella era solo la clave para lograrlo.

«¿Y qué? No puedes permitirte el lujo de elegir. Baalak se ha mostrado vulnerable ante ti. Te ha *acariciado*. No le importa lo que eres; al contrario. Nadie te ofrecerá nunca ni la mitad de lo que él te ha ofrecido. ¿No te basta con eso? ¿Qué más da que te quiera por esta razón o aquella? Lo importante es que te quiera de algún modo.

No se trata de vivir un gran idilio, sino de mantenerte con vida y... y... contentarte con lo que logres rapiñar».

¡Dioses! Qué no habría dado por ser una tonta enamorada de Baalak. Ansiaba volver a ese bendito instante en el que casi casi se había dejado convencer por él hasta el punto de desear cuanto él le ofrecía.

Pero, cada vez que lo intentaba, veía las tierras de los humanos sembradas de zarzas y veneno, los miles de cuerpos apilados. Y alzándose sobre ellos, sus hijos: criaturas que aprenderían a empalar enemigos antes que a andar.

¿Estaba dispuesta a aceptar eso con tal de obtener a cambio algo de amor?

El corazón le martilleaba el pecho, y cada latido era un NO.

No. No. No.

«¿Son estas las únicas opciones para las criaturas en tierra de nadie, como nosotros? ¿Ser presas o monstruos? ¿Dejar que el fuego nos consuma o combatirlo con más fuego todavía, hasta que los mundos ardan y nosotros con ellos?».

La asaltó el recuerdo de su madre tirada en el barro, con la espalda acribillada de flechas y los ojos vacíos.

«Sacrificaste tu vida por darme una tercera opción. Cuán amargamente llorarías si pudieras verme ahora».

Cómo la echaba de menos. La sensación de desamparo creció hasta volverse insoportable. Talía boqueó, ahogada, y rompió a llorar como siempre hacía: en silencio, bajo las sábanas, para que nadie se enterara. Porque ¿qué razones tenía para lamentarse? Sería bastarda, mestiza y maldita, pero seguía siendo una princesa. Tenía una hermana formidable y un aya maravillosa; comida, abrigo, entretenimiento, una vida carente de trabajo duro. Un padre que la

había salvado de morir en la infancia. Incluso con todas sus dificultades, ¿cómo se atrevía a pedir nada más? No tenía derecho.

Pero lo hacía. Y lo que deseaba con cada fibra de su ser era justo aquello que ni Baalak ni nadie podría darle nunca. A veces, ese vacío le dolía tanto que le parecía que iba a morirse en el sitio. Nada, ni siquiera el amor rabioso de Jara, había bastado para erradicarlo.

Sollozó durante horas, hasta vaciarse de toda emoción. Dentro de ella solo quedó un hastío amargo, una especie de aborrecimiento hacia todo en general, incluso hacia sí misma.

Malditos fueran el humo y el fuego, las presas y los depredadores y el Desgarro que los había revuelto a todos. Maldita fuera ella.

Quería desaparecer. Huir a los confines del mundo y no tener que lidiar con cortesanos aterrados, el afecto tibio de su padre, el veneno de sus hermanas mayores y la presión del caudillo y su dichosa profecía.

Entonces se dio cuenta de que al menos ese deseo estaba a punto de cumplirse.



Los rayos tempranos del amanecer trazaron finísimos arcoíris a través de la bruma, dotando a la multitud de una borrosa iridiscencia. El bosque a las afueras de palacio bullía con los últimos preparativos y Talía aún no asimilaba lo que veían sus ojos escocidos por el insomnio.

No podía ser que el Carroñero la hubiera elegido. Debía de haberlo soñado. Pero era ella la que llevaba ropa de viaje, la que sentía el nudo de la incertidumbre justo debajo del esternón mientras Jara la abrazaba por detrás, tan protectora como posesiva.

Era real. Estaba pasando.

Frente a ellas, un coro de anjanas guiaba con su magia una hilera de arcones flotantes hasta los lomos de varios bueyes feéricos, bestias serenas adornadas con guirnaldas de campanillas sobre su piel de plata. Durante su estadía con el nigromante, media docena de sirvientes, liderados por Adelfa, la acompañaría en todo momento. Su aya correteaba entre el gentío, cargando como si nada con un morral que la doblaba en tamaño. Se la veía pálida pero decidida, y el corazón de Talía se hinchó de afecto por su valiente hilandera.

Oteó la muchedumbre de cortesanos, sirvientes y curiosos allí congregados. Se apoyaban los unos en los otros, lánguidos y resacosos, aguantando un poco más solo por el morbo de presenciar el desarrollo de aquel evento insólito. A lo lejos, Baalak y sus

guerreros de élite se habían sentado en las raíces de un enorme sauce. El caudillo no le quitaba la vista de encima; sus ojos brillaban como teas en la sombra. Vibraba con la falsa calma de quien está listo para atacar a la más mínima señal.

Talía apartó la mirada, tragando saliva.

«Os convertiré en mi señora. En mi reina».

Eso también había sido real.

Sacudió la cabeza para vaciarla de todo recuerdo comprometedor. Su padre se hallaba a solo unos pasos de distancia y temía que, de alguna forma, desarrollara la capacidad de leerle los pensamientos.

No había ido a verla en toda la noche. No le había hablado más después de que la mandara a prepararse para su partida.

La estaba castigando. Ya no le cabía duda.

Mirtalón lucía tan fresco y sereno como de costumbre. No aparentaba haberse pasado toda la noche de juerga, aunque, a decir verdad, se había movido poco. No podía decirse lo mismo de Arceúsa y Terebinta: la mayor aún tenía el cuerpo salpicado de pétalos sudorosos y la segunda se mantenía en pie a duras penas.

—¿Le queda mucho a esto? —susurró Terebinta, reprimiendo un bostezo.

Arceúsa, más respetuosa con las ceremonias, le chistó. Parecía más hosca de lo habitual. Talía dudaba que se debiera a la pena de la despedida, así que lo atribuyó a la resaca.

Para mal humor, el de Jara.

Su hermana había regresado al dormitorio poco después del alba mientras ella se ponía la ropa de viaje —un peplo de mangas largas y una capa violeta con capucha—.

—Estuve apañando algunos asuntos —fue su única explicación cuando Talía le preguntó por su ausencia. Desde entonces, como para compensar, no se había despegado de ella.

Jara la apretujó aún más y apoyó la barbilla en su cabeza con un gruñido. A pesar de sus ruegos, su padre no la dejaría acompañar a Talía en el viaje de ida; la necesitaba a su lado. Los espías habían avistado grupitos de rezagados aún leales al difunto rey Tarquín merodeando por la frontera con Mohorroca. Debían encontrarlos y eliminarlos cuanto antes, y Jara lideraba el mejor grupo de rastreadores del reino.

En consecuencia, la tercera princesa estaba furiosa. La piel alrededor de sus ojos había adoptado un violento color púrpura y la fronda de su pelo crujía y se removía como si tuviera voluntad propia.

—Ni siquiera puedo darte mis bellotas para que te las vayas comiendo por el camino —masculló—. Se me han amargado todas del disgusto.

—No sufras. Estaré bien... Intentaré estar bien —musitó la mestiza, y acarició esos brazos duros que la envolvían.

—Te visitaré en cuanto pueda, lo juro.

—Lo sé.

Jara emitió otro gruñido lobuno de frustración.

A lo lejos, los esqueletos del nigromante aguardaban en formación con las cuencas vacías ya orientadas hacia el este, la dirección por la que se llegaba al portal estático que comunicaba con el Páramo. Al parecer, solo podía abrirse durante la fase de luna llena, y esta empezaría a menguar esa misma noche; de ahí la necesidad de partir cuanto antes.

—¿No se suponía que el portalero del brujo nos llevaría directamente al Páramo? —preguntó Talía.

—Parece que ha habido un imprevisto y tendréis que hacer un camino más largo. —Jara bufó—. Vaya un comienzo.

Apoyado contra el lomo pálido de su araña, Salazar resaltaba como un brochazo de carbón, vestido todo de negro. Volvía a llevar la brigantina, guantes de cuero y una capa gruesa de bordes carcomidos y cenicientos. Sus labios se apretaban en una línea tensa y lanzaba constantes miradas de impaciencia al horizonte.

Una parte de Talía compartía esa urgencia por quitarse de en medio. La otra quería engancharse a Jara como una ardilla a su rama y morder a quien intentara separarlas.

Tampoco ayudaba que el Carroñero le frunciera así el ceño, como si su simple existencia le resultara inconveniente.

Cuando los bártulos estuvieron cargados y los sirvientes a lomos de los bueyes, le llegó a ella el turno de moverse.

—Hijas —dijo el rey—, despedíos de vuestra hermana.

Jara la hizo darse la vuelta y la estrechó por enésima vez, cubriéndola de besos. El abrazo se prolongó, obstinado, y Talía empezó a temer que al nigromante se le agotara la paciencia y viniera él mismo a arrancarla de los brazos de su hermana. Solo cuando Mirtalón le puso una mano en el hombro en silenciosa advertencia, Jara la soltó, limpiándose las lágrimas a manotazos.

La mestiza se giró después hacia las dos mayores. Tal y como esperaba, Terebinta se limitó a hacerle una seca reverencia sin mirarla. No se le acercaba desde el incidente. Mejor para ella; prefería mil veces la frialdad de Terebinta a sus atenciones corrosivas.

Pensó que Arceúsa haría otro tanto, pero esta dio un paso adelante, se inclinó sobre ella y pegó su mejilla a la suya, como si fuera a darle un beso. Sus uñas largas se le clavaron en los hombros.

—Te diría que intentases no mancillar más el nombre de las yedrasi, pero ya es tarde para eso —le susurró al oído—. Así que

solo me queda esto por decir: adiós, parásito. Ojalá no vuelvas.

Talía no respondió. No le apetecía empeorar una situación ya de por sí amarga.

Por último, se detuvo ante su padre, cabizbaja y con el corazón encogido. Él la observó desde las alturas, mas ella no fue capaz de devolverle la mirada. Tenía demasiado miedo de lo que pudiera encontrar en ella.

Era una suerte que hubiese gastado todas sus lágrimas la noche anterior. Así no se humillaría llorando delante de su padre, pidiendo un cariño al que ya no tenía derecho. Pensó en qué decirle. ¿Que lo echaría de menos? Se daba por sentado. ¿Que cumpliría su misión como una buena yedrasi? Lo que el Carroñero pedía, ella no podía llevarlo a efecto. ¿Que intentaría lograr que se sintiera orgulloso? Menudo chiste.

El mejor regalo que podía hacerle era callarse y desaparecer.

Hizo una reverencia más profunda de lo que le correspondía a una princesa y se giró para marcharse, pero entonces una manaza verdosa se posó en su hombro, y la voz gravísima del rey la acarició como una brisa de verano.

—Niña, ¿de verdad vas a irte sin darle un beso a tu padre?

Atónita, se volvió de nuevo hacia él, y Mirtalón extendió sus brazos. Con un sollozo ahogado, Talía se arrojó a ellos. Él la levantó sin esfuerzo, altísimo en comparación con ella; le besó la frente veteada y la abrazó delante de todo el mundo.

—Lo siento mucho, padre —musitó ella contra su cuello.

—Lo sé —susurró él, acariciándole la coronilla.

Después enterró los dedos en su melena carmesí y añadió con una voz gutural de troncos retorciéndose:

—Eres mi hija. Mía. Nunca lo olvides.

La dejó en el suelo con suavidad y se dobló para mirarla a los ojos.

—Pórtate bien, pero recuerda que estás muy por encima del mortal. No le des más de lo que se acordó —le susurró, muy serio—. Y si intenta hacerte algo..., mátalo.

El corazón de Talía se saltó un par de latidos, mas asintió, confusa. Aunque su situación distaba de ser ideal, descubrir que aún le importaba a su padre le había quitado un peso terrible de encima.

—Ahora, ve, antes de que la resaca saque a relucir lo peor de tus hermanas —añadió él, todavía más bajo.

Talía ocultó su risa bajo una tos. Tras recibir un último beso de su padre, se giró hacia su comitiva con energías renovadas. Un sirviente la esperaba, sosteniendo las riendas del buey más manso de todos. Talía fue hacia él, pero, en cuanto hizo amago de tocarlo para montarse, este mugió y se encabritó. Varios feys intentaron calmar al buey sin éxito mientras ella aguardaba, incómoda.

—Dejadlo. La princesa puede venir conmigo —dijo el Carroñero, en tono impaciente.

Cientos de miradas se clavaron en él. Talía dudó, estudiando a la gran araña. Aún la veía corriendo por el campo de batalla, con feéricos desmembrados y moribundos todavía enganchados en las mandíbulas.

—Si ella quiere, claro está. —Salazar se cruzó de brazos.

El cuidador del buey bufó.

—Nadie salvo vos va a tocar esa...

Se interrumpió, boquiabierto, cuando la princesa pasó junto a él en dirección a la criatura de hueso y se adentró con cautela entre sus patas como columnas. Era consciente de que todo el mundo la miraba, de que más de uno contenía el aliento al verla tan cerca de

la araña y sus refuerzos de hierro. La repasó de arriba abajo con la boca seca.

Era enorme. Y horrible.

Y, dado que el nigromante se la había ofrecido, no pensaba desperdiciar la oportunidad de verse encima de ella. Era indecente lo muchísimo que le llamaba la atención aquella bestia.

«¿Cómo me encaramo a esto?».

Reparó en que el tórax presentaba varios salientes de hueso que podían usarse como peldaños, seguramente añadidos por el propio nigromante.

—Cuando queráis, princesa —dijo él, a su lado.

—¿No se encabritará?

El humano arqueó una de sus gruesas cejas.

—No.

Creyó percibir un atisbo de humor en su tono. Se dio cuenta entonces de que era la primera vez que hablaban directamente y un súbito calor ascendió por su cuello. De pronto, necesitaba moverse. Trepar a algún lugar alto, desde el que se sentiría más segura. Agitada, se remangó las faldas con una mano y, con la otra, agarró una púa de hueso que sobresalía a la altura de su cabeza. Oyó respingos entre el gentío, como si hubiera enterrado los brazos en las entrañas de un cadáver sin inmutarse.

«No parecía que pudiera escandalizarlos más, ¿verdad?», pensó con algo extrañamente parecido a la rebeldía.

Apoyó un pie en un peldaño y trepó por los siguientes como una lagartija, hasta plantarse a horcajadas en lo alto de la araña.

Al oír las risitas de sus hermanas, miró abajo y se dio cuenta de que el nigromante le había ofrecido su brazo para ayudarla a subir y ella lo había dejado con él en alto. Él arqueó de nuevo la ceja; si ese era un gesto de enojo o diversión, no tenía ni idea. Le pareció que

sus ojos oscuros se desviaban un instante a las vetas rojizas que le serpenteaban por el muslo, que asomaba entre sus faldas revueltas. Recordando que los humanos solían ser mucho más pudorosos que las hadas, volvió a cubrirse y cambió su postura a una más recatada, sentada en la parte trasera de la larga silla de montar.

El Carroñero se impulsó con agilidad en los peldaños y montó delante de ella. Dio unas palmadas en la monstruosa testa de la araña.

—Agarraos, princesa.

—¿A qué?

Antes de que él pudiera especificar, la criatura se levantó y el zarandeo la pilló desprevenida. Con un gritito, Talía se agarró por reflejo a los hombros del nigromante y notó cómo este se tensaba bajo sus manos. Lo soltó de inmediato y se aferró a los lados de la silla, presa del bochorno. Aquello acababa de empezar y ya sentía que lo estaba haciendo todo mal.

Poco a poco, mientras la araña se equilibraba sobre sus ocho patas, los bandazos se estabilizaron en un balanceo manejable y el nigromante inició la marcha, rodeado por el séquito de esqueletos. Los sirvientes cabalgaban por el flanco derecho, a buena distancia de ellos; era la única forma de que sus bueyes mantuvieran la calma en presencia de los muertos.

Talía no dedicó ningún gesto de despedida a la muchedumbre; era consciente de que muchos pensaban lo que solo Arceúsa se había atrevido a decir: «Ojalá no vuelvas». Mantuvo la vista fija en su padre y en Jara. Cada vez los veía más pequeños, más lejanos conforme se alejaba la comitiva..., hasta que desaparecieron en la distancia, como motas de polvo centelleando entre el verde del bosque.

Como un sueño.

Una lágrima roja se deslizó por su mejilla.

«No llores. Esto es una bendición encubierta. Es mejor para todos que te quites de en medio unos meses. Después volverás».

Buscó a Adelfa con la mirada para consolarse. Cabalgaba la primera entre los sirvientes, y la pobre no dejaba de mirar en derredor con cara de cervatillo asustado. Los demás iban rígidos en sus bueyes: dos hilanderas recias y arrugadas, dos mozos de carga de piel verde y espaldas anchas, y otra pareja de sirvientas con cuernecitos y melenas trigueñas. Todos sin excepción iban macilentos, como reos camino de la ejecución.

«Debo ser valiente por ellos —decidió—. Si me ven tranquila, quizá teman menos». Se limpió las lágrimas con rapidez y adoptó una pose digna en su silla, encarando la espalda del nigromante.

Este cabalgaba en apariencia relajado, balanceándose en equilibrio con el vaivén de la araña. No llevaba riendas; no parecía necesitarlas. El repiqueteo sordo de las ocho patas creaba un ritmo curioso, casi hipnótico.

Conforme el sol describía su arco en el cielo, el esplendor de la floresta se apagó, el suelo se llenó de parches pelados y la vegetación se tornó rojiza y espaciada. Ya habían salido de Bosqueterno, pero, según tenía entendido, aún les quedaba mucho para llegar a su destino. No harían paradas, no había tiempo. Los sirvientes comían mientras cabalgaban y, si querían estirar los miembros, correteaban junto a sus bueyes o directamente se ponían de pie sobre ellos sin que las bestias acusaran sus cabriolas.

¿Cuánto había pasado ya? ¿Cuatro, cinco horas? Las nubes taponaron el cielo cuando se adentraron en una llanura encharcada y neblinosa. Una inquietud helada se aposentó en Talía; nunca había visto ese lugar. No sabía casi nada de los otros reinos ni de las inhóspitas tierras entremedias, salvo por las historias que otros le

contaban. En diez años, jamás había abandonado los dominios de su padre, excepto para acompañar a Jara en alguna brevísima escapada clandestina allende el Velo, solo para curiosear rinconcillos apartados. Le estaba terminantemente prohibido.

Exhaló un suspiro tembloroso. Aunque viajaba siguiendo órdenes de su rey, se sentía como una criaturilla vulnerable y altamente peligrosa que acabara de escaparse de su jaula.

Y su incomodidad la empeoraba el hecho de que el nigromante no hubiera pronunciado ni una palabra desde que partieron. A Talía no le molestaba el silencio, pero también era cierto que pocas cosas la sosegaban tanto como una conversación cordial, y más si servía para conocer mejor al otro, lo cual le parecía de imperiosa necesidad en esa situación. Sin embargo, si fuerte era su deseo de romper el hielo, más lo era su pánico a *molestar*. Porque molestar lo hacían los imprudentes, los ignorantes y los estorbosos, y ya se sentía bastante de esas tres cosas como para empeorarlo causándole una mala impresión al brujo.

A sus pies, los charcos se secaron para dar paso a una vastísima extensión llena de arcadas de roca, que se alzaban sobre la procesión de esqueletos como el costillar de un titán muerto. Asombrada, Talía contempló esas columnas curvadas y plomizas.

Entonces vio a las criaturas.

Una jauría de seres raquíticos merodeaba entre la niebla, a veces a cuatro patas y otras a dos. Costaba distinguir si eran bestias, humanos o una mezcla de ambos. Los vigilaban, correteando en círculos con ojillos hambrientos y babas en las mandíbulas descolgadas. Les faltaban trozos de piel; a algunos les asomaban los huesos entre la carne necrosada. Eran muchos, demasiados. Igualaban en número a la horda del Carroñero; quizá hasta la superasen. Los sirvientes gimieron espantados, pero los esqueletos

ya habían formado un muro protector en torno a ellos, sin aminorar la marcha.

Talía no pudo aguantarse más.

—¿Qué son?

¿Fue impresión suya o el brujo dio un respingo al oír su voz?

—Gules. Un tipo de no muertos —respondió él, en un tono algo brusco.

—¿En las Tierras Feéricas? ¿Tantos?

—Esto no es nada, comparado con lo que había antes. El Páramo estaba plagado.

—Tierra y estrellas...

—Me encargué de ellos, pero dejé a algunos vivos a este lado del portal. Nunca se alejan demasiado de él, así que me sirven de perros guardianes.

Su tono despreocupado no la tranquilizó en absoluto. Los jadeos guturales de la jauría los perseguían, incansables.

—¿Perros guardianes que quieren comernos?

—Es lo que tienen los gules.

La incomodó que no le ofreciera más explicaciones.

—¿Son seguros estos caminos? —preguntó, dubitativa.

—Conmigo, sí.

En efecto, aunque trotaban alrededor de la comitiva, los gules nunca llegaban a acercarse lo bastante como para que los esqueletos pudieran tocarlos. Parecían temer al nigromante y sus creaciones. Si el ejército se hubiese compuesto de seres vivos, en vez de muertos reanimados... Talía prefería no imaginárselo.

—¿Cómo podrá visitarme mi hermana, si esto es lo que separa vuestro hogar del mío?

—Hay más de una forma de llegar al Páramo. Esta es solo la vía más rápida para mí cuando mi diablillo no está... disponible —

respondió él, sin mirarla—. Vuestra hermana deberá dar un rodeo. Si bien tardará mucho más en llegar, podrá hacerlo sola y relativamente segura.

Ese «relativamente» no la complació mucho, aunque sí el oírlo dedicarle más de dos frases seguidas.

—Se lo expliqué esta madrugada, cuando vino a verme.

—¿Cómo...? —barboteó ella; luego suspiró—. Ah, por el Firmamento. Así que a eso se fue mientras yo dormía.

—Tenéis una hermana muy... protectora.

Hablaba despacio, tenso, como si midiese cada palabra. Talía suspiró, abochornada.

—Espero que no os amenazase de ningún modo.

—La princesa Jaralina es amenazante de por sí. No le hace falta esforzarse.

Eso no era del todo una respuesta.

—¿Fue al menos una conversación amigable?

—Vamos a decir que sí —dijo él, aunque, como humano, era imposible saber si mentía, y más si no podía vérsele la cara.

La procesión se detuvo ante un gran arco de piedra grisácea, cuya superficie vertebrada recordaba a dos espinazos unidos por las puntas. El sol estaba en su punto más alto y caía perpendicular sobre ella, proyectando una línea de sombra en el suelo de directamente debajo, cubierto de una extraña arena blancuzca.

—Que nadie se mueva —ordenó el Carroñero.

Desmontó. Los esqueletos que no estaban protegiendo a los feys formaron dos filas frente a él, abriéndole un camino entremedio. Caminó hasta justo debajo del arco, se echó por encima la capucha y el embozo, se quitó los guantes y se acuclilló, posando las manos desnudas en la piedra del suelo. Permaneció así un rato, como si intercambiase confidencias silenciosas con la sombra. Entonces se

oyó un tañido y, de pronto, el arco escupió una nube de polvo que se expandió entre la comitiva. Los sirvientes se embozaron los rostros entre toses; la princesa, que iba en alto, se libró de lo peor de la polvareda. La textura y el olor del aire que entraba por la arcada era tan distinta que no le cupo duda: ese era el portal que llevaba a las tierras muertas del Páramo. Según los rumores, el brujo lo había aclimatado a su propia magia, hasta el punto de que no respondía a ninguna otra.

La jauría se había rezagado muy por detrás de ellos. Gruñían frustrados y lanzaban dentelladas al aire, pero no se aproximaban.

Salazar volvió a montarse en su criatura, poniéndose los guantes apresuradamente.

—Manteneos pegados a mí —dijo, y conminó con un gesto a los sirvientes a seguirlo a través del portal.

Cuando la araña pasó bajo la arcada, la princesa atravesó un terrorífico instante de ceguera, seguido de un mareo que le cortó el aliento. Por fin recobró los sentidos y, tras un rápido vistazo a su alrededor, comprobó aliviada que sus acompañantes se mantenían ilesos, aunque algo descompuestos.

—¿Todo bien ahí atrás, princesa?

Le hubiera gustado que el nigromante la mirase mientras le hablaba, pero en fin, al menos le hablaba. Y con educación; cosa que, para Flordemuerte, no siempre era algo que dar por sentado.

—Sí. ¿Estamos ya en vuestras tierras?

—Casi. Aún nos queda trayecto. Echaos y dad una cabezada si queréis. La silla es grande.

Ella negó, cohibida ante la idea de dormirse delante de él.

A sus espaldas, la jauría había desaparecido, así como todas las arcadas, excepto la que habían cruzado. Se hallaban en un paraje árido, resquebrajado, de tierra tan blanquecina como su cielo.

—El sol ha descendido varios palmos de golpe —comentó Talía.

—Nos hallamos muy lejos, en una tierra límite entre el plano mortal y el feérico. Aquí abundan las rasgaduras en el Velo. —Él se retiró la capucha y el embozo, y la brisa le alborotó la melena—. Todo eso hace que el tiempo transcurra ligeramente más deprisa que en vuestro reino, pero más despacio que en el que un día fue el mío.

Ella asintió de nuevo, pensativa.

—Gracias por la explicación.

Esa vez sí, el nigromante la miró por encima del hombro y le mostró su perfil aguileño y el ángulo elegante de su mandíbula.

—Todo esto es... muy nuevo para mí —confesó ella.

—Preguntad lo que queráis.

Si algo tenía para él, eran preguntas. Le zumbaban cual enjambre en la sesera, más insistentes que cualquier temor o reticencia. Pero, al mirar a sus sirvientes, vio que se habían callado y permanecían atentos a la conversación. Se mordió la lengua. Si daba rienda suelta a su curiosidad, todos notarían el interés en su voz. A saber qué rumores saldrían de eso, y cuántos llegarían a Bosqueterno. A su padre.

El nigromante siguió la dirección de su mirada e hizo un gesto con la mano. Al momento, dos filas de esqueletos se adelantaron de la retaguardia y comenzaron a marchar entre la araña y los bueyes. Inquietas, las bestias se apartaron, llevándose a sus jinetes a suficiente distancia para que no pudieran oír nada salvo el repiquetear de los huesos y el acero.

A Talía se le aceleró el pulso ante la privacidad que le proporcionaba aquella celosía de muertos andantes. Encontró el gesto... bastante considerado. Dado que el Carroñero parecía decidido a escuchar sus preguntas, optó por empezar con una en apariencia inofensiva.

—¿Dónde está vuestro compañero?

—¿Cuál?

—El duende pálido que os acompañaba anoche.

Él se encogió de hombros y devolvió la vista al frente.

—Ni idea. Ya volverá.

—¿Es él quien os hace los portales? —Salazar asintió—. Nunca he visto a uno como él.

—Es un diablillo cojuelo. No hay muchos y no suelen pasar por vuestro reino.

Talía esperaba una explicación más extensa, mas no hubo suerte. Tal vez fuese mejor callarse ella también, pero los nervios y la curiosidad le aflojaban la lengua.

—Le disgustó que me eligierais.

Él se tomó su tiempo para contestar.

—No se lo tengáis en cuenta. El disgusto es su estado habitual.

Ya que solo podía verle la nuca, Talía se centró en ella. Su melena alborotada y cenicienta se removía con la brisa. Olía igual que sus esbirros, a polvo y a hierro, pero también a algo más. Algo vivo, caliente y únicamente suyo.

Inspiró hondo y se armó de coraje.

—¿Por qué me escogisteis? —preguntó en voz queda—. Todo el mundo sabe que soy lo opuesto de lo que buscáis. Vos mismo lo visteis de primera mano.

Él permaneció callado.

—Podríais haber elegido a cualquier otra de mis herma...

—¿Tanto os desagrada veniros conmigo? —la cortó él.

—No... En absoluto. Solo quiero que recibáis un pago justo por vuestra ayuda a Bosqueterno.

—¿Y vos no sois un pago justo?

—Solo si os gusta la muerte y la ruina.

—Debe de ser eso —masculló el brujo.

¿Lo habría ofendido? El nigromante parecía irritado, pero no necesariamente con ella. Quizá, al igual que su diablillo, el disgusto fuera su estado habitual.

Recordó las advertencias de Baalak y el nudo de ansiedad en su estómago regresó con más fuerza.

—Entiendo. Pretendéis estudiarme, entonces. Queréis saber cómo funciona mi magia corrompida. —Puso cuidado en sonar lo más complaciente posible.

Él se tensó.

—¿Qué...?

—En ese caso, preferiría que me lo dijerais abiertamente. No me asustaré ni me enfadaré; estoy acostumbrada a que me traten como a un bicho raro. Es lo que soy —suspiró resignada—. Mientras no intentéis diseccionarme como a uno de vuestros cadáveres...

Él se giró en la silla lo bastante para encararse con ella y Talía se quedó sin habla al enfrentarse a sus ojos, enmarcados por cercos sombríos. Eran de un verde oscuro y apagado, como la tierra de un bosque profundo, ajeno al beso del sol. Tenía la mirada rapaz e inteligente de alguien acostumbrado a despiezar las cosas en su mente nada más verlas y decidir sobre la marcha a cuáles les sacaría provecho y a cuáles mandaría con los desperdicios. ¿Cómo podía una sostener una mirada así?

Con el pulso agitado, Talía carraspeó y empezó a toquetearse los cordones que adornaban sus antebrazos, zigzagueando entre pulseras y brazaletes de bronce.

—Solo lo comento porque ya hubo quien lo intentó en su día, cuando era niña, y no les fue muy bien. Creo que es menester avisaros.

Él la observaba con un ojo entornado y el otro muy abierto. Cuanto más lo miraba, más acertados le parecían sus sobrenombres. Esos ojos intensos, combinados con el fuerte ceño y la nariz aguileña, le daban cierto aspecto de buitre.

Y, en esos momentos, el buitre parecía tan confuso como indignado.

«Lo estás empeorando», se dijo, tragando saliva.

—Perdonad. No pretendía ofenderos —se apresuró a añadir—. Sin duda, vos sois más poderoso que esa gente, además de un portento de la nigromancia. Seguro que, aunque yo me defendiese, al final vos podríais conmigo, y llegaríais donde ellos nunca pudieron. —Meneó la cabeza con aire fatigoso—. Pero mi padre... se tomaría bastante mal que abrieran a su hija en canal.

El brujo asintió muy despacio. Se le había arqueado la ceja.

—Y sospecho que también vuestra hermana.

—Así es. De ahí que no os lo recomiende.

—Tiene sentido —dijo él con exagerada solemnidad.

Estudió el rostro de Talía y su expresión se suavizó. Se frotó los párpados, suspirando; el agotamiento emanaba de él como un vaho casi palpable.

—Princesa, no tenéis razón para temerme. Nunca ha sido mi intención haceros daño alguno.

Sería mortal y capaz de mentir, pero sonaba sincero.

—Aunque algo de curiosidad sí que tengo. En eso no andáis desencaminada.

Bueno, Baalak no se había equivocado. Ese hombre capaz de fabricarse ejércitos y manejarlos como un titiritero, que parecía no temer a nada ni deberse a nadie..., estaba interesado de verdad en ella.

La perspectiva debería haberla inquietado. Y lo hacía, mas era una clase de miedo muy distinta a la que siempre la perseguía. Un temor preñado de vértigo, como el que sentía cuando, de niñas, Jara y ella se contaban cuentos de terror en las noches sin luna; cuando la imaginación volaba, las entrañas cosquilleaban de anticipación y el sentido común decía: «Para», pero el corazón exigía, sin aliento: «Dame más».

—No sé cuánto puedo contaros —confesó ella.

—¿A qué os referís?

Eligió con cuidado sus palabras.

—A que nadie puede hablar de Flordemuerte, ni siquiera la propia Flordemuerte. Al menos, no en voz alta, donde puedan oírle. Es una de esas leyes no escritas en el reino de mi padre.

Miró de reojo a los sirvientes lejanos. El Carroñero se dio cuenta y su voz adoptó un matiz irónico.

—Pero ya no estamos en Bosqueterno, princesa.

Dioses, era cierto. Pensarlo la mareaba.

«Para», pedía su sentido de la preservación. «Dame más», gritaba la *cosa* que vivía y palpitaba dentro de ella.

—Señor nigromante...

—Salazar.

—Señor Salazar... —Se humedeció los labios resecos—. No me malinterpretéis. Me gustaría satisfacer la curiosidad de mi anfitrión en la medida de lo posible, pero... la experiencia me ha enseñado que la gran mayoría de la gente me encuentra más agradable cuanto menos saben de mí.

El talante del brujo se volvió desafiante. Abarcó a la horda de esqueletos con un gesto de su mano enguantada y cientos de calaveras se volvieron hacia ellos, a la espera de una orden.

—¿Os parece que soy como la mayoría de «la gente»? —Las dos últimas palabras rezumaban desdén.

—No.

—¿Entonces?

Ella jugueteó un poco más con sus pulseras.

—¿Qué queréis saber? —ofreció.

En el rostro del nigromante apareció de nuevo esa sonrisa apretada y triunfal, la misma que se le había escapado en la fiesta, cuando consiguió que ella lo mirase.

«Miradas y, ahora, respuestas. ¿Qué más esperas obtener de mí, Carroñero?».

—Muchas cosas —respondió él—. Y más que se me ocurrirán.

Talía suspiró con resignación teatral.

—Responderé encantada, si así nos evitamos el caos diplomático resultante de diseccionar a una princesa.

Salazar resopló por la nariz. Un amago de risa. Fue brevísimo, mas esa pequeña grieta en su coraza severa la complació.

Bueno. La primera conversación no había ido mal. Más relajada por fin, Talía le dedicó al brujo una pequeña sonrisa amable, pero este se puso rígido y le dio la espalda.

Qué reacción más extraña. A lo mejor no le gustaba que le sonrieran. Talía se toqueteó los dientecillos, más afilados que los de una humana, aunque menos que los de una yedrasi.

Quizá el nigromante estuviera también algo nervioso.

Se balancearon durante largo rato, cada uno en un extremo de la silla de montar, envueltos por el golpeteo rítmico de las ocho patas. Dado que el Carroñero parecía muy concentrado en lo suyo, ella centró su atención en la araña. Superado su temor inicial, la criatura la tenía fascinada: su velocidad, la perfecta coordinación de sus miembros, la elegancia brutal de sus incrustaciones de hierro. A Talía

le encantaban los animales, aunque estos no la tolerasen, y acababa de descubrir que su pasión también se extendía a los que no estaban del todo vivos.

Una vez más, dio gracias de que nadie pudiera leer sus pensamientos. Ni percibir la fuerza oscura, sutil pero resistente como el hilo de una telaraña, que tiraba de ella y la urgía a acariciar las placas de hueso y *sentir* lo que había debajo. Si es que había algo.

Se apretó los puños en el regazo, resistiendo la tentación.

«Nunca deberían haberte dejado salir de Bosqueterno, Flordemuerte», se dijo. Pero no sería ella quien pidiese que la llevaran de vuelta. Aún no.

Era curioso cómo su terror ante lo desconocido se había transformado en curiosidad en tan solo unas horas.

—Ya estamos aquí —le anunció el brujo.

La princesa se enderezó para ver la planicie desolada que se abría ante ellos, borrosa por una calima blanquecina tan densa que apenas dejaba pasar la luz del día.

Inhaló una temblorosa bocanada de aire. Ella siempre había vivido en bosques. La presencia constante de los árboles era un elemento incuestionable de su realidad, igual que el susurro del agua en los arroyos, la profusión de raíces y sombras entre las que ampararse de cualquier peligro. Allí no había nada de eso y el entorno se le antojaba extraño, irreal, como si cuanto hacía que la vida fuese *vida* hubiera sido raspado de la faz de la Tierra. Aquella amplitud desnuda la sobrecogía a un nivel visceral. Bajó la vista, pero tampoco halló desahogo en el secarral pedregoso que era el suelo. Dispersos entre las rocas asomaban puñados de hierba débil y traslúcida, que se mecían como el vello de un anciano bajo el silbido constante de la brisa. Esa era la única vegetación existente.

Ante ellos, el camino ascendía zigzagueando por las ásperas faldas de un cerro que se cortaba por un lado en un barranco abrupto. Y en la cima, apostado como un dragón en su nido y medio oculto tras la calima, se alzaba un castillo.

—Bienvenida al Páramo, princesa.



A Talía se le secó la boca.

No se consideraba una experta en fortalezas. Su madre la había criado en un bosque donde pocos osaban adentrarse. Cuanto allí podía verse era alguna cabaña de brujas, y hasta esas costaba encontrarlas si no se sabía dónde buscar. En cuanto al reino de su padre, los palacios se moldeaban a partir del propio entorno con muros de corteza, celosías de ramaje y cúpulas de espesura. Cada una de sus formas curvilíneas era un canto de amor a la armonía de la naturaleza. Los que cruzaban el Velo con frecuencia afirmaban que, aunque el ingenio humano asombraba, nada había en el plano mortal que guardara semejanza con los palacios del Bello Pueblo. Talía había visto sus fortalezas en dibujos: construcciones recias de piedra con grandes torreones ribeteados de almenas y arcos como puntas de lanza, muchos de ellos reforzados con púas de hierro y plata, y símbolos sagrados que los protegieran contra los engendros del Desgarro.

El castillo del nigromante no seguía ninguno de esos estilos.

Era una erupción vertical congelada en el tiempo. Un alfiletero de arcadas y tejadillos puntiagudos, que parecía haber brotado por sí solo de los huesos de la tierra. Lo coronaban altas torres con forma de huso, perforadas cual avispero por numerosos ventanucos. Se alzaban muy juntas, conectadas entre sí por varias galerías

abovedadas y pasarelas descubiertas. Talía se mareaba solo de imaginarse en una de ellas, a un traspié del vacío.

El séquito nigromántico se fue dispersando conforme ascendían hacia la fortaleza, camino de lo que parecían ser puestos de vigilancia diseminados por el erial. Los feys contemplaban boquiabiertos el panorama e intercambiaban miradas de consternación. Talía oyó cómo Adelfa le palmoteaba la testa a su buey y le susurraba palabras de aliento. Siempre le daba por reconfortar a los demás para distraerse de su propia inquietud.

Finalmente, la comitiva se detuvo ante unas enormes puertas marfileñas, que se abrieron con un chirrido.

De la oscuridad salió un duende cetrino y rechoncho, vestido con hábito de fraile.

«Un martinico», comprendió Talía. No había visto muchos, pero sabía que era un tipo de duende doméstico con tendencia a pegarse a los mortales, ya fuera para facilitarles la vida o fastidiársela. A veces, ambas cosas.

Mediría casi cuatro pies de alto y, como solía darse entre los menudos, poseía rasgos grotescos: una nariz enorme y bulbosa y orejas puntiagudas que asomaban por las rendijas de su capucha, con cerdas negras en las puntas. Sus manos y pies eran nudosos, peludos, muy grandes en proporción con el resto de su figura.

—Bienvenido a casa, señorito. —Su sonrisa dentuda le ocupaba la mitad del rostro. Se frotaba las garritas, vibrando de anticipación.

El nigromante lo saludó con un asentimiento.

—Martín.

No le extrañó el nombre. Era el que solían elegir los martinicos para sí.

—¿Cómo fue la batalla? —preguntó el duende.

—Ardua.

—¿Y los festejos de después?

—Largos.

—¿Pudisteis bailar con alguna princesa? ¿O al menos con un hada?

—Martín, contrólate.

Al doméstico solo le faltaba brincar. O no acusaba las pocas ganas de hablar del brujo o le importaban un pimiento. Aun así, la enterneció su evidente alegría al ver al «señorito» regresar sano y salvo. Tan emocionado estaba, que apenas había reparado en ella.

Cuando lo hizo, la sonrisa se le desbarató en una mueca de absoluta confusión.

Salazar desmontó de la araña y fue hacia sus sirvientes. El martinico le tironeó de las ropas, sin apartar la vista de Talía.

—Pero, brujo, si no se parece a ninguna de las tres que me contasteis. ¿Esta cuál es? —lo oyó musitar.

—La cuarta.

El duende se quedó meditabundo mientras las piezas encajaban en su mente. Después, se volvió muy despacio hacia el nigromante y le dedicó una sonrisa que le salió terrorífica.

«¿Flordemuerte?», pronunciaron sus labios sin emitir sonido.

—Ahórrate los comentarios —le espetó el nigromante entre dientes, sacudiéndose el polvo de los ropajes—. ¿Está aquí Lucio?

—¿No viene contigo? —El sirviente arrugó aún más el rostro—. Pues aquí no se le ha visto.

Salazar exhaló un suspiro rasposo.

—Como sea. Encargaos de... —Señaló con gestos impacientes al séquito de Talía. Ya que por fin había llegado a su destino, parecía que las fuerzas se le escurrieran por momentos, hasta el punto de costarle formular frases completas—. El equipaje, a los aposentos.

Las bestias..., donde les corresponda. Los víveres, a... ¿Están las despensas llenas?

—Hasta los topes, señorito —respondió Martín.

—Bien.

—¿Comenzamos a descargar los bueyes, princesa? —preguntó uno de los sirvientes.

Ella asintió, distraída, sin apartar la vista de la fortaleza. El cuello le dolía de doblarlo hacia atrás, pero no podía evitarlo. Necesitaba absorberla por los ojos, entender su extraña armonía. No era del todo recta, ni tampoco curva; sino... orgánica. Como la imponente carcasa de una criatura carcomida por el tiempo, de la que solo quedaran los huesos. Restos que susurraban sobre una belleza abandonada, anterior a todos ellos, a la que el paso de las eras había relegado al olvido.

De eso le hablaba el Páramo. De olvido y silencio. De abandono y sequedad. De ausencia. La tierra, el castillo, hasta el mismo sol sepultado por la calima...; todo parecía cubierto de una capa polvorienta, como si en ese sitio solo pudiera llover ceniza.

Una ola de desazón le arrancó el aire de los pulmones.

Aquel no era lugar para una dríade. La canción de la Tierra no se oía en él; ni siquiera sus estertores. No había vida que respirar allí.

Aquello estaba muerto. Podía sentirlo en la brisa, el levísimo pero inconfundible olor de la corrupción. ¿Lo notarían también sus sirvientes de Bosqueterno?

Con el rabillo del ojo, vio que el nigromante le ofrecía su mano enguantada para ayudarla a desmontar. La aceptó y, cuando los dedos del mortal apretaron suavemente los suyos, sintió bajo el cuero la presión de varios anillos de hierro.

Se deslizó por un lateral de la araña. Sus pies flojos tocaron el suelo.

El mundo le daba vueltas. Su parte dríade exigía que la devolvieran al esplendor de los Bosques. La urgía a darse la vuelta, deshacer el camino como una liebre despavorida y no detenerse hasta perder de vista aquel gris pálido que todo lo devoraba, incluso su capacidad de respirar.

—¿Princesa? —La voz del brujo sonaba lejana.

—¡Ay, que se nos cae! —exclamó el martinico.

Al momento, Adelfa apareció junto a ella y la abrazó por la cintura, ayudándola a enderezarse. Talía frotó la espalda encorvada de su aya, inspiró hondo y sonrió tranquilizadora al resto. Todos sus sirvientes parecían tan perturbados como ella, si no más.

—No os preocupéis. Solo estoy cansada —susurró, sin aliento.

—Entremos. Os enseñaré vuestros aposentos —dijo Salazar.

Cuatro de los sirvientes se quedaron atrás, descargando. Solo las dos criadas de pelo trigueño, que se alojarían cerca de la princesa, se mantuvieron junto a ella y el aya.

Atravesaron el umbral detrás del brujo y del martinico... y entraron en el bosque más raro que Talía jamás había visto.

En realidad no era un bosque, sino una amplísima estancia donde las baldosas irregulares del suelo encajaban entre sí componiendo un mosaico plomizo. De él brotaban columnas que salían disparadas hacia arriba y florecían en capiteles óseos de formas estrelladas. Estos, a su vez, se ramificaban en arcadas y vigas que sostenían un techo altísimo, medio desvanecido en la penumbra. Mirarlo daba vértigo, como si una pudiera caer del revés y matarse contra esas bóvedas llenas de bultos y ondulaciones, similares a nubes de tormenta; una tormenta calcificada.

No obstante, la profusión de geometrías extrañas no paliaba la sensación de vacío de aquel espacio. No había cortinas, ni alfombras, ni muebles apenas; solo piedra desnuda y tímidos haces

de luz surcados por remolinos de polvo. Cada paso, carraspeo y susurro despertaba ecos que el lugar arrojaba sobre los recién llegados, como echándoles en cara que perturbasen su paz de ultratumba.

Talía apretó la mano de Adelfa, que no había soltado en ningún momento. Le pareció que tenía mal color, al igual que sus otras sirvientas, pero tal vez se debiera al cansancio y a la luz mortecina del ambiente.

—Sé que mi hogar no es precisamente acogedor, y aún queda mucho trabajo por delante —explicó el nigromante—. El primer año requirió de un esfuerzo considerable...

—¡El Páramo era como un nido de termitas! ¡Infestado de bestias abyectas y no muertos de una punta a otra! —añadió Martín.

A las criadas de Talía se les descompuso la cara.

—No le hagáis caso. —Salazar parecía al límite de su paciencia—. Como iba diciendo, eliminamos a la mayoría y al resto los expulsamos donde no molestasen.

El martinico asintió con vehemencia.

—Uy, sí, menuda batahola fue aquello. Por poco nos comen en más de una ocasión. Pero el señorito es persistente y poderoso, y parte de su fuerza, si me permiten decirlo, se la debe a un servidor, que lo mantiene bien alimentado. —Estiró el cuello con orgullo—. Con todo y con eso, nos llevó más de un año hacernos con este rincón. Pero ¡qué desastre habían dejado los engendros! ¡Fu! Entramos en el castillo y nos llegaba la mierda al cuello...

Las criadas torcieron el gesto.

El aire en torno al nigromante se volvió repentinamente frío.

—Martín, ¿tú quieres comer hierro? —siseó.

El duende no se inmutó ante la amenaza, pero Adelfa se apretujó por reflejo contra Talía, que le echó el brazo por encima y le acarició

los hombros.

—En ese caso, hicisteis una labor de limpieza impecable —comentó, para calmar tensiones—. El interior del castillo se ve inmaculado.

El martinico se infló como una rana. Salazar la miró de refilón, a caballo entre la sorpresa y la suspicacia. Agradeció sus palabras con un escueto asentimiento y el frío a su alrededor se disipó tan rápido como había aparecido.

—Bueno. Como decía, mi prioridad era volver el sitio habitable y, después, armar el ejército. La decoración pasó a un segundo plano, pero confío en que vuestros aposentos os resulten, por lo menos, sufic...

Un maullido atravesó el aire.

Las orejitas de Talía se aguzaron por la sorpresa. De todos los ruidos que habría esperado oír en aquel recinto, ese no era uno de ellos. Un felino blanquinegro salió de un pasillo oscuro y fue brincando hacia el nigromante, seguido de otro naranja. El eco de sus maullidos inundó la estancia mientras los félidos se frotaban contra los tobillos del nigromante con los rabos en alto.

—¿Eso son... gatos? ¿De los de allende el Velo? —le susurró Adelfa a su ahijada.

—Creo que sí. Aunque no recuerdo la última vez que vi uno.

El brujo se inclinó para acariciarlos. Ese gesto llamó poderosamente la atención de Talía. Después se los quitó de encima con suaves empujoncitos de su bota y reanudó el trayecto. Las criaturas siguieron correteando a su vera un poco más, antes de perder el interés y retomar sus merodeos. Un ápice de diversión asomó a los ojos del humano cuando vio la expresión de Talía.

—Los otros deben de estar pululando por el castillo.

Todavía agarrada a su aya, ella se adelantó para caminar a su lado.

—¿Más gatos?

—Sí. —Salazar escudriñó con la mirada las sombras de los techos —. Y el resto de mis solífugos debe de andar cerca, también.

—¿Solífugos?

—Los duendes que viven conmigo. Siempre están hormigueando por el castillo, pero la mayoría solo se deja ver después del anochecer.

No era raro que un fey se pegara a un mortal si le caía en gracia, en especial si este poseía talentos excepcionales. No obstante, los de Salazar debían de proceder de otros reinos más sombríos; ningún nacido de Bosqueterno se habría juntado con un alzamuertos por voluntad propia, y menos en un lugar como el Páramo.

Él debió de malinterpretar su estupor, porque añadió:

—No los he atado con magia, si es lo que os preocupa. Muchos de ellos, como Lucio y Martín, ya me seguían antes de instalarme aquí, Dios sabe por qué.

Una de las criadas siseó instintivamente al oír el término religioso, pero fue ignorada.

—Les gustaréis —aventuró Talía.

—Uy, nos encanta el brujo —dijo el martinico.

Salazar se encogió de hombros.

—Yo lidio con ellos y ellos, conmigo. Todos salimos ganando.

Ascendieron por una serie de galerías cuya única iluminación era la luz fría del ocaso inminente, que se filtraba por los ventanucos. Talía atisbó movimiento en los recovecos de las bóvedas, pero, cada vez que miraba, las criaturas se desvanecían. Solo en una ocasión acertó a ver dos ojillos brillantes antes de que estos se fundieran con

las sombras. Debían de ser los elusivos sirvientes de los que hablaba Salazar.

Se detuvieron ante una puerta de arco ojival. Martín la abrió con un gesto grandilocuente y todos entraron en los que serían los aposentos de la princesa.

No eran... horribles. Tal vez para una heredera de Bosqueterno, mas no para una mestiza que aún recordaba lo que era vivir en una choza con las comodidades justas. Y, en defensa de su anfitrión, había que reconocer que sus sirvientes se habían esforzado en dotar a la habitación de cierta opulencia. El suelo estaba cubierto de alfombras tan ricas en bordados como los cortinajes de las ventanas. A un lado divisó la camita donde dormiría Adelfa, además de un arcón de madera labrada de clara fabricación humana, como gran parte de lo que allí había. Para la princesa habían preparado un gran lecho con dosel, profuso en mantas y almohadones.

«Con razón el castillo se veía tan pelado. Lo poco que había lo han metido aquí para mí». Darse cuenta de eso habría desatado la burla de sus hermanas, pero a ella la enterneció.

—Si necesitáis algo, solo tenéis que pedirlo y se hará lo posible por traéroslo —dijo el nigromante—. Pero no os mentiré: en el Páramo no abundan los lujos. Lo que veis es lo que hay.

Talía esbozó una sonrisa tímida.

—He sobrevivido con menos.

El brujo parpadeó. Claramente, no se esperaba esa contestación.

—¿Dónde se bañará la princesa? —preguntó Adelfa.

—¡Ah! Eso es lo mejorcito de este sitio. —Martín se aupó de un brinco al alféizar de la ventana y señaló a un edificio chato, cubierto de cúpulas, que comunicaba con el castillo a través de una estrecha galería—. Tenemos unas termas divinas, muy calentitas, que te dejan la piel resplandeciente...

Para decepción del duende, aquello no impresionó a las doncellas de Talía. En Bosqueterno preferían bañarse en el frescor de las cascadas y los ríos. Meterse en un agua que ni corría ni se podía beber era incomprensible para ellos.

Una de las criadas se asomó a la ventana y señaló a una zona lejana, difusa por la neblina, mucho más allá de la pendiente por la que habían llegado al castillo. Los numerosos charcos de su superficie se perdían en la distancia, cada uno tan grande como para albergar cómodamente a un puñado de bañistas.

—¿Y no podríamos ir allí?

El nigromante enarcó una ceja.

—Eso es la Frontera de los Ahogados. Salvo que os apetezca bañaros con los muertos que me llegan de allende el Velo, no lo recomiendo.

Las criadas palidecieron del espanto. Salazar, que parecía satisfecho de haberlas silenciado, anunció que pronto les llevarían la cena. Cuanto más oscurecía afuera, más se le acentuaban las ojeras y se le desenfocaba la mirada. Despachó a Martín en dirección a las cocinas y después se volvió hacia Talía.

—Ahora, si me disculpáis, debo retirarme.

—Por supuesto. Descansad.

Salazar le dedicó una escueta reverencia y se marchó, cerrando la puerta con un tañido sombrío. Las feys comenzaron a desempacar.

—Qué sitio tan horrendo —susurró una doncella.

—¿Habéis visto los muebles y estas telas? —respondió la otra mientras sacudía los cojines—. Son de los humanos, hieden a muerte y a metal. A saber de dónde los habrán rapiñado.

—Este sitio marchita el aire de los pulmones.

—Es un mal lugar para los nuestros.

—Es una trampa.

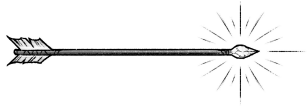
—Es una tumba.

—¡Callad! —ordenó Adelfa.

Las doncellas miraron de reojo a Talía, a la espera de su opinión, pero ella no dijo nada. Su anfitrión aún no le había dado motivos para criticarlo..., salvo, quizá, el haberla separado de Jara. Se sentó en un cojín con la vista perdida, mientras el cansancio acumulado se le venía encima.

Solo entonces, repasando mentalmente su conversación con el brujo durante el viaje, se dio cuenta de un pequeño e irritante detalle.

«Respondió a todas mis preguntas menos a una. No me contó por qué me había elegido».



El brujo despertó en su lecho, tan aturdido que no se acordaba ni de su nombre. Por lo profundo de la oscuridad, calculó que aún era noche cerrada. Mejor. Así podría dormir un poco más. Se estiró entre las sábanas con un gruñido de alma en pena mientras retazos de sensaciones le flotaban inconexos por la memoria: Flordemuerte sentada en la araña, bonita y brillante, envuelta como una ofrenda en su manto bordado; el tono suave e inquisitivo de su voz; el cosquilleo en la nuca al saberse observado por ella.

Incluso cuando nacía de la más pura amabilidad, la mirada de un hada siempre tenía algo que ponía nerviosos a los humanos porque recordaba a la locura, o al hambre, aunque no albergara nada de eso. Simplemente, era la mirada de otro mundo, y la de la princesa no era una excepción.

Teniéndola cerca, se hacía obvio lo sobrenatural de Mortalía, incluso para una medio humana. Compartía algunos rasgos de sus hermanas dríades: la nariz recta y estrecha, las orejas puntiagudas, los miembros esbeltos. Pero había algo distinto en ella, una especie de lustre decadente. Quizá fuera su palidez extrema, las sombras amoratadas de sus párpados, las vetitas rojas que serpenteaban por su piel como venas cargadas de algo más peligroso que simple sangre. Mortalía parecía congelada en el límite entre la vida y la muerte y, de alguna forma, ambas le sentaban divinamente.

Y él no sabía cómo actuar delante de ella, salvo mantenerse tieso como una estaca y medir hasta la última de sus palabras.

En más de una ocasión había tenido que contener el impulso de alargar la mano y tocarla, solo para cerciorarse de que era real. De que no estaba teniendo un sueño trasnochado donde la princesa no solo aceptaba subirse a su araña de buena gana, sino que encima le hablaba a él sin el menor rastro de desprecio..., con calidez, incluso.

Mostraba mejor disposición que sus hermanas, al menos. Hasta parecía que tenía cierto sentido del humor.

Le había *sonreído*. Varias veces.

Y cada una de esas pequeñas sonrisas le sentaba como un dardo feérico derecho al diafragma, dejándolo rígido y embotado. Era mejor no mirarla cuando hacía eso.

Entre el nerviosismo que le provocaba su cercanía y el agotamiento que llevaba encima, fue un milagro que Salazar no hubiese caído desfallecido nada más llegar al Páramo.

A decir verdad, se sentía como si acabase de volver de entre los muertos.

Sus miembros crujieron al estirarse. La escasa luz de luna que entraba por la ventana perfilaba los postes de su cama y resaltaba la claridad de sus sábanas. Sus calaveras centinelas flotaban en

silencio por el dormitorio con las luces de sus ojos apagadas hasta nueva orden.

Reparó en que estaba desnudo, pero no recordaba haberse desvestido. Sí recordaba, de forma difusa, haber dejado a la princesa en sus aposentos y, al fin solo, haber bajado como un sonámbulo a la cocina para asaltar la despensa con el frenesí de alguien que no ha comido nada decente en una semana. Después, todavía con la boca llena y una bandeja de comida en las manos, se había retirado a su dormitorio maldiciendo a Lucio por la barrabasada que le había hecho. A partir de ahí, todo se volvía borroso. Un enjuagado rápido con el aguamanil. Desplomarse de boca en el lecho. Las imprecaciones de Martín mientras le tiraba de las botas. Gorjeos y pelaje gris. Múltiples garritas haciéndolo rodar para desabrocharle la brigantina. Después de eso..., nada.

Puesto que las tripas aún no le habían reventado, en algún momento debía de haberse levantado para hacer sus necesidades, pero de eso tampoco se acordaba.

«Pues sí que caí como una piedra».

Al incorporarse, se encontró con unos ojos fulminantes de sangre y azufre.

Las estacas afiladas de hueso que custodiaban el cabecero de su cama se desprendieron y salieron disparadas hacia delante..., solo para detenerse de inmediato y aterrizar inertes sobre la colcha. La temperatura de la habitación había caído en picado.

—¡La madre que te parió, Lucio! ¡Te tengo dicho que no hagas eso! —Se agarró el pecho, donde aún le martilleaba el corazón—. A buenas horas apareces...

Impertérrito ante el estallido mágico de su ahijado, el cojuelo se acuclilló sobre el pie de la cama y le enseñó los dientes. Era una mueca espeluznante, pero el brujo solo pudo suspirar, aliviado por

verlo de nuevo. Aun después de su apoteósico patinazo en la fiesta, su leal compañero se resistía a abandonarlo. Al final acabaría creyéndose que el viejo fey lo adoraba más que a su propia...

—Pedazo de estiércol —escupió el diablillo.

«Vaya por Dios».

—Yo también me alegro de verte.

—Más palurdo y no naces. —Lucio se golpeteó la sien con dos dedos—. Te da la sesera de sí lo justito para no cagarte encima. Tontolamierda.

Le arrojó algo a la cabeza, que él esquivó de milagro. El objeto se estrelló en el cabecero de la cama e, indignado, vio que se trataba de una de sus botas.

—¿Me dejas tirado en el camino de vuelta y encima me vienes con estas?

—¡Bah! Ya tenías el portal de los gules.

—Nos tuvimos que comer cinco horas de viaje a pata sin descansos. Eso se cobra su precio en los esqueletos y lo sabes. Incluso con armadura...

—¡Me vas a coger de los tres el más largo! ¡Poco hice para lo que te merecías! ¿Portales querías? ¡Tenía que haberte abierto uno allí mismo, en la fiesta, y haberte mandado de cabeza a una fosa común! —gritó el cojuelo en voz baja, si tal cosa era posible—. ¿Flordemuerte? ¡¿*Flordemuerte*, en serio?! ¿Para esto te jugaste la vida metiéndote en la guerra de otro? ¿Para esto me he pasado el último año correteando contigo de un matadero a otro, encontrándote material para tu dichoso ejército? ¿En qué estabas pensando, botarate?

Al no obtener respuesta, sus ojos se estrecharon en dos rendijas acusatorias al rojo vivo.

—Ella te gusta —siseó.

—Y una mierda.

—¡Ni se te ocurra mentirme, buitraco calentón!

La segunda bota le golpeó en el hombro y esta vez fue Salazar quien enseñó los dientes.

—Baja la voz, ceporro, que tenemos a una princesa durmiendo en el mismo edificio. —Se frotó el hombro magullado—. Después del viaje de esta mañana, la princesa se merece descansar al menos una noche sin oír tus rebuznos.

Lucio soltó una carcajada rasposa.

—¡Esta mañana, dice! Pero ¿tú en qué día te crees que estamos? La princesa ya ha descansado de sobra, le ha dado tiempo hasta de aburrirse.

Perplejo, Salazar oteó la penumbra del dormitorio.

—Pero si hace apenas unas horas que llegaron...

—Llevas durmiendo casi tres días seguidos.

«Mal rayo me parta». Lo atravesó una ráfaga ardiente de urgencia solo de imaginarse a la princesa pululando desorientada por el castillo, día y noche, mientras esperaba a que el impresentable de su anfitrión diera signos de vida.

«Coño. Empezamos bien».

—Ya tenías a Martín asustado. Ayer a mediodía vino a chincharte con un palo, a ver si estabas vivo —añadió Lucio—. Lo mandaste al infierno en sueños y seguiste roncando. Y dormido seguías cuando te trajo una jarra de agua que te bebiste del tirón sin abrir siquiera los ojos.

El brujo apartó las mantas a patadas y se dispuso a salir de la cama, pero Lucio le plantó el extremo de su bastón en el pecho y lo obligó a recostarse de nuevo.

—Tengo que atender a mi huésped.

—¿Con esa cara de muerto revivido y ese tufo que echas? Ni lo sueñes.

—Bien, pues me daré antes un fregado.

Salazar trató de levantarse, pero el cojuelo le hundió el bastón aún más en el pecho.

—Primero, come algo. Ya solo nos falta que te nos mueras de inanición.

Con la mano libre, Lucio sacó un hatillo y se lo arrojó al regazo. Dentro había una morcilla, un pedazo de queso y una hogaza de pan.

—¿Ahora me tiras la comida como a un chucho? —protestó el brujo, aunque la boca se le había hecho agua.

Empezó a devorarlo todo, sin importarle que la morcilla estuviera seca, el queso, correoso y el pan, más duro que un cuerno. Estaba seguro de que contaban con reservas mucho mejores en el castillo y que Lucio había elegido esas solo para fastidiarlo.

—Todo robado de la despensa de una viuda estepeña —le echó en cara el duende—. Espero que te guste, porque no parece que vayamos a dejar la rapiña en mucho tiempo. Imbécil.

Salazar le dirigió una mirada torva mientras sus muelas se peleaban con el mendrugo.

—En cuanto a Flordemuerte, no te voy a preguntar qué plan tienes para estos seis meses, lumbrera, porque está claro que no lo tienes y, si lo tienes, será un absurdo.

—¿Y cuál es mi plan, según tú?

La sonrisa burlona de Lucio sentaba peor que cualquier botazo. Atrapó con la punta del bastón el cordón de la morcilla, ya devorada, y lo lanzó lejos.

—¿Acaso importa? Al final, el resultado será el mismo. Languidecerás como un perro.

A Salazar le entró la incómoda sensación de que no se refería solamente a su estómago. Sopesó tirarle las botas de vuelta a la cara, pero no tenía tiempo que perder. Se salió de la cama y abrió su armario.

—Tanto chismorrear entre reinos te ha frito el cerebro. Ves cosas donde no las hay, y hablas sin saber —masculló, enfundándose las primeras calzas que encontró—. Menuda fantasía te has montado tú solo. ¿Cómo me va a gustar la princesa? Si no la conozco de nada.

—Pero te mueres por enmendar eso.

Salazar se volvió hacia él con la mandíbula tensa.

—Muy bien. Los poderes de la moza me dieron curiosidad y quise echarle un vistazo. ¿Y qué? —Se abrió de brazos, desafiante—. ¿No puede un hombre tener un traspié? ¿Eso de los caprichos súbitos está reservado únicamente para los vuestros o qué?

—Sus poderes. Ya.

El cojuelo lo estudió con la cabeza ladeada. Después suspiró y negó para sí, y Salazar empezó a echar de menos la ira de momentos antes. La prefería mil veces a esa extraña impotencia en los ojos del duende.

«Deja de mirarme como si me hubieras detectado una enfermedad incurable».

Prefirió cambiar de tema.

—¿Están enfadados los demás por que les haya traído a esta princesa? —preguntó mientras se frotaba vigorosamente con el agua de una jofaina.

—Al principio sí, pero no contigo. Cuando te vieron aparecer con ella, pensaron que el rey te había timado. Entonces llegué yo y les expliqué lo sucedido.

—Vaya, gracias, hombre —masculló, sarcástico.

—Ahí, más que enfadarse, se asustaron: pensaron que debías de haberte vuelto loco. Y lo siguen pensando.

Salazar se puso una camisa limpia.

—Pues será eso.

Su tono frívolo le granjeó un siseo amenazante de Lucio.

—Haz lo que te dé la gana, muchacho; tú eres quien más tiene que perder. Aquí la mayoría comen carroña y los que no, cuando nos place, nos colamos en los otros reinos o cruzamos el Velo y nos hartamos de comer y ver bosques. Tú eres el que no puede hacer eso con la misma facilidad. Todos queríamos el vergel de las yedrasi, pero tú lo necesitabas.

Se aguantaron la mirada en un silencio malhumorado.

—Lo que sea que tengas en mente con la princesita no valía la pena sacrificar todo lo demás.

—¡Joder, Lucio, que no quiero nada con ella! —Salazar bajó la voz —. Y aunque así fuera, que no lo es..., no podría. Eso me lo dejaron clarísimo.

El duende se echó hacia delante.

—¿A qué te refieres?

—Su hermana, la lobuna, me abordó esa noche y me lanzó unas cuantas amenazas disfrazadas de consejos. Entre ellas, que ni se me ocurriera intentar nada con Mortalía. —Miró a Lucio con intención—. Nada.

—¿Y eso? ¿Está prometida?

—No, pero, por lo visto, el rey se encarga de hacer desaparecer a cualquiera que ose ponerle un dedo encima con la más mínima intención. Ya lo ha hecho antes.

—¿Los exilia, los mata...?

—A saber. Ni ella misma parecía saberlo con certeza. Es lo que se cuchichea en la corte, por lo visto. Lo que no me quedó tan claro es

si ella lo cree cierto, o si se limitó a enumerarme las habladurías de esa forma vaga que tanto os gusta a los feys, para acojonarme sin llegar a mentirme abiertamente.

El cojuelo se apoyó en su bastón, pensativo.

—Sea como sea, coincide con lo que yo había oído ya.

—Eso parece, así que puedes quedarte tranquilo —masculló Salazar—. Nunca estuvo en mis planes pretender a la princesa. Lo que me faltaba ya, que viniera un rey de las hadas y me cortara las bolas.

Eso pareció apaciguar a Lucio. Solo un poco.

Bufando, el brujo sacó un sayo del armario. No tenía intenciones románticas con Mortalía. Estaba seguro, segurísimo. La había elegido en un arrebato de compasión, y también de curiosidad pura y dura ante una criatura tan fuera de lo común. Como buen estudioso de la magia, aprendería sobre ella y, en el proceso, la conocería un poco mejor y disfrutaría de su compañía, ya que parecía capaz de comportarse. Nada más.

La advertencia de Jaralina había sido completamente innecesaria, y Lucio se equivocaba. No deseaba a Mortalía. Solo un idiota ansiaría justo lo que no se podía tener.

Se enfundó el sayo con tanto ímpetu que varias costuras crujieron al romperse. Blasfemó. Lucio enarcó las cejas.

—Seré su anfitrión y ella mi huésped. Punto.

—¿Y cómo evitarás que la princesita se nos muera del asco? ¿La invitarás a cenas de pan duro y morcillas resecas? ¿Le contarás tus cruentas batallitas mientras paseáis por el erial?

—Sí. Cogiditos de la mano —replicó Salazar, mordaz—. Con sus puñeteros sirvientes pegados a mi culo a todas horas, espiando cuanto hago y digo para luego irle con el cuento al rey.

El cojuelo se dio una palmada en la frente.

—¡Cielos sangrantes, los sirvientes!

El brujo frunció el ceño mientras se echaba por encima una túnica oscura y abrigada.

—¿Ha pasado algo? —Lucio asintió—. ¡¿Y cuándo pensabas contármelo?!

—Había venido a eso, pero me has distraído...

Le dieron ganas de estrangularlo.

—¡Habla ya, quemasangres!

El duende inspiró hondo en un gesto que no auguraba nada bueno.

—Todos nuestros invitados, excepto la princesa, han caído enfermos.



Salazar irrumpió en los aposentos del servicio y se encontró una escena lamentable. Los seis criados convalecían allí, arrebujados de mala manera en sus lechos. Parecían presos de una extraña debilidad que les dificultaba incluso el habla. Martín correteaba entre ellos, cargado con una olla de sopa humeante, que ninguno consentía probar. Atónito, Salazar contempló las caras macilentas, los miembros lánguidos y los labios resecos.

Divisó a Mortalía en un extremo de la habitación, inclinada sobre su aya. Le frotaba los brazos sin cesar y la cubría con mantas, pero

la anciana seguía tosiendo entre escalofríos. El rostro congestionado de angustia de la princesa lo enervó más que todo lo demás.

Encaró a Lucio.

—¿Por qué no se me avisó antes?

—Porque hace un rato estaban bien. Ha sucedido muy rápido —explicó Martín, dejando la olla a un lado con visible frustración—. Llevaban cosa de un día quejándose del frío y de cierta debilidad, pero nada preocupante. Lo achacamos al choque de hallarse en un sitio tan nuevo para ellos...

—¿Les disteis algo que no podían comer?

—Imposible. Desde que llegaron, solo se han alimentado con los víveres que ellos mismos trajeron. Se niegan a tocar nada que haya salido de nuestras despensas. —Martín señaló sus bolsillos llenos de frasquitos sin abrir—. Incluidas nuestras medicinas.

—¿Qué hay de los bueyes?

—Igual que sus dueños. A algunos ya les cuesta levantarse.

Salazar sorteó los cuerpos tendidos en dirección a Mortalía, que lo miraba con los ojos anegados en lo que parecía sangre. Tras unos instantes de estupor, se dio cuenta de que eran lágrimas. Flordemuerte lloraba en rojo.

—Princesa, ¿os encontráis bien?

Ella sorbió, muy bajito, y estrechó a su aya para calentarla con su propio cuerpo.

—Sí, pero ellos no. No sé qué les ocurre.

Desde el quicio de la puerta les llegó la voz agorera de Lucio.

—Debe de ser la energía del Páramo. Los está marchitando.

El nigromante miró a los feys quejumbrosos, cada vez más tenso. Apretó los puños bajo las amplias mangas de la túnica y se forzó a mantener el temple.

—¿Cómo, exactamente?

Lucio meneó la cabeza.

—Pues igual que si sacas un pez del agua y lo sueltas entre los matorrales, imagino. Son hijos de Bosqueterno; quizá no estén preparados para aguantar en un sitio como este.

—El rey Mirtalón estuvo aquí y no le afectó lo más mínimo.

—Los yedrasi están hechos de una pasta más dura.

—Vino con acompañantes —replicó Salazar—. Si alguno de ellos hubiera detectado algo nocivo para los suyos en este lugar, no habría enviado aquí a sus súbditos y mucho menos a su hija.

—Apenas estuvieron aquí un día. No les dio tiempo de notar nada. —Su padrino se frotó la cara, suspirando—. No sé cómo no lo tuvimos en cuenta.

Algo parecido al pánico se abrió paso en su interior. La temperatura en torno a él descendió, y tuvo que obligarse a reabsorber esos coletazos de magia. Lo último que necesitaba nadie allí era más energía necrótica.

—Debe de haber un tratamiento que les permita resistir aquí el tiempo que necesitamos. No dejaré que... —El brujo se volvió hacia Martín con creciente desespero, pero el duende sacudió la cabeza.

—Esta malura no la podemos contener, señorito.

Le dieron ganas de romper algo.

—Por favor, apiadaos de esta pobre gente. Necesitan volver cuanto antes a su tierra —le rogó Mortalía, como si lo creyera capaz de negarse.

El desconsuelo en su voz lo conmocionó. Aquello estaba cobrando tintes de pesadilla. De pronto, sus planes de alojar con éxito a una princesa yedrasi se le antojaban una idiotez, el delirio ridículo de un iluso venido a más. Una oleada de pura decepción le hundió los hombros.

«¿Y qué te esperabas?», se echó en cara.

Podía apuntar todo lo alto que quisiera, pero nunca dejaría de ser un alzamuertos destinado a vadear fosas comunes y a permanecer arrinconado donde nadie pudiera alcanzarlo, como una araña entre las piedras. Solo los carroñeros y los condenados toleraban su cercanía. En cuanto al resto, podía comprar su aprecio temporalmente a cambio de hacerles el trabajo sucio, pero, al final... La vida, la auténtica *vida*, siempre huiría de él.

Empezó a subirle la bilis.

Un año entero partiéndose el lomo y la cordura... para luego morder el polvo de una forma tan humillante.

«Sí. Polvo, sobras y un trono solitario en un lugar lleno de nada. Eso es a lo máximo que podrás aspirar nunca».

Se sentía tan ingenuo. Tan insuficiente. Tan... apestado y ponzoñoso.

«Déjanos ir». Esa frase, susurrada desde las profundidades de su memoria, le acertó donde más le dolía. Algo dentro de él se vino abajo.

—De acuerdo. Os llevaré de vuelta a vuestro reino —dijo, y en su tono ronco se notaba cuánto le escocía admitir en alto su derrota.

Pero ¿qué otra opción le quedaba? ¿Dejar que se murieran? No, gracias. Ya tenía suficientes problemas.

Mortalía sacudió la cabeza.

—No, yo estoy bien. Son ellos los que necesitan marcharse.

El aya protestó entre toses, pero ella la silenció susurrándole algo que Salazar no llegó a comprender. A decir verdad, tampoco creía haber oído bien su respuesta anterior.

—¿Cómo? ¿Queréis... quedaros aquí?

Ella asintió con determinación.

—No deseo incumplir el trato que mi padre acordó con vos.

—¿No queréis acompañarnos en el viaje?

La joven se lo pensó. Al final, negó.

—Mi cercanía solo los haría temer más por su salud. Me quedaré aquí y aguardaré vuestras noticias.

Perplejo, Salazar intentó analizarla. Era obvio que la movía el sentido del deber, pero ¿y si había algo más? ¿Un libre albedrío soterrado bajo capas y capas de diplomacia?

«No veas cosas donde no las hay», se reprendió.

Pero no podía evitarlo. La esperanza volvía a galopar como una bestia indómita en su interior.

Una parte absurda e idealista de él, que aún se aferraba a nociones pasadas de caballerosidad, lo urgió a negarse y liberar a la princesa del trato. Pulverizó ese impulso de inmediato. Él no era ningún galán. Si había llegado adonde estaba era por su rapidez en reclamar para sí lo que quería y no soltarlo, salvo que una fuerza mayor lo obligara. No pensaba privarse de su recompensa, a menos que ella se lo pidiera alto y claro... o que quedarse la pusiera en peligro.

—¿Seguro, princesa? ¿Y si al final acabáis enfermando vos también...?

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Presiento que eso no ocurrirá.

Se llevó una mano a las hojitas que le crecían tras las orejas y se las apartó, revelando un capullo oscuro, del que ya asomaban las puntas de unos pétalos violáceos.

—Si este lugar pudiese dañarme como al resto, no me estarían saliendo hojas nuevas y mucho menos flores —explicó ella con aire de disculpa, como si sus brotes fueran un mal presagio.

Se arrancó el capullo con una mueca de incomodidad y se lo ofreció al nigromante.

—Llevadle esto a mi padre. Así sabrá que no ha de preocuparse por mi salud.

Él extendió la mano para aceptar el brote y solo entonces se dio cuenta de que, con las prisas, no se había puesto los guantes. Sus anillos de hierro y plata, que no se había quitado para dormir, quedaban escandalosamente a la vista. Esperaba que Mortalía retrocediera con aversión, pero ella no se inmutó. Depositó el capullo en su palma desnuda y, por un instante, Salazar solo pudo atender al cosquilleo de esos pétalos contra su piel encallecida.

La princesa debió de malinterpretar su silencio tirante.

—No temáis. No es venenosa al tacto. —Qué melancólica sonaba.

Contuvo el impulso de rozar los pétalos con el pulgar. Era lo más cerca que había estado nunca de tocarla a ella. Sentía los ojos de Lucio en la nuca, como dos pinchazos al rojo vivo, y se preguntó si el cojuelo sería capaz de percibir cuándo un corazón humano acababa de dar un vuelco.

«Languidecerás como un perro».

—Queréis permanecer en el Páramo —insistió una última vez; no para asegurarse, sino porque quería oírlo.

—A menos que prefiráis lo contrario.

—No.

Salazar cerró el puño en torno al capullo y se giró hacia sus duendes.

—Llevad a los enfermos con sus provisiones a las puertas del castillo y esperadme ahí. Prepararé entes de carga y un ejército de escolta. Tú te vienes conmigo, Lucio.

Su padrino asintió de mala gana.

—Pero, señorito, el portal de los gules ya se ha cerrado, y no parece buena idea mandar a un puñado de enfermos a través de los de Lucio. En su estado, los bandazos entre dimensiones podrían

hacerles más mal que bien —avisó Martín en voz baja, a lo que el cojuelo asintió.

—Lo sé. Iremos por el camino de los desfiladeros —dijo Salazar—. Tardaremos días en llegar a Bosqueterno, pero lo crucial es sacarlos del Páramo cuanto antes.

La voz de la princesa lo detuvo cuando se disponía a marcharse.

—Gracias por apresuraros.

—A vos por quedaros —logró contestar, tras un tenso silencio.

Salió a paso vivo de la habitación con la cabeza bullendo con los preparativos para la partida. Los convalecientes apenas podían caminar y los bueyes tampoco estaban para cargar con ellos, así que deberían ser sus criaturas las que los transportasen como buenamente pudieran. A sus huéspedes no les haría ninguna gracia viajar en palanquines hechos de muertos, pero Salazar no iba a perder el tiempo buscando una alternativa más acorde con sus dichosas sensibilidades. Lo último que necesitaba era que algún súbdito de Mirtalón se le muriera en su territorio por no sacarlos de allí a tiempo.

«Bueno, al final te ha caído la excusa perfecta para deshacerte de los sirvientes. Tienes una suerte un poco perra, Salazar, pero sigue siendo suerte, al fin y al cabo».

Mientras cruzaba a toda prisa las galerías del castillo, no pudo evitar que una mezquina llamarada de triunfo se extendiera por su cuerpo.

Devolvería a esos feys a su burbujita inmaculada y, a su regreso, la única huésped que le importaba seguiría allí para recibirlo.



A falta de un objetivo claro con el que mantenerse ocupada en aquel entorno desconocido, Talía se limitó a *existir* entre sus muros, impotente y consumida por la incertidumbre. Comía en sus aposentos las bandejas humeantes que le llevaba Martín, se bañaba en las termas y luego se iba a una sala donde el fuego ardía, noche y día, en una hermosa chimenea cuyas formas evocaban encajes de marfil y telarañas calcificadas.

Allí, Talía se cepillaba el pelo húmedo al calor de la lumbre —qué extraño, hallarse de nuevo frente a un fuego de verdad—, y pensaba, porque poco más podía hacer mientras aguardaba alguna noticia de los enfermos.

No se atrevía a explorar el resto del castillo sin permiso de su anfitrión. Tampoco podía salir a explorar el entorno: tras la partida del nigromante, una calima blancuzca se había apoderado del Páramo y envuelto los alrededores del castillo como una crisálida impenetrable. Asomarse a las ventanas era enfrentarse a un limbo sin color. El viento aullaba inconsolable y el polvo se colaba a ráfagas por cada ventanuco sin acristalar, cubriendo las galerías con una alfombra de arenilla que se alzaba en remolinos susurrantes cuando Talía pasaba por encima.

«El polvo sepultará el castillo y nos enterrará vivos», pensó el primer día, pero a medianoche volvió a salir de su cuarto y vio que el suelo estaba impoluto, como recién barrido.

—Son los humarejos, princesa —le explicó Martín esa misma noche, poco antes del alba—. El brujo se trajo un puñado cuando tomamos el Páramo y los soltó para que hicieran lo suyo. Y ahí siguen.

Se lo había encontrado en el salón de la chimenea, atizando el fuego. El duende señaló el techo abovedado, mas Talía no vio nada entre sus sombras.

A excepción del martinico, ningún habitante de la fortaleza se había mostrado aún ante ella. Sentía que la observaban, pero jamás dentro del dormitorio o durante sus baños. Debían de seguir sus movimientos, pues, cada vez que volvía a su cuarto, se lo encontraba arreglado. Martín estaba muy pendiente de alimentarla, mas nunca se quedaba para hacerle compañía, que era lo que más extrañaba ella.

—¿Humarejos?

—Sí, así los llamamos. El brujo os los mencionó como «solífugos», pero con eso no os aclaró nada, ya que todos aquí preferimos la noche; menos el rebaño, que siempre anda merodeando por las charcas en busca de comida, sin importar el tiempo que haga.

Señaló a la única ventana de la habitación, una vidriera estrecha y alargada. Talía fue hacia ella, pero, tal y como se esperaba, solo vio calima.

—Antes has mencionado un rebaño. ¿Es que tenéis ovejas aquí?

El martinico soltó una carcajada.

—¡Fu, ya quisiéramos! No, son criaturas de las que trajo el Desgarro, una especie de necrófagos. El señorito los llama «carontes».

Ella sí reconoció el nombre, gracias a las muchas leyendas conservadas en el archivo de palacio: uno más de los mitos con los que los antiguos humanos habían intentado dar sentido a lo

inexplicable. A las dríades y los faunos de Bosqueterno les gustaban porque solían aparecer en algunas de ellas. Era como mirarse en un espejo distorsionado cuyo reflejo distaba mucho de la realidad.

—El brujo se topó con ellos hace años, cuando aún vagaba por las tierras mortales. Como no lo atacaban, probó a domesticarlos, y ellos le cogieron el gusto a tener una fuente de carroña constante. Los carroñeros se juntan entre ellos, ¿sí? La unión hace la fuerza. —El duende se golpeteó la sien con una sonrisa pícara—. Empezaron a seguirlo a todas partes, como un rebaño, y aquí acabaron, en el Páramo, haciendo lo suyo. Como todos nosotros.

Martín se plantó de espaldas ante la chimenea y, como si se hubiera olvidado de que estaba delante de una princesa, se levantó los faldones traseros para calentarse el culo descubierto al amor de la lumbre. Talía levantó las cejas, pero no dijo nada. «El pobre está tan poco acostumbrado a visitantes que se le olvidan los modales en cuanto se despista», se dijo.

—¿Y qué hacen ellos?

—Pues comerse lo que al señorito no le sirve, que suele ser la carne y las entrañas de los ahogados. Eso está muy bien, porque así no nos asfixiamos en putridez. ¡Fu! Si *golierais* el tufo que se levanta cuando las charcas se ponen hasta arriba de muer...

Se interrumpió de golpe con los ojos muy abiertos, como si acabara de acordarse de que hablaba con la hija de un rey, y encima con el culo al aire.

—Perdón, princesa. Hablo demasiado, ya me lo advirtió el brujo. Ni siquiera debería estar conversando con vos más que para... —Amarillo del espanto, se bajó los faldones a toda prisa y se deshizo en reverencias—. No os molesto más.

Huyó despavorido de la sala antes de que ella pudiera decirle que no la estaba molestando en absoluto.

Talía exhaló un suspiro afligido y se asomó de nuevo a través del cristal.

Al principio no vio nada; solo la abrupta pendiente bajo el castillo y, más allá, la niebla que todo lo cubría, encendiéndose poco a poco con el brillo fantasmagórico del amanecer. Testaruda, afinó su vista de dríade y, al poco rato, empezó a distinguir en la distancia el reflejo plateado de las charcas, unidas entre sí por sinuosos meandros.

Entonces los vio.

Eran unos cuatro. Quizá más. Únicamente podía distinguir a los que estaban más cerca. Vadeaban por el limbo como garzas oscuras, encorvados sobre cuatro patas largas y nervudas, con las que removían las aguas, atentos a cualquier movimiento. Mantos espesos de algo que parecían jirones, o pellejos colgantes, ocultaban sus cabezas y cubrían sus espinazos jorobados. Uno se enderezó, revelando otros dos larguísimos brazos acabados en garras como hojas de guadaña, y profirió un quejido chirriante que acuchilló la niebla.

Talía se apartó de la vidriera con un escalofrío. ¿Y el nigromante llamaba «hogar» a eso? ¿Cómo era capaz de soportar esa lobreguez asfixiante, ese limbo de bruma y sombras contrahechas, día tras día y año tras año? ¿Cómo ella no había colapsado aún? Las hojas del pelo deberían habérsele marchitado, simplemente por la preocupación que le generaba la situación de Adelfa; pero las muy traicioneras seguían brotando, fuertes y oscuras, como si se alimentasen de la misma energía que el lugar les había succionado a sus sirvientes.

Tanto dar vueltas a todo le estaba haciendo mella, pero no tenía otro pasatiempo. Nadie con quien hablar. Nada que le diera el más mínimo calor, excepto las llamas de la chimenea, y esas la hacían

pensar en lo que no debía. En Baalak, en flores calcinadas, en visiones de su padre con una antorcha en la mano; todo aquello a lo que habría de enfrentarse cuando regresara a Bosqueterno.

Así, no fue de extrañar que su atención se desviara poderosamente hacia los gatos.

Solía encontrárselos durante sus paseos. Pensaba que la rehuirían, como las bestias de su reino, pero no fue así: o bien no notaban su tufillo a corrupción o este no les importaba. En consecuencia, se obsesionó con ellos. Con los cuatro que se dejaban ver, al menos. Empezó a acecharlos con el ansia de una madre sin hijos que llevarse al pecho. Cada vez que los veía, se la comían las ganas de acariciarlos, de cogerlos en brazos y olisquearlos. Privada de arrumacos animales durante más de una década, decidió que lo conseguiría o perdería la cordura en el intento.

Pronto descubrió que ganarse la confianza de los felinos requeriría de una paciencia y persistencia considerables. Se escabullían en cuanto ella hacía amago de tocarlos, pero, a fuerza de verla día y noche, comenzaron a acostumbrarse a su presencia. Cuando se la cruzaban, algunos la saludaban con maullidos y la seguían hasta sus aposentos. Allí, haraganeaban entre los cojines mientras ella se trenzaba el pelo junto a la ventana, melancólica, a la espera de que el nigromante apareciese en el horizonte.

Salazar. Pensar en él le ponía el vello de punta, pero el temor siempre acababa tornándose en una emoción mucho más cálida..., y quizá más peligrosa.

Rememoraba una y otra vez su reacción al descubrir que su hogar estaba envenenando a sus huéspedes. Durante un momento, su máscara severa y distante se resquebrajó y Talía, que siempre prestaba atención a las grietas en las armaduras ajenas, leyó en sus ojos el dolor. Un tipo muy específico de dolor que ella reconoció

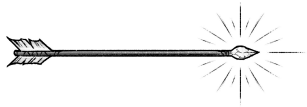
como solo podía hacerlo alguien que, mucho tiempo atrás, también había preparado algo con esmero e ilusión, solo para descubrir que su regalo era veneno para los demás. Como toda ella.

Fue como si pudiera ver a través de él y oler la sangre que goteaba de su corazón herido, y eso pulsó una cuerda muy profunda y muy roja dentro de ella. La desarmó. Aunque hubiese querido, no habría sido capaz de marcharse con los suyos y dejarlo allí, despreciado y con las manos vacías.

Ya no solo deseaba conocerlo un poco más; necesitaba saber qué había dentro de él. Y quería darle *algo*, aunque fuese la nimia consolación de su compañía durante unos meses.

Su incertidumbre era fuerte, pero aún más su compasión.

O así quiso llamarla ella.



Salazar regresó unos diez días después, en una tarde de un viento furibundo que arrastraba las nubes y levantaba olas de polvo. Cabalgaba a lo que daba de sí la araña, ansioso por llegar cuanto antes al castillo, que se alzaba ante él como un espejismo emborronado por la calima. La polvareda lo había golpeado de frente nada más atravesar el portal de Lucio y parecía un pescado enharinado. Cualquier otro día, eso lo habría puesto de un humor de perros, pero no ese. Solo podía pensar en que pronto estaría en su castillo.

Con su huésped.

«Eso si los duendes no se han desmelenado en tu ausencia. Capaces son de haber armado una batahola legendaria y haberte espantado a la princesa».

Las puertas del castillo se abrieron en cuanto desmontó ante ellas. Ordenó sin palabras a la araña que se marchara a su guarida y él accedió al interior de su fortaleza. Los silbidos del viento quedaron ahogados al cerrarse las puertas tras él, momento en el que Salazar se retiró la capucha y el embozo, suspirando de satisfacción.

«Al fin en casa».

Apenas había avanzado unos pasos cuando Martín se le cruzó correteando por delante, con el gato naranja cogido por los sobacos. El pobre animal iba con las patas delanteras estiradas y el cuerpo colgando, y sus ojos redondos gritaban: «No sé adónde me lleva este, pero espero que no sea a la olla del puchero».

El duende reparó en su presencia, se detuvo y sonrió de oreja a oreja.

—¡Bienvenido, señorito! ¿Dónde te has dejado a Lucio?

—Me abrió un portal, pero prefirió quedarse pindongueando por Bosqueterno un poco más. A su aire, como de costumbre. —Se sacudió el polvo de las ropas—. ¿Cómo está la princesa?

El martinico hizo un mohín contrito.

—Tristona. He intentado que no le faltara de nada, pero lo único que parece animarla son los gatos.

Ceñudo, Salazar se fijó en el felino. Este le dedicó un débil maullido de socorro.

—Creo que está hambrienta, señorito —añadió Martín con aire conspiratorio.

—¡¿De gatos?!

—¡No! De cariño.

Saber que sus mascotas no corrían peligro de que las devorasen lo tranquilizó. Lo otro, no tanto. Se quitó la capa y la dejó caer al suelo, levantando una nube de polvo.

—Nosotros le habríamos hecho compañía encantados, pero como nos lo prohibiste bajo amenaza de salarnos...

—No. Os dije que mantuvierais las distancias y que no se os ocurriera molestarla con tonterías —replicó—. No que la ignoraseis.

—Te aseguro que hemos estado pendientes de cada uno de sus deseos. El problema es que... desea muy poco. —Martín arrugó la nariz—. ¿Estáis seguro de que os dieron una princesa? Porque no se comporta como una.

«La verdad es que no».

El nigromante se palmeó los ropajes y se ordenó la melena alborotada, satisfecho por haber parado a bañarse a fondo en un río justo antes de entrar en el Páramo. Quitando la capa de polvo, al menos olía a persona civilizada.

—¿Estoy presentable?

—Arrebatador, a tu manera mortecina y desaliñada. Cual vampiro resurgido de entre las cenizas.

—Eres un poeta —masculló el brujo, sarcástico.

El gato maulló de nuevo y Martín, recordando su misión, echó a andar hacia la galería que llevaba a los dormitorios. Salazar lo siguió.

Ascendieron por una escalera en espiral y llegaron a un amplio rellano, iluminado por una vidriera ojival, no muy lejos de los aposentos de la princesa. Alguien había subido allí una alfombra y varios cojines, creando un rinconcito que casi podía describirse como «acogedor». Varios gatos descansaban desperdigados por la alfombra; unos dormitaban, otros observaban a la princesa con cauteloso interés.

Mortalía estaba reclinada sobre los cojines. Se había recogido el pelo en un puñado de largas trenzas que se desparramaban hasta la alfombra. La luz del ventanal incidía de pleno sobre ella; convertía su piel en mármol veteado, arrancaba destellos sangrantes de su

melena y perfilaba las curvas esbeltas de su cuerpo, realzadas por los numerosos pliegues de un peplo lila que en algunas partes se volvía peligrosamente revelador al trasluz.

Salazar ya había perdido la cuenta de las veces que se había quedado sin respiración en presencia de la princesa.

Sus ojos morados brillaban con un anhelo predatorio mientras estrechaba contra su regazo un bulto peludo que roncaba suavemente. Al gato solo se le veían las orejitas oscuras, pues Mortalía lo había envuelto con la capa superior de sus faldas, como si fuera un bebé.

—Eso es. Quédate aquí conmigo, guapo, guapísimo —le susurraba, acariciándolo por encima de la tela.

Su tono arrullador le erizó el vello a Salazar, que miró al gato con un ápice de envidia.

«Cómo ronronea el hideputa. No se ha visto más a gusto en su vida».

Por fin, Mortalía reparó en el brujo y una rápida sucesión de emociones le sacudió el rostro: apuro, alegría, angustia. Le costó identificarlas todas mientras se incorporaba, abrazando al gato para que no se le escurriera.

—¡Habéis vuelto! ¿Cómo están todos? ¿Y mi aya?

—Se encuentran bien. —Salazar entrelazó las manos tras la cintura—. Tal y como esperábamos, su salud mejoró en cuanto se alejaron lo bastante del Páramo. Los sanadores dijeron que se recuperarían sin secuelas.

Ella exhaló un tembloroso suspiro de alivio. Se le humedecieron los ojos, pero se los enjugó aprisa con el dorso de la mano y le dedicó una sonrisa agradecida que le iluminó el rostro entero.

Tenía hoyuelos. Y sus ojos eran tan grandes, tan expresivos..., tan rebosantes de calidez.

Salazar no recordaba la última vez que alguien lo había mirado así, y menos alguien como ella. Sus nudillos crujieron al apretar los dedos involuntariamente.

—Vuestro padre recibió la flor y os envía su afecto —informó, tan estoico como pudo.

—¿Me echa de menos?

Le extrañó la pregunta. Recordó el rostro severo de Mirtalón mientras sostenía la flor y cómo su garra verdosa se había cerrado sobre ella. Por un momento, Salazar temió que el rey decidiera romper el trato y exigir que le devolvieran a su hija.

No llegaron a ese punto, pero tanto él como Lucio tuvieron que ofrecer una descripción exhaustiva de lo sucedido y no pudieron marcharse hasta unos días después, cuando los convalecientes se recuperaron lo suficiente para testificar también y ratificar que no había habido ningún juego sucio nigromántico de por medio.

Todo aquello lo había enojado bastante.

—Es difícil leer a vuestro padre, pero yo diría que sí.

—¿Os dijo cuándo podría venir a visitarme? —preguntó ella, esperanzada.

Salazar titubeó.

—No lo sé.

Tal y como se temía, la sonrisa de la muchacha empezó a derrumbarse.

—¿No... dijo nada sobre venir a verme, sabiendo lo que había pasado?

—Lucio y yo le propusimos utilizar un portal al Páramo para que pudiese comprobar él mismo vuestro estado de salud. Habría sido rápido, entrar y salir. Pero...

Se mordió el carrillo, buscando la forma más suave de comunicarle algo que ni él mismo alcanzaba a entender.

—No quiso. Dijo que estaba ocupado.

Mortalía cayó en un silencio profundo. Apartó la vista, despacio, con una cara que hizo que Salazar se sintiera como si acabara de patear a un cachorrito. Ojalá no le hubiera preguntado por su dichoso padre.

—Entiendo. No va a visitarme. Ni ahora ni más adelante —murmuró ella. Después añadió en su otra lengua, más para sí—: Ilusa de mí. No me había perdonado aún.

Antes de que el brujo pudiera contradecirla, sacudió rápidamente la cabeza, enderezó la espalda y se volvió de nuevo hacia él, componiendo una sonrisa quebradiza que le resultó todavía más triste.

—¿Y mi hermana Jara? ¿Pudisteis hablar con ella?

—No, lo siento. No estaba en palacio.

—Me lo imaginaba.

Le llamó la atención que no preguntase por sus otras dos hermanas, aunque no lo sorprendió. Las princesas mayores habían recibido las noticias de Salazar con muecas despectivas.

—Por supuesto que está floreciendo en ese lugar —había mascullado Terebinta, antes de que Arceúsa la callase con un sutil latigazo de su melena.

Cuando él les preguntó si deseaban enviarle algún mensaje a su hermana, ambas lo miraron como si se hubiera caído de un guindo. Arceúsa respondió con falsa suavidad:

—Decidle que contamos con que se encuentre como en casa en el Páramo, y que esperamos que nos eche de menos lo mismo que nosotras a ella.

Estaba claro que esas dos no querían mucho a Mortalía.

Vaya una familia de raritos. Claro que, con los feéricos, uno nunca sabía qué era normal y qué no. No obstante, acababa de

comprender que, a excepción quizá de Jaralina, cada uno le estaba dando la espalda a la mestiza a su manera, aun sabiendo que le dolería.

Pobre muchacha. Quizá Salazar debería haberse inventado una mentira piadosa.

Sumida en sus pensamientos, Mortalía le masajeó el lomo al gato, provocándole un suspirito feliz.

—Parece que al fin habéis conseguido que uno se deje coger —comentó Martín, y dejó al minino naranja en el suelo.

El cambio de tema pareció distraerla. Sonrió, mostrando unos dientecillos ligeramente afilados.

—¡Sí! A este no lo había visto nunca. Ha aparecido poco después de que te marchases y se me ha subido encima sin que lo llamara. Debe de ser muy manso.

El nigromante ladeó la cabeza con aire rapaz, fijándose mejor en el bicho. Acababa de darse cuenta de que el pelaje que le asomaba entre las telas no era negro, como había pensado en un principio, sino gris oscuro.

Sabía exactamente cuántos gatos tenía en el castillo. Ninguno era de ese color.

Martín también se había percatado, a juzgar por su talante consternado.

—Em..., brujo, ¿ese no es...?

Salazar fue hacia la princesa y hundió los dedos en el pelaje de la cabeza del gato. No tuvo que hurgar mucho hasta palpar lo que buscaba: dos cuernecillos minúsculos a la altura de las orejas, casi indetectables hasta para un entendido en feys.

—Claro que es manso, el mamoncete.

El animalejo se despertó y maulló, molesto por la súbita brusquedad con que lo trataban. Cuando vio al nigromante cernido

sobre él, se le erizó el lomo e intentó escapar, pero Salazar lo agarró rápido por el cogote y lo alzó ante sí, ignorando las protestas alarmadas de la princesa.

—No se os puede dejar solos —siseó.

La criatura se estremeció. Su pelaje se redujo, su tamaño y peso se duplicaron. En un parpadeo, el gato se convirtió en un duendecillo gris y peludo, que colgaba del puño de Salazar por la capucha de su chaleco. Sus ojos de mochuelo, redondos y amarillos, exudaban el nerviosismo de quien advierte a destiempo que ha cometido un error garrafal.

Mortalía contemplaba patidifusa la escena. Martín bufó.

—¡Esto no es culpa mía, señorito! El mangalín debe de haberse colado cuando yo no miraba.

El aludido tragó saliva ante la mirada furibunda del brujo.

—¿Cómo te atreves a usar tus triquiñuelas con nuestra huésped?

—*Pincesa juapa* quería gato. Yo me convierto en gato —farfulló la criatura. Su voz era un susurro de lija.

—*Juapo* va a ser el castigo como vuelvas a burlarte así de la princesa, Carbón. Te encerraré en un cofre de sal y tiraré la llave a las charcas.

El duendecillo miró de refilón a Mortalía.

—¿*Mejó*... yo traigo regalos *pal* brujo y *pa pincesa* y el brujo me *pedona*?

Salazar fingió meditarlo un rato con rostro severo. Cuando el mangalín empezó a retorcerse de incomodidad, consideró que ya le había impuesto suficiente respeto y lo soltó.

—De acuerdo. Cruza el Velo, solo o con tu compañero, y no vuelvas hasta que hayas traído el triple de vuestro peso en hierro. Y vendrás con algo para la princesa. —Salazar se volvió hacia Mortalía —. Pedidle lo que queráis. Estáis en vuestro derecho. Manjares de

allende el Velo, alhajas, muebles, instrumentos, vuestro animal favorito...

—No quiero nada —contestó ella, mustia.

Y se dejó caer sentada en los cojines.

Carbón lanzó una última mirada anhelante a Mortalía, pero ya había tentado bastante a la suerte. Se convirtió en una gallina gris oscura y huyó cacareando escaleras abajo.

—Martín, déjanos —pidió Salazar, y este se marchó también.

Se giró hacia su huésped, mas esta bajó la cabeza con los hombros hundidos. El brujo gruñó para sus adentros. No estaba seguro de qué clase de reunión se había esperado, pero, desde luego, no una así de accidentada.

—Perdonad. En este lugar no estamos acostumbrados a visitas, y menos de alguien como vos. Si no ato a mis duendes en corto y les hago ver que sus actos tienen consecuencias, se desmadran.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo tomo a mal. El pobre solo quería que lo cogieran en brazos. Es simplemente que no sé cómo no lo he notado. Me ha engañado como a una mortal cualquiera. —Se frotó la sien con el ceño arrugado.

—Los mangalines son maestros del disimulo y pueden disfrazarse de muchos animales. Se infiltran en cualquier lugar a la vista de todos; es lo que los hace tan buenos ladrones. A veces me cuesta distinguirlos hasta a mí...

De pronto, la princesa rompió a llorar y él se congeló a media frase. Sus sollozos hacían ecos entre las paredes desnudas, cada vez más desconsolados.

El alma se le cayó a los pies.

«Mierda, ¿y esto a santo de qué ahora?».

—¿Princesa...?

Avanzó unos pasos tentativos hacia ella, pero la joven lo detuvo con un gesto y se apresuró a secarse las lágrimas con la tela de su peplo.

—¿Qué pasa? ¿Es por lo que ha hecho el mangalín del demonio? ¿O es porque lo he echado?

—No, no es nada, de verdad.

—¿Es algo que he dicho? —Ella negó—. ¿Qué os ha disgustado tanto? Por favor, hablad.

No sabía qué hacer. Necesitaba arreglar aquel despropósito como fuera. Hasta consideró agarrar al gato más cercano y ofrecérselo, pero desechó la idea al imaginarse lo ridículo y desesperado que se vería.

Uno no podía mostrarse débil delante de feys desconocidos. Era demasiado peligroso, nunca se sabía cómo reaccionarían. Pero, maldito fuera, no soportaba verla llorar así. Si se la había traído al Páramo, había sido precisamente para ayudarla a...

—Lo siento, de verdad que lo siento —barboteó ella—. Os aseguro que de normal no soy así de llorona. Qué impresión tan insufrible debo estar dándoos.

Por los clavos del Ungido. Y encima era ella la que se disculpaba.

—No me estáis dando... —Él gruñó y se pasó una mano por la nuca, sintiéndose absolutamente inútil.

Al final, con un suspiro, se sentó a su lado en los cojines, a un respetuoso brazo de distancia. Ella siguió llorando, pero más bajito, con los labios en una línea y los puños apretados contra los párpados. Parecía enfadada consigo misma por no poder parar. Sus lágrimas le teñían las escleróticas de carmín, otorgándole el turbador aspecto de una posesa. La imagen le habría puesto los pelos de punta a cualquiera, mas a él solo lo llenaba de pesadumbre.

—¿Es por lo de vuestro padre? —Supo que había acertado cuando ella remetió los labios para adentro—. ¿Acostumbra a haceros esto?

—Solo cuando lo avergüenzo de verdad, pero no es habitual, y nunca le duraba más que unos días. Esto es... nuevo.

Se quedaron un rato en silencio.

—Estoy muy feliz de que mi aya esté a salvo —dijo ella, de pronto —. Gracias por llevarlos a Bosqueterno.

Salazar reprimió un gruñido de frustración ante el obvio cambio de tema.

«Muy bien, le seguiré la corriente. Qué remedio. Si es lo que ella necesita...».

—Lamento que las cosas se torcieran así. Me hubiera gustado traeros una nueva tanda de acompañantes, pero... habrían enfermado también.

Ella asintió. Se limpió el rojo de la cara con la tela del peplo e inspiró hondo, un poco más repuesta del ataque de llanto.

—Echaré muchísimo de menos a mi Adelfa. Y sé que ella se pondrá mala de preocupación por no poder estar conmigo.

Él apartó la vista. Días atrás, mientras los sanadores la subían a la camilla, el aya lo había agarrado de la manga, sobresaltándolo. Debía de ser muy valiente o estar desesperada para atreverse a tocarlo así. Tal vez fue la fiebre lo que le aflojó la lengua.

—Nigromante, os lo ruego, apiadaos de mi princesita —le susurró, cuidando de que nadie más la oyera—. Al rey no le gusta que le recuerden lo distinta que es Flordemuerte de todos nosotros, y este último suceso no ayudará a sanar su orgullo herido. Lo conozco lo bastante como para saber que la mantendrá aislada de todos nosotros hasta que el disgusto se le haya pasado. —Miró implorante a Salazar mientras gruesos lagrimones le bajaron por las arrugas—. Mi pobre niña triste..., lo último que se merece es más frío y

soledad. Por favor, si vuestro corazón es capaz..., sed más que su anfitrión. Sed su amigo.

Esas palabras lo habían perseguido desde entonces, ofreciéndole justo lo que menos le convenía: alicientes para acercarse más a la princesa con la excusa perfecta del deber.

Un sollozo quedo de Mortalía lo devolvió al presente.

—Algo me dice que tampoco ella podrá visitarme, ¿verdad?

Él se mordió la lengua. No quería mentirle, pero tampoco veía prudente decirle a la cara lo que empezaba a pensar de su padre. Por desgracia, su silencio habló por él y los hombros de Talía se hundieron aún más.

—Soy su hija. Me quiere. Pero el castigo por lo que hice en el barranco continúa. Solo me queda aceptarlo y esperar.

Su tono derrotado lo hizo apretar los puños por debajo de las mangas. Lo asombró su propia indignación ante lo que le parecía una injusticia sin sentido.

—¿Salváis a toda esa gente y os recompensan con aislamiento? —masculló, incapaz de contenerse.

Eso pareció sorprenderla, lo suficiente como para cortarle en seco la llorera.

—Es... más complicado que eso.

Salazar se tragó una sarta de réplicas y se pellizcó el puente de la nariz. Debía medir con cuidado sus palabras. No quería ofenderla criticando la estupidez de su gente o, peor, de su familia: se arriesgaba a meterse en un lío con su aliado más fuerte.

Optó por enfocarse en posibles soluciones.

—Enviaré a Lucio para allá cada cierto tiempo, para que pueda decirle a vuestra aya cómo os encontráis y traeros noticias de palacio —le propuso.

—¿Lo haríais?

—Por supuesto.

Ella parpadeó, como si le costara asimilarlo.

—Oh... Os lo agradezco.

Cayeron en un largo silencio. Él se mordió el carrillo, irritado ante su propia sensación de impotencia.

Por fin estaban a solas, en su territorio, y él no sabía cómo proceder. No estaba seguro ni de qué pretendía *conseguir* de esa joven, aunque intuía que el primer paso era encontrar algo que ella deseara y que él pudiera darle. Algo que la hiciera un poco más feliz, porque estaba claro que lo necesitaba. Con urgencia.

Pero ¿qué podía alguien como él ofrecerle a Flordemuerte?

«Sed su amigo».

Bueno. Eso podía intentarlo... si ella se lo permitía.

—No quiero que seáis desdichada bajo mi techo. ¿Qué necesitáis? Pedidlo, sea lo que sea.

Ella negó y forzó una sonrisa cortés, pero a él esas ya no lo satisfacían tanto. Había aprendido que las de verdad venían con hoyuelos.

—No os molestéis por mí, señor Salazar. Me habéis provisto de cuanto pudiera desear. He tenido un momento de debilidad, pero ya estoy repuesta y lista para cumplir con mi deber, en la medida de lo posible...

—Princesa —la interrumpió—, si vais a pasar aquí los próximos meses, os ruego que empecéis a hablarme sin tapujos, porque las zalamerías me sacan de quicio.

Ella bajó la mirada, y él añadió:

—El Páramo es un erial deprimente y vuestro anfitrión, un vil alzamuertos. Preferiríais estar en cualquier otra parte antes que aquí. Podéis decirlo.

—Eso no es del todo cierto...

—Sinceridad brutal, princesa. Insisto.

Ella parpadeó, primero confusa, después pensativa. Lo estudió de refilón durante largo rato con la desconfianza de un animalillo que ya ha conocido la mordida de los cepos.

—No osaría ofenderos —musitó.

—Osad, por favor. Prometo que lo encajaré con gracia. ¿Os molestáis vos cuando os dicen la verdad?

Ella ladeó la cabeza, mostrando la curva delicada de su mandíbula.

—No —admitió—. Lo prefiero, en realidad. Aunque a veces duela horrores. Mi hermana siempre dice que es mejor una pedrada en la frente que una puñalada en la espalda. ¿No?

Sonrió de medio lado —¡un hoyuelo!— y Salazar notó cómo su propia expresión se suavizaba.

—Que lluevan las piedras.

Le agradó ver cómo las sienes de la princesa recuperaban poco a poco ese tono rosado de dedalera. El rubor se extendió por sus pómulos, resucitando la rojez del veteado.

Salazar empezó a frotarse los nudillos polvorientos mientras un montón de palabras se le agolpaba tras los labios. Ninguna parecía adecuada.

—No estáis tan sola como creéis —dijo, finalmente.

Despacio, ella se giró para mirarlo sin pestañear, con esa cara de animalillo herido al que una criatura extraña acaba de ofrecerle comida.

—Sois más amable de lo que parecíais a primera vista —confesó, en voz baja.

—¿Y qué parezco a primera vista?

Los ojos de Mortalía cobraron esa fijeza intensa, feérica, capaz de erizarle el vello a cualquier mortal.

—La Muerte en su carro. Si el carro tuviera ocho patas.

Salazar no sería gato, pero el tono en el que ella dijo aquello le sentó como si lo hubieran acariciado desde las orejas hasta la punta del rabo. Carraspeó.

—No esperaba una referencia tan mortal por parte de una princesa hada.

Ella hizo un mohín burlón.

—Llevo el «mortal» ya en el nombre. Con eso os haréis una idea de lo que se puede esperar de mí.

Su expresión se tornó huidiza. Abrió y cerró la boca varias veces; algo quería añadir, pero le fallaban las palabras. A lo mejor ella también se sentía torpe y avergonzada, quizá incluso más que él. Decidió no presionarla. Le bastaba con verla tranquila y hablar libremente con ella, sin molestos forasteros vigilando la conversación.

—No creo que pueda daros lo que queréis —dijo ella, de pronto.

Él se tensó.

—¿A qué os referís?

—A llenar vuestro hogar de cultivos y arboledas. Mis hermanas, tal vez, pero yo... —Sacudió la cabeza—. Aunque, después de ver lo que les ocurrió a mis sirvientes, sospecho que ni ellas habrían podido hacer gran cosa aquí. —Frunció el ceño—. Siento que este lugar detesta el verde. Detesta todos los colores de la vida. Los devora... y solo deja el gris.

Él asintió por toda respuesta, invitándola a continuar. La princesa empezó a juguetear con una de sus trenzas.

—A veces creo que me ha atacado una extraña clase de ceguera, y tengo que mirarme la ropa y el pelo para recordarme que mis ojos funcionan como siempre. Que no es cosa mía, sino del Páramo, que no tiene color.

Se giró hacia él, alarmada.

—Y debe de estar afectándome ahora mismo, porque os veo incluso más descolorido de lo habitual.

Salazar esbozó una media sonrisa irónica.

—Eso, princesa, se debe a que nada más llegar me ha caído encima una polvareda que por poco no me tira de la araña.

—¡Ah! —exclamó ella, y se le escapó una risita.

Por primera vez, ambos compartieron una pequeña sonrisa y, durante ese instante de frágil armonía, las piedras del castillo parecieron menos frías, menos muertas. Hasta el chillido del viento se redujo a un quedo silbar; una nana lúgubre pero reconfortante en cierto modo.

Salazar miró al ventanal. Aún había calima, pero ya se conocía bien los ciclos del Páramo y sabía que el tiempo cambiaría muy pronto. Por el tono de la luz, calculó que los vientos ya estarían despejando la bruma en las cumbres más altas del castillo.

—Venid. Os enseñaré algo.

Se levantó y Mortalía fue tras él, intrigada. Recorrieron una galería estrecha que comunicaba con una aglomeración de torres muy altas y entraron en una de las torres puntiagudas. Salazar guio a la princesa escaleras arriba, arriba, arriba, hasta que salieron a una pequeña balconada.

Mientras la joven se apoyaba en el quicio del pórtico para recobrar el aire, Salazar se le adelantó y señaló a la vastedad frente a ellos.

—Mirad.

A ella se le iluminó la cara. Caminó, como encantada, hasta la barandilla de piedra. El viento le alborotó las trenzas y arrancó tintineos de sus pulseras. Su pecho se removió con un hondo suspiro.

El balcón encaraba los acantilados tras el castillo. Las profundidades de un cañón laberíntico se desdibujaban en

lontananza, medio ocultas por la calima, que serpenteaba cada vez más lejos, empujada por los soplidos del Páramo. El vendaval había desnudado al crepúsculo, capa a capa, hasta revelar su auténtico color.

—Es... rosa —murmuró Mortalía, asombrada.

El cielo parecía una bóveda de mármol ruborizado, con suaves vetas lilas allá donde aún flotaban jirones de nubes deshilachadas por el viento. Conforme ascendía la vista, el rosa se tornaba en lavanda y en lo alto, prendida como una joya, destellaba la escama traslúcida de una media luna.

El nigromante se apoyó en la barandilla, con la melena revuelta y los ropajes negros ondeando. Quizá fuese un rarito propenso a prendarse de lo que nadie quería ni regalado, pero le daba igual. Había echado de menos su Páramo. Era en esos atardeceres cuando, más que nunca, aquel paraje se le aparecía como un sueño melancólico, escondido en los confines de la Creación, solo para él.

—Mi hogar no es como el vuestro, pero eso no significa que carezca de color. Simplemente hay que saber encontrárselo.

«O traerlo de fuera».

—Es precioso —susurró ella.

Salazar la observó de soslayo. Las delicadas capas de su peplo flotaban al viento, etéreas como pétalos de bordes irregulares, encendidas por el rubor del ocaso. Su melena azotaba el aire, trenzada como cuerdas del más caro azafrán, mientras ella se bebía los tonos del cielo con los ojos; esos remolinos de lirios y violetas, de acónitos y dedaleras.

—Sí —murmuró él—. Sí que lo es.



Talía temblaba de expectación cuando, al mediodía siguiente, el nigromante le propuso dar un paseo por los alrededores del castillo.

La llevó por la pendiente que circundaba las termas y, desde ahí, descendieron por una vereda hasta llegar a una amplia llanura salpicada de bloques de piedra porosa. Restos de muretes y columnas ruinosas se mantenían en pie aquí y allá, hechos de la misma piedra descolorida que se veía en la fortaleza principal. En la distancia, tan lejanas que podía taparlas si alzaba el antebrazo, una hilera semicircular de arcadas rotas delimitaba la zona. Salazar no pudo explicarle qué edificación se había alzado allí; el tiempo la había echado abajo mucho antes de su llegada al Páramo.

—Parecéis decepcionada cuando miráis al cielo.

—Oh. Es solo que esperaba... más color. Como ayer.

—Eso es solo durante el crepúsculo. Me temo que, con o sin calima, el cielo aquí siempre es blanquecino de día.

El suelo reseco se resquebrajaba bajo sus pasos con un susurro constante. Mientras avanzaban con parsimonia por aquella llanura circular, Talía contempló la arcada lejana. Más allá, el terreno parecía no tener fin, pues el horizonte siempre lo cubría una bruma que emborronaba el límite entre cielo y tierra. Según Salazar, nada podía atravesarla; ni siquiera él mismo. Todos sus intentos de investigar qué quedaba al otro lado habían desembocado en él saliendo de la niebla, solo para encontrarse de vuelta en el Páramo. Sin portales, la

única forma de entrar y salir de aquel lugar era el cañón. Como si ese desfiladero fuese el cordón umbilical que mantenía aquel limbo pálido anclado al resto de la Creación.

Las advertencias de Baalak aún le pesaban. Permanecía atenta a cualquier signo de amenaza que pudiera surgir a su alrededor o bien del nigromante que caminaba a su lado..., pero no llegaba. Al contrario, cuantas más horas pasaba con él, más se disipaban sus temores. Si eso era buena o mala señal, aún estaba por averiguarlo.

Aquel nudo de incertidumbre no la molestaba, en realidad. Era mejor que el pánico de sus últimas noches en Bosqueterno. Mejor que pensar en su padre.

Su padre no quería venir a verla, ni dejaría que nadie lo hiciera hasta que él así lo decidiese. La había condenado a un exilio. Temporal, sí, pero eso era: un exilio en un rincón muerto de las Tierras Feéricas.

Habría pensado que el nigromante estaba compinchado en aquella traición, de no ser porque él parecía genuinamente indignado con el castigo.

«¿Salváis a toda esa gente y os recompensan con aislamiento?».

Le habría sido tan fácil reprenderla. Dejarla a solas hasta que se le pasara la llorera. Talía no se lo habría tenido en cuenta; era lo que hacía la gran mayoría de la gente. Pero él, aun serio y brusco, se había sentado a su lado y la había mirado como si... como si quisiera abrirla, hallar la razón de su sufrimiento y arrancársela.

Se había quedado con ella hasta encontrar una forma de hacerla sonreír.

Y eso no se correspondía en absoluto con la imagen que le habían pintado del Carroñero, pero, por el Firmamento, había sido una grata sorpresa.

La voz de Salazar la sacó de sus rumiaciones.

—¿De verdad no sentís el fresco?

Talía inspeccionó su peplo rosa. Las telas que colgaban de su espalda se mecían con la brisa, como las alas de una libélula. También lo hacían las capas de su falda, mostrando a ratos sus pantorrillas, por las que trepaban los cordones de sus sandalias. Se encogió de hombros.

—Siempre he aguantado bien la intemperie. Será mi sangre dríade.

Él caminaba a su lado con las manos entrelazadas a la espalda. Llevaba una aljuba gruesa de un negro desvaído y mangas anchas, cuyos bajos ondeaban con elegancia. Los bordes de su frente abierto mostraban bordados plateados en un patrón que recorría la longitud de la abertura como dos hileras de colmillos. Debajo llevaba una saya gris de cuello amplio, pantalones holgados oscuros y botas de punta afilada. Aun gastadas por el uso, todas sus prendas se notaban de buena calidad.

Talía lo estudiaba de reojo, tomando nota de cada detalle, pues la ropa solía revelar retazos de la personalidad del dueño. Ese día, Salazar había prescindido de los guantes y sus anillos quedaban a la vista. De su cuello pendían colgantes con clavos de hierro, plata y hueso; una advertencia silenciosa de las muchas armas con las que contaba.

—Estáis muy callada. ¿Qué tenéis en la cabeza?

Mucho. Demasiado. Optó por la confesión que se le hacía menos comprometedora.

—No dejo de pensar en el hecho de que este lugar sea nocivo para mi pueblo, pero no para mí. ¿Qué dice eso de mi persona?

—Para empezar, que sois más resistente que ellos. —Ante su mohín dudoso, él añadió—: Lo que hace fuerte a una criatura, entre

otras cosas, es su capacidad de adaptarse; en especial, en entornos hostiles.

Ella se detuvo para contemplar el suelo descascarillado.

—Mis doncellas sintieron algo raro en el Páramo nada más llegar. Lo describieron como una «trampa» y una «tumba».

Lejos de ofenderse, el nigromante hizo un mohín burlón.

—No iban desencaminadas. A la naturaleza le gustan las relatividades. Lo que a unos les quita la vida, a otros se la da. Equilibrio y esas cosas, supongo.

Talía se acuclilló y tomó un puñado de tierra que se le escurrió como ceniza entre los dedos. La esperanza brotó en la mirada atenta del brujo.

—¿Estáis segura de que no podríais hacer crecer nada aquí?

Ella meneó la cabeza.

—Mi magia no funciona como la de mis hermanas.

—Porque necesitáis cadáveres, ¿no es así?

La mestiza se tensó y miró alrededor instintivamente, pero allí no había nadie que pudiera escandalizarse ante la declaración. Solo estaban ellos y el silencio sepulcral de una llanura ciega, sorda e indolente.

Y eso era, en cierto modo, un consuelo.

—Sí —confesó en tono derrotado.

El nigromante se cruzó de brazos y la observó, erguido sobre ella como una torre oscura. Talía no se atrevió a devolverle la mirada.

—¿Puedo preguntar de dónde os viene...?

Aún en cuclillas, en una pose casi feral que seguramente se le había pegado de Jara, Talía frotó los restos de arenilla entre sus dedos y suspiró.

—Mi madre no era una mortal cualquiera. Nació bajo el eclipse del Desgarro. —Lo oyó inhalar—. Sí, tuvo esa mala estrella. Desde su

primer aliento, estuvo terriblemente maldita..., o bendita, según se mire. Como vos decís, todo es relativo.

—¿Qué clase de dones tenía?

—No sabría decirlo. Ella nunca le puso nombre a lo que hacía. Pocas cosas tenían nombre en aquel bosque, en especial las que no querían que se las encontrase. —Titubeó—. Las bestias venían a morir a nuestra puerta. Como si se le ofrecieran. Mi madre las sentía, a veces días antes de que apareciesen. Le pasaba lo mismo con las personas. Olía la enfermedad y la muerte antes incluso de que el otro supiera que tenía algo malo dentro. Y, de algún modo..., eso le daba fuerzas.

¿Estaba soñando esa conversación? No recordaba la última vez que había hablado con alguien de su vida anterior, tan llena de elementos censurables.

—Mi madre rara vez comía. No como el resto de los humanos. Cuando se notaba débil o hambrienta, solo tenía que concentrarse. Extendía sus sentidos y «llamaba». Sin falta, a las pocas horas llegaba alguna bestia renqueando entre los árboles y colapsaba delante de nosotras. Ella le daba las gracias y... la acuchillaba. —Se señaló la yugular—. Después, mi madre posaba las manos en la criatura mientras esta se desangraba, y yo notaba que la vida pasaba de una a otra, como una corriente. Y a mí... me crecían las flores. Luego, ella me cocinaba la carne porque yo sí necesitaba comer.

Miró de refilón a Salazar, medio esperando que se mostrase asqueado, pero él escuchaba con tanto interés que apenas parpadeaba.

—Qué curioso —dijo, al cabo de un rato—. Lo que hacía vuestra madre... suena a nigromancia.

Talía se puso en pie, perpleja.

—Ella jamás levantó muertos ni controló los huesos a su antojo.

—No hay dos brujos iguales. Lo importante es que extraía su poder de la muerte, y de una manera bastante directa. Si no era una nigromante, se le acercaba mucho.

Aquello la lanzó a un torbellino de recuerdos e interrogantes. Puesto así, lo que decía el humano tenía sentido y, la verdad, no le chocaba tanto como se habría esperado. Pero las implicaciones...

—¿Significa eso que la nigromancia corre por mis venas?

Reflexivo, el brujo se humedeció los labios. Eso, unido a que seguía diseccionándola con la mirada, le aceleró el pulso.

—No lo sé —admitió él—, pero explicaría muchas cosas.

«¿Como esta fascinación que siento por lo que haces?». Ella tragó saliva.

—Una magia así y la de un yedrasi deberían haberse repelido mutuamente. No unirse y engendrar una anomalía como yo.

—¿Por qué decís eso?

—Porque la vida y la muerte son opuestas.

El nigromante levantó las cejas.

—Quizá en vuestro reino, pero no en el resto de la Creación —replicó él con ese tono tan suyo, reservado y desafiante al mismo tiempo—. La vida y la muerte son dos caras de la misma moneda. Una no puede existir sin la otra.

Ella reprimió un escalofrío. Eso mismo solía decir su madre, pero en Bosqueterno las cosas funcionaban de forma muy distinta y a ella no le había quedado más remedio que adaptarse rápidamente. Igual que una polilla se camufla en la corteza de un árbol para ocultarse de la lechuza, la mestiza había tratado de mimetizarse con los feys en actitud, palabra y pensamiento. Y, si bien no siempre lo conseguía, le era de vital importancia que los demás viesen que ella lo intentaba con todo su empeño, para que no la temieran ni la

odiasen. Su supervivencia dependía de ello. Era menos probable que otros se sintieran compelidos a ponerla «en su sitio» si ella misma se les adelantaba, encogiéndose sola en él de modo preventivo.

Salazar la estudiaba con la cabeza ladeada, como si pudiera leerle los pensamientos. Su figura contrastaba, alta y oscura, contra la palidez absoluta del paisaje, y al mismo tiempo encajaba en él a la perfección. Talía se preguntó cómo sería eso, tener la inmensa fortuna de encontrar un sitio a la medida exacta de uno y hacerlo suyo. No supo qué le constreñía más el pecho, si la envidia o el anhelo.

—Conque una trampa y una tumba —dijo él, despacio—. ¿Sabéis cómo se ha llamado también al Páramo?: la Zona Muerta.

«No me extraña».

—Tocad el suelo de nuevo, princesa. Tal vez notéis algo. —Hablaba como si la invitara a palpar el pelaje de una bestia exótica.

Tras ojearlo con desconfianza, ella se acuclilló y posó la mano en la tierra cenicienta. Dudaba que sus sentidos de dríade pudieran servirle allí, pero cerró los ojos y se concentró.

Fue como enterrarse en una negrura espesa. Le sobrevino una asfixiante sensación de soledad, como si ella fuera la única criatura despierta en un mundo donde todos se habían ido a dormir, y nadie la recordaba ni volvería a por ella. Se tensó por reflejo.

—¿Os hace daño? —La voz del brujo era suave, casi íntima.

—No.

El instinto le pedía romper aquel contacto desazonador, pero no se acobardaría tan rápido delante de su anfitrión. Se hundió un poco más hondo. Aguantó.

La oscuridad se removió bajo su escrutinio y se volvió aterciopelada. Acogedora. Una corriente de energía, sutil y perezosa, le recorrió los sentidos como una brisa helada. Sus ecos crecieron en

intensidad, atraídos por su presencia: larvas ciegas en busca de calor y dulzura. Alas de polillas susurraron entre los huecos de sus costillas, contra la piel de su cuello, en el interior de su boca, en las cuencas de sus ojos; cubriendo cuanto tocaban con delicados besos de polvo. Lo que fuera que pulsaba en ese abismo no solo la reconocía...; la *quería* con una añoranza sedienta.

Oh, dioses. Qué sensación tan increíble.

Un escalofrío la atravesó entera. La piel tras sus orejas se erizó con el brotar de hojas nuevas.

—Tierra y estrellas —susurró sin aliento.

—Podéis sentirlo entonces. —El brujo sonaba asombrado.

—¿Qué es?

—Energía nigromántica. Cada piedra de este erial está imbuida de ella.

Talía no pudo responder. El paladar se le había llenado de una saliva dulzona. La oscuridad la abrazaba, la llamaba con una melodía de huesos y tierra húmeda.

Ven. Ven a mí. Tengo todo lo que necesitas.

Era como regresar a un hogar del que nunca había tenido constancia.

Su magia reaccionó sin necesidad de cantos, antes de que pudiera refrenarla. El suelo bajo su palma tosió un puñado de polvo y Talía rompió el contacto, trastabillando hacia atrás con un grito ahogado.

Abrió los ojos.

Un tallo violeta de hojitas serradas había brotado de una grieta del suelo, justo donde ella lo había tocado. Creció hasta alcanzar un palmo de altura y su punta se desplegó en una campanilla traslúcida, de un tenue color lila. Como si reflejase las emociones de su creadora, la flor temblaba bajo la brisa y apuntaba al suelo, cohibida.

Talía se sintió vergonzosamente expuesta, pero el nigromante se inclinó para estudiar la plantita más de cerca.

—Qué curioso...

Alargó un dedo hacia sus pétalos.

—¡No la toquéis! —exclamó ella.

Él se detuvo, ceñudo.

—¿Por qué?

—N-no lo sé. Por si acaso.

—¿Qué es? Nunca he visto una flor igual en ningún lado del Velo.

—No lo sé. No tiene nombre. Jamás he sido capaz de reproducir plantas conocidas, solo versiones anómalas de ellas. Y, las que me salen, solo yo puedo crearlas. Pero... no suelen brotar de la tierra. No entiendo nada. Siempre he necesitado tejidos muertos para...

La sonrisa siniestra y triunfal del nigromante le cortó la respiración.

—¿Y qué es el Páramo, sino una especie de cadáver gigante?

Talía abrió mucho los ojos. Al asimilar lo que eso significaba, se sintió como una chispa de fuego suspendida sobre una balsa de aceite altamente inflamable, y una oleada de pavor la recorrió. Se puso en pie de golpe, sacudiéndose el polvo.

—Perdonadme, he perdido el control. No volverá a ocurrir. Debería... debería volver al castillo...

El nigromante siguió contemplando la campanilla con avidez.

—Increíble. Habéis transformado la energía del Páramo en algo que está... vivo. ¡Vivo de verdad!

—No es algo que celebrar...

—Es bonita. —Alzó la vista hacia Talía—. ¿Podríais hacer más?

A ella se le descolgó la mandíbula. Ese hombre había perdido el juicio.

—No. De ningún modo. —Retrocedió unos pasos—. No queréis mis plantas en vuestra tierra.

Él se incorporó.

—¿Cómo que no? En eso consistía el trato.

Ella se mordió el labio, cada vez más nerviosa. Se sentía acorralada y, a la vez, demasiado suelta. «Que me encierren ya, antes de que le haga daño a alguien sin querer».

—Debéis saber que no domino del todo mi magia —le advirtió con la voz estrangulada—. Desde que era niña, apenas he recurrido a ella, y tampoco entonces la entendía muy bien. Es impredecible. Nunca sé exactamente qué tipo de flor brotará. Si resultará venenosa. Si... si dará frutos. —Pegó las manos a los costados para que no le temblasen. Intentó alejar los recuerdos rojos, llenos de gritos y charcos oscuros—. Comerlos podría envenenaros. Ma-mataros, incluso.

Para su estupor, él se encogió de hombros.

—Pues nadie se comerá nada vuestro y ya está.

—Pero... comida era justo lo que queríais.

—Ya me había hecho a que no la tendría de vos.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué queréis de mí, entonces?

Salazar volvió a juntar las manos atrás y la estudió con una intensidad que le cortó aún más la respiración. Después, pensativo, observó la extensión cenicienta a su alrededor y la arcada en ruinas que la delimitaba.

—Decíais que este lugar carecía de color. —Señaló con la barbilla a la flor del suelo—. Podemos empezar por ahí. Poned vos el color. Haced un jardín con el que alegrarnos los sentidos.

—¡¿Qué?!

—Llenad esto de flores, las que vos elijáis. Os dejo libertad absoluta.

Talía negó. Definitivamente, el brujo quería un absurdo. Tanto respirar los vapores malsanos de los difuntos debía de haberle pochado la sesera.

—Estos son vuestros dominios, señor Salazar. No se me ocurriría modificarlos a mi antojo, y menos con... con mi... ponzoña.

Él exhaló un suspiro rasposo y se frotó el rostro.

—Madre de Dios, sois la princesa menos princesa que he conocido nunca. Muy bien. —Abarcó la vastísima llanura con brazadas impacientes—. A partir de ahora, toda esta zona, desde la punta de la vereda hasta el borde de arcadas, es vuestra. Forradla de plantas, volveos loca con ella. Como si queréis hacerla volar por los aires.

Talía ya había empezado a protestar, pero fue inútil. Se pisaban al hablar y ninguno entendía, ni quería entender, las réplicas del otro.

—¿Y qué voy a hacer yo con todo este espacio?

—A mí no me preguntéis, es vuestro jardín.

Salazar echó a andar y ella lo siguió con el corazón martilleándole desbocado.

—No sabéis lo que estáis pidiendo. Yo no soy fiable como mis hermanas. No sé hacer árboles, que es lo mínimo que se espera de una yedrasi. No conozco la mitad de las plantas que nacen de mí, ¡muchas ni las recuerdo! —Se vio obligada a corretear para que las zancadas del humano no la dejasen atrás—. Escuchadme, os lo ruego. Una criatura como yo jamás debería tener acceso a tal cantidad de energía necrótica. Si pierdo el control, podría desatar una destrucción cuyo alcance sería devasta... ¿Queréis escucharme?

Su voz cobró un matiz histérico.

—¡Soy un peligro!

—Y yo también —replicó él, girándose de sopetón.

Talía casi se dio de bruces contra su pecho.

—Dejad de tratarme como si fuera otro melindroso más de vuestra corte. No me estáis contando nada que no me figurase ya antes. Os he *visto*, Flordemuerte. Vi lo que hicisteis en el barranco. Sé perfectamente de lo que sois capaz.

Estaban demasiado cerca. El aliento del nigromante le rozaba los pétalos de la cabeza. Debía apartarse, pero el cuerpo no le obedecía. Reparó en la sombra de vello negro que asomaba por el cuello de su camisa, debajo de los collares. Su pecho olía a hierro, a calor y a... eso que debía de ser *él*.

—Y, aun así, me elegisteis. ¿Por qué?

Notó cómo él tragaba saliva.

—Me lie y dije vuestro nombre sin querer. —Tras una breve pausa, añadió—: Tampoco es que me arrepienta.

La indignación le dio el coraje suficiente para dar un paso atrás y mirarlo a la cara. Salazar había apretado tanto la mandíbula que sus mejillas parecían todavía más hundidas. Su rostro aguileño combinaba la severidad de un juez y la altivez de un príncipe. Era guapo. No, peor aún: era *atractivo*, y Talía lamentó no poder ignorar tan bochornosa revelación.

—No esperaréis que me crea eso.

—Sois libre de creer lo que queráis —replicó él, en un tono apacible que, de algún modo, suavizaba la irreverencia de sus palabras.

—Y vos sois un poquito insolente.

Aquello pareció pillarlo desprevenido. Algo en su postura se desinfló y él bajó la cabeza, suspirando, con una arruga de frustración en el entrecejo.

—Perdonadme si a veces sueno hosco o me paso de lenguaraz, princesa. Estoy acostumbrado a tratar solo con mis duendes y se me

nota.

«¿Está de broma? Habla mejor que muchos príncipes feys. Su problema no es que no sepa expresarse, sino que lo hace demasiado bien».

Y eso no era lo peor: de alguna forma, su franqueza, combinada con su rapidez para admitir un traspié y disculparse, se le antojaba extrañamente encantadora.

Talía se cruzó de brazos y volvió el rostro para ocultar sus mejillas encendidas.

—Estáis perdonado.

—¿No me privaréis de vuestros dones, entonces?

El calor le subió hasta el cuero cabelludo.

—Por favor, no intentéis adularme —replicó, alejándose de él hasta recuperar una distancia que le permitiera pensar con claridad —. Tanto vos como yo sabemos que mis «dones» no engendran nada que sirva.

Él la estudió durante varios latidos del corazón. Luego señaló la flor.

—A mí no me importaría tener más de eso.

—Todas mis flores olerán como yo —protestó ella con voz débil, y se rodeó con los brazos.

—No comprendo.

—Por mucho que me bañe, siempre emano un tufillo que mis semejantes describen como... a corrupción. Es la razón por la que las bestias feéricas me rehúyen y por la que los feys, salvo que me quieran mucho, evitan tocarme.

El nigromante puso cara de estar oyendo un disparate. Decidida a que olvidara aquella idea trasnochada de una vez por todas, Talía le ofreció el dorso de su mano temblorosa.

—Vamos, señor Salazar. Es imposible que no lo hayáis notado vos también.

No estaba preparado para ese gesto, pero, tras lanzarle una mirada tentativa, él alzó muy despacio su propia mano y, como si temiera propasarse, sostuvo la de Talía con un levísimo roce de sus dedos desnudos. El contacto envió una descarga hormigueante por su brazo.

Él se inclinó sobre sus nudillos, sin que su nariz llegara a tocárselos. Durante ese breve instante, Talía solo pudo oír la cadencia de su propio pulso.

Los ojos del Carroñero se encontraron con los suyos. Tan oscuros. Tan directos.

—Princesa, no sé si es que en Bosqueterno tienen el olfato demasiado fino o que yo ya estoy tan acostumbrado a la putridez que apenas la noto..., pero a mí solo me oléis a flores.

Talía contuvo el aliento. Él le soltó la mano y escondió las suyas a la espalda.

—Si así decís que huelen vuestras creaciones, más me convencéis de insistir...

—¿Y si se me va de las manos y le hago daño a alguien? —barboteó ella, porque necesitaba interrumpir a ese maldito brujo antes de que le provocara un síncope.

—¿A quién? Este sitio está lo bastante alejado del castillo como para que ninguna explosión inesperada de espinas alcance a ningún ser. Si eso os tranquiliza, mandaré que nadie se acerque aquí mientras trabajáis.

Talía se mordió el labio, tratando de enfriarse la mente. No se fiaba. La petición del brujo era una absoluta locura. Al ver su turbación, él añadió:

—Princesa, tal vez meta la pata y me la juegue a veces, pero no soy tan necio como creéis. No es como si os hubiera soltado en un campo lleno de cadáveres frescos, donde la energía fluye volátil. Vos misma habréis notado que la del Páramo es distinta.

—Es... más lenta. Pesada —admitió ella.

—Esta tierra es como una bestia vieja. Podéis despertarla de su hibernación, tirar de ella, y conseguiréis que os obedezca gustosa... Pero lo hará a su ritmo, sin cabriolas. ¿Entendéis? Aquí, incluso un poder como el vuestro requeriría un esfuerzo considerable para descontrolarse como os sucedió aquel día.

—Sonáis muy convencido.

Él suspiró con los brazos en jarras.

—Me miráis como si estuviera loco por empeñarme en fiarme de vos.

Ante el silencio elocuente de su huésped, la comisura de los labios se le levantó con ironía.

—Pues que así sea. Yo os he cedido una extensión relativamente segura en la que probar vuestra magia; ya depende de vos el aceptarlo o no. A mí, por lo menos, me encantaría ver qué podéis sacar de entre las cenizas y el polvo. —Se encogió de hombros—. Y, si me permitís el atrevimiento, a vos tampoco os vendría mal un poco de diversión. Corred libre y, si a tanto no os atrevéis, al menos estirad las piernas. Algo me dice que no lo habéis hecho en mucho tiempo.

A Talía se le hizo un nudo en la garganta. Apartó el rostro para que él no viera hasta qué punto la habían afectado sus palabras.

Los interrumpió un berrido chirriante que le arrancó un respingo. Venía de muy lejos, mas sus ecos se expandían hasta los confines borrosos del Páramo. El brujo miró por encima del hombro, repentinamente alerta.

—¡Por el Firmamento! ¿Qué es eso? —exclamó ella.

—Mis carontes.

—Vaya... Los había oído desde el castillo, pero no imaginé que tuvieran esos pulmones.

—Es su forma de avisarme cuando aparecen cuerpos en las charcas. —Los lamentos se multiplicaron, cada vez más estridentes —. Y esa batahola significa que deben de estar llegando bastantes de golpe. —Torció el gesto—. Me temo que no podré quedarme a mirar; me espera un día ocupado. Seguramente no concluiremos hasta bien entrada la tarde. —Señaló al vacío que los rodeaba—. Mientras tanto, podéis ir empezando vuestro jardín. El Páramo está muy necesitado de belleza.

Talía resopló. Ya no le cabía duda: en cuanto a ideas y gustos descabellados, ese hombre dejaba a cualquier fey a la altura del lodo.

—Si os empeñáis, lo intentaré, pues no me queda otra. Pero dudo que los resultados os agraden.

Salazar la miró con fijeza solemne.

—La verdad, princesa, aún estoy por ver algo feo que haya salido de vos. —Le dedicó una rápida inclinación de cabeza—. Ahora, si me disculpáis, los muertos me llaman.

Petrificada e incapaz de formular una respuesta coherente, Talía lo observó alejarse a paso vivo, vereda arriba, hasta desaparecer en las alturas. Su inesperada declaración le resonaba dentro. Su significado estaba claro, pero eso solo la volvía más chocante.

«Lo que hice en el barranco..., ¿no le pareció horrendo?».

Imposible. O quizá no. El mortal podía mentir con la lengua, pero no con los ojos. Por mucho que le costara asimilarlo, la princesa había percibido interés genuino en ellos.

«A mí solo me oléis a flores».

Durante largo rato, permaneció allí en pie, quieta como un cervatillo con el peligro hormigueándole en la piel mientras la brisa le sacudía las gasas del peplo. Presa de un absoluto estupor.

«Corred libre».

No podía hacer eso. Pero, si el brujo insistía..., no le quedaría más remedio que dar, por lo menos, unos pasos tentativos. Era su deber, su parte del trato. Aunque, más que como una tarea, él se lo había presentado como un regalo; uno que se le antojaba tan embriagador como terrorífico.

Le había ofrecido libertad.

Y Flordemuerte estaba segura de que, al igual que un veneno al que una no está acostumbrada, la más mínima dosis de libertad por encima de lo imprescindible podría resultarle fatal.

«No puedo hacer esto. ¿Qué pensaría mi padre?».

«Tu padre te besó la frente y bromeó contigo, sabiendo ya lo que pretendía hacer. No va a dignarse a venir para ver cómo estás ni a qué te dedicas. Ha asumido que pasarás estos meses encerrada en mitad de la nada, mano sobre mano, llorando como una penitente y echándolos a todos de menos, mientras el mortal se arrepiente de haberte elegido», siseó algo dentro de ella, rojo y caliente y tan rápido que le arrancó un sonido feral.

Lo empujó de vuelta para adentro, asustada de su propio exabrupto. Ella no era así. No era propensa a la ira, ni al rencor. Amaba a su padre; cuanto él hacía era por su bien y el de Bosqueterno.

Y, aun así, algo en esos pensamientos perturbadores le dio el impulso que necesitaba para girarse despacio hasta la flor solitaria, que asomaba como una espinita en la carne grisácea del baldío. Se acuclilló frente a ella y la observó con el rostro contraído. El afecto y

el miedo bregaban en sus entrañas; la lucha interior de una madre ante su hijo maldito.

«Nunca deberías haber brotado», pensó, y se le humedecieron los ojos.

Pero no podía odiarla. Aun antinatural, era suya, y preciosa, con sus petalitos frágiles y traslúcidos, que por momentos parecían a punto de desvanecerse de vuelta al limbo donde moran los sueños prohibidos. Se sentía como si acabara de toparse con una vieja amistad de la infancia a la que hubiera expulsado a la fuerza de su vida, y la distancia había atrofiado la relación hasta convertirla en poco menos que una enemistad. Y dolía. Tener esa flor delante, estar a solas con ella, la llenaba de una nostalgia voraz que le arañaba los adentros.

Su madre nunca le habría dado la espalda como Mirtalón, sin importar lo que ella hubiese hecho.

Su madre la habría animado a crear ese jardín.

Alimentada por sus emociones, la campanilla se enderezó y se abrió, revelando un pistilo granate, como una herida fresca. «Soy», decían sus estambres al desplegarse, y las hojas que se multiplicaron por el tallo creciente, y los capullos nuevos que ya dejaban entrever el lila de sus pétalos.

«Soy», suplicaba la *cosa* dentro de Talía, y también los ecos atrapados bajo la tierra costrosa. «Déjame salir y estar contigo. Intentaré no romper nada, te lo prometo».

Talía se rodeó con los brazos en un acto reflejo por reprimirse, por no derramarse por las grietas de su ser.

El nigromante le había pedido verla desnuda y ni siquiera era consciente de ello.

«No lo hagas —gritó su miedo—. Los matarás a todos».

Pero allí no había nadie, y ella no podía negarle al mortal su deseo. Le era imposible, después de oír la maravilla en su voz. Su confianza alentadora.

Para Flordemuerte, la fe de otros en ella era un bien demasiado escaso; prefería morir antes que desdeñarla.

—Lo intentaré. Solo un poco. Pero, por lo que más quieras..., sé bueno conmigo —les rogó al suelo, a su anfitrión, a su propio poder.

Se agachó, tocó la tierra y empezó a tararear en voz muy baja.

No pasó nada.

Vaciló. No entendía. La primera flor había salido cual arrebato, sin pensar. ¿A qué venía esa repentina timidez por parte del suelo? Tal vez no fuese culpa del Páramo, sino de ella misma, que se había bloqueado al sentir el abrumador chisporroteo de la posibilidad en las puntas de los dedos.

El temor le apretó la garganta.

«Quizá esto sea señal de que no debería hacerlo. De que el nigromante me ha pedido una necedad tan detestable que la Creación se niega a permitirlo».

Pero algo dentro de ella desechó esos pensamientos.

Se obligó a seguir, nota tras nota. Esos pensamientos eran solo miedos, culebrillas nerviosas que enturbiaban las aguas de su mente. Si se forzaba a no pensar y se concentraba solo en sus sentidos, su única realidad era la del viento fresco contra su cuerpo, su mano en la tierra, y la fuerza oscura que reposaba debajo, a la espera de que ella se serenase para acudir a su encuentro.

Qué curioso. Para llamarse la Zona Muerta, el Páramo tenía bastante voluntad propia. Una que solo los seres como ella y el nigromante podían percibir, como animales preparados para ver con claridad en las tinieblas más insondables.

Y eso, en vez de hacerla sentir maldita, le provocó una chispa de emoción. Hundió más los dedos en el polvo, acariciando a la bestia adormecida.

«Yo sí te oigo. Puedes enseñarme tu canción».

Notó que la energía se removía bajo ella con una lentitud insoportable. La flor solitaria se enderezó despacio y, poco a poco, comenzaron a brotar más a su alrededor. Pero salían mustias y descoloridas, y muchas se descomponían tan pronto levantaban dos palmos del suelo. Sus restos se amontonaban en parches parduscos que se extendían como un sarpullido en la piel de aquel espacio abierto.

Lo único que allí afloraba era la desazón de Talía.

Consideró rendirse, pero ¿qué impresión se llevaría entonces el brujo de ella? Ni pensarlo. Él esperaba flores, así que flores le daría. No sabía exactamente qué parte de su conversación la había afectado tanto, pero el asunto se había vuelto *personal*. Deseaba impresionar al Carroñero, dejarlo tan descolocado como él la había dejado a ella.

Lo intentaría hasta quedarse sin voz, si fuera necesario.

Prosiguió con su nana silbante hasta que, por fin, nuevas plantas comenzaron a abrirse paso en la plasta de sus hermanas muertas. Salían anémicas, retorcidas sobre sí mismas, como mozuelas acomplejadas empecinadas en convencer a su madre de que las dejase volverse a su agujero a lamerse las heridas.

«Vamos, podéis hacerlo».

Se lo decía tanto a ellas como a sí misma; en realidad, no había diferencia.

«Mostraos. Aquí no molestáis. Estamos al fin solas, donde nadie puede vernos».

Ya rechinaba los dientes de pura obstinación cuando consintieron los tallos en tomar color y estirarse en busca del sol blanquecino.

Y la energía del Páramo terminó de despertarse y se regocijó, a la manera de los cadáveres revividos. Con estertores polvorientos, con escalofríos, con besos helados en la palma desnuda de Flordemuerte. Con agradecidas promesas de sangre entre los colmillos.

El sarpullido ganó en rojez y virulencia al cubrirse de moratones con pétalos, hojas erizadas y raíces oscuras que serpenteaban unas sobre otras, como varices palpitantes de vida.

Las flores se abrieron, arracimadas en parterres irregulares que se expandieron a ras del suelo en erupciones de color. Amapolas de un púrpura profundo. Racimos de campanillas redondas y plateadas como ojillos ciegos, traslúcidas como el cristal. Arbustos de hojas granates en forma de corazón, salpicadas de anémonas blancas con los pétalos moteados de negro. Pequeñas flores de un rosa pálido sobre alfombras de musgo ceniciento. Capullitos prietos y rojos, brillantes como perlas de sangre. Todo concentrado en una superficie de apenas cuatro varas de diámetro, desplegada cual abanico frente a Talía.

Ella interrumpió su cantar y se puso en pie, jadeando. Una fina capa de sudor le cubría la frente.

Durante largo rato, observó en tensión la flora baja, medio convencida de que las plantas empezarían a crecer solas y a deformarse sin control hasta devorarlo todo; pero estas se mantuvieron inmóviles. Mansas. Por mucho que esperó, las zarzas carmesíes no afloraron. Lo más parecido eran las espinas de algunos tallos, pero estas apenas superaban un dedo de longitud.

Tal y como había prometido el nigromante, aquella tierra poseía una magia vetusta y pesada. No estallaría fácilmente ante el caos

interior de Talía.

Retomó sus arrullos, atreviéndose con notas más espontáneas. Alternaba entre el miedo y el alborozo; a menudo debía detenerse para controlar su respiración agitada. Se sentía como si estuviera cometiendo un delito, abandonándose a una bajeza con la que deshonraba a su estirpe.

Pero eso eran solo ideas. Jara siempre le había dicho que pensaba demasiado para una fey, que debía escuchar más a su instinto. Bien, su instinto estaba complacido; comenzaba a comprender el alcance de su recién encontrada libertad y estaba emborrachándose de ella. La *cosa* quería mezclarse con la fuerza oscura del Páramo y crear.

Así que Talía creó, solo por el placer de hacerlo. Ya habría tiempo de destruirlo todo después.

Conforme las plantas se extendían y tomaban nuevos derroteros, así lo hizo su percepción del tiempo. Las horas pasaron como el viento, sin más señales que un ligero aumento de su cansancio. Pero, cada vez que consideraba el detenerse, reparaba en algún detalle que necesitaba más mimo y atención para quedar del todo a su gusto. «Enderezo estas flores y descanso un poco», se decía, pero luego se olvidaba de descansar. Flordemuerte fluía, acelerada como un corazón tras saborear la dulce agonía del primer amor. No habría podido detenerse ni queriendo.

Su canción la llevó hasta un arco de piedra que se mantenía obstinadamente en pie, solitario y puntiagudo, entre varios bloques desmoronados. «El tiempo intentó tumbarme, pero aquí sigo», parecía decir, y Talía lo envidió y admiró a partes iguales.

Entonces, unos tallos amoratados aparecieron tras una de las columnas. Al verlos, la melodía de la princesa se volvió quebradiza. Dolorida.

«Detente. Estás hurgando demasiado hondo».

Pero continuó, como un lamento prolongado a través del tiempo y del espacio. Los tallos se enredaron entre sí, ganando fuerza y grosor, hasta formar una red nudosa que reptó cual parra por el arco. De ella brotó una oleada de flores, similares a lirios de un vibrante añil, de cuyos centros pendían largos flecos granates que se mecían al viento.

A Talía se le escapó un jadeo agudo, como si una saeta fantasma le hubiera atravesado el pulmón.

Esas eran las flores favoritas de su madre. En una vida anterior, habían sido tan amadas y recurrentes en su magia como para ganarse su propio nombre, elegido por ella misma: abrazos de madre. No había podido conjurarlas en años.

La asaltaron recuerdos de su infancia, tan vívidos que eclipsaron el presente. De cuando jugaba en el exterior de la cabaña, sentada entre los huesos, bajo la atenta mirada de su progenitora. La hacía tan feliz presenciar sus dones. Cada flor nueva que su hija descubría era motivo de celebración. Todas sus plantas le parecían hermosas, pues en cada una de ellas adivinaba una faceta distinta del interior de su hija; sus colores, sus deseos, sus sentimientos. Aun pobre y escondida en las sombras del mundo, la mestiza había gozado de una bendición que no llegó a apreciar en su totalidad hasta que el destino se la arrebató: alguien que la amase con cada fibra de su ser. Aunque en el fondo sospechara que, un día, su hija podría ser indirectamente la causa de su muerte.

Talía contempló aquel arco florido, majestuoso, perseverante, y la brisa del Páramo le trajo de vuelta la voz de su madre.

«Toda mi vida me creí una aberración... hasta que saliste de mí. Eras tan diminuta, tan pálida y frágil; cada noche que pasabas estremecida en mis brazos creía que sería la última. Pero sobreviviste. Inevitable como la primavera, dura como el hierro. Mi

preciosa niña, capaz de convertir en hermosura la fealdad con que yo sembraba el suelo. Tenerte me hizo darme cuenta, al fin, de que no era ningún monstruo. No podía serlo. Un monstruo de verdad jamás sería capaz de querer tanto».

—Yo también te quiero, mamá —susurró Talía, y comenzó a llorar.

No había en la Tierra espinas que se clavaran tan hondo como el amor que persevera más allá de la muerte. La emoción resurgió dentro de ella con dolor; pero era un dolor extraño, gozoso, que expandía su espíritu en lugar de encogerlo.

Los lirios se multiplicaron hasta cubrir el arco por completo. No muy lejos, Talía sintió crecer los azafranes espinosos que tanto le gustaban a Jara —«jarafranes», solían llamarlos—, y que ella solo conjuraba durante sus escapadas al bosque, cuando tenían la suerte de encontrarse un bicho muerto. Siempre destruían la mata antes de regresar a palacio, para no dejar rastro de sus pequeñas transgresiones.

Ansiosas por hacerla recordar también sus nombres, brotaron las reinasmagas, unas tulipas negras y estrelladas que siempre crecían en grupos de tres. Eran las favoritas de las tres únicas amigas que su madre tenía en aquel bosque, ermitañas oscuras como ella. En otro tiempo, en otra existencia, habían vivido cerca las unas de las otras para así protegerse mutuamente. Habían sido como tías para la pequeña mestiza. Le hacían muñecas de ramas y trapo, le enseñaban canciones y le trenzaban amuletos de protección en el pelo. Jamás vieron en ella a un engendro, sino a una chiquilla que no conocía el alcance de lo que le corría por las venas. Ninguna de ellas llegó a saberlo, en realidad.

Las tres murieron en aquel bosque. Una, a manos de unos cazaengendros; la otra, de una enfermedad que ningún rito pudo contrarrestar; la restante, devorada por una jauría de lobizones en

luna llena. Sin ellas, Talía y su madre se quedaron más solas, más a merced de los que las acechaban entre las sombras.

Con cada flor que se abría, el recuerdo de toda la gente cuyo calor la había amparado revivía dentro de la princesa, brillante como el primer día. El amor era una semilla eterna que jamás se secaba, que siempre daba fruto, aunque se plantase en la tierra más hostil. El amor sobrevivía a la muerte; a veces, esta lo volvía incluso más potente. Y, cuando abría sus pétalos, el amor, como la belleza, estremecía el alma.

Flordemuerte temblaba con el rostro anegado de lágrimas, mientras su sangre palpitaba con la magia de sus ancestros; los divinos y los profanos, los feéricos y los mortales. Su canción finalizó en un alarido gutural que sacudió las entrañas del suelo. A su alrededor se había levantado una polvareda salpicada de pétalos, de astillas, de renacimiento.

Se desplomó a gatas, resollando, mientras la polvareda se asentaba lentamente. Miró al cielo y, cuando logró enfocar la vista, descubrió atónita que ya mostraba los primeros rosas del atardecer. Había perdido por completo la noción del tiempo, ajena a cualquier necesidad de comida o reposo. Lo que había empezado como una prueba tentativa se le había ido por completo de las manos.

Contempló el jardín que se expandía a su alrededor; una erupción que apenas ocupaba una ínfima parte de las ruinas, pero cuyos colores aullaban como una herida abierta en medio del gris.

El pavor la congeló al recordar quién era, dónde estaba y para qué.

«Esto no era para ti, sino para el Carroñero».

Se puso en pie con esfuerzo, tambaleándose, y tuvo que apoyarse en el arco forrado de abrazos de madre. Comparó el caos salvaje que la rodeaba con los jardines perfectos de su reino y gimió,

mortificada. Se había dejado llevar por sus emociones, reprimidas durante tanto tiempo, y eso era vergonzoso.

El nigromante le había confiado una superficie en blanco y ella, en vez de obrar como una digna princesa yedrasi, la había pintarrajeado como una cría que, al verse libre de supervisión, se embadurna los dedos de mermelada y se dedica a pringarlo todo sin orden ni concierto.

No tenía ni idea de qué le gustaba a Salazar, pero seguro que no se parecía en nada al espanto que le había vomitado en su terreno.

Le llegó un aroma sutil que se le clavó como un dardo cargado de nostalgia. Todavía agarrándose a la columna, se inclinó sobre un matorral de tulipas moradas e inhaló su perfume: un híbrido de violetas, grosellas maduras... y un toque de corrupción. Era un olor tan suyo como el de su propio almizcle, y a la familiaridad se le unió un bochorno asfixiante.

«Dioses, el nigromante va a oler esto».

La olería a *ella*, dulzona y pútrida, con la misma nitidez con que lo hacían los feys. Quizá su mano le oliera a flores, pero seguro que cambiaba de idea cuando oliera cientos de las *auténticas* flores de Talía.

Se imaginaba con nitidez su reacción. La decepción endurecería su semblante y se echaría hacia atrás con repulsa mal disimulada mientras buscaba la manera más diplomática de decirle que había cambiado de opinión, que mejor se estuviera quietecita. Entonces, ella se moriría allí mismo de pura humillación. Y quizá ese sería el mayor favor que el Carroñero le habría hecho indirectamente a Bosqueterno: librarlos de la bastarda cuyas plantas apestaban al Desgarro.

Una nota aguda le subió por la garganta. Sabía lo que debía hacer, aunque le doliera.

«Destrúyelo todo, que no queden ni los bulbos. Rápido, antes de que vuelva el nigromante. Ya le pondrás una excusa».

Un carraspeo la hizo girarse y el pánico la petrificó.

El brujo ya estaba allí, al pie de la vereda.

Caminó hacia ella. Llevaba otra ropa bajo la aljuba y las puntas de su pelo aún estaban húmedas; debía de haberse bañado después de encargarse de sus muertos. Se detuvo en los límites del jardín incipiente y lo contempló, inmóvil, durante lo que pareció una eternidad. La intensidad de su expresión era indescifrable.

Talía deseó que la tierra se la tragara.

—¿Os encontráis bien, princesa? —Él alzó la voz para hacerse oír. Los separaban unas quince varas de espesura.

Ella meneó la cabeza por toda respuesta.

Salazar sacó unos guantes de cuero negro, les dio una sacudida enérgica y se los puso. Talía contuvo el aliento. Se sentía como si estuvieran a punto de diseccionarla. Lenta e íntimamente.

—¿Es seguro acercarme?

Tras repasar los alrededores con ojo crítico, ella asintió, y él se adentró en su jardín. Avanzó por un caminito serpenteante entre el caos con cara de no dar crédito a lo que veía. Apenas parpadeaba, y era imposible saber si eso era buena o mala señal.

—¿Alguna precaución que deba tener en cuenta con vuestras plantas?

—Mientras evitéis el contacto con vuestras mucosas y no os las comáis, no deberían dar problemas. Y... cuidado con las espinas —logró contestar ella.

El nigromante se detuvo a diez pasos del arco, junto a un arbusto que le llegaba por la cintura, y deslizó los dedos enguantados por una flor. Recorrió el tallo y hasta se atrevió a posar las yemas en las púas, jugueteando, con la comodidad de alguien acostumbrado a

tocar cosas nocivas y peligrosas cada día... y que disfrutaba con el hecho de ser capaz de hacerlo.

Su silencio iba a matarla. Si aún no había dado su veredicto, pensó Talía, debía de ser porque el jardín lo estaba decepcionando más de lo que las palabras podían expresar.

Justo cuando Salazar se inclinaba para oler las flores, una gran polilla violeta se le posó en el dorso de la mano. Él jadeó de sorpresa y la contempló con los ojos muy abiertos. Talía cayó entonces en que jamás había visto animales en el Páramo, a excepción de los gatos. El lugar estaba tan muerto que allí no había ni hormigas. Tal vez eso explicaba el estupor del brujo; como si, más que un insecto, tuviera en la mano una estrella caída del firmamento.

—¿Cómo...?

—A veces salen insectos de mis flores. Nos pasa a todas las yedrasi.

—¿Está viva?

—Se mueren a los pocos días, pero... sí.

Salazar tragó saliva, incapaz de ocultar la tensión que lo dominaba mientras la polilla correteaba por sus dedos. De pronto, una amplia sonrisa le iluminó el rostro, suavizándole los rasgos y haciéndolo parecer mucho más joven.

Talía no se atragantó de milagro.

«¿Está contento?».

Sus miradas se encontraron y, como si su propia alegría lo abochornase, el nigromante recompuso enseguida su expresión solemne y volvió a centrarse en la polilla, que se alejó volando.

La joven se toqueteó las pulseras, todavía pegada a la columna en un vano intento de mimetizarse con ella.

—Esto ha sido solo una prueba —se atrevió a decir—. Si algo no os convence, lo cambiaré. De hecho, puedo empezar de cero si lo preferís...

—No hay nada que cambiar. Es... —El brujo dio una vuelta sobre sí mismo, incapaz de mantener su atención fija en una sola planta—. La Virgen. No se parece a nada que haya visto en mi vida. Es... increíble.

Talía exhaló todo el aire que había estado conteniendo y apoyó la sien en las parras trepadoras. Algo le crujió en la cabeza, y solo entonces se dio cuenta de que tenía las sienes llenas de flores nuevas, ya marchitadas por el sobreesfuerzo. Al palpárselas, el puño se le llenó de pétalos secos que se deshicieron con el viento.

—Parecéis agotada —dijo él con un dejo de reproche—. ¿No habéis parado en todo el día ni para comer?

—Perdí la noción del tiempo.

La visión se le emborronó y tuvo que abrazarse a la columna para mantener el equilibrio. Ceñudo, Salazar fue hacia ella, como preparándose para sujetarla si le fallaban las piernas.

«¿Lo harías? ¿Te atreverías?».

Arrugó el gesto, turbada por sus propios desvaríos.

«Tierra y estrellas, estoy peor que si me hubiera emborrachado. Ya no sé ni lo que me digo».

—No os preocupéis. Es la falta de práctica. Podré seguir en cuanto descanse un poco.

El brujo le clavó una mirada escéptica y ella se preguntó qué aspecto tendría. Si se le notaría que había estado llorando, si estaría pálida de extenuación o con el rostro encendido por la avalancha de emociones. Probablemente todo a la vez. Se sentía tan destrozada como delirante, a punto de deshacerse en una lluvia de pétalos.

Todo se le volvió negro por un momento y las piernas le fallaron.

—¡Princesa!

Una sombra la recogió y detuvo su caída. Parpadeó, desorientada, y se encontró entre la columna y el nigromante, que se cernía sobre ella, sujetándola por los brazos. Incluso a través de los guantes, sentía el calor de sus manos sobre su piel desnuda, negro sobre rosa pálido. Alzó la cabeza para mirarlo y se le escapó una débil sonrisa al ver la preocupación en su rostro.

—Disculpadme si el resultado ha quedado... crudo —susurró, sin fuerzas—. Había mucho acumulado dentro de mí. Más de lo que creía. Lo destapé y comenzó a salir y no paraba. Como una hemorragia.

—Princesa, no quiero el jardín si os vais a matar haciéndolo.

—Estoy bien...

La cabeza se le fue hacia atrás. Oyó que él mascullaba algo entre dientes y, de pronto, le pareció que unas alas oscuras la envolvían y la alzaban en volandas como si no pesara nada.

El Carroñero la llevaba en brazos fuera del jardín.

«¿Habría hecho esto con cualquiera de mis hermanas?».

La caballerosidad del gesto contrastaba con su talante arisco, de buitre irritado, pero el calor que emanaba de su cuerpo le resultaba reconfortante. ¿Cómo alguien capaz de enfriar tanto el aire podía tener un pecho tan cálido?

—No os molestéis, de verdad. Puedo andar...

—No, no podéis —replicó él con inesperada gentileza.

Ella cerró los ojos y suspiró, rindiéndose al vaivén mientras atravesaban las ruinas peladas.

—No quisiera pecar de grosero por segunda vez hoy. Avisadme si está feo que os lleve en brazos. En ese caso, iré a por una carretilla.

Eso le arrancó una risa floja.

—¿Una princesa en carretilla?

—Cosas más raras se han visto.

La esencia del brujo la envolvía, erizándole los sentidos. Jamás se habría imaginado en brazos del Carroñero, exhausta tras liberar su don, y riéndose de algo que él hubiera dicho. Empezaba a apreciar en él un sentido del humor soterrado pero muy efectivo. Al menos, para ella.

Inhaló con disimulo su olor. Bajo los ecos del jabón y la lana limpia, percibió un finísimo vestigio de muerte todavía pegado a su piel, que ni su paso por las termas había logrado borrar. No le molestó; más bien lo contrario.

¿Era eso inapropiado? Ni lo sabía, ni le quedaban energías para reflexionar sobre ello.

—Os he pedido demasiado. —Se reprendió él de pronto mientras ascendían por la vereda escarpada.

—En absoluto.

—Si la tarea os resulta desagradable...

—Ha sido duro, no os mentiré. Pero también... vivificante.

—Hum —fue la única respuesta del brujo, aunque Talía notó que su expresión se relajaba un poco.

—No es necesario que sigáis sufriéndome. Creo que ya puedo sostenerme en pie —dijo ella, cuando iban por la mitad de la pendiente.

—Nadie está sufriendo a nadie, o eso espero —replicó él, aunque la dejó en el suelo con cuidado.

No muy convencido, le ofreció el brazo para estabilizarla. Talía aún estaba algo mareada, así que lo aceptó y continuaron el ascenso. La gravilla murmuraba bajo sus pisadas. Cuando llegaron a lo alto, Salazar se paró para que ella pudiese tomar aire. El lila del cielo había pasado a un añil que bañaba el castillo distante con un

resplandor glacial, fantasmagórico. Lucecitas cálidas titilaban tras algunos de sus ventanucos.

Talía miró por encima de su hombro. Quería analizar su obra desde las alturas, pero el crepúsculo había oscurecido la planicie, reduciendo su fronda a un manchurrón difuso en mitad de las ruinas.

—¿Os complace vuestro jardín? —preguntó el brujo.

—Es a vos a quien ha de agradaros.

—¿A mí? Mucho.

—Por favor, sed sincero.

Él resopló.

—Princesa..., estoy tan emocionado que es un milagro que no seáis vos quien me esté llevando ahora en carretilla.

A Talía se le escapó otra sonrisa.

—Vuestras flores son preciosas —insistió él.

Una oleada de satisfacción la recorrió, tan profunda que hasta las diminutas lianas que salpicaban su melena se retorcieron. Notó un pinchazo en los ojos y bajó la cabeza para ocultarlo. No quería echarse a llorar otra vez delante de su anfitrión, aunque fuese de puro alivio. Ya estaba bien de llorar.

—Venid; mandaré que os preparen un baño y os lleven la cena a vuestros aposentos. Habéis tenido un día muy largo —dijo él.

Ella suspiró y asintió.

Reanudaron la marcha ascendente hacia las puertas marfileñas del castillo. Mientras el nigromante tiraba con suavidad de lo que quedaba de Talía, una última flor brotó dentro de su pecho. Una palabra. Un sentimiento.

«Gracias».



La tarde empezó a colorear el Páramo, pero ese día el cielo no se volvió rosa, sino de un azul lavanda invernal. Apenas habían tenido niebla esa semana, lo cual Salazar agradecía.

Así le era más fácil espiar a la princesa desde las alturas.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba así, apoyado en el marco de la ventana de aquella torre, medio fundido con la sombra. Como señor del Páramo, estaba en todo su derecho de vigilar cuanto sucedía en sus dominios, pero no podía evitar sentirse un poco como un sinvergüenza temerario que espiara a una lamia bañándose en el río.

En la última semana, solo había podido pasear por el jardín en dos ocasiones. Lo sorprendió lo agradable que resultaba caminar junto a Mortalía a través de la fronda, inmersos en una apacible conversación. Le gustaba ver el rosa encendido de sus pómulos cuando él se asombraba con cada pequeña ampliación del jardín. Ella sonreía tímidamente y bajaba la cabeza, como si intentara esconderse por reflejo de una admiración a la que no estaba acostumbrada.

En el segundo paseo, maravilla de maravillas, la princesa se animó y se atrevió a contarle detalles sobre sus plantas, a compartir pequeños pedacitos de ella, sin que él tuviera que pedírselos. Salazar acabó siguiéndola por todo el jardín mientras ella correteaba de un lado a otro, explicándole las peculiaridades de cada flor, los nombres que había inventado para ellas, a qué tierna edad las había

conjurado por primera vez, cuánto le había costado conseguir que los zarcillos se enrollasen así o que los pétalos se tiñeran de un tono determinado. Y, cuanto más interesado parecía él, más se toqueteaba ella las pulseras y más se le profundizaban los hoyuelos.

Por fin, mientras la veía revolotear a su alrededor con el rostro iluminado por una tímida confianza, Salazar fue consciente de que había logrado algo importante.

Le supo a victoria.

Lo que no esperaba era que la sensación le resultara tan adictiva.

Solo habían compartido dos tardes juntos y ya se preguntaba cuándo podría tener una tercera. Por desgracia, entre depurar los regalitos de las charcas con ayuda de los necrófagos y el cuidado de sus criaturas, la última semana lo había mantenido secuestrado en el taller. Además, necesitaba reponer los entes que había perdido en la batalla, y alzar soldados con ese nivel de resistencia y autonomía era una tarea ardua que precisaba de toda su concentración.

Pero, en cuanto los muertos le dejaban un rato libre, acababa gravitando hacia Mortalía. Si la oía inmersa en su tarea —lo más habitual—, no la interrumpía; se subía a las plantas altas del castillo y desde allí la contemplaba a escondidas. Era mejor así. La joven aún se sentía tan insegura de sus habilidades que el saberse observada solo la habría aturrullado, y él quería dejarla a su aire.

Quería ver cómo era ella cuando nadie miraba.

Y menuda visión era esa, presenciar cómo el milagro de la vida se obraba en la carne de su hogar.

Una pequeña parte de él siempre había dudado de que las yedrasi, con todo su poder, pudieran influir en la naturaleza del Páramo. Estaba demasiado acostumbrado a que todo se le muriese: las plantas, la gente, las ilusiones. Lo único seguro en este mundo eran la muerte y su nigromancia, esa bendita maldición. Estaba

medio convencido de que un día despertaría y descubriría que todo —la princesa, su jardín, el color— se había desvanecido como un espejismo.

Tal vez por eso la espiaba en cuanto conseguía un momento de respiro. Necesitaba convencerse de que era real.

«Una dríade nigromante». Menuda combinación. Su conocimiento de lo sobrenatural —y de eso tenía bastante más que el humano común— le decía que algo así era tan inconcebible como un papa krampo.

Pero ahí estaba, pululando por las ruinas como una polilla encarnada, inmersa en esa canción sin letra, hecha de vocales encadenadas en un vaivén hipnótico y visceral. A ratos, el viento arrastraba fragmentos de su voz hasta la ventana, y Salazar sentía sus ecos deslizársele bajo el cuello de la túnica como el abrazo de unas manos frías.

Mortalía saltaba por encima de los escombros, se arrodillaba en el suelo, lo acariciaba, dejaba que la vegetación la cubriese y luego emergía de debajo de ella, sin importarle que las espinitas le desgarrasen los bordes del peplo. Verla moverse libre entre esas flores que se desplegaban como lenguas de mariposa era un espectáculo tan mágico como desconcertante. A veces la descubría riendo mientras cantaba, y otras la veía hundir las uñas en el suelo con largos lamentos, para a continuación quedarse apaciblemente dormida, abrazada a alguna mata de esos lirios añiles con los que le gustaba cubrir los arcos más altos.

Lo que fuera que entrañase su proceso de creación le provocaba una avalancha de emociones muy poderosas, y él la había visto pasar por todas. Alguien más caballeroso se habría retirado para dejarle intimidad, pero era justo en esos episodios cuando Salazar se volvía incapaz de moverse. Se fundía con las sombras y, quieto como

una gárgola, absorbía cada gesto de ella con una emoción extrañamente similar al hambre.

Estaba tan... viva.

Le despertaba una clase de curiosidad que no había sentido nunca por ningún otro ser, vivo o muerto. No podía creer que fuese tanta su suerte. La magia de la mestiza no solo había encajado en sus dominios, sino que, contra todo pronóstico, ella además lo estaba disfrutando, y todo eso lo complacía demasiado —como cuando combinaba huesos de cadáveres completamente distintos y estos se ensamblaban a la perfección—.

Aquello no se parecía en nada a lo que él había tenido en mente cuando le propuso el trato a Mirtalón, pero Mortalía estaba siendo una inyección de vida en la rutina gris del Páramo.

Un sonoro eructo sobre su cabeza lo hizo dar un respingo.

—Pobre chiquilla, cuánto sentimiento tenía reprimido dentro. Así nos vino, hecha un desaaaastre.

Al alzar la vista, malhumorado, se encontró a Martín encaramado en los lóbulos del arco de la ventana. Roía con fruición un cuenco de garbanzos crudos.

—Ah, ¿ahora es cuando acusas mi presencia, señorito? Qué embeleso tienes. Venía a decirte que ya han vuelto los mangalines —anunció el martinico.

—¿Y todo bien?

—Ni un rasguño. Han traído cosillas interesantes. El que no aparece es Lucio. ¿Sigue enfurruñado? ¿Dónde anda?

—Estará chupando luz de luna o buscando chismes. Ya volverá. Ni que fuera la primera vez que se pierde durante una semana o dos. —Salazar se cruzó de brazos—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—¿Espiándote espiar a la moza, quieres decir?

Martín sonrió con picardía y le tiró un garbanzo. El «plic» que hizo contra su frente solo empeoró su irritación.

—Nos hemos levantado con ganas de dar por saco, ¿eh? ¿A ti qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¡Pues que por fin hay algo parecido a un jardín en este desierto y los duendes ni siquiera podemos entrar en él, por miedo a que a las plantas les dé el arrebato y nos empalen como dices que pasó en el barranco! ¡Fu! —El duende arrugó el rostro, mirando con anhelo frustrado a las ruinas—. ¡Es como ponerle un banquete delante a un hambriento y decirle que está todo envenenado! ¡Fu, fu y más que fu!

Salazar puso los ojos en blanco.

—La princesa se ha comprometido a hacer el jardín lo más seguro posible para todos, pero primero necesita tiempo para familiarizarse con su don y ver hasta qué punto puede controlarlo.

—Tú sí te metes en el jardín.

—Alguien tiene que correr el riesgo primero.

—¿Y a ti te vale la pena exponerte a tanto riesgo?

La mente se le fue al momento en que brotó la primera flor. La cara de Mortalía se encendió de puro anhelo, y él lo vio justo ahí: la posibilidad de ofrecerle algo que ella quería. Algo que solo él podía —y estaba dispuesto a— darle, a diferencia de Bosqueterno. La oportunidad se le antojó demasiado tentadora como para no aprovecharla, aunque el proceso requiriese provocar a la princesa para sacarla de su cascarón.

—¿Te acuerdas de cuando metimos al naranja?

—¿El gato? ¿A qué viene eso ahora? —Martín frunció el ceño.

Él asintió. Siempre se referían a los gatos por algún rasgo físico. Salazar había insistido en no ponerles nombres, creyendo ilusamente que eso haría que le doliera menos si, por casualidad, se le morían.

—Estaba raquítico, muerto de miedo. No dejaba que nadie se le arrimara, pero, aun así, nos seguía a todas partes con esa carita de pena y los mocos colgando.

—¿No te iba a seguir, si le echabas de comer? Tonto no era.

—Vamos al caso. Un día me harté de verlo cada vez más miserable. Si seguía así, acabaría muerto, así que lo atrapé. Me llenó de arañazos, pero igualmente me lo llevé y no lo solté hasta que estuvimos dentro de la casa.

Años antes de encontrar el Páramo, Salazar y Lucio se habían alojado en una casucha abandonada donde, misteriosamente, el hogar permanecía siempre encendido. Allí descubrieron a Martín, que vivía solo y aburrido tras la muerte de sus humanos previos. No podía marcharse: a la manera de los duendes domésticos, había creado un vínculo con algo del hogar —en su caso fueron la olla, los utensilios de cocina y buena parte de la chimenea— y no quería dejarlos atrás.

Todo eso, piedra a piedra, habían tenido que llevárselo al Páramo una vez que se trasladaron. Solo así lograron que el martinico se quedase con ellos de buen grado.

—¿Adónde quieres ir a parar con esto del gato?

—Lo metimos en un lugar seguro y acogedor con comida y muros que lo resguardasen de las bestias que lo atosigaban. Con el paso de los días, se dio cuenta de que estaba a salvo, y revivió. Comenzó a jugar y a restregarse con nosotros, a cazar bichillos por los rincones y hacer toda clase de gracietas...

—¿Y?

—El primer paso fue garantizar un sitio tranquilo para la princesa. Y eso... —Señaló al jardín—. Eso es la comida, el calor y los bichillos con los que jugar.

El duende musitó un «hum» y se toqueteó la barbilla, asintiendo.

—Ah, creo que ya entiendo. Estás comparando a la hija de Mirtalón con un gato. Y quieres que se ponga contenta y, eh..., ¿empiece a restregarse contigo?

—¡No me seas zopenco! —le espetó el brujo, crispado—. Mi única intención era que se sintiera cómoda. El resto es fantasía tuya.

Martín no pareció muy convencido.

—Hum. Se la ve bastante vivaracha, desde luego. Ni punto de comparación con la que llegó hace tres semanas.

¿Tres semanas ya? Mal rayo lo partiera. A ese paso, los seis meses se le pasarían volando, y él apenas habría podido disfrutar de la compañía de Flordemuerte.

—Te sonríe mucho cuando compartís mesa —añadió Martín.

Aunque no siempre podía visitarla en el jardín, Salazar se había asegurado de rascar tiempo cada noche para cenar con ella. La princesa se volcaba con tanta pasión en sus flores que el anochecer solía pillarla ya agotada, así que comían en silencio, intercambiando alguna cortesía. Había descubierto que ella no ingería nada con sal, pero observaba con interés cuando él se la echaba a sus comidas, con los consiguientes bufidos de Martín y los murmullos de los humarejos, que todo lo observaban camuflados en las tinieblas del techo. No le molestaba la escasez de conversación: para él era suficiente con recibir sus sonrisas cálidas desde el extremo opuesto de la mesa, cosa que sucedía muy a menudo.

—Ganaste mucho con ella la noche que te entretuviste en presentarle a todos los gatos —comentó el duende.

Salazar notó cómo se le elevaba la comisura de los labios. Reprimió el gesto y se encogió de hombros para quitarle importancia. Martín canturreó, picarón:

—El día que consigas que se le suban encima, igual hasta te da un besito...

—¿Qué tonterías dices? Ahórrate ese tono. Solo estoy siendo pragmático. Nos conviene tener contenta a la huésped —replicó, intentando sonar lo más indolente posible—. Si el rey ve que hemos hecho feliz a su niña, eso nos beneficiará a la larga, y cultivar buenas relaciones con la nobleza feérica fortalecerá mi posición en las Tierras Feéricas. La muchacha es un medio para un fin.

—Pues no sé de qué fin me estás hablando, señorito, dado que fuiste a elegir el medio más raro de los cuatro que tenías a tu alcance.

Un ruido de arrastre y tintineos procedente de la puerta interrumpió el gruñido de Salazar. Este se volvió hacia los dos mangalines, que entraban tirando de sacos enormes. Ambos eran idénticos, excepto por el pelaje: uno era gris oscuro; el otro, plateado. Poco después de que empezaran a seguirlo, durante una noche de vino y guasa, Salazar había bromeado con llamarlos Sal y Pimienta y, para su sorpresa, ambos se entusiasmaron al recibir un nombre. Sin embargo, como era de esperar, ninguno quería llamarse Sal. Aun años después, ambos afirmaban ser la Pimienta, y se subían por las paredes cuando el otro los acusaba de ser la Sal, de modo que el nigromante los había rebautizado como Carbón y Ceniza para ahorrarse las rabietas feéricas.

El oscuro lo miró de refilón, contrito, y Salazar le aguantó la mirada con talante severo.

—A ver qué me traéis.

Los duendecillos abrieron los sacos y volcaron a sus pies una avalancha de pedazos de armaduras viejas, tenazas, clavos, picos, espadas, candelabros y demás cacharrería; todo de hierro o acero, y en bastante buen estado. Los mangalines eran una clase excepcional de feys, pues podían tocar el hierro. Eso sí, solo usaban su talento para robarlo, nunca para blandirlo.

Satisfecho, Salazar se agachó para rebuscar entre el botín mientras la peluda pareja brincaba a su alrededor entre gorjeos rasposos, a la espera de su veredicto. Entre el metal encontró algunas baratijas brillantes, joyas desgastadas y hasta un melón entero. A Carbón y Ceniza les gustaba añadir pequeños trofeos sorpresa en cada excursión, sabiendo que Salazar les dejaría quedarse con algunos.

Algo se removió entre un puñado de cadenas. De pronto, una rata asomó entre ellas, salió disparada en dirección a la puerta y desapareció antes de que nadie pudiese atraparla. El nigromante escupió una maldición.

—¡Otra vez! —exclamó el martinico—. ¡Mira que os tengo dicho que vigiléis que no se os cuelen bichos en el saco! ¡Ay, como se meta a criar en la despensa! ¡Como nos haga agujeros en las sábanas...!

—Calma, Martín, solo es una. Los gatos se encargarán de ella, para eso están. Así se divierten un rato. Y, si no, ya la pillarán los humarejos.

—¡Fu!

Salazar cogió una bonita diadema de plata con amatistas y miró interrogante a los mangalines. Carbón se frotó las garritas con timidez.

—*Pa pincesa.* —Su voz era un susurro de lija.

—Bien. ¿Ha habido peligros en vuestro viaje?

Ambos se encogieron de hombros, lo cual significaba: «Todo era una trampa mortal, aunque no para nosotros». Trató de disimular cuánto lo aliviaba eso. Sus duendes eran muy listos: si se daban cuenta de hasta qué punto se preocupaba por ellos, se aprovecharían y sería imposible gobernarlos. Era más sano para todos que lo temieran un poquito. Lo imprescindible.

—Espero que hayas aprendido la lección.

Carbón le bufó, mohíno, pero sus ojillos de mochuelo brillaron cuando lo invitó a acercarse con un gesto.

—Anda, ven aquí que te perdone.

El mangalín corrió hacia él a cuatro patas y gorjeó cuando Salazar le revolvió con suavidad el pelaje del cogote y le rascó la cabeza. Se le encaramó a la manga como un monito.

—Habéis hecho un gran trabajo. Estoy impresionado.

Llamó también a Ceniza, que se le subió por el otro brazo.

—Y tú has sido un compañero muy leal, acompañando al malandrín este, a pesar de no haber tomado parte en sus pillerías.

Aguantó que ambos le manosearan el pelo, le mordisqueasen las orejas y corretearan sobre él hasta sacarlo de quicio. Después se los sacudió de encima y estos se subieron a la ventana para mirar el jardín. El martinico los puso al día con malos humos, todavía enfurruñado. Salazar inspeccionó el melón en busca de mordiscos de rata y lo complació no encontrar ninguno.

—*Pincesa juapa* —musitó Ceniza.

—Ni se os ocurra molestarla otra vez, o ya sabéis lo que os espera.

—Pero *é zuave* —protestó Carbón.

El brujo apretó los labios hasta dejarlos reducidos a una fina línea, acordándose de la primera vez que rozó la mano fría de la princesa e inhaló su aroma, dulce y oscuro como un vino tinto en el que se hubieran ahogado un puñado de violetas. Más tarde, cuando hubo de cargarla, el olor había redoblado su intensidad, y juraría que aún podía sentirlo impregnado en la túnica de ese día. Le costaba sacárselo de la cabeza, al igual que la sensación de ella lánguida en sus brazos, con los ojos cerrados y esa sonrisita torcida que ponía cuando se burlaba de sí misma.

«Se suponía que no iba ni a tocarla, que sería un anfitrión ejemplar, correcto pero distante». ¿Cómo se las había apañado para acabar así? ¿Se la estaría jugando él solo? ¿Estaba siendo un «amigo» o un caradura temerario? ¿Y cómo demonios iba a saberlo él, si en la vida se había sentido igual?

Casi podía oír a Lucio susurrándole: «No deberías *sentirte* de ninguna forma, tontolamierda». Veía los colmillos de la princesa Jaralina centelleando en la penumbra mientras ella se inclinaba casualmente sobre él, sin importarle la cantidad de hierro y muertos que lo rodeaban. «No sé qué tramas, Carroñero, pero más te vale respetar a mi hermana como a la Virgencita intocable esa a la que adoráis los humanos. El dedo que le pongan encima, nosotros nos encargaremos de cortarlo. Y lo que no es dedo, también. ¿Me has entendido?».

La prohibición estaba clara. La amenaza, más aún.

«Pero, hasta donde yo sé, ser su amigo está permitido, ¿no? Eso no pueden reprochármelo».

—Será suave, pero aún no la conocemos bien. Todavía podemos llevarnos una sorpresa con ella. Andaos con cuidado.

—Lo mismo te digo, señorito —dijo Martín.

Salazar ignoró la pulla y miró por encima del hombro a Carbón.

—Oye, sinvergüenza, tú que te acurrucaste con ella... ¿A ti te pareció que la princesa olía a «corrupción»?

El mangalín se encogió de hombros.

—Eso no es una respuesta.

—*Juele mejó* que tú.

—La madre que te...

Los alaridos de los carontes rasgaron el aire. Sobresaltados, los mangalines se apartaron de la ventana de un salto, uno convertido

en gallina y el otro en liebre. Solían cambiar de forma cuando se alteraban.

—¿Otra oleada de muertos? Qué dadivosas están las charcas últimamente. Así da gusto.

Salazar se puso en pie y se encaminó fuera de la habitación. Notó que la princesa interrumpía su canción, alerta al ruido, para luego retomarla con el mismo entusiasmo.

—Oye, brujo, ya que te gusta pasear a la princesa por el Páramo para que vea sus delicias..., ¿cómo es que aún no te la has llevado a las charcas o al taller? —preguntó Martín.

Él le lanzó una mirada torva.

—Explícame por qué cojones haría algo así.

El duende hizo un mohín ambiguo y saltó de su posición. La falda del hábito se le levantó con la caída, maldiciendo a Salazar con la visión de su culo verrugoso.

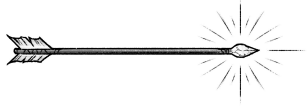
—No sé, como a ti te gusta su arte, me preguntaba qué opinaría ella del tuyo.

El nigromante se detuvo junto al quicio de la puerta con la mandíbula apretada. El tono de Martín había sido inocente, así que no le quedó muy claro si hablaba con intención de herirlo o desde la más pura curiosidad. Con los feys, la línea que separaba ambas podía ser muy fina a veces, por no decir inexistente.

—Nada, porque pienso mantenerla lo más alejada posible de esa faceta del Páramo.

«Y mía».

Le dio la espalda y salió de la habitación a zancadas, azuzado por los berridos de los carroñeros y por su propia irritación.



Los cuerpos ya se amontonaban en la superficie del agua cuando el nigromante llegó a las charcas, abrochándose un largo delantal de cuero. Tras él renqueaban entes compuestos solamente de patas y pelvis, cada uno con un farol colgado de los huesos superiores.

Se caló unos guantes hasta los codos y palpó el machete que pendía de su cintura. El hedor de la podredumbre pesaba en la bruma, tan denso que podía saborearlo en la lengua. Tomó la vara que le ofrecía un ente cargado de herramientas y se detuvo en la orilla más exterior de la marisma, donde los carontes lo recibieron con chillidos urgentes mientras sacaban los cadáveres del agua y los depositaban frente a él.

—¿Vienen todos de la misma charca?

Una de las criaturas cabeceó, a modo de asentimiento.

«Una batalla, entonces. O una matanza», calculó. Y bastante reciente, a juzgar por la firmeza de la piel de los difuntos. Debían de llevar muy poco tiempo en el agua.

Aún lo asombraba el funcionamiento de ese lugar. En el fondo de esas charcas, el velo entre mundos debía de estar agujereado como un colador y cada hueco conectaba con un cuerpo de agua del plano mortal. Puntos muy distantes entre sí, sospechaba el nigromante, pues unas charcas eran de agua dulce y otras de agua salada. Eso, unido a la composición peculiar de cada una, le daba una pista del sitio con el que conectaban: lagos, ríos, pantanos, costas... Quizá, si se sumergiera en cualquiera de ellas a suficiente profundidad y aguantase sin que la presión le reventara los tímpanos, podría cruzar al otro lado para comprobarlo por sí mismo, pero no estaba tan loco como para intentarlo. Esos portales sumergidos no debían de llevar a enclaves buenos.

Porque todo —o casi todo— lo que le llegaba a través de ellos eran cadáveres. Con heridas que hablaban de batallas, de palizas, de enemigos masacrados con odio y arrojados a ríos teñidos de sangre. De víctimas desaparecidas en la negrura de un pozo. De gente a la que algo arrastró al fondo de un pantano y los dejó allí tras comerles los ojos. Luego estaban los otros, los que no mostraban heridas de ningún tipo, pero venían con los bolsillos cargados de piedras.

Y, muy de vez en cuando, aparecía algún niño deformado por la mezcla impía de sangres: fetos contrahechos con partes de krampo; bebés humanos con dos cabezas y rabos escamados; niños con ojos de puro vacío y múltiples hileras de dientes. Criaturejas claramente híbridas o mancilladas por el Desgarro, a las que sus mayores habían sacrificado para evitar la desgracia. En casos así, se solía despiezar al engendro y arrojar sus restos al fuego purificador, pero no todo el mundo seguía a rajatabla ese ritual. Otros se deshacían de ellos tirándolos donde el agua todo se lo tragaba, hasta la vergüenza y el pecado, y confiaban en que allí permanecieran sepultados por los siglos de los siglos, amén.

Poco se imaginaba más de un infeliz que sus miserias acabarían en la mesa de trabajo del Carroñero.

Todos esos muertos eran tragedias sin nombre, cuya historia Salazar solo podía intuir tras recibir el epílogo. Y en todos leía el mismo mensaje: «El infierno galopa a sus anchas por el que fue tu mundo. No lo añores. No vuelvas. Tú, desgraciado con suerte, guarécete a salvo en tu mausoleo de paz y polvo y no dejes que nadie te lo quite».

Al principio, la Frontera de los Ahogados y sus misterios lo había obsesionado hasta el punto de desvelarlo, pero la supervivencia lo volvía a uno indolente. Ya no perdía el sueño pensando en todos

esos difuntos ni tratando de averiguar los orígenes del Páramo. Era más sabio enfocar el asunto con la lógica despreocupada de los feys.

«La incógnita ya estaba ahí cuando llegaste y ahí seguirá cuando te hayas ido. Busca la forma de usarla en tu beneficio y olvídate del resto», solía decir Lucio.

Y vaya si a él le era útil.

Tiró de los cuerpos entre gruñidos para colocarlos en una disposición que le permitiera estudiarlos cómodamente. Había muchísimos. Contó unos setenta, todos humanos, bastantes más hombres que mujeres.

—Os vais a poner morados —les dijo a los carontes.

Uno le respondió desde las alturas con un jadeo ronco que hedía a carne muerta. Pasó por su lado, cargando con un cadáver en sus garras y otros dos sobre la espalda, y se agachó para mirarlo a los ojos. Bajo la capucha, unas fauces de anillos concéntricos de colmillos ya masticaban pedazos de alguno de los recién llegados.

Salazar gruñó.

—¿Otra vez con la misma, Bocaditos? ¿No te puedes aguantar las agonías? —Le golpeteó el costado harapiento con la vara—. Os tengo dicho que no comáis nada que yo no haya revisado antes.

Era el único caronte al que le había puesto nombre. Se lo había ganado a pulso. Siempre andaba mordisqueando los cuerpos, lo cual no era raro; lo extraño era que solo lo hiciese delante del brujo, justo cuando resultaba más probable que este lo pillase.

Los carontes eran criaturas lúgubres y extremadamente serias, lo cual convertía a Bocaditos en toda una anomalía. Cada día que pasaba, Salazar se convencía más de que intentaba jugar con él a su manera torpona.

Una vez que todo el botín estuvo desplegado en la orilla, los carontes se retiraron para darle espacio y Salazar empezó a

merodear entre los muertos, valiéndose de la vara para voltear y hurgar cuanto llamase su atención.

Había algunos cadáveres decapitados. A varios les sobresalían estacas del pecho. Las armaduras eran escasas; las ropas, humildes.

«Campesinos, casi todos ellos. No hay niños ni viejos, y la mayoría son hombres. Quizá enviaron a los más vulnerables a otra parte y ellos se quedaron atrás para hacer frente a la amenaza. La cosa se torció tanto que, en algún momento, hubieron de volverse los unos contra los otros. Cabezas cortadas, estacas...; entre ellos se coló algún mal contagioso que había que purificar. O tal vez la paranoia los volvió locos».

Muchos mostraban mordiscos brutales en el cuello, la cara y las extremidades. Seguramente, cuando él los despojara de sus ropas empapadas, hallaría más de esas mordeduras repartidas por todo el cuerpo.

«¿Qué fue? ¿Chupasangres, lobizones, feys...?». Se detuvo en uno al que le habían arrancado la yugular de cuajo y le examinó las heridas. «No. Esto son mordiscos de humano... o de algo que se le parecía mucho».

Con cautela, le puso una mano enguantada en el pecho, afinó su olfato de nigromante y tanteó la energía latente del cadáver. Estaba muerto, sí, pero... había algo más. El resquicio de algo que se retorcía, alojado entre nervios y músculos, aferrándose a la vida con furia, como el rabo amputado de una lagartija. La sensación, helada y corrosiva, se le deslizó por la espalda y Salazar rompió el contacto con una palabrota.

A la luz de sus constructos, inspeccionó otra docena de cuerpos y en muchos halló la misma energía discordante.

—¡El Desgarro los parta! La mitad están malditos.

Ni harto de vino trastearía a ciegas con un cadáver en el que habitaban energías extrañas. Las maldiciones eran impredecibles, volátiles y, en muchos casos, contagiosas: vejigas de miasma a la espera de que una chispa accidental les permitiera estallar y llevarse por delante al primer incauto que pillaran.

Le costaría purificar esos cuerpos antes de poder aprovecharlos, si es que lo conseguía.

Mandó que los carontes apartasen a los muertos impuros en un montón aparte conforme él los iba identificando. Después se acuclilló ante un hombre poco mayor que él, flacucho y de rizada barba negra. A excepción de la palidez verdosa, se veía bastante intacto, como si solo estuviera dormido.

«¿Y tú de qué te moriste?». Le abrió la capa, revelando debajo una medalla con una gruesa cruz de madera. «De poco te sirvió al final». Se la arrancó y la tiró a un lado.

Bajo el cuello de la camisa, le encontró un mordisco que parecía infectado. Posó la mano enguantada en la herida con la mandíbula cada vez más tensa.

Otra vez esa energía enervante. Sus filamentos se habían expandido por todo el cadáver, pero su centro estaba firmemente alojado en el cerebro. Se parecía mucho a la de los gules, pero tenía una cualidad distinta: menos diabólica, más... como una enfermedad agresiva y virulenta.

El muerto abrió los ojos y se arqueó, jadeando.

—¡La reputa...! —Salazar dio un respingo y reculó.

Con sorprendente rapidez, el redivivo lo enganchó por la pechera del delantal y se abalanzó sobre él, estampándolo contra el suelo. La sangre se le disparó en las sienes, en el pecho, hasta que su martilleo frenético se tragó todos los sonidos a su alrededor. Sujetó

al cadáver por el cuello para alejar de sí esos dientes, que chascaban a escasa distancia de su cara.

Intentó controlarlo con su nigromancia. Aunque se moviera, seguía siendo un cadáver; debía de poder someterlo o, por lo menos, reventarlo desde dentro con su propio esqueleto. Pero la oscuridad que impulsaba al difunto era demasiado rábida. Resistía sus amarres, se le escurría como una anguila. Fuera lo que fuera aquello, no lo dejaría entrar.

Los carontes ya trotaban hacia él, desplegando las garras.

Con la mano libre, Salazar agarró el machete y se lo descargó bien hondo en el cuello, hasta las vértebras. Eso pareció ralentizar al muerto. Lo empujó y se levantó a trompicones, pero este se puso también en pie con inquietante agilidad. Antes de que pudiera atacar al brujo de nuevo, Bocaditos apareció como un borrón tras él y lo decapitó de un brutal zarpazo. La cabeza rebotó contra la pelvis de uno de los constructos y rodó hasta los pies de Salazar.

Los cuatro carontes restantes acudieron al trote y empezaron a merodear en círculos a su alrededor, atentos a la cabeza cercenada, que continuaba dándole bocados al aire, con los ojos blancuzcos clavados en el nigromante. A una orden de Salazar, uno de los engendros la aplastó de un pisotón, esparciendo materia gris y pedazos sanguinolentos de cráneo. Solo entonces dejó de moverse.

—Tendremos que montar una pira para deshacernos de esto.

Un jadeo agudo a su espalda lo hizo darse la vuelta. Otro de los muertos se arqueaba con espasmos hasta ponerse en pie. Y otro, y otro, y otro. Sucedió en lo que duraba medio Padrenuestro. Por doquier, los miembros se sacudían y los cuerpos hinchados se alzaban tambaleantes entre la bruma, escupiendo caños de agua rancia. Comenzaron a olisquear el aire, a girar hacia Salazar sus rostros demacrados, a desnudar los dientes con gemidos.

Fabuloso. Una horda de lázaros. Y no de los de siempre, los que se limitaban a deambular sin rumbo hasta que algún misericordioso ponía fin a su no existencia. No, estos eran de los hambrientos. Los que surgían como fruto de una maldición truculenta. O quizá obra de otro brujo, uno de tantos imbéciles endiosados que habría jugado con lo que no debía y, como resultado, había desatado otra plaga de engendros asesinos en un mundo ya infestado de ellos.

Y, como de costumbre, ¿a quién le tocaba limpiar su mierda? Al Carroñero.

«La madre que los parió a todos».

Envió un relámpago de voluntad a través del constructo más cercano y este estalló en un puñado de esquirlas afiladas, que comenzaron a levitar a su alrededor mientras los carontes cerraban filas frente a él, listos para contraatacar. A su alrededor, más y más no muertos se levantaban.

Salazar contó unos sesenta en total.

—Ya sabéis cómo funcionan los lázaros. Vosotros sois inmunes al contagio, pero yo prefiero que no me muerdan —gritó, para hacerse oír por encima de los lamentos—. Que no se me acerquen. Guiadlos como a las ovejas. Haced de cebo, separadlos en grupitos e id decapitándolos. Son lentos y torpes, así que no debería haber problemas si mantenemos las distanc...

Los redivivos echaron a correr hacia él entre alaridos.

—Mierda —masculló.

El caos estalló en un huracán de garras, pisotones, proyectiles de hueso y cadáveres que se movían a una velocidad imposible para algo ya putrefacto. Jamás se había encontrado con lázaros así de rábidos. ¿Vampiros? Sí. ¿Gules? Por supuesto. Esos corrían que daba gusto. Pero ¿simples difuntos reanimados? Ni en broma.

Tras derribar a un par atravesándoles la sesera a estacazos, se giró hacia Bocaditos.

—Ve a por la princesa y métela en...

No pudo terminar: un tiparraco corpulento se chocó con el caronte y empezó a forcejear con él en sus intentos desesperados por llegar hasta el brujo. Mientras los demás galopaban de un lado a otro y los miembros arrancados de cuajo volaban por los aires, otro puñado de no muertos corrió hacia Salazar, echados hacia delante y con las fauces abiertas. Como era de esperar, preferían la carne humana. O lo que más se le pareciera.

Lo rodearon. El pulso le martilleaba en el cerebro, hirviente y blanco, una cadena interminable de relámpagos que disparaban las esquirlas de acá para allá; que intentaban vincularse con la energía indómita de los lázaros, sin éxito. El Carroñero no podía permitirse la más mínima distracción; tenía que defenderse de cada una de las acometidas que le venían por todas partes. Derribar a sus atacantes uno tras otro. Vigilar que las esquirlas no empalasen por accidente a sus carontes. Llevar la cuenta de los cráneos aplastados, los cuellos partidos, los cuerpos que se desplomaban con ruidos sordos a pocos pasos de él.

Consiguió un momento de respiro y, entre jadeos, barrió con la mirada la alfombra de cadáveres desmembrados a su alrededor. Buena parte de la horda seguía presentando batalla, pero los carontes la mantenían a raya sin mucho esfuerzo. Si no había más imprevistos, en un rato lo tendrían todo controlado.

No era la peor escaramuza en la que se habían visto envueltos, pero odiaba las sorpresas. Sus habilidades en un conflicto funcionaban muchísimo mejor cuando sabía a lo que se enfrentaba y podía prepararse con antelación. Con calma, armadura decente y constructos de calidad; no con un machete, fragmentos irregulares

de hueso y el ejército aparcado en el taller, a la espera de que lo reparase.

Con la respiración agitada, volvió a contar las cabezas cortadas, empaló las que aún se movían y alzó la vista hacia los engendros combatientes para calcular cuántos lázaros quedaban en pie. Entre todos sumaban...

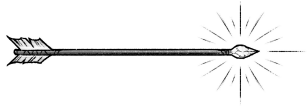
«Cuarenta».

Imposible. Salvo que sus ojos lo hubiesen engañado, eso significaba que, en esos momentos, una docena de no muertos pululaba suelta por sus dominios en busca de carne fresca.

Una agorera sensación de peligro le constriñó el pecho, cubriéndolo de un sudor frío.

«Mortalía».

Hizo esquirlas los constructos que quedaban y echó a correr.



Talía había oído a los carontes hacía un buen rato, pero sus alaridos ya no la inquietaban. Formaban parte de la rutina del Páramo, como en otras partes lo era el canto de los pájaros, y ya solo le transmitían una sensación de «normalidad» que comenzaba a encontrar reconfortante. Sabía que, allá donde los carroñeros cantaban, estaría también Salazar, haciendo su nigromancia.

Cada uno trabajaba en una mitad del Páramo, oculto a la vista del otro: ella con la vida y él con la muerte.

Aunque el brujo no le había prohibido expresamente asomarse a las charcas, sí había insistido en que se mantuviera alejada de ellas. Según él, «allí no ocurría nada digno de los ojos de una princesa».

Quizá estuviera en lo cierto. Por deferencia a su anfitrión, Talía evitaba incluso asomarse a las ventanas que daban a las charcas, pero, en momentos como ese, cuando oía los chillidos en el viento, se preguntaba qué truculencias tendrían lugar al otro lado de aquella alta ladera que hacía de muralla entre ellos; qué pasaría si se acercaba a las charcas. Si los carontes se encabritarían al verla, si la visión de los cadáveres le resultaría insoportable..., si perdería el control al olerlos.

Sacudió la cabeza. Al fuego con su condenada curiosidad. No se le había perdido nada en las charcas. Mejor quedarse en su mitad designada y esperar a que el brujo acudiera a ella cuando lo considerara oportuno.

Retrocedió hasta el límite del jardín más cercano a la pendiente y contempló satisfecha su labor de la última semana. Aún le quedaba muchísimo para cubrir por completo el terreno y, tal y como temía, no había sido capaz de generar nada que pudiera considerarse un árbol. En eso seguía siendo muy inferior a sus hermanas.

Pero no le importaba. Por fin entendía el júbilo al que se referían las demás dríades cuando se vinculaban a la Tierra, expandían sus bosques y cuidaban sus jardines. Cada nuevo parche de color que sacaba de la tierra la llevaba a desenterrar un pedazo nuevo de sí misma, cuya existencia había ignorado hasta entonces.

¿Cómo había podido vivir tanto tiempo matando de hambre a una parte tan fundamental de su ser?

Contempló la transformación que se estaba obrando en las ruinas. Le costaba asimilar que todo eso lo hubiera hecho *ella*.

Lechos de hierba oscura se mecían bajo la brisa, surcados por remolinos sinuosos de flores lilas y púrpuras y negras y carmesíes, mezcladas entre sí en un hermoso caos. A lo lejos, recortadas contra el gélido lavanda del ocaso, se alzaban las siluetas curvadas de

varios arcos, pálidos como espectros, con los lomos rebosantes de hiedras y abrazos de madre, y el parpadeo de las mariposas que entre ellas nacían y morían. Delicadas cortinas de campanillas se mecían como telarañas perladas entre las columnas. Desde los pilares más altos se derramaban lustrosos penachos violetas salpicados de rojo que se volcaban por su propio peso para enredarse a ras del suelo con los zarcillos de las orquídeas trepadoras. Su flora era extraña incluso para ella, pero no podía negar su maravilla, la armonía con que todo combinaba. Incluso desde la distancia, llamaba la atención. La mirada fluía siguiendo el aleteo de las polillas por los claros mullidos de flores y los rincones ensombrecidos por los arbustos, por las guirnaldas que colgaban entre las columnatas y las espirales de zarzas que formaban altivas crestas espinosas al trasluz.

«Soy extraño, y quizá inquietante, pero, si entras en mí con el corazón abierto, te deleitaré con todo lo que tengo», parecía decir aquel jardín.

Exhaló un largo suspiro de satisfacción y se preguntó si la tarde le dejaría tiempo a su anfitrión para visitarla allí. El pulso se le aceleraba ante la perspectiva de pasear otra vez con él. Le encantaba la forma en que la miraba mientras ella le enseñaba sus avances con esa suavísima sonrisa complacida y ese brillo de diversión en los ojos...

Un gemido gutural la arrancó de sus ensoñaciones y le erizó la piel. Se giró, alzando la vista.

Doce humanos andrajosos y empapados la observaban desde lo alto de la pendiente.

Un pálpito de alarma le acaloró el pecho. Retrocedió instintivamente. No eran invitados del nigromante, lo supo de inmediato. Algo iba mal en ellos. Muy mal. Tenían la piel demasiado

gris y sus movimientos espasmódicos le recordaban a las víctimas de la legionera. Dos mostraban agujeros desgarrados donde deberían haber estado sus gargantas. A uno le faltaba un brazo y a otra parecía que le habían arrancado la mandíbula de cuajo. Y todos clavaban en ella unas miradas blanquecinas, sin parpadeos.

Ojos de cadáver con hambre de lobizón.

Desnudaron los dientes y se arrojaron corriendo vereda abajo. A por ella.

El grito de terror se le ahogó en la garganta antes de poder emitirlo. Sin pensarlo, se dio la vuelta y huyó despavorida en la dirección opuesta, a través del jardín. La fronda era abundante y su magia no conseguía abrirle camino a través de ella lo bastante deprisa, así que se veía obligada a sortear arbustos y escombros como un cervatillo desbocado. Ignoró las protestas de su cuerpo, agotado tras un largo día de creación.

El olor a podrido la alcanzó poco antes de llegar al centro del jardín. Oía el quejido de las plantas pisoteadas, los desgarrones de la ropa de los no muertos al engancharse en las espinas.

Eran demasiado rápidos.

Brincó por encima de un banco de petunias sangrantes y se aupó sobre los restos de un muro bajo. Un inesperado pinchazo de dolor le atravesó el costado, obligándola a detenerse con jadeos agudos. Miró hacia atrás. Apenas un tiro de piedra la separaba de los monstruos. Atravesaban el jardín como saetas, lanzaban dentelladas como si ya pudieran saborearla en el aire.

Gritó una nota estrangulada y un zarzal de estramonios se retorció sobre sí mismo, formando una lanza de espinas. Empaló a los dos que encabezaban la jauría y los derribó; la puntada de un alfiler gigantesco que los dejó cosidos al suelo. Se revolvieron, sin mostrar

dolor alguno, y aullaron de ansia frustrada mientras los demás les saltaban por encima.

Un pavor helado se apoderó de ella.

No lograría replicar lo del barranco. Estaba débil y la energía bajo sus pies no era lo bastante salvaje. No lograría convertir esa tierra en una trampa letal como hacían su padre y sus hermanas; no a tiempo, no con las fuerzas que le quedaban, y menos ante una manada tan veloz y resistente.

Su única opción era mantenerse fuera de su alcance.

Aterrizó al otro lado del murete y siguió corriendo, doblada por el flato. Sus propias plantas la arañaban sin querer en su huida. El peplo se le moteó de sangre, pero ella siguió todo lo rápido que le permitieron sus piernas.

«Si me paro, estoy muerta».

¿Dónde estaba el nigromante? ¿Le habrían hecho algo?

La bestia de su interior gruñía henchida de frenesí. Exigía carne fresca de cadáver para defenderse como debía, pero estaba confusa: el hedor de esos cuerpos la atraía y la repelía al mismo tiempo. Talía detectaba muerte en ellos, mas su energía era resbaladiza e indómita, difícil de enganchar, incluso con raíces tan afiladas como las suyas.

Se giró rápidamente para lanzar otra nota desesperada. Una muerta convulsionó. Varias espinas rojas le reventaron el pecho con un crujido y la más larga atravesó el omóplato del que le llevaba la delantera, empalándolo también. Ambos cayeron rodando en una polvareda de tierra y flores rotas, pero sus sacudidas feroces partieron la espina que los unía. En un parpadeo, ambos estaban corriendo de nuevo hacia ella. Les daba igual que sus torsos fueran zarzales contrahechos o que sus brazos colgaran inertes tras ellos.

Mientras el cuerpo les respondiese, seguirían cazando y devorando, sin importar cómo.

Ansiaban su carne.

Querían que ella fuera la siguiente.

Retomó la huida y comprobó, aterrada, que la manada se había desplegado y varios corrían en torno al jardín, flanqueando el perímetro.

La estaban rodeando.

Necesitaba ganar altura. Llegó hasta una arcada doble de unas cuatro varas de alto, cubierta de enredaderas. Aunque le faltaba el aliento, el pánico le insufló el ímpetu necesario para ascender por ellas y encaramarse a uno de los arcos.

Un no muerto se estrelló contra la columna con una violencia que hizo temblar la estructura entera. Talía deshizo las enredaderas con un grito antes de que pudiera subir por ellas. Los nueve restantes se le unieron y comenzaron a arañar la piedra entre gemidos furibundos, trepando los unos sobre los otros en su empeño por alcanzarla.

La mujer sin mandíbula logró rozarle el pie con sus dedos helados. Talía chilló y trepó hasta la cúspide del arco, donde se parapetó en precario equilibrio.

—¡Princesa! —El vozarrón la hizo mirar hacia la ladera lejana.

El nigromante bajaba a toda prisa por la vereda, seguido por un puñado de huesos flotantes. Blandía un machete de carnicero ensangrentado y estaba todo salpicado de pringue oscura, pero a ella se le antojó una visión divina.

—¡Salazar! —gritó, demasiado aliviada para formalidades.

Su espanto regresó con fuerzas renovadas cuando vio que una veintena de no muertos le pisaba los talones.

—¡Cuidado! —señaló tras él.

Ya dentro del jardín, el humano miró por encima del hombro. Escupió una obscenidad e hizo unos gestos enérgicos con la mano libre, arrojando una lluvia de estacas óseas hacia la segunda jauría.

El Salazar que tenía delante era el mismo que había visto en la Llanura y, al mismo tiempo, uno muy distinto. Luchaba con armas improvisadas, sin ejército que peleara por él, ni araña colosal que lo mantuviese fuera del alcance de sus atacantes. Y, aun así..., hacía que pareciese fácil. Se desenvolvía con la elegancia brutal del que nace ya predispuesto para comandar a la muerte misma.

Mientras la arcada se estremecía bajo ella, la princesa contempló absorta la extraña danza de destrucción del Carroñero. Una bruma plateada le resplandecía en los ojos, dándoles un aspecto cadavérico, pero su rostro exudaba fiereza. Sus movimientos eran rápidos, precisos. Cada vez que una esquirla encontraba su objetivo, el aire vibraba con el crujido de huesos rotos y una explosión de sangre y sesos rociaba las flores cercanas. Sucedió tan rápido, con una fluidez tan apabullante, que por un momento Talía dejó de oír el rechinar de las uñas contra la piedra de debajo. Uno a uno, aquellos no muertos lejanos se desmoronaron en el suelo con esquirlas asomando de sus cráneos quebrados.

Ese Salazar era mucho más que un brujo. Era una fuerza de la naturaleza.

El hechizo se rompió cuando un último muerto especialmente rápido logró esquivar los saetazos y se abalanzó sobre él, derribándolo.

—¡No! —gritó ella.

El impacto desestabilizó la concentración del brujo. Los proyectiles que aún giraban por los aires cayeron y se perdieron entre las flores mientras el vivo y el difunto rodaban por el suelo. Gruñendo, Salazar

consiguió encajar el machete entre los dientes de su atacante antes de que pudiese morderlo.

Ver a una presa caída captó la atención de los diez debajo de Talía. Gruñendo, se apartaron de la arcada y corrieron hacia Salazar, ansiosos por conseguir un bocado antes que el resto.

Sus pensamientos se redujeron a un zumbido.

No podía dejar que llegasen hasta él.

Salazar había venido a salvarla. Había luchado por ella con una ferocidad sobrehumana, como pocos habían hecho en su vida.

Su terror se condensó en una determinación al rojo vivo. Hizo que el arco vomitase una cuerda de enredaderas, se descolgó por ella y aterrizó en el suelo, profiriendo un bramido agudo.

Espinas carmesíes brotaron en las espaldas de varios no muertos, haciéndolos trastabillar. La magia dentro de ellos aún la eludía, pero, tras ver la técnica del nigromante, por fin sabía dónde atacar. Concentró su voluntad en separar las cabezas de los cuerpos que se alejaban de ella al galope. Tres cayeron, con el cuello cercenado por brotes de espinas, y fueron rápidamente absorbidos por una marea de zarzas.

Ya no oía la canción de los huesos rotos, ni la voz de su mente; solo el «pumpumpum» del tambor de guerra que le retumbaba en las venas.

A lo lejos, Salazar había logrado aniquilar al muerto. Tras decapitarlo a machetazos, se puso en pie y se volvió para encararse con los engendros que corrían hacia él. Afianzó el machete en una mano y elevó la otra, reuniendo de nuevo las esquirlas caídas en el aire. Sus ojos volvieron a teñirse de tempestad.

—Venid aquí, hideputas —escupió.

Y el jardín se estremeció bajo una nueva lluvia de vísceras y miembros descoyuntados.

Talía se agarró el costado y boqueó, ahogada por los pinchazos. Apenas le quedaba voz. Por suerte, Salazar ya no parecía necesitar ayuda. Cada vez quedaban menos muertos en pie. Allá caía el de la garganta arrancada, allá al que le faltaba un brazo, allá la que iba toda de blanco...

Un ramalazo de temor la atravesó al darse cuenta de que, por más que miraba, no divisaba a la mujer sin mandíbula por ninguna parte.

Oyó corretear a su espalda. Un lamento gorgoteante. Se giró justo a tiempo de ver el brillo de una lengua colgando, grotesca, bajo unos dientes largos. La muerta chocó con ella y la enganchó en un abrazo pútrido.

—¡Mortalía! —El bramido de Salazar sonaba a mundos de distancia.

El engendro se cernió sobre ella e intentó comerle la cara, aunque ya no tuviese mandíbula con la que masticar. Talía gimió, empujándola; los brazos le temblaban por el esfuerzo. Era más alta que ella, más grande, y la tenía firmemente sujeta. Si dejaba que la derribase, estaría perdida.

Atisbó huesos que flotaban con el rabillo del ojo y una sombra que se deslizaba tras el cadáver, pero el fragor de su propia sangre le impedía pensar. Su visión se convirtió en un túnel donde solo existía el pozo sin fondo de esa tráquea a punto de engullir su cara.

Chilló, explotando los resquicios de su magia.

La muerta se encorvó con una serie de chasquidos y escupió un cuajarón viscoso que le aterrizó en el pecho. Cuando se desplomó a los pies de Talía, inerte, esta vio que una ristra de espinas largas y gruesas como su brazo le habían destrozado la columna de arriba abajo. La más larga estaba partida, como si le hubieran arrancado la punta.

Con gemidos acelerados, se quitó la sangre coagulada del pecho a manotazos y alzó la vista.

Salazar estaba de pie frente a ella, a apenas dos pasos de distancia. Trastabilló, lívido, y se palpó la estaca roja incrustada en su pecho. Miró a Talía con los ojos desorbitados, ya sin rastro de plata.

—Llama a los carontes —masculló mientras sus labios se desbordaban con su propia sangre.

Después se desplomó junto al cadáver.

Los alaridos de la princesa sacudieron la tierra del Páramo.



Las costillas rotas de Salazar reverberaron con el temblor de gigantes que llegaban al galope, atraídos por los gritos. Unas siluetas encorvadas taparon el cobalto del cielo, garras hediondas lo izaron en volandas y el dolor lo atravesó como fuego divino. Sus jadeos de agonía se ahogaban en el sabor metálico de su sangre.

«Llevadme. Con muertos». Sus labios formaron las palabras, sin voz. Cada resuello era puro tormento. Si respiraba, se moría; si no lo hacía, peor.

Algo colapsó dentro de su caja torácica. La espina le había perforado el pulmón derecho. De eso estaba seguro.

Mientras el mundo daba bandazos a su alrededor, pensó en lo irónico de haber sobrevivido a cientos de luchas con engendros para conseguirse una princesa fey, y que fuese ella, su recompensa, la fuente de su esperanza, la que al final lo matara por accidente. Si eso no era trágico de cojones, que bajara Dios y lo viera.

El llanto convulso de Talía le llegaba de todas partes y ninguna. Pedía que lo socorrieran. Imploraba su perdón, desgarrada. Apenas se la entendía, saltando del romance al feérico sin orden ni concierto. Su voz se desvaneció, cada vez más lejana, conforme el hedor de las charcas lo envolvía.

Lo depositaron con cuidado en un lecho de cadáveres. No lázaros; simples muertos, de los que no se habían levantado. Fríos, mojados, apestosos, pero limpios de energías turbias. Posiblemente, los más

frescos de toda la orilla. Sus carontes eran listos, sabían cómo proceder en un caso así.

Miró el arpón borroso que le sobresalía del pecho. Tenía que arrancárselo. Intentó aferrarlo con una mano temblorosa. Nada más tocarlo, se le escapó un gañido animal y se quedó rígido, siseando entre dientes, hasta que un caronte se inclinó sobre él y le sacó la espina con un cuidadoso tirón. Un restallido de dolor lo cegó. Sintió que se vaciaba por el agujero.

Le quitaron los guantes. Gruñendo, rodó hasta ponerse de costado y agarró con desesperación la carne expuesta de los cuerpos. Su poder se enganchó a lo que fluía por debajo y empezó a *absorber*.

Perdió la noción del tiempo. Poco a poco, la hemorragia menguó, y también su frenesí al notar cómo su pulmón se sellaba y volvía a hincharse con una agónica bocanada de aire. Los cadáveres se hundieron bajo su peso, consumidos. La vampirización nigromántica los había reducido a pellejos resecos y quebradizos.

El agujero de su pecho expulsó un chorrillo sangriento y empezó a cerrarse muy despacio. Le costaba pensar mientras las costillas aún rotas le chillaban de dolor, pero, al menos, lo peor había pasado. Ya no corría peligro de muerte.

Tosió involuntariamente. Mala idea. El sufrimiento lo atravesó de punta a punta y su visión se deshizo en volutas negras.

Más griterío. Volvieron a levantarlo. Galope, zarandeos. Ya no existía el tiempo; solo el fuego enloquecedor que pulsaba en sus costillas, regenerando el hueso perdido. Salazar gemía. Sudaba. Sus pensamientos se desmenuzaban y flotaban inconexos en el puchero en que se había convertido su cerebro.

Cuando por fin logró abrir los ojos, lo cegó el resplandor anaranjado de la gran chimenea del salón. Estaba tendido en uno de los sofás, desvestido a excepción de los pantalones. Por encima le

correteaba un puñado de duendecillos que parecían hechos de humo negro, tan ligeros que apenas notaba sus pisadas. Era raro que los humarejos se dejaran ver tan nítidamente; claro que no todos los días se les presentaba una crisis así.

Se figuró que la multitud restante de ellos estaría pululando por los recovecos del techo.

Debían de haberlo limpiado con agua caliente y jabón. Un nuevo humarejo se materializó de la nada con un emplasto, se lo untó en el pecho y procedió a vendarlo con la ayuda de los demás, cuidándose de no tocar el hierro de sus alhajas.

Martín apareció en el respaldo del sofá y le puso una compresa fría en la frente.

—Los lázaros... —balbuceó Salazar con la boca pastosa.

—Descuida, los habéis despachado a todos y ahora los carontes se están dando un festín. Los humarejos se les unirán en cuanto hayan acabado de quitarte la mugre.

Un rebuzno estridente los sobresaltó. Salazar miró a un lado y vio que los mangalines también estaban allí, y bastante alterados. Corrían por la alfombra, pasando de una forma animal a otra. Ceniza coceaba, transformado en un borriquillo plateado, pero la técnica se le había aflojado con los nervios y su cara era una mezcla delirante de gato y asno. Al parloteo de Martín y los gruñidos de los humarejos se unió tal follón de cacareos, maullidos y rebuznos que Salazar lamentó no haber seguido inconsciente.

El corazón le dio un vuelco.

—¡La princesa! —Intentó incorporarse, pero un chasquido de sus costillas le arrancó un gruñido y lo mandó de vuelta a los cojines.

—Calma. Está ilesa.

Martín señaló al sofá opuesto. Allí ubicó a Flordemuerte, abrazándose las rodillas como si quisiera encogerse hasta

desaparecer. Estaba petrificada en la viva imagen del horror, un espectro lívido de ojos sangrantes que lo miraba sin pestañear. Se le había muerto hasta la última hoja del pelo.

Salazar se tragó el dolor y alzó la voz para hacerse oír por encima del caos feérico.

—¡Carbón, Ceniza! Dejad de correr como pollos descabezados y traedle a la princesa alguna bebida caliente. —Se dirigió a los duendecillos borrosos—. Y vosotros habéis hecho bien, pero ahora dejadme reposar mientras las costillas terminan de rejuntárseme.

Los mangalines se marcharon de inmediato y los humarejos se desvanecieron entre las sombras.

—Tú también puedes irte, Martín.

Este miró de soslayo a Mortalía con una ceja enarcada que decía: «¿Estás seguro de que quieres quedarte solo con ella?».

—Estoy bien. Ha sido un accidente. Culpa mía, por acercarme de más —insistió Salazar, girando el cuello hacia la joven—. ¿Princesa?

Sus ojos morados se enfocaron en él. Por lo demás, no se movió un ápice.

—Tendrías que haberla visto. Estaba fuera de sí, pero ahora... —le susurró Martín—. Creo que se le ha roto el cerebro, brujo.

«Maldita sea mi estampa, qué desastre».

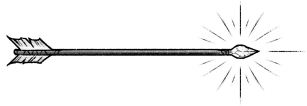
Al rechinar de sus costillas se unió una migraña que lo incapacitó durante un rato. Cuando comenzó a reponerse, vio con el rabillo del ojo que los mangalines, ya en su forma original, regresaban junto a la yedrasi con una generosa jarra humeante. Mientras uno le tiraba de los bajos sucios y desgarrados del peplo para llamar su atención, el otro le ofreció la bebida. Tuvieron que insistir bastante, pero, finalmente, ella cogió la jarra y la vació en apenas unas tragantadas, todavía con la vista perdida.

—¿Qué le habéis dado?

—Yo qué sé, algo caliente —refunfuñó Martín—. Deja ya de removerte, que aún no he acabado de fregarte y es más difícil de lo que te crees con todo ese hierro que portas. ¡Fu!

Enrolló un trapo mojado a un palo y se lo restregó sin miramientos por el cuello, enredándole los collares.

Salazar intentó zafarse de él con gestos torpes, pero estaba más exhausto de lo que creía. Se sumió en una duermevela negra antes de poder preguntar por qué de pronto el aire olía a vino y especias.



Cuando despertó, una manta gruesa lo cubría hasta el pecho. De los duendes no había rastro. O se habían ido a las charcas a darse un festín con los muertos, o permanecían ocultos entre los recovecos del techo para vigilar cuanto sucedía debajo.

Buscó con la mirada a la princesa. Seguía en el mismo sitio, con cara de alma condenada, pero al menos se había limpiado la sangre de la piel y se había cambiado a un quitón sencillo de color malva. Apenas prestaba atención a los gatos que haraganeaban en la alfombra a sus pies; nada podía apartar su atención de Salazar. La jarra yacía volcada en el suelo, vacía.

—Princesa..., ¿estáis bien?

Ella bajó la cabeza.

—Lo siento muchísimo...

Él fue a quitarle importancia, pero el dolor sordo de sus costillas se redobló. Ahogó un gemido y se llevó una mano al pecho.

Con una exclamación sofocada, Mortalía se levantó como un resorte y corrió a postrarse de rodillas junto a él, que se encogió ante aquella efusividad inesperada.

—¿Os duele? Llamaré a los duendes...

—No, no hace falta. Si se han ido, será que me han visto bien. Me he recuperado de peores heridas. Esto no los pilla de nuevas.

Ella lo estudió con sus enormes ojos inyectados en sangre, como intentando discernir si mentía para consolarla, y exhaló un suspiro agitado. Salazar reconoció en su aliento un dulzor espeso y delator y, demasiado tarde, se dio cuenta de lo que había en la jarra.

«Joder. Voy a matar a esos mangalines. ¿Pues no me han emborrachado a la princesa con el vino más peleón de la despensa?».

Su despotrique interior se cortó en seco cuando ella se inclinó hacia él, hasta que su rostro quedó a apenas dos palmos del de Salazar.

La princesa jamás se le había arrimado tanto. Ni siquiera cuando paseaban juntos, lo cual era una lástima. A excepción de la vez que tuvo que dejarse llevar en brazos, siempre mantenía una distancia respetuosa e intentaba no tocar a los demás ni por accidente. La suya era una vergüenza de leproso, seguramente consecuencia de haber pasado años siendo rehuida por todo bicho viviente. Pensar en tamaña injusticia llenaba a Salazar de una pena que siempre desembocaba en indignación. Flordemuerte no era más espantosa que cualquiera de sus hermanas; solo distinta. ¿Cuánta frialdad habría sufrido la muchacha para llegar a la conclusión de que lo mejor que podía hacer por sus semejantes era existir lo menos posible?

Cielos sangrantes, sí que debía de estar borracha, para habérsele acercado de esa manera.

Su proximidad le había erizado hasta el último pelo, y no sabía si era por lo íntimo de esa postura o porque, apenas un rato antes, había estado a punto de morir a sus manos.

Aunque, a decir verdad, ese último detalle se le antojaba un mero traspié.

Quizá eso era lo que más lo enervaba: su falta de ira. Había decapitado a incontables seres por menos. Había huido de situaciones menos peligrosas que aquella sin la más mínima vergüenza.

Pero allí estaba, dejando que su empaladora se aproximara. No solo no había aprendido la lección; parecía que quisiera repetirla. ¿Qué tenía Flordemuerte para hacerlo bajar así la guardia?

«Al final va a resultar que sí que cruzaste el umbral de la locura en aquella fiesta del demonio. Solo que no como esperabas».

—Lo siento. Lo siento tantísimo... —susurró ella.

—Está bien...

—Sé que lo último que deseáis ahora mismo es verme la cara. Perdonadme por seguir aquí. Necesitaba asegurarme de que... de que no os moríais. —Temblando, la joven sacudió la cabeza—. Me iré ahora mismo.

Ella se levantó para marcharse, pero algo la detuvo. Sobresaltada, se giró y miró abajo, a donde la mano del brujo sujetaba varios pliegues de su falda malva.

—Por favor..., quedaos.

Despacio, con los labios entreabiertos de sorpresa, la princesa se sentó en el borde del sofá. La presión cálida de su cadera contra su costado desnudo desató una oleada de calor por todo su cuerpo.

Salazar soltó la tela. Tragó saliva, sorprendido él también de aquel impulso.

—Soy yo quien ha de disculparse por no someter a los redivivos a tiempo. Jamás deberíais haberlos visto siquiera, mucho menos... —Suspiró—. Os he puesto en peligro, y no me lo perdonaré nunca.

Una sensación de derrota lo abatió al asimilar sus propias palabras. Al no poder garantizar la seguridad de la princesa, había roto los términos del acuerdo.

Acababa de perderla.

Ella negó.

—Sois demasiado amable, pero, si alguien aquí ha sufrido más los efectos del otro, ese habéis sido vos, no yo. —Se encogió con los ojos vidriosos por las lágrimas... y quizá también por el vino—. Estaba tan aterrada. Por un momento, os creí muerto.

—Soy un bicho bastante duro de matar.

A ella se le escapó el hipido más gracioso que él había oído en su vida. Aquello hizo que varias de sus hojitas mustias cayeran sobre el pecho de Salazar, para su consternación. Musitando una enésima disculpa, Mortalía empezó a quitárselas con suaves barridos. El roce de sus manos veteadas contra su piel expuesta lo dejaron tieso de pies a cabeza.

«Madre del Cordero —pensó, cerrando los ojos—. Esto no es apropiado. Estás coqueteando con el peligro».

Eso era lo que le habría dicho Lucio de haber estado ahí. Pero, para ser sinceros, Salazar no tenía muy claro en qué momento habían cruzado la línea de lo apropiado; si es que había una, que con las hadas nunca se sabía.

A esas alturas, tal vez la princesa Jaralina ya lo hubiese fileteado a falcatazos. No obstante, en su defensa, era Mortalía quien lo estaba toqueteando a él.

Cuanto más se atribulaba la princesa, más hojitas se le caían encima, y ella seguía barriéndoselas entre disculpas que sonaban más a arrullo que otra cosa.

—Os he agraviado —farfulló, aturrullada—. Os lo ruego, permitidme compensároslo como sea. Pedidme lo que queráis, estáis

en vuestro derecho. O, mejor aún, empaladme vos mismo en represalia y así estaremos en paz.

Salazar abrió los ojos y la miró con el pulso desbocado.

—Sí, es lo justo. —Ella asintió, decidida como un mártir camino del patíbulo, y oteó los alrededores—. Seguro que encontramos algo que podáis clavarme...

Virgen santa. Definitivamente, el vino y la culpabilidad se le habían subido a la cabeza y no era consciente de las ofertas tan comprometedoras que soltaba por esa boquita. Ni del caos que su contacto estaba desatando en él.

El nigromante le tomó las manos, deteniéndola. Mortalía dio un respingo y el fucsia le tiñó los pómulos. Entonces, él reparó en que no llevaba guantes. La estaba tocando con los anillos puestos. La soltó, alarmado.

—Perdón. ¿Os he hecho daño?

Ella frunció el ceño.

—Oh, ¿os referís al hierro? No me hace nada, solo cosquillas.

Como para demostrárselo, deslizó los nudillos por los dedos enjoyados de Salazar. Él tragó saliva sonoramente con una mueca que ella debió de confundir con dolor, porque se apartó a toda prisa y escondió las manos en el regazo.

—Perdonad mi descaro. No pienso con la lucidez habitual. Creo... creo que en la jarra había un poco de vino.

«Un poco, dice. Criatura, ahora mismo eres más cogorza que princesa».

—Esperaba que os trajeran una tila, no que os emborrachasen. Ya les echaré una buena bronca.

—No, por favor. Los pobres solo querían ayudar, y entre los nervios y las prisas se hicieron un lío...

—¿Quién es ahora demasiado bondadosa?

Por fin, ella sonrió, y sus hoyuelos le sentaron al brujo mejor que cualquier emplasto. Soltó otro hipido, y más hojitas cayeron sobre Salazar. La visión de esos pétalos, posados como besitos resecos en el vello negro de su pecho, le llenó la mente de imágenes prohibidas.

«Tal vez sea lo mejor para todos que la hayas perdido. Ella volverá a casa y tú recuperarás el juicio». Intentó convencerse, pero de nada le sirvió.

—No os importuno más. Necesitáis dormir, señor Salazar.

—Y vos también.

Ella recorrió sus vendajes con una mirada dolorida.

—No podré —susurró.

Salazar entrelazó los dedos sobre la manta, resignado. El cuerpo le pedía rendirse al sueño, pero... qué demonios. Después del fiasco con los lázaros, había perdido el derecho a pasar más veladas en compañía de Flordemuerte. Aprovecharía esa última mientras pudiera.

—Me parece que aquí ninguno va a pegar ojo, entonces. —Intentó no sonar tan derrotado como se sentía—. Tal vez deberíamos buscarnos alguna distracción. ¿Se os ocurre algo?

Ella lo meditó durante un rato.

—Durante el viaje, dijisteis que teníais preguntas para mí. ¿Qué tal si retomamos esa conversación? Es algo que podéis hacer tumbado.

Salazar prefirió no pensar en todas las cosas que se podían hacer tumbados.

—¿Un intercambio de preguntas y respuestas? No es mal divertimento. Adelante: empezáis vos.

Ella se mordisqueó el labio, estudiándolo con interés. El gesto lo llenó de expectación.

—¿Qué edad tenéis?

—Es difícil llevar la cuenta exacta del tiempo cuando uno salta tanto entre mundos, pero, según el calendario que tiene Martín en la cocina, hará un mes que cumplí veinticuatro.

A ella se le escapó un jadeo de sorpresa.

—Sois... muy joven. Más de lo que me esperaba. Para alguien con vuestro poder, quiero decir.

Un amago de sonrisa bailó en la comisura del brujo.

—Imagino que os confundieron estas greñas de viejo pellejo.

—¡No habléis así de vuestra melena! —protestó ella con otro hipido—. Es bonita. Esponjosa y plateada, como... como la pancita de una curruca zarcerilla.

A él se le escapó un resoplido por la nariz, pero la risa y las costillas magulladas hacían mala liga y su inicio de carcajada se tornó en un gemido de dolor.

—Madre mía. Con lo que me costó ganarme el título de buitre, y ahora me degradan a curruca. Cómo ha caído este pajarraco —se lamentó en broma con una sonrisa torcida.

Eso la hizo reír por lo bajo.

—¿Y vos? —preguntó él—. La edad de los feys siempre es un misterio. Algunos nacen ya con aspecto de anciano y otros cumplen siglos sin echar ni una arruga.

—No es el caso de las yedrasi, y menos de las mestizas como yo. Aunque tampoco sé mi edad exacta, por razones muy similares a vos. Calculo que unos veinte años. Como Jara, más o menos. —Ladeó la cabeza, no muy convencida—. Ella fue concebida antes, sin duda, pero cada una se gestó a un lado del Velo, en vientres con naturalezas muy distintas. Por tanto, nunca hemos podido averiguar cuál nació primero, ni cuál ha cumplido más primaveras. Cabría pensar que yo, pues el tiempo en el plano de los mortales transcurre un poco más rápido, pero... Jara parecía unos años mayor que yo

cuando llegué a Bosqueterno. No sé si es porque me los sacaba o porque las yedrasi maduran antes, aunque sean bastante más longevas que los humanos... —Sacudió la cabeza, desechando el enigma—. No importa. Ella es mucho más grande, fuerte y capaz que yo; de ahí que, a todos los efectos, se la considere la mayor de las dos.

Qué curioso. No esperaba llevarse tan poco con Flordemuerte.

—Os toca, princesa.

En el morado de sus iris se encendió una chispa inquisitiva, y él comenzó a preguntarse si realmente estaría tan borracha.

—¿Tenéis familia?

Un pinchazo del todo ajeno a sus huesos se clavó en Salazar. Notó cómo su propia sonrisa se apagaba y una parte de él se retiraba hacia adentro.

—La tuve. Hace mucho tiempo.

—¿Consorte? ¿Hijos?

Él sacudió la cabeza. Prefirió no señalar que todas las preguntas las estaba haciendo ella.

—A tanto no llegué. Solo padres y hermanos.

—¿Eran nigromantes como vos?

—No. Eran gente de bien, respetable, temerosa de Dios.

Como siempre, ese nombre le dejó una comezón corrosiva en la punta de la lengua y, como de costumbre, no dejó que eso lo amedrentase. Si el Altísimo no quería que sus hijos malditos lo nombrasen, que no los hubiera hecho.

—Eran la clase de familia a la que sus vecinos adoran y envidian a partes iguales. Ninguno tenía un ápice de magia en la sangre. Pero entonces llegué yo, justo el del medio de cinco hermanos. —El tono se le amargó—. Un regalito con el que el Desgarro decidió hacerle la gracia a esa familia tan simpática, y se lo metió de soslayo donde

sabía que pasaría más desapercibido. Al hijo mediano no se le suele prestar mucha atención.

La joven absorbió sus palabras en respetuoso silencio. Lo contempló mientras se toqueteaba los pliegues de la falda, vacilante, pero al final le pudo la curiosidad.

—Mi madre me contó que los humanos tenían rituales para detectar la influencia del Desgarro entre los suyos y, así, actuar en consecuencia. ¿Cómo es que...?

A su manera, Mortalía le estaba preguntando por qué no lo habían matado nada más dar las primeras señales. Exhaló por la nariz con una ceja levantada. Qué cuca ella. Ni ajumada se desprendía de esa diplomacia tan suya.

—Sí, los tienen, y son bastante efectivos. Pero, cada mucho tiempo, sale un maldito con suerte que se salta todas las trampas. Como a todos los bebés, me llevaron a la iglesia y me aplicaron la sal, el hierro y la plata. Nada. Ni una ampolla. Cuando me bautizaron, eso sí, me lie a berrear y me cagué encima. Pero eso no necesariamente es señal de que tu niño sea un engendro.

A ella se le escapó una carcajada y se cubrió la boca. Salazar notó cómo su propia expresión se suavizaba. Solo un poco.

—No, mi poder estuvo del todo latente hasta que cumplí los siete años. Ahí fue cuando empezaron a pasar cosas extrañas. Se murió el perro de la familia, lo enterraron y al día siguiente apareció reanimado en nuestra puerta. Aun así, no es tan raro que de vez en cuando un muerto se levante y se ponga a trotar por ahí, así que lo achacaron a la simple mala suerte. —Resopló, con las manos entrelazadas sobre el pecho y la vista perdida en las geometrías caprichosas de la bóveda—. Una vez me llevaron a un velatorio, me acerqué al muerto para curiosear y...

—Oh, no.

—Oh, sí. El cuerpo se levantó como Lázaro. No veas la que se armó. El cura intentando exorcizarlo, la gente chillando, todos con sus medallitas del Ungido en alto, encomendándose a los santos y a las vírgenes... Y yo ahí en medio, llorando de susto, sin tener ni idea de que había sido yo. Eso sí, recuerdo que me llamó la atención cómo el muerto parecía seguir todas las acciones que yo imaginaba que haría a continuación. Como si lo estuviera manejando con hilos invisibles.

—¿Ni siquiera entonces sospecharon de vos?

—En absoluto. A nadie se le pasó por la cabeza. Nadie sospecha de los chiquillos bautizados que van a misa todos los domingos con su familia. Debéis comprender, princesa, que soy una anomalía dentro de las anomalías, y para eso las gentes nunca están preparadas.

Un amago triste de sonrisa suavizó las facciones de Flordemuerte.

—Eso es cierto, sin importar en qué lado del Velo se encuentre uno.

Sus miradas se cruzaron, cargadas de un entendimiento compartido. Algo blando se removió dentro del nigromante, entibiado por la calidez de esos ojos híbridos, y la emoción desconocida fue demasiado para él. Rompió el contacto visual con un carraspeo y prosiguió.

—Pero un día, cuando tenía unos ocho años, una de mis hermanas me pilló jugando en el corral con un puñado de ratoncillos.

—¿Qué tiene eso de malo? Con lo graciosos que son...

—Ya, pero estos estaban podridos. Y correteando a mi alrededor.

—Oh. —Sus delicados hombros se hundieron—. Y vuestra hermana empezó a sospechar.

—Había que estar ciego o querer estarlo para no ver algo así.

Se mordió el carrillo, reticente. Apenas había rascado la superficie de su historia y, aun así, se preguntó si no estaría contando demasiado. Sin embargo, cuando reparó en cómo ella escuchaba sin moverse, animándolo a seguir con suaves cabeceos, descubrió que no le importaba. No recordaba la última vez que había hablado de sus orígenes con nadie que no fueran sus duendes. A todos ahí afuera les interesaba lo que el Carroñero podía hacer por ellos, no qué había habido antes del Carroñero. Escarbar en sus recuerdos le escocía, mas, al mismo tiempo, era refrescante poder compartirlo con alguien en esa quietud al amor de la lumbre, sintiendo que había un contacto genuino con otra persona, acentuado por la embriagadora calidez de su cuerpo hundiéndose en el sofá junto a él.

Debería haber parado, pero quería más de eso. Lo necesitaba.

—Crecí oyéndolos repetir la misma letanía que todo el mundo: si nace un engendro en el seno de una familia, lo mejor es sacrificarlo, aunque duela, por el bien de la humanidad. —Ella frunció el ceño, a lo que él añadió—: Y tienen razones para ello, princesa. No es simple crueldad o fanatismo. Todo mortal ha oído las historias, cuando no las ha vivido directamente. Bebés ponzoñosos que les pudren los pechos a las madres que los amamantan, que marchitan cosechas enteras con solo desearlo durante una rabieta. Niños a los que sus familias tienen que atar y encerrar con llave cada noche porque, si no, se levantan sonámbulos y le cortan el cuello a todo durmiente con el que se crucen en su deambular. —Negó con la cabeza—. No. Da igual si el niño no lo hace de forma consciente. Ante un dilema así, hasta el humano más compasivo elegirá el mal menor: segar una vida para salvar muchas otras. No puedes criar a un lobo entre tus corderos, sin importar lo manso que parezca. Nunca será

inofensivo, la naturaleza no lo hizo para eso. Tarde o temprano, el instinto se despierta, y en un instante...

Se detuvo, apesadumbrado, y la princesa bajó la vista con el rostro oscurecido de melancolía. El tema parecía tocarla muy hondo.

—Solo trato de explicaros cómo se vive esto desde el punto de vista humano.

—Nunca dije que estuviera en desacuerdo, señor Salazar —respondió ella, en tono apagado—. Por favor, proseguid. ¿Qué os sucedió después de lo de los ratones?

—Bueno, todos tienen muy claro lo que harían si el Desgarro se les colara en su seno... hasta que ocurre. Y los míos, cuando empezaron a sospechar que quizá les había tocado a ellos, no pudieron. Para entonces ya era tarde. Ya no era un bebé sin nombre, sino el nene simpático que hacía reír a sus padres con sus palabrejas, el muñeco que echaba las tardes jugando con mis hermanas, el chiquitín al que mis hermanos protegían de los matones. Me querían. —Inspiró hondo para que la voz no le fallase —. Y quizá por eso fingieron que lo de los ratones no había sucedido.

Por un momento, solo se oyó el crepitar de la chimenea y el susurro agudo del viento raspando los muros del castillo.

—Pero conforme crecía las cosas cambiaron. Mi cruz de bautismo, que siempre llevaba al cuello, comenzó a provocarme sarpullidos. Las misas me daban migrañas. Recuerdo ver a mi madre llorando a todas horas con su rosario en la mano. Mi padre o me miraba o me hablaba, pero nunca las dos cosas a la vez. Mis hermanas dejaron de jugar conmigo. Y, cuando los matones se metían conmigo por la calle, mis hermanos no intervenían hasta que me caía el primer golpe. A veces ni eso. Estaban como... paralizados.

—Ay, Salazar...

La forma en la que ella pronunció su nombre, como una caricia que no se atrevía a darle, lo estremeció. Cerró los párpados un instante para serenarse, para no perder ese tono ligero con el que fingía que el pasado le quedaba ya muy lejos, tan lejos que era como si le hubiera sucedido a otro.

—Es lo que es. —Se encogió de hombros—. Todos estaban sufriendo, divididos entre el miedo y la negación. Y yo lo entendía..., tanto como puede entender un niño espabilado que siente que, de pronto, su familia ha dejado de quererlo. Sospechaba la razón, sabía que había algo en mí que no era normal, que los asustaba. Quería arrancármelo de dentro y que todo volviera a ser como antes, pero no sabía cómo. Me sentía... solo. Nocivo. Fuera de control.

«Y triste. Tan triste».

Mortalía sacudió la cabeza, frotándose el rabillo del ojo. Le dio la sensación de que sorbía muy bajito.

—¿Qué daño podían hacer unos ratoncillos revividos? —masculló con un deje de rabia, como si Salazar hubiera sido víctima de una gran injusticia.

—¿Qué daño puede hacer un niño al que le apasiona el fuego? Nada, en apariencia. Hasta que le da por quemar casas. —Le clavó una mirada grave—. Los lobeznos crecen. Los impulsos de un adulto no son los de un niño.

—Pero vos no sois... —Ella titubeó.

—¿Qué? ¿Qué no soy? ¿Un peligro? ¿Un engendro? ¿Un colmillo más en las fauces del Desgarro, diseñado para pervertir las leyes de la Creación y prosperar con la desgracia ajena? Vos misma lo dijisteis: soy la Muerte en su carro.

—Pero no con vuestros seres queridos, sin duda...

—Eso a menudo escapa a nuestro control.

Ella no replicó. Estaba claro que también conocía íntimamente la sensación de ser una peste andante entre los suyos.

—Fue en aquel entonces cuando Lucio se apareció por primera vez a los pies de mi cama. Llevaba ya un tiempo rondando la casa a escondidas, pendiente de mí. Me dijo que mi energía lo había atraído desde muy lejos y que venía a ayudarme.

Se le alzó una comisura al rememorar el terror del pequeño Salazar al descubrir al cojuelo acechándolo entre las sombras de su cuarto, indicándole con un dedo sobre los labios que no gritase.

—Un buen niño creyente lo habría ahuyentado a fuerza de padrenuestros, pero supongo que nunca llegué a hacerlo porque... porque a mí las plegarias no me servían para nada más que para que me sangraran las encías. Ya entonces era lo bastante listo como para darme cuenta de que estaba condenado, pero no lo bastante noble como para delatarme yo solito a las autoridades como un corderito camino del altar, entregando mi vida a cambio de la salvación de mi alma. —Su voz se afiló con un deje irreverente—. Era un crío. Quería vivir. Quería jugar, comer, hacerme mayor como mis hermanos, y bailar con las niñas guapas en la plaza, aprender a curar a la gente como mi padre para que mi madre estuviera orgullosa. Cualquier ayuda me servía, viniera de donde viniera. Y un cojuelo no es la peor criatura que se te puede aparecer, viendo cómo está el mundo.

—No, la verdad. ¿Qué pasó entonces?

—Estaba conmigo día y noche, siempre invisible e indetectable para los demás. Si iba al mercado con mis hermanas y revivía sin querer algún conejo en el puesto del carnicero, él lo hacía desaparecer. Cosas así. Y, aunque no es brujo, se sabía muchos secretos de brujos anteriores a mí, así que me enseñó a controlar mi magia para evitar accidentes. Cada noche me curaba los sarpullidos

de la cruz con mejunjes feéricos y me contaba historias de allende el Velo. Vigilaba que nadie me sorprendiera mientras jugaba a escondidas con mis animalillos muertos.

Sonrió de medio lado, sin alegría.

—Me enseñó lo más valioso que puede aprender alguien como yo: a pasar desapercibido.

—Os salvó la vida.

Él asintió.

—Poco a poco, los fenómenos impíos dejaron de suceder a mi alrededor. Al menos, donde otra gente pudiera verlos. Mi familia acabó por relajarse y pensaron, aliviados, que lo que fuera que aquejaba a su pequeño se había marchado en busca de pastos más verdes. Las cosas volvieron a estar como siempre... en apariencia. Y los años siguientes los pasaron felices, sin sospechar que había un diablillo en la casa ni que tenían a un alzamuertos comiendo a su mesa y durmiendo bajo su techo.

—Habláis de vos como si fuerais un cuco parasitando un nido —comentó ella, y se notó que le dolía la similitud consigo misma—. Teníais derecho a estar con ellos. Eran vuestra legítima familia y os querían.

—Sí que me querían —musitó con la vista perdida.

Con sus momentos de flaqueza, pero sí. Su amor había sido más fuerte que el odio y el miedo y la razón.

«Y yo se lo pagué como hacen al final todos los vástagos del Desgarro».

—¿Qué fue de ellos? —preguntó Mortalía.

El nudo en su interior se replegó todavía más sobre sí mismo, hasta cercenarle la respiración.

—Murieron hace tiempo.

Ella lo observó durante un rato con manifiesta curiosidad, esperando que él añadiese algo más, pero no insistió. Tal vez había percibido cómo él evitaba su mirada. O quizá él la hubiese repelido al mostrarse vulnerable, aunque fuera solo un poco. A veces, llorar delante de una mujer entrañaba más riesgo que arrojarse a los brazos de un redivivo.

Y Flordemuerte parecía excepcionalmente comprensiva, pero no podía dejarla asomarse a su mierda a mayor profundidad de la que él mismo se atrevía. Eso le daba más miedo que un empalamiento.

—En fin, ahí está —zanjó con falsa despreocupación—. Quién se habría imaginado que el único descendiente vivo de la familia Salazar sería yo, un juntahuesos impío en tierra de nadie. Mis ancestros deben de estar extasiados.

Perpleja, ella se enderezó.

—¿Cómo? ¿Salazar no es vuestro nombre?

—No. Es mi apellido.

Era obvio que Mortalía ardía en deseos de saber cómo se llamaba en realidad. Él en parte esperaba que insistiera, pero ella permaneció en silencio, mirándolo como un gato que hubiera detectado movimiento entre la hierba.

«El nombre verdadero es un tema complejo para algunos feys, y ella, demasiado comedida para preguntarme abiertamente por el mío».

—¿Y por qué lo usáis en lugar de vuestro nombre?

—Porque, cuando tuve que elegir, a mi familia la quería mucho y a mí muy poco, así que dejé mi nombre de pila atrás, como tantas otras cosas.

La joven suspiró y desvió su atención a los gatos diseminados por la alfombra. Salazar se percató de que Carbón y Ceniza estaban entre ellos, convertidos también en felinos. Ceniza dormitaba junto

al fuego, pero Carbón, el sinvergüenza irredento, se había sentado a los pies de Mortalía como quien no quiere la cosa. Ronroneó cuando ella le acarició el cogote con las puntas de los dedos.

—Es el mangalín, princesa.

—Lo sé. Ya reconozco sus pelajes. —Esta se inclinó hacia el duende—. Si quieres que te coja en brazos, solo pídelo. No hace falta que te disfraces.

El bicho dio un respingo al saberse descubierto, pero después le puso las patitas encima con un gorjeo de interrogación muy poco gatuno. Como ella le sonreía, se animó y se le aupó al regazo, donde recuperó su forma original y se arrebujó ronroneando mientras le lanzaba al brujo una insufrible miradita de regodeo.

Él se preparó para bajarle los humos, pero entonces Mortalía estrechó al duende contra su pecho, hundió la nariz entre sus orejitas e inhaló. Ver cómo su expresión se relajaba con un largo suspiro de satisfacción le borró las ganas de protestar. ¿Cómo podía quitarle algo que la hacía tan feliz?

«Está hambrienta de cariño», había dicho su martinico.

«Así estamos todos. Quién fuera mangalín».

—Es triste, ¿no? —dijo ella de pronto—. Que algo sobre lo que nunca tuvimos elección pueda causar tanto daño allá donde vayamos. Una vez, mi hermana Terebinta me comparó con la cepa de una enfermedad. Dijo que Bosqueterno aún sería puro, y así habría seguido hasta el final de los eones, de no ser por mí. Al traerme, mi padre había introducido el Desgarro en el reino.

Salazar bufó.

—Con perdón, vuestro reino está plagado de ingenuos. Le pese a quien le pese, la oscuridad vino para quedarse, y nadie, fey o mortal, estará nunca completamente fuera de su alcance. El que piense lo contrario se está engañando a sí mismo. Ya corre profunda

por las venas de la Creación y, por tanto, por las nuestras. Todos somos hijos del Desgarro, de una manera u otra.

Ella apoyó la barbilla sobre la cabeza del mangalín y exhaló, pensativa. Ya no quedaba rastro de su embriaguez, si es que la había habido. Tal vez las yedrasi metabolizaban el alcohol mucho más rápido.

—A menudo pienso en el futuro de los mundos. Si algún día el caos amainará y cada pieza rota encajará en su sitio. Quizá entonces todos podamos vivir en paz. Feys, humanos, krampos... —dijo la princesa.

Una respuesta cínica se le apretujó tras los dientes a Salazar, pero se contuvo. No quería ser cruel con ella. Su conciencia no lo habría soportado.

—En su día me planteé usar mis poderes para defender a los humanos en esta guerra interminable. En mi cabeza sonaba increíble: revertir el pecado de mi maldición poniéndola al servicio de una causa justa. Me presenté ante uno de tantos señores en una situación desesperada y le propuse alzar un ejército de muertos contra los krampos, que ya habían arrasado la mitad de sus tierras. —Mostró los dientes en una sonrisa sardónica—. ¿Sabéis cómo respondió?

—Mal, imagino.

—Me cegó por sorpresa con una reliquia sagrada y aprovechó mi momento de confusión para cortarme la garganta de un espadazo. Lucio tuvo que sacarme de allí a toda prisa y lanzarme a la fosa de muertos más cercana antes de que me desangrara como un becerro. —Sacudió la cabeza. Parecía que hubieran pasado siglos desde entonces y aún se avergonzaba de su ingenuidad—. Así que dije: «¿Conque esas tenemos? Pues que os den por culo a todos. Sálvese quien pueda y el que no, que alimente a los gusanos». Si me encaja

aliarme con alguien para beneficiarnos mutuamente, sin más complicaciones, bienvenido sea; pero jamás volveré a ser tan necio de enfangarme en causas más grandes que yo mismo.

—Un recibimiento así agria los ideales del más noble de los hombres.

Cada vez más confianzudo, el mangalín empezó a juguetear con la cabellera de Mortalía. Otra hojita mustia cayó sobre la parte baja del abdomen de Salazar, y él, que ni de lejos era «el más noble de los hombres», dejó que la princesa se la barriera con una caricia sutil que envió un cosquilleo directo a su miembro más innoble.

—¿Y no os preocupa el futuro de vuestra especie? ¿Ni un poquito?

Él carraspeó.

—Por supuesto. Pero, si no quieren mi ayuda, que se apañen ellos con sus santos. —La miró con una ceja enarcada—. Y vos, ¿dónde tenéis las lealtades? Vuestro padre ayuda a los krampos. ¿Cómo reconciliáis eso con vuestra parte humana?

Ella puso cara de resignación.

—Yo ahí no tengo ni voz ni voto. En cuanto a mi padre, no siente especial predilección ni por krampos ni por humanos. Para él, todos son lo mismo: mortales. Como cualquier fey, se alía con ellos mientras le conviene, y después cada uno sigue por su lado. —Frunció el ceño—. Y no es que los *apoye* en su conquista, o como sea que lo llamen. En Bosqueterno no se preocupan de lo que sucede en otras cortes feéricas, mientras no les afecte; imaginad entonces cuán poco les importan las guerras allende el Velo ni quién las gane. Simplemente pagamos los servicios de nuestros aliados con víveres, medicinas feéricas y asilo muy condicional.

—¿Asilo? ¿Los krampos se están trasladando a tierras feys?

—En absoluto. Solo se les permite entrar en Bosqueterno en gran número para las batallas. El resto del tiempo, únicamente Baalak y

su élite son bienvenidos en el reino, y solo para negociar y asistir a algunas celebraciones. Esas condiciones les puso mi padre, y los krampos las aceptaron. Pero ¿enviarles a nuestros guerreros? ¿Darles asilo permanente? Ni en un millón de años. Por mucho que se empeñe el caudillo, ningún soberano fey dejaría que se le metieran cientos de krampos en su tierra, no hablemos ya de los miles que siguen al caudillo.

«Vaya, vaya. Qué interesante».

—Con razón me tiene tan aborrecido ese Baalak.

Curiosamente, Mortalía no pareció sorprendida ante su comentario. Algo sabía que él no.

—Oh. ¿A qué os referís? —preguntó con un tonillo distante que confirmó sus sospechas.

—Después de entregar tantas vidas a la guerra de vuestro padre sin alcanzar su verdadero objetivo, aparece este *murrul* de la nada y se apropia de un territorio feérico sin sacrificar más que un puñado de huesos. Eso debió de escocerle.

—¿En serio acabáis de reducir vuestras proezas a «un puñado de huesos»?

Salazar sonrió para sus adentros cuando ella puso los ojos en blanco. Su indignación lo halagaba más de lo aconsejable.

—A ver. Es cierto que varios detalles han jugado a vuestro favor. Vuestros duendes no suponen una preocupación, vos sois un solo humano, y el territorio que habéis reclamado no solo no lo quería nadie, sino que estaba falto de un guardián capaz de lidiar con sus peculiaridades. Vuestra presencia le viene al Páramo como anillo al dedo. Muchos lo atribuirían incluso al destino, y un golpe de suerte así supera cualquier reticencia que mi padre, o cualquier otro soberano fey, hubiese podido tener.

La vehemencia con que ella defendía su idoneidad estaba masajeándole partes muy placenteras del alma, cuya existencia había desconocido hasta ese momento. Entre eso, su cálida cercanía apretada contra su costado y su atención —que, de no ser por el dichoso mangalín, habría sido exclusiva—, Salazar comenzó a sentirse como un pavo real a punto de desplegar la cola.

«Céntrate, pajarraco».

—Eso, y que sabe que no le daré problemas. Soy un ermitaño sin más ambición que vivir sin que nadie venga a tocarme los c... las narices.

La princesa ladeó la cabeza, estudiándolo con incredulidad.

—¿Eso es a cuanto aspiráis? ¿De verdad? ¿No soñáis con nada más?

Salazar le aguantó la mirada más tiempo del que pretendía. Algo se le había atrancado detrás de la lengua. El germen de una duda. El eco de una idea tan ridícula que su cerebro ni se molestó en abrir la misiva antes de arrojarla a las llamas.

«Languidecerás como un perro».

—Por soñar, se pueden soñar las tonterías más grandes. Pero un hombre ha de ser realista y no pedir más de lo que sabe que puede tener. De lo contrario... —Se deslizó un dedo por el cuello.

—Ahí lo tenéis, entonces: Baalak es todo lo opuesto. Se ha ganado con esfuerzo y bravura los favores nada desdeñables de mi padre, hay que reconocérselo. Sin embargo, aunque nuestra guerra con Tarquín ha concluido, Baalak sigue inmerso en la suya... y sabe que la ayuda de Bosqueterno se le acabará tarde o temprano, a menos que encuentre una forma de renovar la alianza. —Titubeó, desviando la vista a la chimenea—. Últimamente se ha vuelto obvio que ambiciona mucho más de lo que dejaba entrever...

Se quedó a medias, absorta en la danza de las llamas. Su repentina seriedad lo intrigó.

—¿Como qué?

Ella tragó saliva.

—No le basta con resistir. Quiere convertirse en señor de todos los krampos. Está convencido de que puede ganar la guerra contra los humanos de una vez por todas. Dice que está escrito en las estrellas.

Salazar soltó una carcajada como un ladrido, breve y cruel.

—Buena suerte con eso. Ay, la Virgen, me parto con estos krampos. —Se frotó el rostro—. Atraviesan la brecha del Desgarro como una plaga de langostas, armados hasta los dientes, y sin mediar palabra se lanzan a arrasar y masacrar cuanto se les pone por delante. Hombres, mujeres, niños..., todos presas fáciles, paralizados por el horror de ver cómo su mundo acaba de hacerse pedazos. —Gesticuló con briosas sacudidas de sus manos, ignorando el quejido de sus costillas—. Pero ¡ah! He aquí que, con el tiempo, los humanos se reponen de la conmoción. Contraatacan, empiezan a recuperar territorio y a zurrarles hasta en el cielo de la boca. Y ahora que los espadazos les llueven por todos lados, cuando les toca saborear las consecuencias de sus propios actos, cuando se han enemistado con todo bicho viviente, los krampos acuden llorando a los feys, a ponerles el culo...

Se interrumpió para inspirar hondo, consciente de que se le había ido el tono. Se le ennegrecía la bilis cuando pensaba en la arrogancia estúpida de los krampos, en su brutalidad, en cómo habían multiplicado la miseria del Desgarro sin necesidad, condenándose en el proceso a sí mismos, a sus hijos, y a los hijos de sus hijos.

—Cuarenta años jodiendo la Tierra de los Hombres sin conseguir nada que les dure, y todavía siguen golpeándose el pecho y jurando que nos conquistarán. *Murrul*, nos llaman. ¿Sabéis lo que significa?

—Me temo que sí.

—Es la palabra krampa para el ganado tozudo y violento que no se deja domeñar, así que al final hay que sacrificarlo para ahorrarse quebraderos de cabeza. Eso es lo que somos para ellos, princesa.

Ambos se sumieron en un silencio taciturno.

—Quizá os suene tonta...

—No, nunca. Hablad sin miedo.

Mortalía se toqueteó las muñecas desnudas, donde normalmente habrían estado sus pulseras.

—Que ellos no me oigan decir esto, pero los krampos no son tan diferentes de los humanos. El mundo es igual de hostil para ellos —comentó ella con suavidad—. Sospecho que la mayoría solo desean una tierra de la que jamás vayan a echarlos, donde sus niños puedan prosperar. Tanto si participan en las batallas como si no, su destino, y el de sus inocentes, depende de las victorias de Baalak. No tienen elección: o lo siguen, o se quedan como el lobo sin manada. Solos y a merced de las otras bestias.

—Y no les importa si para eso deben sembrar la tierra con los cadáveres de los niños y los inocentes mientras sean los del enemigo. ¿Sabéis cuántos de esos me han llegado a las charcas? —El nigromante negó para sí—. En todos los bandos hay inocentes, eso lo sé, pero perdonadme si mi compasión tiene un límite. A ningún bando le debo nada, pero, puestos a elegir, que ganen los humanos. Llevábamos milenios aquí antes de que el primer krampo apareciera buscando bronca, y más vale lo malo conocido que lo peor por conocer.

Ella lo estudió durante varios latidos con esa mirada fija que parecía capaz de atravesarlo y desentramar cada secreto suyo, un hilo tras otro, hasta desbaratarlo entero.

—Para haberle dado la espalda, vuestro mundo aún os importa —dijo con una media sonrisa cálida.

—No le he dado la espalda. Solo me quité de en medio. Era eso o pasar el resto de mi vida huyendo de un lado para otro.

En el rostro de Flordemuerte vio reflejada su propia melancolía, y se sintió... comprendido. Inexplicablemente arropado. Esa sensación visceral de entendimiento que había experimentado cuando la vio por primera vez, rodeada de cadáveres en flor, regresó con fuerzas renovadas.

Aunque ella se marchara, Salazar no se daría por vencido. Encontraría el modo de recuperar la gracia de Mirtalón. Volvería a Bosqueterno una y otra vez con cualquier excusa, solo para verla.

«No dejaré que esto termine, sea lo que sea», pensó, consciente de que estaba adentrándose cada vez más hondo en terreno espinoso.

—Conozco esa existencia —dijo ella—. No es forma de vivir.

—No, no lo es. Pero, aunque te obliguen a abandonar tu tierra, las raíces siempre duelen —admitió él, ronco de repente.

Algo tembló y se onduló en ella, como la llama de una vela ante un golpe inesperado de aliento. Bajó la cabeza y, tras un momento de duda, posó una mano insegura cerca de la del nigromante, sin llegar a tocarlo.

—Ojalá nadie tuviera que sufrir así. Nadie. Sin importar de dónde vengan o adónde se dirijan.

Salazar suspiró. Era un bello sentimiento, aunque dolorosamente cándido, como todos los sueños imposibles. Despacio, cubrió la

mano de Mortalía y le dio unas palmaditas con timidez, aunque lo que quería de verdad era entrelazar sus dedos con los de ella.

—Cuando os elegí... —empezó, y las orejitas puntiagudas de la joven se levantaron con interés—, el krampo se encolerizó. Uno de los suyos tuvo que sujetarlo. ¿Hay algo entre vosotros?

Su pulso tropezó al verla enrojecer. Una sensación vertiginosa le pesó en el estómago, seguida por el aguijonazo ardiente de otra mucho más peligrosa, al imaginarse a Flordemuerte en brazos del krampo, susurrándole dulzuras en la oscuridad mientras él le deslizaba las garras por debajo del peplo. De ser así..., qué ridículo tan espantoso había hecho.

«Menos humos, so pánfilo. Con o sin krampo de por medio, ya sabías que de aquí no ibas a sacar nada. Te lo dijo Lucio, y también la hermana. Nada».

Retiró la mano, tratando de ignorar el hormigueo resultante de aquel breve contacto, y se aclaró la garganta. Se esforzó por sonar como si aquello no le importase, más allá del mero chisme.

—He respondido a muchas de vuestras preguntas. Ahora os toca a vos ser sincera conmigo.

—Él me desea, o eso dice —admitió por fin ella, azorada.

Salazar se crispó tanto que hasta los huesos sanos le crujieron. ¿Un krampo detrás de una medio humana? ¿Y viceversa? ¡La reputa! El mundo cada día estaba más loco. Contuvo un bufido y estudió el delicado perfil de Flordemuerte, iluminado por la chimenea. Sus brazos esbeltos, la cintura estrecha, las vetitas carmesíes que trazaban espirales evocadoras sobre las curvas de su pecho y desaparecían bajo el escote del peplo. Esa melena como una hemorragia, que incluso después de una escaramuza con no muertos seguía oliendo a vino y violetas. El fuego se reflejaba en sus

iris, lengüetazos de fucsia líquido sobre morado, y a él le parecieron más hipnóticos que cualquier pira que hubiera contemplado jamás.

«Con cuernos y cascos, él también es un hombre. Por supuesto que quiso quedársela para él nada más verla». Inhaló una bocanada lenta y profunda al darse cuenta de que estaba salivando. «Estás en la mierda, Salazar. Hasta las cejas».

—¿Y el sentimiento es mutuo?

Cada instante que ella meditó su respuesta se le hizo eterno.

—Esa misma noche me propuso convertirme en su esposa.

—¿Se os puede pedir matrimonio? —barboteó él, sin poder controlarse, y después gruñó para sus adentros, maldiciendo esas facultades mentales que parecían descomponerse conforme avanzaba la noche.

Si la princesa estaba disponible, ¿a qué venían todos esos rumores? ¿Y las advertencias de Jaralina? ¿Acaso lo desestimaban por ser un alzamuertos? ¿Preferían a un krampo para Mortalía? Quizá lo de Baalak ya había sido acordado entre las familias mucho antes de que él...

La princesa parpadeó, confundida.

—Lo hizo en secreto, sin mencionarle nada a mi padre, si es que os referís a eso. Por lo demás..., no sé, supongo que... ¿sí?

—Ah, no, simple curiosidad.

—Da igual. No voy a aceptarlo.

Salazar levantó las cejas.

—¿Y eso?

—Siento que él no me ama a mí, sino lo que puede obtener gracias a mí. —Ella bajó la vista al mangalín, que dormitaba plácido en su regazo, y exhaló una risita irónica—. No me engaño, nigromante. Solo soy un mal necesario, un medio para un fin. Si no

fuera la hija de Mirtalón, quizá Baalak no me hubiera mirado dos veces; puede que hasta me encontrase repulsiva.

—Nadie con ojos en la cara pensaría eso.

Ella le regaló la visión de sus hoyuelos y sacudió la cabeza.

—Para ganar tiempo, prometí responderle cuando vuelva para el Beltán, y ahora temo que llegue el día. Se me hace tan raro y violento ser yo quien rechace a alguien, en vez de... —Torció la boca —. Dudo que haya represalias, pero Baalak no es de los que se conforman con una negativa.

«Pues le tocará tragárselo», pensó él, demasiado satisfecho.

—Jo-der —bufó, confiando en que ella le perdonaría el lenguaje—. Quién me iba a decir que había levantado tantas ampollas trayéndoos conmigo al Páramo. Bonito cabreo debe de tener el krampo: de la nada aparece un brujo humano, se buitrea un hogar en las Tierras Feéricas y encima se lleva al «objeto de su pasión».

Su retintín hizo reír a la princesa.

—¡Hay que ver! ¡Sois un provocador!

«Sí, parece que voy buscando la muerte con el mismo afán con que la evito».

La sonrisa de Mortalía flaqueó, teñida de arrepentimiento.

—Lamento la cantidad de problemas que os he causado, después de lo bueno que habéis sido conmigo. Gracias por salvarme. —Alzó una mano antes de que él pudiera protestar diciendo que no era ningún héroe—. La forma en que luchasteis en el jardín... No tengo palabras para describirla. Me inspirasteis. Intenté hacer lo mismo por vos y encauzar mi magia a través de los cadáveres, pero... —Su voz se quebró, y la vergüenza humedeció sus ojos—. Pero solo lo empeoré.

—Vivís aterrada de vuestro propio poder, princesa.

—¿Cómo no? Vos lo habéis visto. Primero el barranco, ahora esto...

—¿Y no notáis un patrón? Las dos veces os hallasteis en peligro de muerte, acorralada y cegada por el pánico, y teníais cadáveres frescos a mano.

Ella bajó la cabeza.

—No sabéis controlar vuestra magia porque no la conocéis en profundidad —aventuró Salazar, en tono apacible—. En Bosqueterno nunca se os dio la ocasión. Y pocas cosas hay tan impredecibles y peligrosas como un hijo del Desgarro que desconoce el alcance de su poder.

Ella ahogó un gemido y él se apresuró a aclarar:

—No os estoy regañando. Os hablo desde mi experiencia. Yo también pasé por eso y, de no ser por la guía de Lucio, no estaría hoy aquí.

—Tenéis razón. Es esa falta de control lo que me da más miedo, y ese miedo, a su vez, engendra más descontrol. Haré cuanto esté en mi mano para que no vuelva a ocurrir. Os lo prometo.

Lo conmovió verla encogerse en el borde del sofá, cada vez más abatida y mustia.

—No, no volverá a pasar, porque voy a ayudaros a perder ese miedo. Ya es hora de que alguien os enseñe a comprender mejor vuestra nigromancia.

La joven se enderezó de golpe y lo miró, boquiabierta.

—¿Ha-haríais eso por mí?

—Todo sea por evitarme más empalamientos innecesarios.

Ella emitió un ruidito mortificado y se tapó la cara, pero era obvio que por debajo sonreía. Cuando volvió a mirarlo, el terror y la esperanza batallaban dentro de ella. Poco a poco, su expresión se transformó en una de puro afecto, y Salazar, deslumbrado, por fin

comprendió de verdad a qué se refería la gente cuando hablaba de «derretirse por dentro».

—Os lo agradezco de corazón —susurró ella.

—Es lo menos que os puedo ofrecer después de haberos expuesto a los horrores de mi oficio. Pero... no sé cuánto tiempo pasará hasta que encontremos la oportunidad. —Una nueva oleada de impotencia le ensombreció el ánimo. Ella le lanzó una mirada interrogante, de modo que trató de explicarse—: Prometí que estaríais a salvo bajo mi techo, y no he podido cumplirlo. Vuestro padre montará en cólera. Anulará el trato en cuanto se entere...

—Ah. No pensaba contárselo. ¿Vos sí?

Aquello lo dejó tan pasmado que, por unos momentos, dudó de si había oído bien.

—No lo entiendo. Dos veces he fallado ya, y vos seguís decidida a quedaros conmigo.

La princesa lo estudió con esa fijeza feérica, capaz de erizarle el vello a cualquier humano. Sus ojos eran dos alfileritos morados de aprecio, clavándolo como a una polilla a los cojines del sofá.

—Aún no sois consciente de todo lo que me habéis dado desde que llegué aquí, ¿verdad?

Él no podía hablar, solo pensar en lo cerca que estaban. Una oleada de calor se extendió por todo su cuerpo, hinchándoselo de una esperanza deliciosamente agónica.

Tragó saliva. Se aclaró la garganta.

—Vaya, señorita Mortalía —logró decir con voz ronca—. Cualquiera diría que queréis seguir en este lugar de pesadilla. Casi parece que os gustara.

Ella esbozó una sonrisa pícara y acunó al mangalín.

—Bueno, aún tengo un jardín a medio cultivar y, por si fuera poco, mi anfitrión ha prometido enseñarme a ser un poco menos

monstruo. Yo diría que eso compensa algún que otro encontronazo con no muertos.

Una lenta sonrisa se expandió por el rostro del nigromante.

«Esta moza es de lo que no hay».

—Y, por favor, llamadme Talía. Si queréis —añadió ella con timidez. Como si él fuera a negarse.

—Será un honor. Talía.

El nombre le sabía a privilegio en la lengua.

INTERLUDIO

La princesa Jaralina no tenía ni once primaveras cuando aprendió una valiosa lección: es mejor no poner a nadie en un pedestal, porque los mitos tienden a caerse estrepitosamente, y después es a sus adoradores a quienes les toca sufrir entre los escombros.

En especial cuando el mito en cuestión es tu propio padre.

A las tres hijas de Mirtalón las sorprendió que este las convocara a su presencia nada más regresar de su último viaje. Intrigadas, las tres corrieron hacia la sala privada donde él las esperaba. Arceúsa se preguntaba qué noticias traería de los confines del reino; Terebinta, qué regalos les habría conseguido. En cuanto a Jara, a ella le bastaba con la alegría de ver a su padre y arrojarse a sus brazos.

Sus expectativas se cumplieron como deseos malditos: su padre las recibió con una noticia imposible en los labios y los brazos ya ocupados con un regalo que nadie había pedido.

Jara casi podía oír los crujidos de su desmoronamiento interior mientras contemplaba a la *cosa* blanquirroja arrebujada bajo la capa de Mirtalón. Por más que la miraba, no le hallaba sentido a ese reflejo distorsionado de lo que debería haber sido una yedrasi. Y el rey hablaba y hablaba, dejando que sus hijas se estamparan contra la dura verdad.

Habían estado convencidas de que su padre era uno de esos soberanos excepcionales que solo habían tenido ojos para su reina: otra prueba más de su magnificencia. Al parecer, lo realmente excepcional era su capacidad para hacer lo que le viniera en gana

sin que nadie lo sospechara. Como engañar a su devota esposa, la ilustre y amada dríade Serbalina, con una mortal corrompida por el Desgarro.

Y, años después, traerse a palacio la prueba sangrante de su traición para presentársela como si nada a sus hijas.

Jara no sentía los brazos; le colgaban a los lados como chuzos de hielo. Sus hermanas permanecían en el mismo estado de choque; ríos púrpuras de lágrimas les chorreaban por las mejillas. Arceúsa siseaba con los labios negros. Terebinta lloraba, pero sus increpaciones estridentes sonaban demasiado lejanas para los sentidos abotargados de Jara. Solo oía el rugido sordo de su espíritu, rezándole al Firmamento para que dotara de algún sentido a aquel delirio.

No obtuvo respuesta.

Tenía otra hermana. Y se llamaba Flordemuerte.

Mientras acariciaba la cabecita granate de la bastarda, su padre les contó que venía para quedarse y que ellas habrían de quererla y cuidarla como a una más.

Aceptarla. ¡Quererla! A esa parodia de yedrasi, fina y marchita como un pajarillo expulsado del nido, con los colores de una puñalada abierta.

Su existencia sentaba como una, desde luego.

No podía ser. La simiente yedrasi no arraigaba fácilmente, y menos en mortales. ¿Cómo había permitido la Creación un error semejante?

Ni siquiera olía como una mortal al uso. La habían bañado y arreglado, pero el olfato agudo de Jara lo percibía por debajo del jabón y los aceites, deslizándose como un diminuto ciempiés bajo la hojarasca.

El olor de la muerte.

Terebinta se dobló a un lado y vomitó. La cabellera de Arceúsa se había marchitado entera.

—Eso no es una yedrasi —masculló, temblando de ira como nunca se la había visto—. No sé ni lo que es.

Jara se sorprendió enseñándole los dientes a la intrusa. Odiarla era fácil, mucho más soportable —y viable— que odiar a su propio padre.

El labio de la mestiza tembló. Una lágrima carmesí se deslizó hasta su barbilla. Aún no había hecho ni un ruido. Al presentarle el rey a sus hermanas mayores, las había contemplado de arriba abajo con unos ojos como platos, llenos de admiración y esperanza mal disimulada.

Entonces Jara no lo sabía, pero Flordemuerte había pasado su infancia como un secreto más entre las sombras. Jamás había conocido la compañía de otros niños. Por supuesto que se había ilusionado al enterarse de que tenía hermanas. Necesitaba algo a lo que agarrarse, una mano amiga que la mantuviera a flote cuando los horrores grabados en su memoria la enganchaban del alma y amenazaban con arrastrarla a un abismo capaz de ahogarla. Su mundo entero se había hecho añicos, pero, en su inocencia, era incapaz de asimilar todavía más sufrimiento, así que asumió que sus nuevas hermanas la tratarían como las amigas de su madre: dudarían al principio, pero después verían que era buena y se ablandarían. Le enseñarían a comportarse como una princesa hada de provecho, para así complacer a ese padre al que ya adoraba, y la socorrerían cuando aquel mundo de seres bellos y grotescos se volviera demasiado aterrador para ella.

También Flordemuerte se dio de bruces con la realidad ese día. Se esperaba tres hermanas bondadosas, y lo que halló fueron tres furias que la fulminaban con ojos sangrantes de odio.

—¡¿Cómo pudiste, padre?! —gritó Terebinta—. Nuestra madre convalecía en palacio, con la barriga pesada con un fruto que acabaría matándola... —Jara apretó los puños. Sus hermanas nunca perdían oportunidad de echárselo en cara—, ¿y a esto te dedicabas cuando la dejabas a nuestro cuidado? ¡¿A cruzar el Velo para revolcarte con basura mortal?!

—¡SILENCIO! —bramó el rey, y el suelo de la sala se estremeció, haciendo que sus hijas trastabillaran.

La mestiza gimió y se hizo un ovillo a los pies de Mirtalón, cubriéndose la cabeza con los antebrazos en un gesto instintivo. Jara arrugó la nariz. Quería odiarla por su debilidad. Por el descaro de ser medio yedrasi, cuando su cerebrito de mortal ni siquiera entendía lo que eso significaba. Un privilegio que ella había deslucido solo con existir.

Pero, cuanto más contemplaba aquella bolita temblorosa, que lloraba en susurros como si temiera ser oída, más se enfriaba su odio, convirtiéndose en algo más blando. Incómodo.

—Es solo una niña... —se oyó decir, como si fuera otra la que hablaba.

Sin ella pretenderlo, eso les dio a sus hermanas lo que necesitaban desesperadamente: la oportunidad de redirigir su rabia hacia una diana más alcanzable, dado que a su padre no iban a tocarlo y la mestizucha, el objetivo más apetitoso, aún seguía pegada a él como un murciélago a una estalactita.

—Pues cógela tú y tiraos juntas por un barranco, par de malparidas —le siseó Arceúsa en el oído, al volumen de las hormigas.

Como de costumbre cuando no podían aguantarse el veneno, Jara era su víctima preferida. La tercera en discordia. La que les había quitado a su madre y, en lugar de compensarlas con servilismo, les

enseñaba los dientes y devolvía sus ataques. Ya desde niña, había sabido que ni era como ellas ni quería serlo y, por lo tanto, lo que opinaran de ella le resbalaba.

Que Mirtalón la alabara justo por esa seguridad en sí misma solo las envilecía más. Arceúsa y Terebinta jamás habían soportado que su padre amase lo que ellas consideraban una ofensa personal.

Y a ese polluelo extraño que tenían delante... Hierro y sal, la iban a destrozar. Quizá no pudieran despedazarla con sus propias manos, ni enterrarla viva con una canción; al igual que la ley de la Tierra castigaba severamente que los súbditos de Bosqueterno atentaran contra sus monarcas, tampoco toleraba que los yedrasi se mataran entre ellos. Pero había muchas otras formas de destruir a alguien, y en esa cuestión sus hermanas eran muy creativas. Sembrarían su camino de trampas. Intimidarían a quien se acercase a ella. Aprovecharían su desconocimiento para meterla en situaciones cada vez más humillantes, más peligrosas. Llegaría un punto en el que no habrían necesitado ponerle un solo dedo encima: para entonces, el espíritu de la niña estaría tan roto que vería enemigos donde no los había y amenazas hasta en su propia sombra.

Sus hermanas ya lo habían hecho antes. Lo habían intentado con ella también, pero Jara era mucho más dura y escurridiza que sus víctimas habituales. Y estaba harta, biliosamente *harta*, de ser una contra dos.

Caminó hacia Flordemuerte. La sala se sumió en el silencio: el de sus hermanas, incrédulo y asqueado; el del rey, expectante. Se detuvo frente a la bastarda —dioses, ¡qué pequeña era!— y al momento notó el aliento de su padre como una advertencia en la sien.

—¿Adónde vas, niña?

Jara alzó la barbilla y le aguantó la mirada, desafiante. No supo si la impulsaba la rabia o el despecho. Tal vez fuera ese otro sentimiento, mucho más desconcertante, que acababa de germinarle en lo más hondo; una pulsión que tiraba de ella hacia esa criaturilla temerosa, recién soltada en un mundo que no comprendía. Ansiaba protegerla. De pronto, Jara se sentía más grande, más valiente. Casi... territorial.

—A conocer a *mi hermana* —contestó.

Se inclinó hacia Flordemuerte, ignorando el sutil olor a corrupción que emanaba de ella. No era culpa suya oler así, ni tampoco haber sido engendrada. Jara se consideraba más juiciosa que sus dos hermanas juntas y decidió que, si alguien allí debía avergonzarse, ese no era otro que su padre.

Lo amaba. Lo amaría siempre. Pero el mito se había quebrado y el sol de Mirtalón jamás volvería a brillar para ella como antes. Jara apretó los dientes, se tragó las lágrimas y se negó a acusar la sonrisa complacida que él le dirigió. Más adelante volvería a desear su aprobación, lo sabía, pero, por primera vez en su vida, no habría podido importarle menos lo que su padre opinase de ella.

«No hago esto por ti».

La niña elevó hacia ella unos enormes ojos enrojecidos. La esperanza herida en ellos le estrujó el corazón, exprimiendo más de esa fiereza recién descubierta, que hacía que le temblara cada hoja del pelo.

«Apartaos, Arceúsa y Terebinta. Esta es mía».

Le tendió la mano.

—Arriba, cosilla mustia. Tú y yo vamos a ser amigas.

Flordemuerte se la aceptó. Su mano estaba húmeda y fría al tacto. A Jara se le antojó demasiado pequeña y pálida en comparación con la suya, como si en la palma acabase de caerle algo que un vientre

hubiera expulsado a medio gestar. Pero la sostuvo sin vacilar, y con un tirón ayudó a su hermanita a ponerse en pie. Esta le dedicó una tímida sonrisa, que le iluminó el rostro.

Jara le echó un brazo por encima y se la llevó de allí sin mirar atrás.

Lo que había perdido ese día era irreemplazable, mas quizá hubiera encontrado una valiosa sorpresa entre los escombros de su ídolo caído. Algo que hasta entonces nunca había buscado, ni sabido que necesitaba.

Una hermana para ella. Una posible compañera.

La semilla de un nuevo comienzo para ambas.



Talía se apoyó en una de las columnas que rodeaban el patio abovedado de la entrada del taller y empezó a trenzarse la melena mientras contemplaba el merodeo de los carontes desde su posición elevada. Tras ella, Salazar dispuso un puñado de restos previamente limpiados sobre una amplia mesa de piedra, echándole miradas furtivas. La palidez de su piel contrastaba con su peplo morado, cuyas mangas plisadas le caían hasta los codos, sujetas con hileras de pequeñas fíbulas que dejaban entrever parte de sus brazos. El contraluz la rodeaba de un halo fantasmagórico, resaltando las suaves curvas de su cuerpo a través de los pliegues de una prenda que no por ser holgada resultaba menos sugerente; más bien lo contrario.

—La tarde hoy brilla muy cálida para lo que se estila aquí —dijo ella.

Salazar no entendió a qué se refería. En torno a ellos, las columnas contrastaban como guardianes sombríos ante la claridad brumosa del horizonte. El sol de la tarde luchaba por atravesar la calima, mortecino como de costumbre, y aún faltaban horas para que los colores del ocaso se manifestaran, si es que lo hacían.

—¿Cálida? Yo solo veo el mismo gris de siempre.

—Sí, pero las tonalidades varían. Fijaos: el resplandor del cielo en este momento del día suele ser de un gris plateado, pero hoy se ha pasado al blanco marfileño; lo cual, en un lugar como este, casi

podría considerarse amarillo. —Se volvió hacia él con una sonrisa deslumbrante—. Y no hay viento. Nos espera una tarde hermosa.

El humor bailó en la comisura de Salazar.

—Creía que decíais que en el Páramo no había color.

Aunque habían decidido llamarse por sus nombres, seguían tratándose de «vos».

—Me equivocaba —admitió ella—. Cuanto más tiempo paso aquí, más descubro que existe una miríada de tonos muy diferentes en sus blancos y sus grises, incluso en sus sombras; tantos, que no hay nombres para describirlos todos.

—Me alegro, aunque sigo prefiriendo la gama de vuestro jardín.

Ella se giró para mostrarle cómo ponía los ojos en blanco, pero sonreía. Le gustaban los elogios sinceros y, en consecuencia, Salazar se los dejaba caer en cuanto tenía la oportunidad. Aunque se la notaba entusiasmada, era obvio que también vibraba de nervios y anticipación ante la que sería la primera clase oficial de su vida. Salazar también tenía sus dudas: nunca había sido maestro de nadie.

«La muchacha necesita tu ayuda. Lo poco que puedas enseñarle, bueno será».

Examinó los huesos dispuestos en la mesa con ojo crítico: todos habían sido previamente limpiados y purificados de toda volatilidad. No darían sorpresas al experimentar con ellos.

El taller se ubicaba en la ladera suroeste del castillo, presidiendo la zona de las charcas, varios pisos por encima de las grutas donde los carontes dormían. Alojado en la roca, era mitad edificio, mitad cueva, y se accedía a él tras superar una cuesta que daba a un patio ensombrecido por una elegante columnata abovedada. Más allá de esta, quedaba la entrada al taller propiamente dicho, cuyos cerrojos solo podía abrir Salazar. Nada entraba o salía de allí sin su permiso.

Talía nunca pasaría de esa puerta si Salazar podía evitarlo. Prefería ahorrarle el espectáculo de aquella cripta hedionda, llena de aberraciones colgadas de ganchos.

La invitó a sentarse en una de las sillas colocadas a cada lado de la mesa. Él se quedó de pie en el lado opuesto y apoyó los nudillos en la superficie de piedra, contrariado por el tufillo a podredumbre que inundaba el lugar. Cuando no procedía de las charcas, venía del taller o de las madrigueras de los carontes. Se hallaba omnipresente en aquel lado del Páramo.

—Perdonad el olor. No hay mucho que pueda hacer al respecto. Si es demasiado para vos, podemos irnos a otra parte.

Talía se giró en la silla para contemplar, una vez más, el paisaje de las charcas. Para extrañeza de Salazar, parecía emocionarla el haber sido invitada a esa parte de sus dominios.

—Lo noto. Casi puedo saborearlo. Sé que debería molestarme, y mucho, pero no lo hace ni lo ha hecho nunca. Al menos, no mientras se mantenga a este nivel —añadió ella, elevando sus ojos hacia él con la vulnerabilidad de quien confiesa un pequeño crimen. Después bajó la mirada a sus manos, agarradas al borde de la mesa—. Supongo que soy lo que soy.

—Una carroñera —sugirió el brujo, no sin cierto regodeo.

—Como mis flores. —Talía exhaló una risilla resignada—. No esperaba que fueran tan celosas de su sustento. Se han enredado con los lázaros caídos en una urdimbre imposible de deshacer. Me está costando convencerlas de devolvéroslos... Lo que queda de ellos, al menos.

—Si tan bien les sientan, por mí como si los absorben hasta el tuétano.

Ella apoyó la barbilla en una mano y suspiró.

—Lluvias de sangre y abono de entrañas. Truculento como es, supongo que tiene sentido para el jardín de una dríade maldita.

—Algunos nigromantes sacan fuerzas de la casquería, pero, como ya os habréis dado cuenta, yo prefiero la limpieza. Mi especialidad son los huesos; lo que los cubre me estorba. Nunca he sabido qué hacer con la carne y las vísceras, y ni siquiera mis carontes pueden comérselo todo, así que, si vos habéis encontrado un uso para ese excedente, estaré encantado de dároslo.

—Sois muy generoso.

—Eso parece. —Señaló los huesos entre ellos—. Cuando estéis lista, empezad por el que más os guste.

Talía eligió un húmero y lo sostuvo entre sus manos. Tras un asentimiento alentador de Salazar, respiró hondo y tarareó sin despegar los labios. Un costado del hueso se resquebrajó y una hilera de campanillas traslúcidas se desperezó a lo largo de su superficie. Ella lanzó una mirada insegura al brujo, a la espera de su veredicto.

—¿Os ha costado?

—Nada. Ha sido bastante fácil. Quizá estoy haciendo algo mal.

El nigromante sacudió la cabeza. Incluso después de haber creado un jardín maravilloso en tan poco tiempo y estar sacando flores perfectas de un hueso reseco sin apenas entrenamiento, Talía no asimilaba lo poderosísima que era. Lo que le corría por las venas, ya fuera savia yedrasi o influencia del Desgarro, la convertía en un auténtico monstruo en lo suyo. Quizá no pudiese crear arboledas como sus hermanas, quizá su magia no le sirviera de nada en Bosqueterno; pero, en cuanto se le daba una pizca de muerte con la que trabajar, la mestiza fluía como un río de aguas bravas.

Solo necesitaba aprender a no desbordarse en los momentos de pánico.

Talía soltó con cuidado el húmero florecido, como si este pudiera explotar de improviso. Después, más animada, tanteó una calavera que aún conservaba la mandíbula gracias a unos ligamentos hechizados por Salazar.

—¿Qué hago ahora?

—Lo que vos queráis.

—Sois un maestro bastante pasivo.

—Lo que más necesitáis ahora mismo es convenceros de que podéis existir tranquilamente sin causar el Apocalipsis. Descuidad: ya os iré apretando conforme avancen nuestras clases.

Ella rodeó la calavera con los brazos y apoyó encima la barbilla, mirándolo con una ceja enarcada.

—¿Seríais severo con una princesa?

El ramalazo juguetón y retador que cruzó sus facciones femeninas hizo que algo cálido se tensara en el bajo vientre de Salazar.

—Si hiciera falta, sí.

—Me tranquiliza saberlo.

Talía le dedicó una sonrisa satisfecha y se centró en la calavera, estudiándola con curiosidad. Ni rastro de la picardía feérica del instante anterior. Salazar inspiró hondo, ligeramente aturdido. ¿Acababa la princesa de coquetear con él? ¿Lo había hecho adrede o era así con todo el mundo?

«A las hadas les gusta juguetear, por mestizas y dulces que sean. Puede que hasta lo haga sin darse cuenta —se dijo—. No veas cosas donde no las hay».

La princesa sostuvo la calavera frente a su rostro.

—Se me hace tan extraño pensar que esto fue una persona. Con un nombre y un alma. Sus pensamientos, sus sueños, sus pasiones; todo estuvo contenido en este envoltorio mortal durante un breve parpadeo de la Creación... —Pegó la mejilla a la frente del cráneo,

como si pudiera oír en su interior—. Me gustaría percibir los ecos de las canciones que albergaron en su día y hacerme una idea de quiénes fueron.

—Creedme, es mejor no saber.

—Tengo entendido que algunos nigromantes pueden hablar con los muertos. Si no descubren cómo acallarlos, las voces acaban volviéndolos locos.

—Así es. Pero yo tuve la suerte de no nacer con esa peculiaridad.

Ella acarició las cuencas vacías con los pulgares. Un atisbo de melancolía destelló en sus ojos híbridos.

—A veces desearía tenerla.

Era obvio que estaba pensando en su madre y en su extraño aquelarre de amigas tocadas por el Desgarro, del que le había hablado durante sus paseos por el jardín. Salazar suspiró.

—Por norma general, solo las almas que están atrapadas de algún modo son las que acuden a los mortales. La mayoría de las veces, uno no puede hacer nada por ellas, así que el poder oírlas es una maldición y una tragedia, lo miréis por donde lo miréis. Lo mejor es que sigan su camino..., aunque eso las deje totalmente fuera de nuestro alcance.

Talía elevó la mirada hacia él, atraída por su tono lóbrego.

—Entonces, ¿nunca habéis hablado con los difuntos?

Él desvió el rostro hacia la calima borrosa más allá de las columnas.

—Alguna vez, tiempo ha. Y hacedme caso, no queréis pasar por eso. Daos por satisfecha pensando que vuestros seres queridos vuelan libres, ya sea en el cielo o en ese Árbol del Firmamento en el que creéis los feys. —Señaló con la barbilla a la calavera, deseoso de cambiar de tema—. Anda, seguid con vuestro ejercicio. Ponedme guapo al difunto.

Eso despejó la seriedad de Talía. Con expectación renovada, se sumió en un tarareo que erizó el vello tras las orejas de Salazar y le bajó por el cuello, estremeciéndolo. Poco a poco, entre suaves crujidos, un brochazo de lirios amoratados brotó de una de las cuencas y se extendió como una corona por el cráneo. Fascinado, el brujo contempló cómo un entramado de raíces púrpuras se expandía por el marfil del hueso. La tonadilla cesó, y ella le dio la vuelta a su obra para que él pudiera verla y darle su veredicto.

La visión de Flordemuerte satisfecha, sosteniendo con mimo una de sus calaveras tras haberla cubierto con sus propias flores, despertó algo en su interior antes de que él pudiera reprimirlo. Un impulso posesivo, hambriento, que corrió a sumergirse en esos restos, donde sus dos magias acababan de encontrarse.

Talía soltó un gritito cuando la calavera cobró vida y empezó a chascar la mandíbula.

—Perdón. Eso... no estaba previsto —musitó él.

No obstante, ella se rio y giró el cráneo hacia sí.

—Hola, guapo. ¿Qué tal? —bromeó, y le plantó un sonoro besito en la frente, deformada por las raíces.

Ese beso terminó de desarmar a Salazar, como si se lo hubieran dado a él. Despacio, tomó asiento y apoyó los codos en la mesa. Se pasó los nudillos por la frente, preguntándose si estaría destemplado: no era normal la facilidad con la que le temblaba la compostura ese día. Pero sus costillas ya se habían curado, sin más secuelas que un hormigueo que pronto desaparecería también, y su nigromancia lo hacía extremadamente resistente a cualquier infección o enfermedad.

«No. Es Talía. Algo dentro de ti se viene abajo cuando estás con ella».

Contrariado, se pasó la mano por el pelo y su mirada se cruzó con la de la princesa, que seguía acariciando la calavera con aire meditabundo.

—¿Qué ocurre?

—Estaba pensando en la conversación que tuvimos mientras convalecíais. No dejo de imaginaros de pequeño, jugando a escondidas con vuestros animalillos revividos. —Esbozó una sonrisa triste.

—Bueno, quitando el miedo a que me pillaran, yo me divertía como un pardillo. Por desgracia, no era algo que pudiese compartir con nadie, así que mis juegos eran bastante solitarios.

«Y lo siguen siendo».

—A mí no me habría importado jugar con vos. De hecho, habría estado encantada.

Por enésima vez, ese algo sin nombre temblequeó dentro de Salazar. Aquel simple comentario, pronunciado con esa sinceridad gentil que ya comenzaba a asociar con Talía, había tocado una parte muy profunda de él, que creía haberse dejado enterrada al otro lado del Velo años atrás, junto con su nombre y su familia y cualquier esperanza de una existencia piadosa. Por su mente fluyeron imágenes de una vida alternativa en la que sus caminos se hubieran cruzado mientras aún eran niños ignorantes de su propia lacra. Antes de sus tragedias, antes siquiera de conocer la soledad. Se los imaginó jugando en un jardín oscuro, entre flores y huesos reanimados, y aquello le provocó una dolorosa punzada de anhelo por lo que podría haber sido.

Lo que aún podía ser.

«Céntrate. Solo estás honrando lo que te pidió el aya: ser su amigo. Ni más, ni menos».

Sin embargo, solo en ese instante se le ocurrió que, a lo mejor, había aceptado tan rápidamente sus ruegos porque en realidad era él quien necesitaba una amiga. Más incluso que el comer.

«Y de algún modo lo supiste nada más verla, ¿verdad? De todas las almas que titilan a lo largo y ancho de la Creación, si alguna podía entenderlo, tenía que ser ella. En ese momento supiste que habías encontrado algo. Y decidiste jugarte la suerte en una apuesta loca...».

Empujó esas incómodas revelaciones a un rincón oscuro de su interior y carraspeó.

—En fin, nunca es tarde para trastear con bichos muertos. Os daré el gusto.

Cogió el esqueleto de la rata que se había colado en el botín de los mangalines. Los gatos le habían dado caza esa misma noche, y los humarejos habían pelado sus restos. Ante la mirada atenta de Talía, colocó los huesos sueltos del roedor frente a sí. Le sujetó el cráneo con las puntas de los dedos de una mano y el espinazo con la otra y se concentró.

Los huesillos repiquetearon y se buscaron entre sí, como atraídos por un imán. Cuando se ensamblaron a los que sostenía el brujo, una especie de descarga eléctrica sacudió el conjunto. El esqueleto de la rata se puso en pie, reanimado, y empezó a merodear por la mesa, olisqueando sin nariz y oteando los alrededores sin ojos.

—¡Tierra y estrellas! Es increíble. —Talía se echó hacia delante para verla mejor.

Una emoción efervescente se extendió por Salazar. Se sentía como un chiquillo que, tras años de aislamiento, hubiese encontrado por fin con quién compartir sus juguetes y el mundo que construía con ellos cuando nadie miraba. Alguien igual de peculiar que él, capaz no

solo de aceptar ese mundo, sino de apreciarlo e inyectarle elementos de su propia invención para volverlo más vasto y hermoso.

Eso que sentía era... felicidad. Una clase muy concreta de felicidad a la que no estaba nada acostumbrado.

Talía abrió la boca por la sorpresa cuando el roedor corrió hacia ella y le posó las garritas en el dorso de la mano.

—Adelante. Probad con ella.

—Pero... ¿no sentirá nada? ¿Y si le duele?

—Son solo restos impulsados por la memoria latente de los huesos y por mi voluntad. Os aseguro que ni siente ni padece. Podéis hacerla añicos si os place.

Ella rechazó la sugerencia con un murmullo indignado. Sujetó con cuidado a la rata y la estudió desde varios ángulos.

—Son unos huesecillos tan finos... Temo destrozarla al primer intento.

El brujo se echó hacia atrás en la silla y sacudió la mano en el aire.

—Vamos, es una rata muerta. No os lo toméis tan en serio. Haced la primera tontería que se os ocurra, por ridícula que parezca. No os juzgaré. Os lo prometo.

Tras dirigirle a él una mirada suspicaz, Talía sujetó al bicho a la altura de sus ojos. Empezó a tararear bajito, muy concentrada, tomándose su tiempo. Como de costumbre, deseaba ponerse a prueba y hacerlo bien, y ese rasgo de su personalidad agradaba a Salazar. Como tantas otras cosas.

Una cresta de hierba rojiza cubrió la columna vertebral de la rata. Dos tallitos se desplegaron sobre su cráneo como antenas de caracol, rematados en prietos capullos granates. Aparentemente satisfecha, la princesa asintió con solemnidad y liberó a la criatura,

que correteó haciendo eses hasta detenerse frente al brujo, como esperando su veredicto.

—No está mal, aunque confieso que me esperaba algo más mamarracho...

Se interrumpió al ver que Talía había entrelazado los dedos y bajado la barbilla, con los labios apretados en una uve cómicamente maliciosa. Frunció el ceño. ¿A qué venía ese ademán de villana intrigante? Volvió a mirar a la rata, en busca de una explicación.

Los capullos de sus antenitas se abrieron de golpe como dos trompetillas y escupieron diminutas explosiones de polen con un sonoro «¡pffft!». La rata ladeó la cabeza, bamboleando esas antenas absurdas e indignas. Sus cuencas vacías parecían más redondas que nunca, como si dijeran: «¿Qué me han hecho, padre mío?».

Salazar se atragantó. El aspecto del pobre bicho, unido a la turbulencia emocional que llevaba arrastrando toda la tarde, terminaron de reventarle el cerebro.

Estalló en carcajadas. Le salían rarísimas, a medio camino entre un ladrido y el graznido de un cuervo; el rasgueo oxidado de alguien que llevaba una eternidad sin sufrir un ataque de risa de los de verdad, los que saltaban las lágrimas y amenazaban con hacerle reventar una tripa. Hasta a él le extrañaba ese ruido que salía de su boca. Sonaba como un desquiciado, pero no podía parar.

Para colmo, Talía lo contemplaba con esa cara de aprendiz orgullosísima de sí misma, lo que solo logró incrementar sus risotadas y hacer que se doblase hacia atrás en la silla.

Un alarido feroz voló ladera abajo hacia ellos. De pronto, un borrón lívido impactó contra Salazar, cortándole la risa en seco. Por poco no lo tiró de la silla. Cuando consiguió reponerse del susto, tenía a su diablillo cojuelo encaramado a la pechera y sus ojos furibundos a apenas un palmo de los suyos.

—Pero ¡¿qué cojones, Lucio?! —barboteó.

Ahogó un gemido de dolor, masajeándose las costillas. Por poco no se las había roto de nuevo, el maldito burro. Intentó quitárselo de encima, mas solo consiguió que el duende le hundiera más las uñas de sus pies descalzos en el regazo, perforándole la saya.

—Martín me acaba de contar lo de los lázaros y las espinas. ¡El Desgarro se los lleve! ¡¿Qué te hicieron?!, ¿te duele? ¡Muéstrame las heridas! ¡Ahora!

Ignorando las apresuradas explicaciones de Salazar, el diablillo le abrió la saya de un tirón para verle el pecho, libre ya de vendas. Salazar lo apartó de sí con un gruñido.

—¡Estoy bien, tranquilízate!

—Entonces, ¡¿a qué venían esos gritos horripilantes?!

—¡Me estaba riendo!

—¡Pues no vuelvas a hacerlo! ¡Ha sido terrorífico! —Lucio lo soltó, bufando, y lo amenazó con el bastón—. ¡Digo, el susto que me ha dado, el tontolamier...!

Solo entonces reparó en la princesa, que asistía al encontronazo sin atreverse a soltar ni una palabra, y sus ojos de sangre y azufre se estrecharon en rendijas. Los diablillos cojuelos no podían matar directamente, so pena de deshacerse, pero era evidente que, de no haber sido Talía quien era, el duende ya habría estado moliéndola a bastonazos.

—Lucio... —lo advirtió el brujo entre dientes.

Todavía acuclillado encima de él, su padrino repasó con la mirada los huesos esparcidos por la mesa y se detuvo en la rata florida, que trepó por el brazo de la joven para arrebujarse en el hueco de su cuello.

—Encantada de poder presentarnos propiamente, señor Lucio. No tuvimos ocasión en la fiesta.

El diablillo compuso una sonrisa tan apretada que parecía a punto de cagarse encima.

—Princesa. —Le dedicó una rígida inclinación de cabeza.

Salazar, que conocía el lenguaje corporal de Lucio mejor que el suyo propio, se percató del temblor casi imperceptible de sus orejas. Flordemuerte lo ponía nervioso.

—¿Qué te cuentas? ¿Todo bien en tus merodeos? —preguntó, en un tono más amigable, y le palmeó el hombro con afecto.

—No me puedo quejar —masculló el duende, y se encaramó de un salto a la esquina de la mesa más alejada de Talía.

Viejo arisco y gruñón.

—¿Traes noticias de Bosqueterno? —preguntó Salazar.

—Vuestros sirvientes se encuentran bien de salud, princesa. El aya Adelfa os extraña y se preocupa mucho por vos.

Talía agradeció la nueva con una enorme sonrisa cargada de nostalgia.

—¿Y pudisteis ver a Jara?

—Sí. Acababa de regresar con sus rastreadores y me abordó en cuanto supo de mi visita. Ansía visitaros. Dijo que quizá podría escaparse de sus deberes de aquí a un mes. Así, de paso, aprovechará para entregaros en persona la invitación a los festejos del Beltán.

El rostro de la princesa se iluminó y las florecitas de sus sienes se tiñeron de un vibrante lila.

—¿La dejan visitarme?

El duende la estudió con aire sibilino.

—Lo sabe, Lucio —atajó Salazar, lo cual pareció relajarlo un poco.

—Sin meterme en follones que no me incumben, diré que la princesa está decidida a visitaros, aunque para ello tenga que venir a pie y, en palabras suyas, «le moleste a quien le moleste». —

Carraspeó, inseguro ante la enorme sonrisa de Talía—. Ella y vuestra aya me han dado regalos para vos. Los encontraréis en vuestros aposentos.

La joven se puso en pie como impulsada por un resorte, vibrante de ilusión, pero entonces titubeó. Se le escapó una mirada culpable, primero a los huesos y después a Salazar. Él trató de esconder su decepción tras una escueta sonrisa.

—Id. Retomaremos los experimentos más tarde, si lo deseáis.

—Sí, por favor. Lo estaba disfrutando mucho.

Esa respuesta lo hizo sentir mejor.

La princesa acarició a la rata, que aún llevaba en el hombro. Intentó devolverla a la mesa, pero esta volvió a trepar por su brazo y se le enganchó en sus collares de plata y cuarzo.

—¿Y esto?

—Incluso los muertos más resecos pueden mostrar inclinaciones no planificadas una vez que los alzas. Parece que este nos ha salido pegajoso. —El nigromante se encogió de hombros—. Si lo queréis, es vuestro.

Omitió un minúsculo y bochornoso detalle: la rata actuaba así porque algo dentro de Salazar había tirado poderosamente de él hacia Talía mientras la reanimaba. Al fin y al cabo, la magia era una vía a través de la cual uno canalizaba lo que le palpitaba dentro. Donde la yedrasi era lírica y sanguínea, él era preciso y pragmático. Sin embargo, incluso al brujo más flemático le temblaba el pulso mágico de vez en cuando, y Talía tenía algo que a él lo hacía vibrar como la cuerda de un arpa en desuso, arrancándole notas que ni él mismo sabía que albergaba dentro. Lo que acechaba en lo más hondo de uno siempre acababa filtrándose de algún modo en sus creaciones.

Ella quizá no lo supiera aún, pero Lucio sí. Para muestra, la mirada cáustica que, de reojo, le lanzó en respuesta a su explicación.

—Hoy es un día lleno de regalos. —Trinó Talía, sonriente y luminosa, y acunó a la rata contra su pecho—. Gracias. La cuidaré bien.

Tras una breve despedida, se marchó en dirección al castillo. A Salazar se le fueron los ojos tras ella hasta que Lucio, el maldito rancio, se interpuso en su campo visual con el gesto arrugado de desaprobación.

—Casi dos décadas intentando mantenerte vivo y ahora vas y me haces esto.

—¿El qué? Le estoy enseñando a controlar su magia precisamente para evitar que mate a nadie por accidente, entre ellos un servidor.

—Mira, que me mientas te lo aguanto porque no me queda más remedio, pero ¿mentirte a ti mismo? Eso sí que es penoso.

Salazar gruñó y se repanchigó en la silla, de brazos cruzados.

—¿No crees que ya estoy mayorcito para que sigas abroncándome como a un niñato cada vez que me salgo de lo previsto?

Lucio bufó.

—Por favor. Ya era viejo cuando te encontré. Para mí siempre serás un chiquillo, aunque cien inviernos te pasen por encima.

Su repentino tono melancólico lo desarmó. El tiempo le había enseñado que, a menudo, los rapapolvos de Lucio eran una simple fachada. Sus acciones hablaban más que cualquiera de sus improperios. Nunca se lo había dicho abiertamente ni se lo diría, ni le explicaría las razones, pero lo obvio no necesitaba palabras: a la manera visceral y extraña de los feys, Lucio lo quería. Siempre había velado por él con un celo paternal, similar al de un maestro con un alumno predilecto al que considera poco menos que un hijo, en el que vuelca sin ser consciente la esperanza de su legado.

Y, por mucho que Salazar soñase a veces con tirarle un hierro y aunque le devolviera sus pullas con bilis y descaro, en el fondo aborrecía disgustarlo. Sus duendes eran lo más parecido a una familia que le quedaba, pero a Lucio lo sentía como si fuera parte de él. Una parte volátil y amarga, pero leal como su magia misma.

Que se enfadase no era nada fuera de lo común. Esto, sin embargo, era algo muy distinto. Se lo notaba en las ondulaciones de sus labios apretados, en la forma en que parecía encorvarse tras la sombra de su bastón.

Lucio tenía miedo, y eso lo enervó. Intuía el porqué y no quería oírlo ni enfrentarse a ello, ya que entonces también él empezaría a acojonarse vivo y ya estaba bastante jodido de lo suyo como para ir y empeorárselo.

Se aguantaron la mirada en silencio. Al final, el brujo tamborileó con los dedos en la mesa e intentó cambiar de tema.

—¿Has visto el jardín?

—De lejillos —gruñó el fey.

—¿Y qué te parece?

Lucio se rascó el agujero de la mano izquierda, el gesto típico de cuando no quería decir la verdad.

—Bah. Raro.

Su tono desdeñoso no lo engañó. Detectó un brillo en sus ojos de quebrantahuesos, una especie de ilusión reticente.

—¿Solo eso?

—¿Qué quieres que te diga? —le espetó el otro, malhumorado—. Son flores. Tienen colorines, y bichitos con alas, y hieden a veneno dulce.

Salazar lo provocó con una sonrisa torcida. Lo había pillado.

—¿Exactamente cómo de «lejillos» las has estado mirando para saber cómo huelen? ¿Un palmo de «lejillos»? Vamos, que les has

metido todo el hocico.

—¡Cómo te atreves! —Lucio le enseñó los dientes.

—¡Ja! No has podido resistir la tentación de husmear en él nada más entrar en el Páramo. Eso sí que no me lo esperaba de ti. Ya has tenido más valor que el resto de los duendes.

—¡Calla, idiota!

El fey dio un bastonazo en la mesa, lo cual solo ensanchó la sonrisa de su ahijado.

—Te gusta.

Lucio intentó negarlo, pero la boca se le cerró y se le inflaron los carrillos. No podía mentir. Se rascó el agujero de la mano con más furia si eso era posible, y su obstinación hizo que dos hileras de humo le salieran de las orejas. Salazar no descartaba que, a ese ritmo, acabara haciéndoselo encima de verdad, y le dio más risa todavía.

—¡Bah! No sé de qué te regodeas tanto. Te estás llevando lo que nadie quiso en Bosqueterno.

Golpeó la calavera florecida con el bastón. Salazar se apresuró a cogerla con aire protector y ponérsela en el regazo. Se repantigó en la silla, con los pies en la mesa, mientras la examinaba.

—La basura de unos es el tesoro de otros. Y por algo me llaman el Carroñero.

Deslizó las yemas por el punto exacto donde el hueso y los tallos se unían, en una textura bulbosa que no llegaba a ser ni lo uno ni lo otro. Qué fenómeno tan asombroso.

Lucio se ensombreció ante su evidente deslumbramiento.

—No puedes quedártela. No es para ti.

Salazar perdió la sonrisa, consciente de que no se refería a la calavera.

—Lo sé perfectamente. Solo estoy siendo amable, tal y como me pidió el aya.

El fey se pellizcó el puente de la nariz.

—Lo que decía. Patético.

—¿Y qué se supone que debería hacer? ¿No hablar con ella?, ¿no mirarla? Discúlpame por intentar que nuestra huésped esté a gusto.

—No, si ya veo tus esfuerzos. Tú, que jamás has tolerado la presencia de otro mortal en este territorio al que te aferras con avaricia de dragón. Tú, que impregnaste cada rincón del Páramo con tu magia y rodeaste sus entradas de bestias feroces para que destruyesen a cualquiera que osara venir a disputártelo..., le estás cediendo tu tierra a una recién llegada para que la pervierta con una magia que a ti no te reporta beneficio alguno. —Le mostró sus dientes largos en una sonrisa sardónica—. Y no solo tierra, sino la materia prima de tus charcas. He visto los cadáveres alimentando su jardín.

—Esos habían quedado inservibles tras la carnicería, y ya tengo muertos de sobra en el taller.

—Déjate de tonterías. Te conozco. Eres intuitivo, muy listo para lo que te interesa, y se nota a la legua lo que pretendes. —El duende señaló los huesos—. Le estás dando lo que se le ha prohibido durante media vida. La diviertes con secretos compartidos, con juegos y experimentos. ¡Por poco te mata hace unos días y ahora la llamas «Talía»! ¡Venga ya!

El nigromante bufó, tratando de ignorar los nubarrones oscuros que se le arremolinaban en la boca del estómago. El aire empezó a enfriarse a su alrededor.

—Solo nos estamos haciendo amigos.

—No, la estás cortejando. Tal vez no quieras admitirlo, o ni siquiera seas del todo consciente, pero esa es la verdad. Te estás

luciendo como un pavo real delante de ella, volcando tus riquezas pestilentes a sus pies cual mangalín enchochado, con la ilusa esperanza de que el Páramo acabe por gustarle tanto que ya no quiera irse.

La tormenta interior de Salazar restalló y algo crujió entre sus manos. Bajó la vista a la calavera: una fea grieta le había atravesado el rostro como un rayo negro, quebrando el hueso. El rostro desfigurado abrió la mandíbula en un grito sin voz.

¿Tan obvio había sido?

Cortejar a Flordemuerte. Sí, podía llamarlo así. Ya no le quedaba más remedio, teniendo en cuenta que Lucio le había arrancado el secreto vergonzoso como si de un trapo sucio se tratara y, tras exponerlo a la luz con todos sus agujeros, se lo había tirado a la cara sin miramientos.

—Ya. Suena ridículo cuando lo pones así, ¿no? —musitó con la vista perdida.

¿Talía?, ¿quedarse en el Páramo una vez que hubiese terminado el acuerdo? Antes se caerían las estrellas del cielo.

Pensó en lo rápido que había aparcado la clase en favor de un puñado de paquetes de Bosqueterno. Seguro que en esos momentos estaría brincando de alegría en sus aposentos mientras abría esos numerosos regalos de un hogar que quizá no la comprendiera e incluso la asfixiara, pero al que adoraba igualmente porque en él estaban aquellos a los que ella amaba de verdad.

La morriña debía de estar devastándola. Flordemuerte había disfrutado de unas semanas de libertad y escapismo, pero, tras desfogarse un poco, lo vería todo con perspectiva. En el cruel juego de la comparación, el Páramo no podía ni aspirar a competir con Bosqueterno. Tal vez, cuando regresara junto a él a la hora de la cena, habría cambiado de opinión, convencida de que prefería

rescindir el acuerdo y marcharse. Estaba en su derecho. Él, como un absoluto imbécil, le había dado vías de escape de sobra.

«¿Y qué? Tampoco querías que estuviera aquí obligada. Con cualquiera de sus hermanas te habría dado igual, pero no con ella. No solo deseabas ganarte su aprecio, ahora lo sabes: querías que saliera de ella el quedarse contigo un poco más, lo justo para...».

Una vez más, acusó los ecos de ese recuerdo que siempre llevaría enquistado en la memoria.

«Déjanos ir».

La cara le ardía de rabia y vergüenza. Algo debía de haberse fracturado visiblemente en su expresión, pues hasta Lucio reculó, tragando saliva. Salazar soltó el cráneo en la mesa de mala manera, se levantó, le dio la espalda y se encaminó hacia el taller. Necesitaba esconderse del mundo. En esos instantes, nada le apetecía más que sumergirse en su trabajo y reponer su coraza quebrada recordándose que seguía siendo el hijo predilecto de la Muerte.

Por lóbrego que le resultara ese consuelo.

—Muchacho... —lo llamó Lucio, en tono arrepentido.

El nigromante se detuvo con la mano en el picaporte y lo miró por encima del hombro. Su padrino parecía sinceramente abatido y, de alguna forma, eso solo empeoraba el asunto.

—Sé por qué ella te hace sentir así. Si fuera cualquier otra moza, te diría que adelante. Mierda, yo mismo te apañaría las citas; no sería la primera vez. Pero hablamos de una princesa. Los reyes feys son orgullosos y cada paso que das con ellos has de medirlo antes. Por sosegados que parezcan, todos tienen algún punto de ebullición cuya existencia desconocen hasta sus consejeros más íntimos. Como los toques donde no hay que tocarlos, aunque sea sin mala intención, cualquier intento de razonar con ellos será inútil. Tendrías más suerte tratando de aplacar un incendio forestal.

—Estaba sola y muerta de miedo, Lucio. ¿Qué se supone que debería haber hecho?

—Dejarla y buscarte tú tu avío. Pero no, viste algo de ti en la niña del Desgarro y tuviste que rescatarla y llevártela, y aquí estás, alimentando una fantasía. Y luego, ¿qué? ¿Qué harás cuando tengas que soltarla?

—Pues la soltaré. Así de simple —masculló Salazar.

—Los cojones. La miras como los vampiros añoran el sol.

—Cállate.

—Vamos, muchacho. Lo que estás haciendo molestaría a cualquier rey de los humanos. ¿Por qué iba a ser diferente con ese yedrasi subidito que no te considera más que un mal necesario? Para él, nada te diferencia de un perro guardián apostado junto a un desgarrón en el Velo.

Los huesos empezaron a repiquetear por toda la mesa, pero el cojuelo no se inmutó. No le tenía miedo. Jamás se lo había tenido. Maldito fueran él y su cruel empeño por protegerlo, en especial de sí mismo.

—Ni siquiera tú, señor del Páramo y custodio de los Ahogados, eres lo bastante poderoso como para permitirte ofender a un rey de las hadas. —La voz de su padrino se volvió implorante—. Piénsalo, Salazar. Intenta ver la situación desde su punto de vista. ¿Cómo crees que reaccionarías tú si vieras a uno de tus carontes rondando a una hija tuya?

Salazar se giró hacia él, rechinando los dientes.

—¡Me cago en Satán, Lucio! Ya me has arrastrado por el barro, ¡no hace falta que encima te pongas a pisotearme la cabeza!

Una tristeza repentina inundó el rostro del diablillo. Tiraba de todos sus rasgos hacia abajo, y verlo así le sentó al nigromante como si le echasen un jarro de agua fría.

—Mi muchacho... Por fin has dejado atrás lo peor. Has conseguido tanto. Esto es lo que nos ha brindado la fortuna y nuestro arduo esfuerzo. ¿No ves lo perfecto que es? —Abarcó el castillo, el taller y la vastedad del Páramo con un gesto de su mano agujereada.

Desinflado, Salazar suspiró y abrió la puerta, cuyos goznes chirriaron.

—Lo sé. No voy a ponerlo en peligro.

—No me malinterpretes. Puedes ser su amigo...

—... pero nada más —concluyó él, en tono monocorde—. Quédate tranquilo, Lucio. No tengo intención de pasar de ahí, ni la tuve nunca, en realidad. Solo estaba...

«Jugando a sentirme humano otra vez».

—No importa.

Se retiró a la penumbra de su taller, cerrando tras de sí con un portazo sepulcral.



Talía recorría el jardín, seguida de su rata esquelética. La había soltado días atrás para que corretease libre entre la fronda, aunque parecía que el bichito prefería mantenerse cerca de ella. Le tironeó de los bajos desgastados del peplo, pidiendo su atención, pero ella se forzó a ignorarlo. No podía distraerse.

Debía revisarlo todo y asegurarse de que no había conjurado sin querer la mala mata, la que bajo ningún concepto debía brotar.

Los nervios le parpadeaban con imágenes de cuerpos retorcidos en el suelo, de esputos sanguinolentos. Aún podía oír los gritos agudos de dolor. Se le clavaban en la memoria, como las uñas heladas de dos muchachas intentando abrirse la garganta a arañazos.

El miedo le cubría la espalda en forma de sudor frío.

«No puede pasar otra vez».

Buscaba y buscaba, mas no veía rastro de esas cáscaras púrpuras, rebosantes de frutos redondos y oscuros como cuentas de granate pulido.

El murmullo de la hierba a su espalda la hizo girarse, boqueando. Uno de los gatos se había colado en el jardín y avanzaba semioculto entre la hierba, con las pupilas dilatadas fijas en la rata. El corazón de Talía dio un vuelco.

—¡Psh! Todavía no podéis entrar aquí, no es seguro. ¿No os hace el nigromante bichitos de hueso para que os quedéis entretenidos

cazando dentro del castillo? ¡Fuera!

Talía persiguió al gato para ahuyentarlo, pero al rato se dio cuenta de que, por más que corrían, el jardín no se terminaba. De hecho, la espesura crecía más a cada paso. El sendero se estrechó, los envolvió una noche negra y los arbustos floridos dieron paso a una densa foresta cuyos árboles retorcidos se cernían sobre ellos.

«Esto no es mi jardín. Mi jardín no tiene árboles».

Lo que no se explicaba era cómo había regresado al bosque de su infancia.

Asombrada por la familiaridad, siguió al felino cuesta arriba, sorteando raíces traicioneras y ramajes donde centelleaban los ojos de búhos, murciélagos y muchas otras criaturas sombrías para las que nadie tenía un nombre aún.

Llegaron a un claro bañado por la luna llena. Allí la esperaba el nigromante, vestido solo con sus pantalones.

Talía se detuvo en seco. La luz de la luna resplandecía en la palidez de su melena alborotada y su torso desnudo. Solo lo había visto así una vez, la noche del accidente, y su mente se negaba a desprenderse de la imagen. De alguna forma, que Salazar fuera siempre con varias capas de ropa encima solo le hacía recordar con más fuerza el cuerpo esbelto que se escondía bajo sus voluminosas aljubas.

En ese momento, podía verlo en todo su esplendor, libre de vendas y magulladuras: los hombros bien formados, el vello oscuro de su pecho, que bajaba en una línea por su vientre plano hasta perderse en la cinturilla de los pantalones. Aun delgada, su figura emanaba una fuerza silenciosa, de músculos sutiles y venas que recorrían unos antebrazos acostumbrados a cargar cuerpos de un lugar a otro.

Era un hombre hermoso. Pero eso ella ya lo sabía.

El gato corrió a restregarse contra él, y Salazar se agachó para cogerlo. Cuando se levantó, el animal se le había subido al hombro y él lo rascó detrás de las orejas.

—Creo que nos hemos perdido. No deberíamos estar aquí —susurró Talía.

Salazar le clavó una de esas miradas fijas, cargadas de interés rapaz, que parecían especialmente diseñadas para ablandarle las rodillas.

—No, princesa. Estamos justo donde debemos —sentenció mientras masajeaba el cuello del felino.

La joven se quedó hipnotizada con el vaivén de esa mano fuerte y callosa, de dedos largos. Era uno de sus placeres culpables desde que lo viese acariciar por primera vez a sus gatos. Había descubierto que así era como tocaba lo que más quería: sus animales, sus huesos predilectos, incluso los muros de su preciado castillo. Ser testigo de cómo esas manos se hundían y deslizaban por cualquier superficie, viva o muerta, le creaba un apetito extraño que le hormigueaba por todo el cuerpo.

Cada vez que esas manos la rozaban, aun sin querer, una llamita se encendía en el interior de su vientre, y Talía se preguntaba cómo sería sentir aquellos dedos recorriendo su piel con ese mismo aprecio posesivo que la traía de cabeza.

De pronto, Salazar estaba encima de ella. El gato había desaparecido. Solo quedaban ellos dos, pálidos contra la umbría de medianoche. El brujo la cubrió con su peso, entrelazó sus manos con las de ella y se las inmovilizó contra la hierba fresca.

—Talía... —susurró con los labios a un suspiro de los suyos.

Ella cerró los ojos, estremecida. Su nombre sonaba a caricia cuando él lo pronunciaba. No sabía cómo lo hacía, ni si era a

propósito, pero siempre parecía saborear cada letra, usándolo como una forma retorcida de tocarla sin llegar a hacerlo.

Era enloquecedor. Y absurdo. Lo último que necesitaba era complicarse la vida encaprichándose de un brujo que probablemente no la viera más que como a una amiga...

Sus dedos cubiertos de anillos le envolvieron la mandíbula. El cosquilleo prohibido del hierro se grabó en su carne, arrancándole un gemido lánguido.

—Dime, Talía. ¿Cuánto tiempo llevas deseando esto? ¿Desde que descubriste la facilidad con que podías hacerme reír? ¿Desde que me viste luchar por ti como un lobo acorralado? ¿Desde que te dejé florecer en mi tierra? ¿O fue cuando pronuncié tu nombre sin vacilar delante de todo el mundo?

—¿Tienes idea de lo que me estás haciendo? —Le salió como un ruego.

Un resplandor rojo la hizo abrir los párpados. Sobre ellos, la luna brillaba encarnada, y ella descubrió que los árboles a su alrededor estaban hechos de huesos, con troncos de columnas vertebrales y ramas de costillas y racimos de calaveras sonrientes, alzándose interminables hacia el firmamento como si pudiesen alcanzarlo.

—Tú también quieres esto —la arrulló el nigromante—. Canta para mí. Deja que la verdad salga. Solo nosotros la oiremos. Los muertos no se la contarán a nadie.

Con otro gemido, dejó que él se inclinara sobre sus labios.

—Talía... —Su voz se volvió más insistente—. ¡Talía!

Ella se despertó jadeando en un lecho de sus propias flores, con el peplo enredado en los muslos perlados de sudor. Estaba en el jardín y el atardecer ya pintaba de lavanda el cielo. Se llevó una mano al pecho, donde su corazón latía desbocado, y dio un respingo al ver al auténtico Salazar acuclillado junto a ella con cara de preocupación.

La atención se le fue al triángulo de piel expuesta en la abertura de su camisa, allí donde el cuello viril se juntaba con las clavículas y descendía hasta una sombra de vello negro. El calor alojado entre sus piernas le subió al rostro.

—¿Q-qué hacéis...?

—Justo acababa de hacerle el mantenimiento a la araña y le estaba dando un paseo de prueba. —El brujo señaló por encima de su hombro, a la distante ladera más allá de los límites del jardín.

Allí pululaba el enorme ente sin rumbo fijo, pendiente arriba y abajo, como si apuñalar las piedras con sus patas mientras se mantenía en equilibrio fuera suficiente diversión.

—Se me ocurrió pasarme a ver qué hacíais antes de llevármela de vuelta al taller —se excusó él, y se rascó el labio superior con el pulgar, evitando mirarla—. Al comprobar que dormíais, pensé en dejaros en paz, pero empezasteis a... hacer ruidos.

«Tierra, trágame».

—Me pareció que teníais una pesadilla.

—Sí, sí, desde luego. —Mintió sin reparos. Después se incorporó, recolocándose las ropas revueltas—. Debo de haberme quedado dormida mientras descansaba.

Él también se puso en pie. Carraspeó. Juntó las manos tras la cintura y ladeó levemente la cabeza, en esa pose tan suya, solemne y atenta. Dioses, hasta su forma de moverse le gustaba.

«¿De verdad me he encaprichado de mi anfitrión?», pensó con un suspiro resignado.

El silencio se prolongó entre ellos.

Y él siguió rehuyendo su mirada.

Sus sospechas de la última semana se confirmaron: a Salazar le pasaba algo. Le había notado el cambio después de que el diablillo regresara, aunque aún no se figuraba la causa. Dejó al brujo en el

taller, extasiada por haberlo hecho reír a grito pelado. Esperaba poder repetirlo esa misma noche, pero, cuando bajó para cenar con él, se lo encontró alicaído y disperso. Ni rastro de esa sonrisa cómplice que siempre le llenaba el corazón de lucecitas.

Parecía que a Salazar le hubiesen drenado el espíritu.

A ella, que tenía desarrollado un sentido especial para detectar las fluctuaciones más sutiles en el ánimo de quienes la rodeaban, aquel súbito cambio dio al traste con sus esperanzas. Su confusión no había hecho más que crecer desde entonces. Seguían entrenando en el taller, y tampoco podía decir que Salazar pasara menos rato con ella que de costumbre. Sin embargo, volvía a ser el anfitrión de semanas atrás, gentil pero reservado; una columna de piedra blanquinegra cuyo gesto más expresivo eran sus secas reverencias al despedirse.

Cuando Talía le preguntaba al respecto, él se excusaba con que el trabajo lo tenía agotado, o directamente fingía no entender. Pero lo había sorprendido más de una vez observándola ensimismado, con la mandíbula tensa y una sombra de melancolía en los ojos.

«Creía que nos estábamos haciendo amigos. ¿Por qué ya no puedo hacerte sonreír como antes? ¿Fue algo que hice o dije? ¿Te has cansado de mí?».

Si no le hubiera temido tanto al rechazo, quizá se habría atrevido a preguntárselo con esas palabras. Solo había tenido a Salazar durante unas semanas y ya estaba encariñada. El sentido común le pedía que se controlara, que fuera más reservada con su afecto. De lo contrario, podían hacerle mucho daño.

Pero eso era imposible con el nigromante.

Porque con él todo le surgía fácil. Hablar. Bromear. Hasta cuando el corazón le galopaba sin control y la cabeza le daba vueltas solo de

mirarlo, el simple hecho de *estar* cerca de él la hacía sentirse... a salvo.

¿Cómo podía resistirse a algo así?

Desde temprana edad se había vuelto muy diestra en distinguir la mera cortesía del aprecio genuino. El humano podía ocultarse tras todos los «vos» que quisiera: ella percibía la calidez en su voz cuando le hablaba. Veía su bondad, su generosidad, su paciencia. El respeto con que la trataba.

Y se conocía, sabía de sobra los derroteros por los que estaba tirando su corazón idiota.

Prueba de ello eran sus malditos sueños, cada vez más frecuentes.

Jamás había probado nada más adictivo que el aprecio de Salazar. En cuanto olía una pizca en el aire, allá flotaba ella, atraída hacia él como el lobo a la sangre derramada.

Que la Tierra se apiadara de ella. Estaba muerta de hambre. Siempre lo había estado, y él olía a... a...

La voz del nigromante la sacó de sus ensoñaciones. Miraba los restos de un murete semicircular justo detrás de ella.

—Hum. Esas son nuevas.

Talía se fijó en los cardos negros y elegantes que crecían al amparo de los escombros. Sus espinas amenazantes recordaban a púas de hierro y plata, en contraste con la suavidad de sus flores, pompones plateados y esponjosos, como pancitas de curruca. Habían aparecido un par de noches atrás y solo crecían en la sombra, como secretos.

—Me imagino que con esos cardos no se podrá hacer un puchero, ¿verdad? —bromeó él, mas la sonrisa no le subió a los ojos hasta que ella se la devolvió.

—No lo recomiendo.

Él chascó la lengua con fingida decepción.

—Me preguntaba si os apetecería entrenar antes de la cena, pero, si os habéis quedado dormida, seguramente es porque estáis demasiado cansada.

—Lo estoy. Aun así, no me importaría acompañaros de vuelta al taller.

Descendieron por unos escaloncillos que asomaban como dentaduras entre la hierba rojiza. La rata no debía de andar muy lejos, a juzgar por cómo las plantas susurraban junto a ellos. Como de costumbre en los últimos días, Salazar caminaba sombrío y silente, con aires de psicopompo extenuado por el peso de los milenios. De vez en cuando la miraba de refilón con aspecto de querer decir algo y no saber cómo.

—El Páramo os está sentando bien.

Talía se pasó los dedos por la melena. La fronda de su cabeza había doblado su tamaño y le habían brotado racimos de capullos violetas tras las orejas. Esperaba con ilusión el momento en que se abrieran. Se sentía rebosante de vida. Era como si, tras diez años de invierno forzoso, una primavera oscura se estuviera abriendo paso dentro de ella.

—Entre las yedrasi, las flores que cuelgan junto al cuello son un signo de que la dríade ya es una doncella adulta. A mis hermanas les salieron en cuanto dejaron atrás la niñez, pero yo... —Suspiró—. Siempre pensamos que algo iba mal con mi crecimiento. Estaba tan acomplejada...

—Si plantas una orquídea en el desierto, no puedes culparla por no florecer. Resulta que solo necesitabais una temporada en el Páramo.

—Me cuesta creer que lleve ya un mes aquí. Si parece que llegué ayer...

—El tiempo se va rápido.

A la joven no le pasó desapercibida la nota de abatimiento en su voz. Cayeron en otro de esos silencios largos y extraños, y ella ya sabía que no serviría de nada preguntar al respecto.

Pero necesitaba hablar, porque, de lo contrario, volvería a recordar el sueño y que él la había oído gemir y... ¿Estaría él pensando en lo mismo?

—Ya no debe de quedar mucho para la visita de Jara. Me pregunto qué dirá cuando vea todo esto —dijo, barriendo con la mirada el calidoscopio de rojos, púrpuras, rosas, negros y añiles a su alrededor.

Notó que Salazar se tensaba.

—¿Tenéis ganas de verla?

—Muchísimas. A veces me cuesta hasta dormir.

Él bajó la vista.

—Sin duda, la perspectiva de reuniros con vuestra familia os habrá recordado cuánto echáis de menos vuestro hogar. Seguramente estaréis contando los días hasta que podáis volver.

Era imposible leer lo que ocultaba tras esa máscara de indiferencia.

—Mis últimos días allí fueron difíciles, pero... sí, lo extraño, por supuesto. Me faltan las tardes de costura y pasteles con mi Adelfa, las escapadas al bosque con Jara. Los mil cantos de los pájaros, la música, las danzas bajo las estrellas, los arcoíris después de las lluvias... —se interrumpió, dudosa. ¿Era imaginación suya, o los hombros del nigromante se iban hundiendo conforme ella enumeraba todo lo que el Páramo no tenía?—. Aun así..., no tengo prisa por volver.

—¿Y eso?

—Bueno, porque todo es diferente allí. Bosqueterno tiene muchas cosas buenas, pero otras... no tanto.

Salazar la estudiaba de soslayo con demasiado interés para una cháchara tan trivial en apariencia.

—Una vez que regrese allí, seré otra vez Flordemuerte, con todo lo que eso conlleva. Tendré que volver a replegarme sobre mí misma para no sembrar la crispación allá donde vaya. Por descontado, tampoco podré compartir las cosas que he hecho en el Páramo..., en especial las que más me importan. —Acarició las flores bajo la atenta mirada de Salazar—. Nada de esto podré llevármelo a casa, ni replicarlo allí. A menos que quiera que lo quemen todo y me echen a mí también al fuego.

Tras la escaramuza con los no muertos, Talía había visto desde un balcón del castillo cómo los carroñeros, supervisados por el brujo, arrojaban a una pira los restos desechados. Contempló las lenguas de fuego alzarse hasta el cielo opaco de la mañana. El aire olía a humo y putridez calcinada, justo como en sus pesadillas.

Pero allí no había turbas de los Bosques. Su padre no vino a buscarla, antorcha en mano. Todos ellos se hallaban muy muy lejos.

—En el Páramo, nadie quiere arrojarme al fuego purificador. —La melancolía suavizó su voz—. Visteis lo que era, lo que podía hacer, y, aun así, me perdonasteis.

Los humarejos la seguían por los pasillos entre susurros indescifrables, jugando a esconderse cuando ella se daba la vuelta. Cada noche, Ceniza y Carbón le enseñaban los cachivaches brillantes que habían acumulado durante años al servicio de Salazar, y ella se deshacía en exclamaciones de admiración, solo para verlos inflarse como pavos. Algunas tardes, si se despertaban temprano, los mangalines la visitaban en el jardín y, mientras ella descansaba de sus cantos, le mostraban todos los animales en los que podían convertirse. Después, más por darles el gusto que por verdadero

cansancio, Talía se echaba entre las flores y dejaba que se acurrucasen con ella.

Le encantaba dormitar abrazada a esos cuerpecitos calientes bajo un dosel de pétalos. Oír sus suspiritos de satisfacción, arrullados por el susurro de su jardín meciéndose con la brisa en torno a ellos, la llenaba de una paz que parecía irradiarle de dentro del pecho, calentándola como el abrazo del sol.

—Aquí me he sentido bienvenida; apreciada, incluso. Como si mi presencia hubiera aportado algo, en vez de empeorarlo todo. No sé si alguna vez tuve algo así. No hasta este punto. Y ahora que sé lo que es...

«Contén tu lengua. No puedes mostrar tanta vulnerabilidad. Eres una hija de Mirtalón», le dijo una vocecita en su cabeza, pero la ignoró.

Allí, en ese limbo sereno entre dos mundos, no era ni princesa ni bastarda ni víctima ni plaga; solo Talía.

Cuando por fin se atrevió a mirar a Salazar, algo había cambiado en él. Seguía envarado, con las manos a la espalda, pero en sus pupilas crepitaba una intensidad turbadora.

—¿Ahora qué, princesa?

Todavía le cosquilleaba en el cuerpo la sensación fantasmal de sus caricias, aunque hubieran sido un producto de su imaginación. No obstante, reunió el coraje para sostenerle la mirada. Quería que él viese su cara mientras lo decía. Necesitaba que supiera que estaba hablando desde el corazón.

—Nunca pensé que diría esto, pero lo cierto es que... soy feliz aquí.

Durante varios latidos, Salazar ni pestañeó. Parecía que un rayo lo hubiera atravesado.

—Y os agradezco que hayáis compartido vuestro hogar conmigo tan generosamente. Más de lo que pueden expresar las palabras —prosiguió.

Un músculo tembló en la mandíbula del brujo, como si estuviera intentando reprimir el dolor de un calambre o mordiéndose la lengua muy fuerte.

—Las puertas de mi Páramo siempre estarán abiertas para vos, Talía, con o sin contratos de por medio —contestó con la voz ronca.

Ella se lo agradeció con una sonrisa genuina pero breve. Dudaba mucho que la dejasen volver una vez que se agotara el tiempo acordado. Su padre había transigido con el trato porque así mataba dos pájaros de un flechazo: contentar a su aliado dejando que se llevara a su hija más prescindible y, de paso, disciplinarla, a su manera distante y casual.

Pero hasta eso habría de llegar a su fin. Por mucho que le doliera repetírselo.

Se miraron un rato, sin moverse, con un puñado de cadáveres en flor como únicos testigos. Talía fue la primera en bajar la vista, cohibida.

—Disculpadme. Debo de estar hoy más tierna que de costumbre.

—No sois la única.

Sin más explicación, Salazar se giró hacia el gigante de ocho patas, que en ese momento se aproximaba con parsimonia a los límites del jardín, donde ellos estaban.

—Aún nos queda tiempo hasta que anochezca. Quizá un paseo en araña por los cañones nos anime.

Ella sonrió ante la inesperada sugerencia. No había vuelto a montarse en la criatura desde la primera vez y aún no había visitado los cañones detrás de la fortaleza. ¡Dioses! Ni siquiera había

terminado de explorar el propio castillo, tan lleno de torrecillas, galerías y recovecos.

—¿Sabéis qué? Puede que tengáis razón.

Por fin, una pequeña sonrisa suavizó los rasgos de Salazar, y ambos se encaminaron con renovado entusiasmo hacia el gigante de hueso.

—Nunca llegué a preguntaros de dónde sacasteis una araña tan colosal.

—De ninguna parte. No las había tan grandes para lo que quería. La construí de cero, a partir de los trozos de una docena de criaturas distintas, algunas bastante raras.

—¿Bestias del Desgarro?

—No discrimino. Si las piezas me sirven, las aprovecho.

—¿Y por qué una araña? —preguntó Talía mientras sorteaban los restos de otro lázaro desmembrado por orquídeas espinosas.

—¿Por qué no?

—Tengo entendido que los humanos las encuentran horrendas.

—Así es, pero yo soy ese rarito al que le gusta lo que los demás desprecian.

Su melancolía parecía haberse despejado considerablemente. Quizá, por fin, ese paseo juntos consiguiera devolverlo a la normalidad.

Llegaron a la linde del jardín y se detuvieron a pocos pasos de la criatura, que se cernía sobre ellos como un desprendimiento apenas contenido. Su tamaño bastaba para robarle a cualquiera el aliento, suspendida en falsa calma sobre la jaula de sus patas monstruosas. Sus múltiples ojos de piedra negra relucían, fríos, pulidos y cuidadosamente alineados en esa testa grotesca, de la que colgaban cuatro quelíceros más anchos que la propia Talía. Olía a hierro, a carroña y a peligro. Las manos y los pies empezaron a picarle con

las primeras gotas de sudor ante el impulso reflejo de alejarse de ella.

Y, a pesar de todo..., dio otro paso adelante, intrigada por la oportunidad de familiarizarse con ella a su ritmo, sin una corte entera juzgando cada uno de sus movimientos. Porque, una vez que estuvo aparcada la repulsa, comenzó a distinguir algo más, enhebrado en las coyunturas de sus miembros, en su simetría, en la meticulosidad con que cada elemento había sido colocado para crearla.

Vio artesanía y, lo más importante, cariño.

E intencionalidad. No podía ser coincidencia que Salazar se hubiera construido su montura insignia a semejanza de una criatura tan denostada entre los suyos. Recordó el disgusto escandalizado de sus súbditos cuando la vieron tocarla. Había pasado bochorno, sí, pero por debajo había sentido una punzada de otra emoción más tentadora, una rebeldía que la instaba a ir aún más lejos. «¿Queréis que pare? Pues ahora os voy a dar más».

El Carroñero había hecho justo eso, pero con arte. Esa era la palabra: «arte». El coloso arácnido era un despliegue de sus talentos, una primera impresión de lo que él albergaba dentro: fealdad y belleza, horror y creatividad. Como si una parte de él dijera: «¿Queríais un monstruo? Aquí lo tenéis», y otra: «Impresionaos ante lo que puedo hacer». Salazar había moldeado su propia monstruosidad en algo de lo que enorgullecerse.

Exhaló un suspiro de admiración.

—No puedo creer que alguien haya sido capaz de crear algo así. Todos estos huesos, alzándose como si nada, moviéndose en tan perfecta sincronía... —confesó, sin aliento. Luego negó para sí—. Ay, si en Bosqueterno me oyeran hablar así...

El talante del brujo había recobrado esa avidez inexplicable.

—Pero aquí solo estamos vos y yo, princesa. Podéis decir lo que os venga en gana.

Qué tentador sonaba eso. Talía tragó saliva ante esas palabras, tan similares a las del Salazar de su sueño.

—¿Os... gusta? —preguntó él, señalando a la araña, como si le costara creerlo.

A ella se le escapó una risa nerviosa.

—¿De verdad os hace falta preguntarlo?

Él apartó la vista, esbozando una deliciosa sonrisa cohibida.

—No me lo esperaba, la verdad.

Se acercó a la araña y le rodeó el cuello en un abrazo conmovedoramente similar a los que Jara le daba a su lobo. Deslizó las manos por la superficie de hueso, se concentró, y la criatura se enderezó con un súbito chasquido de mandíbulas. Talía dio un salto hacia atrás.

—No temáis. En lo que respecta a vos, será mansa como un corderito.

Ella se rio, pero entonces le surgió una duda.

—Hay algo que aún no entiendo. Seguro que es una pregunta tontísima, pero...

—Preguntad sin miedo.

—¿Hasta qué punto están vivas estas criaturas? Es decir, sé que están muertas, pero... parecen tener voluntad propia.

Él acarició a la araña, distraído.

—La justa. Y siempre vinculada a la mía. A veces, la memoria que sus vidas dejaron grabada en sus huesos influye en su comportamiento..., a menos que yo se la purgue durante la reanimación, convirtiéndolos en poco más que marionetas.

Ella pensó en su ratita cariñosa y frunció el ceño.

—¿No sienten emociones? ¿Nada en absoluto?

Él entornó los párpados y ella señaló su mano, aún sobre la testa de la araña.

—La estáis acariciando. Debe ser porque sabéis que a ella le gusta, porque hay algo dentro de ella que os reconoce y responde a vuestro contacto. Que siente algún tipo de vínculo, o lealtad, o afecto.

Salazar esbozó una sonrisa amarga. La tan temida tristeza de los últimos días reapareció en su rostro.

—No, Talía. Dudo que haya sentimientos aquí dentro. Es mejor así. Menos complicado.

—Entonces..., ¿por qué la acariciáis?

La mirada del brujo se perdió entre las placas de hueso.

—No lo sé —dijo, tras meditarlo un momento—. Alguien tiene que hacerlo, supongo.

Su tono indolente no la engañaba. Ya conocía sus inflexiones, lo bastante para percibir la inmensa soledad detrás de esas palabras. De pronto, se le ocurrió que la razón de tanta caricia era dolorosamente simple. Aquel niño que se escondía para jugar con sus ratoncitos muertos seguía oculto en alguna parte dentro de Salazar. Tal vez acariciase sin parar a sus criaturillas aberrantes por la misma razón que ella solía abrazar a sus muñecas de trapo: porque no podía evitar quererlas. Porque en el fondo, como todos los niños aislados, albergaba la ínfima y absurda esperanza de que, algún día, su cariño constante insuflaría la suficiente vida en sus amigos imaginarios para que la quisieran a ella de manera recíproca. Aunque solo fuera un poco.

«No te precipites, Talía —se reprendió—. No hagas el ridículo proyectando tus dolores en el Carroñero. Él es mucho más duro que tú».

—Os ha cambiado la cara. ¿Qué tenéis en la cabeza?

—Nada importante. —Ella recorrió con la mirada el caparazón superior de la araña, reforzado con cuero y remaches de metal—. He notado algo raro durante las clases mientras trabajaba con los esqueletos reanimados. Al ser vuestros, no quise profundizar en ellos con mis sentidos de dríade sin permiso, pero me da la sensación de que tienen una energía distinta a la que corre bajo nuestros pies.

Salazar levantó una ceja, y el cuerpo de Talía reaccionó como si acabase de oír el primer trueno de una tormenta acercándose por el horizonte.

—Porque no llevan dentro la energía del Páramo, sino la mía.

—¿Y es muy diferente?

Él se mordió el carrillo, como si debatiera consigo mismo.

—Tocadla y comprobadlo vos misma.

Retrocedió hasta colocarse junto al costado de la araña y la señaló con un cabeceo. De pronto, volvía a ser el forastero que se plantó frente a su trono y no se dio por satisfecho hasta que ella le devolvió la mirada.

«Mírame. Veme. Si te atreves».

Era una invitación demasiado tentadora. Despacio, Talía pasó bajo la arcada de una de las patas y fue hasta él. Su mano planeó sobre el lateral de la araña, dudosa.

—¿Puedo?

—Adelante.

Ella deslizó los dedos por la línea garrapatosa que unía dos placas de hueso. Su tacto, frío y duro, envió un escalofrío por su brazo. Posó la mano entera y cerró los ojos, dejando que sus sentidos se hundieran más allá de la gruesa coraza.

«Veamos a qué sabe tu magia, nigromante».

No estaba preparada para lo que le salió al encuentro.

Fue como sumergirse en un lecho de sábanas escarchadas; uno ya ocupado por otra presencia mucho más grande y voraz que ella. En medio de la oscuridad, sintió la energía que lo mantenía todo en movimiento. Una chispa plateada de voluntad que se ramificaba, incansable, en la inmensidad gélida. Y cuanto encontraba dormido en ella lo martilleaba, lo sacudía hasta sacarle un latido, dos, cientos, un infinito inagotable y pulsante. Vida y muerte entrelazadas en una inmensa telaraña de plata que vibraba y se extendía hasta el último rincón de aquel cuerpo arácnido, creando una perfecta tormenta de relámpagos sobre el lienzo negro del abismo. Y cada trueno era una orden. Un deseo. Un hálito susurrado entre las brumas del sueño eterno.

«Levántate y camina».

No notó que su propia bestia interior se había despertado hasta que su gruñido extasiado le reverberó en las entrañas. Un calor rojo le subió desde la parte baja del vientre a la cabeza, urgiéndola a lanzarse a la vorágine. Su ser quería adentrarse en esa oscuridad y entrelazar sus raíces con la telaraña de relámpagos. Se acoplaría a su pulso incansable, y que de esa unión surgiera lo que los dioses quisiesen...

Rompió el contacto con un jadeo y se frotó la mano. Su corazón latía como un tambor. Percibió un dulzor picante en el aire que antes no estaba ahí y, al palparse detrás de las orejas, descubrió que sus flores de doncella se habían abierto todas a la vez. Aguantó la respiración, petrificada. Se sentía como si su ropa y su piel se hubiesen vuelto transparentes y, con solo mirarla, el nigromante podría ver la *cosa* removiéndosele dentro mientras el apetito se le acumulaba como miel caliente entre los muslos.

Había sentido varias magias a lo largo de su vida entre feys, pero ninguna la había afectado así. La de Salazar tenía algo que hacía

reacción con la suya. Al igual que ellos, sus bestias internas se llevaban *demasiado* bien en cuanto sus dueños olvidaban apretarles la correa.

Toda ella acababa de volverse fragrante.

Tierra y estrellas, era imposible que él no la estuviera oliendo.

Lo oyó inhalar con brusquedad, pero no tuvo el valor de devolverle la mirada. No se atrevía ni a moverse.

Eso que había sentido era *él*. Un pedazo de su esencia, cruda e íntima y profundamente auténtica. Recordó su ejército en la Llanura, su letalidad, su apabullante sincronía. Dentro de todos y cada uno de ellos había pulsado esa misma tormenta. Se estremeció. ¿Cómo era posible?

Salazar era una fuerza de la naturaleza.

Y los feys habían osado burlarse de él en la fiesta. ¿Cómo fueron tan inconscientes, tan soberbios? Aparte de Mirtalón, ¿tenía alguno de ellos la más mínima idea de lo mal que podría haber acabado esa velada si el Carroñero hubiera tenido la sangre un poco más caliente?

Aunque no descartaba que así fuera. Porque de pronto lo tuvo justo delante, mirándola como nadie debería mirar a una princesa, a menos que quisiera que le separasen la cabeza del cuello. Sus facciones vibraban con tensión reprimida.

Por un momento, temió haberlo enfurecido.

Entonces se dio cuenta de que no era ira lo que ardía en sus ojos oscuros. Era hambre.

«Para», decían.

«Dame más».

No pudo resistirse. Como si tuviera voluntad propia, su mano se alzó y acarició la mejilla de la criatura nigromántica más peligrosa de todas.

Con ese simple toque, el brujo volvió a la vida. Violenta y súbitamente. La agarró por los brazos y, en un parpadeo, Talía se halló atrapada entre la araña y Salazar, que se cernía sobre ella como una torre próxima al derrumbe..., hasta que pudo sentir el calor de su respiración agitada en su rostro.

Durante un instante eterno, fue como si el Páramo entero contuviese el aliento.

Y entonces sus labios encontraron los de ella, en un beso arrollador que la atravesó como una borrachera febril, deshaciéndola desde dentro.

Sus manos —*esas* manos— empezaron a recorrerla entera, hambrientas y posesivas. Las hundió en su melena florida, en la carne expuesta de su espalda, en las curvas de sus caderas. Su olor la envolvió y se mezcló con el suyo. Hierro y néctar. Vida y muerte. Y la forma en que esa boca dura devoraba la suya, sin dar tregua..., era decadencia pura.

El señor del Páramo la había atrapado entre sus garras y se la estaba comiendo viva.

Ahogó un gemido y se aferró a su cuello, ansiosa por sentir la fuerza de sus músculos bajo la aljuba. Enardecido por sus caricias, Salazar gruñó contra su boca, y ese sonido tan íntimo, tan cargado de necesidad, desató una oleada de calor en su interior y le convirtió las piernas en gelatina. Él la aupó de un tirón, como si no pesara nada, y la apresó más si cabía contra el costado de la araña. El frío de los huesos en su espalda contrastaba con el ardor del cuerpo masculino que la sostenía.

No era suficiente. Necesitaba colmar su sed de Salazar como fuera, tener su piel contra la suya. Quería sentir su tormenta palpitando dentro de ella, reclamando cada rincón oscuro para sí.

«Sí. Sí. Revíveme».

Sin pensar, le rodeó la cintura con las piernas, aprovechando que él la tenía firmemente aprisionada. Tan pronto como el movimiento le remangó las faldas del peplo, allí estuvieron las arrebatadas manos de Salazar, recorriéndole el veteado de los muslos mientras él se apretaba contra ella hasta que solo la ropa se interpuso entre sus cuerpos.

Un nuevo gemido se le escapó al notar la calidez férrea de su miembro presionarle la cara interna del muslo a través de sus pantalones.

Al igual que su boca, el cuerpo del nigromante deseaba invadirla. Profanarla. Llenarla de sí mismo.

Y que sus ancestros la perdonasen, pero ella no había deseado nada tan desesperadamente en su vida.

—Salazar... —suplicó, entre beso y beso.

Entonces, él se paró en seco. Jadeó varias veces sobre sus labios, con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. La soltó de golpe, como si quemara, y Talía tuvo que agarrarse al nacimiento de las patas de la araña para no caer al suelo. Desorientada, se tambaleó hasta recuperar el equilibrio sobre sus piernas temblorosas. El pulso le retumbaba en las venas. Su cuerpo entero se quejaba, frustrado por la repentina ausencia de Salazar. Lo miró, sin comprender.

El humano tenía la expresión petrificada de alguien que acababa de cometer un error fatal.

—Lo siento, princesa. No sé qué me ha... —barboteó con la voz rasposa—. Disculpadme.

Se dio la vuelta y se alejó a zancada limpia vereda arriba, hasta perderse de vista.

Entumecida por el pasmo, Talía se apartó de la araña, recolocándose el peplo revuelto. Durante un rato permaneció allí

plantada, con cara de cervatillo petrificado, mientras la brisa le enfriaba el cuerpo y su delirio se evaporaba.

Cielos sangrantes.

Por todas las raíces podridas de la Tierra.

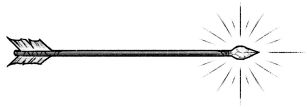
Se cubrió las mejillas con las manos. Le olían al Carroñero. Aún sentía el fantasma de su piel tersa y firme hormigueándole bajo los dedos y su sabor en los labios hinchados. Aún murmuraba en sus oídos el eco de esos gruñidos sedientos y enloquecedores.

No entendía nada.

Solo que él se había arrepentido al poco de empezar.

Se dio la vuelta y huyó al jardín a paso rápido, presa de una mortificante sensación de irrealidad.

Quizá había llegado el momento de cavarse una madriguera bajo el arbusto más tupido, esconderse en ella y no salir hasta que el mundo hubiera olvidado su nombre.



Salazar irrumpió en el taller y cerró con un portazo, respirando agitadamente.

¿En qué cojones estaba pensando? Había aguantado una semana con la disciplina de un puñetero santo. ¿Qué demonio lo había poseído para ser tan imbécil de invitar a Talía a sentir su magia?

Ya puestos, podría haberle pedido que le metiera la mano en los calzones. El resultado habría sido el mismo.

«Ella quería tocarla. Se le notaba en la cara. Y ahí es donde has fallado, so cabrón».

Porque no había podido resistir la tentación de permanecer conectado con la energía interior de la araña mientras Talía la

husmeaba por dentro. Quería comprobar si su propia magia le permitía paladear la de ella y hacerse así una idea de lo que el Páramo sentía cuando ella lo hacía florecer.

Y vaya si había podido. Demasiado bien.

Había sentido su presencia tentativa, sutil pero inconfundible, introducirse en la tempestad de sus dominios. Suave cual raíz aterciopelada que se deslizara sinuosa entre la negrura.

Una caricia trepando por su piel entre las sábanas.

Sus poderes eran como dos idiomas que, aunque sonaran muy distintos al oído, procedían de la misma raíz. No solo se entendían el uno al otro; se atraían.

Jamás le había ocurrido algo así.

Debería haber interrumpido el contacto en ese instante, pero entonces vio la transformación obrarse en ella. Se quedó absorto en su expresión concentrada y ávida, como quien oye una melodía deliciosa, mientras el rosa de sus labios se encendía; hasta el veteado de su piel parecía más vivo. La mirada se le fue a sus hombros delicados, resbaló por su pecho y...

La Virgen. Estaba tan erizada que hasta podía notarle los pezones a través de la tela del peplo.

Entonces ella abrió los ojos y lo miró con esa vulnerabilidad irresistible, como si la hubiera sorprendido tocándose. Y, por si la imagen mental no hubiera bastado para descomponerlo, llegó la brisa y le empujó el perfume de sus flores abiertas de par en par.

Dios y Satán, la fragancia de Talía. Se le coló dentro como una droga, le robó el control de sí mismo y ahí fue cuando Salazar, que ya se encontraba al borde del abismo, se convirtió en un animal.

—¡Joder! —masculló mientras cruzaba una cripta vacía.

No podía creerse lo cerca que había estado de sucumbir a sus impulsos y poseer a la hija del rey contra una amalgama de

cadáveres.

Debería haberlo visto venir. Esos gemidos provocadores antes de despertarla. El agradecimiento en sus ojos mientras le confesaba que su hogar la había hecho feliz. Esas palabras en boca de Talía lo habían arrasado por dentro, más efectivas que un lametón en la entrepierna. La sangre le ardía en las venas. Cada fibra de su ser chillaba en protesta, tiraba de él, exigía que volviera a por ella y terminase lo que había empezado.

La tenía tan dura que dolía. Miró abajo, a la protuberancia que le quemaba en los pantalones, la que había restregado contra ella como una bestia en celo. Sus pupilas se clavaron en una manchita húmeda en la tela, allá donde él había rozado su sexo.

«Ella no te estaba rechazando. Podrías haberla tenido. Podrías...».

No pudo resistirse a tocar la mancha.

Después, se llevó el dedo a los labios.

Su dulzor picante se extendió por su lengua, deliciosamente primitivo, y pulverizó los últimos resquicios de su autocontrol.

Con los dientes apretados rebosantes de maldiciones, se desató las calzas, liberó su erección y comenzó a frotarla, apoyando su otra mano en la pared. No quiso pararse a analizar lo que estaba haciendo. A decir verdad, ya ni le importaba.

Solo podía pensar en los gemidos de Talía, en el sabor de sus besos, en la absoluta suculencia de su cuerpo amoldándose al suyo. Su mente galopaba sin control, abandonada a las imágenes de lo que podría haber sucedido.

Sus pechos veteados en su boca, el peplo hecho una ruina, las calzas desgarradas, el placer de Talía empapándolo hasta los testículos mientras se hundía dentro de ella, una y otra y otra vez. Esa voz melodiosa desgarrándose al gritar su nombre...

Se mordió el labio y se masturbó con más furia. Tenía que hacerlo allí mismo. Tenía que desfogar esa locura o, de lo contrario, volvería ahí fuera y cometería una estupidez que podría costarle muy muy caro.

El éxtasis lo atravesó, arrancándole un gruñido largo y ronco conforme su semilla se derramaba en chorros calientes por sus nudillos y goteaba en el suelo.

El eco de sus jadeos se prolongó en el silencio de la cripta. Rendido, apoyó la frente sudorosa en la fría pared de piedra y cerró los ojos.

—Mierda.



Al nigromante no se le vio el pelo durante los dos días siguientes.

Esa misma noche, cuando por fin Talía se atrevió a arrastrar los pies de vuelta al castillo, Martín la recibió frotándose las manos con nerviosismo.

—El nigromante ruega que aceptéis sus disculpas, pero no podrá cenar con nosotros. Dice que tiene demasiado trabajo.

Su alivio inicial fue rápidamente eclipsado por una abochornante decepción. ¿La estaba evitando? La cabeza le daba vueltas mientras mordisqueaba su cena sin ganas, rodeada de duendes que zumbaban a su alrededor como abejas. Intentó distraerse con los juegos de los mangalines, pero al final optó por retirarse a sus aposentos.

Tampoco allí descansó.

La mestiza nunca asumía que nadie fuera a volverse loco por ella. Sus idilios fracasados, las burlas de sus hermanas y el desapego de sus súbditos le habían arrancado de raíz, hacía mucho tiempo, cualquier brizna de presuntuosidad que hubiera podido tener.

Con todo, una cosa era ser humilde y otra no ver la realidad cuando la tenías delante de las narices. O, más bien, entre las piernas.

Sus ruidos quedos de placer contra su lengua. Esa sed iracunda en sus ojos.

Aquellos no habían sido los besos de alguien con sentimientos incipientes que decidía de pronto tantear el terreno. No había nada indeciso en la forma en que la había agarrado e intentado fusionarse con ella, como si necesitara devorarla con todo su cuerpo. Lo que fuera que había estallado dentro de Salazar aquella tarde llevaba una buena temporada recociéndose a fuego lento.

El nigromante la deseaba. Malamente.

Tanto como ella a él.

No tenía la menor idea de por qué, ni de cuándo había empezado, pero se derretía como la mantequilla solo de pensarlo. No lograba concentrarse en nada. Daba vueltas en el lecho con la cabeza en llamas y el cuerpo estremecido por la revelación.

«¿Y ahora qué?».

Al romper el alba, incapaz de conciliar el sueño, le dio por pulular por las galerías. A esa hora los duendes se retiraban a dormir y, salvo que alguna sorpresa asomara a las charcas y alborotase a los carontes, el lugar parecía un fantasma hueco hasta bien entrada la mañana, cuando el amo despertaba.

Un gato madrugador se le cruzó y Talía lo siguió por unas escaleras descendentes hasta la galería que, según Martín, llevaba a la cocina. En cuanto bajó el último escalón, le llegaron sonidos de trifulca desde el otro lado de una puerta cerrada.

Reconoció las voces agitadas de Martín, Lucio y Salazar. El eco las distorsionaba hasta volverlas incomprensibles, pero logró captar algunos retazos de la discusión. Al parecer, Lucio estaba fuera de sí y perseguía a Salazar por toda la cocina mientras lo llamaba «niñato descerebrado», «tontolamierda» y: «¿Es que quieres que te castren a falcatazos?». Salazar replicaba a toda prisa, igual de combativo. No obstante, por mucho que Talía aguzó el oído, las únicas frases que logró entenderle fueron: «¡Primero déjame que piense qué coño

le digo antes de hablar con ella!», y: «Vuelve a darme con la longaniza y te la meto por el culo, cojuelo de Satán». El resto de la refriega quedó ahogada por el estruendo de varias ollas volcadas y las protestas escandalizadas de Martín, que acabó perdiendo la paciencia.

—¿Todo un Páramo para sacaros los ojos y tenéis que venir aquí a ponerme la cocina patas arriba? ¡Fu! ¡Fuera de aquí! ¡A tomar por culo los dos!

La puerta se abrió de golpe con una ráfaga de viento —Lucio, asumió— y, poco después, Salazar salió de la cocina entre improperios. No llegó a verlo; lo reconoció por la cadencia de sus pasos. Antes de que pudieran cruzarse, Talía se escabulló con sigilo de dríade de vuelta a sus aposentos, aún más confundida que al abandonarlos.

De acuerdo. Si no había entendido mal, parecía que el nigromante sí quería aclarar las cosas con ella; solo necesitaba tiempo para ordenar sus ideas.

«Es lo justo —pensó, agarrándose a su dignidad de princesa y huésped—. Él me abordó y después salió corriendo, así que le corresponde a él romper el silencio y ofrecerme una explicación».

Ella se enorgullecía de su paciencia y su capacidad de comprensión, así que se retiró a sus quehaceres en el jardín y esperó.

Al segundo día, el aire se cegó de calima y se alzaron unos vientos aullantes que la ahogaban en cuanto intentaba cantar, así que se retiró frustrada al interior del castillo.

Y siguió esperando.

Para cuando llegó la tarde y él seguía sin manifestarse, su paciencia comenzó a pudrirse en humillación.

Se abrazó las rodillas contra el pecho y apoyó la sien en el cristal frío. En la planta baja del castillo, presidiendo las ruinas desde lo alto de la ladera, había un pabellón de muros curvos y arcos elegantes que enmarcaban altos ventanales. Daba la impresión de haber sido un salón de fiestas, pero el paso del tiempo lo había dejado en un estado lamentable y, como muchos otros rincones del castillo a los que aún no se le había hallado utilidad, permanecía olvidado y en desuso. Las volutas de la piedra estaban gastadas, el polvo y los escombros cubrían el suelo; y los ventanales, hechos de un vidrio opaco y algo iridiscente, se mantenían en pie de milagro, surcados de grietas y piquetazos.

Observó cómo su jardín oscilaba alborotado bajo el azote del viento. Las plantas apenas se distinguían entre la calima. Hacía un rato, mientras corría hacia el interior del castillo, había visto un puñado considerable de esqueletos armados salir del taller en formación, encabezados por la araña ensillada. Parecían estar preparándose para algo importante.

«¿Qué pasará hoy para que haya tanto trajín?».

La incertidumbre le mordisqueaba la boca del estómago, pero no pensaba bajar a las charcas para preguntarle a Salazar.

Si él no tenía tiempo para Talía, no sería ella quien lo buscase cuando claramente estaba *tan* ocupado.

Unos pasos hicieron ecos tras ella. Giró el cuello y el corazón le dio un salto al ver al susodicho, vestido con ropa de viaje y su brigantina oscura con remaches de metal. De su cinto pendían el machete envainado y unos guantes largos de cuero, de los que se ponía cuando esperaba meterse en muertos hasta los codos. En contraste con sus habituales ropas holgadas, ese atuendo resaltaba su altura y sus formas esbeltas. Lo hacía parecer... aguerrido. Letal.

«Maldito hombre». Era demasiado atractivo. Tenerlo delante no debería afectarla tanto. La volvía demasiado vulnerable, y más vulnerabilidad era lo último que alguien como ella necesitaba.

Él se acercó, levantando pequeños remolinos de polvo con cada paso. Talía no dijo nada, pero se puso en pie para recibirlo con los brazos cruzados. Cuando Salazar se detuvo a pocas varas de ella, reparó en la sombra de barba incipiente en su mandíbula tensa y los cercos bajo sus ojos, más oscuros de lo usual. Tenía aspecto de no haber dormido en los últimos dos días.

Reprimió las ganas de correr a su encuentro. Ladeó la cabeza y señaló sus protecciones con la sutil altivez que se esperaba de una princesa.

—Venís preparado para una pelea, por lo que veo.

Serio y erguido, él se palmeó una manga del gambesón, como sacudiéndose el polvo. Lo notó tragar saliva.

—Ha habido una batalla en el plano mortal. Lucio la ha encontrado ya en sus últimos estertores y hará una hora que vino a darme el aviso, antes de volverse para continuar la vigilancia.

Ella intentó fingir que la idea no la preocupaba.

—Hum. Eso explica tanto movimiento de esqueletos.

—Debo estar preparado para cuando Lucio regrese. Nos llevará allí y rapiñaremos lo que podamos mientras sea seguro. El tiempo es crucial en casos como este.

—¿Hacéis esto muy a menudo?

—Solo cuando la suerte se pone de nuestra parte. Lucio siempre anda a la caza de un buen botín, y allende el Velo hay tanto conflicto que, por fuerza, tarde o temprano acaba encontrando alguna matanza aprovechable.

«¿Acaso no piensa sacar el otro tema?».

El viento cobró fuerza y comenzó a silbar, insistente, a través de un panel roto en el ventanal tras ella. Le revolvió el peplo y le enfrió los brazos, pero Talía lo ignoró, cada vez más irritada.

—¿Y a qué debo el placer de vuestra visita?

La complació ver vibrar un músculo en la mejilla del brujo.

—Toda incursión entraña riesgo, por muchas precauciones que tome. No quisiera irme sin antes hablar con vos. Por si acaso.

—Vaya, me alegra saber que solo ha hecho falta la posibilidad de vuestro inminente y truculento final para obligaros a salir de vuestra madriguera y acusar mi existencia.

Salazar remetió los labios para adentro e inspiró hondo. Sus sienes se cubrieron de una finísima pátina de sudor. Con los hombros cuadrados, cruzó las manos por delante del cinturón, cual príncipe caído en desgracia que se prepara para recibir su sentencia.

—Sí, bueno... Quería disculparme por mi... impulso... el otro día —empezó, trabajosamente, a excusarse. Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del chiflido incesante del viento—. Nunca debería haber ocurrido. Fue inaceptable. No sé qué me pasó...

Talía sintió cómo algo dentro de ella se desinflaba. Varias flores se le cerraron detrás de las orejas, y una triste hojita seca le cayó por el hombro.

—Fui un anfitrión lamentable. Confiasteis en mí y me aproveché de vuestra inocencia...

—Mi inocencia —lo interrumpió ella, en tono gélido.

Puso los ojos en blanco, incapaz de contenerse ante lo ensayado e insincero que sonaba aquel discurso.

—Tierra y estrellas. ¿De qué inocencia me habláis? No sois el primer hombre que me besa. —Prefirió no mencionar que había hecho mucho más que besarla; bastante le ardían ya las mejillas—. Ni el primero que pierde el interés tras saciar su morbosa curiosidad.

Los ojos del nigromante se abrieron de par en par, llenos de indignación.

—Princesa, ese no ha sido mi caso, os lo juro —barboteó, y, por la mueca dolorida que se le escapó justo después, había dicho más de lo que pretendía.

—¿Y cuál es vuestro caso, si sois tan amable de aclarármelo?

Salazar se mordió los carrillos. Parecía que algo muy puñetero le estuviese dando vueltas dentro de la boca y necesitara comérselo antes de que saliera y lo dejase en evidencia.

—Yo no he ido a... No penséis, ni por un momento...

—Adelante. Os escucho.

Talía esperó con las cejas enarcadas. Tras varios intentos torpes de farfullar una explicación coherente, el brujo se pellizcó el puente de la nariz y masculló algo tan malsonante como indescifrable. Desde luego, la conversación no estaba yendo como ninguno de los dos esperaba, aunque, a decir verdad, ni siquiera ella sabía qué se había esperado.

—Tenéis toda la razón de enfadaros conmigo.

—No estoy enfadada —replicó ella con una sonrisita postiza que no hizo sino exasperarlo aún más.

«Solo dolida y desechada como un trapo, pero descuida, estoy acostumbrada. Todo irá bien mientras no me humille dejando que me veas llorar por los rincones como una idiota».

—Vuestro padre lo estará.

Ella frunció el ceño. De alguna manera, ese comentario la hacía sentirse peor.

—Ah. Así que eso es lo que os preocupa en realidad: la reacción del poderoso Mirtalón, no la mía...

—No me malinterpretéis.

—Si se enterase, tal vez, pero mi padre todavía no ha descuartizado a nadie por eso.

«A menos que vos sepáis algo que yo no». Entornó los párpados con suspicacia. No sería la primera vez que ella era la última de la familia en enterarse de algo importante que también la afectaba.

—Pues no es lo que vuestra hermana me dio a entender. Y, según se dice por ahí, el que se os acerca acaba desapareciendo de una forma u otra —dijo él con cuidadosa lentitud.

Talía hizo un mohín sarcástico.

—Los rumores afirman que como carroña y sudo sangre. ¿Os vais a creer eso también?

—No —rezongó él.

—No sé qué os habrán dicho, nigromante, pero la verdad suele ser más simple y aburrida. Si mis pretendientes desaparecieron en su día, fue porque decidieron que yo no les interesaba tanto después de todo, y no les valía la pena pelearse con su rey por mi mano. No se molestaron en explicármelo abiertamente, pero tampoco hizo falta. —Su tono ligero no impidió que la amargura se filtrara entre sus palabras—. Y sí, a mi padre le gusta tenerme controlada, pero, que yo sepa, aún no ha matado a nadie por besar a una hija suya. Ni siquiera a Flordemuerte.

En los últimos cinco años, solo dos pretendientes se habían atrevido a rondarla más allá del simple coqueteo. Ambos feys de la baja nobleza, ambos sin poder o influencia relevantes. Pero eso no le importaba a Talía, pues eran dulces y parecían genuinamente interesados en ella. O, al menos, esa impresión le dieron. Todas sus relaciones habían empezado en el más absoluto secreto a petición de ella, pues, de lo contrario, Arceúsa y Terebinta le habrían hecho la vida imposible al pobre muchacho hasta espantárselo.

Pero, por lo visto, no le hacían falta sus hermanas para ahuyentar a los hombres. Todos sin excepción la habían dejado del mismo modo, soltándola sin miramientos de un día para otro. Simplemente, una noche la querían y a la siguiente... no. El primero le duró unos cuatro meses y, sin más despedida que un «Esto ha sido un error», se largó al reino vecino para no volver. Un año después, cuando Talía había conseguido remendar su corazón partido, apareció el segundo. Se citaron a escondidas durante dos estaciones enteras, y Talía lo adoraba. Ese fey había conseguido que se sintiera segura con él, lo suficiente para imaginarse un futuro con boda y familia. Hasta que, de pronto, su querido dejó de acudir a las fiestas de palacio. No respondía a sus misivas, cada vez más desgarradas. Si por un casual se la cruzaba por el bosque, palidecía y le daba la espalda, fingiendo que ni la había visto.

No entendía la razón de un miedo tan súbito. Aquello había sucedido mucho antes de la Llanura. Por aquel entonces, el pueblo de Bosqueterno aún no sabía a ciencia cierta de lo que ella era capaz. Talía se guardaba de revelar nada que pudiese repelerlos más de lo que ya hacían las habladurías. Era inútil; al final, ambos huyeron de ella como de una plaga sin dar explicaciones, dejándola sumida en el dolor y la confusión.

Ni siquiera los que se atrevían a conocerla llegaban a quererla tanto como para quedarse con ella.

No era lo bastante atractiva, lista, cariñosa, complaciente. Su amor nunca bastaba para mantener a un hombre a su lado. *Ella* no era suficiente.

Salazar la observaba con una intensidad difícil de interpretar. Algo estaba calculando; probablemente cómo desprenderse de su persona de la forma más diplomática posible.

Sin darse cuenta, se llevó una mano a la hondonada bajo sus pechos, a ese punto tierno donde las últimas costillas convergían con el fin del esternón, donde ya no había huesos que protegiesen las partes más vulnerables del interior, y cualquier cuchillada podía sacarlas al aire.

«Venga, Talía, ya has pasado por esto. Solo es otra puñalada, la última de tantas. ¿Por qué esta vez te duele tanto antes incluso de recibirla?».

Porque, para ella, Salazar no era un simple cuchillo, sino una guadaña capaz de segarlo todo a su paso. Siempre diferente a los demás, desde el primer momento. Había visto partes muy viscerales de ella y, a cambio, le había enseñado partes de él que mantenía celosamente ocultas al resto del mundo. Su canción resonaba dentro de ella, provocándole unos sentimientos demasiado profundos, una sensación de *pertenencia* que hacía que sus anteriores idilios pareciesen una pantomima infantil en comparación.

«No estáis tan sola como creéis».

Dioses. De verdad que ese hombre no tenía ni idea de lo que le había hecho.

Ese maldito brujo se le había alojado en lo más hondo de su vapuleado corazón y lo había hecho suyo, sanando con su magia cada fisura, hasta volverlo bello y resplandeciente. Era lo que él hacía: con los huesos, con el Páramo..., con ella. Y ella se lo había permitido, como la que no aprende.

Bah, ¿para qué engañarse? No habría podido evitar enamorarse de él ni aunque lo hubiera intentado.

«Te dejé hacerte un hogar en mi corazón, y ahora tienes poder para pulverizármelo desde dentro con un simple "no". Y ya podría haber una cohorte de pretendientes esperándome en Bosqueterno, que yo no les dedicaría una mirada. A todos los compararía

irremediablemente contigo, como una idiota, y todos saldrían perdiendo».

Por fin lo sabía con pavorosa certeza: no se conformaría con nada menos que ese hijo del Desgarro cuyo auténtico nombre aún le era un misterio.

«Si no has de ser tú, entonces que arda el amor y se pudran las flores de mi pecho».

Jamás desearía a nadie como lo deseaba a él.

«Tonta, tonta, más que tonta... Me has maldecido para el resto de mi vida y ni siquiera eres consciente. ¿Por qué herida abierta te me colaste, legionera? ¿Cómo te saco yo ahora de mis venas?».

—No me he explicado bien, Talía...

Oírlo pronunciar su nombre así y saber que no significaba lo que ella creía hizo que su fachada altiva empezara a desmoronarse. Notó el pinchazo de las lágrimas inminentes, la quemazón de la vergüenza en el rostro. Esa conversación era como un animal malherido que no iba a ninguna parte: más valía rematarla, acabar con su miseria y dejar que el brujo se marchara con sus muertos, si tanta prisa le corría.

—Descuidad, os he entendido. Podéis dejar de atragantaros con disculpas vacías. Lo importante ya se ha dicho: desearíais que no hubiera ocurrido.

—No por lo que creéis —dijo él entre dientes.

El viento silbaba y silbaba a través de la grieta en el cristal, cobrando tintes de chillido, y el ojo derecho de Salazar comenzó a sufrir un tic nervioso.

—Pero tampoco os dignaréis a darme más aclaración al respecto, ¿me equivoco? —Esbozó una diminuta y afilada sonrisa—. Y, por descontado, tampoco sabré a qué vino esa manera de engancharse a mí como el sediento que encuentra un manantial.

Un rubor se extendió por las orejas del brujo.

—Princesa... La prudencia me obliga a callar lo que quisiera decir.

Parecía que se estuviese arrancando las palabras con dolor y esfuerzo. Apenas se le oía con el silbo de la ventolera arrastrando sus uñas invisibles por el ventanal tras ella.

—Esa tarde no tuvisteis prudencia, ni la echamos de menos —replicó ella con falsa suavidad, porque alguien tenía que decirlo y claramente él no estaba por la labor—. Así que no me vengáis con esas. Vamos. Poned arrojo. Siempre dais a entender que en mi reino son unos melindrosos cobardes. Imaginad mi decepción al descubrir que, a pesar de jurar que no es vuestro caso, cuando os llega el turno a vos, huis con el rabo entre las piernas igual que cualquier mocito de Bosqueterno.

Algo en su provocación hizo mella en Salazar. Al tic del ojo se le unió otro en la aletilla de la nariz. Parecía a punto de explotarle algo, una vena quizá; justo como en los momentos previos a estamparla contra la araña.

Tal vez se había pasado de deslenguada. Bueno, ¿y qué? Más grosero había sido él al jugar así con ella.

—Estoy cansada de adivinanzas y silencios. Si alguna vez me considerasteis algo parecido a una amiga, al menos tenedme el respeto de rechazarme abiertamente.

—No pienso hacer eso —masculló él, en un tono extrañamente rebelde.

A ella se le levantó la comisura del labio en una sonrisita triste. El viento aullaba, estridente, y la grieta en el ventanal se expandió con un crujido amenazador.

—Y vos erais quien pedía sinceridad brutal. Como con todo, pedirla es más fácil que darla. Una lástima. —Alzó la barbilla en un gesto aprendido de Arceúsa y le dio la espalda.

Oyó unas zancadas y, de pronto, la mano del nigromante se estampó en el panel quebrado junto a su cabeza. Se cernió sobre ella, acorralándola contra el ventanal con la jaula de su cuerpo. Su respiración le alborotaba las flores de la sien. Con el pulso desbocado, giró el cuello para mirarlo por encima del hombro.

Salazar fulminaba con la mirada la grieta, muy cercana al marco lobulado de piedra. Una vibración casi imperceptible recorrió el aire entre ellos.

La roca del marco empezó a *moverse*.

Asombrada, Talía contempló cómo esta se astillaba y recomponía en un puchero de guijarros descoloridos, desplazándose por el cristal hasta sellar la fisura.

Al fin, los aullidos del viento se quedaron fuera, sofocados, y en la quietud del pabellón solo se oyó la respiración alterada del brujo.

—El silbido me estaba sacando de quicio —siseó él, cuando consiguió reponerse.

Pero no se movió de donde estaba.

Y eso decía más que todas las excusas ridículas que le había soltado desde su llegada.

Despacio, ella alzó su propia mano y tocó la grieta, sellada con esa piedra que no se comportaba como tal. Sus nudillos se alojaron bajo la palma caliente de Salazar.

—¿Qué... qué acabáis de hacer?

Él suspiró, y el vaho se extendió por el cristal frente a ellos.

—Este castillo no es lo que parece. Lo que sea de lo que está hecho, alguna vez estuvo vivo, respiró y palpitó. Por eso puedo manipularlo... con cierto esfuerzo.

Su mano cubrió la de Talía. Más grande, más dura. Como todo él. El contacto, unido a aquella demostración de poder, hizo que a la princesa le temblasen las rodillas.

—Eso me permite reconstruir lo que está roto. O terminar de destruirlo.

Recordó lo que le había dicho semanas atrás: «Energía nigromántica. Cada piedra de este erial está imbuida de ella». Sintió el tirón, el impulso de tantear con su propia magia ese material en el que la energía de Salazar aún no se había enfriado. Alojada en el cuerpo del brujo, tarareó una cadena de notas y un hematoma de líquenes púrpuras afloró en la no piedra. Un maridaje de poderes, una chispa alquímica entre sus bestias interiores, tan íntima como una caricia. Salazar se estremeció a su espalda y cerró la mano, entrelazando sus dedos con los de ella en un gesto anhelante y posesivo.

Un escalofrío de placer la recorrió cuando él presionó lentamente la mejilla contra su cabeza y enterró la nariz en las flores de su pelo.

—¿Qué quieres que te diga, Talía? —murmuró contra su sien, mandando el voseo a tomar viento—. Siempre he sido rápido, listo, práctico..., hasta que apareciste tú. Tú y tu vestidito manchado de sangre, con esa sonrisa y ese «Sálvame» escrito en los ojos. Te me cruzaste por delante y no sé qué me entró, pero desde entonces no ha hecho más que empeorar.

Sus manos ascendieron por los brazos de Talía con hambrienta parsimonia mientras la estrechaba contra sí, ambos encarando el ventanal. Afuera, el limbo de la calima se lo había tragado todo, excepto sus reflejos difusos en el vidrio. Su figura negra, enmarcando la de ella, pequeña y rosada. Un cuervo abrazado a una flor.

—Cada vez que hablas, es como si me desangraras por una herida nueva. Da igual cuánto lo intente, no puedo sacarme de la cabeza tu cara, tus curvas, la forma en que te mueves, el sonido de tu voz. Este olor que te sale de la piel y del pelo. Tu *sabor*. —Lo oyó tragar

—. Soy como un perro que ha probado la sangre. Estoy fuera de control y, si no me meto pronto en cintura, me arriesgo a que uno de los tuyos venga y me joda vivo. Cada decisión que tomo con respecto a ti me acerca más y más al borde del abismo. Y ¿sabes lo más gracioso? No sé si quiero parar.

Su nariz aguileña le cosquilleó el lóbulo de la oreja y ella inhaló bruscamente. Cerró los ojos, apoyando la coronilla contra su pecho.

—Así que ¿qué debería hacer, *princesa*? —Sus susurros le resbalaron tras la oreja y le erizaron el hueco del cuello, y Talía se mordió el labio para no gemir—. Porque ya has visto qué sucede cada vez que intento mantener las distancias, y tampoco es como si tú te estuvieras resistiendo con uñas y dientes.

—¿Debería?

—No lo sé. Depende de cuánta piedad te merezca este brujo. ¿Qué castigo imponen los feys a los mortales que besan a sus princesas?

—Poco, en este caso. Por no decir ninguno.

—¿Y a los que las tocan? ¿A los que se las llevan al culo del mundo, les enseñan nigromancia y las obsequian con muertos en vez de alhajas? ¿Qué me dices de esos?

Salazar intensificó su agarre y sus dedos se hundieron, suaves pero inamovibles, en los puntos donde las clavículas de Talía se unían con sus hombros.

—No lo sé —logró decir ella, sin aliento.

—Dime que pare. Dime que no deseas nada de esto, que está todo en mi cabeza. Empújame, llámame «bribón» y «sinvergüenza», amenaza con irte del Páramo si no dejo de decir barbaridades. Te soltaré ahora mismo y no volveremos a hablar de esto.

El pulso le cantaba en las venas. ¿Se hallaría en otro de sus sueños acalorados? ¿Era posible sentir que te morías y resucitabas al

mismo tiempo? El aire entre ellos vibraba, preñado de una energía fatídica. Aquel era uno de esos instantes en los que una simple decisión podía cambiarlo todo.

En silencio, Talía cogió las manos de Salazar y las separó con gentileza de sus hombros. Él la soltó y fue a apartarse, pero ella aferró sus manos con más fuerza y, despacio, tiró de ellas hasta envolverse con sus brazos, arrebujándose contra él.

—No está en tu imaginación —confesó, en un susurro—. Yo siento lo mismo. Llevo así desde... No sabría decir cuál fue el momento exacto. Ha habido tantos...

Salazar cerró los ojos y exhaló una larga bocanada de aire contra su coronilla. Todo su cuerpo pareció curvarse sobre ella y a su alrededor, como si corriera el riesgo de derrumbarse y solo ella pudiera sostenerlo.

—Cielos sangrantes... ¿Y ahora qué?

—Por lo pronto, me gustaría que no volvieras a evitarme como has hecho hasta ahora. Duele.

—Perdóname. A veces me olvido de lo solitario que puede resultar el Páramo, incluso con la compañía de sus criaturas...

—Sé estar sola. El problema fue que tú me dejaras de lado. Te considero mi amigo, Salazar. Te echaba de menos *a ti*.

El brujo emitió un sonido gutural, como si alguien le hubiera volcado agua caliente por la espalda después de una eternidad helado a la intemperie.

—Tú también eres una amiga para mí, Talía —susurró, en voz baja y gentil.

Oh, dioses. Qué bien sentaba oír eso.

—Pero con la amistad no me basta —añadió él.

—Alguna pista me has dado, sí.

Lo sintió reír por la nariz contra su coronilla. A ella también se le escapó una risita, y durante varios latidos se limitaron a estar así, abrazados, bañándose en esa nueva complicidad mientras otra barrera se desmoronaba entre ellos.

Ella se dio la vuelta y, no sin cierta timidez, apoyó las palmas en su pecho acorazado, donde los clavos de sus collares tintineaban. Se sentía ingrávida entre sus brazos.

—¿Cómo puedo compensarte por estos días?

Talía titubeó. Algo acababa de abrirse entre ellos y las posibilidades se le antojaban abrumadoras, casi terroríficas. Por eso, y porque necesitaba que aquello saliera bien —aunque «aquello» aún no tuviera nombre—, decidió que lo más sensato era ir poco a poco.

—Podemos empezar por volver a lo de siempre. Me gustaba cenar juntos mientras hablábamos de todo y nada, y pasar el rato con los duendes, junto a la chimenea. Extraño las clases y los paseos. —Por fin se atrevió a mirarlo a la cara—. Si no recuerdo mal, aún me debes uno en la araña.

Él sonrió, y Talía jamás le había visto una sonrisa tan hermosa. Por un momento, se notó lo joven que era en realidad. Sus ojos centelleaban con una emoción tan intensa que sobrecogía. Ilusión. Euforia.

Ella sentía lo mismo.

—Nada me daría más gusto —susurró él. A través de la tela, Talía notó sus dedos subirle por la columna en una caricia tentativa, como si aún no asimilara el permiso para tocarla—. Así será, tan pronto como vuelva de la incursión.

Al recordarlo, el temor la atravesó.

—¿Cuán peligrosas son estas salidas?

La sonrisa del brujo se ensombreció. Meneó la cabeza, mas no parecía muy preocupado.

—No pienses en eso. Llevo media vida haciéndolo. Será rápido. Además, me llevo una buena escolta de muertos, varios carontes y a Lucio, que puede sacarnos de allí con un portal si las cosas se ponen feas.

Ella se mordió el labio y, un poco más tranquila —solo un poco—, le palmeó cariñosamente el pecho acorazado.

—De acuerdo. Pero ándate con cuidado, de todas formas.

Él le cubrió la mano con la suya.

—Ni cien hordas de engendros podrían impedirme volver aquí para dar ese paseo contigo, Talía.

Tras dudar un instante, se llevó su mano veteada a los labios y le depositó un beso en los nudillos. Ese gesto galán, tan diferente a las caricias posesivas y las palabras crudas de hacía tan solo un momento, revelaban que él también deseaba hacerlo bien, sin forzar nada.

No obstante, mientras sus labios remoloneaban sobre su piel, él la miró sin pestañear, y en sus pupilas dilatadas se leía con claridad el mensaje subyacente: no forzaría nada, pero, tan pronto como la princesa le diera un «sí», retomaría con fuerzas renovadas lo que había interrumpido dos tardes atrás.

Después, lentamente, se inclinó sobre ella. En sus labios entreabiertos se leía una pregunta silenciosa. Con el corazón al galope, Talía se puso de puntillas y le ofreció sus labios, que él atrapó con avidez. Se rindió a un beso lento, lánguido, que se derramó como vino caliente por su interior, hasta que el abrazo firme de Salazar fue lo único que la salvaba de caer a sus pies como una muñeca de trapo.

Él suspiró y se separó de ella con la expresión encendida de deseo. Se disponía a añadir algo más cuando una súbita ráfaga de viento se coló en el pabellón, revolviéndoles la ropa y el cabello.

El brujo se giró sin soltarla, lo justo para que ella alcanzase a ver a Lucio en mitad de la estancia, encaramado en lo alto de una columna derruida, con la boca curvada en un agrio arco de desaprobación. Agarraba su bastón como si quisiera partírselo en la cabeza a alguien.

—El tiempo corre al otro lado, muchacho. Es hora de irse, antes de que lleguen los otros —masculló.

Padrino y ahijado se aguantaron la mirada en un duelo de voluntades. Incómoda, Talía intentó apartarse de Salazar para que la situación no fuera tan obvia, pero él la sujetó por los codos y se volvió hacia el cojuelo con expresión férrea.

—¿Hay algo que quieras decir, Lucio?

—¿Para qué? ¿Acaso vas a escucharme? —le espetó este, mascando cada palabra como si fuera una piedra—. Vamos, o el portal lo abrirás tú con el...

—Ya voy, cansino.

El brujo se separó de ella y echó a andar hacia la salida del pabellón, seguido por Lucio. Sus movimientos exudaban un brío nuevo; hasta su cara brillaba de entusiasmo apenas contenido. Parecía otro, y Talía notó cómo su pecho se hinchaba solo de pensar que ella —¡ella!— era lo que hacía tan feliz a alguien como él.

Dioses, ¿estaba soñando? Que no la despertaran.

—No te preocupes, Talía. Esto rara vez dura más que unas pocas horas y, como dice Lucio, el tiempo corre más rápido al otro lado. Volveré antes de que te des cuenta.

—No prometas lo que no sabes si podrás cumplir —advirtió el otro, en tono bilioso.

Talía los observó alejarse mientras se toqueteaba los nudillos besados con una mezcla de júbilo y temor.

—Lucio —se atrevió a llamarlo. El diablillo se detuvo en seco—. Por favor, cuida del brujo.

Él la miró de refilón con los párpados entornados. Sintió que la analizaba, por fuera y por dentro.

—Siempre.

Y se marcharon, dejándola en una quietud solo rota por el quejido ahogado del viento y el retumbar de su propio corazón.



Salazar no recordaba haberse sentido más feliz en su vida que en las dos semanas que se sucedieron. Era la emoción de hallarse suspendido en el aire, justo después de saltar al vacío; ese instante eufórico en el que el tiempo se detiene y la «caída» no es sino un concepto distante. Los días siguientes a su regreso transcurrieron como una fantasía hecha realidad, en la que él y Talía corrían a buscarse en cuanto la rutina del Páramo se lo permitía.

Conseguir un momento verdaderamente a solas, lejos de los cuchicheos y las miradas indiscretas de los duendes, era todo un reto, por no decir imposible. Lucio los seguía allá donde fuesen, metido de lleno en un rol autoimpuesto de chaperona. Su cara de vinagre le enfriaba las pasiones al más fogoso. No importaba adónde se escabullesen ni la hora del día: en cuanto Salazar tomaba a Talía entre sus brazos y la besaba, un carraspeo le rascaba el cogote y, al girarse, descubría que Lucio había estado ahí todo el tiempo, detrás de ese arbusto o aquella columna, acechando cual pájaro de mal agüero.

Lo sacaba de quicio.

Pero, por otra parte, era una buena medida de contención. Le recordaba que debía mantener la cabeza sobre los hombros. En más de un sentido.

Cosa difícil, cuando sabía que ella lo correspondía. Cuando por fin la tenía tan cerca. No podía pensar en otra cosa. Revoloteaban como

polillas el uno alrededor del otro, en una danza de pequeños roces, susurros y besos robados, coqueteando con la llama del otro sin llegar a consumirse en ella.

Jamás había conocido tortura más exquisita.

El mejor día se volvería loco y los encerraría a todos en ataúdes de hierro. Después se llevaría a Talía a su alcoba y se encamarían hasta que el corazón —o la hombría— le explotasen y muriera feliz entre sus brazos.

«Pero hoy no es ese día».

La noche anterior le había prometido que aparcaría su labor en el taller para estar el día entero con ella. Lucio se había visto obligado a cruzar el Velo para reponer energías, lo cual le llevaría bastante rato, y aún quedaban horas para que los duendes se despertasen. Por fin podrían relajarse juntos.

Su entrada en el pabellón alborotó las constelaciones de polvo que flotaban en los haces de luz blanca de los ventanales. Era mediodía y el sol estaba lo bastante alto como para poder verlo a través de una gran fisura en la cúpula. Talía se adelantó hacia el centro de la estancia y se detuvo bajo la cascada luminosa que bajaba, oblicua, del techo roto. Al brujo le divertía que, a pesar de ser medio nocturna, siempre fuera buscando el sol. Como una flor.

La joven se inclinó sobre una montaña de escombros que le llegaba por la cintura y pegó la oreja a la piedra.

—¿De verdad crees que será seguro?

—La energía del castillo es incluso más perezosa que la de la tierra que lo sostiene; ya has tenido ocasión de comprobarlo estos días. Mientras vayamos poco a poco y no nos coloquemos debajo de nada que pueda derrumbársenos encima, esto debería ser un ejercicio como cualquier otro.

Ella se mordió el labio, con ese lucero en los ojos que se le ponía cuando la invitaban a embellecer algo con su magia, y le tomó las manos cuando él se le unió bajo el haz de luz.

—Gracias por darme la oportunidad de intentarlo. Espero que no nos llevemos ningún susto.

El contacto de sus dedos, siempre fríos, envió una oleada de excitación por todo su cuerpo. Aún no se acostumbraba al privilegio de tocarla. No se cansaba de él. Se llevó una de sus manos a los labios, y se regodeó al notar cómo la respiración de Talía se cortaba al posar el nigromante la nariz en la cara interna de su muñeca, donde un riachuelo de venas lilas y azules fluía bajo la delicada piel.

—Estoy curado de espantos —murmuró, inhalando su olor con los ojos entrecerrados.

Antes de poder controlarse, rozó con la punta de la lengua ese lugar donde el pulso de Talía era más evidente. Ella dio un respingo y se alejó entre risitas, con las sienes teñidas de fucsia.

—Cielos sangrantes, ¿cómo puedes ser tan suave? —rezongó él.

—No te distraigas. Hemos venido aquí con un propósito: arreglar la cúpula.

—Se puede tener más de un propósito a la vez.

Ella se retiró un poco más, girando sobre sí misma con las manos entrelazadas a la espalda. Juguetona. Esquiva. Cautelosa. Le recordaba a un gato que acabara de descubrir lo mucho que le gustaban las caricias, pero que aún no lograba desprenderse de un temor reflejo, y lo mismo ronroneaba entre sus brazos que se apartaba con un brinco, siempre entre risitas y rubores.

Eso, y no la vigilancia de Lucio, era lo que de verdad lo conminaba a refrenarse con Talía, aunque por dentro se sintiese como el ascua que no se apaga. Ese idilio entre ellos, si es que podía considerarse tal, era nuevo y frágil. Habían cruzado una línea y ninguno parecía

saber qué estaban haciendo exactamente ni adónde se dirigían, pero vaya si no estaba gozando con ese tira y afloja de arrumacos.

—No, hoy no. Hoy tenemos que estar muy concentrados —lo regañó ella con una sonrisa pícara—. Nos aguarda una tarea importante.

Salazar contempló el pabellón. Durante las últimas noches, los duendes se habían volcado en despejar el lugar de polvo y de los escombros más pequeños mientras él y Talía debatían la mejor manera de enfocar las reparaciones.

—Aún no lo entiendo. La mitad de mi fortaleza está en ruinas. ¿Cómo es que te ha dado por esta parte en concreto?

—Primero, porque está tan salida del cuerpo principal del castillo que, aunque la echáramos abajo por accidente, el resto del edificio apenas sufriría.

—Tú siempre pensando en catástrofes.

—Por supuesto. Yo misma soy una. —Antes de que Salazar protestase, añadió—: Y segundo, porque es una lástima que una estructura con tanto potencial esté tan estropeada. Si la reparamos, podrías tener un bonito pabellón donde hacer fiestas y bailes.

Las cejas de Salazar se dispararon hacia el techo.

—¿Qué?

—Fiestas y bailes —repitió ella, fingiendo una paciencia que lo hizo reír.

—Princesa, en el Páramo no hay fiestas, salvo las que se montan mis duendes en cuanto me despisto.

—¿Por qué no?

Él abarcó los alrededores con un barrido elocuente de su brazo.

—Aun en el caso improbable de que me apeteciese invitar a alguien, ¿quién vendría a un baile en este sitio? La gente de

vuestros bosques no, desde luego. Como no meta aquí a mis esqueletos y los ponga a bailar...

—Bueno, el mundo no se reduce a Bosqueterno. Y, si a mí no me espantan tus entes, seguro que habrá más feys a los que tampoco. Si no, siempre podemos tirar de humanos.

—Como no los secuestre...

—Solo habría que raptarlos una vez y darles una velada encantadora a la que no pudieran resistirse. A la próxima, vendrían por voluntad propia. ¿A quién no le gustaría comer y bailar toda la noche en el castillo mágico de un poderoso señor?

Salazar se tapó el rostro con las manos unos instantes para disimular lo cómicamente desquiciado que le parecía el plan. Era en momentos como ese, mientras Talía hablaba con inocencia entusiasta de secuestrar humanos para hacerles pasar la noche de sus vidas, cuando más salía a relucir su mitad feérica.

—Muy bien. ¿Y de dónde sacaría la comida y la bebida suficiente para convidar a todos esos «invitados»?

—Fácil. Yo pediría que nos las trajeran de mi reino. Ese favor me lo concederían.

—¿Y los músicos? Porque dudo que los de tu reino consintieran en venir.

—¿Tus duendes no tocan?

—No, si saben lo que les conviene. La última vez que lo intentaron, me mataron a un gato del susto. Con eso te lo digo todo.

Talía boqueó, horrorizada, y la diversión de Salazar dio paso a una inesperada nostalgia. Con las manos enlazadas a la espalda, caminó hacia una pila de huesos que habían traído hasta allí la noche anterior, por si los necesitaban durante el experimento.

—Para ser sincero..., ha pasado una eternidad desde que oí por última vez la música de mi gente, y es una de las cosas que más

echo de menos desde que me marché. No es que me disguste la de las hadas, pero... las canciones de mi tierra tenían algo especial.

—Las raíces siempre duelen.

No supo si fueron las palabras de Talía, o su tono triste y comprensivo, o que simplemente era *ella*, pero siguió sincerándose mientras deambulaba cabizbajo en torno a los huesos.

—En mi familia nos gustaba mucho la música. Mi padre era el galeno del señor y este nos tenía muy bien mirados, así que, con su beneplácito, podíamos permitirnos invitar tropas de artistas a la ciudadela. En mi casa se los convidaba a vino, jamón y aceitunas, y a cambio ellos se quedaban tocando toda la noche en nuestra plazoleta. —Pateó suavemente una quijada con la punta de la bota —. Los vecinos se traían sus sillas, se armaba la fiesta... Buah, hasta el más parado de mis hermanos se hacía pedazos bailando hasta la madrugada con las mozas. —Se le escapó una sonrisa débil—. Esas noches, la gente se olvidaba de sus penas y de los horrores del mundo durante un buen rato. En mi familia sabíamos lo importante que era eso.

—¿Y tú no bailabas? —Talía lo observaba con creciente interés, apoyada en los escombros.

—No. Yo me conformaba con oír la música desde algún rincón apartado.

—¿Para ti no había moza por la que valiera la pena arriesgarse a un baile?

Él se rio entre dientes.

—De nuevo, mi prioridad era no hacerme notar. Si la había, me aguantaba las ganas.

—¿Por qué?

—Era un alzamuertos haciéndose pasar por un muchacho corriente, una serpiente entre liebres. Bajar la guardia delante de los

demás, aun por unos instantes, me parecía inconcebible. —Se encogió de hombros—. ¿Qué ganaba tratándome con las mozas? Ya sabía entonces que nunca podría pretender a ninguna, salvo que quisiera complicarme la vida más todavía. Y ninguna me habría querido ni bendito, de haber sospechado lo que era. Pardiez, puede que hasta me hubieran degollado mientras dormía.

La princesa bufó.

—Ellas se lo pierden. —Pensativa, se toqueteó los brazaletes y desvió la mirada—. Imagino que, desde entonces, habrás tenido ocasión de bailar con muchas mozas a este lado del Velo. Si no de los Bosques, de otros reinos.

Él enarcó una ceja. Ya no estaban hablando de bailes, no del todo.

«Ah, tú lo que quieres es saber si he tenido amoríos antes de ti».

—No te mentiré, algunas se me han atrevido, ya fuera por curiosidad o simple diversión. Pero siempre me aseguraba de no alargar el baile con esas más de lo imprescindible.

—¿Y eso?

A pesar de su tono indiferente, Salazar se percató de que las hojas de su cabeza parecían de pronto más crujientes y afiladas. ¿Estaba celosa? La idea le provocó un breve cosquilleo de satisfacción.

—Porque las feéricas tienen más peligro que un pastel de clavos —respondió.

Ella hizo un ruidito burlón.

—Entonces, si en tu opinión las humanas suponen un riesgo y las hadas un peligro, ¿en qué lugar me deja eso a mí, que soy las dos y ninguna?

Salazar la repasó con una mirada apreciativa.

—Tú eres, con diferencia, la más peligrosa de todas. —Caminó hacia ella—. Pero contigo sí que valdría la pena bailar hasta quedarme sin pies. O sin cabeza.

Eso pareció complacerla. Despacio, él la acorraló contra los escombros, apoyando las manos en la piedra a ambos lados de su estrecha cintura, sin llegar a tocarla.

—Pobre Salazar, con la cabeza tan bonita que tienes —susurró ella, apartándole unos mechones plateados de la frente.

El tacto de sus dedos fríos le provocó un estremecimiento de gusto. Esa mujer era droga, pura droga, conjurada a su medida exacta por el Desgarro. El tenerla tan cerca y saber que por fin *podía* tocarla lo convertía en un animalejo en celo. Una simple caricia, y su mente se inundaba de preguntas enloquecedoras. A qué sabrían esos dedos en su lengua. Si alguna vez los sentiría envolviéndole la entrepierna. Qué tenía que hacer para conseguir que Talía acabase debajo de él, rodeándole la cintura con las piernas como el día de su primer beso, consumida por la lujuria hasta el punto de perder el control de su cuerpo y clavarle esas uñas granates en la espalda mientras él se la follaba hasta perder el conocim...

Inhaló bruscamente para recuperar el control de sí mismo.

—Cómo se nota que no has visto esta cabecita por dentro —gruñó, y se inclinó para apoderarse de ella con un beso.

Durante varios latidos, solo existió su cuerpo esbelto amoldándose al suyo, la suavidad de sus labios, su jadeo cuando él le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra sí...

—Para, para. —Talía le palmeó el pecho y se separó de él con una risa entrecortada—. Si vamos a hacer experimentos combinando nuestras magias, antes debemos atemperar los ánimos. No puede suceder lo mismo que aquella tarde, cuando tocamos juntos la araña.

—¿Sería eso tan horrible?

—Por favor, Salazar. Quiero aprender —lo arrulló ella, pestañeándole desde su corta estatura mientras le atusaba

cariñosamente el frente de la aljuba.

—Tienes un don para pedir las cosas de forma que no pueda negarme.

Retrocedió, frustrado. Por otra parte, lo halagaba que Talía se hubiera aficionado con tanta pasión a ser su pupila. Entrenar con ella lo había hecho darse cuenta del enfoque tan solitario con el que siempre había vivido sus poderes. Lo emocionaba tener a alguien con quien compartir algo tan íntimo y secreto, algo que hasta entonces había considerado únicamente *suyo*..., y que ella hiciese lo mismo con él. Era incluso desconcertante, como descubrir que de pronto le habían salido alas en la espalda. Las posibilidades se volvían vertiginosas.

Respiró hondo varias veces para acallar los latidos hambrientos de su cuerpo. Poco a poco, consiguió situarse en ese espacio mental fresco, centrado, que mejor le servía cuando trabajaba en el taller.

—Muy bien, ¿por dónde te gustaría empezar?

Talía lo guio hasta la pared exterior, llena de altos ventanales separados entre sí por gruesos muros de piedra reforzados con columnas.

Se detuvieron frente a una columna ruinosa. El tercio superior debía de haberse desmoronado hacía mucho y, dado que la fractura de la cúpula quedaba justo encima, seguramente la ausencia de ese soporte había sido la causa de que esta se viniera abajo. Así se lo comentó a Talía, a lo que esta replicó:

—¿Sería posible regenerar el resto de la columna y, desde ahí, tapar el agujero?

Salazar estudió la bóveda. Tendría unas veinte varas de altura en su punto más alto, pero la fractura, al estar pegada al muro, quedaba bastante más abajo. Podrían alcanzarla con su magia sin necesidad de andamios.

—Hay suficiente escombro alrededor para rehacer el pilar. Pero lo otro...

—Podemos sellarlo con plantas trepadoras.

—Me gusta la idea.

Siguiendo las instrucciones del nigromante, se agacharon al pie de la columna y pusieron las manos sobre los cascotes polvorientos apilados entre ellos.

—Déjame a mí primero, ¿de acuerdo? —propuso él.

—Por supuesto. Te sigo.

Salazar se crujió los nudillos, inspiró hondo y, tras deslizar las palmas por la piedra, se introdujo en ella. Ante la atenta mirada de Talía, los escombros empezaron a despertar con una vibración rechinante, tibios como huesos masajeados por una mano experta. Los obligó a deshacerse en otros más pequeños, hasta formar una pasta guijarrosa que hizo trepar columna arriba con lentitud, en correspondencia con su naturaleza pesada.

Le costaba calcular el tiempo mientras canalizaba su magia a través de un medio tan denso; debía de estar llevándole una eternidad, a juzgar por cómo los haces de luz se desplazaban por el pabellón. Sin embargo, Talía no dio muestras de impaciencia ni lo interrumpió en ningún momento. Mantenía las manos sobre la piedra, con los ojos entrecerrados. Salazar sentía su presencia dentro de la materia, como una brisa aterciopelada que flotase de acá para allá, observándolo todo sin llegar a tocar nada. Se estaba controlando, mucho más que cuando se infiltró en la araña. Lo distraía, pero no lo suficiente para hacerle perder el control.

Sus prácticas de las dos últimas semanas habían dado fruto, y Salazar se enorgulleció de ambos.

Por fin, la no piedra alcanzó la juntura con la cúpula. Sin aflojar su dominio sobre ella, asintió hacia Talía.

—Tu turno. Aprovecha mientras aún está maleable.

Mordiéndose los labios con anticipación, ella abrazó la superficie del pilar e inició un cántico bajo con cadencia de nana.

Su presencia dentro de la piedra se ramificó. Salazar inhaló con brusquedad, con un escalofrío, al notar cómo sus raíces se deslizaban entre los filamentos de su propia magia, envolviéndola en un abrazo rojo, igual que la carne al hueso, hasta crear algo palpitante, vivo... Casi erótico.

Y no sabía cómo ni por qué, pero lo hacía sentirse como el que bebe agua fresca tras una prolongada sequía. No..., la esencia de Flordemuerte era más densa y adictiva que la simple agua. Era vino.

Sangre.

Una erupción violácea de musgo y líquenes brotó en la superficie del pilar y reptó hacia el capitel, para después desplegarse en un abanico de zarcillos carmesíes. Las ramas se retorcían sobre sí mismas, chapoteando como anguilas espasmódicas entre la gravilla, sin dirección aparente.

—Vamos —la animó él con la voz ronca y las sienes perladas de sudor—, hacia la bóveda, Talía. Arriba.

Ella asintió. Su melodía cobró volumen y una inflexión autoritaria, compeliendo a las plantas —un cruce entre parra y hiedra— a rodear la accidentada abertura en un patrón zigzagueante.

—Eso es. Perfecto.

—Necesito algo de apoyo, Salazar.

—Voy.

Con la respiración agitada, el brujo dejó que sus sentidos saltaran por delante de los de ella y se volcó en prepararle el terreno. Ordenó a los huesos de la pila que se alzaran del suelo y levitasen hacia la grieta, donde se mezclaron con los zarcillos voraces de Talía. La roca gruñó al volverse maleable, generando puentes que conectaron los

bordes de la fisura, y una llovizna de polvo procedente de la cúpula emborronó el aire en torno a ellos. El fragmento de cielo blanco desapareció conforme la celosía viva remendaba la herida en la bóveda.

Sucedió despacio, muy despacio, pero ninguno se percató: estaban absortos en su labor compartida, fluyendo entrelazados en ese torbellino de roca, huesos y follaje que se expandía sobre sus cabezas. Tras varios tropiezos, desprendimientos de gravilla y exclamaciones ahogadas, por fin empezaban a acompasarse instintivamente al ritmo del otro, sin necesidad de palabras.

Y eso era..., no se parecía a nada que Salazar hubiera experimentado nunca.

Talía por fin cantaba a viva voz, con una sonrisa cegadora y los ojos llenos de maravilla. Espoleado por su regocijo, se arrimó a ella y le cogió la mano, intensificando el contacto.

Sus poderes entrechocaron ahí arriba. Se soldaron los huesos, los capullos se desplegaron en centenares y, antes de darse cuenta, su creación ya se extendía por toda la bóveda como una telaraña viva. Mientras el polvo y los pétalos llovían a su alrededor, Salazar se sorprendió de oírse riéndose él también en voz baja, falto de aliento, mientras la tormenta de la creación retumbaba en sus venas.

Preciosa, tan preciosa.

Casi... divina.

Cesaron el contacto y se derrumbaron el uno junto al otro en el suelo, entre risas y jadeos.

El sol ya se veía bajo más allá de los ventanales, señal de que, en efecto, se les había ido del todo la noción del tiempo. Durante un buen rato, ambos contemplaron en asombrado silencio su obra, tumbados uno al lado del otro sobre un lecho de hojas y huesos.

La flora se desplegaba sobre ellos en un caos fresco de granates y morados, engarzado con costillas de piedra, fragmentos de esqueletos, madejas colgantes de lianas e hileras de bulbos aún por abrirse. Era una feliz escaramuza entre sus magias, una hibridez decadente, expandiéndose por toda la bóveda como la víscera derramada en un altar.

—Nunca había hecho algo así con nadie —pensó Salazar en voz alta.

—Yo tampoco.

Se obligó a no mirarla, aún no. Por el timbre acalorado de su voz, supo que tendría la piel encendida y una expresión lánguida, y no se fiaba de poder controlarse si una imagen así le entraba por los ojos. El olor de sus flores abiertas ya era bastante provocativo de por sí.

—No he podido resistirme a probar una cosa. Espero que no te importe —añadió ella—. Mis experimentos nunca han tenido suerte, pero... tu energía es tan eléctrica que, quizá, si mis flores se imbuían lo suficiente de ella...

—¿A qué te refieres?

—Bah, no me hagas caso. Lo más probable es que no funcione —musitó, estirándose cual gata a su lado—. ¿Qué te parece? Unas cuantas sesiones como esta y pronto tendremos listo el salón de fiestas. Ya solo nos faltaría la música.

Él resopló y dobló los brazos bajo su nuca.

—Como no la hagamos nosotros aporreando huesos...

—Con eso se monta un espectáculo más que decente. —Ante la mueca socarrona del brujo, ella se incorporó sobre un codo—. ¿Qué? Es verdad. Yo sé hacerlo.

Eclipsado su deseo por la intriga, Salazar se giró lo justo para ver que la boca de la joven había formado esa uve pícara que tanta

gracia le hacía. ¿Qué idea loca estaría fraguándose en su cabeza florida?

—Ahora tengo curiosidad.

—Oh, solo es un truco que mi madre me enseñó. Con música humana, además.

—Por favor. Necesito verlo.

Ella se levantó y, mientras Salazar se incorporaba para sentarse, se puso a rebuscar entre los huesos sueltos, hasta encontrar dos dentaduras con maxilar incluido.

—Esto me servirá.

Tarareando, les hizo crecer varios zarcillos por los que introducir los dedos para agarrarlas mejor. Después se volvió hacia él, muy digna, con los brazos levantados y una dentadura en cada mano, cual bailarina armada de castañuelas.

—Ha llegado la hora, señor Salazar, de que vuestra huésped os agasaje con sus nefastos talentos.

Él ya estaba riéndose por lo bajo. Qué amenazante sonaba ese trato de «vos».

—A falta de alguien mejor, yo seré vuestra trovadora, pero espero que este inminente despropósito os convenza de que, de verdad, necesitáis conseguiros músicos decentes cuanto antes. —Se colocó en posición con la espalda recta y un pie delante del otro—. A mi madre la canción se la enseñó una amiga del norte y hay que cantarla con el acento original. Si no, no vale.

—De acuerdo.

—Y que esto no salga de aquí.

—Faltaría más —asintió él.

—Muy bien. Poneos cómodo, que aquí viene.

—Tiemblo de anticipación.

Tras un redoble de dentaduras, Talía comenzó a cantar.

Yo caseme con un vieyu
por gozar de su moneda,
mas la moneda se acaba,
¡ay de mí!, y el vieyu queda.

Se arrancó con las castañuelas, iniciando una danza que habría dejado a cualquier pájaro en celo a la altura del barro. Salazar se atragantó.

Yo caseme con un vieyu
por jartarme de reír.
Puse la cama en un altu
y no se pudo subir.

Talía giraba cual peonza, bamboleaba los brazos y se contoneaba con manifiesta coquetería. Su baile era cómico, como de cervatillo retozando por el campo, pero tan grácil que hasta el movimiento más ridículo exudaba una elegancia hipnótica. Incluso mientras se ahogaba con su propia risa, el brujo no podía apartar la mirada de ella.

De todos era sabido que pocos privilegios había más grandes que ver danzar a una yedrasi mientras cantaba, en especial si lo hacía solo para uno. Privilegiado se sentía, desde luego; bendecido, incluso. Mas que lo partiera un rayo si alguna vez había llegado a imaginarse algo semejante. La temida princesa Flordemuerte, cantando canciones de campesina mortal con una dentadura en cada mano. Su mente no asimilaba lo que veían sus ojos.

Yo caseme con un vieyu,
madre mía la que armó.
La primer noche de bodas,
veinte sábanas cagó.

Salazar estalló en carcajadas, doblándose sobre sí mismo. Al verlo, la sonrisa de Talía se ensanchó, maliciosa, como si su propósito hubiera sido freírle el cerebro desde el principio.

Mientras proseguía su canción sobre mocedades truncadas y escatologías seniles, se lanzó a brincar y girar por el pabellón cual torbellino, sorteando escombros y ramitas desechadas. Ni siquiera entonces sus castañuelas perdieron el ritmo. Esos dientes estaban teniendo más fiesta en la muerte de la que probablemente habían gozado en la vida.

Mientras cabriolaba a apenas unos pasitos de él, la joven pisó un omóplato y derrapó con tan mala —o buena— fortuna que cayó sobre el nigromante con un gritito. Él la atrapó entre sus brazos a tiempo y la inercia los envió rodando por los suelos, entre risas y pétalos revueltos. El impacto mandó las castañuelas a patinar Dios sabía dónde.

Se quedaron así un momento, con Salazar tumbado bocarriba, la aljuba desplegada bajo su cuerpo como las alas de una polilla oscura, y Talía encima de él.

—Tierra y estrellas, ¡lo siento! —jadeó ella, e hizo amago de levantarse.

«No, de aquí no te me vas tan rápido, corderita». Salazar la retuvo rodeándole la cintura y fingió desconcierto.

—¿Cómo? ¿No es así como termina el número?

Ella se rio y replicó con una indignación igual de fingida.

—¿Con la trovadora encima del espectador? No sé a qué clase de espectáculos estáis acostumbrado, vil malandrín...

—A ninguno, os lo aseguro... Salvo que me acostumbréis vos.

—¡Salazar! —protestó ella carcajeándose, azorada.

Le apoyó las manos en el pecho y se incorporó. El roce accidental de su vientre cálido contra la entrepierna del brujo lo enmudeció.

Ella se dejó caer a su lado, sobre la gruesa tela de la aljuba. Apoyó la cabeza en su brazo, sonriente, y se acurrucó contra su costado.

Por todos los santos. Aquello era bueno.

Demasiado como para durar.

«Cállate, puto. ¿Acaso te he llamado?», le espetó a su propio pesimismo, fortalecido tras años de muerte y aislamiento, y lo empujó sin miramientos a un rincón donde no pudiera arruinarle aquel regalo.

—Entonces..., ¿dices que, si no consigo músicos, esto es lo que me espera cada velada?

Talía asintió, solemne.

—¿A que es una perspectiva aterradora?

—¡Bah! Que se queden otros a sus músicos. Nada puede superar a la Asombrosa Talía con su *vieyu* y sus castañuelas.

Las carcajadas femeninas rebotaron en el vacío del pabellón.

—¡Pardiez! ¿Soy víctima de mi propio éxito?

—Me temo que sí. ¿Te sabes más canciones de esas?

Con un suspiro teatral, ella negó.

—Y yo que solo quería advertirte de los peligros de arrejuntarse con vejestorios.

Él le acarició el pelo, sonriendo. Le encantaba lo caradura y familiar que se había vuelto Talía en tan poco tiempo. Esos venazos de humor absurdo que le daban eran la guinda en un pastel que ya de por sí se le antojaba irresistible. Jamás se hubiese esperado algo así de la criaturilla apocada que había visto en la corte. Esa debía de ser su auténtica naturaleza, que solo emergía cuando ella se sentía completamente a salvo.

—¿Cuántos afortunados han presenciado semejante obra de arte?

—¿Te refieres a lo que acabo de hacer? Poquísimos. De los que sigan vivos, solo mi padre, Jara, Adelfa... y ahora tú.

Salazar se infló de orgullo. La princesa poseía un talento increíble para hacerlo sentirse especial, y eso era un arma de doble filo: lo dejaba demasiado expuesto, blando como mantequilla caliente entre sus manos. Jamás se había sentido así con nadie.

Era terrorífico. Y no deseaba que parase.

«Lo conseguí. Me he ganado su confianza. Su afecto».

«¿Y ahora qué, Salazar? —le susurró un rincón de su mente, lleno de incertidumbre—. ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Llegaste siquiera a planearlo? ¿O eres como el proverbial chucho que perseguía el carruaje y, cuando por fin lo alcanzó, ya no supo qué hacer?».

Se sacudió esos pensamientos y se inclinó sobre la princesa con la intención de decirle algo bonito que la llevara a sonrojarse y darle un beso. O varios. Los arrumacos de Talía lo mejoraban todo.

Sus planes fueron interrumpidos cuando ella soltó un gritito emocionado y señaló a la cúpula sobre ellos.

—¡Oh! ¡Mira!

Él parpadeó, asombrado. Decenas de capullos se abrían por toda la cúpula, revelando pétalos luminiscentes, preñados de un fulgor que evocaba estrellas lejanas.

—¡Ha funcionado, ha funcionado! No me lo puedo creer. —Talía aplaudió con otro gritito y se giró hacia él, exultante—. ¡Contempla! Ahora el Páramo tiene su propio firmamento.

Salazar tragó saliva, extrañamente conmovido ante aquella belleza titilante. En sus dominios se veía la luna, pero jamás las estrellas, y solo entonces fue consciente de lo mucho que las había echado de menos. Y no le importaba que aquellas no fuesen del todo reales. Al contrario: le brillaban más dulces porque las habían creado entre los dos.

—Son preciosas. ¿Durarán?

Ella titubeó.

—No lo sé. Es la primera vez que me salen. Son casi un milagro. Quizá para mañana se hayan extinguido, pero, por el momento, disfrutémoslas mientras aún destellan. Quién sabe si será la única vez.

«Sí. Quién sabe».

La princesa exhaló un largo suspiro y su talante se apagó.

—Siempre quise poder engendrar flores que brillasen en la oscuridad. Desde pequeña. Mi madre temía que la luz atrajera visitantes no deseados, pero me dejaba intentarlo dentro de la choza y me animaba a no darme por vencida. Por desgracia, mi poder nunca llegó a tanto. Solo ahora, con tu ayuda...

Sus ojos se humedecieron de pronto.

—¿Qué pasa? —preguntó Salazar, preocupado.

—Nada. Es solo que... por fin lo he conseguido... y me apena que mi madre no pueda verlo.

Él meditó su respuesta. Otra muestra de que Talía confiaba en él era que ya no se esforzaba tanto en disimular sus altibajos. En un momento retozaba riendo, y al siguiente se deslizaba a un estado melancólico, cuando no se echaba a llorar directamente. Cosa comprensible, si se tenían en cuenta las heridas que arrastraba dentro. Semanas atrás, mientras paseaban por el jardín, había compartido con él la historia de cómo había llegado a las Tierras Feéricas. La imagen de esa chiquilla desconsolada intentando hallar cobijo en el cadáver helado de su madre mientras lo destruía aún más en sus intentos de preservarlo, le punzaba el corazón como pocas cosas lo habían hecho nunca.

Conocía esa clase de dolor. Demasiado bien.

Así que la rodeó con el brazo, atrayéndola hacia sí, y la arropó con el lateral de su aljuba a modo de manta. Se obligó a hablar con esperanza, aunque fuera solo por ella.

—¿Quién te dice que ella no lo esté viendo?

Talía sonrió con tristeza.

—Tal vez. Pero, aun así, me duele mucho no poder contemplar su reacción.

Tan iguales y tan diferentes al mismo tiempo, ellos dos. El Carroñero jamás había estado seguro de querer que sus muertos vieran hasta dónde había llegado. Dudaba que se sintieran orgullosos.

«Déjanos ir».

—La echo de menos. A veces, incluso echo de menos aquel bosque tan inhóspito. ¿Te lo puedes creer?

—Por supuesto. Allí estaba ella, y esas amigas suyas que tantas cosas te enseñaban. Yo también extraño el hogar de mi familia, aunque tuviera que andar siempre escondido y con mil ojos. A veces has de elegir entre tener una breve vida a medias entre tus seres queridos, o una larga enterrado donde nada ni nadie pueda alcanzarte..., para bien o para mal. Eso si se te permite el lujo de elegir.

—La gente como nosotros nunca puede tenerlo todo, ¿verdad?

Él suspiró pesadamente por la nariz.

—Malditas o no, todas las criaturas anhelan algo que les falta. Si no, el mundo no sería mundo.

«Y a veces lo tienes al alcance de la mano, pero no lo reclamas por cobardía, o porque te has convencido de que no tienes derecho a ello... O porque nunca supiste que tal opción *existía* siquiera».

Talía lo consideró durante un buen rato, acurrucada contra él.

—¿Qué pedirías tú, si pudieras tenerlo todo?

La pregunta lo pilló tan de sopetón que, por un momento, solo pudo parpadear en silencio. Si alguna vez tuvo clara la respuesta a tal cuestión, esta había cambiado mucho en las últimas semanas y,

directamente, nada tenía que ver con la que habría dado meses atrás.

Un calidoscopio de posibilidades surcó su mente, confundiéndolo, mezclando lo posible y lo imposible, lo sensato y lo ridículo, hasta que no estuvo seguro de cuál era cuál. Era difícil discernir el sueño de la realidad cuando uno tenía al sueño acurrucado en el hueco de su brazo.

—Eh, vaya... —carraspeó—. Supongo que lo típico, ¿no? Un territorio impenetrable, manjares que nunca se acabaran, que los duendes hicieran caso sin dar por culo, que los gatos dejaran de mearse por todos lados...

—Venga, Salazar, apunta más alto —sonrió ella.

—Un mundo sin tanta miseria, donde nadie quisiera quitarme lo mío o, directamente, matarme. Poder visitar mi ciudadela natal. Que mis padres y hermanos siguieran vivos y estuviéramos juntos y yo fuera uno más de ellos y... —De pronto, sentía que algo le pisaba la garganta, impidiéndole tragar con normalidad—. Y fiestas en la plazoleta, con música y bailes, y llegar a viejo y sentir que he hecho algo en este mundo que merecía la pena, algo de lo que pudieran enorgullecerse mi mujer y mis hi...

Sacudió la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz, sintiéndose un bocazas ridículo. Maldita fuera esa pregunta y los espejismos que desenterraba. ¿De qué servía llenarse los pulmones con sueños de lo que nunca podría ser? ¿Para ahogarse con ellos y sufrir?

No se atrevía a seguir hablando. Los deseos más profundos eran como llamas trémulas; decirlos en voz alta solo los hacía brillar más fuerte, y entonces la luz atraería a las sombras que siempre andaban acechando en ese mundo condenado, esas que todo lo devoraban sin piedad.

Si formulaba sus deseos, la realidad los encontraría y se los haría añicos antes siquiera de haber empezado él mismo a creer en ellos.

—No sé, ¿qué pedirías tú? —le devolvió la pregunta, para así no tener que dar más respuestas.

«Cobarde».

—¿Yo? ¿Qué podría desear yo? Soy una princesa. Lo tengo todo —musitó ella, en un tono repentinamente distante.

¿Era eso lo que había aprendido a contestar en Bosqueterno? Salazar giró el cuello hacia ella y le lanzó una mirada de «No me vengas con esas». Talía se mordió el labio y, tras pensárselo un rato, suspiró.

—Mis sueños no han cambiado mucho desde mi infancia. Siempre quise encontrar un sitio en el que sentirme a salvo de verdad. Uno donde pudiera correr, jugar y florecer libremente, sin miedo a atraer la atención equivocada. —Sonaba tenue y vulnerable, como si aquella chiquilla del bosque siguiera aún muy viva en su interior—. Y en ese sitio habría gente amable, buena de corazón, que cuidaría de mí y yo cuidaría de ellos, y nunca dejarían que me sintiera sola. O fea. O... mala. Y, si se me diera la opción..., me encantaría formar mi propia familia.

Se interrumpió, cabizbaja, con las manos recogidas cual coraza entre su pecho y el costado del nigromante.

—Quiero decir, es lo que cualquiera querría, ¿no? —farfulló, como si le diera vergüenza—. Tener a alguien a quien querer y que me quiera también. Algún día.

Algo se removió en el pecho de Salazar. Intentó disimularlo con una sonrisita torcida.

—¿Un príncipe azul? —bromeó.

Ella arrugó la nariz.

—No necesito que sea un príncipe, y el color me da igual.

—En el lugar del que yo vengo, las princesas solo se casan con príncipes.

—Entre las hadas no importan tanto los títulos como el poder.

Él la estudió de reojo.

—¿A qué te refieres?

—A que no importa cómo otros te llamen, sino lo que eres capaz de hacer. Es irrelevante si has nacido con él o si has trabajado duro para ganártelo: si tienes algún poder que les guste y les imponga respeto, a pocos feys les importará si eres el más plebeyo de los trasgos. Tú mismo habrás podido comprobarlo. ¿No ves cuántos duendes te siguen por voluntad propia?

Vaya. Nunca lo había pensado así.

Si aplicaba esa lógica a su relación con Talía, tal vez eso significara que sus miedos a la hora de conquistarla habían sido más infundados de lo que él y Lucio creían. Su interés se redobló.

—Entonces, ¿me estás diciendo que yo, el Carroñero, valdría lo mismo que un príncipe en otros reinos?

—Tal vez no te venerasen como a uno, pero, dependiendo de dónde fueras, te respetarían o te temerían.

—¿Y sus princesas se arrojarían a mis pies? —preguntó con una media sonrisa burlona, tratando de disimular lo mucho que le urgía saberlo.

Ella le hizo un mohín irónico.

—Bueno, por lo pronto ya se te ha caído alguna encima, que no es mal comienzo.

—Pobre de mí. ¿Y qué pasaría después?

Talía dejó de reírse.

—¿Después de qué?

—La vida no es un cuento que se acaba tras una boda y un colorín colorado. Después de unirte al hombre de tus sueños, ¿qué pedirías?

—¿Si pudiera tenerlo todo?

Salazar asintió.

—Niños —dijo ella al fin—. Risas, abrazos, sorpresas... Verlos crecer, y crecer yo con ellos.

Se encogió de hombros, como quitándole importancia, pero la emoción con la que los luceros de la bóveda se reflejaban en sus ojos revelaba cuán fuerte ardía ese deseo dentro de ella.

—Jamás había visto un bebé con mis propios ojos hasta que llegué a Bosqueterno. Me han fascinado desde entonces, sin importar la especie. Veo a las crías gorjear en brazos de sus madres, con esos rasgos en miniatura tan llenos de inocencia, y me entra un algo en el pecho que... Solo deseo cogerlos, besarlos, hacerles cosquillitas, verlos dormirse contra mi pecho, sabiéndose seguros mientras estén conmigo. —Exhaló un suspiro trémulo—. Y no solo los bebés. Los niños también. Me encanta oír sus conversaciones, tan cándidas y alocadas. Uno de mis mayores placeres en Bosqueterno era oír sus juegos, escondida detrás de las ventanas de palacio.

—¿Escondida por qué?

—En cuanto sospechaban que andaba cerca de sus niños, los padres se los llevaban bien lejos de mí.

—No entiendo. Ni que fueras a comértelos.

La expresión de Talía se tornó opaca, lejana, como si lidiara con recuerdos desagradables.

—Tenían sus razones para temerme, supongo. —Se estiró, suspirando, y saltó a otro tema antes de que él pudiese indagar más —. Pero sí, si pudiera pedirlo todo, querría tener con otras criaturas lo que tuvo mi madre conmigo. En retrospectiva, sospecho que nunca gozó de mucha paz en vida. Merodeaba día y noche a mi alrededor, atenta a cada peligro, desgarrada entre preservar mi inocencia o exponerme a la cruda realidad de nuestro mundo. No

tuvo que resultarle fácil. Pero, de algún modo, se las apañó para criarme a salvo y enseñarme lo que eran la alegría y el amor.

La voz le temblaba; su mirada púrpura resplandecía de estrellas.

—Y eso es algo muy hermoso. Me gustaría hacer algo así yo también. Crear un hogar seguro, donde mis criaturas puedan madurar como el árbol bien nutrido, y verlos desplegar sus ramas y dar sus frutos, y poder decir: «Yo alimenté esto, y es bueno».

Salazar notó un picor extraño entre la nariz y los ojos. Intentó tragárselo, mantenerse estoico y silente, aunque los sueños de esa joven resonaran dentro de él como campanas al romper el alba. Sangraba por dentro con una emoción indescifrable, a caballo entre el dolor y una esperanza cegadora, como si algo acabara de derrumbarse dentro de él.

—Piensas que es ridículo, ¿verdad? —musitó ella, ante su silencio.

—En absoluto. Es un sueño muy bello. —Se rascó la nariz con el pulgar libre, sorbiendo discretamente—. Tan solo estoy sorprendido de que eso sea todo lo que desea la temida y asombrosa Flordemuerte.

—¿En serio? ¿Y lo dices tú, la tempestad de resurrección hecha carne, cuyo anhelo más loco apenas se diferencia del mío?

Salazar chascó la lengua, tratando de escudarse tras una mustia cáscara de humor.

—Vaya par de aburridos estamos hechos, ¿eh?

—Si te soy sincera, después de todo lo que he visto, no se me ocurre bendición más grande que una vida de aburrida felicidad doméstica rodeada de mis seres queridos.

—Ya somos dos —admitió él con la voz rota.

«Algo como esto, aquí, ahora, contigo. Para siempre».

Talía se apretó más contra Salazar y él giró el rostro hacia ella. Se miraron frente a frente, en un silencio cargado de comprensión

mutua.

—Espero que algún día se cumplan tus deseos —murmuró él.

—Lo mismo te digo. Pero ahora prefiero disfrutar de lo que sí tengo. —Ella señaló al firmamento de flores de la cúpula—. Esto es real.

—Así es.

—Y lo hemos hecho juntos. —Talía sonrió.

«Y, solo por eso, vale más que cien sueños hechos de aire».

Durante muchos latidos, se limitaron a yacer así abrazados, negro contra rosa, en medio de huesos y pétalos, bajo constelaciones alimentadas con magia híbrida e imposible. No sabía qué estaban haciendo exactamente, mas tampoco le importaba. Eran amigos, amantes, ambas cosas y ninguna; eran mucho más que todo eso. Contradicciones andantes, bastardos del Desgarro. Dos elementos nuevos en la alquimia de la Creación, encajando a la perfección para formar algo insólito y hermoso.

—¿Por qué me miras así? —susurró ella.

—Eres... mucho más de lo que jamás hubiera imaginado cuando te elegí.

Ella se rio por lo bajo.

—Quieres decir, cuando se te trabó la lengua y te tocó llevarte a la princesa rara.

Él no le rio la broma. Sus sentimientos le atoraban la garganta, demasiado grandes y profundos. No quería sacarlos a la luz; tenía miedo de atraer a las sombras que todo lo extinguían. Pero, al final, se dio cuenta de que eso tampoco importaba. Lo que crecía en su interior lo estaba quemando. O dejaba salir un destello de la verdad o esta lo consumiría.

—No hables así, Talía. —Recorrió la línea de su mandíbula con un dedo—. Me da igual la mierda que digan los demás: eres pura vida y

magia. Y, si regresara a aquella noche, volvería a decir tu nombre. Todos tus nombres. Una y otra vez.

Algo en el rostro de la joven se estremeció, como la superficie de un estanque bajo la lluvia.

—Te lo ruego, no digas nada que no sientas de verdad.

—Las zalamerías no van conmigo, lo sabes. Hablo desde lo más hondo, aun a riesgo de quedar como un necio.

—Apenas me conoces, Salazar...

—Lo suficiente para saber que eres lo mejor que le ha pasado nunca al Páramo. —Tragó saliva—. Y no solo al Páramo.

Ella lo miró fijamente, muda, mientras los mil morados de sus iris vibraban.

Entonces le envolvió el cuello con sus brazos y lo besó como si se estuviera ahogando y sus labios fueran la única barca en el océano.

Salazar se olvidó de todo lo demás. En ese momento, solo existían ellos dos, el olor embriagador de su Flordemuerte, la suavidad de su cuerpo apretándose con ansia contra el suyo. Con un gruñido sediento, la agarró de la nuca y se apoderó de su boca. Exploró su interior con la lengua, la deslizó por el borde de sus colmillos y ahogó un gemido cuando ella succionó su labio inferior. Su mano libre resbaló cada vez más abajo de esa espalda delicada, hasta asir la redondez de sus nalgas.

Sin dejar de besarlo con avidez vampírica, Talía le echó una pierna por encima y se apretó contra él. Salazar notó su miembro endurecerse y empujar a través de la ropa. Ella debía de percibirlo también, por la forma en que seguía restregándose sutilmente contra él, medio a horcajadas, no del todo consciente de hasta qué punto lo estaba desquiciando.

El brujo rompió el beso para tomar aire y le mordió con suavidad bajo la mandíbula. La princesa dejó escapar un gemido que desató

todavía más sus ganas de arrancarle la ropa y degenerar sobre ella como un condenado animal.

—Talía... —jadeó contra su cuello, a modo de advertencia.

Nunca habían ido tan lejos, pero no sería él quien lo parase, a menos que Flordemuerte se lo pidiera.

La princesa se arqueó hacia atrás y la atención del brujo se deslizó a las vetas simétricas que descendían por sus clavículas hasta su pecho, donde unas tentadoras líneas granates trazaban arcos sobre las curvas de sus senos y se perdían bajo el escote del peplo. Esas líneas, un atisbo del dibujo secreto de su piel, habían despertado su curiosidad desde que reparase en ellas por primera vez, alimentando sus fantasías durante más de un desvelo calenturiento.

No podía aguantarlo más. Necesitaba ver el grabado completo. Reclamar cada pulgada de esa piel nívea con la suya, saborearla, hundirse en Talía en cuerpo, alma y magia hasta sentirla pulsar por dentro, que ninguno supiera dónde empezaba uno y acababa el otro.

Rodó para apresarla bajo su peso, apoyó los brazos a ambos lados de ella y la recorrió con una mirada hambrienta. Era una visión deliciosa con la melena desparramada entre los pétalos, los pómulos encendidos de deseo y la respiración entrecortada de esos labios húmedos e hinchados, que se entreabrían pidiendo más de sus besos.

—El suelo no es apropiado para una princesa. Debería llevarte a un lugar más cómodo —murmuró.

Ella negó, como si temiera que al cambiar de sitio pudiesen cambiar también de idea sobre lo que estaban haciendo.

—Estamos justo donde debemos.

Comenzó a forcejear con su aljuba y Salazar se la arrancó con impaciencia, la extendió en el suelo y, sin esfuerzo, cogió a Talía y la

acomodó encima. Después volvió a cernirse sobre ella como una bestia a punto de darse un festín.

El movimiento había revuelto el peplo de Talía, bajándoselo peligrosamente por un hombro, y el ansia del nigromante se clavó en la protuberancia de un pezón a punto de salirse de la tela. Podía ver parte de la areola, de una extraña tonalidad rosa que le hizo la boca agua.

La miró a los ojos y, sin romper el contacto visual, descendió hacia el pico y lo rozó con la punta de la lengua a través de la tela.

El respingo jadeante de Talía lo animó a hacerlo de nuevo, esta vez con una lametada deliberadamente lenta.

—Dioses, Salazar... —gimió ella, hundiendo los dedos en sus hombros.

—¿Quieres que pare?

Un murmullo atravesó el follaje de la bóveda.

—No... —gruñó Talía, en un tono repentinamente gutural que le arrancó un escalofrío.

Asió la melena de Salazar con ambas manos y lo guio de vuelta a su pecho. Incapaz de controlarse, Salazar empujó su erección entre sus muslos, donde las faldas se remangaban en un caos de sedas. El corazón le latía desbocado. Sus movimientos se volvieron más bruscos.

Los pedazos de hueso vibraban en torno a ellos. El susurro expectante de sus repiqueteos tenía algo de cántico ritual, como si la muerte misma los urgiera a consumar el anhelo que ardía entre ellos.

Tiró del escote del peplo, liberando unos preciosos pechos pálidos, con pezones de una extraña tonalidad rosa brillante. Recorrió con los dedos las líneas del patrón en V que bajaban por su esternón,

rodeaban la curva exterior de los senos y luego serpenteaban sobre las costillas.

—Eres como una escultura de mármol... —dijo, fascinado por la red de venitas lilas que se intuía a través de la blancura de su piel.

La princesa dejó escapar un breve grito cuando él atrapó un pezón en su boca. Chupó, deleitándose con su suavidad y, más todavía, con los ruidos estremecidos que se le escapaban a ella.

Tras lamer en círculos la areola del otro pezón, le dio un mordisco tierno a la punta y vio, con el rabillo del ojo, cómo varios capullos brotaban tras sus orejas. Los pétalos destellaban con una cualidad húmeda.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo llevo esperando esto. Nunca entendí la sed de los vampiros hasta que te vi a ti.

Presa de un arrebato posesivo, le cubrió la garganta con una mano y ella alzó la barbilla, exponiéndole su cuello largo y pálido en un gesto de rendición que le cortó el aliento. Su lengua ascendió por el esternón hasta la yugular de Talía, donde el pulso latía más fuerte.

—Quiero ver cómo te desmoronas —susurró en su oído—. Quiero saber qué ruidos haces cuando te derramas, y beberme hasta la última gota. Quiero inyectarte en mis venas y empacharme de ti hasta ponerme malo.

Ella farfulló algo incomprensible entre suspiros, sin darse cuenta de que se había pasado al idioma feérico. De pronto, Salazar notó un pinchazo en el pecho y cayó, consternado, en que sus collares llevaban un rato en contacto con la piel desnuda de Talía. La visión de esos clavos de hierro, plata y hueso deslizándose por sus tiernos senos lo hizo detenerse en seco con una maldición.

—Mierda, perdona...

Se incorporó sobre sus codos, dispuesto a quitársele de encima y desprenderse de sus abalorios, pero ella lo agarró de esos mismos

collares, enroscándoselos en el puño.

—Te dije que no me hacían daño.

—Son clavos igualmente.

Ella dejó caer los párpados.

—Pero son parte de ti, Salazar.

Sin apartar la vista de él, se metió uno de hierro en la boca y lo succionó. Al nigromante se le descolgó la mandíbula. Dejó de respirar ante la imagen de Flordemuerte, hija del altísimo Mirtalón, chupándole como si nada aquel clavo de hierro, un amuleto de protección diseñado específicamente para atemorizar a los suyos y mantenerlos a raya.

Había algo profano en aquel acto, lo mirara por donde lo mirara. Para un miembro de la estirpe yedrasi era una depravación; para un fey, una locura impensable. Y, para cualquier humano familiarizado con el martirio del profeta Ungido, era, como mínimo, una blasfemia obscena.

Y Salazar acababa de descubrir que todo eso, viniendo de su princesa, lo volvía absolutamente loco.

Talía dejó que el clavo le resbalara de la boca, húmedo con su saliva, y le mostró la línea rojiza que este le había dejado en la lengua.

—Ahí lo tienes, una simple irritación de nada. Ahora, ¿vas a calmármela con más besos o tengo que meterme otro en la boca?

Su descaro prendió dentro de él una mecha de lujuria que lo recorrió como una fiebre, tensando cada uno de sus músculos acalorados.

—Hostia puta, Talía. —Se le escapó una sonrisita torcida—. Eres toda una revelación.

Esta le tironeó de la saya con frustración impaciente. Él se la sacó a tirones por la cabeza, junto con la camisa de debajo y, antes de

que pudiera protestar, se quitó también los collares y los dejó a un lado.

Nunca se había quitado las protecciones para estar con otra criatura. Ni siquiera antiguas amantes.

—No tenías por qué... —empezó ella.

—Da igual. No iban a protegerme de ti, Flordemuerte.

«Nada puede ya impedir que me destroces».

Se cernió sobre ella, desnudo de cintura para arriba. La princesa contempló su torso pálido y prieto con visible fascinación. Acarició los músculos de sus brazos, en tensión a ambos lados de ella; y su pecho, cubierto de vello oscuro.

Vulnerable y expuesto, Salazar sufrió un súbito latigazo de inseguridad. Hacía unas noches, Talía se había sincerado y le había hablado muy por encima de sus previas relaciones fallidas. Apenas sabía nada de esos imbéciles y ya los aborrecía solo por existir, así que lo fastidió encontrarse pensando otra vez en ellos.

¿Cuán atractivos habrían sido esos amantes pasados? O, mejor dicho, ¿era él lo bastante hermoso para Talía? El concepto de belleza de los feys a menudo resultaba incomprensible para los humanos. A él lo habían considerado guapo entre los suyos, pero ¿sería eso suficiente para ella?

Nunca había sido vanidoso, pero... Hiel de Satán, cómo ansiaba ser el más especial para ella, incluso en términos de placer. No le bastaba con estar a la altura de los anteriores, ni de lejos: necesitaba *enterrarlos*. Estudiaría el cuerpo de su princesa como un músico su instrumento favorito, hasta volverse capaz de sacarle las más dulces melodías tocando solo de oídas. La complacería de tal forma que, para cuando terminase con ella, su princesa solo podría recordar a esos pardillos insulsos con penosa compasión.

Si es que los recordaba.

Cayó en picado sobre ella con renovada determinación. Dios, la sensación de esa piel cálida y suave contra la suya era enloquecedora. Devoró con tiernos mordiscos y succiones su boca, su cuello, sus pechos.

—Quiero tocarte por dentro, Talía.

Ella se mordió los labios y gimió con los ojos nublados de deseo.

El brujo bajó una mano hambrienta por la curva de sus caderas y recorrió su muslo, explorando las bonitas espirales de la piel que asomaba entre las sedas revueltas. Deslizó un pulgar tentativo bajo las faldas y, animado por la visible expectación con que la princesa lo miraba, fue ascendiendo por la cara interna del muslo hasta que sus yemas rozaron un montículo de vello.

El sexo de Flordemuerte. Su fruta prohibida.

Incapaz de aguantarse más, le levantó las faldas.

Las vetas de su vientre fluían hacia abajo en un patrón simétrico que desembocaba en un triángulo de vello tan granate como su melena.

—Oh, joder...

Hundió el pulgar entre sus pliegues y se los abrió despacio, fascinado por el exótico color fucsia de la carne que se desplegaba ante él, brillante y húmeda de excitación. Su princesa estaba empapada. Por él.

—Hasta tu coño parece una flor —gruñó—. Es precioso.

—Tierra y estrellas... —farfulló ella, cubriéndose instintivamente el pecho con las faldas revueltas.

Salazar ignoró los acuciantes pálpitos de su erección y reculó hasta que su cara quedó a apenas un palmo de aquella flor cuyo olor, dulzón y picante, lo hacía salivar como un gul. Mientras sujetaba uno de sus muslos con la otra mano, deslizó los nudillos

arriba y abajo por la cálida hendidura, encantado con los ruiditos que escapaban de Talía.

Los chasquidos de su humedad pronto quedaron ahogados por el creciente repiqueteo de los huesos a su alrededor. Respondían a la agitación de su amo.

«No pierdas el control aún».

—¿Qué haces...? —susurró ella, observándolo como si se supiera a su merced, cuando ni él mismo estaba seguro de quién tenía esclavizado a quién.

—Ya te lo he dicho. Quiero ver cómo te corres para mí.

—Oh, dioses.

Durante un rato, se dedicó a explorar su humedad rosada con languidez deliberada. Le encantaba sentirla gemir y retorcerse bajo sus atenciones mientras descubría qué roces le cortaban la respiración, cuáles le provocaban temblores y cuáles la hacían arquearse y clavarle sin querer las uñas en los hombros.

—Salazar... —suplicó Talía.

—¿Qué pasa, preciosa?

—Me estás torturando...

—¿Qué quieres, entonces? Pídemelo —dijo el brujo, ronco y embriagado de poder.

—Dijiste... dijiste que querías tocarme por dentro.

—Ah, sí. Pero ¿qué queréis vos, princesa?

—Por la Tierra, ¡que lo hagas de una vez!

Desnudando los dientes en una sonrisa feroz, Salazar deslizó uno de sus largos dedos en aquel agujero húmedo y suave. Se le escapó un gruñido de placer al notar las tiernas estrías de su interior. Azuzado por el jadeo de Talía, introdujo otro dedo mientras con el pulgar rozaba amorosamente el capullito endurecido que latía entre sus pliegues exteriores.

—Dime cómo te gusta.

—Despacio, empieza despacio... Oh, Salazar, tus manos me obsesionan. Siempre he querido que me las pusieras encima... Que me hicieras cosas con ellas...

Algunos huesos empezaron a levitar a pocas pulgadas del suelo, imitando los movimientos de vaivén que él deseaba hacerle con su propio cuerpo, y Salazar los envió al suelo con un golpe autoritario, sin dejar de entrar y salir de ella.

Esa mujer sería su perdición. Los escarceos esporádicos del pasado no le llegaban ni a la suela de las sandalias. Esas feéricas habían sido morbosas y volátiles, propensas a dar una de cal y otra de arena, incluso en la cama. Había aprendido mucho de ellas, pero, en retrospectiva, solo habían sido eso: aprendizaje, divertimentos para paliar la soledad de su rutina, para recordarse que era un hombre en lugar de un muerto andante más.

Ninguna se había expresado con el candor de Talía, ni le había tocado el alma como ella. Ninguna lo había mirado como si lo amara hasta los huesos mientras le ofrecía sin reservas ese triángulo rojo entre sus muslos; un cáliz rebosante de vino en un altar de mármol veteado.

«Mío para tomarlo y beberlo».

—Mío. Todo mío —susurró, sin darse cuenta de que había pensado en voz alta, y su lengua tiró de él hacia esa hendidura húmeda.

Hundió una larga y lenta lamida entre sus pliegues. El sabor intenso de Flordemuerte, su obsesión enfermiza desde que lo probase por primera vez, le encendió la lengua en un estallido dulce y picante, carnal y primitivo. Un gruñido obsceno de gozo le reverberó en el pecho.

Talía dio un gritito y se incorporó, ruborizada, mirándolo con los ojos desorbitados mientras reculaba sobre sus codos. No quedaba

rastro de la osadía que había mostrado un rato antes.

—¡¿Salazar...?! ¿Qué... qué haces?

Confuso ante su tono estupefacto, él se apartó un poco con una ceja enarcada. Extrajo sus dedos y se los relamió con fruición, lo cual pareció escandalizarla más.

—¿Prefieres mis dedos a mi lengua?

Ella tragó saliva. Su pecho subía y bajaba. El brujo restregó la cara por su ingle sin rastro de pudor, empapándose de su aroma almizclado. Talía dio otro respingo e hizo amago de retroceder otra vez, pero él la sujetó suavemente por las caderas.

—No, es que...

—¿Qué? —Él besó la suave cara interna de su muslo.

—No tienes por qué hacerlo.

«Los cojones que no». Salazar le pasó los brazos por debajo de los muslos y fijó los codos en el suelo, afianzando su postura para dejar bien claras sus intenciones.

—Llevo una eternidad esperando este momento. O te lo como o me vuelvo loco, princesa.

Ella boqueó, como si aquel ferviente deseo escapara a su comprensión.

—Eres... eres el primero que me pide eso.

El brujo ladeó la cabeza y la miró fijamente, consciente de que se le había puesto la cara de un ave rapaz que acaba de detectar la mejor presa de su vida.

—*¿Qué?*

—Ahí abajo es donde mi olor es más potente. Ni siquiera mis novios pasados, audaces como eran, soportaban inhalarlo tan de cerca. Nunca se habrían atrevido a hacer... lo que acabas de hacer tú. Jamás consideré siquiera la posibilidad...

—¿Me estás diciendo que nunca te han probado aquí abajo?

Ella se mordió el labio, cohibida.

—Así es.

Oh.

Oh, santa madre del Cordero.

Qué jugoso acababa de ponerse el asunto.

—¿P-por qué sonríes así?

—Porque pienso fregar los suelos con esos melindrosos de mierda, aquí y ahora.

Bajó la boca hasta su sexo, acariciándolo con su aliento.

—Pero...

—Déjame comerte, Talía.

Las orejas de la joven se tiñeron de fucsia. Por un instante, temió que se negara, pero luego se dejó caer de espaldas con un tembloroso suspiro.

—Haz conmigo lo que desees, Salazar.

Con una sonrisa triunfal, él se zambulló entre sus piernas y se entregó a lamer cada pliegue y hondonada. La luz de la tarde que entraba oblicua por los ventanales, el murmullo de las flores sobre ellos, el cántico de los huesos revolucionados girando a su alrededor entre los pétalos..., todo dejó de existir. Sus sentidos pendían de Talía, de sus jadeos, de sus gritos de sorpresa cada vez que encontraba un rincón placentero. Lo enloquecía sentir sus jugos deslizarse por su barbilla, mezclados con su propia saliva, y notar, a ambos lados de su cabeza, cómo los temblores de sus muslos se volvían cada vez más descontrolados.

Estaba tan excitado que la erección le dolía. Desesperado por aliviarse de algún modo, frotó la pelvis contra la aljuba engurruñada, y ese simple roce hizo que su dominio sobre sí mismo se tambaleara lo suficiente para que el repiqueteo de los huesos adquiriera el frenesí de un tambor de guerra.

Los ruegos entrecortados de Talía, en una mezcla de idiomas, indicaban que estaba muy cerca.

«Sí. Mía. Toda mía».

La agarró más fuerte de los muslos para someter sus temblores y siguió devorándola con rápidos movimientos de su lengua, hasta que sus súplicas se convirtieron en los gritos incontrolables de una mujer arrasada por el éxtasis.

Cuando su clímax inundó la boca de Salazar, fue como si una ráfaga de calor húmedo lo atravesara. Se hallaba peligrosamente próximo a perder el control. Ignoró su propia ansia y siguió bebiendo de Talía, hundiendo la lengua todo lo hondo que podía. Llegó un momento en que ella empezó a temblar, incapaz de soportarlo más, y le rogó que se detuviera.

Jadeando, levantó la cabeza para contemplarla. Su princesa yacía extenuada en un caos de telas, pétalos y huesecillos. Todas las flores del pelo se le habían abierto de par en par, y sus pistilos brillaban perlados de un rocío extraño. Trepó sobre ella hasta colocarse a su altura y atrapó su boca con un beso profundo, haciéndola saborearse a sí misma. Ella gimió por la sorpresa, pero luego cerró los ojos y se rindió a aquel beso posesivo.

Cuando se separaron, Salazar se limpió la barbilla empapada con el pulgar y se lo relamió también con intención. Después se quedaron un rato perdidos en los ojos del otro mientras luchaban por recobrar el aliento.

—Hueles y sabes a gloria, Flordemuerte. Quien opine lo contrario nunca fue digno de ti.

Le acarició la línea de la mandíbula con el índice, también impregnado de su olor. Parecía que la estuviera marcando con la muestra de su propio triunfo, y una parte retorcida de él encontraba la idea deliciosa.

—Oh, Salazar... —farfulló ella, todavía extasiada.

Unas motitas de luz fría empezaron a posarse sobre ella, seguidas de muchas otras; su agitación había sacudido las flores de la bóveda, causando una llovizna de polen luminoso que caía sobre ellos como lágrimas de San Juan.

Cada vez que el brujo creía haber visto lo más bello que ella podía engendrar, la princesa se superaba sin siquiera intentarlo.

Su amante le recorrió el pecho en una lánguida caricia descendente.

—Salazar... Yo también quiero tocarte...

«Sí, sí, sí», gritaban todas las partes hambrientas de él.

Un caos de cuernos y trompetas procedente del cañón detrás del castillo lo espabiló como un guantazo, matándole la erección. El huracán de restos óseos en torno a ellos se vino abajo. Se incorporó, tenso y alerta, y enseñó los dientes en la dirección del sonido.

—¡¿Qué cojones...?!

Un intruso debía de haber activado a los entes centinelas apostados en cada pasadizo del cañón.

—¡Brujo, tenemos visita! ¡Alguien se acerca al galope por la entrada de atrás!

Martín irrumpió en el pabellón, todavía ataviado con su gorrito de dormir. En un parpadeo, el nigromante había activado todos los huesos a su alcance, levantándolos en un prieto escudo que los ocultó a ambos de su vista.

—¡¿Quién viene?! —gritó, cubriendo a Talía con su cuerpo mientras esta se recolocaba el peplo a toda prisa, mortificada.

Por encima del trompeteo se elevó un aullido sobrecogedor, a medias un grito de batalla y la carcajada de un lobo demente. La princesa chilló y se puso en pie con tanto brío que Salazar tuvo que echarse hacia atrás para no llevarse un cabezazo.

—¡Tierra bendita! ¡Esa es Jara!

—Sí, eso me pareció cuando vi ese lobazo a lo lejos... —farfulló Martín, al otro lado de la barrera de huesos—. Señorito, ¿qué está pasando ahí?

—Nada que te incumba.

El brujo se puso en pie y ayudó a Talía a atusarse la melena y el peplo, pero nada podía arreglar el rubor culpable de sus rostros ni el olor picante que aún flotaba entre ellos. Bastaba echarles un vistazo para adivinar lo que habían estado haciendo.

—Adelántate a recibirla —le dijo al martinico—. Nosotros enseguida vamos, en cuanto estemos presentables.

—¿Es que no lo estáis?

—Tenemos que limpiarnos para que no nos huela —murmuró Talía en su oído, antes de salir despedida, seguramente en dirección a las termas.

Verla alejarse así, como si huyera de él y de lo que acababan de compartir, lo llenó de una incomodísima sensación de abandono.

«¿Es esta la parte en la que, tal y como estaba previsto, todo vuelve a su sitio y a mí me toca languidecer como un perro?».

Salazar masculló una blasfemia y recogió su aljuba de un tirón, doblándola de malas maneras. Su arrebato de tristeza pronto se tornó en una frustración rabiosa, territorial.

«Me cago en la puñetera hermana del copón. De todos los momentos para presentarse aquí...».

Deshizo la barrera y torció aún más el gesto al descubrir que Martín seguía al otro lado. Sus ojos entornados saltaban entre su señor a medio desvestir y el lugar por el que la huésped había huido mientras una enorme sonrisa socarrona se extendía por su cara.

—Vaya, vaya...

—Ni una palabra de esto a nadie o te mato.

El otro se dio la vuelta para marcharse, entre risitas.
—¡Fu! Eso si la hermana no te mata antes a ti, guapetón.



Salazar ya estaba en el acantilado que supervisaba el cañón cuando Talía se le unió, con un vestido limpio y el pelo todavía húmedo tras haberse frotado vigorosamente en las termas. Él también se había cambiado de ropa y olía a jabón.

—Antes de que lo preguntes, sí, me he lavado la boca —masculló él, la viva imagen de la contrariedad, mientras gesticulaba órdenes silenciosas a los esqueletos del cañón para que le permitieran el acceso a la recién llegada, con los ojos teñidos de plata.

La princesa hizo unas cuantas respiraciones profundas para calmar su pulso galopante. Aún sentía la lengua de Salazar retorciéndose dentro de ella; solo de pensarlo, una oleada de calor le subió por el bajo vientre, llenándola de necesidad.

También a ella le habría gustado disfrutar de más tiempo a solas con él, para asimilar lo que había ocurrido entre ellos, pero su frustración fue desterrada rápidamente por la emoción de ver a su hermana.

¡Qué pequeña parecía Jara, vista desde allí en lo alto! Cabalgaba sonriente por el desfiladero central del cañón, magnífica en su armadura ligera de cuero, con las alforjas del lobo cargadas a rebosar. Los muertos la guiaron en dirección a la única cuesta empinada por la que se podía entrar al resto del Páramo; esta daba a la planicie próxima a las charcas, donde se encontraban ellos tres. Una vez que estuvo allí, Jara espoleó a Brion y subió al galope,

dejando atrás a las criaturas del nigromante. Cuando por fin llegó hasta ellos, Talía ya estaba brincando como una chiquilla.

Su hermana desmontó de un salto y abrió los brazos con una enorme sonrisa, corriendo hacia ella.

—¡Talíaaaaa! ¡¿Dónde está mi cosilla mustia?!

—¡Aquí, aquí!

Se abalanzó sobre ella y Jara la alzó, la lanzó al aire como si no pesara nada y le dio vueltas en un abrazo lleno de aullidos y risotadas. Después, pasado el furor inicial, se quedaron abrazadas, incrustadas la una en la otra, arrullándose con los ojos húmedos. Talía restregó la cara por la melena de su hermana, y su olor a pieles y a bosque la envolvió como un bálsamo con aroma a hogar.

—Me dan igual las órdenes de padre: jamás volveré a dejar que pase tanto tiempo sin verte. Nunca —susurró Jara contra su mejilla.

La dejó en el suelo y, ya más calmada, reparó en su nuevo aspecto. Dio un paso atrás para repasarla de arriba abajo con los ojos desorbitados.

—Tierra bondadosa, ¿qué es esto? Estás... guapísima. —Le rozó con asombro la fronda de la cabeza—. ¿Cómo es posible? ¡Si hasta te han salido las flores de doncella! ¡Y qué colores tan hermosos!

Talía giró sobre sí misma con orgullo para enseñarle todos los cambios que se habían obrado en ella en las últimas semanas. Jara se deshizo en exclamaciones de admiración. Después, cuando se hartó de toquetearla y darle vueltas como a una muñeca, se volvió hacia los otros dos.

Salazar se disponía a saludarla formalmente, pero Jara lo ignoró en favor de Martín.

—¡Anda, un martinico! Debes de ser el primero que veo.

Ruborizado, el duende se recogió las faldas del hábito, mostrando sus pantorrillas rechonchas y velludas, e hizo una pronunciada

reverencia.

—A vuestro servicio, poderosa Jaralina.

Su tono encandilado le granjeó una mirada de refilón del brujo. Talía reprimió una risita. Cualquiera que lo conociese un poco sabía de su debilidad por las hadas guapas —cuanto más altas, mejor—, y Jara podría habérselo cargado al hombro como un saquito.

Por fin, esta se dignó a mirar a Salazar.

—Saludos, Carroñero.

El nigromante inclinó la cabeza, sin inmutarse ante su tonillo ácido. Su máscara de anfitrión reservado e imponente había vuelto con toda su fuerza.

—Sois bienvenida a mi humilde morada, princesa. Espero que el viaje os haya ido bien.

—Solo diré que menos mal que no era una emergencia. Os llevasteis a mi hermana a un lugar recóndito. Hasta a nosotros, acostumbrados a recorrer distancias traicioneras, nos ha llevado una semana sortear todas esas fallas y barrancos.

—Os ofrecí a mi cojuelo...

—Y yo os dije que prefería atravesar diez cordilleras antes que un solo portal. Mi lobo no los aguanta.

Rodeó a Talía con un brazo y elevó la vista al castillo que se cernía sobre ellos, en la cima del Páramo.

—Vaya fortaleza más tremenda, nigromante. Ahora entiendo por qué mis súbditos se estremecían al hablar de vuestro hogar a su regreso. —Contempló los alrededores—. Qué... gris es todo.

—Ahora menos, gracias a vuestra hermana.

—¿Y eso?

A Talía le castañeteaban los dientes. El júbilo y la aprensión luchaban dentro de ella, y el vaivén de emociones amenazaba con

colapsarla. Cómo deseaba contárselo todo, absolutamente todo, pero... ¿cuánto era sensato?

—Estoy haciendo un jardín.

A Jara se le descolgó la mandíbula.

—¡¿Cómo?! Eso tengo que verlo.

—Mandaré que os preparen un baño y refrigerios... —ofreció Salazar, pero la dríade lo desestimó con un apático gesto de su mano.

—Más adelante. Primero quiero ponerme al día con mi hermana.

Talía notó cierta actitud posesiva en la forma en que Jara la estrechó contra su costado mientras le daba la espalda al brujo. Si bien no era la más fina de las princesas, su hermana sabía usar la diplomacia cuando quería. Que eligiera no hacerlo con Salazar era una declaración de intenciones. Para ella, seguía siendo el alzamuertos que, por un capricho incomprensible, se había llevado a su hermana querida a un rincón de pesadilla sin que ella pudiera impedirlo.

¿Cómo iba Jara a saber hasta qué punto habían cambiado las cosas en tan poco tiempo?

—Enséñame ese jardín. Ahora —pidió la yedrasi, y le cubrió la cabeza de sonoros besos, sin prestar más atención al nigromante.

—Os dejo, pues. —El tono de Salazar era cordial, pero su expresión parecía tallada en piedra.

—Nos veremos a la hora de cenar —se apresuró a añadir Talía por encima del brazo de Jara, que ya había echado a andar.

«Ten paciencia con ella», le rogó con la mirada.

Él asintió y se retiró con el martinico.

Cogidas del brazo y seguidas por Brion, las hermanas atravesaron la explanada cercana a las charcas. En cuanto divisaron a los carontes en la distancia, observando a los recién llegados con recelo,

el lobo empezó a gruñir. Jara se tensó también, pues jamás había visto criaturas semejantes, pero se relajó un poco cuando Talía le explicó lo que eran y su función crucial en la rutina del Páramo.

—¡El Carroñero pastoreando a otros carroñeros! Habrase visto. —Palmoteó el cuello del lobo—. No temas, bestia parda. Estás demasiado vivo para interesarles a esos zancudos.

Airado, Brion bufó y sacudió el pelaje.

—Qué desolación de sitio. Hasta el aire hiede a muerto.

—Yo no lo acuso tanto.

—¿Bromeas? ¡Brrr! —Jara comenzó a arrancarse las bellotas doradas de la cabeza—. Toma, antes de que el espanto me las pudra.

—Exagerada —rio Talía.

Se sujetó la falda en un cuenco improvisado para que Jara se las echara ahí. Una vez que las tuvo todas, se metió una en la boca y su paladar se iluminó con recuerdos de tardes de juegos bajo los sauces.

—Saben divinas, como siempre.

—Y tú hueles bastante mejor que de costumbre. —Jara le olfateó la melena.

De pronto, se quedó parada y arrugó el ceño.

El corazón de Talía dio un incómodo vuelco cuando su hermana empezó a olisquearle la cara y los hombros, ya sin rastro de diversión. Fingió un ataque de cosquillas y se alejó de ella antes de que pudiese notar algún rastro delator en su piel. Había cosas que ni el agua alcanzaba a borrar.

—¿Cuánto vas a quedarte? —intentó distraerla.

Jara resopló y pateó un guijarro.

—He de partir mañana.

A Talía se le hundieron los hombros.

—¿Tan pronto?

—Sí. Y no estoy nada contenta. Por desgracia, aún hay imbéciles que se niegan a aceptar la derrota de su rey y siguen pululando por nuestras fronteras. Parece que, si mi banda y yo no los sacamos a rastras de sus escondites, nadie más lo hará.

—Eres la mejor rastreadora del reino —coincidió Talía.

Jara gruñó, claramente aplastada por el peso de su propio talento, mientras dejaban atrás las charcas y comenzaban a subir la ladera del camino que partía el Páramo en dos.

—Bueno, si un día es lo que tenemos, no deseo que lo pases de mal humor. Cuéntame, ¿cómo van las cosas en Bosqueterno?

—Se respira buen ambiente en el reino, sobre todo en la corte.

Talía esbozó una sonrisita irónica. «¿Cuánto se debe a que yo ya no estoy entre ellos?».

—Quitando las trifulcas con bandidos escurridizos, es innegable que esta guerra ha terminado, y nos estamos expandiendo a los territorios antes gobernados por Tarquín. Nuestras hermanas los están reaclimatando bajo la supervisión de padre, pero no desean perturbar el equilibrio del terreno más de lo imprescindible, por lo que nos llevará mucho, mucho tiempo... Incluso con cuatro yedrasi para hacerlo. —Jara exhaló un largo suspiro—. Por lo demás, todo va como siempre. Arceúsa sigue inmersa en su rol de futura heredera: es decir, comportándose como si le hubieran metido un palo en el culo. Terebinta sigue intentando desesperadamente ser como Arceúsa, pero con menos gracia todavía.

—Daría pena si no fuera tan mal bicho.

—De eso andan bien servidas las dos. —Jara titubeó—. Padre te echa de menos.

Talía se detuvo en seco. Su relación con Salazar y los deleites del Páramo la habían ayudado a olvidarse de la pequeña traición de su

padre, al menos la mayor parte del tiempo. Pero allí, en compañía de su hermana, las emociones regresaron con fuerza, y se encontró luchando contra el pinchazo de las lágrimas.

—Lo dudo. De ser así, me habría visitado. —Bajó la voz, como si su padre pudiera oírla cuestionarlo incluso a semanas de distancia—. El brujo le ofreció los portales de su diablillo. Basta con acordar un día con él y quienquiera puede visitarme y marcharse por donde han venido. Pero él sigue rechazando la oportunidad. Para él y para todos.

Las hojas de Jara se encresparon.

—¿Qué dices?

—¿Cómo? ¿De verdad no lo sabes?

Su hermana se sumió en un silencio preocupado.

—No puede ser. Debe de haber habido un malentendido.

Claramente, Jara también tenía sus dudas respecto al comportamiento de su padre, pero, como cada vez que este actuaba de forma desconcertante, se veía dividida entre la frustración de no entender y el deseo de defenderlo.

—No sé, será por aquello de que en Bosqueterno está terminantemente prohibida la apertura de portales no controlados sin permiso expreso del rey.

—Sabes que no es eso —musitó Talía.

—¿Y no has visto a nadie de Bosqueterno desde...?

—Ni siquiera a Adelfa.

—¿Tal vez temía que enfermase al volver por aquí?

—Jara...

Las emociones se sucedieron en los rasgos veteados de su hermana, cada vez más turbulentas. Revelación. Sospecha. Indignación.

—No es necesario que lo justifiques —insistió Talía—. Este aislamiento es un castigo por lo que hice en la Llanura. Me quiere, lo sé, pero lo humillé delante de todos y aterroricé a nuestro pueblo, y debo sufrir las consecuencias. Temporales y silenciosas, pero consecuencias al fin y al cabo.

Jara bajó la cabeza con los labios oscurecidos de vergüenza e impotencia.

—¿Te puedes creer que yo también lo pensé? —admitió por fin—. Si no me hubiera necesitado de verdad para rastrear a los rebeldes de Mohorroca, ¿se habría buscado otra excusa para apartarme de ti? ¡Con razón tuve que empecinarme tanto para que me dejase venir! ¡Sal en las tripas!

Tuvo que detenerse y respirar hondo, hasta que las lianas de su melena dejaron de retorcerse como culebrillas.

—Es un buen rey para su pueblo. Y también un padre magnánimo, la mayor parte del tiempo —añadió—. Pero, cuando le viene en gana, usa el distanciamiento como un arma. Con todas nosotras.

—Es su manera de ser justo.

—Quizá, pero también es cruel, y detesto cuando se pone así.

Ambas ascendieron por una cuesta polvorienta. La desazón volvía sus pasos pesados, preñaba el silencio entre ellas. Todos los conocidos de Mirtalón la habían experimentado alguna vez, cuando este se replegaba sobre sí mismo y se convertía en una fortaleza impenetrable, cuyo funcionamiento interior solo él comprendía.

—Es un buen padre, a pesar de todo —musitó Talía, azorada por una culpa repentina—. Le debo mi vida. No tengo derecho a criticarlo y lloriquear como una niña ingrata, cuando me lo ha consentido casi todo. Me siento sucia cuando lo hago.

—Entonces las dos seremos niñas mugrosas e ingratas, porque me costará mucho perdonarle lo que te ha hecho. Y, por ende, a Adelfa

y a mí.

—No seas tan dura con él. —Talía suspiró y negó—. No debería haberte dicho nada.

—Es que, aun siendo su hija, no alcanzo a entender sus razonamientos. —Jara se rascó la fronda de las sienes, crujiente de irritación—. Poco antes de partir, fui a tus aposentos a empacar los regalos de Adelfa y me lo encontré allí, sentado en el borde de tu lecho. En las manos le daba vueltas a la flor que le enviaste, ya seca. De vez en cuando la olía. Creo que la única vez que lo vi así de melancólico fue después de traerte a palacio.

La sorpresa hizo que la mestiza se detuviera en seco.

—Si tanto te echa de menos, ¿por qué, por la savia de nuestros ancestros, no viene a verte? ¿Qué gana privándose?, ¿de qué le sirven el orgullo y la terquedad? —Jara apretó los puños—. Te quiere, está claro que te quiere. ¿Por qué ha de demostrarlo de maneras tan raras?

La mestiza sacudió la cabeza. La imagen de su padre sufriendo por su ausencia le hizo un nudo en el pecho, palpitante de esperanza y afecto. Su resentimiento se evaporó tan rápido como le había venido.

—Pensé que habría quemado ya esa flor, como hizo con...

El brazo de Jara la rodeó con un ímpetu que la hizo trastabillar.

—¡Bah! Dejemos de hablar de padre; últimamente tengo muy poca paciencia con él. —Le hizo cosquillas en la sien con la nariz—. ¿Te llegaron bien los regalos?

—En perfecto estado. El diablillo es un mensajero muy eficiente.

—Sí, pero también a ese parece que le han metido una vara por detrás.

Talía rio mientras retomaban el ascenso por la ladera.

—En comparación contigo, todo el mundo tiene algo metido por el culo.

—Puede. Aunque en su caso no me extraña. Este sitio le roba las ganas de vivir a cualquiera.

Jara miró por encima del hombro a los carontes, que patrullaban las orillas serpenteantes entre las charcas, medio ocultos entre la niebla.

—Ojalá el Carroñero se hubiera traído a Arceúsa o Terebinta en vez de a ti. Habría pagado años de mi vida por verles la cara nada más llegar a este erial espantoso.

Esa habría sido buena. Talía rio solo de imaginárselo.

—No es tan horrible, una vez que te acostumbras. Y, en perspectiva, me alegro de que me llevase a mí. Tú habrías puesto este sitio patas arriba, y ellas... —Bufó con desdén—. Las buenas gentes del Páramo no se merecen aguantar sus desaires.

Y ninguna de esas dos habría logrado arrancarle ni una carcajada al nigromante. Ni ganarse su afecto, o sus besos, o sus palabras de devoción. Esos logros le pertenecían a ella y solo a ella. Una oleada de territorialidad la recorrió, endureciéndole las flores.

Su hermana la miró como si le hubiera salido un cuerno en la frente.

—Oh, Jara, es la pura verdad. En pocos sitios me han cuidado tan bien ni me han hecho sentir tan bienvenida. En ese sentido, padre puede darse por satisfecho.

En otros aspectos, mejor que siguiera en la ignorancia. Talía reprimió otra risa irónica. Para ser sincera, su aislamiento impuesto en el Páramo había sido una bendición encubierta.

—Me alivia oír eso, pero mi intención es sacarte de aquí. En cuanto el brujo cometa un desliz que viole los términos del acuerdo...

El temple de Talía se vio asediado por el recuerdo del ataque de los no muertos, el brujo escupiendo sangre con el torso ensartado, las prácticas nigrománticas..., los susurros obscenos de Salazar mientras la devoraba en el suelo. Un pellizco caliente se le agarró debajo del esternón.

Los términos del acuerdo no estaban quebrantados, sino pulverizados hasta los cimientos.

—En absoluto —farfulló—. Su comportamiento ha sido intachable.

Odiaba mentir a Jara, pero no le quedaba más remedio. Jamás se hubiera imaginado que llegaría a sentirse así, que alguien llegaría a importarle tanto como para experimentar la necesidad de protegerlo hasta de su propia hermana.

Nadie la sacaría del Páramo antes de lo imprescindible.

«¿Qué me has hecho, Salazar?».

Le habló con entusiasmo de los largos baños en las termas y las cenas en el castillo; de los juegos de los humarejos y los cariños de los mangalines; de la espontaneidad graciosa de Martín y de esos gatos que, cada vez más, se dejaban acariciar por ella.

Jara la escuchaba en silencio con una mueca de confusa incredulidad.

Por fin, cruzaron el ancho sendero principal, asomándose a la otra mitad del Páramo. El esplendor oscuro del jardín se reveló ante ellas como un océano embravecido de rojos, morados, rosas, negros y añiles.

A Jara se le escapó un gritito estrangulado. Se cubrió la boca con las manos, con los ojos como platos. Hasta las hojas de su melena vibraron.

Los oídos de Talía zumbaban de nervios. Su hermana siempre la había apoyado en sus pequeñas transgresiones, como florecer animalillos muertos en sus escapadas clandestinas. Pequeños

pecados, fáciles de borrar. Pero aquello ya no eran los juegos rebeldes de una chiquilla, sino el desbordamiento de una yedrasi besada por el Desgarro.

¿Se arrepentiría de habérselo enseñado? ¿Y si era demasiado, incluso para ella? ¿Y si lo contaba a su regreso y a su padre no le hacía gracia y decidía romper el trato y...?

Jara gritó algo incomprensible y se arrojó vereda abajo. Corrió hasta el límite del jardín, y solo allí se detuvo, absorbiéndolo todo en un estupor absoluto.

—¿Qué te parece? —preguntó la mestiza cuando la alcanzó. El lobo las seguía a una prudente distancia mientras olisqueaba el aire, no muy convencido.

Algo indescifrable temblaba en la mirada de Jara. Se volvió hacia Talía y la estudió con una mezcla de asombro y cautela... Como si, en un descuido, su cosilla mustia hubiera triplicado su tamaño y revelado unas garras y dientes mucho más grandes de lo que nadie se esperaba.

Tal vez así fuera, en cierto modo.

Intentó tragarse el nudo de la garganta.

«Mi querida hermana..., ¿me temes tú ahora también?».

—¿Has podido hacer todo esto... tú sola?

Ella asintió.

—Pero... ¿cómo? Si este lugar está muerto, muerto de verdad. —Se acuclilló y posó una mano en un parche de suelo pelado—. Por más que lo intento, no consigo oír la canción de la Tierra en ninguna parte. ¡Estrellas! No me responde. Es como tratar de extraer savia de una piedra. Me costaría la salud hacer crecer algo aquí.

Eso le arrancó una débil sonrisa a Talía.

—Es otra canción la que reina en el Páramo, y solo responde ante nigromantes.

Las cejas de Jara se alzaron.

—Oh. Entonces, eso significaría que tú eres...

—Una especie de nigromante —terminó la mestiza, toqueteándose las uñas con nerviosismo—. He descubierto algunas cosas sobre mí en este último mes.

—¡Agh! —La otra retiró la mano del suelo y sacudió los dedos con disgusto—. De pronto he notado una corriente helada y un pinchazo, como si acabara de chupetearme una sanguijuela. ¿Qué magia es esta?

—Una que a mí me adora, al parecer.

Jara la observó en silencio durante largo rato. En las arrugas de su frente veteada se leía un conflicto interno. Se puso en pie, frotándose la mano en las ropas, y algo en el aire pareció captar su atención. Se adentró de puntillas en el jardín, olfateando con la nariz arrugada, y entonces reparó en los restos resecos de miembros dislocados que asomaban bajo las raíces.

—Hierro y sal, Talía —siseó—. Que encima tienes el jardín abonado con cadáveres.

—Y-ya estaban muertos cuando llegaron a las charcas —farfulló ella, pero entonces Jara se arreó una palmada en el muslo y se dobló con una risotada.

—¡Ay! ¡Ay, si soltáramos a más de uno aquí, qué gritos darían!, ¡qué diarreas tan apoteósicas contemplarían estos ojos, *ambosdós*!

Talía rompió a reír, aliviada al ver que, aun cogida por sorpresa, Jara seguía siendo Jara. Esta le lanzó una sonrisa torcida y colmilluda por encima del hombro, pero sus ojos chispeaban de calidez.

—Criaturilla carroñera...

Dejó que Talía la guiase más adentro del jardín. Una nube de mariposas acudió a rodearlas, como si ellas también hubiesen

añorado la presencia de Jara. Su cautela se fue convirtiendo en regocijo conforme empezó a reconocer las flores.

—¡De estos me hablaste! ¡¿Son los lirios de tu madre?! Oh... Son incluso más bonitos de lo que me imaginaba —exclamó mientras pasaban bajo un arco forrado de añil, y entonces divisó los azafranes espinosos que crecían a poca distancia—. ¡Y estas son mis favoritas!

—¡Los jarafranes! —exclamaron al unísono.

La mestiza sonreía, exultante. ¿Cómo había podido pensar, ni por un momento, que su hermana la repudiaría? El amor de Jara era constante como los fuegos que alimentaban el corazón del mundo.

—Brotaron solos. Te echaba muchísimo de menos.

Jara la abrazó y la levantó por los aires.

—No puedo creerlo. ¡Mi cosilla mustia ya tiene sus flores de doncella y ha hecho su primer jardín! ¡Y qué raro y hermoso es!

—Quería esmerarme. Es el único que se me permitirá hacer jamás, después de todo.

No pretendía sonar tan melancólica. Jara la dejó en el suelo, decaída de pronto.

—¿Qué pasa?

—Es solo que... Pensaba que te encontraría desconsolada y rabiando porque te llevase de vuelta a los Bosques. Venía preparada para pelearme con el brujo si hacía falta. —Torció la boca hacia abajo—. No esperaba encontrarte tan... ¿feliz?

—¿Te molesta?

Jara gruñó y se dejó caer sentada en la escalinata al pie del arco, bordeada por frondosos parterres rojizos.

—No. Un poco. No lo sé. Esperaba tener una excusa para llevarte conmigo.

Sonaba tan confundida que Talía le dedicó una sonrisa de disculpa mientras se sentaba a su lado. Le frotó el brazo.

—Solo serán unos meses más. ¡Y tenemos el Beltán entremedias!

Jara rezongó.

—Como sea. Necesito consolarme. —Llamó con gestos al lobo, que las vigilaba desde el borde del jardín—. ¿Sacamos dulces? Adelfa te ha mandado comida como para matarte de un empacho.

—¡Trae!

Sin confiar en esa vegetación que olía a carnicería inminente, Brion ignoró las llamadas. Al final, Jara se levantó y fue hacia él con los brazos en jarras.

—¿Qué pasa, grandullón? ¿No temes al fragor de la batalla y ahora te asustas de unas flores? Ni que se te fueran a comer.

Le revolvió el pelaje y sacó de las alforjas dos cucharas y un paquetito envuelto que aún humeaba. Adelfa debía de haber mandado hechizar algunos platos para que se mantuvieran calientes. Tras sentarse de nuevo junto a Talía, Jara desenvolvió la tarta. Se les hizo la boca agua con el olor a bayas, crema y hojaldre. Talía emitió un ronroneo casi obsceno nada más probarla.

Mientras comían en apacible silencio, la vista de Jara siguió barriendo los alrededores. Las formas orgullosas y los colores sensuales de las plantas, cuyo aroma apenas eclipsaba el olor a corrupción de los miembros atrapados entre sus raíces. Los costillares y calaveras florecidos. La absoluta ausencia de nada comestible o útil para el Carroñero. Nada se escapaba a sus sentidos de rastreadora.

—¿Ha vuelto a salir la planta? —preguntó, como quien no quiere la cosa.

Talía la entendió, sin necesidad de especificar.

Solo con recordar esa granada a rebosar de frutos como perlas de granate y las desgracias que conjuraba, el dulce se le volvió una piedra en la lengua. Los ecos de los chillidos y gorgoteos le

rebotaron en la memoria, los miembros sacudiéndose en charcos de sangre, Juana y Beatriz, Juana y Beatriz...

—No. He tenido mucho cuidado —respondió, cuando por fin logró tragar—. De todas formas, todos en el castillo están advertidos de no ingerir nada de esto.

—Es lo mejor. —Jara la acarició con el dorso de la mano, como para suavizar el dolor de los recuerdos—. ¿Lo sabe el nigromante?

Talía negó.

—Sabe muchas cosas, pero esa no. No puedo.

Su hermana, bendita fuera, no insistió con el tema y pasaron a comentar cotilleos de la corte. Talía se animó bastante cuando se enteró de que, aparte de los dulces, Adelfa le había enviado unas telas preciosas para que se hiciera un vestido nuevo para el Beltán. Gracias a los caprichos de su padre, ese año tendría que fabricárselo sola, sin la amable guía de su aya. No dejaría que eso la abatiera: se lo tomaría como un reto y confeccionaría algo que enorgulleciese a Adelfa. Después de rebañar las migajas y chuparse los dedos, Jara pegó la oreja a las flores que tenía al lado y, para sorpresa de Talía, metió el brazo en el arbusto y tocó los tallos nudosos que corrían a ras del suelo.

Su hermana debía de ser la más valiente de las feys o confiar mucho en ella para atreverse a hacer eso. Tal vez las dos cosas.

—¿Qué sientes? ¿La sanguijuela? —medio bromeó ella.

—Creo que puedo notar algo más, pero solo porque está entrelazado con tu energía, que ya conozco. Algo me está royendo con sus dientecillos, de eso no cabe duda. No obstante, lo que más siento es tu esencia, ramificándose por todo el jardín. Nunca la había percibido así, tan fuerte. Me ruge sorda en el sentido, como mareas en la sangre. —Cerró los ojos, concentrada—. Advierto terror, euforia, dolor, anhelo, libertad..., pero, sobre todo..., amor.

Se acercó un puñado de flores a la mejilla.

—Amor y muerte. Los dos elementos que siempre te han hecho florecer.

—El Páramo tenía ambos de sobra para mí —musitó Talía, presa de una súbita culpabilidad, como si hubiera traición en sus palabras.

Jara le acarició la melena y jugueteó con su fronda.

—No salgo de mi asombro. La piel te resplandece. Hasta tu pelo se ha vuelto más sedoso. No tenía ni idea de que podías ser... así. Es como si solo ahora estuviese viendo a la auténtica Talía. —Un nuevo ramalazo de dolor le cruzó los ojos.

—Hum. La verdad es que me siento más yo que nunca —admitió ella.

Supo que había metido la pata en cuanto vio cómo varias hojas de la melena verdosa de su hermana se marchitaban.

—¿Jara? ¿Qué pasa?

—Déjalo.

—De eso nada. Habla.

—Pues yo qué sé. Que parece que este secarral pestilente ha hecho por ti lo que yo no logré en diez primaveras.

—Pero ¿qué dices? ¡Si eres la mejor hermana del mundo! ¿A qué viene esto?

Para su consternación, los ojos de Jara se empaparon de lágrimas púrpuras.

—Que lo hice lo mejor que pude, Talía... Y ahora veo que nunca fue suficiente.

—¿Cómo que no? Me quisiste, me protegiste, me enseñaste cuanto sabías... ¡Si hasta me llevabas hasta las bestezuelas muertas cuando te encontrabas alguna, solo para que yo jugara con mis flores! No tenías por qué.

—Pero quería. Me gustaba darte eso. Era nuestro secreto. Me enorgullecía pensando que te alimentaba como nadie más podía... —Jara se frotó la nariz, sorbiendo—. Y todo este tiempo estuviste famélica.

—¡No digas eso!

—¿Lo niegas? ¡Mírate! Ha tenido que venir un juntahuesos de quién-sabe-dónde para demostrarme que, tras media vida creyéndome una gran hermana, resulta que solo estaba haciendo el bufón.

—¡Jara! ¡No es así en absoluto!

La otra se cubrió el rostro con los puños y profirió un gruñido largo y rasposo de vergüenza.

—Déjalo. Sé que mientes para no herirme.

—Hermana... Si he llegado viva y cuerda hasta hoy, es gracias a ti.

—Pero... ¡pero mira a tu alrededor! Todo esto estaba dentro de ti. —Jara abarcó la exuberancia en derredor con aspavientos, y luego la señaló a ella, luchando por encontrar las palabras—. Esto... esto es quien eres. Esta eres tú, la de verdad: un ser vibrante y poderoso. ¡Y yo, necia de mí, no tenía ni idea! ¡Yo, la uña de tu carne, creía verte mejor que nadie, y resulta que todo este tiempo estuve tan ciega como el que más!

Empezó a sorber, enseñando los colmillos mientras riachuelos oscuros le bajaban por las mejillas.

—Dioses, Jara, mira que eres intensa a veces. ¡Si aún me conoces mejor que nadie! —Talía se apresuró a limpiarle el rostro—. ¿Qué importa si ahora tengo más flores encima? ¡Sigo siendo tu cosilla mustia!

Como la otra no reaccionaba, Talía se dejó caer dramáticamente al suelo y se agarró a sus caderas esbeltas, palmoteándola con débiles brazadas y aires de pez recién sacado del agua.

—¡Ah, socorro! ¡Me marchito y no hay bicho muerto que me consuele! ¡Solo tu cariño puede revivirme!

Por fin, a Jara se le escapó un bufido risueño.

—¡Serás zalamera!

Se inclinó sobre ella y le revolvió el pelo, echándoselo en la cara. Luego se tumbó a su lado y suspiró mientras Talía escupía mechones y pétalos entre carcajadas.

—Si lo sé, sé que me quieres igual. Es un arranque tonto de celos. Y algo de orgullo herido. —Descargó un talonazo en el suelo—. ¡Maldito nigromante! Me roba a la hermana y encima me humilla. Cómo lo detesto.

—¡Pobre Salazar, con lo bueno que es!

Jara se incorporó sobre los codos y la miró con un alzamiento de cejas que no auguraba nada bueno.

—¿Mm? ¿Ya lo tratas de Salazar y todo?

Consciente de que había traslucido más de lo que pretendía, Talía intentó quitarle importancia con un encogimiento de hombros. Desvió la mirada hacia el cielo, donde el crepúsculo ya pasaba del rosa al lavanda azulado.

—Bueno..., resultó ser mucho más amable de lo que aparentaba a primera vista. Me ofreció su tierra para que la cubriera de mí, aun sabiendo los problemas..., solo para hacerme feliz. Solo con mirarme, se dio cuenta de lo mucho que lo necesitaba.

—Dudo que ese dé nada sin esperar una recompensa. ¿Qué te ha pedido a cambio?

«No tuvo ni que pedirlo».

—No sé. Parece contentarse con mi compañía.

La mirada de Jara era un clavo incrustándose cada vez más hondo en ella. Dioses, ya se lo veía venir. Odiaba tanto mentirle que, cuando lo intentaba, siempre acababa saboteándose sin querer.

—Me trata muy bien. No vi razón por la que no pudiéramos ser amigos. Ya está.

—Hermana..., ¿te estás encariñando con el Carroñero?

Los recuerdos de esa tarde la asaltaron como una lenguarada de fuego. La expresión eufórica de Salazar mientras la cubría con la barbilla húmeda tras haberle arrancado sus gritos, para luego besarla con el mismo fervor con el que otros rezan o batallan.

«Si regresara a aquella noche, volvería a decir tu nombre. Todos tus nombres. Una y otra vez».

Intentó disimular el delicioso vértigo que la abrasaba por dentro mediante una risita nerviosa.

—Bah, tampoco tanto como para...

Jara se le acercó y la olisqueó por enésima vez.

—Con razón me oliste raro nada más llegar. Asumí que se te habría pegado cierto tufo a muerto.

—Es difícil evitarlo en este sitio...

—Pero no es eso, no del todo. Por debajo de tu perfume y lo que sea que te has frotado en el baño, hueles a él. Y él, a ti.

«Tierra, trágame. Tenía que tocarme la hermana con olfato de lobo».

Jara la izó hasta que ambas estuvieron sentadas y la escrutó con los párpados entornados, agarrándola por los hombros para que no pudiera escurrírsele de nuevo. Le hurgó entre las flores y, cuando retiró los dedos, entre ellos colgaba un pelo plateado, y los ojos le llameaban de acusación.

—No te precipites, hermana... —pidió Talía.

—Sabía que algo tramaba en cuanto vi cómo te miraba en la fiesta. ¡Le advertí! Si te ha puesto un solo dedo encima... —La voz de Jara se volvió gutural—. Dímelo. Cuéntamelo todo y, cuando

acabe con él, sus secuaces tendrán que raspar sus restos de las paredes.

Con una exclamación indignada, la mestiza le arrebató el pelo incriminador y lo tiró. Como si fuera a servirle de algo.

—¡Cálmate! Ha sido un accidente. Me he caído encima de él poco antes de que llegaras.

Los ojos de la mayor se estrecharon en rendijas.

—¿Acostumbráis a caeros mucho encima del otro?

—¡No! Le estaba enseñando el baile de las castañuelas y resbalé y...

Por un momento, solo se oyeron los tenues crujidos de la melena de Jara, erizada de pasmo.

«Maravilloso, Talía. Con eso ya has terminado de decírselo todo».

—¿El del viejo cagón?

—Ese.

—¿El número que solo te atreves a hacerle a tus más íntimos amigos, y solo cuando te sientes en absoluta confianza?

Ella fingió observar con interés el arbusto más cercano. Entonces notó el susurro malicioso de su hermana en el oído.

—¿Y tanto le ha gustado que, de la impresión, se ha caído de bruces entre tus piernas y te ha comido todo lo colorado?

El respingo la hizo resbalarse del tranco.

—¡JARA!

—¿De verdad pensabas que no me iba a dar cuenta?

—¿Cómo lo has sabido? —farfulló Talía, desafinada, mientras trataba de recobrar una postura medianamente digna.

—No lo sabía; solo sospechaba. Me lo has confirmado tú.

La menor gruñó y se tapó el rostro con las manos.

—No te pongas así. Aun sin hacerte la trampa, lo habría averiguado igualmente. El aire de amorío mal disimulado que flota

entre vosotros es más denso que el tufo de cualquier revolcón. A él quizá no lo conozca, pero a ti sí; y que me hables de él de forma tan esquiva, ¡a mí, tu más íntima confidente!, solo puede significar una cosa: te has vuelto protectora con él.

—Jara...

—¿En serio, hermana? ¿Te me has enamorado del Carroñero?

Talía le tapó la boca con las manos y escrutó los alrededores. Allí solo estaban ellas, pero ¿y si el viento arrastraba su secreto adonde alguien pudiera oírlas? No estaba lista para decírselo a Salazar con todas las palabras, aún no. En torno a ellas, las flores se impregnaron de su alarma y cabecearon, trémulas. Sus pétalos desprendidos surcaron la brisa como salpicaduras de sangre.

Jara se levantó de golpe para merodear frente a la escalinata cual bestia enjaulada.

—¿Cómo? ¡¿Por qué?!

—Él me ha *visto*, hermana, y le gusta lo que ve. Sin trampas ni segundas intenciones.

—Eso no puedes saberlo en el poco tiempo que llevas conociéndolo.

—Pues lo sé. Es así de sincero.

Jara desnudó los colmillos en una sonrisita sardónica.

—Y es bueno —prosiguió—, incluso cuando tiene razones de sobra para no serlo. Encima es paciente, generoso, divertido, inteligente, respetuoso, un portento en lo suyo. Y además... —Talía se toqueteó las pulseras, bajando la mirada y la voz—, cree que soy lo mejor que le ha pasado a su hogar.

Su hermana bufó y miró al cielo, como si en el añil crepuscular pudiese hallar una paciencia y comprensión que claramente la eludían.

—Y no hace falta que resalte lo evidente, pero también está de muy buen ver.

—¡¿Qué?! ¡Si parece un vampirucho ceniciento con cara de no haber cagado en un mes!

—¡Pues a mí me gusta justo así! ¡Y deja de ser tan escatológica!

—Habló la que se nutre de muertos y yace con nigromantes.

Talía reculó como si la hubiesen mordido. En su día, esa respuesta habría bastado para sacarle las lágrimas, aunque no hubiera sido esa la intención de Jara. Sintió el familiar impulso de agachar la cabeza, aceptar la culpa y correr a compensar su insuficiencia de alguna forma, con sacrificio si era necesario. Sin embargo, para su estupor, la vergüenza se la tragó un dolor bilioso, que le envaraba la espalda y le calentaba la sangre.

Quizá tuviera mucho de lo que avergonzarse, pero jamás de querer a un hombre que se lo había ganado con creces.

—Bien, entonces le he dado la razón a Arceúsa —musitó—. Justo cuando creíamos que no podía humillar más el nombre de las yedrasi, de algún modo me las he apañado para hundirme en nuevos niveles de depravación.

Jara meneó la cabeza con aire contrito, como para suavizar el aguijonazo de sus últimas palabras.

—Tú no me humillas, nunca lo has hecho. Te adoro, hermana, con tus poderes siniestros y tu olor a muerte y tus gustos cuestionables. Me refería a que el Páramo es el paradigma de lo escatológico, simplemente. —Se pasó una mano por la melena, gruñendo—. Es solo que... esto no es bueno. No sé cómo se lo tomará padre...

—En cuanto a eso, ¿qué le dijiste exactamente aquella noche a Salazar? ¿Qué es esa majadería de que padre hace desaparecer a todo el que se atreve siquiera a rozarme?

No le gustó ni un ápice la manera en que Jara apartó la mirada.

—Oh, me parece a mí que ese taimado descolorido ha hecho algo más que *rozarte*.

—Responde a mi pregunta.

La mayor dio un par de paseítos esquivos, pero al final admitió:

—Tenía que protegerte. No podía ponerle una cuchilla al cuello, así que lo amenacé vagamente y, por si con eso no bastaba, lo asusté con rumores y advertencias ambiguas. Aunque no me temiera a mí, el miedo a padre lo frenaría. Pero parece que ni eso lo ha detenido, ¿no? Ahora me arrepiento de no haberle puesto la falcata en la mismísima bragueta...

—¿Y hay algo de cierto en esos rumores?

Jara abrió los brazos.

—No, que yo sepa, mas no seré yo la tonta que vaya a preguntarle a padre. Quizá le vino bien quitarte de en medio una temporada, por tu seguridad y para apaciguar al pueblo. Tal vez considerase que una suerte de exilio temporal te serviría de castigo. Eso, empero, no significa que le hiciera ninguna gracia tener que entregarte al brujo. Y, como se entere de que este se ha aprovechado del trato para seducirte...

—No creo que hubiera tanta intencionalidad por su parte.

—Padre podría enfadarse mucho, Talía.

Ella reflexionó en silencio. ¿Tenía razón su hermana, o solo intentaba protegerla a su manera dramática? Sus relaciones siempre habían transcurrido en secreto y nunca habían llegado tan lejos como para atreverse a mencionárselas a su padre. Asumía que, al igual que con los de Arceúsa o Terebinta, Mirtalón habría reaccionado ante sus pretendientes con desdén o desinterés; nunca con ira. Ninguno le parecía lo bastante significativo como para reparar en su presencia, mucho menos dejarse irritar por ella.

A fin de cuentas, él tenía la última palabra acerca de quién desposaría a sus hijas, y ni el noble más pretencioso del Bello Pueblo habría podido disputársela. Tampoco ninguno lo había intentado, en realidad.

Pero... ¿cabía la más mínima posibilidad de que con ella fuese diferente? ¿Y por qué habría de serlo? Jamás su padre le había dicho nada al respecto, más allá de un vago: «Déjate de amoríos y céntrate en asuntos más productivos».

Y, sin embargo...

«Si el nigromante intenta algo, mátalo», le había dicho, como si hablase del tiempo. Como si Salazar fuera una mera herramienta, fácil de desechar una vez que se torciera.

Una desagradable marea de alarma ascendió en su interior, ahogando las mariposas de su estómago.

—Habla claro, Jara. ¿He roto alguna norma de cuya existencia nadie se ha molestado en hablarme?

—Quitando las normas básicas del decoro, como no liarte clandestinamente con un alzamuertos cuando eres quien eres y vives donde vives...

—Padre se enredó con una mortal nigromante y luego no tuvo reparos en traerse a su bastardilla impía a la corte. Precisamente esto no debería escandalizarlo.

La mayor se masajeó el patrón de la frente con hastío.

—No lo sé, hermana, tengo un presentimiento raro que no termino de ubicar. De momento, prefiero que seamos extremadamente cautelosas con este asunto. Ya hemos comprobado en varias ocasiones que padre puede salir por donde menos lo esperamos.

—¿Y si, hipotéticamente hablando, hubiera sido yo la seductora del brujo? ¿Tendría también un problema con eso?

Jara empezaba a tener cara de migraña.

—Te estás enfocando demasiado en padre, cuando quizá deberías preocuparte más del Carroñero.

—¿Por qué? ¿Piensas que hará como los anteriores? Salazar es diferente. Con él no tengo que fingir. Hemos visto quién es el otro. Lo que somos. Y no nos da asco; todo lo contrario. Encajamos. —Suspiró—. Tendrías que ver cómo combinan nuestras magias.

Algo se removió entre las flores y ambas se tensaron, pero resultó ser un puñado de esqueletitos de alimañas revividos, encabezados por la rata florida. Desfilaron entre ellas, olisqueando la hierba, con restos roídos de plantas apelotonados entre las costillas. Jara observó atónita a un conejo de hueso cuyo pelaje no era sino una capa de musgo con florecillas que casi casi lo hacía parecer lustroso.

—Hierro y fuego, ¿qué son estas cosas?

—A eso me refería.

Sin entrar en mucho detalle, le habló de las clases con Salazar, de cómo este le había enseñado a entender mejor su magia. Omitió, eso sí, el incidente que había propiciado esas mismas clases. A Jara le habría dado igual el empalamiento del brujo, pero, si se enteraba de que unos no muertos casi se habían comido a su hermanita, iría a por Salazar como una mamá osa.

«Ya le he dado bastantes quebraderos de cabeza a la pobre por un día».

La mayor se acuclilló para examinar al conejo, que se salió de la procesión para auparse en el regazo de Talía. La contempló, rodeada de aquella frondosa decadencia, acunando la no muerte en sus brazos, y su talante se ensombreció como si anticipase las nubes negras del conflicto acercándose por el horizonte.

—¿Te asquea lo que ves? —se atrevió a preguntar la mestiza.

—No más que lo que hiciste en el barranco, y también entonces corrí hacia ti, ¿recuerdas? No, hermana. Tu jardín es hermoso, y tú también.

—Pero, aun así, estás enfadada conmigo. Por haber hecho todo esto.

—Un poco, aunque sé que no estoy siendo justa. Nadie, y menos tú, tiene la culpa de que lo que a ti te da la vida no tenga cabida en Bosqueterno. Y eso me corroe por dentro, porque me gusta verte tan feliz, de verdad...

—¿Pero?

—Esto llegará a su fin. Tendrás que volver a casa. Padre te quiere de vuelta. —Era obvio que le dolía tener que decirlo. Su encuentro estaba siendo más agridulce de lo que ambas se habían imaginado.

Las sensaciones agobiantes que había dejado atrás al partir hacia el Páramo afloraron de nuevo. La familiar mezcla de vértigo y angustia, de perdición inminente, se le coló dentro como la bestia que regresa a su madriguera, encajando con espantosa facilidad en un agujero excavado durante años a su medida.

La realidad llamaba sin piedad a su puerta para recordarle que nunca había dejado de ser la Flordemuerte de Bosqueterno. Había estado bien sentir que tenía el control de su vida, pero el sueño siempre se desvanece en su momento más dulce. Pronto llegaría la hora de despertar y regresar al lugar al que pertenecía.

Las princesas no podían ir adonde el corazón las llevase, y menos aquellas capaces de corromper lo que siempre fue intocable.

El aire ya no le llenaba del todo los pulmones.

—¿Y si le pidiera permiso a padre para venir al Páramo cada cierto tiempo? —preguntó, y sonaba como el preso que pide ver la luz del exterior, siquiera por unos instantes—. No sería raro que quisiera

visitar a la gente que tan bien me trató, en especial si ellos también me añoran. ¿Me lo prohibiría?

—Padre se olería lo que está pasando antes de que terminases la pregunta.

—¿Y tan malo sería eso? No le sirvo de nada al reino. Ningún fey pedirá nunca mi mano. ¿Qué más daría si quisiera estar con...?

—Mira, nadie sabe qué planes hay para tu futuro, porque padre no cuenta nada de estos temas hasta que a él le parece apropiado, pero alguno ha de tener. Eres su hija, después de todo. Y todos sabemos que, hasta la fecha, nadie en las Tierras Feéricas le ha parecido adecuado para ti. Ni siquiera para presentártelo, cosa que sí ha hecho con nosotras. —Jara bufó—. Que le hagamos caso ya es un asunto aparte.

La mestiza sonrió sin alegría.

—Ah, por supuesto, se me olvidaba que soy muy especial. ¿Y quién, entonces, sería digno de que le encasquetaran a Flordemuerte? ¿Un mortal, ya que a ellos no les huelo a podrido? ¿Baalak quizá?

Jara soltó una carcajada, como si la idea le pareciese absurda, pero luego se quedó pensando.

—Ay, Baalak... Otro que me tiene nerviosa.

—¿Por qué?

—Últimamente se comporta de forma rara. Mantiene las formas en la corte, pero lo percibo... más temperamental que de costumbre. Mi gente ya lo ha encontrado más de una vez echando pestes del nigromante. Dice que te trajo al Páramo con intenciones deshonestas, y en repetidas ocasiones le ha pedido a padre que lo deje venir con un destacamento para comprobar que sigues sana y salva. A estas alturas, es bastante obvio que le interesas.

—Demasiado.

Jara puso los brazos en jarras y la miró desde su altura. Sus cejas formaban una uve inquisitiva. Talía se rindió con un largo suspiro.

—Me propuso matrimonio esa misma noche.

—¡¿Qué?! —Jara se llevó las manos a la cabeza. Las lianas de su cabellera latiguearon tras su cola alta—. ¡¿Por qué no me lo contaste de inmediato?!

—Lo habría hecho nada más regresar a mis aposentos, pero estabas ocupada quién sabe dónde, tratando de aterrorizar a mi futuro anfitrión. Para cuando volviste, era ya la hora de partir y teníamos demasiados oídos alrededor.

—¡Pues a Adelfa, y ella me lo habría dicho!

Talía negó.

—No quería preocuparla. Además, necesitaba asimilarlo yo primero.

—¿Cómo pasó exactamente?

Conforme ella se lo contaba, más se encendía Jara; tan pronto se acuclillaba delante de ella para oírla con atención como se liaba a merodear, maldiciendo entre dientes con la mano en el puño de la falcata. Al acabar la historia, siseó como una víbora.

—Maldito cabrón insidioso. Por supuesto que urdiría algo para asegurar su posición en cuanto se terminase la guerra. Iluso arrogante. ¿Qué le dijiste?

—Que le daría una respuesta en el Beltán. Aunque tengo claro que va a ser un «no».

—¿Por el nigromante? —Jara engurruñó un lado de la nariz.

—Por mí. Me niego a traer más muerte y dolor a la Creación, y menos por un caudillo que me llamó *murrul* a la cara sin pestañear.

Aunque no negaría que Salazar había sido crucial a la hora de consolidar su decisión. De no ser por él, Talía nunca habría imaginado que podía aspirar a algo más que a conformarse con que

alguien la encontrase lo bastante útil como para tolerarla. Que no tendría que deformarse en algo monstruoso para caber por la única y retorcida vía que se abría ante ella, a cambio de algo de aprecio.

Salazar no había intentado convertirla en nada que no fuera una versión más libre y completa de sí misma.

—Estaré encantada de darle a Baalak esa negativa por ti. —Jara acarició su falcata con una sonrisita cruel.

—No, mantente al margen y que no se entere nadie. Lo último que deseo es involucrar a padre y a Baalak en un escándalo en cuyo centro estaré yo, para variar. Resolveré el asunto como empezó: con discreción y diplomacia.

—¿Y crees que el krampo lo aceptará sin más?

—¿Qué otra opción le queda? ¿Agarrarse una rabieta, desafiar a los yedrasi en nuestro propio territorio? No. Baalak es ambicioso, pero no un necio. Habrá de buscarse a su princesa hada en otra parte. No quiero tener nada que ver con esa profecía suya.

Su hermana bufó.

—¡Bah, profecías! Ya sabes lo que pienso de ellas. Solo sirven para limitarte haciendo que te obsesiones con un posible futuro, desatendiendo todas las demás variables. Como les hagas caso, te condicionan la vida entera, y la mayoría de las veces ni siquiera aciertan. ¿El crío acababa de salir al mundo y ya le estaban dictando su futuro? Eso va más allá de la idiotez; es una crueldad.

—Con o sin profecía, el camino de Baalak ya estaba más que dictado por su estirpe. Igual que el de los hijos que tuviese con él, de haber aceptado su propuesta.

¿En qué habría devenido ella si no hubiera conocido el amor de su madre? ¿Si desde niña no la hubiesen tratado como otra cosa que un engendro corrosivo y no deseado? Quizá hubiera crecido como

una sombra más de aquel bosque: feral, oscura y retorcida, presta a dañar a otros antes de que pudieran dañarla a ella.

El amor de esas pocas pero cruciales almas la salvó de convertirse en algo mucho peor. Al igual que le sucedió a Salazar. ¿Qué clase de vida habría tenido si no se hubiera criado en una familia llena de risas y afecto?

—Pues sí. Si a una criatura la machacan desde pequeña con que su destino es ser algo, al final se convertirá en justo eso. —Jara gesticulaba ampliamente con las manos, como si eso la ayudara a organizarse mejor las ideas—. La vida es como un río. A todos los peces les gusta el suyo, incluso si es el río más empantanado y mierdoso que jamás se vio. Han nacido y crecido en él, como sus padres y los padres de estos. Durante generaciones, esos peces han estado nadando y follando en esa mierda, comiendo de ella, y los que no se mueren en el proceso acaban por cogerle el gusto. Tienen que hacerlo, no conocen otra cosa. Para colmo, su naturaleza se ha adaptado tanto a esa mierda que, si por casualidad desembocaran en otro río más limpio, la claridad de sus aguas les resultaría insoportable. Ellos nacieron en la suciedad y en ella han de vivir, como sus ancestros, y si para ello tienen que llevar su mierda a todos los ríos de la Creación, así sea.

Se acuclilló a pocos pasos de Talía.

—¿Me explico? Pues buena parte de la gente es igual. También los krampos. Glorifican su miseria, porque a todos nos gusta pensar que somos los buenos, los que llevan razón. Cuando a eso le añades profecías y mandatos divinos, lo que se les crea es un yugo mental que trasciende toda capacidad de crítica. —Se golpeteó la sien con un dedo largo—. Ahora, que venga alguien de fuera y te diga: «Mira, tus ancestros se equivocaban y tu familia también. Te han retorcido a su semejanza, y tú llevas toda tu vida perpetuando la misma

mierda, como un bufón bien enseñado». Te dicen eso y ¿qué haces? Pues les cierras la boca a falcatazos, así de simple. Porque la alternativa, dejar que tu mundo implosione, es tan terrorífica que ni la consideras.

—Y piensas que Baalak es una de esas personas que solo ven lo que quieren ver.

—Podría serlo.

Talía apoyó la barbilla en sus nudillos y permaneció un rato sumida en lóbregos pensamientos. Aunque él no podía obligarla a nada, la atención del krampo le pesaba encima, como una red sucia cuya huella le costaría limpiar de su piel.

—¿Y esa cara tristona?

—Pensaba en esto de los peces y los niños con profecías. Así expuesto, Baalak casi me da pena.

—No esperaba menos de ti. Tienes un corazón demasiado tierno. Es probablemente una de las razones por las que el krampo se fue a por ti. Pagaría por ver su cara cuando le demuestres que «bondadosa» no es sinónimo de «presa fácil».

El evidente orgullo en su voz le subió el ánimo, pero Talía no se atrevía aún a tomarse el tema con tanta ligereza. Además, sospechaba que, a pesar de su actitud desdeñosa, su hermana también le estaba dando vueltas al asunto. No era ni de lejos tan frívola como aparentaba.

—No sé, Jara. Baalak y los suyos parecen muy aferrados a esa profecía. Ignoro cuán acertada es, pero les dijo lo que deseaban oír y, a veces, con eso basta.

La dríade, que se había incorporado y estaba rebuscando otra vez en las alforjas del lobo, se volvió con la boca llena y otro dulce en las manos.

—Ya, ya, pero es que, cuanto más lo pienso, más absurdo me parece —dijo, tras palmear el lomo peludo y volver junto a Talía—. ¿A quién se le ocurre echar las runas en medio de una batalla? ¿Tú te imaginas la escena? Fuego, gritos, masacre, la madre de Baalak recién parida encima de una pila de cuerpos; todo mientras intenta escuchar los berridos de una adivina que, hasta donde sabemos, podía estar chocha perdida. ¿A ti te parece un escenario adecuado para formular una profecía, no digamos ya interpretarla con el cuidado que eso requiere? —Sacudió los brazos en el aire, salpicando accidentalmente de hojaldre las anémonas a su alrededor —. Dichosos krampos... No sé si estaban ya así de locos antes de atravesar los portales o si se han quedado así de tanto repartir cornadas a diestro y siniestro. A lo mejor es el aire de este mundo, que les sienta mal al cerebro.

—Tal vez, pero la verdad es esta: Baalak cree en su profecía, y él es de los que no se rinden hasta convertir sus deseos en realidad.

Jara engulló lo que quedaba del dulce y se limpió las manos en los muslos.

—Pues, como tú dices, que busque en otra parte. Las Tierras Feéricas son vastas y no escasean las princesas «rojas como la sangre de un toro» —recitó, en tono burlón—. Seguro que alguna habrá con ganas de picha krampa.

—¡Jara! —Talía soltó una carcajada.

Su hermana fingió agarrar algo muy gordo de entre sus piernas y empezó a corretear en círculos con zancadas de rana y la espalda encorvada por el peso imaginario.

—¿Dónde están las princesas? ¡¿Dónde, que yo las pille?! —exclamó con voz grave y un acento krampo conseguidísimo, mientras aparecía y desaparecía entre los arbustos, buscando tras ellos con cara de ansia—. ¡Por los cuernos de mis ancestros! ¡En

alguna parte ha de haber una a la que le guste el genocidio y parir como una coneja! ¡Sigue buscando, Baalak, no desfallezcas! ¡Alguna querrá ayudarte a cargar este tremendo peso que portas!

Talía estaba ya por los suelos, doblada de la risa. La pantomima siguió durante un buen rato, hasta que ambas terminaron tiradas como trapos al pie de la escalinata, enjuagándose las lágrimas. Cuando por fin recobraron el aliento, Jara la estudió con una mirada larga y meditabunda.

—¿Qué?

—Con Baalak lo tienes claro, pero ¿qué hay del nigromante?

—No me ha pedido matrimonio, si es eso a lo que te refieres.

—¿Es algo serio? ¿Crees que podría llegar tan lejos como para que padre hubiera de enterarse tarde o temprano?

La pregunta le cavó un pozo de incertidumbre en las entrañas. Ella amaba a Salazar como las raíces a su suelo. Por eso, en momentos como ese, cuando se veía obligada a vislumbrar su futuro desde un enfoque realista, el miedo le reptaba por las venas y se le enroscaba en los dientes.

Porque los otros que supuestamente la habían amado también la desecharon de un día para otro, sin motivo aparente, sin una explicación. Quitando a unas poquísimas personas, la gente la quería hasta que dejaba de hacerlo. Esa era la simple realidad, innegable e inamovible. La piedra con la que su rueda de la fortuna no dejaba de estrellarse, una y otra vez.

Salazar era diferente a todo y todos los que había conocido. Si bien no sería tan pretenciosa de afirmar que él la correspondía con la misma pasión, estaba claro que sentía algo por ella. Pero ¿eran sus sentimientos lo bastante fuertes?

«Y todavía no sabe lo que pasó con Juana y Beatriz».

Sacudió la cabeza, abrumada.

—Ni siquiera sé si durará, Jara. Como bien has dicho, mis lunas en el Páramo han de llegar a su fin; quién sabe si esto también. Déjame disfrutar del presente mientras el futuro se afila las uñas. Y por favor te lo pido... No le cuentes nada de esto a nadie.

La mayor hizo un gesto universal de «allá tú».

—Guardaré tu secreto, pero solo mientras hacerlo no me impida cuidar de ti como es debido. Y que conste que lo hago por ti, no por el Carroñero.

Agradecida, Talía se abalanzó sobre ella, y Jara le devolvió el abrazo, gruñendo con resignación.

Hartas de temas serios, se dedicaron a pasear por el jardín, entre juegos y cotilleos. Las sombras del anochecer cubrieron el Páramo y las primeras luces comenzaron a titilar tras los ventanucos del castillo, indicando que sus habitantes ya se habían despertado.

Un borriquillo plateado bajó trotando por la ladera con un felino gris oscuro en la grupa. Talía salió del jardín para recibirlos, cogida del brazo de Jara.

—¿La cena está lista? ¿O venís a conocer a mi hermana?

Durante varios latidos, ninguno de los mangalines se movió. Contemplaron ojipláticos a Jara y, cuando esta los saludó con una gran sonrisa colmilluda, sus caritas temblaron y se desdibujaron en una mezcla de animal y mangalín tan graciosa como perturbadora.

—*¿Jí?* —respondió Ceniza.

—*Pincesa jande y juapa*... —murmuró Carbón, sin poder contenerse.

Mientras Jara se reía, Ceniza reprendió a su compañero con un rebuzno y se giró para guiarlas formalmente hacia el castillo.

—Ven, te presentaré a los duendes. No acostumbran a recibir visitas, y seguro que les hará ilusión ver a una princesa yedrasi de pura cepa tan de cerca.

—Qué bien. Afortunadamente para ellos, los menudos domésticos me agradan muchísimo más que los nigromantes.



Salazar se les unió para cenar. Para sorpresa de Talía, Lucio había regresado mientras ellas estaban fuera. Saludó a Jara con educación y se retiró a las sombras de una esquina, desde donde procedió a observarlo todo en quietud absoluta. Parecía alerta, pero relativamente tranquilo. Si tenía la menor idea de lo que había ocurrido entre su protegido y la princesa, se guardó de demostrarlo, al menos delante de la visita.

Los gatos se habían perdido nada más oler al lobo. Por lo demás, el salón bullía de actividad, aunque sentados a la mesa solo estuvieran ellos tres.

Las sombras del comedor se agitaban. Todos los solífugos habían acudido, revolucionados por tener a dos princesas bajo su techo. Los humarejos demostraron ser muchos más de los que Talía sospechaba. Reptaban por las columnas y surcaban la bóveda convertidos en jirones borrosos, susurrando en su lengua indescifrable.

Vestido con sus mejores ropas y una máscara de corrección, Salazar era la viva imagen de la compostura. Pero ella aún sentía el calor de su pecho contra el suyo, y el eco de sus gruñidos le reverberaba en la parte baja del estómago, haciéndola apretar los muslos bajo las sedas de su falda. Esos dedos que partían el pan y gesticulaban mientras él respondía a algún comentario de Jara habían estado dentro de ella. Se preguntó si él estaría pensando lo

mismo. Si a él también lo recorrían los escalofríos cuando sus miradas se cruzaban mientras compartían mesa.

Se les habían quedado tantas cosas a medio decir con la repentina aparición de Jara... ¿Qué sentía él respecto a lo que había sucedido en el pabellón?

Aún no tenía respuesta. Y dudaba que el nigromante pudiera dársela, cuando estaba tan ocupado intentando sobrevivir a aquella velada sin que le explotase una vena. Repartía órdenes quedas a los mangalines y orquestaba las idas y venidas de Martín, que parecía más torpe de lo habitual. Cosa comprensible, ya que no le quitaba los ojos de encima a Jara. Bastaba que esta le dirigiese la palabra para que el duende se tropezase con sus propios pies. Verlo trastabillar cargado de bandejas humeantes mantenía a Salazar en tensión constante, lo cual solo empeoraba la picardía de la yedrasi.

La tensión flotaba en el aire. Talía la percibía en cómo Salazar trinchaba su comida con más saña que de costumbre; en la forma en que Jara le enseñaba los dientes en una sonrisita tan perenne como enervante mientras contaba historias de cuando ambas eran niñas. Bajo su tono vivaracho, las risas y la añoranza, subyacía una finísima advertencia territorial. «Es mi hermana. Mía. Hemos crecido juntas y tú acabas de llegar de fuera».

Y era tan, tan sutil, que Talía no podía llamarle la atención sin volver la situación todavía más incómoda.

Martín había terminado de rellenarle la jarra de vino y procedía a servirle el postre a Salazar cuando Jara asestó el golpe de gracia. Brindó en su dirección, le guiñó el ojo con un «gracias, primor», y el pobre martinico se cayó de bruces a los pies del brujo y le dejó las botas perdidas de pastel.

No contenta con eso, intentó convencer a Lucio de subirse con ella al lobo e irse a dar una vuelta. El cojuelo se escaqueó de la

conversación rápidamente, pero a Martín le faltó tiempo para ofrecerse en su lugar, alborozado ante la oportunidad de que Jara lo sentase entre sus fibrosos muslos. Mas no solo él acabó encima del lobo con la princesa; a ellos se unieron los mangalines y una montaña de humarejos, livianos como soplidos.

Brion trotó en círculos, familiarizándose con el peso. Jara se giró hacia Salazar, desde su altiva pose de amazona.

—Nigromante, todavía nos queda sitio para uno. Te puedes agarrar a mí, si así te sientes más seguro. No muerdo. —Le guiñó un ojo—. No más que mi lobo.

Salazar enarcó una ceja. Sus cubiertos estaban notablemente más curvados que antes de empezar a comer. Ni el calor de la chimenea podía disimular el frío que emanaba de su figura.

—Venga, Jara, ya has emocionado bastante al brujo. —Talía la despidió con un gesto—. Ten cuidado ahí afuera.

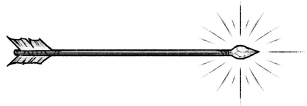
—¡Ja! ¿Quién ha dicho nada de afuera? ¡Arre, Brion!

Y, para espanto de Talía y de su anfitrión, se arrojaron al galope por una de las galerías. Rígido y con un tic en el ojo, el humano parecía envejecer por momentos mientras los gritos y aullidos desgarraban la quietud del Páramo, amplificados por el eco. Era como si una tromba de almas en pena hubiera embrujado el castillo, y el tropel corría escaleras abajo y arriba, por galerías, terrazas y salones arruinados. El castillo reverberaba como si fuera a venirse abajo.

—Creo que tu hermana intenta matarme.

—No, solo intenta sacarte de quicio, pero eso es señal de que acabarás agradándole.

—Si esto es su agrado, que el infierno se apiade de mí.



Esa noche, Salazar se retiró a la cama con un tic persistente en el ojo. Faltaba poco para el alba cuando, tras despertarse por enésima vez, decidió retirarse al taller. En el Páramo siempre había algo que hacer, y si no, él se lo buscaba. Sumergirse en su nigromancia le distraería la mente de la loca que se le había metido en el castillo. Le agradaba ver a Talía tan contenta, pero su hermana era... un gusto adquirido.

«Menos mal que se irá pronto».

Llevaba ya un rato allí, reforzando las falanges de un esqueleto krampo con clavos, cuando unos golpes en la puerta interrumpieron su concentración. Seguido de un par de entes farol, arrastró los pies entre las mesas de trabajo abarrotadas de huesos y abrió la puerta un par de palmos.

Ya se figuraba quién sería, pero igualmente se tragó una blasfemia cuando la vio al otro lado, dándole vueltas a un fémur en la mano. Debía de haberlo cogido de la pila en la mesa de prácticas.

—He tenido que improvisar. Tu puerta tiene demasiado hierro para que me apetezca tocarla.

Salazar se limitó a mirarla. No se molestó en disimular el tic del ojo.

—Vaya, nigromante, creía que los humanos erais diurnos. ¿No podías dormir?

—Nadie es del todo diurno cuando se convive con feéricos.

La mirada púrpura de Jara se deslizó más allá de él, al interior del taller.

Desde fuera no se apreciaba lo grande que era en realidad: una catacumba del tamaño de una catedral, plagada de mesas de

trabajo con sierras, escalpelos y hierros curvos con los que Salazar vaciaba y limpiaba los restos, para luego volver a unirlos en algo nuevo. Las estanterías rebosaban de botes donde flotaban órganos, anomalías médicas y demás escabrosidades cuya explicación solo el Desgarro sabía. Por no mencionar los entes a medio hacer, colgados de ganchos; ni los muros como colmenas de nichos, donde los esqueletos yacían a la espera de ser reanimados. Era en ese lugar de ineludible olor a sepulcro donde, a solas consigo mismo, el Carroñero creaba sus aberraciones.

—Vaya. ¿Aquí es donde metes a mi hermana para conquistarla con tus trucos de nigromancia?

—Vuestra hermana nunca ha pasado de esta puerta. ¿Puedo ayudaros en algo, princesa?

Ella sonrió ante su tono impaciente.

—Pardiez, mortal, solo estoy honrando la costumbre de visitarte de madrugada para despedirme con buenos consejos.

«Para tocarme los cojones, más bien».

—Sal, que hablemos. No me gusta tener las conversaciones importantes a través de una rendija.

Armándose de paciencia y con la sensación de que las ojeras le llegaban ya al pecho, Salazar salió al patio, seguido de uno de los entes. La princesa observó al conjunto de piernas, pelvis y farol de la que se componía aquella criatura con divertida repulsa.

—¿Qué deseáis?

—Para empezar, perder el sentido del olfato durante un buen rato.

—Ya somos dos.

Jara se sacó un pergaminito enrollado del cinturón y se lo ofreció.

—Estás formalmente invitado a las fiestas del Beltán.

Salazar lo aceptó. Después, Jara le tendió una especie de pulsera hecha de un metal que emitía sutiles ondas de luz azulada, similar al

reflejo del agua en las paredes de una cueva. Un objeto mágico, de esos que solo unos pocos feéricos podían crear.

—Para facilitar vuestro desplazamiento a Bosqueterno, se os permite valeros de este amuleto de portal. Está ya vinculado a nuestro reino, pero necesitaréis vincularlo también a vuestra tierra enterrándolo en ella durante al menos siete días. Así sabrá qué dos puntos ha de comunicar para funcionar como debe.

—¿Significa eso que, una vez esté vinculado del todo, cualquiera podría usarlo desde Bosqueterno para presentarse en mi Páramo? —aventuró el brujo con cara de pocos amigos.

—No cualquiera, y no después de gastarlo vosotros. Es de un solo uso, solo admite el paso de dos cuerpos, y se ha preparado para que únicamente una yedrasi pueda activarlo. Como ves, está todo pensado para tu tranquilidad, brujo paranoico.

«Y la vuestra».

—Qué bien —replicó él, sin el más mínimo regocijo.

Ni harto de vino pensaba plantarse en los Bosques sin la protección de Lucio, pero se guardó el comentario mientras tomaba la pulsera. Los amuletos de portal eran muy escasos y costosos de hacer; por mucho que contase con un diablillo cojuelo, solo un necio despreciaría un obsequio semejante.

—¿Cómo es que me lo dais a mí, si es vuestra hermana quien habrá de activarlo?

—Considéralo un gesto de amistad por mi parte.

«Esa sonrisa tuya de amistosa tiene poco, pero lo que tú digas».

Salazar depositó ambos objetos en la mesa, entre los huesos a medio florecer.

—Imagino que no habéis venido solo para esto.

—Imaginas bien. —Jara se cruzó de brazos—. Te advertí esa noche...

—Y os escuché.

—No, qué va, y por eso nos hallamos en esta situación. Más te vale prestar atención esta vez.

En la mesa había una calavera farol, con canicas de luz feérica incrustadas en las cuencas. Jara la cogió para examinarla con la misma impavidez con la que había tocado el fémur. Tal vez no fuese como Talía, pero tampoco era como las demás.

—Dime la verdad, nigromante, ¿por qué elegiste a mi hermana?

Salazar entrelazó las manos tras la espalda, mostrándose imperturbable.

—Pensé que una temporada en el Páramo le haría bien. No parece que me haya equivocado.

—Qué altruista. —Jara soltó la calavera y se sentó en la mesa, encarándose con él—. No me creo eso. Inténtalo otra vez.

—Cualquiera con ojos en la cara podía ver que Flordemuerte corría peligro entre los vuestros.

—Ninguno de nuestros súbditos habría osado tocarla. Los yedrasi somos los gobernantes de Bosqueterno, elegidos por la Tierra. Ningún habitante de nuestro reino podría atentar contra uno de nosotros sin sufrir su ira.

«Eso explica el gobierno tan raro que tenéis».

—La tristeza en sus ojos decía lo contrario —replicó Salazar—. Se estaba ahogando de miedo.

—¿Y a ti qué te importaba eso?

—Flordemuerte no es el monstruo que tantos ven en ella. No se merecía sufrir así. Su único crimen había sido existir en el lugar equivocado.

—Y de eso tú sabes bastante, ¿no? —Su silencio pareció avivar aún más el interés de Jara—. Hum. No me huele a toda la verdad, pero nos vamos acercando un poquito.

—Vuestro olfato es admirable, si podéis oler las mentiras.

—No me hace falta. Hiedes al calor de mi hermana.

Un escalofrío le tensó la espalda. Sus manos entrelazadas crujieron levemente, pero, por lo demás, se cuidó de no mover ni un músculo.

—¿Te gusta mi hermana, nigromante?

¿Qué podía responderle a eso? ¿Que Talía se le clavó dentro nada más verla? ¿Que el deseo de conocerla arrasó con cualquier otra prioridad, volatilizando su sentido común?

Decir su nombre nunca fue realmente un error y, si lo fue, había sido el mejor de su vida. La muerte no debería ser tan hermosa, pero lo era con Talía. Ella era capaz de resucitar con sus colores los rincones más desolados. Hasta entonces, Salazar solo había corrido sin detenerse de un lado para otro, rapiñando, despedazando a cualquiera que se interpusiera entre su botín y él. Nunca se paraba a respirar, a preguntarse si alguna vez lo movería otra fuerza que no fuera esa hambre insaciable de carroñero.

Había una parte en su interior que estaba cansada, machacada hasta el tuétano, y en ella vivía un crío al que no había forma de matar para acallar sus lloriqueos de que quería volver a casa.

Esa «casa» ya no existía. Solo les quedaba el Páramo.

Así que Salazar corría y alzaba muertos y murallas como si el tiempo fuera a acabársele en cualquier momento. Sabía que, aunque su naturaleza era monstruosa, no tenía lo que había que tener para convertirse en un monstruo de verdad. Aún le importaban bufonadas como la justicia y la dignidad. Ansiaba la paz, se estremecía ante la belleza, la compasión lo doblegaba. Todo eso lo hacía débil, vulnerable.

En ese mundo podrido, un instante de piedad podía acabar contigo y con todo lo que amabas. Él lo sabía demasiado bien.

Por eso, su mayor propósito en la vida había sido acumular hierro y cadáveres, para construirse con ellos una montaña lo bastante alta e inexpugnable y hacerse un nido en la cima, donde nadie pudiera alcanzarlo. Una vez que se encontrara allí, pasaría el resto de sus días en una rutina gris pero relativamente segura, hasta que la muerte viniera a reclamarlo.

Tener una vida a medias era mucho mejor que no tenerla en absoluto. De hecho, Salazar ni siquiera la veía así. No se consideraba feliz, pero ¿qué hijo del Desgarro lo era? Había conseguido cuanto podía desear: un refugio, provisiones, la ayuda y la compañía de sus criaturas. Se tenía a sí mismo y a la magia impía de sus venas. Solo necesitaba una forma de cultivar su propio sustento, y se habría considerado un carroñero más que satisfecho.

Entonces llegó Flordemuerte y le recordó que, además de carroñero, era un hombre. Con un alma que ansiaba desesperadamente ser tocada.

Y, cuando ella lo tocaba, algo resucitaba dentro de él, rojo y palpitante, eléctrico como la más gloriosa de las tempestades. El simple hecho de tenerla cerca lo hacía sentirse tan bendecido que a veces, pobre iluso, incluso llegaba a pensar que, a pesar de haberlo hecho maldito, quizá Dios no lo odiaba tanto como él siempre había creído.

¿Que si Talía le gustaba? Se había enamorado de ella como un imbécil.

Esa era la verdad.

Pero no se la debía ni a esa dríade ni a nadie. Solo un necio enseñaba sus heridas abiertas en presencia de lobos.

—¿Me creeríais si os dijera que no?

Jara se apoyó los codos en los muslos y la cara en los nudillos. Sus ojos reflejaban la luz del farol como los de un gato. Negó

lentamente con una sonrisita desagradable.

Salazar exhaló por la nariz. La noche había sido larga y estaba demasiado harto como para iniciar otro tira y afloja de medias verdades con una fey reventona.

—Entonces no le veo sentido a tanta pregunta. Dado que vos ya habéis llegado a vuestras conclusiones, ¿por qué no las exponéis directamente? Así nos ahorramos tiempo y dolores de cabeza.

Su franqueza, rayana en la grosería, pareció agradar a Jara.

—Trabajaste muy duro para conseguir el favor de mi padre. Te jugaste la vida en nuestra guerra. Y, cuando te tocó elegir, desperdiciaste tu recompensa. Conscientemente. Mi hermana no podía crearte el vergel que ansiabas, pero te la llevaste de todas formas. Lo que fuese que viste en ella, lo deseabas más que tu propia subsistencia.

Él no dijo nada.

—De ahí que me pregunte cuál es tu verdadero propósito. Muchos mortales se arriman a los feys y les ofrecen sus favores con la esperanza de recibir a cambio un pedazo de tierra...

—La tierra ya la tenía, y no necesité hacer tratos con nadie para conseguirla. Tomé lo que nadie quería, lo hice mío, y todos salimos ganando.

—Pues sí. Y tanto tomar y tomar, parece que te has viciado y estás afanando más de lo que se acordó en un principio.

Salazar precisó de toda su fuerza de voluntad para no traslucir el latigazo de miedo que lo recorrió por dentro. ¿Cuánto le había contado Talía a su hermana? ¿Lo había vendido?

Como si le leyera los pensamientos, Jara sonrió. Sus dientes relucían a la luz del farol, clarísimos en contraste con sus encías púrpuras. Había algo salvaje en ella que resultaba inquietante, pero, cuando retomó la palabra, sonaba sincera. Casi preocupada.

—No te engañes, Carroñero. Si prosperas en nuestro lado del Velo es porque los feys te lo permitimos. Eres, y perdona la comparación, como el chorlito que se posa sobre el cuélebre mientras este descansa en la orilla de su charca. Es curioso ver cómo ese reptil monstruoso y territorial deja que el pajarillo le corretee por la cabeza, picoteándole los molestos bichitos de sus escamas y dándose un festín con la roña acumulada entre sus colmillos, más grandes que la propia ave. Las leyes de la presa y del depredador se suspenden momentáneamente para dar lugar a una... simbiosis. —Describió un círculo con las manos—. Las visitas de los chorlitos le suponen al cuélebre más ventajas que inconvenientes, así que los tolera y, como tú dices, ambas partes ganan algo. No obstante, si los pajaritos empezasen a molestar más que la molestia que quitan, el cuélebre se hartaría, los engulliría de un bocado y se acabó.

Salazar le sostuvo la mirada, pétreo. Hasta él sabía cuándo guardar silencio, aunque la rabia lo quemase por dentro y helara el aire a su alrededor. Le sobrevino el viejo deseo reflejo de replegarse en las sombras y hacerse invisible, como Lucio le enseñara de niño, cuando aún era una presa a la que había que matar antes de que se convirtiera en depredador.

La odió por recordarle que no importaba cuánto corriera, cuánto aniquilase ni cuán alto subiera: siempre habría un depredador más grande con las pupilas clavadas en él.

Las palabras de Jara escocían y cortaban, y eran especialmente humillantes por venir de alguien tan estimado para Talía.

—A todos nos toca tolerar molestias necesarias por un bien mayor —replicó—. Es lo que hay.

Algo en la mirada de Jara cambió. Ladeó despacio la cabeza, como si con esa pulla solapada Salazar hubiera cambiado de perspectiva y el nuevo ángulo la fascinara. Se rio entre dientes y, por un

momento, él creyó atisbar un relampagueo de admiración en sus ojos morados.

—Has llegado muy lejos, nigromante. Al fin eres lo bastante poderoso como para hacerte respetar, pero no como para incomodar a los soberanos feys. Estás en una posición perfecta. ¿Lo arriesgarías por un idilio?

—Si lo hiciera, eso me convertiría en el mortal más necio de la Creación —comentó él con la mandíbula apretada.

—O en uno extremadamente ambicioso. Puede que ambos. No serías el primero que se arrima a mi hermana, esperando usarla como medio para alcanzar un fin. ¿Qué esperas conseguir exactamente? ¿Influencia entre los feys? ¿Poder fanfarronear de que conquistaste a una princesa? ¿Entrar en la familia real? —Se carcajeó de lo último.

—Pues debo de ser muy idiota, porque ninguna de esas ideas se me ha pasado por la cabeza. —Salazar suspiró, exasperado—. Si hubiera sido tan simplón de creer que tal cosa era posible, me habría llevado a cualquier otra hermana y habría intentado ganarme su simpatía. Me habría comido un mojón, pero me habría supuesto menos problemas, viendo lo visto, con la que me estáis liando entre todos.

—Pero no las elegiste a ellas, sino a Flordemuerte. ¿Por qué? ¿Quizá creíste, como tantos otros, que la bastarda acomplejada sería más fácil de manipular con un poco de atención?

—¿Con qué propósito, según vos?

—Dímelo tú. Convertirla en una fuerza destructora a tu merced, usarla en tu propia guerra, quizá...

—Yo no necesito más arma que mis muertos —le espetó él, con más fuego del que le convenía—, y la única guerra aquí es la que está librando mi paciencia con vuestras acusaciones. Me tratáis

como si hubiera secuestrado a vuestra hermana y la estuviera manipulando, cuando en realidad le di muchas oportunidades de marcharse y ella las rechazó todas.

Jara se enderezó, aparentemente satisfecha con su indignación y con el hecho de que una vibración casi imperceptible llevase ya un rato recorriendo los huesos de la mesa.

—Respecto a los poderes de Flordemuerte... —añadió Salazar—, lo único que estoy haciendo es enseñarla a controlarlos, cosa que «su gente» debería haber hecho hace años. Pero nadie quiso ensuciarse las manos, ¿no? Era más cómodo para todos tenerla constreñida y anulada en su jaulita de oro. Aquí, por lo menos, puede ser libre...

Se calló de golpe, consciente de que había hablado con demasiada osadía. Se tensó, medio preparándose para un ataque de la yedrasi, pero, por toda respuesta, Jara levantó las cejas.

—¿Eso crees, nigromante? ¿Que has liberado a mi hermana? Solo has cambiado su jaulita de oro por una de huesos y flores, con el tamaño justo para vosotros dos, para retozar por ella como esa pareja primigenia vuestra... ¿Cómo se llamaban? ¿Adán y Eva?

A Salazar se le subió la bilis. Uno de los huesos se quebró, escupiendo astillas por un lado de la mesa, y él aplastó cuantos había en ella con una ola de voluntad, vaciándolos de toda vida. El silencio volvió a adueñarse del patio.

—Mi hogar no es un paraíso, pero tampoco una jaula. Vuestra hermana está aquí por voluntad propia, y jamás he deseado hacerle daño alguno.

La expresión de Jara se suavizó.

—¿Dirías que es feliz en este sitio?

La sutil melancolía en su tono lo pilló por sorpresa.

—Así me lo dijo ella, pero qué sabré yo. Habríais de confirmarlo vos misma. Al fin y al cabo, sois su hermana y la conocéis mejor que

nadie. Me lo habéis dejado muy claro durante la cena.

Jara esbozó una sonrisa, esa vez genuina, y tamborileó con los dedos en el borde de la mesa. Su postura se había relajado y casi casi parecía que estuviese de tertulia en una taberna, y no reventándole la moral al brujo con aquel interrogatorio.

—La conozco, sí. Y, para mi sorpresa, no solo está contenta aquí, sino que encima se ha encariñado contigo. Eso, y no el trato, es lo que te mantiene a salvo de mi falcata... por el momento. Pero seguimos teniendo un problema gordo.

—¿Cuál?

—Mi hermana solo lleva aquí mes y medio. Mes y medio aislada de todo y todos, durante el cual solo le habrás mostrado tu mejor faceta, creando la ilusión de que eres la compañía perfecta para ella. ¿Qué pasará cuando, inevitablemente, te conozca de verdad y la ilusión se le haga añicos?

Una sombra comenzó a crecer dentro de Salazar.

—¿Por qué habría de ser así?

Jara bajó la vista.

—Porque nadie es perfecto. Los mitos se caen, los corazones se rompen. Por mucho que quieran esconderlos, todo el mundo tiene sus rincones podridos. Sus pecados. Apuesto a que tú, un alzamuertos que revolotea de masacre en masacre, debes de tener acumulados ya unos cuantos.

El brujo apretó los dientes. Quería replicar que Talía lo conocía más de lo que debería haberlo conocido nadie. Se habían enfrentado juntos a lázaros voraces, se habían confesado sus sueños más tiernos, habían armonizado sus magias y saboreado los jadeos del otro...

Pero, en el fondo, Jara tenía razón. Aún había mucho que su princesa ignoraba de él. No había visto su rostro más grotesco. No

sospechaba la clase de engendro que era en realidad.

«Déjanos ir».

Su silencio confirmó las sospechas de Jara, cuyo talante se enturbió con una insólita tristeza.

—Sé que te gusta mi hermana. Pero ¿la amas? ¿Lo suficiente para desprenderte de ella si fuera necesario?

«Esto va a doler —le dijeron sus entrañas, heladas con los primeros copos de pánico—. Incluso en el mejor de los casos, va a dolerte de cojones. Te lo dijo Lucio, y tú ya lo sabías en el fondo: esto tenía que salir mal por algún lado. Y, cuando suceda, no podrás culpar a nadie salvo a ti mismo».

Mientras luchaba con sus propios fantasmas, mordiéndose la lengua, la dríade sacudió una mano en el aire.

—Bah, no respondas. Mentirías, de todas formas. Quédate tus secretos; eres tú quien tarde o temprano se ahogará con ellos.

Se apartó de la mesa, alzándose cuan alta era frente a él.

—Mas te daré un consejo. Óyelo bien, porque, aunque no te lo parezca, es un regalo más valioso que cualquier amuleto mágico: cuando mi hermana ama, lo hace con todo su ser; por tanto, se merece a alguien que no vaya a darle sorpresas desagradables.

«¿Amar? ¿Ha usado Talía esa palabra exacta?». La esperanza le pateó las entrañas para luego enroscársele como una soga al cuello. Una soga pesada de responsabilidad, que olía a sacrificio.

—Así que esto te pido, Carroñero: mira hondo en tu interior y pregúntate si realmente eres el adecuado para ella. Si no, abandona. —La voz de Jara vibraba de emoción contenida—. Cesa tus juegos antes de que vayan a más, porque, como otra vez le rompan el corazón a mi hermana...

Sus labios apretados se oscurecieron como si rezumaran sangre y las lianas de su melena latiguearon en la penumbra. Asió el borde de

la mesa, como para contenerse, y clavó en Salazar una mirada punzante.

—¿Me he explicado?

—Perfectamente —respondió el brujo mientras la soga tiraba de él hacia abajo, abajo, abajo.

—Bien. Entonces te dejaré tranquilo con tus muertos. Nos veremos en el Beltán..., Salazar.

Jara le dedicó una reverencia tan florida como sarcástica y se marchó por la cuesta, fundiéndose con la noche.

Él se quedó allí, pálido como una estatua de sal. Se sentía como si lo hubieran inmovilizado en la mesa de disección y le hubieran abierto las costillas para ver todos sus órganos blandos, sangrantes y expuestos, y lo odiaba. Apretó los puños hasta que le crujieron.

Apenas se sorprendió cuando Lucio asomó detrás de una columna y se aupó a la mesa.

—Debes de estar loco para hablarle así a una princesa fey —le dijo, en un tono inusualmente sereno.

—¿Cuánto tiempo llevabas escuchando?

—La seguí en cuanto vi que se dirigía hacia aquí. No pensaba dejarte solo con ella.

Salazar bufó por la nariz.

—¿Le habrías hecho frente por mí, si la cosa se hubiera puesto realmente fea?

Lucio meneó la cabeza, como si aún se lo estuviera pensando.

—Qué remedio. Supongo que, de todos los tontolamierda que he conocido, tú sigues siendo mi predilecto.

En otras circunstancias, Salazar se habría reído, pero la vergüenza le apretaba más y más los adentros, congelándolo por completo.

—¿Qué opinas de todo esto?

—Ha sido un poquito cruel, pero creo que quiere ayudar, a su manera. Y razón no le falta.

—Tú también piensas que no soy digno de Talía.

El diablillo arrugó el ceño.

—Yo no he dicho nada de eso. Sí te advertí, no obstante, de que este anhelo tuyo te daría problemas. Y aquí estás, sufriendo.

—¿Qué sabe en realidad de mí? —La vista de Salazar se perdió en la negrura frente a ellos—. No conoce mi mundo, más allá de los confines del Páramo. Solo ha visto lo que yo le he dejado ver. Una verdad incompleta y distorsionada al final no deja de ser un engaño.

Lucio no dijo nada, y eso era también una respuesta.

El dolor del diafragma le subió a la cabeza, arrancándole una mueca siseante. Cerró los ojos y se apretó la frente con los dedos, mas nada podía paliar la sensación de desgarro que le ardía en el cerebro. La conversación con Jara se le había hundido como un puñal envenenado y la ponzoña corría veloz por todo su ser, pudriendo la burbuja que, sin darse cuenta, había inventado en torno a Talía y sí mismo.

«Por un momento, el mundo exterior dejó de existir, y fuimos felices».

Qué no habría dado por poder mantenerse por siempre jamás justo en esa línea deliciosa que separaba la felicidad de la agonía, donde todo aún era posible. Donde ambos podían gozar juntos en su jardín de huesos revividos, como el reflejo maldito de Adán y Eva.

—El Edén nunca es para siempre —musitó, con el sabor del polvo mordido ya en la boca.

«Aquí llegan las sombras, a devorar la luz».

Lenta y dolorosamente, su vena cínica y pesimista se alzó victoriosa en su caos interior.

El desprecio de los demás le resbalaba. De hecho, a veces hasta lo complacía, de una forma retorcida. Si no lo iban a querer, que lo temieran. El miedo ajeno no le alimentaba el alma, pero sí el orgullo, y no había mejor coraza que esa para proteger un corazón mellado.

Pero no cuando se trataba de Talía. Desde el primer instante, supo que no quería su miedo.

Quería que le devolviera la mirada. Que lo *viese*.

Y, si ella le daba una oportunidad y él jugaba bien sus cartas, quizá... quizá, como en un cuento, lo imposible se haría realidad.

Sin embargo, tras el bofetón de claridad asestado por Jara, no podía creerse su propia ingenuidad. Debería haberse dado cuenta él solito. Tenía inteligencia de sobra para ello, pero, al parecer, eso no lo había salvado de engañarse a sí mismo.

«Le pediste sinceridad mientras tú le dabas la tuya migaja a migaja. Buitraco hipócrita. ¿Cómo iba a *verte* si nunca le quitaste la venda?».

Pensó en la adoración con la que ella lo había contemplado mientras yacían juntos bajo la bóveda estrellada, y el puñal clavado en sus adentros se retorció más hondo.

¿Cuánto de él podría mostrarle antes de que esa adoración se convirtiera en desencanto? ¿Dónde estaba esa línea que, rebasada, lo arruinaría todo?

De pronto, necesitaba averiguarlo. El interrogante le escocía en el alma como una costra fea e infecta, y no tendría paz hasta que se la arrancara y comprobase por sí mismo cuánta ponzoña podía salir de ella. ¿Para qué postergar lo inevitable? Si al final su princesa había de huir de él, que así fuera. Salazar no era de los que podían seguir soñando después de que los hubieran despertado. Había perdido esa habilidad hacía mucho, mucho tiempo.

Cuando aprendió que lo mejor que podía hacer por los que amaba era dejarlos ir.

A lo lejos se oyó el lamento desgarrador de un caronte, y los demás le hicieron eco. Algo acababa de llegar por las charcas. Los muertos lo aguardaban; no había tiempo que perder ni descanso para los perversos.

—Lucio, permanece atento estos días a las matanzas allende el Velo. Avísame en cuanto avistes una.

El diablillo entornó los párpados.

—¿Qué tramas, muchacho?

—Encarar la verdad —masculló él para sí.

«No eres ningún Adán. Siempre fuiste la serpiente».

Había llegado la amarga hora de darle a Talía la manzana del conocimiento y dejar que el Edén se derrumbara sobre ellos.



Al mediodía siguiente, Talía y Salazar despidieron a Jara en el límite del cañón.

Ver cómo su hermana desaparecía al galope a través de la calima hizo que la nostalgia la golpease de nuevo, como si acabaran de dejarla en el Páramo por primera vez. Necesitó un momento para recomponerse.

Salazar la observaba en silencio, meditabundo, mientras se giraban para regresar al castillo. Vestía la ropa ajada y el delantal de carnicero, aunque se había quitado los guantes y lavado la cara para despedir a Jara. Talía dudaba que eso hubiera supuesto mucha diferencia para su hermana: Salazar seguía oliendo a cloaca. Desde muy temprano, había estado ocupado con la nueva oleada de cadáveres llegada a las charcas y apenas había podido hablar con él.

«Quizá ahora que por fin estamos a solas...».

Su esperanza se empañó al darse cuenta de que, aun tras la partida de la visitante, el humor de Salazar no daba señales de mejora.

Tenía aspecto de no hallarse ni en cielo ni en tierra, con la tez amarillenta y unas ojeras preocupantes. Parecía como si estuviera aguantándose un dolor... o preparándose para uno todavía peor.

—¿Hay problemas con los muertos? ¿Están malditos? —Talía señaló a la orilla de las charcas, donde decenas de cadáveres yacían recién ordenados por los carontes.

—No. Es una buena tanda.

—Entonces, ¿cómo es que no estás contento? No habrá sido por la cara que ha puesto mi hermana al verte recogerlos...

Él negó. Talía le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los suyos. El brujo no rehuyó su contacto, pero tampoco se lo devolvió como siempre acostumbraba. Su mano parecía una cosa fría y muerta al tacto, incapaz de responder. La recorrió un tremor de inquietud.

—¿Qué sucede?

—Solo estoy cansado. —Él compuso una sonrisa tirante—. No te me acerques tanto. Te ensuciaré con la pringue de los difuntos.

—Sabes que no me importa...

El brujo se apartó de Flordemuerte, recolocándose los guantes con aire de disculpa, y la inquietud se convirtió en un alfiler atravesado en su pecho.

¿Se estaba distanciando de ella?

Su cuerpo reaccionó como si tuviera voluntad propia. Agarró a Salazar por el codo, sin importarle el tacto viscoso y maloliente del cuero, e intentó leerle los ojos con algo vergonzosamente parecido a la desesperación.

—¿He hecho algo que te haya disgustado?

Pasado un instante de sorpresa, la expresión del humano se suavizó.

—Nunca, Talía.

Le dio un beso en la frente y, tras ver que ella no retrocedía asqueada, la besó también en la boca.

Por fin, ella pudo respirar. Sus dedos entumecidos, húmedos con la pestilencia de los ahogados, aflojaron su agarre sobre la manga de Salazar.

—¿Te encuentras con ánimos de retomar las clases? —dijo él contra sus labios.

Ella sonrió con alivio.

—Sí. Me encantaría retomar nuestra rutina. Estoy rebosante de energía.

—Entonces ve al jardín y desfoga un poco. Te vendrá bien para la prueba de esta tarde.

La extrañó no notar la habitual anticipación en su voz cuando la invitaba a pasar el rato juntos. Salazar sonaba casi... lúgubre.

—¿Qué pretendes que hagamos?

Él se mordió el carrillo antes de responder:

—Hoy probarás tu magia en cuerpos intactos.

Ella se notó palidecer. ¿Lo había oído bien? Miró con el rabillo del ojo a las lejanas hileras de cadáveres mientras el martilleo de su corazón se le subía a la garganta, cobrando tintes de náusea.

—Es demasiado peligroso...

Él la tomó por los hombros con gentileza, dejándole restos turbios en la piel. A ella no le molestó. Habría aceptado a ese brujo enfangado en vísceras hasta la coronilla con tal de sentir su cercanía. El olor a muerte no hacía sino afilarle los sentidos, desatándole el pulso con una mezcla de miedo y anticipación.

—Te los iré dando de uno en uno. Mantendremos las distancias. Podemos parar cuando quieras, pero hay que intentarlo.

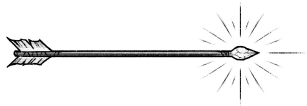
—¿Tanta fe me tienes, que estás dispuesto a semejante locura? —preguntó ella con un hilillo de voz.

Una sonrisita amarga y torcida se abrió paso en el rostro del brujo. No le alcanzó los ojos.

—Verdaderas locuras son lo único que se me ocurre cuando se trata de ti, princesa. No veo razón por la que cambiar ahora.

La besó una última vez, inhalando sus flores. Después se giró para marcharse de vuelta con los carontes.

—Vuelve aquí con la caída del sol. Te estaré esperando.



Se reunió con él mucho después, cuando el anochecer ya extendía su añil pesado sobre las charcas y las primeras luces se encendían tras los ventanucos del castillo. Iba de puntillas, apretada sobre sí misma, con el ánimo del reo camino del sacrificio... y muy consciente de que un instante de descontrol podría tornarla fácilmente en el verdugo.

El nigromante la esperaba junto a una extensión de difuntos. Con ayuda del rebaño, los había colocado a, al menos, cinco varas los unos de los otros. Quizá esa distancia de seguridad sirviera a modo de cortafuegos en caso de que Talía sufriese una reacción en cadena como la del barranco.

Quizá.

—No tengas miedo. Has aprendido mucho. Tu magia ya no es tan inestable. —Salazar se colocó junto a ella.

Los carontes se habían retirado a una de las muchas orillas que serpenteaban entre las charcas y estaban cenándose sus cadáveres. Aunque se habían ido lejos, los chasquidos y gorgoteos de su comilona resonaban en los oídos aguzados de Talía.

Su mirada rebotó en los cuerpos frente a ella. Estaban demasiado frescos, lo suficiente para hacer que la bestia de su interior se removiese, olfateando el aire con avidez. Empezó a respirar por la boca para no descontrolarse con el olor.

—Ninguno estáis lo bastante alejados de mí. ¿Estás seguro de que esto es una buena idea?

—Tarde o temprano íbamos a acabar aquí —contestó el brujo—. Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para comprobar hasta dónde puedes llegar.

Talía frunció el ceño. Qué tono tan resignado, y qué combinación más extraña de palabras. Como si significaran algo más de lo que aparentaban.

«No le des más vueltas. Estás asustada y paranoica».

Salazar la guio hasta un bulto apartado, el primero de muchos. Era una figura menuda, cubierta con una capa negra enmarañada de algas. Indecisa, Talía se detuvo a una distancia prudencial. El brujo se le adelantó, se acuclilló al otro lado del cadáver y retiró la tela. Le indicó que se acercase con un gesto de su mano, y algo en su mirar y en su postura encorvada hizo que pensara en animales nocturnos invitándose a compartir una cena recién cazada.

«Así es, en cierto modo».

—Aléjate, por lo que pueda pasar —le pidió con voz más frágil de lo que le habría gustado.

El brujo retrocedió varios pasos con cautela, sin apartar la vista de ella. Depredadores respetando el espacio del otro.

Talía se acercó muy muy despacio al cuerpo y se atrevió a mirarlo directamente.

Se trataba de una joven humana.

No era la primera vez que veía un cadáver y, desde luego, tampoco era de lejos el más grotesco. Sin embargo, algo en la muchacha la perturbó. Quizá porque parecía de su misma edad. Incluso en la muerte, su rostro conservaba un rictus de terror, aunque en sus ojos entreabiertos no había nada; solo un vacío neblinoso tan gris como la atmósfera del Páramo. Por lo demás,

estaba tan fresca que casi parecía que se levantaría de un momento a otro, palpándose confusa el cuello hendido por un profundo tajo. Solo un discreto jirón de piel mantenía su cabeza pegada al cuerpo.

—He decapitado a todos los que pensaba darte —explicó Salazar —. Aprendí la lección después de lo de los lázaros.

Normalmente, cuando la examinaba, el brujo mantenía las manos entrelazadas tras la espalda. Esa vez no. Estaba de brazos cruzados. Tenso.

Protegiéndose.

«Pero ¿de qué? ¿De mí? ¿Teme que esto me venga grande y pierda el control? No, no tiene sentido. De ser así, no habría permitido esta situación».

—Salazar, voy a preguntarte algo y espero que me respondas con sinceridad.

Él asintió.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto es una prueba, y no necesariamente en el sentido en que me la has planteado?

Un músculo se crispó en la mandíbula del brujo. Nada más se movió en él, salvo sus ropas negras al viento.

—Eres muy intuitiva.

Ella le sostuvo la mirada. No se dejaría distraer con halagos, por sentidos que fuesen. Al final, él suspiró y meneó la cabeza.

—No temas, Talía. Ahora solo me interesa ver si puedes con esto. Si lo logras, te contaré lo que tengo en mente para después. Si no, lo dejaremos así y a otra cosa.

Esa aclaración ni aclaraba ni tranquilizaba mucho, pero optó por no seguir presionándolo. Debía centrarse en la prueba presente, antes de que su magia empezase a pulular por libre entre toda esa carne muerta.

—Uno de tus grandes miedos era perder el control en presencia de cadáveres frescos —añadió el brujo, como si le hubiera leído el pensamiento—. Esta es la tanda más fresca que nos ha llegado en meses. Veamos cuánto has progresado en ese aspecto.

Ella bajó la vista hacia el cadáver de la muchacha.

—¿Y qué se supone que debo hacer con esta pobre?

—Lo que haces siempre con la muerte. Hazla hermosa.

La princesa inspiró hondo para serenarse, pero el hedor a muerte le desbordó los sentidos y le inundó la lengua de saliva. Volvió a respirar por la boca. Quería huir, mas el brujo la observaba, expectante. Confiaba en ella, y eso bastó para que estuviese dispuesta a intentarlo.

«No sé quién está más loco de los dos».

Se arrodilló junto a la muchacha. Sin pensar, le retiró el pelo de la cara y le recolocó las ropas con la sensación de que estaba invadiendo algo privado, casi sagrado. Posó las manos en su pecho y cerró los ojos. Esquirlas rojas y espinosas se expandieron por la negrura de su mente; una advertencia de lo que podría pasar.

—Prométeme que me detendrás si algo sale mal. Cueste lo que cueste.

—Te lo prometo —aseguró él, en tono solemne, y eso sí le insufló cierta seguridad.

Su magia contenía la respiración. Los instantes se convirtieron en eternidad dentro de ella, como una cuerda que se tensara hasta niveles insoportables..., pero sin llegar a reventar. Qué curioso. No percibía la catástrofe tan cerca como había esperado en un principio.

«Tal vez sí haya aprendido desde la última vez», pensó, agradablemente sorprendida, y redirigió su concentración de dentro hacia afuera, centrándose en lo que ocurría a su alrededor.

Notaba el frío húmedo de la mejilla de la muerta bajo sus dedos.

«No puedo hacerte daño, ya no estás aquí. Tu alma vuela libre; en el cielo de los humanos, donde también brilla el Árbol del Firmamento feérico. Tal vez estén muy cerca el uno del otro, separados apenas por un velo, igual que los mundos de aquí abajo».

Tal vez fuesen lo mismo.

Sabía que para el mortal común ese asunto era mucho más terrible y complicado, pero no quería pensar en ese infierno del que había oído hablar, y del que su madre solía renegar diciendo: «El infierno es este mundo». El simple concepto se le antojaba lejano, irreal como un delirio febril. No había cabida para el fuego y el azufre en la quietud vespertina del Páramo. Oía el silbido del viento, el susurro de las aguas y a los carroñeros comiendo satisfechos.

Y en aquel todo se percibía... paz.

No había impiedad ahí. Solo carne que deseaba volver a la Tierra. Un ciclo que se repetía con sus luces y sus sombras, su fealdad y su belleza; y a ella, como a Salazar y su rebaño, le correspondía mantener la rueda en movimiento. ¿Por qué había de merecer el gusano menos respeto que la mariposa? ¿No eran ambos lo mismo?

«Esto es orden. Esto es equilibrio».

Y a ella le habían otorgado el honor de formar parte de él.

Llena de una súbita claridad, posó una mano en el pecho de la muerta y otra en su cabeza, y profundizó sus sentidos. Conectó con la energía del cadáver: era cruda y volátil, sí, pero menos que la de los krampos recién muertos de la Llanura.

O a lo mejor, solo a lo mejor, era ella la que había ganado templanza.

A través del nudo de su garganta, empezó a tararear. La bestia se desenroscó en su interior, al ritmo que ella marcaba. Estaba hambrienta —siempre lo estaba—, pero no famélica; ya podía

soltarle las cadenas confiando en que no saldría desbocada y arrasaría con cuanto se le pusiera por delante.

La carne de la muerta se removió bajo la ropa, acompañada de suaves crujidos. Algo germinó en la negrura helada de los órganos, enraizó en el lecho fértil de sus pulmones encharcados y buscó conductos por los que salir. De pronto, los tejidos se rompieron y el agua sucia rebosó por la garganta cortada de la muchacha, sobresaltando a Talía. Ahogó un jadeo, su control resbaló un momento y los crujidos dentro de la muerta se multiplicaron. Varias espinas brotaron entre sus costillas y le pincharon los dedos.

Rompió el contacto y se apretó las manos contra el vientre. Su corazón era una liebre asustada, tamborileándole en el pecho y la garganta.

Salazar no mudó su postura de falsa calma.

—Tómate el tiempo que necesites.

La princesa inhaló unas cuantas respiraciones profundas. No se rendiría tan pronto. Retomó el contacto y redirigió la maraña roja por el túnel de la tráquea partida. El cuello de la muerta se sacudió con un espasmo y se tronchó, escupiendo un enredo espinoso que terminó de separarle la cabeza del cuerpo. Talía ahogó un respingo y se disculpó mentalmente con la pobre criatura. Su intención había sido que las plantas le salieran por la boca, pero habían encontrado antes la brecha de la garganta.

—Bien, no pasa nada. No pasa nada —murmuró para sí.

Regateó con los tallos rebeldes.

«Salid por donde queráis, pero hacedlo en orden. Nada de estallidos».

Al menos, en eso sí obedecieron. Complacida, dejó que la planta afianzara sus raíces por el cuello de la chica, cubriéndolo como una gorguera de encaje granate. Por primera vez, notó que una pequeña

sonrisa afloraba a su rostro. Jamás hubiera esperado alcanzar tal nivel de dominio en presencia de un cadáver fresco.

«Mira lo que soy capaz de hacer. Lo que he logrado gracias a ti. Esto es lo que me has hecho, Salazar».

El rojo de la planta se ennegreció. Imbuida de su maravilla y su agradecimiento, creció orgullosa hacia arriba, desplegando los arcos dentados de sus hojas. Finísimos hilos descoloridos ribeteaban sus espinas, como telarañas de escarcha. Los cardos echaron sus flores de plata, resplandecientes y lustrosas como la adoración que habían bebido de Talía.

Retiró las manos y se echó hacia atrás con un largo suspiro. Elevó la vista al nigromante, que la contemplaba con una avidez indescifrable. El olor almizclado de los cardos flotaba entre ellos, tan fragrante que casi eclipsaba el de la corrupción.

Ya estaba. Lo había conseguido.

—No puedo creérmelo —susurró, sin aliento—. Voy a llorar.

—Enhorabuena. —La voz de Salazar rebosaba calidez.

Si aún no hubiera tenido miedo de que se debilitase su dominio, se habría levantado de un salto para arrojarse a sus brazos. Se le escapó una risilla tiritona.

—Has obrado un milagro en esta yedrasi.

Eso le sacó al brujo una pequeña sonrisa.

—No, princesa. El milagro lo has obrado tú misma.

Seguía de brazos cruzados, apretándose las costillas como si temiera que algo se le escapase de dentro.

Ella presintió que aquello solo era el principio.

—Muy bien. —Salazar caminó hacia el siguiente muerto—. ¿Te atreves con otro?

Había un sutil desafío en su actitud. Deseosa de probarse a sí misma, Talía se armó de arrojo y lo siguió.

Conforme el anochecer extendía su manto negro sobre ellos y los carontes acababan de pelar los huesos de su cena, los muertos crujieron y florecieron uno tras otro, y otro, y otro.

Para cuando las tinieblas terminaron de devorar los colores del Páramo, Talía jadeaba de rodillas en el suelo, agotada pero exultante. La rodeaba una docena de cadáveres en flor y no había matado a nadie.

Por fin, el brujo acortó la distancia que los separaba y se acuclilló junto a ella. Parecía igual de exhausto.

—Estoy asombrado. No sé por qué, me esperaba más aprensión por tu parte.

—¿Por los muertos? —Talía aceptó la mano que él le ofrecía y se puso en pie, sobre unas piernas temblorosas—. No son una visión agradable, pero, en comparación con los lázaros aquellos...

Mientas la sujetaba, ayudándola a equilibrarse, el nigromante la estudió con sombría resolución. Parecía sopesar varias opciones, todas desagradables y ninguna del todo convincente.

—Salazar, ¿me dirás ahora de qué se trata esto en realidad?

Él sacudió la cabeza.

—Quería ver si habías ganado el control suficiente para la prueba que viene a continuación.

No la engañó su tono despreocupado.

—¿Y en qué consiste esa prueba?

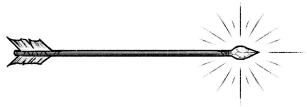
—Depende de lo que Lucio encuentre para mí en los próximos días.

Solo entonces reparó ella en que, en efecto, no había visto al cojuelo desde la noche anterior. ¿Qué andaría buscando en las tierras mortales? Debía de ser algo muy importante, más incluso que el vigilarlos cual aya rancia.

—Y del estómago que tengas —añadió Salazar, tras una pausa.

Tras darle un último apretón afectuoso en las manos, recogió las suyas tras la espalda y se apartó de ella, como si precisara de cierta distancia para lo que se disponía a decir.

—Ya me has preguntado en varias ocasiones por lo que hago cuando salgo del Páramo. Quizá sea hora de satisfacer tu curiosidad. La próxima vez me acompañarás allende el Velo y verás por ti misma el verdadero mundo de un nigromante.



Contaba con que Talía se negase nada más proponerle la idea. Que se ofendiera, incluso. En cuanto le explicó lo que tenía en mente, el color huyó de su rostro y se le marchitaron varias flores de la cabeza.

Después, asintió, y el perplejo fue él.

«No creo que haya asimilado la magnitud de lo que quiero mostrarle. De lo contrario, no habría aceptado tan rápido».

Con todo, no permitiría que la princesa corriera el más mínimo riesgo si él podía evitarlo. Adentrarse en el mundo de los humanos siempre entrañaba peligro, y los campos de muertos no eran una excepción: allí convergían carroñeros de todo tipo.

Tras terminar de abrocharse la brigantina, fue a buscar a Talía a sus aposentos. Se la encontró con Martín, que la estaba ayudando a ponerse la única armadura decente de cuero tachonado que habían encontrado de su talla. Debajo vestía calzas gruesas, túnica acolchada y botas hasta las rodillas, a petición de Salazar. Forrada como iba de rellenos y protecciones, parecía un paquetito oscuro, y la imagen se le habría antojado cómicamente adorable, de haber tenido ánimos para reírse.

La princesa lo recibió con una mirada aprensiva. Ver su inquietud ante la excursión inminente añadió otra gota de culpabilidad a un lago ya rebosante de ella.

Habían practicado con tesón durante toda la semana y, quitando un par de sustos ligeros, ella había superado con éxito cada prueba, sin importar la frescura de los muertos o cuán apelotonados se los colocaran. Su plan era desquiciado, pero no iba a meter a Flordemuerte en un entorno tan comprometido sin antes entrenarla tanto como le fuera posible con el tiempo del que disponían. Por si no fuera bastante, ella había desfogado buena parte de su energía en el jardín apenas unas horas antes. Era muy improbable que perdiese el control una vez que estuviese en el plano mortal.

Pero ni eso había logrado tranquilizarla. Talía seguía temiéndose a sí misma, más incluso que a lo que pudieran encontrarse en el plano mortal.

La pobre iba a recibir una desagradable dosis de realidad.

«Lo siento, pero ambos tenemos que pasar por esto, por mucho que duela. Vivir un cuento solo te hará más daño a la larga. Sentirás que te traicioné con engaños y me odiarás todavía más».

Después de que Martín le pusiera a la princesa una capa con capucha, Salazar lo despachó y él salió de la habitación, bostezando. Aún era muy de día para que los duendes estuvieran despiertos.

—Qué rara me siento con esta ropa. Creo que no me reconocería si me mirase en un espejo.

—De eso se trata, de que pases desapercibida. Aunque no sé si lo hemos conseguido del todo. Sigues estando demasiado guapa.

Ella se rio por lo bajo mientras se recogía la melena en una trenza larga y prieta para que no le estorbara.

—Deja que te ayude —se ofreció él.

Se aseguró de que todo estuviese bien abrochado y comprobó sus amuletos de protección. Por enésima vez, se sintió tentado de cancelar el plan y abandonarse a disfrutar del tiempo que les quedara, hasta que tarde o temprano el idilio se les viniese abajo por su propio peso. Pero no podía. Ya era tarde para echarse atrás.

Al nigromante siempre le habían gustado las cosas claras, aunque la claridad le supiera a veneno.

Talía se merecía la verdad, y él merecía saber cómo ella reaccionaría cuando la tuviera.

«Muy posiblemente, estos sean los últimos momentos que me quedan en los que aún puedo disfrutar de su cariño, antes de prender fuego al Edén», pensó con un nudo en el pecho.

Le acarició la mejilla, agradecido por no haberse puesto aún los guantes; así podía sentir la suavidad de su piel. Se fijó en que algunas de sus flores seguían marchitándose mientras hablaban.

—Aún puedes negarte, si ves que va a ser demasiado para ti.

Ella sacudió la cabeza, decidida, y apretó la mejilla contra su palma.

—Quiero hacerlo. Has confiado en mí para someterme a esta prueba, y te estás tomando muchas molestias para que salga bien. Además..., también es mi mundo en cierto modo, ¿no? Está bien enfrentarme a él. No puedo limitarme a las escapaditas agradables que me daba Jara.

Su valor lo conmovió. La pobre creía que aquello era un examen para comprobar si era capaz de enfrentarse a la devastación de cientos de cadáveres sin estallar. Y razón tenía, en parte. Había puesto mucho tesón en su entrenamiento y aprendía deprisa. Salazar sospechaba que ya estaba lista.

Pero, para él, aquel día era mucho más que una prueba o una incursión de rapiña.

Era un mazazo que iba a descargar sobre la imagen que la princesa tenía de él.

Sabía que, en cierto modo, se estaba castigando. Se había permitido la ingenuidad de creer que podía tenerlo todo, y eso, para el Carroñero, era imperdonable. Debía enseñarse una dolorosa lección. Y dejar que ella lo viera.

—Salazar... —Talía tragó saliva—. ¿Y si lo destrozo todo?

—Es un campo de batalla. Ya está todo destrozado y nadie queda vivo.

—Pero me dijiste que habría otros seres pululando por allí. ¿Y si los empalo?

—Entonces le habrás hecho un favor al mundo —dijo él con ironía, pues eso mismo habrían dicho otros de alguien como el Carroñero.

La ayudó a ponerse unos guantes con amuletos de plata. Le quedaban graciosamente grandes, pero eran los mejores que tenía de su tamaño.

—¿Cuántas capas más he de ponerme encima? —dijo ella, tratando de disimular su nerviosismo con una sonrisa—. Parezco una cebolla.

—Y eso que no te he puesto también placas porque prefiero que puedas moverte.

La tomó por los brazos y se inclinó hasta que sus frentes se tocaron. De nuevo, precisó de toda su fuerza de voluntad para no abortar el plan. Lo más hondo de su ser le imploraba que la alzara en volandas, se la llevara a sus aposentos y terminaran lo que se habían dejado a medias aquella tarde en el pabellón.

Eso ya jamás sucedería, y la culpa de ello la tenía su condenado sentido de lo correcto. Había evitado ponerse demasiado cariñoso con Talía desde la visita de Jara, pues sabía que, si probaba la droga que sería yacer con ella, lo que quedaba de su voluntad se

desmoronaría, y ya nunca tendría el valor ni la decencia de dejarla ir. Ya se lo había advertido Lucio, un mes atrás.

Y Salazar podía rabiar cuanto quisiera, pero en el fondo sabía que, cuando uno amaba algo de verdad, debía estar preparado para soltarlo. A veces, el mejor regalo que un condenado podía hacer a los demás era abrirles el camino para que huyeran de él.

—Estaré cerca de ti en todo momento. No tendrás que hacer nada; solo quedarte en la araña y estar alerta mientras yo me doy una vuelta. Aun así, si empiezas a notarte muy nerviosa, házmelo saber y regresamos de inmediato.

Ella se mordió el labio y bajó la voz.

—Aguantaré todo lo posible. No quiero decepcionarte.

Sonaba tan sincera, tan deseosa de complacerlo. El nudo en su garganta empezó a quemarlo y no pudo evitar rodearla con los brazos y estrecharla contra su pecho. Como si pudiera guardársela entre las costillas y conservarla allí para siempre, pegada a su corazón.

—Talía... Tú nunca podrías decepcionarme, ni aunque lo intentaras.

Era él quien estaba a punto de reventarle el mito, y se odiaba por ello, pero no tanto como para negarse un último gusto. Despacio, la besó y ella lo correspondió, rodeándole el cuello con sus bracitos enguantados. Devoró lánguidamente sus labios como si pudiera derretirse en ellos, evaporarse, abandonar su carcasa mortal y hacerse uno con el aroma de su pelo.

Se habría quedado allí para siempre, pero debían apresurarse. El tiempo transcurría más rápido en el lado mortal y, cuanto más esperasen, más rapiñadores irían llegando a la fiesta.

Interrumpió el beso a regañadientes y la repasó de arriba abajo por milésima vez para asegurarse de que estaba bien guarnecida.

—No te exijas demasiado. Esto es solo una toma de contacto.

Les esperaba un día duro, pero no permitiría que ella sufriera más que lo imprescindible.

«Estás haciendo lo correcto, tal y como te pidió Jara. Le arrancarás la venda de los ojos, le abrirás la puerta de la jaula y la dejarás huir si ese es su deseo».

—¿Vamos?

Ella asintió. Juntos, fueron a la planicie de las charcas. Allí los aguardaban, en formación, cuarenta esqueletos armados hasta los dientes, dos entes de carga, una pareja de carontes, la araña ensillada y una generosa hilera de estacas de hueso, que Salazar elevó en el aire en cuanto se unieron a la comitiva.

Normalmente, cuando cruzaba el Velo, con veinte esqueletos iba sobrado, pero no escatimaría con la seguridad de la princesa. Si algún bicho era lo bastante idiota de acercarse a menos de cincuenta varas de ella, sería lo último que hiciera.

La ayudó a subirse a la araña y se volvió hacia Lucio. El cojuelo lo estudiaba con cara de funeral. Por un momento, temió que se negase a abrir el portal. El plan de Salazar había desatado acaloradas discusiones entre ambos, aunque al final Lucio había aceptado, para su sorpresa.

Eso no significaba que estuviera convencido.

—Venga, Lucio. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

—En eso estoy de acuerdo —masculló el duende.

Su mano agujereada empezó a brillar, blanca e incandescente como luz de luna. Con ella describió varios círculos amplios, cada vez más rápido, hasta que el aire junto a él vibró y se contrajo en una espiral borrosa, tornándose opaco. Con un tañido que reverberó en el diafragma de Salazar, un desgarrón circular apareció en la bruma

y se ensanchó hasta alcanzar el tamaño suficiente para que la araña pudiera pasar con comodidad.

Adusto, el nigromante estudió el paisaje que se intuía allende el Velo rasgado. La tarde ya había caído en las tierras humanas, y el cielo era de un naranja violento, surcado por nubes como latigazos sangrantes y punteado por bandadas ingentes de cuervos. Una bocanada de aire les entró por el portal, preñada con el hedor de la muerte.

—Cuando quieras, brujo.

Salazar montó en la araña y miró por encima del hombro a Talía.

—¿Estás lista?

Ella asintió, tragando saliva, y se cubrió con la capucha.

A un gesto del nigromante, todos se pusieron en marcha y cruzaron el portal.

INTERLUDIO

En las dos primaveras desde que llegara a Bosqueterno, la joven Flordemuerte había hecho grandes progresos. Hablaba con fluidez el idioma feérico. Sabía qué alimentos feys podía comer y cuáles la enfermarían. Conocía cada rincón del palacio y sus alrededores, a sus habitantes; el nombre de todas las bestias y plantas de Bosqueterno. Se sabía al dedillo las leyendas más populares del Bello Pueblo. Cantaba y danzaba como cualquier dríade. Tenía todos los lujos de una princesa, y un aya y una hermana a las que quería con locura.

Debería haber sido feliz.

Pero no lo era. La mayor parte del tiempo se sentía sola.

Nunca sería una más. Los feys la encontraban agradable al trato, pero no les gustaba su olor, ni sus poderes corrompidos; y, si lo anterior no los repelía lo suficiente, el temor a enemistarse con Arceúsa y Jaralina los mantenía bien lejos de la bastarda en discordia. Los otros niños solo se juntaban con ella cuando sus padres los obligaban, deseosos de congraciarse con el rey.

Talía lo detestaba. Le habría dolido menos que la ignorasen por completo. Quería un vínculo sincero; no que la *soportaran* con la esperanza de conseguir un privilegio, para luego desecharla o, peor, guardarle rencor por no haber funcionado como medio para el fin que ellos deseaban.

La princesa jugaba y reía con facilidad, pero, en el fondo, era una niña triste. No lo pretendía; se avergonzaba y hasta se fustigaba por

ello, mas no podía arrancarse esa soledad que parecía cosida a sus adentros con unas puntadas tan prietas que a veces le costaba hasta respirar. En los días buenos, que no eran pocos, lograba olvidarse de ella.

En los malos, su llanto era hemorragia y no había quien la sacara de la cama.

Mirtalón debió de pensar que aquello necesitaba remedio urgente, pues un día apareció en sus aposentos con dos campesinas humanas que rondarían la edad de Talía. Un emisario del reino vecino se las había topado allende el Velo y le habían caído en gracia, así que las había raptado para regalárselas al soberano de Bosqueterno como muestra de buena voluntad. A Mirtalón no lo entusiasmaban demasiado los trapicheos con críos mortales..., pero se le ocurrió que, tal vez, esas dos podrían aliviarle a su Flordemuerte el duelo por su madre y la morriña de su antiguo mundo.

—Son tus nuevas acompañantes —le dijo a la anonadada princesa —. Entretente con ellas.

Talía contempló a esas dos niñas, pálidas y asustadas. La consternaba que las hubieran arrancado de su hogar para dárselas a ella, como quien regala un par de pendientes. Pero más la abatía pensar en qué sería de ellas si las rechazaba, así que las aceptó, dándole las gracias a su padre.

En cuanto se quedaron solas, mandó que les trajeran comida y les preguntó cómo se llamaban. Mirtalón la había animado a nombrarlas como gustara, pero ella respetó sus nombres originales: Juana y Beatriz. Eran dos hermanas huérfanas, le contaron, y habían vivido a cargo de un tío que las trataba peor que a sus perros.

«No han perdido gran cosa, entonces», pensó la princesa, aliviada. Se esforzaría en darles una vida mejor que la que habían

conocido en el plano mortal. Conversó con ellas durante toda la noche, aplacó sus temores y el amanecer las sorprendió bromeando juntas como si se conocieran de toda la vida.

A ojos de la corte, Juana y Beatriz eran las mascotas de la bastarda real. Sus juguetes de allende el Velo, que nadie más podía tocarle. Pero ella jamás las vio así. Eran sus amigas, y también de Jara. De Juana le gustaba su carácter vivaz y su humor irónico; Beatriz emanaba una dulzura serena que la hacía parecer mucho más mayor. Se encariñó enseguida con ellas, y el sentimiento parecía ser mutuo. No notaban el supuesto olor a sepulcro de Talía. Nunca la hallaron más grotesca que al resto, pues a ellas todos los feys les parecían extraños a su manera. ¿Por qué no iban a querer a Flordemuerte, si las trataba como si también fueran princesas? Les enseñó el idioma, a ver a través de los encantos y qué manjares evitar. Compartían vestidos y joyas, dormían en su cuarto con ella. Todo lo hacían juntas: coser con Adelfa, bailar en las fiestas, evitar las trampas de Arceúsa y Terebinta, correr como cabritillas por los bosques en compañía de Jara.

Talía recordaría esa época como una feliz. Tan llena de descubrimientos, de sorpresas, de ritos de pasaje con los que dejaban atrás su niñez. Como cuando a Jara le salieron sus flores de doncella a los trece veranos y ella se emocionó, imaginando que las suyas estarían también de camino.

Nunca le brotaron, pero, para estupor de su hermana, un buen día empezó a sangrar ahí abajo. Las feys no menstruaban, por norma general. La mitad feérica de Talía impedía que le ocurriera cada mes, como a Juana y Beatriz. No obstante, cada pocas lunas, su mitad humana ganaba la batalla por su vientre y sus sedas se manchaban de un rojo que gritaba su mestizaje a los cuatro vientos.

Consciente de la repulsa que provocaban sus poderes, Flordemuerte se había vuelto adepta en ocultarlos del mundo, pero los cambios de su cuerpo trajeron consigo otros en su magia. Lo que palpitaba dentro de ella creció y se volvió más difícil de controlar..., más impredecible. Y nadie pudo advertirla de lo que se avecinaba, porque no había precedentes como ella, y la tragedia de las anomalías es que están condenadas a descubrirse a sí mismas mediante prueba y error.

A veces, errores irreparables.

Una tarde discutió con sus doncellas en los jardines de palacio. Posteriormente no recordaría el motivo; fue una chiquillada en la que nadie llevaba del todo la razón. Pero el dramatismo es a las mozuelas lo que el polen a la flor, y Talía acabó huyendo al bosque para llorar a solas y rebozarse en su enfado.

Fue su maldita suerte topar con aquella cabra muerta, tirada en medio del claro. Algún pillo debía de habérsela traído a través del Velo y la había dejado allí, tras roer las partes que le gustaban.

Talía no estaba de humor para reprimirse. Se sentía destructiva, venenosa. Le cantó al cadáver, volcando en él sus emociones turbulentas, y dejó que su magia corriera libre. Su flora se desplegó. Algunas plantas las reconocía, pero la mayoría no. Al igual que su cuerpo en desarrollo, su magia también la sorprendía de vez en cuando, revelando nuevos secretos en los momentos más inesperados.

Pasados los estallidos iniciales de espinas, sucedió algo que hasta entonces había dado por imposible.

Un grueso tallo carmesí se alzó sobre los demás, coronándose de flores como estrellas oscuras. El pistilo de la más grande engordó hasta asemejarse a una granada de un violeta casi negro. Cuando se

abrió con un chasquido suave, revelando su contenido, Talía paró en seco.

Asombrada, se acercó a esa planta nueva y desconocida. Extrajo con manos temblorosas los granos arracimados bajo la cáscara y los sostuvo ante sí. Eran ovalados, lustrosos; al sostenerlos al trasluz se encendían con púrpuras y granates, como si estuvieran llenos del vino más exquisito.

Su enfado se esfumó. No podía creerlo. Por fin, sin siquiera buscarlo, había conseguido algo que sus hermanas siempre habían tenido y que ella ya había dado por imposible. ¡Su magia yedrasi había engendrado frutos!

Probó uno. Le estalló en la boca, espeso y delicioso. Sabía a licor, a arándanos, a moras y frambuesas...

«Y a besos llenos de colmillos en la oscuridad», pensaría en los años venideros con abatimiento; mas entonces no supo reconocerlo, pues nunca la habían besado.

No cabía en sí de gozo. Se moría por reunir a sus seres queridos, contarles la buena nueva y compartir sus primeros frutos con ellos, igual que Jara hacía con sus bellotas. Era un honor y una gran señal de afecto que una dríade te ofreciera los frutos que engendraba, en especial si eran sus primeros.

Los cosechó todos y volvió corriendo a palacio. Sin decirle nada a nadie, se fue derecha a las cocinas. A Juana y a Beatriz les encantaban los dulces. Para ellas no había nada que un buen pastel de bayas no pudiese arreglar. Así que Talía se volcó en preparar su propio pastel con esmero, como le había enseñado Adelfa. No dejó que ninguna sirvienta la ayudase; el esfuerzo le correspondía únicamente a ella, pues aquel regalo era además una disculpa. Una muestra de cuánto quería a sus amigas.

La sorpresa en los rostros de Jara, Juana y Beatriz la hizo reír cuando se presentó ante ellas, todavía rociada de harina, y les ofreció aquel pastel que aún humeaba, fragrante y lleno de sus frutos. ¡Qué celebración se armó! ¡Cómo saltaron todas, qué de abrazos hubo, y qué alto la levantó Jara por los aires! Talía no había podido localizar a Adelfa ni a su padre, así que apartaron una generosa mitad del pastel para ellos y se abalanzaron sobre el resto.

Con inmensa satisfacción, la princesa contempló a sus jóvenes doncellas mientras engullían sus porciones con los dientes y las uñas pringados de mermelada oscura. Ya no parecían meras humanas, sino ninfas ferales destripando una presa azucarada. Estaba tan orgullosa de ellas, y de sí misma. Sentía que por fin se habían adaptado a aquel mundo de hadas. Y más lejos que llegarían, con ayuda de Jara, mientras las cuatro permaneciesen unidas.

No se habían terminado el primer trozo cuando su hermana se quejó de un repentino dolor de barriga.

Después, Juana y Beatriz empezaron a vomitar rojo.

Sucedió en un instante. Un momento estaban riendo, felices, y al siguiente las dos se hallaban en el suelo, chillando de dolor mientras se retorcían en charcos de su propia sangre, mezclada con grumos del pastel a medio digerir. Aquellas imágenes se grabarían a fuego en las retinas de Talía y alimentarían sus pesadillas el resto de su vida. La confusión y la agonía en sus rostros desencajados. Beatriz desgarrándose a arañazos la garganta, incapaz de respirar; Juana arrastrándose por el suelo, estirando hacia Talía unos dedos rígidos y ennegrecidos. «¿Por qué?», gritaban sus ojos, hinchados como remolachas, mientras ambas convulsionaban y el granate manaba de ellas por cada orificio.

Sus alaridos de auxilio se oyeron por todo el palacio. Los guardias irrumpieron en los aposentos, seguidos de cerca por una bandada

de sanadores, que se quedaron horrorizados ante aquella escena.

Jara se recuperó tras vomitar unas cuantas veces.

Juana y Beatriz murieron antes de llegar a la enfermería.

Y Flordemuerte descubrió, demasiado tarde, que sus únicos frutos eran venenosos para los feys y letales para los mortales.



El olor los golpeó como una ola caliente y putrefacta, potente incluso para Salazar.

—Esto promete —musitó, y se subió el embozo.

Notó cómo Talía se encorvaba a su espalda, mareada por el portal, pero no llegó a perder el equilibrio. Tras ellos, Lucio cerró la brecha y sacudió la mano agujereada para apagarla.

La araña y su comitiva avanzaron hasta la cima de un terraplén. Más allá, abajo, el cruento resultado de la batalla se expandía entre ellos y la cordillera del horizonte, teñida de púrpura por el ocaso.

La tierra del campo brillaba rojiza, aunque costaba saber si siempre había sido así o si su color se debía a la alfombra de entrañas esparcidas sobre ella. A lo lejos ardían pequeñas piras abandonadas; columnas de humo negro surcaban el naranja del cielo. En algún momento, las formaciones debían de haberse deshecho, pues los enemigos yacían todos revueltos, cascos enredados con escarpines, cuernos incrustados en cráneos, vísceras abiertas y ojos muertos. Hasta donde alcanzaba la vista.

La princesa inhaló bruscamente. Mala idea, en un lugar como aquel.

—¿Qué ha pasado aquí? —susurró, atragantada, mientras se apretaba la nariz y la boca con el embozo.

—Otra batalla entre krampos y humanos —respondió Lucio, acuclillado encima de un ente de carga.

—Una carnicería, más bien —dijo Salazar.

Se fijó en Talía. Sus grandes ojos estaban desencajados de espanto. Su mirada rebotaba entre la miríada de cuerpos desmadejados. La impresión, unida al aluvión de muerte, había desatado el caos en su melena. Sus plantas se marchitaban bajo la sombra de la capucha y se desprendían, para ser reemplazadas rápidamente por otras nuevas.

—Nunca había visto tantos muertos. Qué horror. ¿Cómo es posible...?

Salazar suspiró. Recordaba la primera vez que fue a dar con un campo de matanza. A su mente le había costado asimilar lo que le entraba por los ojos, por la nariz, hasta por la boca. Debido a su condición, el olor a muerte lo afectaba mucho menos que al humano común, pero, en ocasiones así, hasta él lo sentía incrustándose en el paladar como una mermelada repulsiva. Sin importar por dónde respirase, no había forma de protegerse de esa violación sensorial que lo asaltaba por todos los frentes. El tufo de la muerte lo impregnaba todo.

Ver aquellos cientos de cuerpos mutilados apilados unos sobre otros, como muñecos rotos, hacía que uno se sintiera diminuto e insignificante como un piojo. Lo hacían preguntarse si Dios no estaría muerto y los había dejado solos, y esa terrible incertidumbre lo devoraba por dentro como un vacío negro.

Hacía falta tener cerrojos muy fuertes en la psique para mantener el horror a raya. Salazar no se enorgullecía de los suyos, pero reconocía que, sin ellos, no habría sobrevivido. Y le venían de perlas para su oficio.

Tras él, Talía reprimió una arcada.

—Cúbrete con el embozo y respira por la boca. Devuelve si lo necesitas.

—Puedo... saborearlo —susurró ella, ahogada.

—Lo sé.

Los carontes se adelantaron al trote para examinar los primeros cuerpos, olisqueándolos entre gruñidos. La araña descendió por el terraplén, custodiada por los esqueletos y una bandada de esquirlas flotantes. Salazar la detuvo junto a un puñado de krampos acribillados a flechazos y se giró en la silla hacia Talía.

—¿Te suenan?

Tras echarles un vistazo, ella sacudió la cabeza.

—No eran de Baalak.

—¿Cómo lo sabes?

—La pintura de guerra tiene un patrón distinto, y estos llevan adornos hechos de huesos humanos. Los guerreros de Baalak son más discretos... —Reprimió otra arcada, esta vez más débil—. Cuando están en Bosqueterno, al menos.

Así era. Entre esos muertos, el que no llevaba falanges entrelazadas en la melena lucía collares de dientes o, directamente, cinturones con calaveras.

Calaveras demasiado pequeñas para ser de adultos.

«Putos krampos».

Talía inspiró hondo por la boca y tragó saliva, bajando la cabeza. Se agarraba los muslos con tanta fuerza que debía de estar clavándose las uñas a través de la ropa.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No. Puedo aguantar.

Su voz sonaba pastosa, cargada de saliva. No la culparía si vomitaba o se desmayaba. Hasta a él, que llevaba años haciendo aquello, se le escapaba de vez en cuando una arcada que lo dejaba doblado. El hedor era infernal. Enfermizamente caliente, corrosivo.

Invadía las vías respiratorias y se le quedaba enquistado dentro como algo contagioso cuyo estigma jamás se borraría.

Pero él ya estaba acostumbrado. Ella no.

La verdad, era un milagro que aún no se hubiera mareado ni echado el almuerzo. Su princesa tenía un estómago de acero.

Fue a tocarle el hombro para estabilizarla, pero ella se encogió, rehuyendo su contacto.

—No. No me...

Abatido, Salazar retiró la mano.

«Ya ha empezado. El principio del fin».

—Ve. Haz lo que tengas que hacer. No te preocupes por mí —insistió ella, y se rodeó con los brazos.

Mantenía el rostro vuelto, evitando su mirada.

Lucio los observaba con talante resignado. La tragedia se desarrollaba tal y como había predicho en sus inicios.

—Muy bien —zanjó el brujo, en tono pétreo—. Llámame si necesitas algo.

Mandó que los esqueletos formaran tres anillos protectores en torno a la araña y que su padrino se quedase junto a Talía. Luego desmontó de un salto, empuñó el machete y se adentró con cautela entre los muertos más cercanos, rodeado por un puñado de huesos flotantes.

—¿Quedan combatientes en pie, Lucio?

—Lo dudo.

Salazar oteó las columnas de humo en lontananza. Algunas siluetas se arrastraban entre la calima temblona. Entre una variedad de alimañas, distinguió lo que parecía un dúo de carontes salvajes, y, muy a lo lejos, un gigante pálido, cuyo cuerpo recordaba al de un humano raquítico y contrahecho. Era colosal como una torre y sus tres testas rojas parecían calaveras de mulo con múltiples quijadas.

Cabeceaba cual penitente a cuatro patas entre los cuerpos, profiriendo un lamento como el barritar distorsionado de un cuerno de guerra. Sus sonidos acariciaban la niebla con un réquiem espectral que, en otras circunstancias, hasta le habría resultado bello por su melancolía.

Salazar había visto seres similares a ese unas cuantas veces. Como con tantas criaturas del Desgarro, ni él ni Lucio tenían la menor idea de qué eran ni por qué aparecían. No le preocupaban demasiado, pues nunca los había visto atacar salvo que algo los atacase primero. Solo parecían interesados en llorar a los muertos. Era fácil mantener las distancias con ellos y, con el tiempo, se había acostumbrado a oír su sentido lamento de fondo mientras él también hurgaba entre la masacre.

—Solo veo carroñeros. Si alguien ha sobrevivido, hace ya rato que se quitaron de en medio. Este sitio se ha quedado para los nuestros.

Se volvió hacia Talía, encogida encima de la araña.

—Voy a ver qué me encuentro.

Ella asintió, sin apartar la vista de su regazo. Daba la impresión de haberse replegado dentro de sí misma para escapar de aquel escenario de pesadilla.

Con creciente amargura, Salazar se adentró más en el campo. Lo acompañaban sus carontes y tres entes de carga —mesas recias hechas con placas de hueso reforzado, que caminaban sobre patas de bestia—.

El aire, pesado y ocre por el polvo en suspensión, vibraba con el zumbido de las moscas. Los cuervos eran legión. Cubrían el mar de muertos como un sudario de aleteos negros, picoteando ojos y lenguas. Las risotadas afónicas de sus graznidos resonaban a su paso, como si se burlaran del compañero que había venido a cubrirse de deshonra delante de su amada.

Huyeron en desbandada en cuanto notaron el helor de su cercanía en las plumas.

—Al coño con vosotros.

A lo lejos, clavado sobre un montón de krampos muertos, se alzaba un pendón, tan destrozado que apenas se reconocía la imagen de la Virgen llorosa pintada en él. Sus jirones ondeaban al viento. Los demás estandartes yacían destrozados en charcos de barro sanguinolento.

Una vieja demacrada se inclinaba sobre uno, bebiendo con avidez a cuatro patas. Cuando vio a Salazar, levantó el rostro y le sonrió, mostrando unas encías peladas que goteaban rojo.

—Ay, niño, niño guapo. Mira cómo me he puesto. Ayúdame a levantarme y llévame adonde pueda lavarme los harapos.

Una fey lavandera. Se ponían perdidas y luego se iban a los ríos a enjuagarse la ropa. Si algún mortal picaba y acudía en su ayuda, intentaban ahogarlo.

Salazar la ignoró y siguió caminando. Las risotadas de la vieja se emborronaron con las de los cuervos.

No lo molestaría, más allá de la provocación. El mundo de los carroñeros era un pañuelo y Salazar se había labrado cierta fama. Aunque jamás se lo hubiesen cruzado, era sabido que, cuando el brujo de la araña gigante llegaba al festín, lo mejor era no interponerse en su camino.

Por desgracia, no todos eran igual de listos.

Se tensó al oír aullidos en la distancia. Muy por delante de él, otra bandada de cuervos estalló en vuelo, revelando un puñado de gules que corrían hacia Salazar.

Su caronte desplegó las garras, pero el brujo lo detuvo.

—Déjamelos a mí.

Se adelantó y aceleró el paso, con ganas de matar.

En cuanto los tuvo a un tiro de piedra, los acribilló a estacazos, cortando sus aullidos en seco. Dio una vuelta sobre sí mismo para asegurarse de que no quedaba ninguno en pie y, en la distancia, divisó figuras tambaleantes. Algunos cadáveres se habían alzado y deambulaban sin rumbo, arrastrando los pies. Otros, mutilados e incapaces de andar, se removían como larvas entre sus compañeros caídos, emitiendo gemidos roncos.

Salazar se los señaló al caronte.

—Encárgate de los que caminan.

Lentos o rápidos, a los lázaros los atraían los vivos y él prefería pasarse de precavido. Mientras el caronte zigzagueaba entre los muertos y las cabezas rodaban, él fue asaeteando a los que hallaba tirados en su camino.

Tras limpiar las inmediaciones, miró por encima del hombro. Talía lo observaba desde lo alto de la araña. Las flores marchitas ya habían formado una balsa en el hueco de su regazo, entre sus puños apretados.

Volvió la vista al frente, cabizbajo.

«Ya puede estar contenta la Jarita de Satán, así reventara. Heme aquí, el tonto más tonto que jamás nació, sacrificándome yo solo en el altar de la honradez».

Su humor se ennegreció hasta convertirse en algo ardiente e infecto. Hacía mucho que no se sentía verdaderamente *sucio* haciendo su trabajo.

«Pero esto es lo que pretendías, ¿no? Enseñarle que el Carroñero no podría estar más lejos del galán que ella creía conocer».

Rebuscó, volteando miembros descuartizados con la punta de la bota. Aquel campo era un auténtico banquete para los rapiñadores, ya viniesen a comer, a saquear o a hacer sus rituales, comprensibles solo para ellos. Fue recogiendo cuanto le parecía de calidad:

espadas, mazos, aceros y platas, trozos de armadura... De vez en cuando, detectaba un cadáver con potencial que encima iba bien equipado y, en tono desganado, le pedía al caronte que lo subiera a los entes de carga. En cualquier otra ocasión, habría estado frotándose las manos ante el botín, pero no había regocijo en el festín de esa tarde. Cada cuerpo apilado en los entes le pesaba como si se lo hubiera echado a las espaldas. Un latigazo autoinfligido.

«Llévate todo lo que puedas, mamón, que esto será lo único que te quede cuando ella se haya ido».

Se topó con un infeliz al que le habían aplastado la pelvis a golpe de casco. Llevaba unas botas estupendas; de su talla, además. Cuando Salazar se inclinó junto a él para quitárselas, el muerto abrió unos ojos blancuzcos y gimió. Se retorció patéticamente, tratando de agarrarlo del tobillo mientras daba bocados al aire.

«Cielos sangrantes. Por si no fuera poco morir así, encima va y revive».

En otro momento, Salazar quizá habría musitado algo piadoso antes de poner fin a su miseria, pero esa vez no estaba de humor.

Le destrozó la cara y el cuello a machetazos.

Crac, crac, crac.

Los dientes partidos saltaban entre las moscardas. Un cuajarón le salpicó la frente y se lo limpió con el dorso del guante antes de que le chorrease ceja abajo. El lázaro ya no se movía. Resoplando, le sacó las botas a tirones. Una de ellas se desprendió con media pierna todavía dentro. Salazar la vació, arrojó el miembro lejos sin miramientos y soltó el calzado en el ente de carga más cercano.

Miró atrás por enésima vez, dispuesto a castigarse con el desprecio de Talía..., pero se topó cara a cara con Lucio, que olisqueaba el aire con más desagrado que de costumbre.

—Te he dicho que te quedaras con la princesa...

—Su alteza está al borde de la catatonia, a diferencia de ti, que pareces endemoniado. Te hago más falta que a ella.

—Y un cuerno —masculló el brujo—. Lo que pasa es que te acojona estar cerca de ella cuando hay tanto muerto fresco alrededor.

—¡No te me pongas pejiguero! Puedo llegar hasta ella en un parpadeo si me necesit...

El viento les arrojó una llovizna de cáscaras iridiscentes, interrumpiéndolos. Salazar se cubrió el rostro con el brazo para no respirarlas. Cuando pasó la vaharada, estudió las que se le habían quedado prendidas en la manga.

No eran cáscaras, sino langostas muertas y resecas. Cuando se las sacudió, gruñendo, se deshicieron en polvillo brillante entre sus dedos. Reparó entonces en que esa misma iridiscencia pringaba el área frente a ellos en parches de musgo nacarado que nada concordaban con el terreno. Crecían en número cuanto más se acercaban al corazón de la matanza.

—También han participado feys.

El cojuelo arrancó unas cuantas briznas del suelo y las olisqueó.

—No eran de Bosqueterno, ni tampoco de mi reino.

—¿Crees que marchaban con los krampos?

—Con los humanos no iban, eso seguro. —Lucio señaló a un grupo de cadáveres distintos al resto de soldados.

Mujeres con hábitos blanquinegros.

—Coño. ¿Eso es lo que creo que es?

Salazar reunió las esquirlas de hueso y fue hacia ellas, seguido de Lucio. Este siseó al ver los pesados rosarios de plata que asomaban bajo sus escápulas y les cruzaban el pecho en diagonal.

—Monjas combatientes —escupió.

Todas llevaban arco, pero los carcajes estaban vacíos. Sus uniformes eran sobrios y prácticos; los faldones, más cortos de lo habitual en una monja, para facilitar el movimiento. Negros desde las botas hasta las tocas, a excepción de las mangas blancas, ribeteadas por distintivos brochazos de añil.

—Las Discípulas de Santa Urraca —confirmó el nigromante.

Por la cuenta que le traía, intentaba mantenerse al día de las organizaciones que existían a ese lado del Velo. Si bien esa orden era relativamente nueva, se había labrado cierta reputación, pues, aunque el clero llevaba décadas usando sus poderes en la lucha contra el Desgarro, podían contarse con los dedos de una mano las órdenes combatientes formadas exclusivamente por mujeres, y encima monjas.

Salazar empujó con el pie a una para ponerla bocarriba. Con cuidado, le pisó el vientre y apretó. Un ramillete de viborillas salió siseando de sus labios desgarrados y se derramó sobre los rosarios. Nada más tocarlos, las alimañas empezaron a churruscarse, retorciéndose entre silbidos, hasta deshacerse en la brisa.

Se apartó con una mueca de desdén.

—Los feys luchaban contra los humanos, está claro. Lo que no sé es si iban aliados con los krampos o si fue una pelea a tres bandas.

—Ninguna de las dos opciones me extrañaría —dijo Lucio.

—Sea como sea, de poco les ha servido. Aquí no ha ganado nadie.

Buena parte de aquellas monjas rondaría su misma edad o incluso menos, pero no cometería el error de compadecerlas. Ellas no lo habrían hecho con él.

—¿Qué hacían en un campo de batalla? Creía que esas no salían de sus conventos más que para ayudar en exorcismos.

Lucio gruñó.

—Para los mortales ha pasado más tiempo que para los feys. Más tiempo para aprender, para desarrollar armas con las que combatir lo «sobrenatural», como vosotros lo llamáis. Las cosas están cambiando a este lado del Velo, y demasiado rápido para mi gusto. Ni siquiera yo puedo mantenerme al tanto de todo.

Aunque los feéricos siempre decían eso, esa vez Salazar estuvo de acuerdo. Jamás hubiera pensado que lo inquietaría tanto toparse con una caterva de monjas, vivas o muertas.

—Pero las cosas nunca son lo que parecen... —murmuró para sí.

Si las habían convocado allí, era porque sus técnicas podían hacer mucho daño al enemigo. Para muestra, el pantano de restos feéricos esparcidos a su alrededor.

—Otro grupo más del que guardarnos —resopló Lucio.

Salazar asintió y caminó entre las muertas, ya pasto de los cuervos. Los carcajes estaban vacíos, sí, mas tampoco encontró saetas clavadas en la pulpa iridiscente.

—No veo ni una flecha —comentó Lucio, como si le hubiese leído el pensamiento—. Lo que queda de estos feys debería estar lleno de ellas.

—A menos que las supervivientes las recogieran todas antes de retirarse.

El duende rezongó, crispado ante el misterio. Chismoso y paranoico como era, le disgustaba no saber todo lo posible sobre una amenaza potencial.

—¿Se llevan las flechas, pero dejan a sus muertas sin decapitar ni quemar? Los humanos no hacen eso, y menos los santurrones.

Tenía razón. Abandonar el cuerpo de un difunto sin unos ritos básicos era arriesgarse a que regresara convertido en algo impío. Nadie quería un destino semejante para sí, ni para cualquiera que le importase un mínimo.

—Esta batalla debe de haber sido un desastre.

—Quizá se les acababa el tiempo y tuvieron que elegir entre rescatar las flechas o purificar a sus caídas.

—¿Y qué sentido tiene eso? —Lucio arrugó la nariz.

—A mí me vas a preguntar.

En lontananza se levantó una polvareda anaranjada.

—Siguen llegando comensales al festín —avisó el cojuelo.

Y ni siquiera se había puesto el sol. Cuando los engendros nocturnos despertasen y acudieran, aquello parecería la Noche del Desgarro.

El brujo se giró para deshacer el camino.

—Vámonos. Ya me he hartado de ver espantos por hoy, y todavía me queda lo de después.

Lanzó un vistazo a Talía, que seguía encogida en la araña. Apenas había cambiado de postura.

—Meter a la princesa en esta pocilga. Como se enteren en Bosqueterno... —gruñó el cojuelo—. De todas las ideas de tontolamierda que has tenido nunca, puede que esta sea la más descabellada.

—Entonces, ¿por qué aceptaste?

—Será que, por primera vez desde que la trajiste, estoy de acuerdo contigo en algo. Si este amorío loco ha de acabar, mejor que sea pronto, y espantar a la mocita con una buena dosis de realidad parecía un plan idóneo.

—Gracias por tu apoyo —masculló Salazar con los dientes apretados.

Lucio bufó y sacudió una garra para espantar a las moscardas.

—¡Bah! Mal si te ayudo, mal si no te ayudo. Nunca estás contento.

El brujo le dio la espalda, harto de ese maldito dolor en el diafragma que iba empeorando por momentos. Difuso entre el humo

y la calima sangrienta, el coloso se lamentaba en lontananza, y su réquiem le resonaba dentro, como si de pronto hablasen el mismo idioma.

Cómo le habría gustado reventar el campo por los aires y joder a los pueblos vecinos con una lluvia de casquería. A la mierda todo el mundo.

Decididos a marcharse, bordearon uno de tantos charcos iridiscentes. Unos cuervos aleteaban sobre él, engolosinados con las entrañas del soldado humano que yacía entre la pringue. El cadáver no parecía resucitado, pero algún regalito fey conservaría dentro, porque la mitad del cuerpo sufría espasmos, chapoteando en la ponzoña. Cuando pasaron por su lado, las sacudidas empeoraron, y el muerto dio una palmada en el charco, salpicando de iridiscencia el brazo de Lucio.

El duende reculó con un siseo, sacudiendo la mano agujereada como si le quemase.

Alarmado, Salazar atravesó el cráneo del muerto con una estaca para anular los espasmos y corrió hacia él.

—¿Lucio? ¿Qué...?

—¡Cómo escuece! ¿Qué hay en el condenado charco? ¡Maldita la simiente que los engendró a todos, que no sirven más que para joder cuanto tocan! —escupió Lucio, limpiándose el brazo en las ropas de otro cadáver cercano—. ¡Así les metieran un yerro ardiente por el orto y...!

Se dobló con una arcada y vomitó un chorrillo plateado y luminiscente. Con una blasfemia, Salazar se agachó junto a él e intentó examinarlo, mas el duende se apartó de un brinco.

—Quita, ya está. —Se limpió los restos de luz lunar de la boca con la punta del gorro—. Todavía me quedan reservas de sobra para abrir el portal de vuelta.

Bueno era saberlo, pero el brujo seguía preocupado por su salud.

—¿Qué cojones te ha pasado...?

No había terminado la pregunta cuando el vello de los brazos se le erizó de forma inexplicable. Le picaron los pies con el ansia de pisotear y huir, como si una parte de su naturaleza sintiera la cercanía de un escorpión escondido junto a su bota, listo para picarlos. Se levantó y miró al charco de restos feys, en apariencia tan corriente como cualquier otro.

Entre la inmundicia, captó el destello amarillento de una gema.

No, una gema no. Una punta de flecha, unida aún a un pedacito de astil.

Jamás había visto una así. Tras comprobar que Lucio parecía repuesto, se acercó al charco con cautela. Se sacó unas tenazas del cinto, recogió con ellas la punta de flecha y, con el brazo estirado, la observó a una distancia prudencial. Tenía forma de lágrima y un suave tono dorado.

—¿De qué está hecha? ¿Cuarzo?

—No. Es sal —siseó Lucio, reculando—. La huelo desde aquí.

—¿Flechas de sal sólida? —Incrédulo, Salazar le dio vueltas.

—Será eso lo que ha contaminado el charco, y por eso me he puesto así de malo. —El cojuelo se frotó la mano agujereada con rencor, aunque parecía más irritado que verdaderamente herido.

—Muy fuerte tendría que ser para quemarte así sin un contacto directo.

La sal le escocía horrores a la mayoría de los feys, de ahí que se usara en rituales de protección o como defensa de emergencia. Para ahuyentarlos valía, pero ¿en una batalla? Se le antojaba un material muy poco práctico habiendo hierro, que servía para matar feys y mortales por igual.

A menos que esa sal tuviera algo especial. El hecho de que fuese tan dura como para usarse de proyectil lo corroboraba.

—Alguna ciencia extraña han debido de usar en ella —comentó, fijándose en el brillo sutil que emanaba de la punta, como el sol tras las nubes.

—Estúdiala tú si quieres, niño loco, pero a mí ni me la arrimes.

—Descuida. Solo quiero saber qué es esta porquería que tanto te ha descompuesto.

Cada día que pasaba, el mundo inventaba nuevas formas de matarlo a uno, y la mejor manera de evitarlas era conocerlas. ¿Quién sabía? Quizá hasta pudiera emplearlas en su beneficio. Sin importar su origen, un arma era un arma, y servía a cualquiera que pudiese empuñarla.

Cuidando de no tocarla más que con las tenazas, intentó examinarla más de cerca. En cuanto la tuvo a un palmo del rostro, la reacción lo golpeó como si acabara de esnifar ácido.

—¡La puta que la parió!

Sufrió un violento acceso de tos. Lucio dio un paso hacia él, alterado, pero Salazar lo detuvo, alzando las tenazas lo más lejos posible de su alcance. Un sabor corrosivo le había inundado las vías respiratorias.

—No te acerques. Con razón te ha escocido la salpicadura: esta mierda hiede a santo que tira para atrás. Está bendecida. —Resolló y escupió a un lado para deshacerse del sabor metálico—. Muy bendecida.

Lucio enseñó los dientes y retrocedió, maldiciendo en su lengua.

Eso explicaba los feys desintegrados y que los humanos se hubieran llevado todas las flechas que podían. Una sola de esas podía hacer mucho daño a un demonio, también a un maldito...,

pero ¿a un feérico? La combinación de sal y energía divina reconcentrada lo habrían hecho papilla con un simple roce.

El Desgarro no solo había llenado el mundo de horrores; también les había dado a unos pocos humanos poderes igual de terribles para combatirlos. Y aquella santa Urraca, por lo visto, había armado a sus discípulas con unas lágrimas capaces de aniquilar.

—Vámonos —pidió Lucio. Su hosquedad no disimulaba el temor en sus ojos—. Este sitio está maldito hasta para nosotros.

Y tanto. Salazar no dejaría que la princesa pasase ni un instante más allí. Asqueado, lanzó lejos la punta de flecha, limpió las tenazas en la hierba y ordenó a los entes de carga que emprendiesen el camino de regreso a la araña. Estos se balanceaban, hasta arriba de botín. Los miembros de los cadáveres les colgaban por los costados.

—Ve preparando el portal.

Lucio asintió, y su mano comenzó a desprender su brillo lunar característico.

Mientras iban hacia Talía, algo rugió en la distancia, allá donde la llegada de una horda desconocida había levantado una polvareda. El sonido le resultaba vagamente familiar, pero costaba discernirlo bien entre el escándalo de las aves y el lamento del coloso.

Tampoco pensaba pararse a identificarlo.

—¿Salazar? —lo llamó Talía. Se había enderezado en la silla y miraba en dirección a la polvareda con visible inquietud.

—Tranquila, ya nos vamos. —Él apretó el paso.

—Conozco ese rugido. Creo que ese es el dragón de...

El brujo alzó la vista por encima del hombro y vio una criatura alada zigzaguear entre las columnas de humo hacia el coloso. Una marabunta de figuras pálidas con cuernos apareció a pie, difusa entre el polvo levantado, y lo rodearon. Sucedió muy rápido. Los aceros brillaron y arremetieron contra las patas del coloso, que

interrumpió su réquiem con un berrido de rabia y dolor. Intentó defenderse y pisotearlos, pero entonces la bestia alada cayó en picado sobre su nuca, atacando algún punto débil.

Los berridos cesaron con un espantoso gorgoteo.

Al derrumbarse el coloso, un silencio desolador se extendió por el campo. Por un momento, hasta los cuervos se callaron, como si ellos también acusaran la súbita ausencia de su música. Los vítores de los recién llegados resultaban obscenamente ensordecedores contra aquella quietud.

Solo entonces reconoció el brujo esos cánticos de batalla. Y al dragón gris, que ya volaba hacia ellos, seguido por sus fuerzas de a pie.

Los habían visto.

«Me cago en mi puta vida».

Salazar echó a correr. Su corazón martilleaba con el tañer de esas decenas de cascos que se aproximaban al galope, aplastando cadáveres y armaduras a su paso. Lucio había alcanzado a Talía en un envite y estaba volcado en abrir el portal.

No les daría tiempo antes de que llegasen.

Soltó una blasfemia cáustica. Un mundo tan grande, tantas horas en el día, y tenían que encontrárselo justo ahí. ¿Qué probabilidades había? Dios lo aborrecía y Satán se reía de él.

«Maldito el momento en que se me ocurrió la soplapollez de plantarme aquí con la princesa».

Los carontes ya se habían apostado alrededor de Talía y los entes de carga aguardaban junto a Lucio. Cuando Salazar llegó al primero de los tres círculos de esqueletos que rodeaban a la araña, sus soldados le abrieron paso, con las armas desenvainadas en posición defensiva.

Una bocanada de viento en la nuca lo avisó de que el dragón había aterrizado tras él.

—¡Cuánto tiempo, Carroñero! —chapurreó Baalak, en un híbrido del idioma fey y del romance, deformado por su acento brusco.

Salazar se dio la vuelta de mala gana, flanqueado por sus esqueletos y una nube de esquirlas. Mientras el portal no estuviera listo, prefería no darle la espalda.

Más y más krampos llegaron al lugar. Contó unos treinta mientras estos formaban un muro detrás de Baalak. Este mantenía una distancia prudencial de un tiro de piedra, midiendo con los ojos la horda armada hasta los dientes del nigromante.

Entonces reparó en quién iba sobre la araña. La delataba la larga trenza roja que asomaba de su capucha.

—Buitre infame, ¿has osado traer a la princesa a un hervidero de muertos?

Salazar no se tragó aquella indignación de los justos. Los ojos del krampo centelleaban como los de un gato que acabase de acorralar a la rata que llevaba eludiéndolo durante meses.

Oyó a Lucio mascullar a sus espaldas. Le estaba costando abrir el portal. Aunque a veces le ocurría si estaba muy nervioso, no era lo habitual cuando aún le quedaba tanta carga de luz de luna. Algo le sucedía.

«La flecha sagrada lo ha descompuesto, y eso que ni siquiera ha llegado a tocarla».

—¿Lucio...?

—¡Tú a lo tuyo! —ladró el cojuelo, lo cual significaba: «Sí, algo va mal, pero lo solucionaré». Lo que fuera que le pasase, no quería discutirlo delante de los recién llegados.

Salazar reprimió otra maldición. Ese no era el peor día de su vida, pero aún podría serlo.

El caudillo desmontó y fue hacia él: una mole furibunda de músculos, cascos y cuernos.

—Tienes aún menos honor del que...

A la cuarta zancada, los esqueletos le cerraron el paso con las armas listas. Casualidades de la vida, el que se le interpuso justo delante resultó ser de un krampo tan alto como él. Baalak repasó de arriba abajo los huesos ribeteados con púas de hierro oxidado, la sonrisa pelada del no muerto y el mandoble alzado en advertencia, y fulminó a Salazar con una mirada de asco.

Él no respondió. Sus esqueletos ya hablaban por él. «Baja esos humos, no vayas a acabar igual que nosotros».

El resto de los krampos intercambió miradas torvas. Algunos escupieron al suelo con las manos en sus armas, mientras sus ojillos carmesíes saltaban calculadores entre Salazar, sus criaturas y la princesa. Las fuerzas del nigromante los superaban en número. No obstante, los esqueletos solo combatían cuerpo a cuerpo, mientras que ellos tenían arqueros y una bestia voladora. La cosa estaba desequilibrada, pero no tanto como para disuadirlos por completo.

Si el caudillo daba la orden, atacarían.

No obstante, este se carcajeó en la cara de su reflejo muerto y retrocedió un paso, abriendo los brazos en un gesto que realzaba sus abultados músculos, salpicados con la sangre negra del coloso.

—Calma, humano. ¿Por qué corres a esconderte detrás de tus esqueletitos? ¿No trabajamos para el mismo rey? Vengo en son de paz.

«Los cojones, son de paz».

Ni Salazar ni sus muertos mudaron sus posturas hostiles. Incluso para un krampo, Baalak era gigantesco, con sus dos varas y media largas de altura, sin contar esa cornamenta revientacráneos. Una de sus coces, bien dada, podía machacar la caja torácica de un

humano. Salazar no se consideraba un enclenque, pero tampoco era un púgil nato; su fortaleza siempre había residido en sus muertos. Sin magia de por medio, no tendría ni una oportunidad en un combate cuerpo a cuerpo contra Baalak, y ambos lo sabían.

Ni harto de vino pensaba ponerse a su alcance, con las ganas que le tenía el desgraciado.

—Estoy ocupado, caudillo. No tengo tiempo de parlotear.

—No quiero hablar contigo, sino con la princesa, y no me iré sin verla —le espetó Baalak—. Así que aparta tus juguetitos de en medio si no quieres que te los rompa.

El brujo le lanzó una mirada venenosa mientras el familiar relámpago le cruzaba los ojos. El aire se cargó, helado de pronto. Las estacas flotantes apuntaron a Baalak y los carontes gruñeron, desplegando sus garras de guadaña.

—Cuidado, krampo. Harías bien en recordar a quién estás amenazando y dónde.

Los cadáveres de las inmediaciones empezaron a estremecerse. Bajo sus pies, entre sus esqueletos, en torno a los krampos. Suficientes para rodearlos y cubrirlos como las hormigas al saltamontes, imparables, voraces como solo los lázaros frescos podían ser. Aún no habían revivido, pero los hilos del titiritero ya se habían hundido en ellos y sus tirones les provocaban espasmos en los músculos. La voluntad del nigromante estrujó las entrañas encharcadas y muchos comenzaron a arquearse, tosiendo esputos oscuros y algunas víboras y langostas, cortesía de los difuntos feys. El aire se enfangó con su hedor, los cuervos se desperdigaron en bandadas que oscurecieron el cielo, y los krampos apretaron la formación, vigilando tensos cuanto los circundaba.

El Carroñero esbozó una sonrisa torcida, carente de alegría. Tal vez ese fuera el día en que mordiese el polvo, pero no sería a manos

del krampo. Baalak retrocedió, doblando la cerviz como si aún no descartara la posibilidad de arremeter...

—Ya es suficiente —los interrumpió la voz de Talía.

Se bajó de la araña y fue hacia ellos, de puntillas, como si un paso en falso pudiera causar el Apocalipsis. Mantenía los brazos pegados al cuerpo y la vista al frente, decidida a no establecer ningún contacto con los cadáveres, ni siquiera visual.

Y, a pesar de sus precauciones, allá por donde pisaba iba dejando un reguero de brotes retorcidos y flores necrosadas. Era extrañamente hermoso.

—No te molestes, princesa —dijo Salazar, más brusco de lo que pretendía—. Ya mismo nos vamos...

Maldijo para sus adentros. Con la tensión, se le había olvidado tratarla de «vos» delante del krampo.

Ella ignoró sus protestas y se colocó paralela a él, pero a unos diez pasos de distancia. ¿Lo hacía para protegerlo por si perdía el control de su magia? ¿O era porque ya no soportaba estar cerca de él?

—Está bien, nigromante. Dejad pasar al caudillo.

Su pose era altiva y compuesta, como si nunca le hubiera dado permiso para llamarla Talía, ni lo hubiera necesitado para nada. Parecía tener ojos solo para el krampo.

—¿Estáis segura?

Ella le lanzó una mirada que no admitía réplica.

Suspiró. Discutir con la princesa solo serviría para entorpecerle la concentración, y, de todas formas, le sobraban esqueletos para escudarse tras ellos si Baalak intentaba algo.

Tras asegurarse de que los tenía bien vigilados a todos, Salazar se tragó la bilis, dejó tranquilos a los cadáveres del suelo y retiró un poco a sus soldados, lo justo para que el krampo se colara entre dos

de ellos. En cuanto este se adentró en el círculo, los esqueletos volvieron a cerrar filas, aislándolo del resto.

Tenía que reconocérselo: para estar rodeado, el miserable no mostraba temor.

—¡Señor Baalak! No esperaba que nos reencontráramos en un escenario tan insólito. Qué gusto veros, después de tanto tiempo.

Talía le hablaba en esa misma mezcla de feérico y romance, comprensible para ambos bandos. El afecto en su voz sonaba muy convincente. Con una sonrisa engreída, el caudillo caminó hacia ella, pero la joven alzó una mano.

—Quedaos donde estáis, por favor. No es seguro acercárseme con tanta muerte fresca a mi alcance.

Qué curioso. Si no la hubiera dicho con tanta ternura, la advertencia habría sonado casi a amenaza. Como fuese, consiguió que el krampo se estuviera quietecito en su sitio. Después se bajó el embozo y la capucha, revelando la profusión de flores en su melena.

Baalak parpadeó. La repasó de arriba abajo, absorbiendo la belleza que había adquirido en los últimos meses, y un fuego codicioso se extendió por sus pupilas.

«No-la-toques».

Salazar hubo de hacer un esfuerzo titánico para no acribillarlo allí mismo. Varias esquirlas se astillaron con crujidos amenazadores. Una nueva oleada de espasmos sacudió los cuerpos esparcidos por el suelo, desatando maldiciones entre los krampos, que empezaron a pisotear cráneos de manera preventiva.

—Dama Mortalía... Me alivia ver que vuestro encierro no ha mermado en absoluto vuestra hermosura. Estáis incluso más resplandeciente desde la última vez que os vi.

«Baboso de mierda».

—Y vos seguís teniendo miel en la lengua, caudillo. —Talía sonrió y ladeó la cabeza con recato—. Pero, como podéis ver, no estoy encerrada. El nigromante, en su generosidad, ha tenido a bien sacarme de paseo.

Había cierto sarcasmo en su tono, un dardito claramente dirigido a Salazar, y la sensación empeoró cuando Baalak soltó una risotada, como si ambos compartiesen un chiste privado. Se sintió como un pasmarote, allí plantado, asistiendo al coqueteo o lo que demonios fuera eso, sin decir ni pío.

Celos. Qué sensación tan corrosiva.

La sonrisa de Talía exudaba encanto, y a él lo torturaba no saber hasta qué punto era fingido. No tenía hoyuelos, desde luego, pero eso no significaba que ella prefiriese su compañía a la de Baalak. En esos momentos debía de estar replanteándose muchas cosas.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó ella.

—Andábamos de caza por la sierra cuando nos encontramos la batalla a lo lejos, ya avanzada. —El krampo señaló con la testa a las montañas, teñidas de púrpura por el ocaso avanzado—. Hemos esperado a que la zona se despejara para bajar a ver el destrozo.

—Lamento que tantos de los vuestros hayan caído.

«No los suficientes», pensó Salazar.

Baalak enseñó los colmillos en un mohín soberbio.

—No eran mis hermanos. Podrían haberlo sido, pero siguieron a otro caudillo, y esto es lo que pasa. —Abarcó la masacre con un gesto—. Los líderes insensatos solo sirven para engordar a los carroñeros.

Miró al brujo con inquina.

—¿Tú qué opinas, *murrul*?

«Que me los puedes comer por detrás y por delante, escoria».

—Bajo vuestro mando no habrían sufrido tantas pérdidas, estoy segura —intervino Talía, redirigiendo la atención del krampo hacia ella.

—En mi ejército valoramos la vida, no como *otros*.

En respuesta a la pullita, Salazar enarcó la ceja. ¿Ese imbécil se oía cuando hablaba? ¿De verdad acababa de soltar semejante perla con la sangre del coloso todavía goteándole de la falcata? El engendro había sido triste, feo e inquietante, pero no hacía daño a nadie, y esos desgraciados lo habían matado solo porque podían. Una parte de él acusaba la ausencia de su réquiem en el paisaje con cierta pena, como si hubiera presenciado cómo talaban un árbol centenario. Otra parte de él lamentaba no hallarse en circunstancias más propicias para ir y depredar sus restos.

Echó un vistazo furtivo por encima del hombro: tras un muro protector de esqueletos, Lucio seguía intentando abrir el dichoso portal. El aire giraba y se retorcía sobre sí mismo. La conexión ya se había establecido, pero la brecha aún no era lo bastante grande y fiable como para poder cruzarla.

Una gotita de sudor resbaló por la sien del brujo.

«¿Qué demonios le pasa a este?», se preguntó, preocupado por la inoperancia del fey.

Baalak se volvió hacia él con el pecho y las narices infladas.

—Tu cerebro está tan podrido como tus marionetas. ¿En qué estabas pensando, buitre, metiendo a la princesa en territorio hostil? ¿Tan poco te importa su seguridad? —Lo señaló con un dedo acusador, mientras con la otra mano aferraba el puño de su falcata —. No eres digno ni de besar el suelo que pisa, mucho menos de protegerla...

Un chasquido reverberante tras ellos los avisó de que, por fin, el portal estaba en marcha. El alivio inicial de Salazar se tornó en

urgencia.

—Cuánta indignación. Seguro que la princesa está impresionada —replicó en tono monocorde, y se dirigió a ella—. Vámonos, Talía.

Puede que el apelativo se le escapase adrede. Valió la pena, solo por ver cómo la cola del krampo se sacudía.

—No tan rápido. —Desenvainó la falcata y dio otro paso amenazador hacia el brujo.

Ambos bandos se tensaron, listos para el estallido inminente. Los carontes se posicionaron junto a Salazar. Decenas de filos y estacas de hueso apuntaban a Baalak, pero él aún actuaba como si pudiera vencer en caso de pelea.

Tal vez existiera la posibilidad. Solo tenía que decapitar al brujo a tiempo.

Eso sí, los no muertos a su alrededor se asegurarían de que ese fuera su último acto.

—Paz, caudillo. —Talía se interpuso entre ellos, no más cerca de uno que del otro—. Fui yo quien insistió en venir a un campo de batalla. Se lo pedí durante semanas, hasta que a él no le quedó más opción que acatar mis deseos.

Pasmado, Salazar intentó leer la expresión tirante de Talía mientras esta mentía descaradamente al krampo.

—Si de verdad me tenéis en estima, os lo ruego, concededme este favor: no le contéis a nadie lo que habéis visto.

Baalak la estudió, no muy convencido. Por cómo estrujaba el mango de la falcata, era obvio que nada le habría gustado más que partirle la crisma al nigromante y llevársela a ella echada al hombro.

—Mi princesa, el alzamuertos os ha traído a una situación de peligro, violando así los términos que acordó con vuestro padre. Ya no estáis obligada a pasar ni un instante más a su merced. —

Imbuyó sus siguientes palabras de desdén—. Ni a fingir que lo apreciáis.

Le extendió la mano.

—Venid conmigo. Os llevaré a casa, donde estamos los que de verdad nos preocupamos por vos.

Y Talía dudó.

A pesar de haber mentido por él, de que ya podían escapar por el portal, de que en su día había renegado del krampo..., se quedó allí, justo en medio de los dos, absorta en la mano salvadora que Baalak le ofrecía.

La expresión del caudillo se volvió triunfal.

Salazar sintió la derrota roerlo hasta lo más hondo. Su temor, convertido en certeza. Ahí se acababa todo, y no podía culpar a nadie salvo a sí mismo, por elegir a una princesa basándose en algo que no fuera el pragmatismo más frío y permitirse beber de ese veneno llamado «amor».

«Y, como buen necio, ahora me toca perder lo que jamás fue mío».

Talía se giró para mirar de refilón a Salazar. Había una pregunta en sus iris como lirios. Una prueba.

«Noloaceptesnotevayasconélnotevayasnoquieroquetevay...».

Tuvo que arrancarse las palabras como si fueran sus propios dientes.

—Si vos deseáis marcharos, princesa, no os lo impediré —se oyó decir con una voz que no sentía como suya.

«La jaula nunca estuvo cerrada, pero ahora te he abierto la puerta de par en par. Venga, criatura. Vuela libre. Hazme añicos».

Las emociones se sucedieron a ráfagas por el rostro de Talía. Perplejidad. Indignación. Dolor. Sospecha. Y después algo más oscuro, que él no llegó a identificar.

—¿Habláis en serio, nigromante? —preguntó con frialdad.

—Sí. Pero seré yo quien os lleve de vuelta a Bosqueterno, sana y salva, como se acordó —escupió las últimas palabras en dirección a Baalak—. En esto, el krampo no tiene ni voz ni voto.

Talía le dedicó una sonrisa que, más que sonrisa, era un corte fresco.

—¿Y yo?, ¿los tengo?

—Siempre. Eso lo sabéis.

Ella lo estudió durante un largo, largo instante, sin parpadear, ladeando la cabeza de una forma que no le gustó nada. Era el mismísimo gesto que hacía Jara durante sus interrogatorios; esa mirada que parecía traspasar toda armadura, hundiéndose y retorciéndose dentro de uno como las pinzas afiladas de un galeno, hasta atrapar la vena donde pulsaban sus secretos más profundos y vergonzosos.

Después, le dio la espalda y caminó hacia Baalak.

Los pensamientos de Salazar se ennegrecieron, frenéticos. No tenía derecho a sentirse herido. Había esperado el abandono, él mismo lo había propiciado. Aun así, la traición lo atravesó como una puñalada. No importaba cuántos días hubiera pasado preparándose para ese momento: el corazón no atendía a razones.

Y tal vez la mente le estuviera jugando una mala pasada, porque le dio la sensación de que Talía lo observaba con el rabillo del ojo mientras tomaba la manaza del krampo afectuosamente entre las suyas. Como si quisiera probar su reacción. Saborearla.

«Imagina que no la conoces tan bien como creías. Que hay crueldad en su interior y la has repugnado hasta el punto de llevarla no solo a irse con el krampo, sino a aceptar también su propuesta de arrasar las tierras humanas. Imagina ahora que tu mundo acaba

siendo abono para espinas porque tú tuviste que hacerte el mártir en aras de una integridad que no le importa una mierda a nadie».

Flordemuerte palmeó suavemente la mano del caudillo. Después, la soltó y retrocedió con una inclinación de cabeza.

—Vuestra preocupación os honra, bravo Baalak, mas no es necesaria. Gozo de una salud inmejorable gracias a la hospitalidad del brujo y, además, estoy disfrutando bastante de mi estancia en el Páramo. Cuando llegue la hora, y no antes, regresaré gustosa a Bosqueterno.

Al krampo se le congeló el gesto, y Salazar lo habría encontrado hilarante si no se le hubiera quedado a él la misma cara de pasmado. Talía acudió a su lado y enlazó su brazo con el de él. Alzó el mentón, más princesa que nunca.

—Ha sido un paseo muy vivificante, pero ya estoy cansada. Quisiera volver y limpiarme esta suciedad.

Él la miró, sin entender qué demonios estaba pasando. Los dedos de Talía se le hundieron en el brazo, un mordisco cargado de intención.

—A menos que prefiráis que me vaya con el caudillo —añadió, en un susurro tirante.

La había ofendido, y mucho. Pero, mal rayo lo partiera, ya no estaba seguro del cómo ni del cuándo ni del porqué.

«Ya lo averiguarás. Lo importante ahora es salir por patas».

Mientras sus huesos aún apuntaban a los krampos, él inclinó la cabeza.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, princesa.

Baalak parecía a punto de envenenarse con su propia lengua mientras más y más esqueletos cerraban filas ante él, dando por terminada la conversación. Se mantuvo erguido en falsa calma, pero

cada músculo le vibraba de ira contenida. Sus ojos cantaban a gritos una profecía de destrucción.

Los krampos de atrás asistían a la escena con talantes duros como piedras.

El caudillo miró al portal con aire calculador, y luego a la horda de muertos que se interponían entre los suyos y su objetivo. Estaba barajando opciones cruentas, pero ya no le salía a cuenta atacar, no después de que Talía se hubiera posicionado tan claramente. En el mejor de los casos, ofendería al rey atacando a su aliado y se ganaría el odio de la princesa; en el peor, Salazar los haría trizas y compondría «juguetitos» con sus restos.

Se hallaban en un lugar nefasto para buscarle las cosquillas a un nigromante.

Y Salazar no debería haber disfrutado tanto de aquel cambio de tornas, pero, joder, qué bien sentaba.

—Contaré los días hasta que nos veamos en el Beltán. —La princesa le dedicó una última sonrisa resplandeciente al caudillo mientras tiraba del brujo hacia el portal—. Cuidaos mucho, señor Baalak.

La comitiva nigromántica les abrió camino y los fue rodeando conforme pasaban, atenta a cada movimiento de los krampos. Llegaron hasta la araña y Salazar ayudó a Talía a montarse.

El vozarrón del caudillo los alcanzó, por encima del traqueteo de los huesos.

—Merecéis saber quién es vuestro anfitrión, princesa. En su tierra todavía se habla de lo que hizo. Es un monstruo de leyenda; su historia, tan conocida que incluso podría llegar a oídos de un krampo, si este sabe dónde buscar.

Salazar ignoró lo que a todas luces era una rabieta de perdedor. Era imposible que Baalak supiera nada. Solo quería meter mierda a

base de faroles.

—Así que cuidaos vos también, dama Mortalía —prosiguió este—. Os alojáis con un engendro que asesinó a toda su familia.

El cuerpo de Salazar se convirtió en hielo. Lívido. Cortante. Un zumbido le inundó el seso, ahogando el resto de los sonidos, como si en su interior hubiera una plaga bíblica dándose un festín con sus entrañas cubiertas de escarcha. Varias esquirlas explotaron en astillas. Los esqueletos vibraron con un entrechocar de armaduras y desencajaron las mandíbulas en alaridos sin voz.

El Carroñero se dio la vuelta despacio, con la muerte chisporroteándole en las venas.

Pero Baalak ya se alejaba volando en su dragón, mientras los krampos de a pie se dispersaban al galope tras él.

Podía seguirlos. Los krampos necesitaban descansar; sus muertos, no. Los alcanzaría, tarde o temprano. Los iría cazando hasta que no quedara ni uno vivo.

Sintió la garra de Lucio asirle la pierna, anclándolo en el sitio.

—Vámonos, muchacho.

—Lo mataré —siseó, y una nube de vaho se infló ante él.

—Otro día. Hoy no.

Los cadáveres del suelo empezaron a levantarse.

—¡Brujo! —ladró el duende.

Entonces, una mano enfundada en cuero y plata lo agarró del antebrazo, aún pegado a los escalones de la araña.

Talía.

Alzó la vista hacia ella. Temblaba; quizá por el frío, quizá de miedo. Sus grandes ojos rebosaban temor y confusión. Así lo había mirado su madre, cuando se dio cuenta de que los símbolos sagrados le hacían daño a su niño. Y su hermana, al ver corretear a sus ratoncillos putrefactos. Esa duda muda y horrible, que parecía

preguntarse: «¿Todo este tiempo he estado acunando a una víbora contra mi pecho?».

«Déjanos ir».

—Vámonos, Salazar —pidió ella, y la inesperada calidez de su voz solo lo heló todavía más.

«Está fingiendo para que no le hagas daño, igual que con Baalak», se dijo.

Apretando los dientes, rompió todo contacto con los muertos del campo. Cayeron como fardos, los jadeos y gorgoteos cesaron, y en el silencio desolador solo se oyeron las carcajadas de los cuervos.

Montó en la araña y guio a su cohorte a través del portal en lúgubre procesión, sintiendo que jamás una victoria le había salido tan cara.



Talía removió los pies en el agua fresca, sentada en el borde de la piscina. Ignoraba cuánto rato llevaba ahí. Apenas había sentido el agua llevarse la suciedad y los pétalos marchitos; ni recordaba haberse puesto esa túnica limpia, de un violeta tan profundo que parecía añil. No tenía ojos para las ondulaciones líquidas que se reflejaban en la bóveda de piedra, ni olfato para los jabones. Por más gárgaras que hiciera, el hedor nauseabundo de la matanza seguía incrustado en sus vías respiratorias.

La *cosa* dentro de ella se revolcaba, pesada y somnolienta, como un bicho al que hubiesen cebado antes de darle la oportunidad de salir a cazar. Así se sentía: saciada y a la vez increíblemente insatisfecha.

Había caminado sobre un mar de muertos durante una situación tensa y volátil sin perder el control, superando con éxito arrollador una prueba que, hacía tan solo unos meses, se le habría antojado imposible. Debería haberse sentido imparable, eufórica.

No era así.

Salazar se había encerrado en la sala contigua, la del agua caliente, pero no se oía ni un chapoteo. Tal vez se hubiera ido hacía rato, tan en silencio como habían llegado.

Quería ir con él y, al mismo tiempo, no se atrevía. Tenía miedo de la rabia helada que la recorría, tan turbulenta que hasta los dedos le temblaban mientras se cepillaba el mismo mechón de pelo una vez,

y otra, y otra. Como si así pudiera desenredar también sus pensamientos.

El nigromante había estado dispuesto a desprenderse de ella, y eso la corroía más incluso que las acusaciones de Baalak. El krampo podía mentir, pero ¿Salazar? Su actitud hablaba por él, alto y claro. Había visto con sus propios ojos el rictus agrio de su boca mientras la dejaba en la araña para irse con los muertos; su rabia al rematarlos; la indolencia con que los desmembraba y rapiñaba mientras le lanzaba miradas torvas por encima del hombro.

E incluso cuando se atrevió a caminar entre la putridez, arriesgándose a un desastre solo para defenderlo ante los krampos, él había parecido resignado a... dejar que se fuera. Sin pelear lo más mínimo por ella.

Como si, en el fondo, deseara quitársela de encima.

Después de todo lo que había pasado entre ellos.

Arrojó el cepillo lejos de sí. De sus flores escapó un siseo, como si su cabeza estuviese liberando vapor para no quebrarse por la presión.

Harta de estar ahí como un pasmarote, se levantó y salió a la estrecha galería que comunicaba las distintas termas. Al pasar junto a la entrada de la piscina caliente, se detuvo, sorprendida de ver que el nigromante aún seguía allí.

Estaba sentado en un rincón, donde un banco de piedra recorría el muro en forma de U. Solo llevaba una toalla enrollada en la cintura. Sus collares y anillos yacían desperdigados por el banco. Tenía los codos apoyados en los muslos y la mirada perdida entre sus pies descalzos, y no se movía, salvo por una de sus piernas, que rebotaba con un temblequeo incesante. Su pelo a medio secar ya estaba ondulándose en sus característicos mechones alborotados.

Debía de llevar un buen rato así, tan inmerso en sus rumiaciones que probablemente hubiese perdido toda noción del tiempo.

Ni la rabia ni el orgullo pudieron con la necesidad de llegar hasta él y tratar de *entender*.

Entró sin hacer ruido y se sentó en el extremo opuesto del banco, frente a él. Salazar no apartó la vista del espacio entre sus pies. Su palidez había tomado un tinte amarillento. Le daba vueltas sin cesar a un anillo de plata en su dedo corazón, el único que no se había quitado. En su sello había grabada una S, la inicial de su apellido.

Era el anillo de su familia.

—Sigues aquí —dijo él, en tono hueco.

La joven notó cómo los labios se le oscurecían con un nuevo latigazo de rabia.

—Ignoraba que había un límite de tiempo para estar en las termas.

—No hablo de eso y lo sabes. —El brujo siguió girando el anillo en su dedo, tan rápido y fuerte que la falange le crujió.

Ella no dijo nada.

—¿Qué haces ahí, en lugar de empacando tus cosas mientras exiges que te devuelva a tu hogar de una santa vez? —Salazar tensó y destensó la mandíbula, como si tuviera atascado algo amargo e intragable entre las muelas—. ¿Por qué no estás aterrada?

—¿Debería? ¿Ese era tu plan? ¿Asustar a la simplona de la princesita para quitártela de encima sin tener que echarla abiertamente?

—Nunca te he tenido por simplona...

—¿Por eso rehuías mis caricias estos últimos días? —lo interrumpió ella—. ¿Ya entonces habías decidido deshacerte de mí? Me rendí a ti en el pabellón, rapiñaste la parte de mí que te interesaba, y ahora descartas el resto, como basura. ¿Es eso?

Los hombros del nigromante se tensaron, marcándole los tendones del cuello.

—No, Talía. Jamás se me ocurriría algo así...

—Tomé la mano de Baalak solo para ver si hablabas en serio. Y no... hiciste... nada. —Sus colmillos asomaron mientras siseaba cada palabra—. Habrías dejado que me fuese con él sin dudarlo, sin presentar la más mínima resistencia.

—Descuida, si el cabrón hubiese intentado llevarte a la fuerza, le habría arrancado la cabeza —rezongó el brujo. Después añadió con menos fuerza—. Pero, si de verdad hubieras querido irte con él...

—¡Yo no deseaba nada de eso! ¿Cuándo te he dado indicios de querer marcharme? —Ella se levantó de golpe con los puños apretados y un temblor en el labio—. ¡Tú eres el que quiere deshacerse de mí! ¿Por qué confundirme entonces con juegos crueles? Me he criado en una corte feérica, Salazar. ¿Creías que no me olería que tramabas algo raro? ¿Que no notaría los cambios en tu comportamiento? Ya he pasado por esto demasiadas veces. —Esbozó una sonrisa sardónica mientras el dolor le empapaba cada palabra—. Soy Flordemuerte. Quizá no sepa de muchas cosas, pero en encajar rechazos soy una experta. Ahórrame los jueguecitos mentales, te lo imploro. Si tantas ganas tienes de perderme de vista, simplemente dímelo y me iré, y no volverás a verme.

Salazar la miró con cara de perro apaleado, como si necesitara desesperadamente decir algo, pero la vergüenza lo estuviera devorando por dentro.

—Te juro por mi vida que es lo último que deseo.

—Entonces, ¿por qué...?

Él se pellizcó el puente de la nariz y, por fin, se rindió con un suspiro.

—Tu hermana. Me dio a entender, a su manera tan «simpática», que lo nuestro se basaba en mentiras porque nunca te había mostrado mi verdadera cara. Ya habías sufrido engaños y decepciones de sobra, y lo último que necesitabas era que llegase yo y rematase la faena. Por eso me dijo que, si no tenía valor de enseñarte mis pecados, me retirase antes de que esto fuera a más.

Talía se tragó una sarta de improperios y elevó los ojos a la bóveda que se abría sobre ellos. Por supuesto que su hermana había intentado embrollarle las ideas al brujo en su celo por protegerla. Como si ella fuese aún esa niña recién llegada a la corte, frágil y confusa cual polluelo soltado entre los zorros. Y, conociendo a Jara, se habría pasado la cena estudiando a Salazar en busca de puntos débiles que explotar más tarde, en uno de sus interrogatorios no-tan-amistosos.

¿Dónde lo habría herido más? ¿En el orgullo, en la vergüenza, en el miedo, en su concepto de la justicia, en un sentimiento retorcido de la responsabilidad? Quizá en todos. Cuando se trataba de proteger a los suyos o poner a alguien en su sitio, Jara podía cortar tan profundo como sus hermanas mayores, y hacía incluso más daño porque solía acercarse mucho a la verdad.

—Así que no se te ocurrió nada mejor que llevarme a un sitio que, a tu parecer, me aterraría, y ponerte a descuartizar cadáveres mientras me echabas miradas de energúmeno.

—Que me jodan, Talía; creía que era la opción más brutalmente honesta.

—¡¿Y tu sentido de la honestidad conlleva dejarte caer sobre tu propia espada de la forma más estrambótica posible y esperar que yo huya despavorida?!

Él desvió la mirada.

—Merecías saber la verdad sobre mí.

—Ya sabía lo que eras, Carroñero. —Hizo hincapié en el nombre.

—Pero ahora lo has comprobado por ti misma. Has visto el mundo espantoso al que pertenezco, tan distinto de tu reino de esplendor. Me alimento de desolación, prospero gracias a la miseria de otros —replicó él, ronco—. Y, para rematar la gracia, también has oído al krampo de los cojones. Ya lo sabes todo. Así que vuelvo a preguntártelo: ¿por qué sigues aquí?

Una nueva oleada de malestar le aflojó los miembros y la obligó a sentarse otra vez en el banco. Lo miró, incrédula.

—Baalak hablaba movido por el despecho. Quería sembrar discordia. ¿Por qué iba yo a creer nada de lo que dijera...?

Cuando la expresión atormentada del brujo se endureció todavía más, sintió que la sangre se le iba de las venas.

—¿Salazar? ¿Quieres explicarme...?

—No hay nada que explicar. Es la pura verdad. Por eso soy el único que queda de los Salazar de Montefierro. Maté a mis padres y a mis cuatro hermanos, Talía. Los maté a todos y a unos cuantos más. —Bajó la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada—. Y después les hice algo aún peor.

Su pulso se disparó. Le entró un frío repentino, infectado de pánico, y la sensación de que el suelo desaparecía bajo sus pies fue la misma que en aquella cita con Baalak, cuando a él se le resbaló la máscara y toda sensación de seguridad se vino abajo, como la ilusión que era.

«No puede ser. ¿Por qué haría Salazar algo así? No tiene ningún sentido».

—Y eso... ¿pensabas mencionármelo en algún momento, o era ya pedir mucha honestidad?

—Si no me echabas la cruz con lo del campo de muertos, imagino que contarte eso habría sido la siguiente prueba..., si conseguía

reunir el valor. Quiero pensar que habría sido capaz. —Él torció el gesto con ironía—. Desde luego, lo que no esperaba era que te enterases por boca de ese hideputa. No sé ni cómo coño se ha enterado. Parece que dejé una huella más grande de lo que creía en mi tierra natal.

Talía lo observó en silencio durante un largo rato. Tal vez su corazón idiota la estuviese engañando, pero no lograba ver al monstruo; solo a un hombre desvestido y encorvado por el peso de su aflicción.

Había percibido la nostalgia desgarrada en sus ojos cuando hablaba de su vida anterior y sus sonrisas al acordarse de su familia. Salazar los había adorado, y ese amor aún lo llevaba dentro, clavado entre las costillas como un puñal que ni podía ni quería sacarse. Eso, la mestiza lo sabía. Lo reconocía porque ella también acarreaba sus propios cuchillos hincados en el alma, y lo que ambos sangraban tenía un sabor muy parecido.

No huiría de él. Aún no. Si su brujo pretendía espantarla, necesitaría más que eso.

Se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasó, Salazar?

Él la miró como si hubiera perdido el juicio.

«Vamos. Ya que has destapado ese pozo negro, no se te ocurra cerrarlo. Vuélcame encima todo lo feo que tengas. Reviéntame en tantos pedazos que me lleve una vida entera recomponerlos; solo así podrías arrancarme de ti».

Salazar exhaló por la nariz. Siguió dándole vueltas al anillo, hasta que reunió el coraje para empezar, en un tono extrañamente distante.

—Tenía diecisiete años cuando hubo un brote de peste en mi tierra. Llegó a la ciudadela de Montefierro, donde nosotros vivíamos,

y se extendió muy deprisa, llevándose a campesinos y señores por igual. Cuando aparecieron los primeros síntomas en nuestra casa, nos pusieron en cuarentena, como suele hacerse en estos casos, y se colocaron las correspondientes protecciones sagradas en cada puerta, ventana y chimenea de la casa. Se supone que ahuyentan a las entidades malignas que se alimentan de la miseria, y también sirven, en teoría, como amuleto de plegaria para que Dios se apiade de los habitantes de la casa.

Inhaló bruscamente y se frotó la nariz con el pulgar.

—Solo las familias más pudientes podían permitirse protecciones de plata buena, bendecidas por los más poderosos del clero. Las de los Salazar, como buenos protegidos del señor de Montefierro, eran muy muy potentes. Para el humano común son inofensivas, pero para mí... —Meneó la cabeza—. Aunque hubiera intentado escaparme, no habría podido cruzar ni una ventana sin que los ojos se me derritieran en las cuencas. Lucio estaba fuera cuando la plaga entró en la ciudadela. Cuando se enteró, vino corriendo, pero se encontró con que no podía ni acercarse a la casa.

Se le escapó una risita irónica.

—Puta la gracia, ¿no? Ponen esas protecciones precisamente para evitar que las criaturas nocivas entren a ponerse moradas con los enfermos, pero, en este caso, el engendro ya estaba dentro. Encerraron a mi familia... conmigo.

Hizo una pausa. No había levantado la vista de sus manos ni una sola vez desde que comenzase la narración.

—La peste me pasó a través como si nada. Apenas me duró unos días y luego me quedé como nuevo, sin secuelas. Fui el primero en recuperarme. De hecho, cuanto más enfermaban ellos, más fuerte me sentía, y no entendía por qué. Tampoco perdí el tiempo cuestionando mi suerte, y menos cuando esta me permitía volcarme

en cuidar del resto. —Torció la boca, jugueteando con su anillo—. Por aquel entonces, ni yo ni Lucio sospechábamos que entre mis muchos «dones» se contaba también uno, inusual hasta para un nigromante, que otros más entendidos llaman «nosofagia»: la capacidad de chupar fuerza de las enfermedades ajenas.

Su voz se cargó de desprecio.

—Sin darme cuenta, me estaba alimentando del deterioro de mis seres queridos y, en el proceso, acelerándolo. De no ser por mí, habrían tenido una oportunidad de sobrevivir al brote. Pero tuvieron que pasar el encierro conmigo. Con este parásito que terminó de matarlos.

«Pocas cosas hay tan impredecibles y peligrosas como un hijo del Desgarro que desconoce el alcance de su poder», había dicho Salazar, tiempo atrás, sin que ella supiera hasta qué punto hablaba de sí mismo. Con razón había insistido tanto en ayudarla.

—Los cuidé como mejor podía, tirando de cuanto había aprendido del oficio de mi padre. Él estaba demasiado enfermo para guiarme. Tenía los dedos gangrenados y la garganta se le puso... Las bubas...

Se interrumpió y negó para sí, cerrando los ojos, como si así pudiera bloquear las imágenes más dolorosas.

—Estoy seguro de que los vecinos escuchaban nuestros lamentos en sus casas. Nosotros también oíamos los suyos, pero nadie podía hacer nada, solo... tratar de salir vivos de aquella. Mi padre murió el primero. Después, mi hermana mayor, seguida de mi madre; luego mi hermano, el primogénito, y su mujer, recién casados que estaban los pobres... —Su voz se volvió monocorde conforme se abstraía en los recuerdos—. A todos los amortajaba conforme caían y los llevaba al sótano, para preservarlos en el fresco hasta que acabase la cuarentena y pudiesen recibir digna sepultura.

»Cosa curiosa, ninguno se descomponía, por muchas noches que pasaran. Lo atribuí al frío que se había apoderado de la casa. Allá donde fuese, el aire estaba helado.

Talía escuchaba con las manos entrelazadas en el regazo y el corazón encogido. No intervenía, ni siquiera durante las largas pausas que Salazar hacía entre los fragmentos de su historia, buscando las palabras.

—Recuerdo que la nariz me sangraba cada dos por tres y me dolía la cabeza a reventar. Todo me dolía, pero no hacía caso; al menos yo podía moverme, podía cuidar de ellos. Y lo hice, día y noche. Pero no servía de nada; uno tras otro, ellos caían, sus lamentos se apagaban, y era como si cada uno se llevara consigo otro pedacito de la luz del mundo. Hasta que un día me encontré dando tumbos a oscuras camino del sótano, con mi última hermanita amortajada en los brazos, y las paredes... se apretaban contra mí y no podía respirar. —Su pronunciada nuez botó al tragar saliva—. Era como si la casa se estuviera replegando sobre sí misma conmigo dentro. Llegué al sótano, donde tumbé a mi hermana con el resto de mi familia. Y el silencio...

De pronto, parecía desorientado, a caballo entre el pasado y el presente.

—El silencio de todos esos cuerpos era una losa apretándome el cerebro..., y llegó un momento en que, de tanto apretar..., algo me crujió dentro. —Se tocó la sien—. Me rompí.

El agua de las termas susurraba, pintando reflejos en las paredes y en el costado de Salazar; en esa pierna que seguía rebotando mientras él se arrancaba las frases de dentro.

—No sé cómo pasó exactamente. Esa época es un borrón en mi memoria. Recuerdo que tenía la pechera roja de tanto que me sangraba la nariz. Y la sensación de que era una araña bajo la bota

del mundo, sacudiendo las patitas mientras me aplastaban, y todo lo que me latía dentro del pellejo quería salirse para afuera. El cerebro me hervía y chillaba y crujía, y... —Bajó la cabeza todavía más—. Y entonces... todos ellos se levantaron. Y a mí dejó de dolerme tanto.

Horrorizada, Talía se cubrió la boca, pero él estaba demasiado ensimismado como para acusar la reacción.

—Se fueron escaleras arriba como si nada, con las mortajas arrastrando por detrás, y yo pensé: «Claro, por eso no se echaban a perder. No estaban muertos, sino dormidos, pasando la enfermedad». Y sentí alivio. O eso creo. La cabeza no me funcionaba bien. Estaba teniendo lo que Lucio llamaría más adelante una «psicorragia».

—¿Psicorragia? —se atrevió a susurrar ella.

—Es un derrame descontrolado de tu energía psíquica, casi siempre a causa de emociones tan intensas como para fracturarte la mente —explicó él, sin mirarla—. Cuando un brujo sufre una, normalmente hay temblores, los objetos levitan, los cristales revientan... Asusta, pero no es gran cosa. Claro que yo no soy un brujo cualquiera. Joder, ni siquiera soy un nigromante al uso. Cuando alguien como yo tiene una psicorragia...

—Tú eres una fuerza de la naturaleza —coincidió ella, en voz queda.

—Una ruina andante, más bien. —El fantasma de una sonrisita amarga tensó la boca de Salazar—. Como sea, el diablo quiso que entonces me tocase a mí. De hecho, muy probablemente llevara semanas sangrando nigromancia bruta sin saberlo. Estaba tan destrozado que no me di cuenta de que mis pasiones habían escapado de mi control.

Su mirada se perdió en las losetas entre ellos.

—Necesitaba que se quedaran conmigo, como fuera. Necesitaba que siguieran vivos, que siguieran siendo ellos, con sus bromas y sus abrazos y sus sueños y... —Soltó un suspiro tembloroso que le hundió todavía más la postura—. Lo deseaba con una rabia loca que escapaba a toda razón. Y, como ignoraba que tenía poder de sobra para hacer que pasase, nunca tomé medidas para controlarme. Así que... pasó.

Negó para sí, apoyando la frente en una mano.

—En mi delirio, no fui capaz de ver lo que sucedía en realidad. Mi mente no habría podido asimilarlo. Aquello se convirtió rápidamente en una de esas pesadillas horribles donde tus seres queridos vuelven a la vida, pero se comportan como si ya no fueran ellos. Pero lo eran; eso es lo peor. Y estaban sufriendo.

»Mi hermano el mayor, que en vida no se callaba ni debajo del agua, iba de acá para allá farfullando: "Quiero salir, quiero salir". Mis hermanas intentaban abrir la puerta de la calle, pero, cada vez que rozaban los amuletos del cerrojo, berreaban como bestias y se apartaban con las manos echando un humo que olía a carroña quemada. Mi padre se metió en la alcoba y allí se quedó, de pie en la penumbra, mirando al lecho donde había "fallecido", como si recordara que algo había pasado ahí, pero no el qué.

»Mi madre era la que más recuperada parecía. Como todos, estaba gris y gangrenosa y las pupas no se le curaban, pero varias veces al día me preparaba un plato con lo que quedaba en la despensa y se sentaba conmigo mientras yo comía. Vi que no llevaba su rosario ni sus medallas y, cuando le pregunté por qué se los había quitado, empezó a hacer un ruido espantoso, como de animal moribundo, y no paró hasta que la acosté.

»Achaqué esos comportamientos tan raros a las secuelas de la enfermedad. No comían. No dormían. Deambulaban por la casa,

nerviosos y desorientados, y, en cuanto me veían, empezaban a perseguirme, gimiendo como almas en pena. "No quiero estar aquí. Tengo frío. Duele. Me ahogo. Ayúdame. Tengo que salir". De ahí no los sacabas. Y yo, medio ido, venga a limpiarme la sangre de la nariz, venga a decirles que pronto se acabaría la cuarentena, que entonces saldríamos y podrían ver a sus amigos e ir a las misas y a la verbena...

A Salazar le falló la voz. Se cubrió los ojos con un brusco golpe de su palma temblorosa. Respiró hondo y, cuando por fin se recompuso, apoyó las manos en los muslos, encorvado.

—No sé cuántos días duró aquello. Una madrugada oí un golpe y me desperté con el corazón en la boca. Me los encontré a todos alrededor de la cama, mirándome a oscuras, como criaturas nocturnas. El dormitorio hedía a muerto. Los golpes eran mi madre, dándose cabezazos contra la pared, como si algo dentro de ella necesitara partirle la crisma para escaparse por la brecha. Corrí a detenerla, y entonces ella se volvió hacia mí, haciendo esos ruidos de bestia moribunda. Me agarró por los hombros. Tenía las manos negras, heladas. Se había abierto una brecha en la frente, pero no le sangraba. Lloraba, pero no le salían lágrimas. Empezó a acariciarme la cara... —Se palpó la mejilla con aire ausente—. Me dijo: «Siempre te he querido, fueras lo que fueras. Eres mi niño y no quiero dejarte solo. Pero no podemos soportarlo más. Déjanos ir».

»La cordura me volvió así, de golpe, como un campanazo. Comprendí que estaba muerta. Todos lo estaban. Era yo quien había mantenido intactos sus cuerpos... con sus almas atrapadas dentro. —La voz se le quebró de horror, de incredulidad, de culpa—. Sus almas, Talía. Lo más sagrado de la Creación, su esencia más pura, y yo... los atrapé como pajarillos en las carcasas medio podridas de lo que un día fueron...

Talía se rodeó con los brazos, ligeramente mareada.

—Dioses...

Por fin entendía la reacción distante de Salazar cuando ella, en su primera clase, le había preguntado si podía hablar con los muertos. Se maldijo por haberlo tocado en un punto tan doloroso sin saberlo.

—Durante más de una semana los tuve así, atrapados en un infierno de mi propia fabricación. Atados a la voluntad del monstruo al que habían vestido, bañado, alimentado y querido durante...

El brujo se apretó un puño tembloroso contra la boca.

—Deshacer aquella aberración fue más fácil de lo que esperaba... y también lo más difícil que he hecho nunca. Fue como cortar un montón de cuerdas e ir soltándolas. Y ellos caían como fardos a mi alrededor, uno tras otro. Los dejé morir de verdad. Merecían volar libres, bien lejos de mí y de este mundo de mierda.

Durante un momento, solo se oyeron los ecos del agua.

—Cuando acabó la cuarentena y los vecinos abrieron mi casa para ver cómo andábamos, se encontraron al hijo rarito de los Salazar sentado en el suelo, rodeado por los cadáveres de toda su familia. Sano y sin mácula, como si la plaga ni me hubiera rozado..., de no ser porque el pelo se me había puesto blanco y tenía la pechera ensangrentada hasta el ombligo. Y las manos y la boca llenas de ampollas, de tanto rogar agarrado al rosario de mi madre, en mi desesperación.

Se encogió de hombros.

—Naturalmente, intentaron matarme. No me habría resistido. Pero Lucio andaba al acecho: en cuanto vio la casa abierta, entró a buscarme y... no recuerdo bien el resto. Solo sé que hubo caos, gritos, testarazos, muchos rezos en la lengua vetusta. Lucio se jugó la vida, pero me sacó de allí antes de que pudieran clavarme la primera estaca bendecida en el pecho. —Sacudió una mano—. El

resto te lo puedes imaginar. Durante un tiempo, me resistí. Estaba en guerra con el mundo y conmigo mismo. Me odiaba por seguir vivo después de lo que había hecho, pero ya entonces era demasiado cobarde, o desalmado, para suicidarme.

—Ellos no habrían querido eso. Incluso en su peor momento, tu madre te dijo que te quería.

Salazar tardó un largo rato en responder. Se le habían enrojecido los ojos, pero no llegaba a derramar una sola lágrima; como si, después de años reprimiéndolas, se le hubieran secado dentro.

—Quizá fue eso lo que me mantuvo vivo. Eso, y que Lucio se habría puesto triste por perderme. O habría pegado un reventón del enfado. Probablemente lo segundo. —No había rastro de humor en su tono—. Así que seguí luchando por sobrevivir, día tras día, año tras año. Migré de un lado a otro, saqueé, maté hasta perder la cuenta, vadeé las fosas y los campos de batalla. Tuve encontronazos con otros brujos, y de todos aprendí, en especial de los que intentaban matarme y no vivían para contarlo.

»Con el tiempo, acepté mi lote en la vida y, ruin como soy, supongo que llegado a cierto punto empecé a pillarle el gusto. Uno no puede renegar de su naturaleza eternamente. Pero siempre me pregunto cómo habrían sido las cosas...

Se frotó los dedos, pensativo, como intentando limpiarse unas manchas que solo él pudiese ver.

—Si hubieran sacrificado al niño maldito en cuanto comenzaron las señales, quizá seguirían vivos.

—No digas eso...

—Podrían haber sobrevivido a la plaga, ¿quién me dice que no? Mis hermanos ya estarían todos casados, con niños. Quizá mis padres habrían llegado a viejos. Seguiría habiendo bailes y música

en la plazoleta... —La voz volvió a fallarle—. Ellos hacían de este mundo un lugar un poco más hermoso. Y yo lo destruí todo.

Esa visión alternativa era demasiado perfecta para ser real. Hasta ella lo veía.

—Salazar —se dispuso a hablar con tanta gentileza como pudo—, por lo poco que sé del tema, no muchos sobreviven a una peste como la que describes. Quizá te estés echando más culpa de la que...

Él negó con más fuerza y ella insistió con voz débil.

—Fue un accidente. Estabas atrapado, roto de dolor, desesperado por aferrarte a lo que más querías mientras tu mundo se desmoronaba a tu alrededor. Jamás habrías hecho algo así a propósito. Prueba de ello es que los liberaste en cuanto te diste cuenta...

—¿Y qué cambia eso? Nada —la cortó él, con la mirada tan hueca como su tono—. No intentes consolarme, Talía. Están todos muertos y no volverán. Eso es lo que ocurrió, y esto es lo que soy: la moraleja viviente de lo que pasa cuando, por amor, te compadeces de un monstruo. Puedo contarme todas las historias que quiera y venirme arriba con mis propios dones, pero, al final del día, solo soy otro bicho del Desgarro. Una necrosis andante que solo sirve para dispensar muerte y espanto.

Por fin, se atrevió a alzar el rostro hacia ella.

—Y a alguien como tú no se le ha perdido nada conmigo.

Tras aguantarle la mirada durante lo que pareció una eternidad, la princesa soltó un ronquidito burlón por la nariz.

—¿Alguien como *yo*? Ay, Salazar... —Tragó saliva—. Yo... también debería contarte algo.

Y comenzó a destaparse la más fea de sus cicatrices, arrancándose una capa tras otra, cada una más tortuosa que la

anterior. Le habló de Juana y Beatriz. De cuando se conocieron, de la tierna hermandad que compartían, de cómo se había jurado protegerlas y darles una buena vida a su lado.

Intrigado, Salazar apoyó los codos en los muslos y la boca en sus nudillos entrelazados. Escuchaba sin intervenir, tan respetuoso con su narración como ella había sido con él, y una compasión pesarosa le suavizó el talante cuando Talía, entrecortándose, llegó a la parte de la discusión, del jabato muerto, de los frutos..., del regalo envenenado con el que los condenó a todos sin saberlo.

Su voz era un tremor sobrecogido mientras describía los últimos momentos de sus amigas. Cada vez que, contra todo sentido de la supervivencia, desenterraba esos recuerdos, estos la atacaban con un dolor que no por viejo era menos insidioso. Las imágenes, frescas como el primer día, le corrían por la mente como bestias desatadas, con los dientes manchados de rojo, rojo, rojo.

—Y así es como descubrí que mis frutos hacían honor a mi maldito nombre.

—Por eso insististe tanto en que no probásemos nada de tu jardín —murmuró Salazar, lóbrego.

Ella asintió, tiritando. Se había quedado tan fría que hasta el banco de piedra le parecía templado al contacto.

—Sí. Y por eso reviso cada nuevo añadido hasta la extenuación, aunque en el fondo sepa que no he engendrado fruto alguno. Solo para estar segura de que no la he conjurado. Porque eso es lo que trajo la primera cosecha de esta dríade maldita: la muerte de dos inocentes que, para empezar, nunca pidieron estar con ella.

—No podías saber que... —se lanzó a replicar el brujo, y se cortó al ver la sonrisita irónica que ella le devolvió.

—Como tú bien has dicho antes, mi intención no importa. Lo hecho, hecho está. Nunca volveré a oír sus risas ni sabré la clase de

mujeres en las que se habrían convertido. —Se limpió el goteo de la nariz con el dorso de la mano—. Quemaron sus cuerpos para borrar todo rastro de ellas y de la ponzoña en su interior, y esparcieron las cenizas allende el Velo. De ellas no me quedó ni una sepultura en la que penar.

»En palacio no volvió a hablarse de ellas. Mencionarlas implicaba sacar el tema de lo que yo les había hecho, y no se podía hablar de las cosas que Flordemuerte era capaz de hacer, al menos en voz alta. Pero el rumor de que yo era venenosa se extendió igualmente. Peor aún, hasta llegó a decirse que había envenenado adrede a mis propias doncellas, en represalia por haberme llevado la contraria. ¿Y sabes lo que me duele todavía más? Que, muy probablemente, ellas murieron pensando lo mismo.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Intentó limpiárselas a manotazos. No quería llorar. No se sentía con derecho, cuando las auténticas víctimas habían sido Juana y Beatriz.

—Nadie que te conociera se creería eso —dijo el brujo.

Ella lo cortó con un gesto y cerró los ojos, respirando hondo para sosegar su llanto. Una vez que se recompuso, zanjó el tema en tono apagado:

—Así que ya lo sabes. No deberías ponerme en ningún pedestal, ni creer que me asusto fácilmente. Diez campos de muertos no podrían aterrarme más de lo que me aterro yo misma.

Una pesada tristeza hundió los rasgos del brujo.

Talía se levantó y recorrió la distancia que los separaba.

—¿Lo entiendes ahora? Si tú eres un monstruo, entonces yo también lo soy.

Cuando se agachó frente a él, Salazar apartó el rostro, cual vampiro avergonzado que rehuyera la luz. A ella no le importó. No necesitaba que la encarase, sino que escuchara.

—Pero eso no es lo que veo cuando te miro. Tú eres bueno, Salazar.

Él negó.

—Sí, lo eres. Escúchame —insistió ella, firme, aunque le temblase la voz, y lo agarró por los brazos—. Si por ti hubiera sido, jamás habrías hecho daño a nadie, igual que yo. Pero vivimos en un mundo de guerras y engendros y dioses crueles. Lo que a unos les da la vida a otros se la quita, y el escorpión a veces pica para sobrevivir y otras sin querer. Y nosotros no lo pedimos, como tampoco pedimos nacer, pero el destino nos engendró y nos soltó en la Creación, con este veneno y estos aguijones, y el resto tuvimos que aprenderlo por nosotros mismos.

Él cerró los ojos con fuerza. Sus pestañas oscuras brillaban, húmedas.

—Pero lo hecho está hecho. Y serás lo que seas, pero en ti hay belleza, Salazar. Una belleza tan inmensa que se te escapa en todo lo que haces. En la perfección de tus criaturas. En la generosidad y la paciencia que le mostraste a esta hija del Desgarro. En la sonrisa plácida que se te pone cuando acaricias a tus gatos y el remordimiento que te asoma a los ojos cuando has de castigar a tus duendes. Todo en ti resplandece, mi nigromante; incluso tu ira y tu pena. ¿Y sabes por qué?

Le hundió los dedos en la melena alborotada y tironeó con suavidad. Ni siquiera entonces él se atrevió a mirarla: se cubrió el rostro con una mano temblorosa.

—Porque todas nacen del amor. Tú amas todo lo bueno, justo y bello de estos mundos, y no soportas ver que nada ni nadie lo destruye.

Los hombros desnudos de Salazar convulsionaron, y Talía sintió que su corazón se derramaba.

—Y tú me consideraste digna de contemplar esa luz en tu interior. Así que escúchame y, lo más importante, créeme cuando te digo que te *veo*, y que estar aquí contigo no es para mí ninguna obligación o capricho necio: es un privilegio.

El tiempo pareció detenerse durante varios latidos.

Después, el brujo se abalanzó sobre ella.

Cayeron de rodillas al suelo. Él la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí con desesperación, enterrando la cara en el hueco de su cuello. Podía sentir sus uñas clavándosele en la espalda a través de la tela, pero a ella no le importó. Lo abrazó con la misma fuerza, acariciándole la nuca y el pelo, y él gimió por lo bajo de una forma que no le había oído nunca, como un animal moribundo.

«¿No es eso lo que somos todos? ¿Criaturas heridas?».

Incluso entonces, Salazar luchó por contenerse, pero al final acabó por desmoronarse contra ella, ahogando sus sollozos quedos contra su hombro.

¿Cuántas veces se habría permitido llorar a oscuras, cuando nadie miraba? ¿Durante cuánto tiempo había necesitado que lo abrazaran así, sabiendo toda su verdad?

Solo de pensarlo, las lágrimas de Talía regresaron.

Abrazados en ese refugio de roca y arrullos líquidos, los dos se permitieron sangrar en brazos del otro. En voz baja, sin moverse apenas. La suya era una pena vieja, cuyos aspavientos se habían agotado hacía tiempo. Solo les quedaban esas lágrimas mudas; los gemidos exhaustos de un animal que, cansado de huir y esconderse, sucumbe a sus heridas en el regazo de otro.

La espalda del brujo subía y bajaba, estremecida bajo las caricias lentas de la princesa. Después, poco a poco, él se desenganchó de ella y se frotó el rostro con una mano, sorbiendo. Parecía al borde del colapso.

—Mierda. Lo siento, Talía.

—Yo también siento no haberte contado antes lo de mis frutos —confesó ella, cabizbaja—. Tenía tanto miedo de que me repudiases, que...

El mohín irónico del brujo le arrancó una risita avergonzada.

—Por favor, Salazar, no vuelvas a jugar así con mi corazón.

—Esto no era ningún juego.

—Lo sé, pero duele igualmente. Como cuando me besaste, te asustaste y pusiste distancia de por medio. Lo odié, y te pedí que no volvieras a hacerlo. —Le tocó una rodilla desnuda—. Y esto ha sido más de lo mismo: te asustó no ser lo bastante bueno para mí y empezaste a enseñarme la puerta, en lugar de venir y hablarlo conmigo...

—¿Acudir a ti llorando y señalar a tu hermana como un mocoso escocido? Nunca. El orgullo no me lo permitía. No soportaba la idea de apelar a tu compasión.

—¿Qué hay de malo en que yo me compadezca de ti?

Salazar lo rumió un instante. Luego sacudió la cabeza, como si ni él mismo pudiera hallarle el sentido a su línea de pensamiento.

—Supongo que siempre he preferido resultar odioso antes que patético. —Exhaló por la nariz—. No sé, quería que lo vieras todo tal cual era. No me atrevía a hablarlo. Salí de la conversación con tu hermana sintiéndome tan bellaco y manipulador que pensé... pensé que, incluso si intentaba sincerarme contigo, mi deseo de retenerte me traicionaría y acabaría embelleciendo mi realidad de algún modo, para que no me vieras tan repugnante. Un engaño sobre otro engaño.

—Salazar...

—Pero un campo de matanza no miente. La verdadera naturaleza de uno tiende a salir en esos lugares. En especial las partes más

feas.

Talía suspiró.

—No eres tan feo como crees, mi nigromante.

Lo atrajo hacia sí, hasta que sus frentes se tocaron. Incluso de rodillas, él era más alto que ella, y tuvo que inclinarse un poco.

—¿Tú... tú me encuentras repulsiva, sabiendo ahora lo que sabes?

—En absoluto. ¿Y tú a mí?

Ella negó. Le masajeó la nuca con los dedos, absorta en la suavidad de su melena y el calor de su cuero cabelludo.

—Necesitas descansar —le dijo, aunque ella estaba tan exhausta como él—. Vamos al castillo. Te sentará bien cenar.

—No tengo hambre. Solo quiero... dormir.

Con movimientos algo torpes, él rescató los anillos desperdigados por el banco de piedra y se los puso. Rebuscó entre la ropa revuelta, farfullando algo sobre sus collares. Talía los atisbó asomando bajo una túnica limpia, los cogió y se los ofreció. El talante de Salazar se suavizó al mirarla e inclinó la cabeza, invitándola a ponérselos ella misma.

Algo en ese gesto le provocó una oleada de calor en el estómago. Era una señal de respeto, una especie de rendición. Cuando le colocó los collares, se sintió como una reina poniéndole la armadura a su rey.

—Venga, vístete. Hoy seré yo quien te acompañe hasta tu puerta —dijo, y se giró para respetar su privacidad, aunque él no se lo hubiera pedido.

Tras varios susurros de telas, Salazar apareció a su lado, calzado y vestido con una túnica sencilla. Macilento y con los hombros hundidos, habría parecido un muerto viviente de no ser por la emoción intensa con la que la miraba, como el condenado a muerte al que ofrecen misericordia sin él esperarlo.

De vuelta en el castillo, los duendes les salieron al encuentro, curiosos al verlos pasar de largo la puerta de Talía y subir por la escalera de caracol hacia los aposentos del nigromante. Se detuvieron frente a una puerta de madera robusta, custodiada por dos esqueletos armados que se apartaron para permitirles el paso. La cerradura, a todas luces mágica, se abrió al tocarla Salazar.

—Dejadme la cena en la puerta y marchaos —ordenó a la marabunta de humarejos que los espiaba desde los rincones—. Que nadie me moleste hasta nuevo aviso.

Ahuyentados por la impaciencia oscura de su tono, estos se dispersaron, dejándolos solos en el pasillo en penumbra. Salazar abrió la puerta de su cuarto y una suave luz verdiazul se encendió dentro.

—Buenas noches, Salazar. —Talía se dio la vuelta para marcharse, pero la mano callosa del brujo se cerró en torno a la suya. Lo miró, sobresaltada. Seguía pegado al quicio de la puerta, mirando indeciso al interior, mientras el resplandor frío iluminaba su perfil aguileño.

—Quédate conmigo esta noche —murmuró con esfuerzo—. Por favor.

En su agarre había algo de ruego. De desesperación.

Tal vez, después de haber removido las turbias aguas de su memoria, temía los fantasmas que pudieran salir a rastras de ellas y asaltarlo mientras se lamía las heridas reabiertas, solo y pequeño en la oscuridad. Quizá se sentía tan desnudo que solo la cercanía de un amigo —o lo que fuese ella para él— podría arroparlo.

—Por supuesto.

Entraron juntos a los aposentos. Las luces procedían de tres calaveras con esferas de fuego feérico por ojos. Flotaban despacio por toda la habitación, abriendo y cerrando sus mandíbulas reforzadas con metal.

Era una estancia lujosa, como suponía que habría correspondido a un príncipe humano. Había arcones y una imponente cómoda, todo construido con los restos oscuros de lo que en su día había sido un recio nogal. Tapices deshilachados colgaban de las paredes para amortiguar el frío de la piedra. Cerca de una chimenea ya encendida, se alzaba una espléndida cama con cuatro postes y un pesado dosel de un verde profundo, a juego con el cobertor.

Sobre el cabecero del lecho, pegado a la pared, se abría un abanico de huesos. Más de ellos colgaban del techo del dosel. Aquello debía de ser el equivalente nigromántico de la gente que dormía con la espada bajo la almohada, solo que Salazar lo hacía con el armero completo y un poco más.

«Ni siquiera durmiendo se atreve a bajar la guardia», pensó ella. La conmovió que, aun así, Salazar le hubiese pedido pasar la noche con él. Debía de confiar en ella de verdad.

El brujo arrastró los pies hasta la cama y se dejó caer sentado en ella. Su cuerpo crujía más de lo habitual. Se descalzó y se desvistió hasta quedarse en camisa y calzas. Después, arrullado por Talía, se tumbó de costado y dejó que ella le quitase los collares: aunque le gustase llevarlos en presencia de sus duendes, con ella no era necesario.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, apartándole el pelo de la frente.

Él suspiró y atrapó con los dedos las puntas de su melena granate. Parecía todavía más consumido a la luz de las calaveras.

—Estar aquí, nada más. No quiero dormir solo esta noche.

Ella asintió y se subió a la cama. Salazar se echó atrás, haciéndole hueco, y tiró de ella suavemente hasta tumbarla a su lado. Después la rodeó por detrás con los brazos, estrechándola contra su pecho.

Un escalofrío de placer la recorrió al sentir cómo su cuerpo fuerte envolvía el suyo, más pequeño, y ambos encajaban a la perfección.

El lecho olía a jabón y a él. No al tufo de su oficio, sino a ese aroma que solo se podía percibir estando muy cerca del brujo, piel con piel, sin más separación de por medio que las finas telas de sus prendas. Olor a hombre de carne y hueso; real, vulnerable y lleno de cicatrices invisibles que a ella le había dado el privilegio de ver.

«Y, a cambio, yo mantendré las sombras lejos de ti. Durante el resto de mi vida, si me lo pidieras», pensó, sintiendo que todo su follaje se estremecía con aquel sentimiento.

Tal vez ella también hubiera perdido el juicio.

Que nadie intentara arreglárselo, entonces.

—Descansa, Salazar. No me moveré de aquí. Te lo prometo.

Él enterró la cara en las flores de su pelo e inhaló una larga bocanada de aire. Después lo exhaló en un suspiro agotado, que le acarició el lóbulo de la oreja.

—Pedro —susurró—. Me llamo Pedro.



El nigromante aún dormía cuando la princesa depositó la bandeja del desayuno en una mesita auxiliar de taracea. Después se sentó en el banco acolchado bajo el nicho de la ventana y apartó las pesadas cortinas con cuidado de no hacer ruido. Un rayo pálido de mediodía se coló entre ellas, cegándola por un instante.

Un susurro de sábanas y un gruñido largo la avisó de que Salazar acababa de despertar. Al alzar la vista, vio que el brujo se había dado la vuelta y la miraba con fijeza desde la cama, como si le supusiera un gran inconveniente que Talía no siguiera en ella.

Era una suposición probable. Durante toda la noche, Salazar había permanecido agarrado a ella de una forma u otra. Como si, aun dormido como una piedra, necesitara tenerla cerca. Se estremeció solo de recordar sus brazos rodeándola, el calor de su respiración pesada, los sinsentidos que murmuraba en sueños mientras sus dedos reptaban por la tela fina de su túnica.

Le había encantado dormir con su brujo, pero permanecer desvelada junto a él tenía también su encanto. Un encanto algo masoquista, debía reconocerlo. Sin embargo, puestos a elegir tormentos, sufrir sus caricias dormidas mientras ella se abrasaba lentamente por dentro era uno bastante... vivificante.

Aunque aún estuviera sufriendo las secuelas.

Se aclaró la garganta para distraerse del calor que le subía por el bajo vientre y señaló las rebanadas humeantes de pan con aceite

dispuestas en la bandeja. Las comidas en el Páramo eran mucho mejores que las de su niñez, pero bastante humildes en comparación con las de Bosqueterno. No obstante, Talía hallaba cierto placer en esa frugalidad. Saber que Salazar compartía con ella lo mejor que tenía, por poco que fuera, la hacía sentirse muy especial.

—Martín ha traído esto hace poco. Lo he dejado pasar para encender otra vez la chimenea, no fueras a enfriarte. Estabas tan dormido que ni te has enterado.

—Caí como un muerto.

—Ven, come algo.

El brujo se levantó de la cama y se estiró con una serie de crujidos. Su melena era un caos de cuernecillos canosos y la camisa colgaba de sus hombros lánguidos mientras arrastraba los pies hacia ella, frotándose el rostro. Se sentó frente a Talía en el banco y la observó un poco más, en silencio.

—Me agrada encontrarte todavía aquí —admitió por fin, rascándose la nuca con aire esquivo—. Daba por sentado que te habrías ido cuando yo despertara.

—¿Por qué, si me pediste que me quedara? Además, tienes una cama muy cómoda.

Salazar tomó una jarra de vino aguado de la bandeja y se la ofreció. Después de que ella tomara unos sorbos para aplacar la sed, bebió él. Hipnotizada, Talía contempló cómo su nuez botaba con cada trago. El cuello amplio de su camisa ofrecía una vista muy reveladora de la pendiente de sus hombros y las hondonadas en torno a sus clavículas.

«Céntrate, Talía».

Tomó una de las rebanadas con aceite y la mordió, porque necesitaba hincarle el diente a algo. No la ayudaba que Salazar

hubiera soltado la jarra y siguiera mirándola con ese interés que le erizaba los pétalos mientras daba cuenta de su propia rebanada.

Comieron en un silencio apacible, bañados por el haz del mediodía. Las calaveras centinelas flotaban por el dormitorio y, de vez en cuando, se acercaban a ellos. Talía le ofreció a una especialmente fisgona una última rebanada a medio comer, y ambos se rieron por lo bajo cuando el cráneo les dio la espalda y se alejó con la boca abierta, como si la simple idea del pan tostado lo indignase.

—Entonces... Pedro Salazar —dijo ella, tras bajar la comida con un sorbo de vino aguado.

Él asintió y apartó la vista, como si de pronto hubiese recordado cuánto había desnudado ante ella la noche anterior.

—Pedro Salazar de Montefierro, sí.

—¿Cómo debería llamarte ahora?

—Salazar está bien. Pedro, también, mientras seas solo tú quien me llame así.

Un rubor placentero se extendió por los pómulos de Talía.

—Me siento honrada.

De pronto, notó una caricia en el brazo que tenía apoyado en los cojines. Los dedos de Salazar se habían posado en una de las muchas vetas de su piel y recorrían la línea ondulante antebrazo arriba, hasta la cara interna del codo. El brujo siguió el camino con los ojos, ensimismado, mientras sus dedos planeaban sobre los pliegues de tela añil que cubrían el hombro de la princesa y aterrizaban en la curva de su cuello expuesto, repentinamente erizado.

Talía se volvió demasiado consciente del roce de su túnica sobre las cimas de sus pechos. Apretó los muslos entre sí, luchando por

mantener una respiración regular, cuando él empezó a juguetear con sus campanillas de doncella.

Tan tranquilo. Como si su simple contacto no estuviera haciendo estragos en ella.

—¿Sabes...? —murmuró él—. Podría acostumbrarme muy rápido a esto.

—¿Y eso es malo?

—Nunca he querido que nadie se quede a dormir conmigo, y menos en mi cama, pero a ti te lo pedí. Sabiendo eso, hazte una idea.

Los hombros de Talía se contonearon sin su permiso.

—Me halagas —ronroneó, y le quitó una miguita de pan de la comisura de sus labios con las puntas de los dedos.

Él la dejó, manso, y ella siguió acariciándolo por el simple placer de hacerlo, pues intuía que eso era de lo que su brujo tenía en realidad más hambre: de contacto. Cuando él entrecerró los ojos, como un felino satisfecho, Talía se fijó en las medias lunas oscuras que sus pestañas pintaban entre sus párpados, perpetuamente ensombrecidos, sin importar cuánto hubiera descansado.

—Imagino que te lo han dicho mucho, pero... eres muy guapo —comentó. No le veía sentido a guardárselo.

—¿Lo soy? —Ella asintió—. ¿Incluso después de lo de anoche?

Extrañada, Talía ladeó la cabeza, estudiando la expresión resguardada del brujo.

Entonces, comprendió. O eso creyó, al menos. El orgullo de Salazar seguía algo magullado, tras la noche anterior. Era un hombre celoso de sus secretos y más aún de sus debilidades. Desmoronarse así delante de alguien debía de haber sido una experiencia muy nueva para él. Probablemente, ella era la primera que lo había visto tan vulnerable y, si bien Salazar la había elegido para dormir y

despertarse junto a ella, no era de extrañar que aún se sintiera un poco avergonzado.

—Anoche me parecías igual de guapo. La luz del día no cambia nada.

Al brujo se le escapó un suspiro involuntario de alivio. La tensión en torno a sus ojos se suavizó, dotándolos de una cualidad tierna, como de cachorrito. Duró apenas un instante, pero Talía la vio, y una clase distinta de apetito se removió bajo su pecho. De pronto, la idea de ayudarlo a recomponerse se le antojó muy muy seductora.

—Bueno... —Se inclinó hacia él con un susurro de cojines—. Sí que resalta lo mucho que brilla la plata de tu melena. Y la línea tan afilada de tu mandíbula. Y la curva de tu nuez en ese cuello ancho y pálido. Me gusta cómo se te marca. Es muy... varonil.

La satisfizo notar un sutil ronroneo bajo la piel de esa misma garganta cuando ella la recorrió con la punta de un dedo. La ceja de Salazar se había enarcado de esa forma que ella encontraba tan peligrosamente irresistible.

—Princesa, ¿intentáis lisonjearme? —dijo, jugueteando todavía con sus flores de doncella.

Ella sonrió de medio lado. El trato de «vos» se les había quedado para la broma y el coqueteo, y eso le parecía exquisito.

—Solo digo la verdad, mi señor. —Detuvo los dedos entre sus clavículas y lo miró, pestañeando con fingida inocencia—. ¿Por qué? ¿Está funcionando?

—Demasiado bien, os lo advierto. Aquí donde me veis, soy un hombre vanidoso.

—Entonces os complacerá saber que aún tengo más alabanzas para vos. Como, por ejemplo, lo mucho que me fascina esta mata de vello que siempre os asoma por los cuellos de las camisas.

—Ah, ¿sí? —La voz de Salazar sonaba cada vez más ronca, aunque no se sabía si por los halagos de Talía o, más bien, por cómo cada comentario venía acompañado de más caricias.

—Sí. Me distrae siempre. Me recuerda el torso tan bien formado que ocultáis bajo todas esas capas de ropa pesada... —Se echó hacia delante y acarició su pecho con ambas manos, saboreando el calor de sus pectorales a través de la camisa—. Me encanta arrebujarme contra él mientras me cargáis en vuestros brazos fuertes, tan protectores conmigo como temibles con el machete.

Eso último pareció pillarlo desprevenido.

—El machete —repitió con un pícaro levantamiento de cejas.

—Bueno, espero que no os ofendáis si os confieso que vuestra destreza en la batalla me... —Se aclaró la garganta, consciente de que se había expuesto un poco de más—. Me inspira como pocas cosas lo han hecho nunca.

Una sonrisa maliciosa elevó una comisura en la boca del brujo.

—¿Te gusta verme matando lázaros?

—Solo cuando sé que no hay peligro para ti. Pero... sí, es un espectáculo digno de contemplar. Luchas como una bestia desatada. Contrasta tanto con lo... elegante y controlado que pareces el resto del tiempo.

—Controlado. Sí.

Dioses. ¿Acababa Salazar de morderse el labio?

—También me pierde verte alzar a tus entes. A veces hasta siento celos de ellos.

—¿Y eso?

Por un momento, solo se oyó el crepitar de la chimenea.

—Porque ellos pueden sentir tu magia palpitándoles dentro, haciéndolos y deshaciéndolos a tu antojo —confesó ella, en voz queda.

Los dedos de Salazar se detuvieron entre sus flores. Un brillo rapaz afiló su mirada, y el corazón de Talía dio un traspié. Una cálida sensación de vértigo inundó su vientre al reparar en cómo la visible erección del brujo empujaba a través de sus calzones.

—Talía... —susurró él, a medias un ruego y una advertencia.

Ella se echó hacia delante, apoyándole las manos en la abertura de la camisa. Cuando Salazar dejó caer los párpados y entreabrió los labios, lo besó despacio. Él emitió un ruidito quedo y la rodeó con los brazos, apretándola contra sí, de manera que Talía acabó a horcajadas sobre sus piernas con la túnica engurruñada a la altura de los muslos.

Su beso se tornó más profundo. Hambriento. La lengua caliente de Salazar tanteó sus labios y ella los separó con un suspiro, dejándolo entrar en su boca. Las manos del brujo recorrieron sus muslos expuestos, subieron por sus costados y se colaron por las amplias sisas de su túnica. El pulso de Talía se aceleró al sentir sus pulgares deslizarse por la curva lateral de sus pechos. Cuando una yema callosa le rozó un pezón, contuvo un jadeo y apretó las caderas por reflejo contra la erección de Salazar.

Él ronroneó ante su reacción y le pellizcó suavemente el pecho, arrancándole un hipido. Hizo lo mismo con el otro, besándole y lamiéndole las vetas del cuello, hasta que los pezones de Talía se convirtieron en guijarros entre sus dedos y el nicho se llenó con sus gemidos sofocados de placer y frustración.

—Salazar...

Dioses. Tenía que dejar de restregarse así contra la dureza de sus pantalones. Se los estaba empapando. Los pómulos le ardían solo de pensarlo.

Pero el pensar no le duró mucho, porque entonces el nigromante asió el hombro de su túnica y se lo bajó hasta el codo, revelando su

pecho erizado. Lo rodeó con una mano y, cuando Talía se enderezó con un respingo, aprovechó para izarla un poco y metérselo en la boca. La princesa susurró su nombre otra vez, y tuvo que morderse el labio para no exclamar cuando la otra mano de Salazar se zambulló bajo su falda y le acarició la brecha del sexo.

—Joder, estás chorreando. —Sonaba fascinado.

Por toda respuesta, ella se mordió los labios y se arqueó contra sus dedos. Los restos de su pudor, si es que le quedaba algo, se evaporaban por momentos. Nunca había sido así de osada con nadie, pues se exponía a que la rechazasen; pero con Salazar no le quedaba más remedio. Era imposible mantener la compostura cuando lo tenía así entre las piernas, erecto y a medio vestir; acariciándola con ese ansia reverencial.

No conforme con haberle sacado un pecho, su brujo intentó repetir el proceso con el otro, pero enseguida se dio cuenta, tras varios tironcitos frustrados, de que la tela de la túnica no daba más de sí.

—Quítate esto —gruñó—. Necesito verte desnuda por una vez.

Se lo pedía como si la Creación fuera a acabarse en el instante menos pensado y él necesitara atiborrarse de ella allí mismo, antes de ser catapultado al Más Allá.

Talía se irguió, y con una rodilla todavía apoyada en los cojines del banco, se puso en pie. Los ojos de Salazar se oscurecieron mientras la vigilaba, nublados por el hambre.

Con calculada parsimonia, se desató los lazos que mantenían la túnica en su sitio, se la sacó por la cabeza y la dejó caer en un charco de añil a sus pies. Salazar inhaló entre dientes y ella se forzó a mantenerse quieta mientras él se bebía cada secreto de su cuerpo revelado a la luz pálida del día. Notaba su atención hormiguearle en los pezones endurecidos; en las espirales que sus vetas trazaban

sobre su bajo vientre, aludiendo a las trompas de su útero; en el triángulo de vello granate entre sus muslos.

Talía reparó entonces en la mancha que su excitación le había dejado en los pantalones. Tragó saliva.

—Perdón. No era mi intención dejarte... eso...

Salazar bajó su atención indolente hacia el bulto de su entrepierna. Las disculpas se churruscaron en la lengua de Talía cuando él, como si nada, deslizó sus largos dedos por la humedad de la tela, se los llevó a la boca y los chupó, clavándole una mirada que solo podía calificarse de obscena.

Sin romper el contacto visual, el nigromante se levantó y se arrancó la camisa y los calzones sin ceremonias. Se quedó completamente desnudo ante ella, erguido y desafiante. Durante varios latidos, la princesa solo pudo contemplarlo con la respiración contenida, mientras una fiebre sedienta se extendía bajo su piel.

La atención se le fue derecha a la única parte de él que aún no había visto, pero con la que fantaseaba... demasiadas veces al día.

Alojado en una mata de vello negro, el miembro de Salazar la apuntaba, duro y largo e hinchado. La imagen, tan cruda y brutalmente sincera, hizo que de manera inconsciente se clavara las uñas en las palmas de las manos.

Un parpadeo y ya lo tenía encima, aprisionándola contra las cortinas que enmarcaban el nicho. Estas se arrugaron tras su espalda mientras varios cojines resbalaban al suelo.

Talía lo asió por los hombros y jadeó cuando él atrapó su boca en un beso largo y profundo. Su lengua dejaba rastros de miel caliente dentro de ella, explorando cada recoveco. Flordemuerte gimió contra sus labios y se onduló contra él. Quería más del frote de ese pecho masculino contra sus pezones; de esas manos grandes que le

recorrían los pechos y las nalgas, agarrando sus redondeces con fuerza apenas reprimida.

Salazar se despegó de su boca para recobrar el aliento, y ella aprovechó para bajar la mirada hacia la línea de vello que bajaba por su vientre plano. Necesitaba explorarlo como él la había explorado aquella tarde en el pabellón. Sus atenciones la habían deshecho de la forma más deliciosa posible, y desde entonces ansiaba devolverle el favor. Era lo justo.

Su mente se llenó con imágenes del nigromante gimiendo bajo sus manos mientras ella se aprendía sus tocamientos preferidos. Dioses, quería verlo perder el control. Quería *servirle*.

Deslizó una mano entre ellos y acarició, tanteándolo, su miembro endurecido.

Salazar siseó contra su cuello y se quedó rígido. Se separó un poco de ella, lo justo para mirar abajo, adonde los dedos de Talía patinaban por su longitud caliente y aterciopelada.

—Qué duro está —susurró ella, pensando en voz alta.

—Tú me pones así.

Despacio, la princesa exploró cada cumbrera y venita, bebiéndose los escalofríos que recorrían a Salazar y la forma en que su respiración le temblaba en la frente. La punta estaba húmeda con las primeras gotitas de su semilla. Talía nunca había sentido especial interés por esos fluidos, pero notó cómo se le hacía la boca agua solo porque pertenecían a Salazar.

—Se nos quedó algo a medias aquella tarde, en el pabellón.

—Sí.

—Quiero hacerte lo mismo que tú me hiciste a mí. Si te parece bien.

—Talía... —Él tragó saliva—. Ya me está costando mantenerme de una pieza. No sé si...

Sería la forma en que sus músculos se tensaban; quizá, el tono tentadoramente tirante de su voz, pero Talía no pudo resistirse a rodearlo con una mano y darle un suave apretón. Arriba y abajo. Arriba... y abajo.

Salazar apretó los dientes, pegándose a ella con una sacudida involuntaria de la pelvis.

Flordemuerte lo empujó un poco hacia atrás, hasta ponerlo de pie, y comenzó a inclinarse con los labios ya entreabiertos. Apenas había rozado la cabeza carnosa con la punta de la lengua, cuando él la agarró con cuidado de la cabellera, justo debajo de su nuca, y la hizo erguirse de nuevo. La aprisionó de nuevo contra las cortinas, rodeándole la cintura con el otro brazo.

El quejido frustrado de Talía se cortó en seco cuando sus rostros se alinearon, a un suspiro de distancia.

La mirada de Salazar le atravesaba el cráneo, apuntalándola en el sitio. Todo él vibraba de deseo contenido, como si quisiera devorarla allí mismo, pero más aún necesitara mirarla a los ojos. En los pozos negros de sus pupilas había una sombra animal, vulnerable, como si estuviera descubriendo dentro de sí mismo algo tan inmenso que lo asustaba.

Ah. Deseaba mantener el control. O, al menos, el poco que le quedaba, después de la seducción de Talía. Por ella, no había problema. Se le ocurrían pocas cosas más apetecibles que dejarse llevar por las riendas de su brujo.

—¿Qué quieres, Pedro?

El aire escapó de los pulmones de Salazar al oírla pronunciar su verdadero nombre. Todo su cuerpo se apretó de golpe contra el de la medio humana, que ahogó un jadeo al notar la punta de su dureza presionarla en la entrada a su propio cuerpo, resbaladiza de necesidad.

Durante un larguísimo instante, ambos permanecieron en suspensión, rígidos, respirando entrecortadamente contra los labios del otro. Lo notaba bajo sus manos: Salazar estaba tenso como un vampiro que esperase una invitación para acceder a su santuario.

Solo tenía que susurrar un «sí», y lo próximo que sentiría sería su mordisco en la garganta, inyectándole su ponzoña en las venas mientras le chupaba hasta la última gota.

—¿Qué quieres? —lo arrulló.

—*Todo* —confesó él, ronco.

—Entonces, tómalo. Es tuyo.

El brujo empujó las caderas hacia delante y ella dio un respingo cuando la punta de su miembro se hundió en ella, dilatando la entrada.

Cerró los párpados y echó el cuello hacia atrás, abrumada por la sensación. Él volvió a sujetarla por la nuca, gentil pero firmemente, y la obligó a alinear de nuevo su mirada con la de él. Su respiración agitada le aleteaba en los labios.

—Mírame.

Dioses, la voz de ese hombre.

—Quiero que me mires a los ojos mientras entro en ti.

Y ella se rindió a esos iris oscuros como la tierra húmeda de un bosque sin sol mientras él se introducía en ella con deliberada lentitud. Inhaló al sentir cómo ese ariete cálido la invadía, la ensanchaba desde dentro y la reamoldaba a su medida. Sus muslos temblaron, se arqueó contra el pecho inamovible de Salazar y exhaló un quejido bajo. Qué tortura tan divina.

Él entró, y entró, hasta que sus pelvis se apretaron y ella sintió el peso carnoso de sus testículos contra sus nalgas.

Sus gemidos se entrelazaron. El de Talía, profundamente femenino. El de Salazar, ronco y lleno de satisfacción.

Sin romper el contacto visual, él se retiró un poco y volvió a penetrarla, despacio, saboreando el húmedo recorrido hasta que le fue imposible entrar más. Su miembro palpitó dentro de ella, y la sensación, justo en la línea que dividía el placer y el dolor, le arrancó un jadeo.

Jamás se había sentido tan colmada y, a la vez, tan necesitada de algo.

—Oh, Pedro...

Lo atrajo hacia sí por la melena y lo besó con un hambre que amenazaba con extraer sangre. Él gruñó, le inclinó la cabeza e invadió su boca con la lengua. Sus caderas iniciaron un vaivén dentro de ella, y Talía ronroneó mientras se aferraba a él, entregándose a esos envites suaves, profundos, cada vez más hambrientos.

No podía moverse. Tampoco quería. Se hallaba a merced de ese hombre que la estaba llenando con cuanto tenía para ella. Su lengua, su calor, su carne endurecida.

Y no le bastaba.

Se colgó de su cuello, le rodeó la cintura con las piernas. Su ansia cobró tintes de frenesí animal mientras la polla del Carroñero la masajeaba por dentro, desatando pequeñas oleadas de placer por todo su cuerpo.

—Soy tuya, Salazar —gimió.

Él la asió por las nalgas con un gruñido posesivo y la izó en volandas. Todavía ensartado en ella hasta la base, la llevó a la cama y la tendió allí, entre esas sábanas que olían a él. El aterrizaje hizo que se resbalase fuera de ella y el repentino vacío entre sus piernas se le hizo insoportable a Talía. Se retorció con ruiditos de protesta.

Con el rabillo del ojo, vio que varios huesos se desprendían flotando del dosel. No muy lejos, las calaveras volaban en círculos

erráticos, cada vez más cerca de ellos.

Salazar exudaba energía predatoria cuando se cernió a gatas sobre su presa. Le separó las piernas con su propio muslo. El fuego de la chimenea relumbraba en sus pupilas dilatadas y resaltaba las líneas fibrosas de su cuerpo, tirante de deseo.

—Ahora dilo con mi otro nombre —pidió, recolocándose en su entrada resbaladiza.

Talía levantó las caderas y dejó que el anhelo y la rendición impregnasen cada palabra suya.

—Soy tuya, Pedro.

El sonido que escapó de la garganta de Salazar no fue del todo humano. La envolvió con sus brazos, la cubrió de besos y la embistió.

Ella gritó de puro júbilo. Por fin. Por fin.

Sus dedos recorrieron las curvas duras de la espalda de Salazar. Estaba maravillada ante la fuerza masculina que vibraba y se contraía bajo su piel mientras él se hundía dentro de ella, una y otra vez, sinuoso pero implacable.

—Joder. Cómo puedes estar tan mojada... —gruñó él, contra su mejilla.

—Es por ti, solo por ti...

—Eres deliciosa, Talía. Joder...

Sus palabras de adoración se deformaban entre los jadeos y los sonidos húmedos de sus cuerpos entrechocando. Más huesos se desprendieron del dosel y del cabecero. Planeaban en torno a los postes de la cama, sin rumbo fijo, pero sin chocar entre sí.

Una llamarada de orgullo femenino la recorrió. Le encantaba ver las formas sutiles en las que su nigromante perdía el control, a pesar de sus intentos por mantenerlo. La enloquecían los gruñidos que se le escapaban contra su cuello, contra su boca, contra sus flores...

Tierra y estrellas. Salazar le estaba *chupando* las flores de la sien.

La incertidumbre la hizo tensarse. Le puso una mano en el pecho. Él se detuvo y le dedicó una mirada interrogante, nublada por la lujuria.

—No quiero que te sienten mal. —Ella le limpió amorosamente el labio inferior con el pulgar.

—Ahora mismo te comería entera, aunque eso me matara —susurró, y le acarició el cuello con la mano entera, de esa manera reverencialmente posesiva, con la presión justa, que la volvía loca.

«Este hombre va a acabar conmigo».

Le tomó el rostro y lo besó. Salazar cerró los ojos y se rehundió en su centro hasta arrancarle otro jadeo. Talía onduló las caderas, pidiéndole sin palabras que volviera a moverse dentro de ella, adentro, profundo. Sentirlo invadir sus paredes como si quisiera dejar su marca en ellas era todo lo que había soñado y más. La enajenaba cómo su pelvis chocaba y se apretaba suavemente contra la de ella, obligándola a abrir los muslos a cuanto daban de sí para recibir todo lo que él ansiaba darle. Pero, al mismo tiempo, no era suficiente. Las limitaciones del cuerpo físico la desesperaban de forma irracional. Una parte de ella resentía los huesos y hasta la piel de ambos, por mantenerlos separados, por obligarlos a ser dos en lugar de uno solo.

No, no le bastaba con tener dentro una parte de él.

Quería que su Carroñero la invadiera como una posesión demoníaca, que fuera imposible distinguir dónde terminaba uno y empezaba la otra. Anhelaba sentir cada pensamiento y deseo de Salazar palpitando en el abismo rojo de su interior, expuesto íntimamente ante ella. Los alimentaría justo como él necesitaba, los haría florecer con la virulencia de una fiebre. Colmaría su preciosa

alma nigromántica hasta oírla derretirse junto a la suya en un grito silencioso de placer.

Estaba loca, famélica por él.

Y, sin embargo, su inclemente brujo parecía decidido a tomarse aquello con calma. Aun inmerso en ese vaivén rítmico, la observaba con la mandíbula tensa y la cabeza ladeada, como un cuervo estudiando la carne abierta antes de lanzarse a ella de cabeza. Parecía a la espera de su turno. Cada músculo le vibraba como si estuviera luchando por conservar el control de sí mismo. Como si fuese imperativo no solo poseerla, sino también demostrarle algo.

Pedro Salazar no era un hombre que hiciera nada a medias. Ni en su oficio, ni en la batalla..., ni en el lecho, por lo visto.

Pero ella no necesitaba que la impresionaran con poderío, ni duración, ni técnica. Ya estaba maravillada. Él ya era perfecto, y habría seguido siéndolo, aunque se le hubiera derramado en las manos nada más tocarlo. Solo imaginarse el privilegio de verlo deshecho y deshacerse con él bastaba para enloquecerla de deseo. Nada más le importaba.

Y, aun así... Dioses, la tenía tan impresionada que le costaba hasta pensar.

—¡Pedro, por favor...! —suplicó.

Los huesos vibraban y levitaban en torno a ellos, planeando entre los pliegues de las sábanas revueltas. Una esquirla se deslizó por el pecho de Talía y ella jadeó de sorpresa cuando notó las vibraciones besarle el pezón hinchado. El ansia la consumía tanto que el más mínimo roce, sin importar su procedencia, la hacía retorcerse en busca de más.

Salazar también había reparado en el huesito entrometido. Alzó una mano, como para enviarlo lejos..., pero entonces volvió a mirarla a ella, con la respiración entrecortada, gimoteante.

Algo irresistiblemente perverso centelleó en sus ojos.

Cazó el hueso antes de que se alejara y el corazón de Talía se saltó varios latidos.

¿Iba a...? ¿Sería capaz de...?

El nigromante se echó hacia atrás, sentándose sobre sus talones. Ella lo siguió con las caderas, resuelta a mantenerse unida a él, pasara lo que pasase. Su evidente afán le granjeó una sonrisita de Salazar.

Brujo despiadado.

—Tranquila. No me moveré de aquí. —La arrulló él, no sin cierta arrogancia, y su mano libre le abarcó la curva de las caderas, reconfortándola, a la par que la sujetaba.

La bruma plateada restalló tras sus pestañas cuando alzó la esquirla entre ellos. El hueso crujió y se fragmentó en la palma de su mano, hasta transformarse en un óvalo romo y alargado, de unos dos o tres dedos de grosor.

Después, empezó a vibrar, rápido como las alas de una cortezuela.

Salazar miró de nuevo a Talía con una proposición crepitándole en esas pupilas, todavía impregnadas de un resplandor cadavérico.

Se maravilló de verlo así, con el cuerpo tirante y perlado de sudor, cada músculo sutil resaltado por las llamas de la chimenea y las luces danzantes de sus calaveras. No había apenas grasa en sus formas prietas; solo dureza, cruda supervivencia y pura masculinidad. Allí, sin ropajes que disimularan sus formas y despojado de cualquier fachada diplomática, el humano exudaba una energía inquietante, de depredador hambriento.

Los huesos flotaban a su alrededor en círculos, como cuervitos pálidos. Esperando.

Talía tragó saliva, sin aliento. Era como si al fin pudiese ver al mismo tiempo todas sus facetas, desnudas y superpuestas ante ella.

El alzamuertos desafiante sobre el que tanto le habían advertido. La criatura que poblaba las pesadillas de las gentes de allende el Velo. El niño solitario, ya crecido, convertido en un hombre necesitado de sus caricias. Su Pedro Salazar de Montefierro.

Y ella no había sido testigo de nada más hermoso en su vida. Si él era impío, entonces más aún lo era ella, porque lo amaba más de lo que había adorado jamás a deidad alguna.

Él era su Tierra. Que la enterrasen en él.

«Tómame. Cómeme. Haz conmigo lo que te plazca», habría dicho, pero la devoción le constreñía la garganta.

Así que asintió con la respiración agitada.

Salazar se movió despacio, dándole la oportunidad de echarse atrás. Le sostuvo la mirada mientras bajaba el hueso y lo colocaba entre sus...

Oh.

Oh, por todas las estrellas sangrantes del cielo.

Talía inhaló bruscamente y se arqueó. Sus caderas se movieron solas, en busca de un ángulo donde la vibración alcanzase justo el rincón que más le gustaba. Lo oyó reírse entre dientes con un sonido bajo y grave.

Quería escandalizarse. Ese pedazo de hueso había pertenecido a algo. O a alguien.

«Somos un par de depravados», se dijo la princesa de Bosqueterno.

«¿Te digo la verdad? —Habló otra parte de ella, que emergió de las sombras, salvaje y bañada en escarlata humeante—. A estas alturas, me importa una mierda».

Clavó las uñas en las sábanas. La vibración desataba deliciosas oleadas calientes entre sus pliegues. Una piscina de calor se acumulaba dentro de ella, cada vez más cerca de la superficie.

—¿Te gusta? —ronroneó él, bebiéndose cada una de sus sacudidas.

—Sí, pero...

Se retorció, frustrada porque él hubiera dejado de moverse dentro de ella. Parecía que el espectáculo de Talía deshilachándose frente a él, hebra a hebra, era tan hipnótico como para olvidarse de sí mismo.

—¿Qué pasa?

—No es justo... —gimió ella.

Él enarcó las cejas.

—¿El qué?

—Quiero que... tú también disfrutes... Se suponía que...

—Créeme, estoy gozando solo de verte así. —Tomó una mano de Talía y la llevó hasta el hueso. Sus yemas rozaron el punto donde sus sexos se unían—. Sujétalo. No queremos que se vaya volando.

Ella obedeció, sin aliento. Después, Salazar se inclinó hacia delante, hundiéndose más en ella, y abarcó sus pechos con manos avariciosas. Talía ahogó un gritito de placer cuando se los estrujó.

—¿Tienes idea de cuántas veces me he tocado en esta misma cama, imaginándome este momento?

Talía farfulló algo, aunque no supo qué, ni en qué idioma. Sin soltarle los pechos, él empezó a mordisquear su piel tierna y sensible, para luego aliviársela con lametones que solo avivaron más su desesperación. Sus muslos temblaban contra los costados insufriblemente inmóviles de Salazar. El nudo líquido de su placer crecía y crecía dentro de ella, pero sin llegar adonde necesitaba. Pronto, las vibraciones la empujarían al límite, pero con eso no bastaba. Lo quería *a él*.

Se arqueó contra su cuerpo, una y otra vez, en busca de un ritmo que aplacase el fuego que le ardía por dentro.

—Salazar... —se quejó lastimera, enseñando los colmillos.

—Dime qué quieres.

Ya no le cabía duda. Ese hombre se deleitaba viéndola deshacerse a su merced. La estaba abriendo pétalo a pétalo, desnudándola de todo pudor y toda pretensión, hasta reducirla a una criatura de pura necesidad.

—Dilo, preciosa. Dilo bien alto. Con mi nombre.

Si eso era lo que quería, se lo daría. Le daría cualquier cosa, si con eso dejaba de torturarla.

—Fóllame, Pedro. Te necesito dentro. Ahora. Y no se te ocurra aguantarte, por lo que más quieras.

Algo se partió tras la mirada del nigromante.

La correa que lo sujetaba, al parecer.

Con un gemido gutural, la asió por las caderas y la embistió, una y otra vez, enterrándose en ella hasta con un abandono que hacía que sus pelvis chocasen con sonidos crudamente sensuales. Un grito eufórico escapó de la garganta de Talía mientras él cumplía su deseo y se la follaba como un animal, apretando los dientes. La mano libre de la joven salió disparada hacia atrás, buscando asidero en ese terremoto que sacudía la cama entera. Lo encontró en los huesos que aún se mantenían pegados al cabezal, varios palmos por encima de los almohadones.

Salazar era una visión gloriosa entre sus muslos. Las luces verdosas y anaranjadas le lamían los tendones resaltados del cuello y de los brazos. Con cada envite, los mechones húmedos de su melena se sacudían y los músculos de su torso velludo se contraían de una forma irresistible, hipnótica.

Y, si ella se arqueaba solo un poco más, su polla dura la presionaba justo en el punto perfecto y precioso y...

Gritó, arrasada por una ola de éxtasis cegador. La fragancia de sus flores permeó el aire. Mil pétalos invisibles se abrieron dentro de ella, entre sus muslos, en las puntas de sus pechos, en el fondo de su garganta.

Los huesos susurraron bajo su agarre, cubriéndose de musgo rosado y brotes turgentes. Lo supo sin verlo, igual que sintió cómo se deshacía en un charco líquido entre las garras del brujo.

Los movimientos de Salazar se volvieron más bruscos y erráticos conforme él se acercaba a su propio clímax sin remedio.

Sí, por favor. Quería ver eso con todo lujo de detalles. Sí, sí, sísísí...

De pronto, él salió de ella.

—Siéntate en mi cara —barboteó, como si de ello dependiera el futuro de los mundos.

La princesa parpadeó, todavía recuperándose de las últimas oleadas de placer. Nunca le habían propuesto algo así, pero ¿cómo negarse, cuando él se lo pedía con ese entusiasmo tan sincero? En meros instantes, su máscara de brujo intimidante se había venido abajo para revelar a un joven enloquecido de deseo, cuya felicidad pendía de las manos de Talía. O, más bien de entre sus muslos.

Por el Firmamento, era desconcertante lo mucho que a ese hombre le gustaba beberse sus jugos, pero no sería ella quien lo cuestionara.

—De acuerdo —susurró.

Salazar se arrojó bocarriba junto a ella y la agarró por las caderas, tirando de ella hacia sí con urgencia. Sus ojos se habían nublado con un ansia que rozaba la enajenación.

—Ven.

Algo confusa, pero llena de curiosidad, Talía dejó que él la sentase a horcajadas sobre su boca y ahogó un gemido cuando sintió una

lamida tentativa entre sus pliegues. La nariz aguileña del brujo asomaba precariamente entre su matita de vello granate.

—¿Podrás...? ¿Podrás respirar?

Él masculló un asentimiento impaciente, como si respirar fuese la última de sus preocupaciones en ese momento.

Le rodeó un muslo con un brazo, afianzándola. Con un gruñido ronco de satisfacción, enterró la boca en su sexo empapado y empezó a lamer, chupar y devorar con el abandono obsceno de un gul. Esa lengua avasalladora era demasiado para su carne sobreexcitada, pero Talía se rindió a los escalofríos con suaves gemidos y respingos, asombrada de ver cómo la expresión del brujo se dulcificaba en una de puro gozo.

La mano libre de Salazar se lanzó hacia abajo. Aferró su erección, pringada y brillante con el éxtasis de su princesa, y empezó a frotársela con un ímpetu que le apretaba todos los músculos. Jadeando, Talía giró el torso para no perderse detalle.

Tierra y estrellas. Qué espectáculo tan mágico.

La sensación de tener a ese brujo sometido por voluntad propia entre sus piernas, despojado de toda pretensión mientras buscaba frenético su propio placer, hacía que la cabeza le diera vueltas. Era adictivo. Embriagador.

Salazar le introdujo la lengua entera, y ella se dobló hacia delante con un respingo. Demasiado, era demasiado, pero no se cansaba de esa tortura maravillosa. Las nalgas le temblaban sin control, y él aprovechó para hundir aún más la barbilla entre ellas y saborear hasta el último rincón de sus partes íntimas, marcándolas como suyas.

Si seguía así, la empujaría al límite de nuevo. Qué diantres, a ese ritmo tal vez hasta la dejara inconsciente.

Apoyó las manos en el cabecero en un intento por estabilizarse. No se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que el musgo sobre los huesos se expandió en torno a su palma y los capullitos se multiplicaron. Se disponía a retirarla con una maldición, cuando la mano izquierda de Salazar atrapó la suya, manteniéndola justo donde estaba.

Talía bajó la mirada y se encontró con las pupilas del brujo clavadas en ella, dilatadísimas bajo un ceño de férrea determinación.

—Te estoy estropeando las armas de...

—Sigue —gruñó él contra su entrada, y la vibración de esa voz ronca le erizó cada terminación nerviosa.

—¿Cómo...? ¿Quieres... sentir mi magia?

—Sí. Sí, joder.

La recorrió una oleada de excitación ante la idea. Sus magias entrelazadas. ¿Qué mejor modo de superar las barreras y limitaciones de lo físico? Por el Desgarro, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Llevaba fantaseando con algo así desde la primera vez que probó a Salazar en la araña. La imaginación se le disparaba cada vez que trabajaban juntos. Si no lo había sugerido ella misma, había sido por timidez, sin duda; no por falta de ganas.

Por fortuna, el sinvergüenza de su brujo acababa de salvarlos a ambos.

—Pardiez, me encanta cómo piensas —farfulló ella, en una mezcla incoherente de idiomas.

Cerró los ojos y se concentró. La energía que protegía esos huesos era severa, autoritaria; un grueso muro de voluntad la blindaba ante cualquier influencia que no fuese la del nigromante. Sin embargo, cuando Talía fue a llamar a la puerta, la encontró entreabierta. Salazar ya estaba dentro, esperándola en la oscuridad: su energía le dio la bienvenida con una rociada de caricias

electrizantes y besos de escarcha. Jadeó. Se adentró más en esa negrura, atraída por el martilleo ahogado que reverberaba en sus profundidades.

—Sí... —susurró él—. Mézclate conmigo.

Con un gemido, Talía liberó sus tentáculos en aquel abismo que parecía vacío, pero no lo estaba. El abismo *era* Salazar: una inmensidad entretejida con hilos de plata oscura, que solo se hacían visibles cuando ella los rozaba a su paso. Sus zarcillos granates los pulsaron con caricias tentativas, y sintió en su interior cómo los hilos del nigromante se encendían con un rosa pálido de gusto.

—Sí, así. Entra, tócalo todo. Quiero sentirte dentro de mí mientras me corro —oyó que le decía entre sus piernas, a mundos de distancia, antes de asaltarla de nuevo con su lengua.

Además del suyo propio, podía *sentir* cómo el placer de su brujo se condensaba. Los hilos perfilaron nubes de tormenta en la oscuridad. Se arremolinaron en torno a ella, dentro de ella. Sus truenos le tañían bajo el esternón como campanas, cada vez más cerca, más fuertes, más rápidos, al compás del corazón desbocado de Salazar. Los primeros relámpagos se abrieron paso entre ellas y comenzaron a ramificarse hacia abajo, buscando la tierra que Talía traía consigo. Ella dejó que esta se abriera con cien bocas, de las cuales brotaron raíces que treparon hacia arriba, ramificándose también: venas sedientas en busca de la chispa de vida.

La resurrección y los tejidos se encontraron, se entrelazaron en un coito estremecido, y el abismo dentro de ellos se incendió con un glorioso estallido carmesí.

Un terremoto de crujidos recorrió el cabecero conforme los huesos se cubrían de raíces y las flores se abrían de par en par, escupiendo estambres fragrantes.

Incapaz de contenerse, Talía se arqueó hacia atrás y aulló, como solo podía hacerlo una yedrasi nigromante en medio del clímax más brutal que había tenido en su vida. Su cuerpo entero convulsionaba sobre la boca ansiosa de Salazar, deshaciéndose en miel caliente y líquida.

Ni siquiera entonces se olvidó de su objetivo más ferviente. En cuanto logró controlar las sacudidas, se giró para mirar por encima del hombro, al tiempo que el lecho —y sus propias profundidades— temblaban con el rugido inhumano del nigromante.

Los huesos flotantes se congelaron, suspendidos en el aire, mientras la semilla de Salazar abandonaba su cuerpo tirante en chorros largos y espesos. Embelesada, Talía observó cómo goteaba sobre su puño espasmódico, todavía agarrado a su miembro con fuerza suficiente para marcar cada vena y tendón viril del dorso de su mano.

El brujo se dio unas cuantas batidas enérgicas más, exprimiendo hasta la última gota de su éxtasis. Después, los huesos cayeron, inertes, con un repiqueteo que Talía apenas oyó a través del clamor de sus oídos.

Gimiendo, desmontó de Salazar y se derrumbó a su lado, entre las sábanas alborotadas.

Durante un buen rato, solo se oyeron sus jadeos en el dormitorio. El pecho del humano subía y bajaba. Tenía los ojos muy abiertos, clavados en el dosel sobre ellos, y cara de estar teniendo una revelación.

Aún aturdida, pero satisfecha a unos niveles delirantes, Talía se desperezó como una gata. Después se acurrucó de costado contra él y deslizó una pierna lánguida sobre las suyas, cubiertas de un sutil vello oscuro. Los dedos de Salazar se le enredaron en la melena,

acariciando distraídamente las flores detrás de sus orejas. La sensación la hizo ronronear.

Flotaba en la más exquisita decadencia.

Su mirada curiosa se desvió a la constelación de grumos blanquecinos diseminados por el bajo vientre de su nigromante. Los que no goteaban por las hondonadas de sus discretos abdominales habían quedado atrapados en la mata romboidal de su vello. Toqueteó la punta húmeda de su miembro, todavía duro, y la complació verlo cabecear, como si buscara más de su contacto.

Salazar se giró hacia ella y le echó un brazo por encima. Cuando ella alzó el rostro, vio que la contemplaba, sumido en sus pensamientos. Su expresión saciada tenía una luz extraña, maravillada, como si todavía no diese crédito a lo que acababa de suceder.

Ella tampoco lo asimilaba del todo. Se arrebujó más contra su cuerpo, con un escalofrío, y él la estrechó en un abrazo posesivo. Se pegaron el uno al otro como la hiedra al tronco, hasta convertirse en una trenza de miembros en aquel nido de sábanas revueltas y huesos desmayados en flor.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Talía, mi Talía... —murmuró él contra el hueco de su hombro, llenándose las manos de sus curvas.

Ella se derritió con un largo suspiro de gozo. Sintió la semilla de su brujo resbalándole contra el vientre, cada vez más líquida, y una parte de ella empezó a fantasear con cómo habría sido recibirla dentro, hasta la última gota. Si el mundo no existiera más allá de las brumas del Páramo, lo habría hecho. Sin pensarlo.

Qué anhelos más peligrosos se le cruzaban por el corazón cuando su mente bajaba la guardia.

—Perdóname si me he venido muy arriba. Con los huesos. —La voz de Salazar se tiñó de duda—. Quizá una primera vez es muy pronto para ponerme tan degenerado. No es algo habitual, es que... Se me enturbia la cabeza cuando estoy contigo.

Talía se apresuró a desterrar su inquietud con caricias y besos suaves en esos labios hinchados que aún sabían a ella.

—Ha sido perfecto, Pedro.

Él suspiró, aliviado, y la apretujó todavía más.

—Tú sí que eres perfecta. Lo más perfecto que he visto en toda mi vida.

Ella se retorció de gusto entre esos brazos fuertes y cálidos. Enterró el rostro en su pecho e inhaló el glorioso aroma de su vello, más intenso tras la unión de sus cuerpos. Jamás se había sentido tan segura, tan querida y tan atesorada.

Deseó que el tiempo se detuviese, para así quedarse suspendida en ese lapso divino, donde solo existían ellos dos, desnudos en ese lecho, arropados por el crepitar de la chimenea y el ritmo acompasado de sus latidos.

«Por favor, dime que esto podría ser el principio del resto de mi vida», quería rogarle, pero no se atrevía. En lugar de ello, susurró:

—Yo también podría acostumbrarme a esto muy rápido.

—Bien. —Salazar deslizó perezosamente los dedos a lo largo del valle de su columna y le dio un tierno mordisquito en el cuello—. Porque no tengo intención de hacer otra cosa el resto del día.

Talía se rio entre dientes. Después se incorporó sobre un codo y apoyó la otra mano en el pecho del brujo, describiendo espirales juguetonas cada vez más abajo, por la línea oscura que le cruzaba el vientre.

—Ahora... ¿me vas a dejar que te compense de una vez por lo bien que me trataste en el pabellón?

Le echó una pierna por encima y se deslizó sinuosamente hasta sus caderas. Para su regocijo, Salazar alzó las manos en gesto de rendición y se las entrelazó bajo la nuca con una sonrisita cómplice que le alteró la respiración.

—Todo tuyo, mi Flordemuerte. Todo... tuyo.

Y ella se retorció de gusto al pensar que se refería no solo a su cuerpo, sino también a su corazón.



Los restos del coloso se divisaban claramente desde una colina cercana al —ya olvidado por la mayoría— campo de matanza. Era enorme, como una catedral derrumbada, de miembros grotescos, cuencas vacías y piel pálida salpicada de puntitos oscuros, allá donde los cuervos se habían atrevido a picotearlo.

—Se ha conservado bastante bien —comentó Lucio.

Embozado en sus telas oscuras, Salazar asintió, estudiando con ojo crítico el descomunal cadáver. La melancolía que en un principio sintiera al volver a verlo había sido barrida por un hormigueo expectante, cargado de posibilidades.

Sin embargo, su excitación no se debía solo a la potencial materia prima que yacía a sus pies.

—Bueno, ya estamos aquí, como pediste. ¿Vas a hacer algo con él o no? —El cojuelo se frotó la nariz con impaciencia y señaló a los múltiples entes de carga que aguardaban tras ellos, custodiados por un puñado de esqueletos.

En el Páramo habían pasado apenas unos días, pero debía de haber transcurrido una semana o más a ese lado del Velo, y se notaba. Aunque los carroñeros ya se habían llevado cuanto podían, el campo seguía plagado de cuerpos hinchados y putrefactos, a medio devorar. Era de día, así que no había muchos engendros pululando cuando llegaron; solo un puñadito de gules, de los que Salazar se encargó nada más verlos. Y aves de rapiña, moscas y

larvas, entretejidas sobre la desolación como un sudario vibrante, en constante crecimiento. El hedor era solo soportable gracias a que el viento soplaba en la dirección opuesta a ellos.

—En realidad, también quería aprovechar para hablar contigo a solas, donde el resto no pudiera escucharnos.

Lucio enarcó una ceja, suspicaz.

—Es un asunto importante, y no me fío de su capacidad para guardar el secreto hasta que llegue el momento. Ya sabes que la privacidad en el castillo es... relativa, cuando menos.

—Si te refieres a lo que creo, sí: todos os oímos follar aquella mañana. Y más veces. No sois tan discretos como creéis —le espetó el cojuelo, a lo que Salazar puso los ojos en blanco.

—Ah, ¿sí? ¿Y no será que estabais todos con la oreja puesta al otro lado del pasillo? Venga, dime que no.

Lucio apretó la boca e infló los carrillos, incapaz de mentir. Cuando el brujo le dedicó una sonrisa triunfal, le arreó un manotazo en la pierna.

—¡Bah! ¡Como si a mí me interesaran tus amoríos, niñato descocado!

—Sí que te importan, y sí que eres más viejo y sabio que yo. Por eso me interesa tu opinión.

Si bien su deferencia pareció apaciguar a Lucio, también agravó el ángulo suspicaz de sus cejas. Tras morderse el carrillo unos instantes, Salazar decidió soltárselo de una vez.

—Quiero pedirle a Talía que se case conmigo.

El diablillo reaccionó como si se hubiera golpeado el meñique del pie con la pata de la cama. Siseó, botó, escupió una sarta de improperios feéricos, le salieron caños de vapor de las orejas. Tras arrearle algunos bastonazos al suelo, quizá por no dárselos a su humano, se pasó una garra por la cara, gruñendo con resignación.

—No sé ni de qué me sorprendo.

—Necesito tu consejo antes de proceder.

—¿*Ahora* quieres que te aconseje?

Salazar asintió. Lucio volvió a acuclillarse, pensativo, y se dio unos toquecitos con una uña en el labio superior.

—Hum. He de reconocer que su reacción después de conocer tu... historia... me sorprendió. Bastante.

—Espero que para bien.

El diablillo meneó la cabeza, reacio a dar su brazo a torcer.

—Lo suficiente como para replantearme algunas cosas. No, no me mires con esa sonrisita boba.

—No estoy sonriendo.

—Estás sonriendo para adentro, te conozco. Al caso, que sigo pensando que esto es una memez y que vais con muchas ansias para mi gusto, pero... debo admitir que la muchacha parece... tal y como la describió su hermana —concedió—. Llevo un buen tiempo observándola, analizando cómo se comporta con los duendes, contigo, y, en especial, cuando cree estar sola en el jardín o en los pasillos...

El brujo le lanzó una mirada reprobatoria, pero comprendía la actitud vigilante y sobreprotectora de Lucio. A diferencia de él, su padrino no estaba obnubilado por el amor y sería brutalmente sincero si veía algo que no encajaba; por eso su consejo le era tan valioso en ese momento.

—¿Y bien?

—O es muy buena actriz, o está genuinamente prendada de ti. —El duende arrugó la nariz, como si el descubrimiento le resultara demasiado absurdo para creerlo. Salazar se habría ofendido de no haber estado tan satisfecho con el veredicto—. Si hubiera de fiarme de mi percepción, diría incluso que es... ¿buena? ¿Dulce? Me

extraña. Los horrores que ha vivido esa niña son de los que infectan la mente y destrozan el espíritu. Me esperaba que esa fachada tierna escondiera un carácter volátil, caprichoso, necesitado y vengativo. —Frunció el ceño, mascullando para sí—: Pero los feéricos no son tan mutables como los humanos. Cada uno poseemos una naturaleza base, que ni el entorno más extremo ni la mezcla de sangres puede malear. A lo mejor la suya es así: gentil.

—Lo es —corroboró Salazar con una sonrisita tierna.

Talía estaba herida. Era difícil no estarlo en aquel mundo, de una forma u otra. Pero también era la clase de alma hermosa que, a pesar de haber sufrido, se negaba a causar dolor a los demás, ni siquiera por accidente. Siempre elegía la compasión.

«Tú amas todo lo bueno, justo y bello de estos mundos, y no soportas ver que nada ni nadie lo destruye», le había dicho, deshaciéndolo por completo. Solo de acordarse, le empezaban a picar los ojos. Aun cuando él se había negado la piedad de reconocer esa parte de sí mismo, su princesa la había visto claramente; quizá porque ella era igual.

Y, por esa y por muchas más razones, Salazar había caído rendido a sus pies y allí seguiría por siempre jamás.

—El problema no radica en ella, empero, sino en su padre, el rey, que es quien tiene la última palabra en estos asuntos. Antes de hacer nada, deberías hablar con él, contarle tus intenciones y pedirle su bendición.

El brujo hizo un mohín escéptico.

—Primero tendré que obtener el consentimiento de Talía, digo yo...

—No —lo cortó Lucio, tajante—. Habla antes con el padre.

—No termino de verle el sentido.

—Porque no es cuestión de sentido, sino de respeto. Pretendes desposar a la hija de una estirpe bendecida por la Tierra de Bosqueterno, cuyos soberanos se consideran poco menos que dioses hechos de carne y follaje.

Salazar lo meditó, observando el vuelo de los cuervos sobre la cordillera blanca que era la espalda del coloso.

—¿Y eso saldrá bien?

—Mejor que si no lo haces, eso te lo aseguro. Ya te has beneficiado a su niña, fuerte y flojo...

—Eso él no lo sabe.

—Por si acaso. Lo menos que puedes hacer es agachar la cabeza y tener una audiencia con él antes de proponerle nada a su hija nada. Sin el beneplácito del rey, no irás a ninguna parte. Y yo que tú lo haría durante estas fiestas del Beltán.

Lo fastidiaba, pero hubo de reconocer que tenía su lógica. Con una princesa humana, el proceso habría sido igual, incluso más restrictivo todavía.

—¿Y qué hay de lo que dijiste aquella vez? ¿Me verá como a un chucho pretencioso pidiendo la mano de su hija?

Lucio retorció la boca, como si saboreara el arrepentimiento aún pegado a los dientes. Tras un silencio meditabundo, respondió:

—También eres un brujo extremadamente poderoso, señor del Páramo y pastor de la muerte. Por mucha grima que le des, le conviene tenerte de aliado para mantener a raya a sus enemigos. —Lo evaluó de arriba abajo, de reojo, hasta que no le quedó más remedio que admitir—: Dudo que se le haya presentado un mejor partido que tú para su Flordemuerte.

Una lenta sonrisa se expandió por el rostro de Salazar.

—No te emociones y no des nada por ganado —le advirtió el cojuelo, alzando un dedo—. Mantén la cabeza fría y, pase lo que

pase, estate preparado para retirarte sin chistar en cuanto huelas la más mínima negativa en el aire.

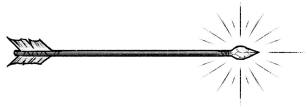
Él hizo un asentimiento ambiguo, por complacer a Lucio más que nada. Ni las huestes del infierno podrían separarlo de su princesa; el único «no» que le importaba era el que podía darle ella.

—Pues que todas las deidades conocidas y por conocer nos concedan su favor durante los fuegos del Beltán.

A falta de copa con la que brindar, se sacó la bota que portaba en el cinto, llena de vino para la ocasión —y por si había que desinfectar algo, cosa probable en aquellos lares traicioneros—. Tras tomar un trago, se la ofreció a su padrino.

—Y que el Firmamento alumbre el sendero de los amantes idiotas —añadió este con una sonrisita irónica, y bebió también.

Brindaron con un choque de nudillos mientras los cuervos, buitres y quebrantahuesos cantaban sus elegías en torno a ellos.



Conforme avanzaban los días, los correteos de Lucio de un lado a otro del Velo se multiplicaron. Solo asomándose a Bosqueterno y contrastando fechas con los sirvientes de palacio podía calcular el momento exacto en el que abrir el portal para que Talía y Salazar llegasen a tiempo a la fiesta. Llegar demasiado pronto los obligaría a tener que pasar en Bosqueterno todavía más tiempo del deseado —a lo que Salazar no pensaba exponerse si podía evitarlo—, pero un pequeño error de cálculo podía suponer llegar con horas de retraso. Cosa inaceptable, ya que era mandatorio que Talía estuviera presente durante el encendimiento ritual de la hoguera.

Salazar aguardaba al aviso definitivo de Lucio en el amplio vestíbulo del castillo. Merodeaba sin descanso al pie de una escalinata, seguido de Martín, que no dejaba de toquetearle el atuendo para asegurarse de que todo estaba en prístinas condiciones.

Sobre una camisa ligera y calzas de seda plateada, vestía su mejor sayón, una preciosidad de un negro profundo. Debía de haberle costado una fortuna a su dueño original, quienquiera que fuese, y Salazar no recordaba habérselo puesto nunca. Lo había estado reservando para una ocasión especial.

Y no se le ocurría evento más significativo que conseguir la mano de Talía.

—¡Fu! ¡Cómo me gustaría acompañaros a la fiesta! —refunfuñó Martín.

—Sabes que, si pudiera, te llevaría.

—Ojalá hubiera bailes aquí también. Con invitados distinguidos y músicos de verdad...

—Quizá en el futuro, si todo va bien —se atrevió a decir el brujo, y el duende parpadeó, sorprendido. Antes de que pudiera preguntarle al respecto, añadió, en tono conspiratorio—: Además, te necesito aquí. Tú eres el único que puede mantener el orden durante mi ausencia.

Esa sensación de importancia consoló al martinico, que infló el pecho como un gallito.

—También es verdad. —Salazar volvió a merodear, y él a perseguirlo—. Deja de removerte. ¿A qué viene tanto nervio? Estás guapo. Pareces...

—¿Noble? ¿Digno? —musitó el brujo, recolocándose los collares para que cayesen con garbo sobre la pechera. ¿Era impresión suya o le temblaban los dedos enguantados?

—Un príncipe... «vampiresco», diría yo.

—Me sirve.

—Ese negro te hace muy pálido. ¿Seguro que no quieres que te ponga un poco de colorete?

—Lo que me faltaba, presentarme en la corte pintarrajeado como una meretriz —replicó Salazar.

Un susurro de faldas procedente de lo alto de la escalinata lo interrumpió. Al levantar la vista, su agitación quedó suspendida, como si hasta su mente contuviera la respiración ante la imagen de Flordemuerte.

—Vaya, eso es... una declaración de intenciones —murmuró Martín, boquiabierto.

Por un momento, le costó reconocerla. Fue como si la viese por primera vez: una hermosa criatura escapada de un cuento de medianoche. Las capas del vestido eran de un ciruela oscurísimo y ceñían su talle, resaltando sus delicadas curvas, para luego caer y fluir a ras del suelo, ligeras como las alas de una gran mariposa carbonizada. Había adornado sus brazos expuestos con brazaletes y cadenitas de plata, y su piel parecía porcelana veteada de sangre al contraste con el tono gangrenoso del vestido.

Lo más inusual, sin embargo, era el peinado. Su cabellera se alzaba como una media luna tras las orejas, recogida en dos voluminosos cuernos rojos que le daban un aspecto fiero y enervante, como una tijereta desplegando las pinzas. El recogido le apartaba el pelo de la cara y del cuello, dejando ver sus flores de doncella en todo su esplendor.

Y, por si eso no fuera poco, conforme bajaba las escaleras hacia él, Salazar reparó en las estacas de hueso intercaladas en la plata de sus pendientes y lo recorrió un escalofrío de satisfacción. Talía había elegido lucir con orgullo la marca que él había dejado en ella.

Llegó hacia él y titubeó, insegura ante su silencio pasmado.

—¿Crees que es excesivo? —Se alisó la falda—. Aunque las telas que me envió Adelfa estaban bien, se me ocurrió añadirles un tinte a partir de mis propias flores. Tuve que hacer bastantes pruebas hasta conseguir la tonalidad que quería, pero...

—Pareces una reina —dijo el nigromante.

«Mi reina», pensó, incapaz de contenerse. Se fijó en las costillas peladas que ella había usado como armazón interno para su peinado, cuyas puntas asomaban como colmillos desnudos entre el granate.

Jamás había visto criatura más hermosa. Quería comérsela.

Ella se rio, pero su mano temblaba cuando tomó la de él.

—¿Me habré excedido?

Martín tenía razón. Cada parte de ese atuendo era una elección consciente, una demostración silenciosa de hasta qué punto el Páramo y su señor habían calado en Mortalía. Sabía que eso escandalizaría a más de uno en la corte y, aun así, había decidido correr el riesgo. Si lo hacía por él, por sí misma o por los dos, tanto le daba a Salazar. El resultado era idéntico: le ardían las venas con el deseo de recorrerla con las manos y la lengua, de venerarla hasta con sus huesos, si ella se lo pedía.

—Estás preciosa —dijo con reverencia. Se acercó a su amada y le acarició el brazo desnudo, susurrando contra su sien—: Todos querrán bailar contigo esta noche..., y no solo bailar.

La joven soltó una risa floja, como si solo su contacto bastara para robarle el aliento.

—Ay, mi dulce brujo. Mucho me temo que tú serás el único dispuesto a acercárseme tanto.

—Mejor. Preferiría no tener que matar a nadie —ronroneó él. Le rodeó la cintura y tiró de ella hasta pegarla a su pecho.

—Qué violento, señor Salazar —murmuró coqueta.

—¿Por ti? Loco perdido estoy, ya lo sabes.

—Tú también estás muy guapo. —Flordemuerte le pasó las manos por la pechera, alineándole los amuletos con mimo—. A lo mejor eres tú quien se pasa la noche rodeado de moscones.

—Pues estarán perdiendo el tiempo.

Una bocanada de viento, seguida de un carraspeo, los hizo volverse hacia Lucio. Acababa de aparecer junto a Martín, quien hasta entonces había asistido al amoroso diálogo con las orejas coloradas.

—Es la hora. Cuando queráis nos vamos.

Si bien había seguido los pasos para vincularlo al Páramo, Salazar no tenía la menor intención de usar el amuleto entregado por Jara, a menos que no le quedasen alternativas. No se fiaba de abrir en su dominio un portal fabricado por alguien que no fuese de su absoluta confianza, y los artesanos hechiceros del rey Mirtalón no le inspiraban ninguna. Así se lo había explicado a Talía, y esta se había mostrado de acuerdo.

—No es justo que te pidan asistir sin más protección que tus alhajas, y menos si esperan que te hospedes con nosotros durante las tres noches del Beltán —le había dicho—. Deberían haberte dado permiso para acudir con tu escolta de esqueletos, como la última vez, aunque los hubieras mantenido apartados de la fiesta. Creo que te has ganado de sobra el derecho a entrar en nuestro reino tan blindado como consideres oportuno.

—Pero de ese modo tu gente desperdiciaría la oportunidad de recordarme que, hasta que vuelvan a precisar de mi ayuda, no soy más que otro mortal al que demostrarle quién manda.

Talía había bufado, indignada con los absurdos juegos de poder de su gente.

—Haces bien entonces en usar a Lucio sin que nadie se entere. Si luego alguien lo ve por allí, diremos que ha venido por otro camino para estar contigo. Los cojuelos viajan tan rápido que nadie lo cuestionará.

En teoría, ya debían de estar fabricándoles otro amuleto de portal en Bosqueterno para que lo usaran en el viaje de vuelta, al concluir las fiestas. Sin embargo, la creación de un amuleto de traslación tan refinado era un proceso extremadamente farragoso, que muy pocos hechiceros podían ejecutar, y solía llevar semanas, cuando no lunas.

Acostumbrado a la dejadez y las jugarretas de los feys, Salazar no descartaba la posibilidad de que el rey intentase retenerlos en palacio más tiempo del acordado con la excusa de que el amuleto no estaba listo. Cuando compartió su paranoia con Talía, ella, en vez de ofenderse, consideró la posibilidad.

—No sé cuánto querrá gozar de mi presencia, visto lo visto, pero, si algo he aprendido, es que mi padre puede ser caprichoso.

Si, por cualquier motivo, Salazar necesitaba salir de Bosqueterno, contaría con la salvaguarda de Lucio, pero también conservaría a mano el amuleto de portal que ya tenían. Solo por si acaso.

—Dame el brazalete, yo te lo guardaré —pidió Talía, devolviéndolo al presente—. Capaces son de cachearte en cuanto lleguemos, y no quiero que vean que no lo hemos utilizado.

Salazar se lo sacó del bolsillo y se lo dio. Lo complacía enormemente verla tan decidida a regresar con él al Páramo tan pronto como terminasen las fiestas. Talía llevaba poco más de dos meses allí. Aún quedaban casi cuatro para que el trato llegara a su fin, pero, si jugaba bien sus cartas, esas cuatro lunas podrían prolongarse durante el resto de sus vidas.

—Y he de tener una seria conversación con mi hermana —añadió ella mientras se guardaba el amuleto bajo el corpiño.

—No te molestes. La noche ya va a ser movidita de por sí, y debemos estar allí unas cuantas. Tengámoslas en paz, en la medida de lo posible.

—Descuida, será una conversación pacífica. Pero de esta no se libra, la entrometida.

Siguieron a Lucio al exterior. La noche temprana los bañó con el azul de una luna desvaída. Mientras el cojuelo abría el portal a Bosqueterno, Talía aferró la mano de Salazar.

—He extrañado poderosamente mi reino, pero, al mismo tiempo, todo ha cambiado tanto desde que me marché... Yo he cambiado. Sin embargo, ellos siguen siendo los mismos. —Alzó la cabeza para mirarlo. Un tremor sacudía los morados de sus iris—. Tengo miedo. ¿Qué haré cuando me halle de nuevo frente a mi padre? ¿Cómo me afectará estar allí otra vez?

—No te hará nada que no te hubiera hecho antes. Y yo estaré contigo, si te sirve de algo.

—Gracias. Eso me da valor.

—Me alivia oírlo, porque yo estoy acojonado —admitió él, en tono inexpresivo.

Talía se rio y se puso de puntillas, indicándole que se inclinase hacia ella. Salazar jamás podía resistirse a un gesto tan adorable.

—Tomad, mi nigromante: un besito de valor para las tres largas noches que nos aguardan —dijo ella, y le dio no uno, sino un montón de besos en la mejilla recién afeitada.

«Cuidado, cariñosa, o acabaré pidiéndote matrimonio aquí mismo y mataré a Lucio de un disgusto».

Guardarse el secreto de sus intenciones delante de Talía se volvía más difícil cuanto más pasaban juntos, ya fuese en sus aposentos o fuera de ellos. Pero ya no tendría que esperar más. La anticipación le chisporroteaba en las entrañas. Iba a hablar con el rey y a

declararse formalmente a Talía. Jamás había estado más seguro de algo en su vida. Cada vez que reflexionaba sobre ello, lo recorría una sensación efervescente, que no sabía si se asemejaba más al terror o a la euforia.

Debía ser paciente y calcular bien sus movimientos antes de lanzarse en picado, como buena ave de presa. Necesitaba tantear el terreno y, sobre todo, al rey.

«Solo una mente fría me permitirá ver cómo, y cuánto, puede este pájaro acercarse al cuélebre sin que le arranquen la cabeza de un mordisco».

La brecha circular se ensanchó y Lucio los urgió a cruzarla. Princesa y nigromante se cogieron de la mano y, tras compartir una mirada cómplice, cruzaron junto al diablillo el portal hacia Bosqueterno.



Aparecieron en un claro apartado del bosque. Una agradable brisa que olía a brotes tiernos les onduló las ropas mientras se reponían del mareo del portal. La bruma baja e iridiscente, tan típica de las noches feéricas, los envolvió a la altura de las rodillas.

Talía cerró los ojos y respiró hondo, absorbiendo el murmullo grave de los árboles sobre ellos, el verdor que todo lo preñaba con su frescura. En cuanto se concentró un poco, pudo sentir la Tierra palpitando bajo sus pies con una canción hecha de agua, raíces y

vida. Empapó sus sentidos de dríade como una avalancha esmeralda, tan abrumadora que necesitó agarrarse al brazo de Salazar para no perder el equilibrio.

—¿Te encuentras bien? —Él la sujetó, preocupado.

—Sí. Es solo que el Páramo y Bosqueterno son muy opuestos y la transición es demasiado chocante para mis sentidos. Me habré aclimatado en un rato.

Aunque habían aparecido lejos de la fiesta, desde allí ya podían oírse las carcajadas y las canciones de los feys. Lucio cerró el portal a toda prisa.

—Aunque no me veas, estaré cerca, así que cuidado con lo que haces —le dijo a Salazar, antes de desvanecerse entre la bruma, fundido con las sombras.

Al poco, dos centinelas armados y cuatro doncellas vestidas de plata les salieron al encuentro con tibias sonrisas de bienvenida. Debían de llevar un rato apostados en la zona, esperando detectar el desgarrón de un portal en el aire, la señal de que sus invitados habían llegado.

Cuando se detuvieron a una distancia prudencial de ellos, la sorpresa inundó sus caras. No fue hasta varios latidos después que Talía se dio cuenta del porqué: nadie en Bosqueterno, salvo Jara, tenía la más remota idea de hasta qué punto había cambiado su aspecto. La miraban con el recelo habitual, pero también con algo parecido al asombro. Como si se hallaran ante el fantasma de lo que debería haber sido, o lo que aún podía ser, y todavía no supieran si eso era esperanzador o terrorífico.

—Bienvenidos, princesa Flordemuerte y Salazar el Carroñero. Llegáis justo a tiempo. —La más bajita de las doncellas se adelantó con una reverencia solemne que hizo botar sus antenas de polilla—. Seguidnos. La familia real os espera.

En silencio, los guiaron por un sendero bordeado de helechos que brillaban como turquesas deshilachadas a la luz de la luna llena. Talía inhaló la frescura del aire con un suspiro de placer. Mientras caminaba junto a Salazar, dejó que su mirada vagase entre las luciérnagas y los fuegos fatuos que flotaban perezosos a su alrededor. Su resplandor titilante se reflejaba en el musgo, acariciaba los helechos y arrancaba destellos de las alhajas de la comitiva.

El vozarrón de Jara hizo que el corazón le diera un vuelco.

—¡Hermana! ¡Al fin llegas!

Apareció trotando entre los árboles, seguida de un puñado de duendecillos. Lucía formidable en aquel peplo verde uva, que realzaba el suave marrón rosado de su piel. En sus brazos centelleaban joyas de bronce y un voluminoso collar hecho con colmillos y cáscaras de escarabajo adornaba su esbelto cuello. Talía ya contaba con que su hermana también se habría adornado con huesos, pero, aun así, la alivió comprobar que no sería la única yedrasi con ellos encima.

Los duendecillos ahogaron gritos al ver a los recién llegados. Se quedaron atrás, dándose codazos entre cuchicheos mientras Jara se adelantaba para tomar a Talía de los brazos y cubrirla de besos.

—Por el Firmamento, ¿quién es esta Mortalía de aspecto tan fiero y qué ha hecho con mi hermanita mustia? —exclamó. Luego añadió en voz baja, solo para las dos—: ¿Acaso te mordió un nigromante en luna llena?

Antes de que Talía pudiera chistarle, apurada, Jara soltó una carcajada y la estrujó en un abrazo con cuidado de no despeinarla.

—Mi hermosa y necrofílica hermana, cómo me alegra verte de nuevo en casa. ¡Hay tanto que quiero enseñarte! Trofeos de mis viajes, chismes que te harán chillar...

—¡Ya ansío oírlos!

—Tendrás que pasar mucho rato conmigo en los días venideros, entonces.

—Siempre que eso no implique dejar solo durante demasiado tiempo a mi pobre anfitrión...

—Ah, sí. Salazarín, nuestro lóbrego anfitrión tornado en huésped. —La dríade se volvió hacia él, que aguardaba con las manos tras la cintura, armado de paciencia—. ¿Cómo podría olvidarme de él?

—Fácilmente, asumo —respondió este, no sin cierta sorna.

—Descuida, mortal. Si en algún momento te me despistas, solo habré de seguir el olor a carroña.

Talía le golpeó el brazo con el dorso de la mano y le lanzó una mirada cáustica de advertencia.

—Vigila esos modales, hermana —siseó, para que solo ella la oyese—. Ya tengo razones de sobra por las que tirarte de las orejas. Estoy al tanto de lo que hiciste, y déjame decirte que tu plan de ahuyentar a Salazar no salió como esperabas.

Jara se enderezó hacia atrás, sacando papada, con los labios fruncidos en una sonrisita culpable. Su atención saltó con picardía entre ambos.

—¿Seguro? Yo diría que ha salido *demasiado* bien, aunque aún está por ver para quién. —Se dirigió al humano, ya en voz alta—. ¿Qué, nigromante? ¿Al final has decidido meterte de lleno en esta danza con las hadas?

Salazar enarcó una ceja, y el pulso de Talía se aceleró al ver el brillo desafiante en sus ojos mientras le aguantaba la mirada a Jara.

—¿Acaso hay forma de evitarla, cuando uno trata con feys?

—Déjalo en paz, hermana —zanjó la mestiza, uniéndose al duelo de metáforas—. Salazar está dispuesto a bailar y, para que lo sepas, baila con un vigor y una constancia que ya quisieran muchos.

El brujo intentó mantenerse inexpresivo ante tan fervorosas declaraciones, pero lo delataron sus ojos desorbitados, de águila pillada a traición. A Jara se le escapó un ronquido nasal y estalló en carcajadas.

—Ay, qué bien nos lo vamos a pasar este Beltán —dijo, cuando logró reponerse—. Venid, ya os he entretenido suficiente. El ritual comenzará pronto y padre nos espera.

Los tres se colocaron a la cabeza de la comitiva y reanudaron el camino, encabezados por Jara.

—No creas que te escaparás tan fácilmente —le advirtió Talía, entre dientes.

Los sonidos de la fiesta crecieron conforme se acercaban al lugar donde se encenderían las hogueras: un inmenso claro rodeado de espesura, al pie de las terrazas exteriores del palacio yedrasi. Por toda la explanada ardían braseros de fuego feérico, del que iluminaba sin quemar, en tonos verdes, azules y rosados. Las luminarias aleteaban sobre las llamas y se elevaban hasta el cielo a lomos del aire caliente, de tal forma que el prado parecía lleno de altísimos pilares de estrellas; columnas para sostener la bóveda de la noche sobre el bosque.

Los árboles a ambos lados del camino se fueron llenando de haditas y rapaces feéricas, que seguían sus movimientos con ojos de niebla. Junto a la entrada, bajo un arco formado por dos fresnos entrelazados por las copas, una fey verdosa y gorda como un monolito montaba guardia, metida hasta el vientre en una poza. Cuando los vio llegar, se aupó con esfuerzo a la orilla, e igual que una rana infló su pecho y su garganta, preparada para anunciarlos formalmente.

El corazón de Talía se convirtió en un martillo amenazando con romperle las costillas. Iba a enfrentarse de nuevo a la

muchedumbre. A sus hermanas. A su padre, que se había negado a verla durante más de dos meses y que quizá la recibiese con frialdad. Deseaba agarrarse al brazo fuerte de Salazar y refugiarse bajo él, pero se contuvo. Ya no estaban en el Páramo.

Volvía a ser la hija del rey, y como tal debía comportarse.

—¡Oíd y mirad! —proclamó la fey con un vozarrón tan inmenso como su figura—. ¡La princesa Flordemuerte y Salazar el Carroñero se unen al Beltán!

La música se tropezó, se apagaron las conversaciones. De una punta a otra del claro, los rostros se volvieron hacia ellos por cientos, cargados de una expectación que se parecía demasiado al hambre.

Talía y Salazar se adentraron en el prado, acompañados por Jara.

Cada paso que daban desencadenaba una oleada de jadeos estupefactos y cuchicheos entre la multitud. Su pasmo les llegaba en fragmentos, distorsionado por la música y por el zumbido de sus propios oídos.

—Qué lozana se ve...

—Huele más a muerte que nunca.

—Nunca pensé que pudiera ponerse tan hermosa.

—Seguro que esas flores te envenenan con solo tocarlas.

—Cuando su familia la vea...

—Quizá el rey se regocije.

—No, estará furioso.

—¿La han arreglado o la han dejado peor?

—Mirad cómo camina junto al mortal, como si fueran iguales...

—¡Salve, princesa!

—Tal para cual.

«Cabeza alta. Mirada al frente. Tienes derecho a estar aquí, como cualquiera de ellos».

Aun con el pulso hecho puñetazos y la boca seca, Talía se mantuvo firme mientras los murmullos y las muecas la golpeteaban como gotas de lluvia, calándola hasta ponerle la piel de gallina. Sí, se llevaba tan bien con el brujo que había decidido hacer la entrada a su lado, y sí, había vuelto más fuerte y atrevida; al menos, lo justo para plantarles cara de nuevo sin encogerse como una oruga. Que se rieran y torciesen los morros cuanto gustasen. Ya no era la bastardilla temerosa a la que habían despedido en aquella alba lejana.

«No volveréis a doblegarme tan fácilmente, pues he reforzado mi espinazo con el hierro y las flores que tanto temíais», pensó, atónita ante su propio descaro.

El gentío se fue abriendo a su paso como una cortina de sedas, alas y hojas. Nadie quería rozarlos, pero tampoco perderse detalle. En el corazón de la explanada los aguardaba el rey Mirtalón, hierático, ataviado en galas cobrizas y alhajas de oro, que realzaban el poderío nervudo de sus extremidades. Su corona astada reflejaba la luz de los braseros como un grito silencioso de garras y colmillos. Arceúsa y Terebinta lo acompañaban. La primera contemplaba a Talía con los labios apretados y un brillo de alarma indignada en los ojos; la segunda jadeó, boquiabierta, y las espigas de su cabellera se encresparon como si alguien le hubiera puesto una cuchilla de hierro en las narices.

Para cuando los alcanzaron, el prado entero parecía contener el aliento. Hasta la música sonaba tenue y desganada, pues sus artífices preferían prestar atención a tan tenso reencuentro antes que seguir tocando para un público que se había olvidado de bailar.

Talía saludó a su padre con una delicada reverencia; la de Salazar fue más pronunciada.

—Nigromante —saludó Mirtalón, antes de centrarse en su hija.

La contempló durante lo que se le hizo una eternidad. Parecía que lo estuviera visitando no su hija, sino un fantasma del pasado. Por su rostro pasó un relámpago de orgullo, seguido de un trueno oscuro, que Talía no pudo descifrar, pues desapareció tan rápido como había llegado. De lo que no cabía duda era de que su aspecto había causado en su padre una impresión capaz de quebrar momentáneamente su entereza.

—Acércate, hija.

Por un instante, el valor la abandonó. Las expresiones iracundas de sus hermanas la aplastaban y picoteaban, y la figura imponente de su padre se alzaba frente a ella como un acantilado, tan alto que daba vértigo solo de mirarlo. Se sintió diminuta, una chiquilla embutida en un disfraz pretencioso, en un gesto de rebeldía tan transparente como ridículo.

Se clavó las uñas en las palmas y aguantó con la barbilla alzada y la mirada fija en las rodillas de su progenitor.

—Mi Mortalía regresa a casa convertida en una doncella oscura —dijo este, señalando los pétalos arracimados en sus sienes y tras sus orejas—. Al final va a ser verdad que algunas flores, cuanto más tardías, más bellas y duras florecen.

La mueca disgustada de sus hermanas dejaba claro que, si por ellas hubiera sido, a Talía no se le habría dado la oportunidad de abrirse siquiera.

—Persistente es, desde luego —masculló Arceúsa con una sonrisa tensa.

—Y olorosa —añadió Terebinta.

—Por fortuna para ella, su padre tolera mejor el olor de la putridez que el de la imprudencia.

Ante el tono de advertencia del rey, la segunda princesa apretó los puños y calló, con los pómulos teñidos de bilis. Mirtalón se adelantó

unos pasos hacia Talía.

—Mi pequeña mestiza. Has ganado lustre, pero para mí sigues siendo liviana como el día que te encontré —dijo, y la agarró por los costados para alzarla como si no pesara nada.

La abrazó, como si nunca hubiera renegado de ella. Como si el castigo hubiera estado solo en la imaginación de Talía. El aire escapó de sus pulmones como una explosión de alfileres. Y siguió escapándose, poco a poco, conforme los brazos de su padre la estrechaban como las ramas duras de un árbol, clavándosele en la carne. Casi dolía, pero ella descubrió que ya no le importaba.

—¿Me has perdonado ya, padre? —se atrevió a susurrar contra su cuello. La antigua Talía jamás habría osado echarle nada en cara, ni siquiera disfrazándolo de disculpa.

—Elegí lo que en su momento pareció más adecuado, mas incluso un rey tozudo puede recapacitar, a su debido tiempo. ¿Acaso hay que perdonar a la culebrilla por morder cuando la acorralan? No hay maldad ahí; es su naturaleza.

No supo cómo tomarse eso. Al contrario que para los mortales, para los feys las serpientes no se consideraban un animal vil, ni siquiera un signo de mal agüero. Sin embargo, en la respuesta ambigua de su padre percibió algo que no terminó de satisfacerla, pues la hacía sentirse como una criatura de impulsos, ingobernable hasta para sí misma.

—A pesar de las decisiones que tuve que tomar, has de saber que te he extrañado amargamente, mi niña preciosa. Intenta no separarte mucho de tu padre durante estas noches —susurró él, suavizando su malestar.

La dejó en el suelo y le besó la frente, para luego darle un dedazo juguetón en los pendientes de plata y hueso. Talía sonrió, enjugándose una lagrimilla traicionera.

Su padre la quería. A su modo raro y punitivo, pero la quería.

Con eso le bastaba.

Después de todo, él ya no era el hombre al que ella más amaba. Podía permitirse quererlo, pero con menos desesperación, y darse cuenta de ello la hizo sentirse más sólida, menos rompible.

«Dioses. Sí que he cambiado».

—No soy el único que ha contado las noches hasta tu regreso —añadió su padre, y señaló a la fila de sirvientes a su espalda.

Adelfa apareció corriendo entre ellos con un grito de felicidad, que Talía le devolvió, sin importarle que toda la corte estuviera mirando. Las dos chocaron en un abrazo, y las lágrimas del aya le empaparon la falda y también la cara, cuando la princesa se agachó para recibir todos los besos que Adelfa no había podido darle en meses.

—¡Ay, mi flor! ¿Cómo resplandeces así? ¿Qué había en ese lugar que te ha hecho florecer?

El aya miró entonces a Salazar, y quizá fueron imaginaciones de Talía, pero le pareció que le sonreía con gratitud, y que este le respondía con una pequeña inclinación de cabeza.

—No debo entretenerte, mi niña; las hogueras te aguardan. Diviértete esta noche, vigila que no molesten mucho a tu acompañante, y mañana nos contaremos todo lo que haga falta con una bandeja de pasteles de por medio, ¿sí?

—Sí, por favor.

Adelfa volvió a cubrirla de besos y tomó con cariño su rostro entre sus manos arrugadas. La suya era la caricia de una madre, de una abuela, de la misma Tierra.

—Estás preciosa. Has hecho algo hermoso con mis telas. Qué orgullo para esta vieja hilandera. —Se acercó a su oído, en tono conspiratorio—. Pero ándate con cuidado: esta belleza que has

adquirido en el Páramo es como un estilete de hierro. Mantenla envainada, no sea que apuñales a alguien sin querer.

Talía sonrió y le besó las manos. Le hubiese gustado no despegarse de ella, pero el aya se despidió para volver con el resto de los sirvientes.

La multitud contuvo el aliento cuando el rey alzó una garra, en una petición muda. Una dríade menor se le acercó y depositó en su mano una antorcha apagada, hecha a partir de ramas de tejo.

—Las yedrasi se reúnen un Beltán más —anunció Mirtalón—. Encendamos la hoguera sagrada.

Todos se acercaron al centro de la explanada, donde un mosaico de piedras dibujaba una enorme espiral. En medio, sentado, se hallaba un fey anciano, grande como un menhir. Su piel era un amasijo retorcido de arrugas; todo él parecía hecho de la retama más seca. Un corrillo de trasgos lo adornó con guirnaldas de flores secas y cintas de seda, bordadas con runas que brillaban como cobre líquido. Haditas voladoras se posaron en él, corretearon por su melena entre gorjeos y vertieron el vinagre ritual sobre su cabeza. El anciano las dejó hacer con una sonrisa cansada y paciente, mientras el vinagre le chorreaba por las greñas canas.

Talía buscó con la mirada a Salazar. Este se había apartado a un rincón relativamente tranquilo desde el que presenciar el ritual, al pie de uno de los pocos árboles solitarios que se atrevían a crecer en la explanada.

Se tensó al divisar cómo un duendecillo asomaba entre el follaje, justo encima del brujo. Su rostro enrojecido y sus movimientos torpes delataban su embriaguez. El sinvergüenza miró a Salazar y empezó a aflojarse los calzones, riéndose entre dientes.

Un grito de advertencia se le atoró en la garganta, sin llegar a salir, pero entonces un borrón ceniciento surcó las ramas hacia el

granuja, con la mano abierta. A Talía casi le pareció oír el «plaf», y lo siguiente que vio fue al duendecillo sobrevolar el prado, medio inconsciente, y aterrizar de cabeza en una mesa de dulces. Nadie pareció darse cuenta, absortos como estaban en el ritual.

«Bien te está, so asqueroso». Resopló, aliviada. Podía centrarse en atender la ceremonia sin temor a que alguien le hiciera una trastada a su nigromante. Con Lucio estaba en buenas manos.

Mirtalón y Arceúsa se adelantaron hacia el gigante ungido. El rey alzó la antorcha mágica.

—Préndete —ordenó, y esta se encendió con un chisporroteo de llamas; fuego auténtico, naranja y abrasador, que arrancó gritos del gentío.

Talía tragó saliva ante la imagen de su padre, antorcha en mano. Tuvo que recordarse que aquello no era una de sus pesadillas, sino la vida real, y en la realidad su padre la quería, a pesar de sus imperfecciones. No pensaba quemarla en ninguna pira.

Como marcaba la tradición, Mirtalón le pasó la antorcha con solemnidad a su primogénita, pues ya tenía edad para tomarle el relevo en el ritual si él la consideraba digna. Los ojos de Arceúsa centelleaban de orgullo cuando asió la antorcha y la alzó ante su pueblo expectante.

—Henos aquí reunidos, el orgulloso pueblo de Bosqueterno, para reimpulsar el ciclo perpetuo que nos sustenta desde el inicio de los tiempos —proclamó con una voz melodiosa e implacable, de futura reina—. Con esta llama, convocamos a la muerte. Con esta llama, convocamos a la vida. Que el fuego purgue lo viejo y lo torcido, que consuma el peso acumulado sobre nuestras espaldas. Que abrase la rama podrida para que la raíz pueda germinar de nuevo, fuerte y libre de impurezas, en armonía con la Creación. Sean las Estrellas testigo de nuestro propósito, y que la Tierra nos ayude a cumplirlo.

Mientras hablaba, su mirada se clavó en Talía, llameante como la antorcha misma, y sembró espinas de miedo en su interior. El discurso era el de siempre; como llevaba siendo durante miles y miles de ciclos. Para los mortales, el tiempo era una línea; para el Bello Pueblo era, en todo caso, un círculo.

Sin embargo, pronunciado por Arceúsa, aquel rezo adquiría tintes de amenaza. Podía leerla en el fuego reflejado en su sonrisa dentuda. Flordemuerte era un pequeño pero inquietante manchurrón en ese círculo perfecto, que la mayor tenía toda la intención de purgar el día que el rey ya no estuviera y la corona brotase al fin en su cabeza.

Mortalía intentó ignorarla. Arceúsa y Terebinta siempre estaban igual. Mirtalón aún era vigoroso: podrían pasar décadas hasta que la Tierra lo reclamase de vuelta. Nadie esperaba una sucesión en el futuro próximo.

«¿Quién sabe? —se dijo, tratando de reconfortarse con cálculos lóbregos—. Los yedrasi son más longevos que los mortales o mestizos. Para cuando a Arceúsa le llegue el turno de reinar, tanto el nigromante como yo podríamos llevar años muertos».

«Pero ¿qué será de lo que hubierais construido juntos? —le susurró una vocecilla interior, curtida por la experiencia—. ¿Crees que Arceúsa y Terebinta se olvidarán de ti una vez que te retires a los confines del mundo? ¿O vendrán a derribar tus torres y quemar tus jardines, segar a la prole nacida de tu vientre...?».

Una hebra de pánico se le enredó en las entrañas.

«Para ellas, la deshonra de su padre jamás será borrada mientras quede un resquicio de tu existencia en este mundo».

Era consciente de que estaba adelantándose a los acontecimientos. ¿Quién le había dado a ella venia para trasladarse indefinidamente al Páramo? El nigromante no se lo había pedido,

desde luego. Ni siquiera había dado a entender que quisiera quedarse con ella el resto de su vida, mucho menos formar una familia juntos.

Eso era lo que *ella* deseaba.

Con todas sus fuerzas.

La revelación le encendió los adentros como un estallido de luminarias y le cortó la respiración.

«Tierra y estrellas. De verdad lo amo. Quiero ser su compañera. Para siempre».

Arceúsa arrojó la antorcha al fey reseco. El fuego se propagó por él, convirtiéndolo en una hoguera viva. Los alaridos del anciano resonaron por todo el bosque, pero él no se movió del sitio, no intentó escapar de la agonía. Se quedó allí, sentado, con la boca desencajada, mientras su grito se deshacía en cenizas y las cintas ondeaban en torno a él como tentáculos llameantes. En silencio reverencial, el gentío contempló cómo el sacrificio se consumía y se desmoronaba en una pila calcinada.

El corazón de Talía amenazaba con romperle el pecho, insuflado por sueños tan grandes como el miedo de que se los rompieran.

La muchedumbre empezó a entonar un cántico pulsante, cargado de expectación, que se aceleró en cuanto el primer estremecimiento sacudió las cenizas desde dentro.

Poco a poco, una figura menuda emergió entre crujidos. Era el fey, pero rejuvenecido en un chiquillo nudoso. Conforme se erguía, sacudiéndose el tizne, los cánticos se intensificaron. Las mismas haditas que lo habían atendido antes regresaron y volcaron vino sobre él. La bebida arrastró la mugre, revelando la tez nueva y broncínea del fey, salpicada de brotes verdes. Otra tanda de haditas lo coronó con guirnaldas de flores frescas. Solo entonces el niño

abrió unos ojos de ámbar chispeante, y extendió sus brazos, vigorosos y rebosantes de juventud.

—¡He renacido! —bramó.

Mirtalón aulló a la luna llena y la multitud enloqueció. El prado tembló bajo los chillidos y ululares de mil gargantas, acompañados por el tronar de tambores a ritmo de taquicardia y un trompeteo cuyo estruendo podría haber arrancado las estrellas del cielo.

El primer impulso de Talía fue encogerse y apartarse de esa locura. Esconderse donde nadie pudiera verla, a ella y a los locos anhelos que le palpitaban en el pecho.

«No. Ya no más. Soy Flordemuerte, la yedrasi que camina entre la masacre, hija del beso sangriento entre la Tierra y el Desgarro. Me niego a seguir viviendo en el terror y la vergüenza».

Apretó los puños y se enderezó cuan menuda era. No se dejaría someter ni por Arceúsa ni por nadie sin antes resistirse con uñas y dientes.

Ya no le temía tanto al fuego, mientras Salazar estuviese con ella.

Que las llamas consumieran a la frágil Talía del pasado e iluminasen el futuro que anhelaba junto a él. Que le dieran fuerza para plantarles cara a cuantos quisieran herirla y salir victoriosa.

Su nigromante no se merecía menos de la mujer que lo amaba.

Agarró la mano de Jara y aulló también a la luna. Aulló como la hija de Mirtalón, como la hija de una bruja, hasta que la tráquea le quemó con el sabor del humo y su propio furor le embotó los sentidos. En la distancia, Salazar sonrió.

La música inundó el campo con brío renovado. El rey retomó la antorcha y la acercó a las cenizas que había dejado el sacrificio. Ardieron al instante, como hierba seca, y el fuego se alzó con un rugido en medio de los feys, que ya se habían abandonado a la danza. Concluida la ceremonia inaugural, Mirtalón y sus hijas

mayores se retiraron a hablar con los invitados más distinguidos de la corte.

La mestiza se disponía a correr de vuelta con su brujo, pero entonces Jara atrapó su brazo con una sonrisa gigantesca.

—¿Adónde vas tan rapidilla? ¡Venga, a bailar! —gritó, lista para arrastrarla a un calidoscopio de luces, cuerpos y remolinos de telas.

—Pero Salazar...

—Deja que te eche de menos un rato. Os sentará bien —le susurró Jara, maliciosa.

Talía miró al brujo, insegura. Era fácil detectarlo entre la multitud, pues esta se iba apartando allá donde él fuera. Sin embargo, no parecía que el constante vacío a su alrededor lo molestase; más bien lo contrario. Él asintió y le hizo un gesto tranquilizador desde su posición bajo el árbol, animándola a divertirse con los suyos. Talía le sonrió y se relajó un poco en brazos de Jara.

Las dos empezaron a girar la una frente a la otra, con las manos en alto y las sedas flotando en torno a sus piernas. La música rebosaba una euforia a la que costaba resistirse. ¡Cómo la había echado de menos!

Aun así, era demasiado consciente de cómo el resto de los danzarines despejaba la pista a su paso, cuidándose de rozarla ni por accidente con un brinco mal calculado. Y esos eran los valientes, los que se atrevían a bailar en su proximidad. Se les notaba en el brillo temerario de sus dientes mientras la estudiaban de refilón, como si pudiera explotar en un caos de espinas en el momento menos pensado. Seguramente se preguntaban qué más sorpresas les depararían esas noches, antes de que Flordemuerte se volviera al Páramo para terminar de cumplir el acuerdo.

Querían lo de siempre: un espectáculo.

Lanzó otra mirada a Salazar, que contemplaba el baile de brazos cruzados. Un puñado de curiosos lo había rodeado a una distancia cautelosa e intentaba sacarle algo de conversación. Él les respondía sin muchas ganas, correcto pero distante, y declinaba los manjares que le ofrecían. Su talante severo ahuyentaba a cualquiera, pero, cada vez que sus ojos se encontraban con los de Talía, su expresión se dulcificaba y sus labios se curvaban en una leve sonrisa involuntaria.

Nada le habría gustado más que correr hacia él como una cervatilla. El no poder tocarlo y besarlo libremente, como cuando estaban solos en el Páramo, la llenaba de una frustración hambrienta, visceral como la de su bestia interior cuando olía su adorada muerte en el aire.

Sonrió con malicia.

¿Los súbditos querían que los entretuviese? Muy bien. Para eso estaban las noches como esa: para cumplir deseos.

Ensanchó la sonrisa, se alejó de Jara y danzó hacia el límite de la pista de baile. Los espectadores de la primera fila, incluidos los moscones de Salazar, retrocedieron varios pasos al verla aproximarse. Un placer territorial burbujeó en su vientre.

«Apartaos. Este es mío», pensó, empezando a emborracharse de su osadía recién descubierta y del efecto que provocaba a su alrededor.

Cuando se plantó frente a él, Salazar apenas podía disimular la complicidad en sus ojos. La repasó de arriba abajo, elevando las cejas en un gesto inconfundible de «Algo tramas, que te conozco».

—¿No os animáis a bailar, señor nigromante?

Él se aclaró la garganta, entrelazando las manos tras la cintura.

—Me temo que no se me da bien bailar suelto.

Ni siquiera entonces apartó la vista de ella, ignorando a todos los que observaban el intercambio entre murmullos y risitas. Su estoicismo solo lo volvía más irresistible. El ritmo de la música se calmó para dar paso a una melodía vivaz que parecía mecerse, como un péndulo.

«Mira que sabes, picarón».

—¿Y agarrado? —Ella juntó también las manos tras la espalda y ladeó la cabeza, dejando caer sus párpados pintados de violeta.

Él levantó una ceja con la diversión en sus labios y el deseo en sus pupilas, y un ramalazo de calor subió por el interior de Talía.

—Agarrado me defiendo bastante mejor.

Tomó la mano que ella le ofrecía y se adentraron en la pista. El griterío en torno a ellos descendió a un borboteo de murmullos. Acababan de convertirse en el centro de todas las miradas. Incluso el rey se había parado a observarlos desde la terraza que presidía el prado, seguido por varios cortesanos. Su atención le quemaba en el rostro como un rayo concentrado de sol. No parecía molesto, tan solo ligeramente interesado, pero eso no impidió que un nuevo soplo de pánico la asaltase.

Su vida la había condicionado a pasar desapercibida. En ser invisible estaba la salvación. ¿Por qué de pronto ansiaba ser vista? ¿De dónde le venía esa euforia tan rábida, esas ganas de sostenerle la mirada a cuantos la rodeaban? ¿Acaso se había drogado con sus propios sueños, hasta el punto de perder la prudencia?

Entonces Salazar se le colocó delante, oscuro y acogedor como el manto de la noche. Sus dedos se entrelazaron con los de ella, firmes y seguros, y Talía suspiró como si hubieran extendido un bálsamo por su piel enfebrecida. El galope de su corazón se estabilizó, adaptándose al vaivén de la música.

Con él no sentía deseos de esconderse, ni tampoco de demostrar nada: solo de brillar apaciblemente, prendida en la negrura aterciopelada de su pecho, como una estrella roja y extraña, pero palpitante de vida.

Él se había convertido en su hogar, y en el verdadero hogar no había terror ni pretensiones, solo armonía.

—¿Cómo se baila esto? —susurró el nigromante.

Talía dio un giro tentativo bajo su brazo y le colocó las manos en los hombros.

—Como nos plazca.

Salazar, todavía nervioso, dejó que ella tomase las riendas. Poco a poco, entre choquecitos, pisadas a destiempo e instrucciones susurradas entre risitas, consiguieron amoldarse a una coreografía sencilla, que el brujo dominó con una rapidez impresionante para alguien tan poco acostumbrado a bailar.

—¿He de temer por mi pellejo, princesa?

Su aliento en la oreja le erizó la piel, y tuvo que recordarse que no podía derretirse en sus brazos, pues toda la corte estaba allí, con los ojos puestos en ellos.

—No estamos haciendo nada impropio —susurró ella—. Solo estoy bailando con mi anfitrión, con el que he entablado una bonita amistad. Que no se diga en la corte que no soy educada. En cuanto a vos, simplemente me estáis dando el gusto, ya que no hay muchos que quieran bailar conmigo.

Él tiró con suavidad de su brazo, atrayéndola hacia sí.

—Y, por supuesto, los deseos de la princesa son órdenes para mí. —El tono de Salazar era una caricia en sí mismo—. Nos hemos convertido en el centro de atención.

—Que cuchicheen hasta que se les caiga la lengua. Era lo que iban a hacer, de todos modos.

Jara los miraba desde la distancia, sudada y con un refrigerio en la mano. La rodeaban varias de sus amigas rastreadoras. Cuando pasaron cerca de ellas, levantó las cejas y meneó la cabeza.

—Te veo un poco tieso, nigromante, pero no te mueves nada mal —dijo, y sonaba hasta complacida.

No era la única que los observaba con algo parecido al agrado. Por doquier, entre la marea de rostros deformados por las luces, Talía divisó más sonrisas parecidas. Divertidas, curiosas, sí, pero sin rastro de malicia. Como si estuvieran presenciando el inesperado desenlace de un cuento. Uno que no todos se habían visto venir, pero que, en retrospectiva, tenía todo el sentido del mundo, y no les disgustaba en absoluto.

—¿Qué le pega más a Flordemuerte que el Carroñero? —Oyó que le decía alguien a su compañero de baile.

El júbilo titiló en el pecho de Talía, y no le importó si el comentario nacía de la comprensión o de la burla.

Si hasta en Bosqueterno lo veían factible, tal vez sus sueños no fueran tan locos. Quizá quedarse con Salazar fuese lo mejor, no solo para ella, sino para su pueblo.

«Si de verdad las estrellas pudiesen hilar un destino tan perfecto para nosotros, qué maravilloso sería».

Se rindió a la mano de Salazar en su cintura, a la caricia involuntaria de sus dedos enguantados en sus brazos cada vez que le hacía dar una vuelta. Su presencia la guiaba, tiraba de ella con la fuerza inevitable de los astros, y juntos giraban y giraban y giraban, a un ritmo que cada vez se fue desligando más del de la música para convertirse en un lenguaje sin palabras que solo ellos podían comprender...

Y entonces la música se extinguió con un último lamento de cuerdas. Ambos se detuvieron, confusos, con las manos aún

entrelazadas. Apenas se habían dado cuenta de que la canción llegaba a su fin. Se soltaron a regañadientes y, al igual que el resto de las parejas, finalizaron la danza dedicándose una mutua reverencia. El sudor bajaba por la piel del cuello de Salazar, salpicado de algunos pétalos que habían escapado de la melena de Talía durante los giros. Dioses, cómo envidiaba a esos pétalos.

Mientras luchaba por recobrar el aliento, el brujo le sonrió de medio lado con una complicidad que desató un temblor por sus rodillas.

Ella sonrió también, con el pecho agitado.

«Si el universo está por fin colocando cada cosa en su sitio, que mi lugar esté contigo hasta el fin de los tiempos».

Un sirviente de piel azulada apareció junto a ellos, sobresaltándolos.

—Disculpadme la interrupción. El rey desea hablar con el nigromante.



Ambos se miraron, extrañados.

—Querrá un informe sobre mi estancia en el Páramo. Debe de estar muy impaciente por enterarse de todo —sugirió Talía, pues era la única explicación que se le ocurría.

El mensajero ni lo confirmó ni lo desmintió; solo indicó a Salazar que lo siguiera. A su alrededor, los juerguistas observaban el intercambio sin perderse detalle, incluso mientras se arrojaban a la siguiente danza. Finalmente, el humano asintió, con la respiración aún agitada. No le quedaba más remedio, si no quería ser grosero.

—Muy bien. Vayamos —dijo Talía.

Se dispuso a acompañarlos, pero el fey la detuvo con un cabeceo de disculpa.

—Es una audiencia privada, princesa.

La espinita del miedo brotó de nuevo en su interior. Quería protestar, pero no le serviría de nada. ¿Tenía acaso razones para ello? Mirtalón jamás había hecho un trato como aquel. Citar al brujo con tanta inmediatez no era más extraordinario que cualquier otro aspecto de su alianza.

—Está bien —respondió Salazar en tono conciliador—. Yo también quería hablar con su alteza, de todas formas.

Verlo tan sereno la tranquilizó.

—Os acompañaré a la terraza, entonces —dijo ella, y el sirviente no se opuso.

Lo siguieron entre el gentío, en dirección a las terrazas ajardinadas. Allí, entre setos fragrantes y celosías floridas, los invitados jugaban, conversaban en animada cháchara y compartían los brebajes de sus copas, cuernos y pellejos. Algunos se habían abandonado a sus amoríos y se metían mano al amparo de las sombras, sin preocuparse de quién estuviera delante.

Talía se mordió el labio y observó cómo Salazar y el mensajero desaparecían por un túnel que se adentraba en las salas privadas de palacio.

Con el rabillo del ojo, atisbó un borrón descolorido desplazarse veloz por las ramas altas y desvanecerse en la penumbra del túnel. Lucio. Allá donde fuese el brujo, él lo seguiría como su sombra.

Eso apaciguó los vaivenes de su pulso, aunque tampoco estaba segura de por qué necesitaba que la tranquilizasen si no tenía nada que temer. Salazar era un aliado de su padre y, durante esos días, también su huésped.

Lo que pasaba en el Páramo, se quedaba en el Páramo.

No obstante, se le habían quitado las ganas de volver a la fiesta, así que se retiró a una veranda poco concurrida, desde la que se veía el claro y parte del bosque colindante.

Se apoyó en la barandilla y contempló el paisaje boscoso, iluminado por brumas iridiscentes y el titilar de los fuegos fatuos. Inhaló el aroma de la noche, fresco y vivificante, y apenas lo había respirado tres veces cuando oyó unos cascos acercarse por su espalda.

—Hola, dama Mortalía.

El aire se le tornó plomo en los pulmones al encontrarse con Baalak tras ella, ataviado en sus galas granates, con un cáliz de vino humeante en la mano. A lo lejos, un puñado de krampos se había apoderado de una escalinata alta, y desde allí observaban la juerga

de los feéricos con expresiones animadas, pero sin llegar a mezclarse con ellos. Como de costumbre, preferían mantenerse en sus propios grupitos, compartiendo codazos y carcajadas mientras bebían de unas copas que vigilaban con celo, quizá por temor a que algún pillo les saboteara la bebida.

Mas no todo eran risas y despreocupación. Entre sorbo y sorbo, lanzaban miradas furtivas hacia Talía y Baalak. La sensación de estar siendo acechada le puso el vello de punta.

«¿Cuántos de los vuestros aguardan allende el Velo, desesperados e impacientes por que el caudillo os consiga vuestra arma prometida? ¿Miles? ¿Decenas de miles?».

Tragó saliva y se sobrepuso a las ganas de salir corriendo.

—Habéis tardado en hacer acto de presencia. Ya pensaba que os habríais quedado en casa.

—Llevamos aquí un rato; otra cosa es que no nos hayáis visto desde la pista, acaparada como estabais. Nunca me pierdo un festejo, y menos si asistís vos. —El caudillo se apoyó también en la baranda. Su cola oscilaba lentamente, golpeteando la barandilla—. Por fin el brujo nos deja un momento de respiro para que hablemos.

Talía gruñó para sus adentros y se volvió hacia él, forzando una sonrisa cortés.

—¿Estáis disfrutando de la fiesta, señor Baalak?

—La gozaría más si me concedierais un baile. O varios.

—Tal vez en un rato. Me he quedado sin aliento.

El krampo le dio vueltas al vino en el fondo de su cáliz, con las cejas arqueadas.

—No me extraña, considerando cómo ese advenedizo os tenía agarrada en la pista.

Se le acercó más, hasta que ella pudo notar el calor sofocante de su cuerpo cuando él se inclinó para inquirir, en voz baja:

—¿Por qué os marchasteis con él aquella tarde? ¿Temíais enfurecerlo con vuestro rechazo? ¿Os ha hecho chantaje? Ahora que el matarife no os vigila, hablad libremente. Podéis contármelo todo.

Fue a tomarla de la mano, pero ella la retiró y se apoyó de lado en la barandilla para encararse con él.

—No hay nada que contar, y no estoy asustada en absoluto.

Los fuertes rasgos de Baalak se arrugaron de irritación.

—Pero ya sabéis de lo que es capaz...

—Bueno, caudillo... Os informo de que los rumores escabrosos no me impresionan demasiado; yo misma soy objeto de unos cuantos. Por eso no me sorprendió descubrir que, como suele pasar con las habladurías, ahí faltaba contexto, y las explicaciones que me dio Salazar después me satisficieron.

—Iluminadme, entonces. ¿Cómo se justifica la atrocidad de exterminar a la sangre de tu sangre?

—Eso no me corresponde a mí contarlo. Pero sabed que todo está en orden y que me siento muy a salvo con mi anfitrión.

Una frialdad distante cubrió los ojos entornados del krampo.

—El Carroñero debe de tener una lengua más dulce de lo que temíamos si ha conseguido engatusaros, a pesar de mis advertencias —murmuró con inquietante lentitud.

«No tienes ni idea», pensó ella, recordando con un estremecimiento la cabeza del brujo entre sus muslos.

—Será que dice la verdad, simplemente.

El tono le salió un poquito más cáustico de lo que acostumbraba. Cada vez le quedaba menos paciencia para lidiar con el caudillo y su verborrea paternalista. ¿De verdad esperaba que lo creyese cuando fingía escandalizarse por los pecados ajenos, cuando él los tenía mucho peores? ¿Tan boba la consideraba? Por primera vez, empezó a dudar no de su propia inteligencia, sino de la del caudillo.

—Es más difícil manipularme de lo que creéis, señor Baalak.

La cola del krampo se sacudió. Era obvio que se estaba conteniendo, calculando qué decir a continuación. Finalmente, juntó las manos por delante del cinturón y le dedicó una sonrisita pícara, como un mozuelo que se preparase para robar un beso.

—Espero que no tanto como ganarse un lugar en vuestro corazón. —Se le acercó otro paso, hasta que Talía percibió el olor a cuero especiado de su pecho—. ¿Habéis pensado en mí estas lunas? ¿En lo que os ofrecí?

El temor de aquella noche regresó, atorándosele en la garganta. Pero ese sentimiento había pertenecido a otra Talía, trémula y desesperada, así que lo pisoteó y lo envió al rincón de las cosas viejas e inútiles de su alma. Era hora de zanjar el asunto.

—Sí. Bastante.

Baalak se echó hacia delante.

—¿Y qué habéis decidido?

Su voz era grave y sensual, pero en sus ojos se retorcía una avidez afilada que otra más ingenua quizá hubiera confundido con deseo. No así la mestiza: sabía que no era *ella* lo que Baalak deseaba.

Lo estudió con los párpados entornados, solo por probar. No conseguía imaginarse paseando con tranquilidad con él por un jardín, compartiendo tartas dulces, bailando como una payasa mientras él se revolcaba de risa por los suelos, completamente deshecho. Habría sido entrañable, desde luego. Por supuesto que le habría encantado atravesar la coraza de Baalak y descubrir qué vulnerabilidades fluían bajo el acero, la ambición y el peso demoledor de los augurios. Aun sin amarlo, Talía jamás habría rechazado una amistad sincera con él. Toda su vida había buscado la

cercanía, la conexión auténtica, sin importar cómo y de quién viniera.

Pero ya no le cabía duda: tal cosa no habría sido posible con Baalak. Aun si alguna vez hubiera considerado de verdad abrirse a ella, el precio de sangre que le pedía a cambio era demasiado alto. Aunque hubiera considerado seriamente su propuesta, al final jamás habría aceptado convertirse en su mujer.

Lo que nunca esperó fue que apareciera un extraño capaz de robarle el corazón sin necesidad de palabras empalagosas ni propuestas grandilocuentes.

Talía había tomado su decisión mucho tiempo atrás. No sabía en qué momento exacto. Quizá cuando vio a Salazar sonreír como un chiquillo entre sus flores, con su polilla en la mano. Aquella felicidad tan pura, tan llena de maravilla ante la belleza de la vida, hizo que Salazar brillara ante sus ojos y le calentase el alma más que todos los fuegos prometidos por Baalak.

—Ojalá estuviera en mi mano haceros feliz, pero no puedo.

Por un instante, pareció que el cuerpo rígido del krampo había absorbido los sonidos en torno a ellos, tan pesado fue su silencio.

—¿Es por el nigromante? —murmuró.

Talía sacudió la cabeza, evasiva. No le debía la verdad al caudillo. Aparte, su odio hacia Salazar ya ardía bastante furioso como para avivarlo más sin necesidad.

—Es porque merecéis a alguien que os ame.

Baalak soltó una carcajada.

—Hermosa Mortalía, vuestra honradez me enternece, pero que ese detalle no os prive de sentido común. A vos solo os corresponde darme un «sí». Ya me encargaré yo de hacer que me améis con el tiempo.

Fue entonces ella quien se rio por lo bajo, sin ganas, mientras negaba de nuevo. Sus pendientes de plata y hueso tintinearon.

—Lo siento, señor Baalak. Quizá un día encontréis a vuestra princesa hada, pero me temo que no seré yo.

Le hizo una pequeña reverencia y se dio la vuelta para marcharse, pero él la agarró del brazo, y su mano era un cepo: el único resquicio de verdad en aquella pantomima.

—Sabéis que os eligió porque erais presa fácil, ¿verdad? —siseó, cerniéndose sobre ella—. El *murrul* es astuto. Supo que le sería más sencillo estrechar lazos con la corona eligiendo a la princesa más vulnerable a sus atenciones. Cualquier migaja de amor que os diera a vos os parecería un festín, y vuestra adoración le serviría para conseguir privilegios entre los vuestros. —Las aletas de su orgullosa nariz se inflaron de desdén—. ¿No lo entendéis? Es un buitre acechando a la cabritilla herida y solitaria del rebaño. No os ama, solo quiere llenarse la barriga. Os eligió porque, a su parecer, erais el eslabón más débil de vuestra familia.

Talía se zafó de él con un tirón.

—Empiezo a pensar que vuestras acusaciones son en realidad confesiones involuntarias. ¿Acaso vos no seguisteis esa misma filosofía? ¿Abordar a la princesa acomplejada para ganársela y convertirla en vuestra plaga destructora?

Baalak inhaló despacio y se enderezó. Exhaló una larga bocanada de aire caliente, estudiándola desde su altura con un brillo calculador en la mirada.

—No, princesa. Pero, aun si ese fuera el caso, a cambio de vuestra ayuda os daría cuanto desearais. Me aseguraría de que salierais muy muy satisfecha con nuestra unión.

«Qué sabrás tú de lo que me satisface».

—No, caudillo. En estos meses me ha quedado claro que lo mío es crear, no destruir. Nuestros caminos son incompatibles.

La sonrisita del krampo se volvió prieta, afilada.

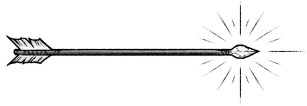
—Os engañáis, princesa, si creéis que puede haber creación sin destrucción.

—Suficiente —zanjó ella, alzando una mano—. Alargar esta conversación solo nos traerá disgustos. Disfrutad de la fiesta, señor Baalak. Es lo que pienso hacer yo.

Él se apartó con un suspiro largo y pesado.

—Muy bien. No digáis que no os avisé. —Apuró el vino y arrojó el cáliz más allá de la veranda—. Ya os acordaréis de mí cuando el brujo os deseche como a la carroña picoteada y arrastre vuestra dignidad por el fango.

Se dio la vuelta y se marchó con un tronar de cascos, dejándola con el desprecio pintado en la cara y un nudo palpitante en la boca del estómago.



El fey escoltó a Salazar cada vez más adentro de palacio, hasta un salón circular, donde el ramaje recorría en espirales las paredes y los techos altos, formando una celosía prieta, opresiva por la ausencia de ventanas. Allí lo esperaba el rey, sentado en una colosal raíz que le servía de trono.

Aunque el brujo se resguardó como pudo tras su ensayada máscara imperturbable, el sudor del baile se le llenó de escalofríos mientras repasaba mentalmente todas las situaciones cuestionables en las que Talía y él se habían metido. ¿Cuántas habrían llegado a oídos del rey? ¿Cuánto habrían contado Baalak y Jaralina?

Del krampo se esperaba cualquier cosa. Había notado su presencia al poco de llegar a la fiesta, fulminándolo desde lejos con sonrisitas hostiles mientras él bailaba con la princesa. Seguiría siendo un problema hasta que encontrase una forma de deshacerse de él, pero, por lo pronto, más le valía centrarse en la complicación que tenía delante.

Para cuando llegó ante el rey, se sentía como una arañita frente a las fauces de un lagarto gigante. Se obligó a calmar sus respiraciones. No podía mostrarse inquieto delante de Mirtalón. Quizá incluso pudiera redirigir esa audiencia en su beneficio. Seguramente el rey solo quería interrogarlo sobre cómo había tratado a Talía, y si ella había podido cumplir los términos del trato. Si la conversación se mantenía cordial, podría convertirse en la oportunidad de oro de hacerle su propuesta.

Lo saludó con una reverencia.

—A vuestro servicio, poderoso rey.

Mirtalón se limitó a estudiarlo sin parpadear durante un largo, largo rato. Despachó al mensajero con un gesto y, cuando este cerró la puerta tras de sí, los ojos penetrantes del yedrasi se clavaron en un punto particularmente oscuro de la bóveda, justo encima de Salazar.

—Cojuelo, otros no os verán cuando husmeáis entre las ramas, pero yo sí. Dad la cara. —Hablaba con suavidad, como un padre paciente ante las trastadas de un crío.

Azorado, Lucio se desligó de la penumbra y aterrizó junto a Salazar. Colocó el bastón frente a sí y se postró, hincando en el suelo su nariz ganchuda.

—Imploro vuestro perdón, soberano. Este viejo diablillo es un sentimental al que la angustia devora si deja solo a su ahijado.

La boca del brujo formó una línea irónica ante esa verdad a medias. Lucio nunca había tenido problemas para desaparecer durante días; lo que no le gustaba era despegarse de él en situaciones que percibía como peligrosas.

Mirtalón ignoró la disculpa. Cuando centró su atención de nuevo en Salazar, sus ojos morados reflejaron las luces de la sala como los de un depredador nocturno.

—Llevasteis a mi hija a un campo de batalla. —Su voz era el comienzo de un desprendimiento sobre sus cabezas.

Un peso amenazante se hundió en el pecho de Salazar. Tensó la mandíbula. Empezaban fuerte.

«El krampo de los cojones no perdió el tiempo, ¿eh?».

Entonces seguramente también habría acudido al rey con sus otras averiguaciones. Esperó a que Mirtalón le echase en cara haber aniquilado a su familia, pero este no añadió nada más.

«Hace tratos con krampos. Que los mortales se maten entre ellos y por qué debe de importarle más bien poco, mientras no afecte a su gente».

Tras barajar diversas explicaciones a la velocidad del rayo, decidió tirar por la versión de Talía.

—Así es, mi rey, pero solo porque ella insistió, y me aseguré de que fuera un viaje seguro para ella. Nada ni nadie podría haberla tocado.

—Explícate.

—Era la única forma de comprobar con certeza el alcance de su progreso.

El rey tamborileó con las uñas en la raíz que le servía de reposabrazos.

Salazar juntó las manos a la espalda, mantuvo la cabeza respetuosamente inclinada, en señal de contrición, y prosiguió con la

aclaración.

—Tras el incidente en el barranco, la princesa estaba devastada por el horror que había causado entre los suyos. Vivía tan aterrada de su propio poder que la simple idea de conjurar una espina, aun sin querer, la paralizaba. —Su tono fue cobrando seguridad—. Enseguida descubrí que poseía los medios para ayudarla, así que, por su bien y el de quienes la rodeaban, le ofrecí enseñarle a controlar su magia para que aquello no volviera a repetirse.

Podía sentir la mirada de Lucio horadarle el cogote, pero ¿qué sentido tenía ocultar la verdad? Ya habían comprobado que el rey acababa enterándose de todo, tarde o temprano. Era mejor preparar el terreno con una confesión tras otra, y así guiarlo hasta la conclusión obvia: el Carroñero le había hecho un gran favor a la familia real.

Un favor que bien podía ser recompensado, quizá, con la mano de esa misma princesa.

Mirtalón ladeó la cabeza. Un escarabajo broncíneo se desgajó volando de la fronda que acunaba su corona astada.

—¿Y ha funcionado?

El brujo asintió, solemne.

—Vos mismo habréis visto cómo resplandece, la seguridad con que se mueve. Mortalía ha florecido, y no solo por fuera. Ya no entra en pánico al ver un cadáver; de hecho, es capaz de caminar entre cientos de ellos sin perder el control. De ahí la prueba del campo de muertos, que, aunque desagradable, fue todo un éxito.

Carraspeó, asaltado por los recuerdos de Talía y él enredados entre las sábanas. Un éxito rotundo, sí, pero esa parte no tenía por qué compartirla.

—Para sorpresa de ambos, el Páramo ha demostrado ser un terreno de pruebas idóneo para la princesa. Mi tierra la recibió con

gusto, y ella se lo ha pagado llenándola de vida y belleza.

Las pupilas del rey lo atravesaron como dardos de sospecha.

—¿Ha liberado sus frutos por vuestros dominios?

—No, nada de frutos. Nada comestible, en realidad. Aun así, el jardín es una maravilla digna de contemplarse. ¿No es así, Lucio?

El cojuelo se removió, contrariado por verse metido en la conversación.

—Una obra de arte, majestad —corroboró.

Salazar se lo agradeció con un corto asentimiento y añadió:

—Todos en el castillo están encantados con ella..., incluido el propio castillo. Y me consta que ella se siente arropada y a salvo en el Páramo.

—Parecéis seguro de que vuestro hogar es lo mejor que podría haberle pasado a mi hija y, por ende, a mi pueblo.

Mirtalón hablaba con parsimonia, apoyando la sien en sus nudillos. Si estaba siendo sarcástico, era imposible notarlo, así que Salazar lo tomó como una invitación a continuar. Compartió una rápida mirada con Lucio y dio un paso adelante, inhalando una bocanada de coraje.

—La princesa es feliz allí, y así lo ha manifestado muchas veces. Pasea y habla libremente. Se dedica con pasión a su jardín. Se relaja en compañía de mis criaturas, que la adoran. Sonríe día y noche. —El afecto en su voz lo delataba, pero no le importó—. A veces se suelta tanto que incluso canta y baila, para regocijo de todos. Se ha convertido en la alegría del Páramo.

Enardecido, hincó una rodilla en el suelo. Era la segunda vez en su vida que se arrodillaba ante alguien; la primera fue también ante ese mismo soberano, cuando se presentó en su corte como un forastero, ofreciendo un ejército de huesos a cambio de su apoyo. No era de

los que se doblegaban fácilmente, pero, por Talía, se habría postrado ante el mismo Satán.

—Poderoso rey, debo confesar que Flordemuerte se ha ganado mi devoción. Si me concedierais el honor, quisiera pedirle que se convirtiera en mi esposa. Os aseguro que me desviviré por hacerla feliz hasta el fin de nuestros días.

El corazón le retumbaba en la garganta, en las puntas de los dedos. Esperó y esperó mientras el silencio frente a él se tornaba pesado, aplastante.

—No.

La palabra reverberó por la sala y se le hundió dentro cual mazazo. Estupefacto, miró desde abajo al rey, que lo contemplaba como si fuera una moscarda interrumpiéndole la siesta.

¿Acababa de negarse? Imposible. Salazar no lo aceptaría. Un simple «no» no podía echar por tierra lo que había entre él y Talía.

—Majestad, estoy bastante seguro de que la princesa me corresponde.

—Los sentimientos vienen y se van.

—Estos no. Nunca.

Notó cómo los huesos de su atuendo vibraban con su alteración, pero se forzó a mantener la compostura. Solo así podría hacerlo entrar en razón.

—Majestad, consideradlo, por favor. Este sería un arreglo muy beneficioso para todos. No es ningún secreto que vuestro pueblo recela de Flordemuerte, y que la mantenéis atada en corto para garantizar su seguridad y la de vuestros súbditos. Eso quedaría solucionado una vez que se mudase conmigo al Páramo, donde puede desplegarse sin que nadie sufra por ello. Al distanciarla de vuestra corte, el descontento de vuestra gente menguará, vos

viviréis más tranquilo y ella no tendrá que aguantar más desaires. En mi hogar, solo se la tratará con el respeto y la devoción que merece.

Lucio masculló algo, pero Salazar ya se había puesto de pie y hablaba con la firmeza osada del que se sabía en lo cierto.

—Será amada en el Páramo —continuó—. La protegeré con mi vida; mejor aún, también la enseñaré a protegerse a sí misma. Mortalía aprende muy rápido. Es una digna yedrasi, valiente y poderosa. Con nosotros dos allí, la Frontera de los Ahogados estará más segura que nunca.

Mirtalón se tamborileó perezosamente la sien con las uñas. ¿Estaba divirtiéndose a su costa? No había ni un destello de humor en su expresión pétrea. Quizá lo estaba poniendo a prueba. No era raro que los reyes feys rechazasen inicialmente a los pretendientes de sus hijos, solo por ver hasta qué punto estaban dispuestos a luchar por ellos.

—Todos salen ganando con esto, majestad —insistió.

—En especial tú, ¿no, mortal?

El nigromante sacudió la cabeza.

—Amo a vuestra hija. Lo demás es secundario.

Entonces cayó en la cuenta de que jamás se lo había dicho a Talía; no con esas palabras. Había esperado tener la oportunidad de hacerlo en algún momento de la fiesta, cuando por fin estuvieran a solas, y declararle sus sentimientos con la formalidad que correspondía a una princesa.

«En tu euforia, te olvidaste otra vez de que las cosas siempre encuentran una manera de irse a la mierda, y hete aquí, hincando la rodilla y desnudando tus sentimientos..., pero delante de un cabrón que parece estar hecho de piedra».

—Mi respuesta sigue siendo «no».

—¿Por qué? —barboteó, entre la impotencia y el desafío.

—Muchacho... —siseó Lucio por lo bajo.

—¿Es porque soy humano? ¿Un alzamuertos? He convertido esas cualidades en fortalezas y las he puesto a vuestro servicio.

El cojuelo le tiró de los bajos de la ropa, pero él lo ignoró. No pensaba rendirse. Si aquello era una prueba, la pasaría. A rastras o a cabezazos, pero la pasaría.

—Os demostraré que soy digno de vuestra hija. Purgaré vuestras fronteras de toda carroña, inerte o reanimada. Os construiré ejércitos cuya simple visión ahuyentará a vuestros enemigos. Solo dejadme proponerle matrimonio a Mortalía, y juro que...

—SUFICIENTE.

La voz de Mirtalón retumbó en la sala, causando un pequeño terremoto que lo hizo tambalearse durante un brevísimo instante, el justo para dejarlo sin aire.

El yedrasi alzó el labio superior en una parodia de sonrisa que hacía que las de Jara parecieran dulces en comparación. Sus dientes brillaban afilados, pardos como los de un oso viejo.

—Exasperáis al más paciente, mortales —rezongó, aún en esa pose de falso aburrimiento—. Sois peor que una plaga de langostas; se os deja mordisquear una espiga y os creéis con derecho al campo entero.

—Magnánimo rey, yo no deseo más que...

—Magnánimo, sí —lo interrumpió—. Eso he sido siempre, incluso con la alimaña más rastrera, pues la misericordia caracteriza a los seres elevados. Mas las alimañas, cortas de miras, confundís la bondad con debilidad. No respetáis nada.

Mientras hablaba, fue como si su sonrisa se descascarillase, cayéndosele a trozos, y la espalda de Salazar se erizó ante lo que asomaba debajo.

—Krampos, humanos, todos sois iguales. Tomáis y tomáis, os crecéis, y os olvidáis de lo indignos que sois de meter vuestra presencia corrosiva en mi reino, de gozar del favor de un soberano del Bello Pueblo. Sin la fortaleza de vuestros números y el mordisco de vuestros hierros, sois poco más que bichitos voraces pidiendo que os aplasten de un pisotón.

Lucio agarró a Salazar por la manga, musitando una disculpa al rey, y tiró con tanta brusquedad que le desgarró la tela, mas él se mantuvo plantado en su sitio mientras una tromba de lindezas se le agolpaba tras los dientes apretados.

«No nos hiciste tantos ascos cuando nos necesitabas para acabar con un enemigo del que eras incapaz de librarte».

Su expresión debió traicionarlo, porque Mirtalón se echó hacia delante en su trono improvisado, con las hojas tan afiladas como sus garras. En sus iris chisporroteaban llamaradas púrpuras.

—Y ahora os atrevéis a husmear detrás de mi propia estirpe como jabalíes en celo. Vosotros, malditos y contaminados. El sol caerá del cielo y quemará los mundos antes de que yo permita que la línea yedrasi se emponzoñe más aún con la sangre del Desgarro.

Salazar parpadeó, atónito.

«Acaba de decir eso sin inmutarse. Él, que cruzó el Velo y se folló a una humana hasta preñarla, y no a cualquier humana, no: a una nigromante, para más inri. Si tanto le importaba la pureza de su estirpe, ¿a santo de qué...? ¿Por qué acoger entonces a la bastarda y mantenerla en la corte, crispando así a sus súbditos y al resto de su familia?».

Por la misma razón que tantos poderosos, comprendió. Predicaban las reglas sagradas a golpe de mazo, pero siempre encontraban una justificación cuando eran ellos quienes deseaban quebrarlas. Él podía

sembrar la simiente prohibida y quedarse con sus frutos, mas ¡ay del que quisiera hacer lo mismo!

El alma se le cayó a los pies, teñida de gris ceniza.

«Hipócrita endiosado. Tú fuiste el primero en colarte en mundo ajeno y tomar cuanto te apeteció. Pero a ti te está permitido, ¿no? Porque eres un rey de las hadas, y para eso estamos los mortales, para que nos uséis y nos tiréis después».

No pudo evitar que la ira le asomara al rostro. La tormenta creciente en su interior le pedía huesos y vísceras, sin hallarlos. En Bosqueterno, sin su ejército, no era más que Salazar. Ni eso siquiera. Tan solo un joven empequeñecido ante una deidad caprichosa, contemplando impotente cómo Talía se le escapaba, cada vez más lejos, más inalcanzable.

«Esto no se termina aquí. Por mis muertos que no». No se rendiría sin pelear, sin al menos entender el porqué.

—Majestad, sois observador —comenzó, en un tono tan sumiso como le permitían sus muelas apretadas—. Si habéis podido discernir un cojuelo entre las sombras, por fuerza hubisteis de ver mi interés por Mortalía aquella noche. Tengo entendido que ya entonces era obvio para todos, menos para mí.

Las uñas de Lucio le cavaron surcos en el brazo, pero él no sintió el dolor, más allá de un hormigueo amortiguado.

—Si tanto os repugna la idea de que alguien se fije en vuestra hija, ¿por qué la ofrecisteis como una opción más? ¿Por qué me dejasteis elegirla, cuando podíais haberme obligado a llevarme a otra?

—No es mi deber ocultar los frutos de mi árbol como si me avergonzase de ellos, sino el vuestro recordar que no debéis tomarlos.

«Ah, ya veo. Eres como aquel que, pudiendo esconder la manzana en el quinto coño del Edén, decidió colgarla justo en medio, bien visible y atractiva, delante de unos seres tan supuestamente inferiores como predecibles. Y, cuando estos reaccionan como cualquiera con dos dedos de frente se esperaría y la muerden, tú te haces el sorprendido y montas en cólera. Así funciona, ¿no?».

En ese caso, el rey Mirtalón era o un tremendo cabronazo, o el tonto más tonto que jamás había pasado por la Creación. Quizá ambas cosas.

O tal vez el idiota era él, por intentar buscarle el sentido a los razonamientos de un soberano fey. Y por no callarse y huir con el rabo entre las piernas, cuando hacía ya rato que debería haberlo hecho.

—Su alteza, Mortalía me ama, y yo a ella.

La Creación los había hecho al uno para el otro. Esa era una certeza rotunda, innegable, tan clara como para traspasar las brumas de la arrogancia más espesa. Ni siquiera Mirtalón podía ignorarla.

La voz le temblaba, ronca.

—Os lo imploro, ved la realidad delante de vuestros ojos. Vuestra hija necesita...

El rey cantó y el suelo convulsionó bajo sus pies. Una monstruosa raíz brotó frente a Salazar, virando a una velocidad borrosa. Ni siquiera Lucio tuvo tiempo de reaccionar. Como una maza terrosa y húmeda, la raíz golpeó el costado del nigromante y lo mandó volando a través de la sala. Se estampó contra una pared y cayó al suelo, ahogado por el dolor de un brazo dislocado y varios huesos rotos. El costado entero le ardía con un fuego blanco y sordo que inundaba de estrellas su visión y deshilachaba sus pensamientos.

Lucio chilló y lo cubrió con su cuerpo flacucho.

Mirtalón caminaba hacia ellos. Venazos de furia violeta le oscurecían los párpados y la boca. La habitación entera parecía retorcerse, los troncos erizados como lomos de dragón, chascando mandíbulas de corteza y peñascos.

«No puedo morir aquí», pensó Salazar, resollando, mientras trataba de incorporarse patéticamente sobre su brazo bueno.

La voz grave del yedrasi era una rueda de molino pasándole por encima.

—No sabes nada, mortal. Yo decido lo que es bueno para mi propia carne y sangre. Yo, y nadie más.

—¡Piedad, noble rey! ¡Piedad! —imploró Lucio—. Solo es un necio deslumbrado ante la divinidad de vuestra estirpe, como tantos otros antes que él. No es digno ni de vuestra ira. Apiadaos de este viejo cojuelo, perdonadle la vida. Dejad que me lo lleve a nuestro erial, donde no volverá a molestaros con sus chiquilladas, y yo os lo agradeceré eternamente, proclamando vuestra grandeza allá donde vaya.

Salazar apretó los dientes ante la desesperación en su voz. Le traía recuerdos de su madre llorando a escondidas mientras rezaba por él. Fracaso. Culpabilidad. Impotencia. Dolían más que sus costillas quebradas.

«Lo único que quise siempre fue daros motivos para estar orgullosos de mí».

—Calla, diablillo. Tus lloriqueos me irritan incluso más que los de tu brujo —gruñó el rey.

No obstante, se detuvo y los estudió desde arriba mientras su expresión recuperaba, poco a poco, su característica indolencia.

—Debería matarte. Pero alguien ha de limpiar la porquería que entra por ese colador de muerte al que llamas hogar, y sería un engorro buscarle otro custodio.

Meneó una garra en el aire.

—Arriesgaste la seguridad de mi hija al llevarla a sitios impropios, violando así los términos de nuestro acuerdo. Por tanto, nuestro trato queda anulado. Regresa a tu terruño abyecto y no vuelvas a mi reino, pues, la próxima vez que te vea, no me mostraré tan misericordioso.

Lucio se deshizo en reverencias, mientras Salazar luchaba por despegarse del suelo entre gruñidos tortuosos.

—Gracias, buen rey, gracias. Ahora mismo abriré un portal al Páramo y desapareceremos de vuestra vista.

—Duendecillo necio, no permitiré que el aire maldito de ese lugar se cuele en mi palacio. Ábrelo junto al portal de la arcada y ved cómo os las arregláis allí.

Era noche de luna llena, pensó Salazar. Podrían cruzar la arcada... siempre que consiguieran alcanzarla a tiempo.

—Pero, majestad... —Lucio titubeó—. En esa zona rondan los gules, y mi ahijado está herido... ¿Quizá en alguno de los bosques cercanos...?

Mirtalón lo agarró por el cuello y lo levantó como si no fuera más que un trapo mojado. El duende forcejeó, intentó zafarse, pero su velocidad de cojuelo no le servía de nada si lo tenían inmovilizado así. Siseando, el nigromante se levantó a gatas, pero el dolor lo atravesó antes de poder hacer nada más por su padrino.

—No me has entendido —aclaró el yedrasi—. Os estoy ofreciendo la oportunidad de vivir, en honor a mi legendaria magnanimidad. Podéis abriros paso entre los gules o perecer aquí a mis manos.

En ese momento, Salazar casi agradeció no tener muertos a mano, pues de lo contrario ya habría intentado matar a ese hideputa, sellando su suerte en el proceso.

Y tenía que vivir. Aunque no supiera cómo, aunque estuviese hecho pedazos. Por los Salazar que se habían quedado atrás. Por Lucio. Por las criaturillas que lo esperaban en el Páramo, armonizadas con una lóbrega simetría que no podría existir sin él.

Porque, mientras siguiera vivo, habría una posibilidad de volver junto a Talía, y eso era lo único que importaba: ese minúsculo lucero de loca esperanza, brillando en la negrura más absoluta.

El rey lo miró desde las alturas.

—Elige sabiamente, brujo: ¿los gules, o yo?

«Para poder luchar, primero debes sobrevivir».

—Los gules —masculló.

—Buena decisión. —Mirtalón soltó a Lucio, que cayó al suelo con gracia de gato, tosiendo y bañado en sudor—. Si tan solo hubieras sido igual de listo al elegir aquella noche...

El cojuelo no perdió el tiempo. Un destello de luna, un rápido giro de su muñeca, y el portal se abrió frente a ellos. Agarró a Salazar por el brazo bueno y, a fuerza de tirones, consiguió ponerlo en pie y trastabillar juntos a través del portal. El brujo cayó de bruces al otro lado, en un suelo arisco que le raspó la piel y le llenó la boca de polvo. Desesperado, se giró una última vez hacia el rey, con una súplica a medio formar en los labios.

«No dejes que Talía piense que la he abandonado».

Pero el soberano ya les había dado la espalda y el portal se cerró, dejándolos en esa explanada árida donde, tras un manto de nubes oscuras, se adivinaba el espectro de la luna llena. Su luz tenue perfilaba las arcadas de piedra en la distancia, negro sobre gris. La principal se alzaba a unos cincuenta pasos de ellos; era lo más cerca que Lucio había podido teletransportarlos sin que su portal entrase en conflicto con el de la arcada.

El duende profirió una sarta de maldiciones mientras tiraba de él, sin reparos por sus lesiones.

—¡Vamos, levanta! No has sobrevivido a la ira de Mirtalón para convertirte ahora en pasto de no muertos. Agradece a tus dioses que solo te haya desterrado con unos cuantos huesos rotos. —Lucio resopló, incrédulo—. De verdad que es misericordioso, a su manera.

—No, si ya veo que al cabrón le gusta ir de perdonavidas —replicó Salazar, con la lengua llena de sangre y bilis. Un gemido lastimero le subió por la garganta—. Joder. Talía...

—No vuelvas a pronunciar ese nombre.

—Se quedó esperándome...

—Mira, tontolamierda, da gracias de que aún tienes piernas, así que ¡calla y corre!

Salazar consiguió ponerse en pie, siseando blasfemias, y se apoyó en él como pudo. Empezaron a cojear tan rápido como podían hacia la arcada.

Vuelta al principio. Al gris helado de siempre. Al silencio de los muertos, los dientes pelados del hambre y el vacío aullante entre sus costillas.

Al hedor pútrido de las sombras que galopaban hacia ellos.

Lucio lo estrechó, angustiado, cuando los gules les cortaron el paso. Apenas se los distinguía en la umbría nocturna, pero superaban la veintena y, por los gañidos que se aproximaban en la distancia, pronto serían muchos más. Sus ojillos brillaban voraces; las fauces contrahechas babeaban al ver herido al Carroñero.

«Aquí vienen las sombras, que todo lo devoran».

Sobreponiéndose a la agonía de sus fracturas, Salazar plantó firmemente los talones en la tierra y sacó fuerzas de los relámpagos que restallaban en su interior, cada vez más furiosos, desesperados por la ausencia de Talía. Estaba harto, harto de ver pisoteados sus

sueños y su dignidad, de huir humillado y, encima, tener que dar las gracias por que le *permitieran* seguir viviendo.

Porque alguien como él, para empezar, no debería haber existido.

No necesitó concentrarse mucho para vincular su poder a la energía interior de los gules. Esos no muertos eran un amasijo de putridez en perpetua suspensión, arcilla quebradiza entre las garras de su psique.

—¿Qué? ¿Vosotros también queréis comerme y cagarme? —Se abalanzaron sobre él con aullidos triunfales—. Poneos a la cola, hideputas.

Pensó en Talía, mirándolo desde sus sábanas, adorante y deshecha de deseo. El recuerdo de su voz se le retorció dentro como un clavo al rojo.

«Soy tuya, Pedro».

Había estado tan cerca. Tan cerca, joder.

Y aún lo estaba. La distancia no significaba una mierda. Ni la voluntad de dioses ni reyes.

«Esto no se ha acabado».

La tormenta se tragó sus ojos y el silencio de las ruinas se quebró con una sinfonía de huesos rotos.



Los danzarines se sucedían en la pista bajo la veranda, como las canciones, una tras otra tras otra..., y Salazar no regresaba. Tamborileó con los dedos en la barandilla, caminando de un lado a otro, y miró por enésima vez a los guardias apostados en la entrada del túnel por el que su amado había desaparecido. Sabía que no la dejarían pasar.

¿Cuánto rato llevaba allí esperando?

«Demasiado», reconoció, y el mordisco de la inquietud se le hundió más hondo en la boca del estómago.

Apenas reparó en las risotadas de Jara hasta que esta apareció encaramada como una lagartija al otro lado de la baranda, jadeante, con el sudor brillándole en las sienes.

—¿Qué haces aquí sola? ¿Dónde te has dejado al nigromante?

Talía le explicó brevemente lo ocurrido.

—Vaya, ¡y yo que me había ido a corretear con los trasgos por los bosques, convencida de que tú estarías engolosinada con el canoso! Si llego a saberlo, me vengo contigo. —Saltó con agilidad sobre la barandilla para ponerse a su lado, y su sonrisa se borró al ver cómo su hermana se mordía los labios—. Tienes mala cara. ¿Qué te pasa?

—Está tardando mucho en volver.

—¡Bah! Ya sabes que padre se cansa rápido de la fiesta. Es muy propio de él ausentarse con el pretexto de una audiencia privada; así zanja dos asuntos a la vez.

Visto así, tenía su lógica, pero eso no la tranquilizó.

Un hada envuelta en sedas de araña pasó junto a ellas con una bandeja de manjares. Jara cogió un puñado de pasteles y plantó la mitad en las manos desprevenidas de Talía.

—Come y despreocúpate, hermana. Pronto soltarán a tu brujo.

Talía picoteó la comida, masticándola hasta reducirla a una papilla líquida. Incluso así, le costó tragársela. Tanto como había añorado la cocina de su reino, en esos momentos le sabía a barro en la lengua.

—Ya he rechazado a Baalak.

—¡Estrellas, y yo me lo he perdido! ¿Cómo se lo ha tomado?

—Mal, aunque eso era de esperar.

Miró a la escalinata desde la cual los krampos habían estado observándola. La mayoría habían seguido a Baalak a otra parte de la fiesta, y allí solo quedaban dos o tres, conversando entre ellos con aire taciturno.

—No puedo quitarme la sensación de que siguen vigilándome.

—Que te vigilen. Mis rastreadores y yo llevamos bastante tiempo observándolos a ellos también. —Jara se cruzó de brazos y se inclinó para susurrarle, entre dientes—: Son listos, los malditos. Cerrados como una piedra. Controlan cada palabra que se dicen en territorio feérico y no hay manera de pillarlos soltando información delatora, ni siquiera entre ellos.

—Baalak elige con cuidado a su élite.

—A pesar de mis pesquisas, todavía ignoramos dónde tienen su sede. Intenté seguirlos allende el Velo, pero su rastro siempre acaba interrumpiéndose. —La voz de la yedrasi se oscureció—. Empiezo a sospechar que hay un hacedor de portales entre sus filas, y nos la han estado ocultando todo este tiempo.

—¿«La»?

—Una bruja, de entre los suyos.

Cualquiera que hubiese tratado un mínimo con krampos conocía las historias. Eran un pueblo sin magia..., a excepción de sus brujas. Las consideraban poco menos que seres míticos. Solo les nacía una cada varias décadas, entre decenas de miles. Siempre eran hembras y, según se contaba, muy poderosas.

—Se lo comenté a padre hace unas noches, pero me dijo que, sin pruebas, no eran más que conjeturas. Y tiene razón; quizá solo me esté contando cuentos.

—¿Una bruja krampa podría abrir portales? —susurró Talía, lanzando miradas furtivas en derredor para asegurarse de que nadie las oía.

—Si cuenta con ese poder, imagino que sí.

De ser cierto, eso suponía un problema. Un aliado con portales podía convertirse fácilmente en un enemigo muy difícil de controlar.

«Salazar nunca intentó ocultar a su cojuelo», pensó, no sin cierto orgullo.

—Todos nos reservamos secretos, incluso entre aliados. Pero un portalero... Bah, yo qué sé. Me equivoque o no, ya va siendo hora de mandar a Baalak a su puñetera tierra de una vez por todas, ¿no te parece?

—Desde luego.

—Le doy una luna, como mucho. Y suerte tiene de que padre no sepa lo que intentó contigo, o quizá no salga entero de la corte. Debería decírselo...

—No, por favor, ahórrame el escándalo. Con que lo expulséis me conformo.

Unas voces jocosas las interrumpieron, llamando a Jara a gritos desde más allá de la veranda. Las princesas se volvieron para ver cómo un puñado de trasgos y dríades jóvenes salían al trote de

entre los árboles, brincando alrededor de Brion, al que habían cubierto de guirnaldas de flores.

—¡Ay! —exclamó Jara con las manos en la cabeza—. ¿Qué le habéis hecho a mi bestia fiera, malandrines? ¡Pagaréis esta insolencia!

Los feéricos se rieron todavía más ante su indignación fingida, pues era obvio que la princesa estaba conteniendo la risa.

—¡Venid, Jara! ¡Corred con nosotros otra vez!

—Tierra y estrellas —murmuró esta—. Más me vale bajar ahí y quitarle eso al lobo antes de que se le agote la paciencia y le arranque la mano a alguien. —Miró a Talía, dudosa—. Anda, únete a nosotros.

—No, tú ve tranquila. Yo mejor me quedo aquí esperando a Salazar.

—¡Pero quiero estar contigo también!

Un gruñido procedente de abajo las avisó de que, en efecto, el lobo comenzaba a empacharse de tanta atención y engalanamiento.

—Ve, si no quieres que tengamos otra como la del Beltán de hace dos años —la urgió Talía.

Con un gruñido, Jara se rindió y saltó sobre la barandilla. Aterrizó con gracia felina, lo cual sus amigos celebraron con más gritos y volteretas. Desaparecieron entre los árboles, perseguidos por las luminarias, y sus aullidos se mezclaron con las regañinas de Jara, alejándose hasta fundirse con la cacofonía nocturna de Bosqueterno.

¿Siempre habían sido esas fiestas tan ruidosas? Pensó en los susurros quedos del Páramo, en el eco de sus pasos por las vastas galerías. ¿Cómo era posible que ya extrañase aquella quietud que en su día la había sofocado? ¿Ni volver a sentir la canción de la Tierra bajo sus pies bastaba para aliviarle la nostalgia del Páramo, aun por

unas noches? ¿Tan hondo había enraizado en el hogar del nigromante que ya ningún otro suelo la sustentaba igual?

Lanzó otra ojeada ansiosa a los guardias. La urgencia de escurrirse como una culebrilla a través de ellos crecía con cada instante que pasaba, pero se refrenó. Irrumpir en una audiencia, desobedeciendo los deseos de su soberano padre, sería osado incluso para una princesa.

Lo último que deseaba era darle motivos para enfadarse de nuevo, así que, como buena muchacha, esperó: la imagen ejemplar de una hija bien entrenada en no molestar hasta que se le concede permiso. Aunque la ansiedad se le enroscase cada vez más prieta en las entrañas, dificultándole respirar.

Por fin, Mirtalón emergió de las sombras del túnel.

Salazar no iba con él.

El nudo en el estómago de Talía creció y le subió por la garganta. Sin pensarlo, fue veloz hacia su rey, antes de que este pudiera mezclarse de nuevo con la muchedumbre.

—Padre, ¿dónde está el nigromante?

Él la miró desde arriba, sereno como siempre.

—¿El brujo? —respondió, en tono indolente—. De vuelta en su tierra.

—¿Qué?

Debía de haber escuchado mal. Los ruidos a su alrededor se deshicieron en un murmullo, como si de pronto se hallase bajo el agua. Ahogándose sin ser del todo consciente.

—Ya no hay trato que te vincule a él, mi niña. Respira en paz. Nadie volverá a sacarte de Bosqueterno.

—¿Se ha ido...? ¿Así, sin más? —farfulló ella.

—Se notaba que tenía prisa.

Su padre le posó la mano en la parte trasera del cuello. Notó cómo la guiaba, gentil pero firme, de vuelta a la fiesta.

—Pero ¿por qué...?

—Ven. Busquemos a Adelfa. Verás qué alegría le da cuando le digamos que no volverás al Páramo. Te ha estado tejiendo un dosel nuevo, precioso...

—Padre —lo interrumpió Talía con la voz demasiado aguda—, ¿q-qué ha pasado ahí dentro? ¿De qué habéis hablado...?

—Del jardín que le habías hecho y lo agradable que has sido como huésped. No obstante, admitió que tú no habías logrado sembrar comida y que él había incumplido los términos del acuerdo, por lo que este quedaba anulado. Dicho lo cual, partió a través de un portal con su cojuelo.

Aquello no era real. No podía serlo. Se había dormido sin darse cuenta en la veranda y estaba teniendo una pesadilla febril, sin lógica ni sentido.

—Pero... no entiendo...

Su padre la cortó con una mirada que no admitía discusión.

—Hija, le ofrecí quedarse y prefirió marchar. No cuestionaré su decisión y tampoco tú deberías darle vueltas. —Las puntas de sus dedos masajearon la parte baja del cuero cabelludo de Talía, el mordisco gentil pero ineludible de una loba atrapando a su cría díscola por el cogote—. A menos que quieras contarme algo que él se haya guardado.

Percibió la acusación velada en su tono, engañosamente suave, y se sintió pequeñita y sucia, un pajarillo manchado de barro delator.

Y, como pajarillos necios, sus sueños empezaron a llover del cielo, consumidos por el frío de un invierno repentino. Casi podía oírlos estrellarse a su alrededor, una lluvia de plumas rotas y ojitos comidos de escarcha.

—Es solo que... —se oyó decir— me extraña...

—Los mortales son criaturas caprichosas. Olvídate de él y disfruta de la fiesta. Esta noche es para pensar en el futuro.

«¿Qué futuro?».

El suelo había desaparecido bajo sus pies y caía, caía, caía.

No podía ser. Mientras su padre la reconducía por la terraza, repasó cada suceso entre ella y el brujo, cada gesto de Salazar hasta la fecha. Habían luchado, llorado y sanado juntos. Habían compartido sus cuerpos, sus sueños, sus cicatrices.

«Pedro. Me llamo Pedro».

Los momentos vividos con él le surcaban la mente a ráfagas, en círculos interminables, y ella giraba con ellos, en ellos, como una ramita atrapada en los rápidos del río. La actitud de Salazar no había sido la de alguien que planeara desvanecerse sin un adiós.

Salazar no habría hecho eso. Nunca.

«Me lo prometió».

Los juerguistas danzaban y cabriolaban por la pista y los bosques circundantes. Se cabalgaban los unos a los otros, jugaban entre carcajadas, alzando jarras de vino en sus garras manchadas de salsa y miel oscura. Las luces giraban, parpadeaban, mutaban sus colores, y llegó un momento en el que la mirada desenfocada de Talía dejó de distinguir colas de cuernos, alas de sedas, risas desquiciadas de muecas iracundas. No oía la música, ni los gritos. No oía nada.

No estaba allí.

«No tiene sentido, Talía —le gritaban los resquicios de su razón, luchando por mantenerse a flote—. Algo terrible ha sucedido. Tu padre no te está diciendo toda la verdad. No le creas».

Un lanzazo de pánico le atravesó la boca del estómago. Se ahogaba. Una parte de ella quería aferrarse a los brazos de su padre

e implorar... algo. Consuelo. Una explicación. Que le devolviera una fe en él que ya jamás volvería a sentir.

La otra parte quería emprenderla a arañazos con él hasta sacarle la verdad. Las manos comenzaron a temblarle sin control.

Asustada de su propia ira, se apartó de su progenitor, y este la dejó ir. Descendió torpemente una escalinata pegajosa de pétalos y vómito, y sus pasos la llevaron hasta un atrio apartado y vacío de gente. Se agarró a una columna y se dobló, temblorosa. La parte baja del esternón le dolía como si la lanza que la atravesaba fuese algo real, tangible. Vio gotas rojas aterrizar frente a sus pies y tardó un rato en comprender que no era sangre, sino sus lágrimas.

No se dio cuenta de que su padre la había seguido hasta que oyó su voz detrás de ella.

—Espero que no estés llorando por un mortal.

Se apresuró a limpiarse la cara, aunque ya era demasiado tarde para disimular. Mirtalón se le acercó con pasos lentos, regios, como si nada pudiera inmutarlo. Ni siquiera el sufrimiento de su hija.

—Debí prever que tanto tiempo en ese erial dejado de la Madre Tierra te nublaría el juicio. ¿Qué te prometió, niña? ¿Cuánto logró tomar de ti mientras aún te tenía en sus garras?

—Nada, padre.

—Sé que mientes, pero te perdono.

La tomó por los hombros y la giró para obligarla a mirarlo. La luz lunar que se colaba entre las celosías de hiedra y jazmín iluminaba la mitad de su rostro sereno, dejando la otra mitad en penumbra, impenetrable. Escrutó a su hija en silencio, pelándola capa a capa con sus pupilas de depredador, como si pudiera atisbar sus vergonzosos secretos sin necesidad de preguntar.

—Te dije que lo mataras si intentaba algo. No lo hiciste —murmuró, y a ella la recorrió un escalofrío.

—Nunca me dio motivo para...

—¿Yaciste con él?

Ella dejó de respirar.

—¿Qué? ¡No! —barboteó.

Su padre ladeó la cabeza. No la creía.

—Mandaré llamar a una sanadora para que te examine. Por si acaso.

—Padre, no he hecho nada para quedar encinta...

Mirtalón le atrapó la mandíbula entre el índice y el pulgar, un poquito demasiado fuerte como para ser un mero gesto afectuoso. Los picos de su corona astada destellaban afilados al contraluz, y las hojas de su melena crujían y susurraban como viejas sacerdotisas deliberando un castigo.

—En tus entrañas no germinará la semilla del alzamuertos. Ni la de nadie. Nunca.

La última palabra reverberó como el final de una sentencia.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Que espero que te hayas divertido, porque el nigromante será el último.

El aire se le murió en los pulmones.

«Ha sido él. Ha hecho algo». Abrió la boca para hablar, pero la pregunta se le atrancó en la garganta. Era demasiado horrible. La posible respuesta la aterraba. «¿Qué le has hecho a Pedro?».

Contempló a su padre, petrificada de espanto, hasta que este suspiró.

—Hija, nuestros mundos están separados por una buena razón. Aunque usarlos tiene sus ventajas, los mortales son criaturas sórdidas que trastocan la armonía de la naturaleza con su mera proximidad. Pasar demasiado tiempo en su compañía puede resultar embriagador, mas, antes de que te des cuenta, empiezas a olvidarte

de quién eres. De *lo que* eres. Tu sensatez se diluye y comienzas a tener ideas y comportamientos... impropios.

Le frotó las flores del pelo con la otra mano, como para borrarles manchitas solo visibles para él.

—Te ensucian con deseos que jamás habrías tenido de no ser por ellos. Y no hay mortales más insidiosos que aquellos tocados por el Desgarro, pues poseen algo que los hace resplandecer a nuestros ojos, llegando incluso a cegarnos. Si no te purgas de su influencia cuanto antes, tales contactos siempre acarrean consecuencias.

Si algo quedaba intacto dentro de Talía, acababa de resquebrajarse.

—Consecuencias como yo. A eso te refieres —logró decir con la voz cascada por la amargura.

En respuesta, Mirtalón le acarició el rostro con los nudillos. El contacto era dulce, cálido. No se correspondía con la daga invisible que le estaba retorciendo en las entrañas.

—No me arrepiento de ti, mi flor. Aunque me irrita tu persistencia en enredarte en estos líos y creer que no terminaré enterándome de todos y cada uno de ellos.

Le costó asimilar lo que implicaban esas palabras, pero, cuando lo logró, una sensación horrible se extendió por su cuerpo.

—Esos hombres que me cortejaron y luego huyeron despavoridos..., ¿sabías de ellos? —Una pausa helada. Después, en apenas un susurro—: ¿Los espantaste tú?

Alzó los ojos hacia él, implorante. Necesitaba que la mirase sorprendido por tan descabellada asunción, que lo negase, que se riera en su cara o incluso montase en cólera, cualquier cosa menos...

—Mi niña, ninguno de esos alfeñiques precisó de mucho convencimiento para olvidarte. Eso solo demuestra que, para empezar, nunca fueron dignos de ti. Te hice un favor.

La fractura de su interior siguió expandiéndose entre crujidos. Empezó a reírse por lo bajo con sonidos huecos, rotos. Por fin lo entendía todo, y la claridad jamás le había sabido tan negra.

—Jamás tuviste intención de permitirme un compañero, ¿verdad? Nunca se me concederá la oportunidad de tener hijos. Para que no haya más como yo.

—Puedes tomar compañeras, si te place. Ahí no hay riesgo.

—Para mí no es lo mismo, padre. No estoy hecha así.

Mirtalón elevó la vista al techo, como si su hija estuviera siendo difícil a propósito.

«Fuiste tú. Todo este tiempo, fuiste tú».

Talía apretó una sonrisa quebrada a través de las lágrimas. Echaba de menos a su madre, con un dolor rábido. Quería volver atrás en el tiempo, a la ingenuidad de la niñez, cuando su mundo era pequeño y sencillo y la traición jamás llegaba de aquellos a los que una más quería.

«El Páramo —chillaba su alma—. Quiero volver a mi jardín y enterrarme en el abrazo de mis flores. Que el suelo me trague y me cierre los ojos con sus besos polvorientos, para no volver a abrirlos jamás».

Un tremor la sacudió. Cien alfileritos le punzaron los ojos, y supo que sus escleróticas se estaban tiñendo con el carmín de los derrames.

—Si tan abominable soy, ¿por qué me dejaste vivir en primer lugar?

—Porque eres mi hija. Mía. Mi Flordemuerte.

Ella reprimió una carcajada demencial y se limpió los mocos como pudo con el dorso de la mano.

—Pero ¿me quieres? —preguntó con un hilillo de voz.

El rey la contempló durante largo rato, crispado, como si la simple pregunta lo confundiera e indignase a partes iguales.

—Cuando te encontré, bastó una mirada para saber lo que eras. Cualquier otro te hubiera matado y fingido que jamás exististe. Pero yo no. Yo ignoré a mis consejeros, que pedían tu exterminio, y te di el derecho a vivir. Porque eras mía... y de ella.

Se inclinó despacio, como si las últimas décadas le pesaran de pronto en las espaldas, y le clavó una mirada de ardiente púrpura.

—Te llevé a mi hogar, exponiéndome a la frialdad de mis hijas y al recelo de mis súbditos. Busqué hasta encontrarte una nodriza de corazón puro que te querría como si fueras suya, sin importar lo corrompida que estuvieras. Te alimenté, te cubrí de las más hermosas sedas, te procuré siervas humanas para que te consolaras con ellas.

La mención a Juana y Beatriz fue otro estilete hundiéndose en su costado. Talía bajó la cabeza y ahogó un sollozo.

—Un padre menos magnánimo te habría encerrado bajo una colina; yo te dejé deambular por mi palacio y mis bosques. Te di más libertad de la que te correspondía, aun sabiendo que abusarías de ella. Libertad para salir y entrar, para divertirte igual que tus hermanas. Hasta para cometer errores, algunos de ellos catastróficos. Y, cuando eso sucedía, ¿quién hacía desaparecer el destrozo y te escudaba del escarnio público? Yo, hija. Desde que apareciste, no he hecho otra cosa que envolverte como un velo impenetrable, protegiéndote del Bello Pueblo y a él de ti. Y, en el proceso, me he convertido en un necio incomprensible a ojos de los míos. He sacrificado mi tranquilidad, mi reputación, ¡mi orgullo!

Se agarró el pecho con rabia, arrancando crujidos de sus ropajes.

—Tú, mi pequeña muerte en flor, te me clavaste aquí como una espina, y tras diez años sangrando aún no te me he arrancado. ¿Y

osas preguntarme si te quiero?

Talía humilló aún más la cabeza. Tantas noches en vela planteándose esa cuestión, ardiendo por saber la respuesta, por conseguir la certeza absoluta de que, a pesar de sus muchas insuficiencias, aquel de quien dependía su vida la amaba profunda e incondicionalmente, y así sería siempre.

Jamás esperó que la verdad la ahogara así, revelándose a su alrededor como una enorme telaraña en la que llevaba media vida atrapada, sin llegar a ver los hilos. Una prisión hilada con amor tozudo e ilógico, y ella prendida en el centro; el bocado prohibido, una polillita oscura que batía las alas y soñaba con volar algún día, sin darse cuenta de que las tenía llenas de agujeros.

—Mi destino siempre fue permanecer aquí, preservada e intocable, hasta que la naturaleza siguiera su curso. Así, cuando Flordemuerte muera, también lo harán el error y su consecuencia.

—Pero al menos habrás vivido, y habrá sido una buena existencia.

Debía de ser la ingrata más repulsiva de la Creación, porque, en esos momentos, estar viva y cuerda se le antojaba una maldición.

—Todo este tiempo sufriendo, convencida de que había algo inexplicable en mí que repelía a la gente —siseó, con el sabor de las lágrimas colándosele en la boca—. Esos muchachos me querían...

—No lo suficiente. Ninguno de ellos estuvo dispuesto a luchar por ti.

¿Contra quién iban a luchar? ¿Contra él? Los súbditos de Bosqueterno ni siquiera podían atentar contra su rey. Las fuerzas de la Tierra lo impedían. En cuanto a los de otros reinos, ¿qué posibilidades habrían tenido en un enfrentamiento tan injusto?

—Y el nigromante, ¿intentó pelear por mí?

Las pupilas de su padre volvían a ser piedra.

—Lo único que tenía eran palabras ridículas. A la hora de la verdad, huyó con el rabo entre las piernas. Como todos.

Talía notó cómo los labios se le ennegrecían y los huesecillos ensartados en su melena comenzaban a crujir.

«Mentira. Dices la verdad, pero todo son mentiras».

—¿Qué necesidad había de engañarme durante todo este tiempo? ¿Por qué jugar así con mi cordura y mi corazón? ¿No habría sido más sencillo buscar una forma de esterilizarme permanentemente?

La comisura del rey se estiró, entre la ironía y el desagrado.

—Sabes tan bien como yo que no hay manera de hacer eso con un fey, y menos con las yedrasi. Nuestra semilla no germina fácilmente, pero, cuando decide hacerlo, se abre paso a través de cualquier barrera.

—¿Y cuál era tu plan si me quedaba encinta sin querer?

—¿Qué es mejor para la tierra, hija mía? ¿Calcinarla para que no críe o simplemente arrancarle la mala hierba en cuanto asoman sus primeros brotes? Lo segundo es, sin duda, más misericordioso. ¿No estás de acuerdo?

Talía no pudo contestar a eso. Tenía la garganta constreñida por una arcada que no llegaba. Su padre suspiró, pesaroso.

—No me complace negarte una prole. Sin embargo, antes de padre soy rey, y he de velar por mi estirpe y mi pueblo. Te he consentido cuanto podía, pero esta rama oscura que brotó en el árbol yedrasi se termina contigo.

La mestiza solo atinó a sacudir la cabeza con la vista perdida. Toda ella estaba perdida, a la deriva.

—Hubiera bastado con que me dejases claros tus deseos desde el principio, nada más traerme a la corte. Eras mi padre, mi salvador. Habría renunciado a cualquier cosa que me pidieras. Siempre te he obedecido...

—Y siempre me has mirado con ese brillo de devoción en los ojos... —La tristeza hundió los rasgos de Mirtalón—. No deseaba causarte el dolor de ver cómo se hacía añicos la imagen perfecta que tenías de tu padre. Necesitabas creer en algo, después de todo lo que habías sufrido.

«Ah. Y preferiste que me rompiese una y otra vez, sabiendo que me culparía de los abandonos, que me creería abyecta e incapaz de encontrar el amor verdadero. Todo con tal de no perder mi adoración absoluta; la misma con que te miraban tus otras tres hijas, y que no te importó destrozar al traerme a palacio. ¿No serías tú, más bien, quien necesitaba que alguien creyese en ti?».

Apretó los dientes para contener la tromba biliosa de réplicas que se le agolpaba tras la lengua. Su padre sería «misericordioso», pero ningún rey toleraba que la desagradecida de su hija lo maldijese a voz en grito. Así que se lo tragó todo mientras los derrames se multiplicaban en sus ojos y las náuseas amenazaban con doblarla.

Por más que lo intentaba, no conseguía hallar sentido a los razonamientos de su padre. ¿Cómo podía ponerla por encima de sus hermanas para unas cosas y, para otras, tratarla como si fuera una bestia lela a la que solo se podía guiar a base de engaños y manipulación? ¿Cómo era capaz de adorarla más allá de toda autopreservación y, al mismo tiempo, destrozarle así el espíritu?

Se sentía desorientada, como si acabara de despertarse, pero el sueño siguiera proyectándose, distorsionado, a su alrededor.

¿Quién era ese hombre que estaba delante de ella? Llevaba la piel de Mirtalón, hablaba con su voz, pero no reconocía en él al padre que ella había amado. Excepto que sí lo era. Siempre lo había sido. Simplemente, ella había estado demasiado cegada por el amor y la gratitud como para verlo. Porque, para una chiquilla cuyo mundo

acababa de hacerse pedazos, alguien que la sacaba del horror para arroparla entre sus brazos no era solo un padre: era un dios.

Había sido tan devota... ¿Y para qué?

«¿Es esto lo que sintieron los humanos cuando su cielo se desgarró delante de sus ojos?».

Por primera vez en muchísimo tiempo, la abrumó esa sensación de otredad, de haberse colado en una realidad delirante, tan carente de lógica como los seres que habitaban en ella. Lo cual era irónico, pues Talía era casi una de ellos.

Pero no lo suficiente. Ella nunca era suficiente.

Solo el error favorito de un rey.

Algo barboteó en su interior, salvaje y puramente emocional, y que llevaba reprimiendo más tiempo incluso que su magia. Rencor. Ira. Rebelión.

Odio.

«¿Cómo has podido hacerme esto?».

El ridículo la abrumó nada más pensarlo.

«Reponte, necia ingrata. Deberías haber muerto hace ya y, en vez de eso, te hicieron princesa. ¿No te basta con eso, que encima lloriqueas pidiendo más?».

—Es una nimiedad lo que te estoy negando —insistió Mirtalón, como si pudiera oler el conflicto que le hervía bajo la piel—. Te he asegurado una existencia cien veces mejor que la que jamás te habrías atrevido a soñar en aquel bosquecillo asfixiante.

—Lo sé.

—Tu madre era muy consciente de ello, aunque le escociera admitirlo. Al final no le quedó más remedio que ceder y tomar la decisión correcta.

—Lo sé —repitió Talía, rechinando los dientes.

Su padre la observó con un deje de frustración. Ella mantuvo la vista baja y los puños apretados. Estaba tan agradecida a su padre. Le debía la vida. Lo odiaba. Necesitaba que la abrazara. Quería golpearlo, chillarle hasta que le sangrara la garganta.

Al final, impaciente, Mirtalón gruñó y sacudió una mano.

—Muy bien, que no se diga que no te consiento. Si tanto deseas criar niños, mandaré que te los traigan del Reino de los Hombres. ¿Cómo los quieres? ¿Cuántos?

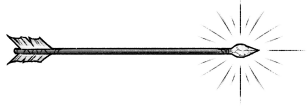
Ella le dio la espalda, tambaleándose. No podía seguir allí o diría algo de lo que se arrepentiría el resto de su miserable vida.

—No deseo niños robados, padre. Despreocúpate. Como bien has dicho, me has dado mucho más de lo que merecía. El resto son caprichos, y como tales se me pasarán.

Mirtalón no pareció muy convencido, aunque sí satisfecho. Se acercó a ella, la tomó por los hombros y la abrazó con suavidad. La besó en la frente, donde palpitaban las vetas de su patrón yedrasi, calientes y oscurecidas por el dolor.

—Así me gusta. Mi niña buena y lista. Ojalá tus hermanas mayores lo encajasen todo con tu elegancia. —Le limpió las lágrimas con unos pulgares que le sentaron como lija en las mejillas—. Ahora, ve a lavarte la cara y sosiégate. Mañana será otro día.

—Sí, padre —musitó, monótona, y se marchó.



Jara la encontró poco después, sentada en la orilla de un arroyo a las afueras de palacio. Tenía el pelo húmedo, la piel enrojecida de tanto frotársela, y el peinado deshecho sin miramientos, con los huesos todavía enredados en el cabello. Se había arrancado las

alhajas y solo quedaba el vestido, ese estúpido vestido con el que había llegado a creerse lo que no era ni sería nunca.

—¿Talía...? No sabes la de rato que llevo buscándote. ¿Qué haces aquí sola? ¿Dónde se ha metido el brujo?

La mestiza miraba al infinito con los ojos hinchados, mudos chillidos de púrpura y rojo.

—Acabo de acordarme... —empezó a hablar, absorta—. Cada vez que un hombre rompía conmigo, tú traías a la sanadora a mis aposentos. «Estás desconsolada, Talía, no quiero que te afecte a la salud. Deja que te mire para asegurarnos de que estás bien». Eso decías. Pero no era esto lo que veníais a examinar... —Se señaló el pecho, a la altura del corazón—. Sino esto. —Bajó la mano hasta su vientre—. Padre debía cerciorarse de que su monstruito no estaba preñado.

Se volvió hacia Jara.

—Lo sabías. Todo este tiempo, sabías que él estuvo al tanto y, cuando te pregunté en el Páramo por el tema, te hiciste la despistada.

Jara bajó la vista, mordiéndose los labios en un inconfundible gesto de vergüenza. Las hojas de su melena palidecieron.

—¿Le contaste también lo de Salazar?

—Nunca, hermana. Todos los secretos que me pediste guardar los guardé con celo, por mi verdadero nombre te lo juro. Pero con aquellos idiotas no hizo falta que yo dijese nada. Padre vigilaba tus movimientos y al final acababa enterándose. Mis intentos de encubrirte no eran rival para él. —La voz de Jara tembló. Parecía al borde del llanto—. En cuanto a los sanadores, habría pedido que te examinaran de todas formas, aunque padre no me lo hubiera mandado. No iba a dejar que esos malnacidos te complicasen la vida...

—Así que tú también me ocultaste la verdad. Tú, la «uña de mi carne», mi más «íntima confidente» —murmuró, en tono muerto.

La fronda de su hermana se replegó y empezó a llorar hojas mustias y bayas ennegrecidas sobre sus hombros perlados de sudor.

—Esas dos veces, padre me hizo jurar que jamás te contaría que él estaba al tanto de tus relaciones fallidas. Me dijo que el bochorno te habría matado, que os habría causado un dolor inconcebible a ambos desvelando que él lo sabía todo...

—Eras parte, entonces, de todo aquello. Sabías que él era quien los alejaba de mí y tú nunca me lo dijiste. Aun cuando te pregunté expresamente por el tema.

Jara se envaró, con los ojos desorbitados.

—¿De qué me hablas?

—No, por favor. No vuelvas a fingir ignorancia. Ya he tenido bastante traición por una noche. No puedo más.

Talía se puso en pie. La otra intentó tocarle el hombro, pero ella la rehuyó, apartándose con brusquedad. Nunca había rechazado su contacto. Los rasgos de Jara se contrajeron, como si la hubiera apuñalado.

—¿Hermana...?

—Déjame. Quiero estar sola.

—Talía, no lo entiendo. Habla conmigo. Algo va muy mal y solo ahora nos estamos enterando...

—No me digas —musitó la mestiza, y le dio la espalda.

Jara lo intentó de nuevo, y esa vez consiguió agarrarla de la muñeca. El borboteo oscuro dentro de Talía resurgió, más fuerte, más caliente, hasta que pareció que algo vivo se estaba quemando dentro de ella.

—¡No me toques! —gritó con un graznido estridente.

Los huesos aún prendidos en su pelo se troncharon, cuajándose de espinas largas y duras. Varias salieron disparadas y Jara retrocedió para esquivarlas. Talía apenas registró el dolor de las que se habían clavado en su cuero cabelludo, solo el calor de la sangre que bajaba en finos riachuelos por los flancos de su rostro.

Se giró y huyó a la carrera. Por una vez, Jara la dejó ir sin más protesta, con los ojos rebosantes de lágrimas.



Talía corrió hasta que la fiesta quedó lejos, reducida a un murmullo de lucecitas distantes. Cuando por fin se detuvo, en un claro bañado por la luna, las sienes le sonaban a hojarasca. Hasta la última flor del pelo se le había marchitado.

Apretó los puños contra sus muslos. Intentó no respirar. No quería oír ese estertor agudo que su garganta estrangulada hacía cuando inhalaba. Su visión temblaba, deformada y teñida de rojo oscuro por las lágrimas, que no cesaban, como si la hemorragia de su espíritu acuchillado se le estuviera saliendo por los ojos. Y, con ella, los fragmentos cortantes de sus sueños rotos.

Salazar envolviéndola en su abrazo oscuro y acogedor, para siempre. Una vida llena de largos paseos bajo el ocaso, de trastadas de duendes y juegos con huesos reanimados. De sentir cada día el eco de su madre en la fragancia de sus lirios y recordar que nada muere si lo mantienes guarecido y bombeando en el corazón.

La plácida felicidad de dormitar bajo los haces de luz, arropada por una manta ronroneante de gatos y mangalines mientras la energía del Páramo la arrullaba desde dentro con caricias sutiles como el aleteo de una polilla.

Sus flores trepando lentamente por todo el castillo, haciéndolo más bello y resistente con la ayuda de su brujo. El júbilo de despertar a su lado, de quererse mientras susurraban el nombre del otro como plegarias, como promesas de felicidad, mientras adoraban el altar de sus cuerpos.

Con eso habría bastado. Pero tal vez, algún día, si la Tierra y el Firmamento lo permitiesen...

Una mano encallecida en su vientre. Pedro, sonriendo de esa forma que ella adoraba; asombrado e incrédulo al descubrir que la vida no solo podía germinar en el Páramo, sino *prosperar*.

Porque el amor verdadero era la semilla más fuerte.

Hasta que llegaba Mirtalón y la podaba, diciéndose que lo hacía por Bosqueterno.

Se dobló hacia delante con un largo gemido animal, clavándose las uñas en los muslos, en el vientre, en las costillas.

Estaba cansada. Asqueada de sonreír y asentir. De ir de puntillas para no molestar. De ignorar con «elegancia» los desaires, las pullas, las puñaladas; de agradecerlos, incluso, porque al menos se quedaban solo en eso. Toda su vida dándose palmaditas en la espalda, satisfecha de haberse ganado el afecto de sus seres queridos a base de bondad y servilismo. La bastarda adorable, el engendrillo pestilente acogido de milagro, siempre acurrucado amorosamente a los pies de sus amos, cuidando de no ladrar ni mostrar los dientes por mucho que lo pincharan. Una bestezuela exótica y bien entrenada, conforme con su lote en la vida: engordar,

hacer bonito y nunca, nunca, anhelar el cielo más allá de los barrotes.

Y la Talía de antes podría haberlo aceptado, de no ser porque entonces llegó Pedro Salazar y le demostró que la vida podía ser algo más. Que había una tierra para sus raíces. Que podía ser vista, tal y como era, y amada por ello.

Sus sollozos se convirtieron en resuellos de los que inflaban las mejillas y las fosas nasales. La ira le oscureció las vetas y le pintó sombras violentas en el rostro.

Entonces, sus dedos encontraron el amuleto que aún permanecía oculto entre los pliegues de su vestido. La determinación se extendió por ella como un incendio. Rojo, rojo, rojo.

¿En serio esperaban que ella volviera a meterse sola en la jaula y fingiese que los últimos meses habían sido un delirio de su mente?

Si su padre se creía eso, estaba equivocado.

Terriblemente equivocado.



Mientras cruzaba el bosque a zancadas, de vuelta a la fiesta, Jara se fue arrancando el follaje marchito de la cabeza. No le extrañó encontrar restos de las espinas de su hermana entre las bellotas podridas de angustia.

«Él era quien los alejaba de mí y tú nunca me lo dijiste».

¿Y qué habría podido decir, si era la primera vez que oía algo así?

Algo turbio había ocurrido y pensaba llegar al fondo del asunto. Con o sin ayuda de Talía, que claramente estaba fuera de sí. ¿Cómo podía acusarla de traición? ¡A ella, su Jara! ¡Qué sinsentido! Jamás había hecho nada que no fuese amar y proteger a su cosilla mustia. ¿Qué le habían hecho, para romperla así? El rechazo de su hermana la corroía, pero partirse y llorar cual árbol endeble no le serviría de nada. Talía la necesitaba.

Era una rastreadora, así que rastrearía.

Sospechaba, empero, que no habría de husmear demasiado para encontrar la raíz del problema. Algo le decía que, cuando descubriese al culpable, su dolor se multiplicaría por diez.

Ya se aproximaba al límite de la fiesta, lista para zambullirse de nuevo en el caos de olores y sonidos del Beltán, cuando por su derecha, procedente de un sombrío robledal, le llegó un sutil tufillo a mortal.

«Krampos», pensó, tras paladear la brisa que serpenteaba entre los helechos. Los distinguía de los humanos porque sus pieles

desprendían un olor muy picante, similar al del pimentón ahumado. Ignoraba a qué se debía, pero era distintivo de ellos, al igual que la corrupción dulzona lo era de su hermanita.

«¿Qué andáis tramando, tan apartados de la fiesta?».

Su padre podía esperar, pero a los krampos nunca había que perderlos de vista. Se quitó las alhajas y las dejó en el hueco de un árbol, para que no la delatasen con brillos o tintineos. Después dio un rodeo en torno al rastro y subió medio a gatas por una pendiente, silenciosa como una sombra. En cuanto oyó los primeros murmullos, trepó rápidamente por un árbol hasta que, desde sus ramas, alcanzó a ver a una decena de krampos reunidos en torno a Baalak.

Discutían en voz baja, en ese idioma del que Jara y sus espías apenas habían logrado descifrar un puñado de palabras. El caudillo daba zancadas de un lado a otro con las crines erizadas y la testa echada hacia delante, como si quisiera arremeter y no hallara contra quién. Sus guerreros discutían entre sí, gesticulando con brío. En sus movimientos bruscos, Jara detectó rabia, impotencia, temor incluso. Estaban urgiendo a Baalak, y este respondía a sus susurros cortantes con bufidos y gestos aún más cáusticos. Jara logró descifrar algunas de las palabras que se arrojaban entre dientes apretados: «Ahora. Rápido», decían unos. «Esperar. Locura. Necesitamos», replicaban otros.

«Princesa. Feys. Arma. Luz».

«Problema. No, esperar más».

Jara reprimió un gruñido de frustración. El idioma krampo era complejo, lleno de declinaciones y lenguaje figurado. Por no mencionar las expresiones que decían una cosa y significaban otra, tan características de aquellos capaces de mentir, y que siempre dejaban a los feys rascándose la cabeza. La lengua de los humanos

se hablaba con soltura en las Tierras Feéricas, pero ¿la krampa? Cualquier palabra podría significar cinco cosas distintas, según el contexto, y ese los krampos se guardaban mucho de compartirlo.

Era obvio que el rechazo de Talía los había crispado, pero no cometería el error de asumir que estaban hablando solo de ella.

El krampo más joven de la élite se volvió hacia Baalak con evidente impaciencia y le espetó algo sobre unas «flechas». El caudillo lo agarró por los hombros y lo estampó contra el tronco de un árbol, mascullando amenazador a pocos palmos de su nariz mientras lanzaba miradas paranoicas a su alrededor, como si temiera que los árboles pudiesen escucharlos. Jara permaneció quieta y silenciosa, convertida en una rama más.

Otro de los krampos se acercó a Baalak y le tocó el hombro con cautela, murmurando una frase que Jara sí reconoció, pues solían decirla poco antes de lanzarse al combate: «Es momento de actuar».

Baalak parecía acorralado. Sus ojos llameaban. El krampo joven farfulló algo que sonó a disculpa; solo entonces el caudillo lo soltó y se quedó resollando. Sus hombros musculosos subían y bajaban, tensos como peñascos, mientras sus hermanos de armas lo observaban con caras sombrías.

Entonces, un borrón castaño apareció volando sobre ellos: una hadita cortezuela, menuda como un mirlo y con alas de hojarasca. El talante de Baalak se volvió resguardado al verla, pero no se le veía molesto por la intrusión. Se sacó del cinto una tira de algo con pintas de órgano muerto y reseco. Debía de ser una delicia krampa de allende el Velo, lo bastante exótica como para tentar a un ser tan esquivo como una cortezuela.

Se la ofreció a la hadita con familiaridad; estaba claro que ya habían hecho aquel intercambio ritual muchas otras veces. Contenta,

la cortezuela se le posó en el hombro y le cuchicheó al oído. A Jara no le gustó cómo la expresión de Baalak se encendía conforme la escuchaba. La avidez triunfal de su sonrisa no auguraba nada bueno.

Tras recibir su premio, la cortezuela desapareció entre las copas de los árboles y el caudillo se volvió hacia sus acompañantes. Reaccionaron primero con sorpresa a lo que les decía; luego, con sonrisas torcidas. Varios se tocaron el pecho y se pasaron las manos por los cuernos, el gesto krampo de gratitud a sus dioses. El ambiente de la reunión había cambiado por completo, y a Jara la enervaba no saber la razón.

El caudillo dispensó lo que parecían instrucciones. Después, se apresuraron de vuelta a la fiesta. Cuando estuvo segura de que no la detectarían, Jara bajó del árbol y los siguió a una distancia prudencial, que acortó rápidamente en cuanto volvieron a adentrarse en el huracán ensordecedor de música, luces y griterío.

Llegó a tiempo de ver cómo se abrían paso entre la gente e irrumpían en la terraza donde se hallaba el rey. Baalak fue hacia él y le susurró algo con aire conspiratorio. Mirtalón no se mostró muy entusiasmado por la interrupción, pero, conforme lo escuchaba, su talante se tiñó de incredulidad; después, de ira. Envarado, indicó a los krampos que lo siguieran al interior de palacio.

Jara ignoró a los duendecillos que le pedían que bailase con ellos. Varios rastreadores de su banda, diseminados por la fiesta, acudieron a su lado para contarle algo gracioso, pero dejaron de reírse en cuanto notaron su aprensión.

—Princesa, ¿qué ocurre? —le preguntó Enebro, su segunda al mando.

—Reúne a tus compañeros y mantened cerca vuestras armas y monturas. Tengo un mal presentimiento.

La dríade asintió.

—Así se hará. Prepararé tu armadura y llenaré tu carcaj.

Se escurrió entre el gentío antes de que Jara pudiese darle las gracias. Sus compañeras eran rápidas y eficientes como pocas.

Prosiguió su camino. Apenas se había adentrado en las verdes galerías de palacio cuando notó cómo sus muros se estremecían bajo la furia de su padre. Apretó el paso. La voz del rey retumbó por las entrañas de su hogar, desconchando los mosaicos del suelo y arrancando astillas de las celosías del techo.

—¡¿Mi propia Flordemuerte?!

—Así es, mi rey. —Oyó responder a Baalak—. Testigos incapaces de mentir me confirman que la han visto darse a la fuga mediante un amuleto de portal.

Jara entró en la sala. Para su sorpresa, Arceúsa y Terebinta ya estaban allí. Debían de haber acudido nada más notar la agitación de su padre en las entrañas de la Tierra, y lo que habían encontrado superaba con creces sus expectativas, según intercambiaban miradas de grato estupor mientras bebían de sus copas.

—El que se le entregó para vincularlo al Páramo, sin duda. No hay otro —comentó Arceúsa.

—Entonces es que entraron en Bosqueterno por otros medios, el par de mentirosos —añadió Terebinta—. ¿Creéis que se ha fugado en busca del mortal?

—¿Cómo que «en busca de»? —les espetó Jara.

—¿No te has enterado? —La mayor se volvió hacia ella con deleite —. El brujo se ha ido sin Flordemuerte. Pobre, pobre chiquilla. De verdad que no acierta ni una. Casi me da pena.

El mal presentimiento engordó y se le hundió todavía más adentro.

No conocía tanto a Salazar, pero de una cosa no dudaba: el brujo estaba enganchado a Talía. Jamás de los jamases se habría desprendido de ella, no sin armar un follón apoteósico. Si se había desvanecido así, era porque una fuerza mayor lo había obligado, sin que tuviese la oportunidad de resistirse.

Clavó una mirada acusadora en su padre.

Mirtalón parecía enraizado en el suelo. Vibraba, rígido, con la mandíbula de roca, puñales por uñas y la corona desplegada. Ni en el fragor de la batalla lo había visto nunca tan rabioso, y empezó a temer por Talía, por Salazar, hasta por todos los allí presentes.

—Padre, ¿el brujo sigue vivo?

Este sonaba como si mascara gravilla.

—Lo estaba cuando se marchó con su cojuelo.

—¿Y por qué se marchó, exactamente?

—Cómo se atreve... —siseó el rey, dándole la espalda—. Cómo osa desobedecerme así, sabiendo todo lo que he hecho por ella... ¿Y se vale de mis regalos para dejarme en ridículo? ¡Bastarda traicionera!

Un crujido sacudió la bóveda sobre sus cabezas. Varias ramas se descolgaron, quebradas y retorcidas, y las hojas que de ellas se desprendieron se clavaron en el suelo como puntas de flecha. Las princesas retrocedieron con un brinco; solo Baalak se atrevió a dar otro paso adelante.

—El Carroñero ha hundido sus garras en vuestra hija, tal y como os advertí —dijo, ganándose una mirada asesina de Jara—. Yo no culparía a la joven Mortalía; es obvio que las pasiones han nublado su juicio, pero aún podemos hacerla entrar en razón.

—Disculpa, caudillo, ¿a ti quién te ha dado voz ni voto en este asunto? —le espetó la rastreadora.

El despreciable tuvo la osadía de ignorarla.

—Majestad, el tiempo apremia, y en los dominios del Carroñero corre más deprisa. ¿Contáis con algún portal que pueda llevaros de inmediato hacia allá?

—Los artesanos aún están acabando la siguiente tanda. Además, para llevarnos hasta allí, esos amuletos antes deberían permanecer enterrados en la tierra del Páramo durante varias noches. Así que no, no nos servirán de nada. —Arceúsa tomó otro sorbo lánguido de su cáliz.

El krampo hincó una rodilla con la mano en el pecho.

—Entonces, permitid que reúna a mis guerreros y partamos hacia el Páramo. El portal de la arcada no se abrirá para nosotros, pero conocemos el otro camino.

—Ese camino me lo reveló el nigromante en confianza, cosa que dudo que hiciera con vos —lo interrumpió Jara, lamentando no tener su falcata a mano—. ¿Me seguisteis cuando fui a visitar a mi hermana?

—¿Cómo, princesa? Sois una rastreadora excepcional. ¿No creéis que habríais notado enseguida a un puñado de krampos husmeando detrás de vos?

—Mis sentidos son afilados, sí, pero siempre puede escapárseme algún espía, sobre todo si es alguien menudo, volador y que se camufla..., como las cortezuelas que tanto os gustan.

Baalak entornó los ojos, pero entonces el rey se volvió hacia Jara con el rostro amoratado de indignación.

—¡Por el Firmamento, céntrate en lo que nos concierne, niña! —Cuando ella cerró la boca, lívida, se dirigió al krampo—. El camino que sugieres lleva días hacerlo.

Este esbozó una sonrisa arrogante.

—No para mi élite. Los krampos somos gente de montaña; ni las sierras ni los barrancos suponen un obstáculo para nosotros.

—En ese caso, las patas de mis diaños y busgosos serían más ágiles.

—Quizá, pero demasiados caerían cuando hubieran de hacerles frente a los hierros del brujo. Eso si no sucumben a la energía enfermiza del Páramo, en caso de que tuviéramos que asediarlo. No, majestad: necesitáis mortales. Necesitáis krampos. Dejad esta lucha en nuestras manos.

El rey lo meditó un momento en silencio, encorvado, y Jara se preguntó si tan frágiles eran sus orgullosas espaldas como para partirse con la desobediencia de una hija enamorada.

—Partiré con mis mejores guerreros de inmediato —insistió Baalak —. Os traeremos de vuelta a la princesa, aunque para ello debamos arrancarla de las manos frías y muertas del Carroñero.

—¡Hierro y sal! —estalló Jara—. Padre, ¿por qué sigues escuchando a este krampucho rastrero? La simple verdad es que codicia a Talía para sí, y ve peligrar sus ambiciones al saber que ella prefiere al nigromante. Por eso ansía destruirlo. Lo que debemos hacer es echarlo de Bosqueterno de una vez por todas.

Los krampos se tensaron. La mirada de Baalak era una hoguera, pero no mudó su postura. Se limitó a suspirar y menear la cabeza, como si Jara no hablase más que tonterías.

—Ya sé que alberga sentimientos por mi pequeña —replicó Mirtalón—. Nos quedó claro a todos la segunda o tercera vez que se puso a despotricar del Carroñero sin que nadie le hubiese preguntado.

Una vena empezó a palpitar en la frente del caudillo. Lo habían pillado y sus pupilas rebotaban, calculadoras, entre su anfitrión y la salida.

—Majestad, yo no...

El rey lo cortó con una brazada apremiante.

—Parte de inmediato, mortal. Cada instante de duda que desperdiciamos se lo estamos dando al Carroñero y a la necia de mi hija. Los yedrasi nos pondremos en marcha en cuanto estemos listos. Recupera a mi Flordemuerte sana y salva, vuelve sobre tus pasos y reúnete con nosotros en el camino.

Al oírlo, la tensión de Baalak mutó en una sonrisa de victoria.

—¡¿Qué?! ¡Padre, no! —De nuevo, los ruegos de Jara cayeron en el vacío.

—Cumple tu misión, y te recompensaré generosamente —prosiguió Mirtalón—. Fracasa, y te arrepentirás.

—No os fallaré, mi rey.

Baalak se levantó a toda prisa, como una bestia con una jugosa presa bien agarrada en las fauces, y se arrojó hacia la salida, antes de que nadie pudiese cambiar de opinión y arrebatársela.

Jara intentó interponerse en su camino, pero una tonada de su padre levantó el suelo bajo ella y una maraña de raíces se le enroscó en los tobillos, haciéndola trastabillar. Para cuando consiguió zafarse, los krampos ya se habían marchado al galope.

No podía creérselo. Su propio padre acababa de usar sus dones contra ella para favorecer a un canalla de allende el Velo.

Se volvió hacia él y sus hermanas.

—¡¿Hemos perdido el juicio?! Si el nigromante ha hecho algo para merecer un castigo, a Talía ha de vengarla una de los suyos, no ese desgraciado. —Sacudió la cabeza—. Pero me huele que el castigo se ha aplicado antes que la ofensa, ¿verdad, padre? —Dio otro paso adelante, sacando osadía de su rabia—. ¿Me equivoco si aventuro que le diste a Salazar el mismo tratamiento que a todos los pretendientes previos de Talía? ¿Qué le has hecho? ¿Lo sobornaste? ¿Lo amenazaste?, ¿lo heriste?

Las lianas de Mirtalón crujieron. Sus dientes se alargaron.

—Vigila esa lengua, muchacha.

Desesperada, Jara se giró hacia sus hermanas en busca de apoyo, por ínfimo que fuera.

Terebinta se limitó a mirarla con una sonrisita de lince. De aquella locura saldrían malparados o Salazar, o los krampos, o Talía, o quizá todos a la vez, y ella no movería un dedo para impedirlo. Arceúsa parecía sentir lo mismo, pero la sorprendió diciendo:

—Discúlpame, padre, pero hay algo que no entiendo. El krampo lleva ya tiempo sobrando aquí, y no veo la necesidad de darle el gusto ni el poder de cazar bastardillas descarriadas. Si Flordemuerte quiere quedarse en el Páramo hurgando muertos con ese juntahuesos, ¿qué importa? Es un problema que nos quitamos de encima, al menos a corto plazo.

Increíble. La situación se había vuelto extrema si podía estar de acuerdo con algo que hubiera dicho una de sus hermanas mayores.

—¿Tan horrible sería dejarla en paz unos días? Estaba desconsolada, padre; cualquiera lo estaría en su situación —añadió Jara—. Quizá ella misma acabe volviendo por voluntad propia cuando se le enfríe la cabeza. —Abrió los brazos, exasperada—. Tierra y estrellas, como si quiere quedarse con el mortal, arrejuntarse con él y liarse a parir carroñeritos como una coneja...

El suelo explotó entre su padre y ella, arrojándole una lluvia de teselas rotas y guijarros cortantes. Jara gritó y se cubrió el rostro instintivamente con los brazos.

—¡¿Cómo osas?! ¡Tu hermana no habría llegado a este descontrol de no ser por ti!

Jara escupió un puñado de tierra húmeda. ¿Qué había dicho para merecer tal estallido? Muda de estupor, se arrancó una tesela rota del antebrazo. Un hilillo de sangre le goteó de la herida hasta el suelo.

No recordaba la última vez que su padre la había herido, y menos adrede.

—Tú te proclamaste su centinela y te adjudicaste la labor de guiarla, ¿y qué has hecho? ¡Consentirla en sus caprichitos absurdos! ¡Animarla a desdeñar las reglas, como si vuestros impulsos infantiles importasen más que el honor de nuestra estirpe! —El rey se dio la vuelta con las garras en alto. Parecía a punto de arrancarse las astas a tirones. Luego viró otra vez hacia sus hijas—. ¡¿Tan difícil es distinguir lo correcto de lo impropio?! ¿Para qué os puse nodrizas y maestros, entonces? Estáis ya crecidas, ¡deberíais saber lo que se espera de vosotras sin que vuestro padre tenga que decíroslo todo como si fuerais tontas!

Se hallaba tan fuera de sí que hasta las dos mayores, gozando como estaban del espectáculo, tuvieron que apartarse para que los estallidos de magia telúrica no las salpicaran.

Pero Jara no se movió del sitio. La indignación la volvía dura como el granito y llenaba su percepción de una claridad apabullante.

«Ay, Mirtalón: único hijo y heredero, coronado por la Tierra cuando no eras mayor que cualquiera de nosotras. Desde joven te acostumbraste a que todos bajasen la cabeza a tu paso, tratando de anticiparse a tus deseos antes siquiera de que los formularas. Y en estas nos encontramos: te has convencido de que podemos leerte la mente y actuar en consecuencia sin que tú tengas que dar explicaciones de nada».

—Padre mío, échame la culpa de lo que gustes. No soy perfecta y, por descontado, tampoco soy adivina para saber por qué haces lo que haces cuando lo haces. —Empezó, en el tono más prudente que pudo—. Pero eres tú quien ha puesto a Talía en manos de un loco que la cree su reina vaticinada. Intentó seducirla en tu propio palacio, Talía lo rechazó, y esta noche ha vuelto a rechazarlo.

¿Tienes idea de lo que has desatado dándole al krampo el poder de actuar como juez y verdugo?

Terebinta se llevó una mano a la boca y ahogó una risita, extasiada con el chisme.

—¿Sabías esto y no me lo dijiste, hija traidora? —siseó Mirtalón.

—Talía me hizo prometerle...

—Nos has perjudicado a todos con tu silencio.

—¿Y de quién crees que aprendimos a usar el silencio como arma y escudo? ¡Tú eres quien nos has condenado con tu orgullo caprichoso!

El grito gutural del rey le reverberó hasta detrás de los ojos.

—¡No seré cuestionado por otra niña ingrata!

El suelo reventó con raíces enormes que latiguearon hacia ella, a través de una lluvia de tierra y astillas. La envolvieron como serpientes, inmovilizándole los brazos antes de izarla varios palmos en el aire. Cantó para librarse de sus ligaduras, mas estas apenas se aflojaron. Sus dones de princesa, fuertes como eran, poco podían hacer con el poder que la Tierra solo otorgaba a los reyes yedrasi.

—¡Padre...!

Las raíces le rodearon la garganta, estrangulando sus ruegos. Oyó a Terebinta carcajearse, y la rabia impotente le ahogó todo lo que debería haber contado hacía tiempo: la profecía, las maquinaciones de Baalak..., aunque eso hubiera implicado romper la promesa hecha a su hermana. De haber obrado así, quizá el caudillo ya no sería un problema.

Aunque, viendo la ira ciega de su padre, ya no estaba tan segura de que eso hubiera supuesto una gran diferencia.

—Lo hecho, hecho está. Si tanto codicia el krampo a tu hermana, adelante. Dejémoslo creer que tiene una oportunidad. Las bestias cazan mejor cuanta más hambre tienen. Que se peleen él y el

nigromante por Mortalía, como los perros del Desgarro que son. Y después, cuando Baalak vuelva con su presa, le daremos su merecida recompensa.

—Si es que vuelve... —musitó Arceúsa.

—Por supuesto que lo hará. Tiene mucho que ganar. Y, si intentara cualquier cosa..., nadie le falta al respeto así a un soberano del Bello Pueblo y sale impune. —Mirtalón se inclinó sobre Jara—. Nadie.

Por fin la soltó, y esta se alejó trastabillando de él. Se frotó las magulladuras que las raíces le habían dejado en la piel, rota de incredulidad. Su padre había usado los dones sagrados de la Tierra contra ella, la sangre de su sangre. El llanto apenas contenido le escocía en los ojos. Jamás había sentido esa urgencia de abalanzarse contra su progenitor y devolverle el juicio a mordiscos y arañazos.

Sin embargo, alguien debía actuar con sensatez en aquella sala de dementes.

Empezó a retirarse hacia la salida, sin romper el contacto visual.

—Sé que el dolor de tus hijas te importa lo mismo que una mosca en tu nariz, oh, amado padre —escupió con la lengua negra y siseos en el follaje—. Pero sabe esto: como hayas privado a Talía de su felicidad, no te lo perdonaré nunca. Lo juro por mi nombre verdadero.

Su padre respondió con un gruñido largo y amenazador. Un terremoto sacudió la sala entera. Con el corazón en la garganta, Jara echó a correr, esquivando entre cabriolas los azotes de raíces y ramas. Antes de abandonar la sala, se detuvo bajo el arco de la salida y lanzó una última mirada implorante a sus hermanas.

En silencio, Arceúsa negó, ruborizada de diversión. Terebinta seguía riéndose como la necia que era.

No moverían un dedo para ayudarla.

Esa carrera a contratiempo habría de correrla sola.

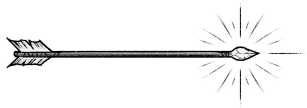
Sus ojos se encontraron con los de su padre, el que siempre la había instado a defenderse de sus hermanas y animado a formar su querido grupo de rastreadores. Pero, también, el que le había prohibido visitar a su hermana cuando esta más la necesitaba. El que casi la había estrangulado solo por decir la verdad.

«Siempre me enorgullecí de ser la más parecida a ti de tus hijas, indómita y lobuna. Cuán equivocada estaba. Por fin veo de dónde sacaron estas dos la soberbia, la crueldad, la adicción estúpida a sentirse agraviadas por cuantos consideran inferiores a ellas».

Un peso le encogió el pecho. Entre su familia y ella flotaban los ecos de un presagio, el sabor amargo de las últimas veces, de orgullos enquistados y rencores que jamás sanarían.

—Quizá lleves la corona de un dios, pero, en el fondo, no eres más que un hombre —dijo, y sus palabras eran solo palabras, pero también lo más cercano a una maldición que alguien podría haberle lanzado al rey de Bosqueterno.

Fue como si el cielo se les viniera encima, arrastrando consigo techos, muros y hasta las estrellas de la noche. Huyó despavorida de palacio mientras las raíces le mordían los talones y los bramidos de su padre hacían temblar el bosque entero.



Salazar permanecía erguido frente a la chimenea, contemplando las llamas sin verlas. Martín le había pedido hasta la saciedad que se acostara, sin éxito; una vez que el brujo estuvo lo bastante sanado para mantenerse en pie por sí mismo, ya no hubo quien lo moviera del sitio.

Se había librado de las peores lesiones, pero el cuerpo aún le dolía, y seguía sin poder oler nada que no fueran las vísceras desparramadas de gul, a pesar de que sus duendes lo habían zambullido en las termas casi a la fuerza. Recordaba vagamente haber entrado en la blancura diurna del Páramo y haberse abalanzado sobre unos cadáveres en las charcas. Los crujidos de sus huesos recomponiéndose, bajo la atenta mirada de Lucio y los carontes. Las blasfemias, los golpes, los estallidos en la carne putrefacta a su alrededor mientras todo su ser clamaba por Talía, Talía, Talía.

Le habían negado a su princesa. Se la habían quitado.

Tenía que verla otra vez, hablar con ella. En cuanto se hallase lo bastante fuerte como para pelear, reuniría sus fuerzas, se introduciría en Bosqueterno a escondidas y...

El ruido de la piedra desmoronándose reverberó por las paredes del castillo.

—Señorito, tienes que sosegarte o nos echarás la fortaleza encima —le rogó Martín.

Era el único despierto a esas horas del día, junto con Lucio y algunos gatos que contemplaban la escena con moderado interés desde la distancia. De los mangalines y humarejos aún no había rastro; a esas horas dormían tan profundamente que ni se habían enterado del regreso de su señor.

—En qué momento se me ocurrió animarlo... —Lucio se estrujaba la frente, encaramado en uno de los sofás. Sus arrugas se habían multiplicado en las horas transcurridas desde su regreso—. ¡Por supuesto que iba a salir mal!

—Callad —escupió Salazar, entre dientes—. Intento pensar.

—Ah, ¿ahora te da por usar la coliflor que tienes por cerebro? —Lucio agitó el bastón en el aire—. ¡Maldita sea la lianta pelirroja y el

padre que la hizo, y maldito yo por dejarme enredar en tus fantasmagorías!

—Que te calles, o te juro que saco el hierro más grande que tenga y te lo meto a conciencia por el...

Un aullido estridente rasgó el viento del Páramo y se estrelló contra los ventanales, erizando cada pelo de su cuerpo magullado.

—¡PEDRO!

Lucio dio tal brinco que acabó en lo alto de una columna. Martín se quedó congelado. Los gatos huyeron por la galería opuesta al origen del sonido, patinando por las losetas con los rabos inflados.

—¡Pardiez!, ¿qué ha sido eso?

—Un portal, lo noto. ¡Alguien ha abierto uno en nuestros dominios! —gritó el cojuelo.

Salazar se abalanzó hacia una ventana que se abría a la pendiente frontal del castillo. El corazón le dio un vuelco al divisarla, brillante como un goterón de sangre en el horizonte neblinoso.

—Talía... —jadeó.

—¿Cómo ha podido entrar? —exclamó Martín.

—El amuleto de portal, seguro.

El pulso le retumbaba. Los pasillos y las escaleras eran un borrón gris a su paso mientras corría hacia la entrada. Una vez que alcanzó el vestíbulo, hizo que las puertas del castillo se abriesen para él y salió al camino alto y zigzagueante que partía sus tierras en dos, con los duendes a la zaga.

A sus pies, las defensas del Páramo ya se habían puesto en marcha, alertadas por la intrusión: los esqueletos corrían hacia la princesa con sus armas desenvainadas, levantando nubes de polvo. Salazar los detuvo justo antes de que sus espadas pudiesen rozarla.

—¿Qué haces, tontolamierda? —le gritó Lucio—. ¿No ves que viene a desollarte vivo?

Imposible. Ella no le haría eso. Aunque, bien pensado..., le costaba reconocer a su Talía en esa criatura que subía hacia él corriendo como un lázaro rábido, con los dientes al aire y la melena dando latigazos tras su vestido desgarrado.

Aun así, caminó hacia ella a zancadas, cada vez más rápidas.

La colisión de sus cuerpos le arrancó el aire y envió relámpagos de dolor por sus costillas recién reparadas, pero no le importó. Hundió la cara en el cuello de Talía e inhaló su olor, más salvaje y punzante que nunca, mientras ella lo abrazaba como un náufrago al asidero. La estrechó contra sí. Estaba helada y tiritaba. Pronunciaba su nombre una y otra vez. Hablaba tan a trompicones y entre sollozos tan febriles que apenas se la entendía.

—Por favor, por favor, llévame a mi jardín. —Fue cuanto él alcanzó a descifrar.

La arropó con fuerza contra su costado y descendieron por la vereda de gravilla, sosteniéndose el uno al otro. Cuando la princesa por fin se halló entre sus flores, las piernas le fallaron y cayó de rodillas sobre la hierba púrpura con un gañido feral, arrastrando a Salazar consigo.

Martín y Lucio lo observaban todo desde lo alto de la pendiente, visiblemente agitados.

—¿Qué ha pasado, Talía?

Ella no reaccionó. No parecía haberlo escuchado. A gatas, se restregaba con la vegetación del suelo con el ansia de una madre que se reencuentra con sus crías tras una separación larga y forzosa. En torno a ellos, las flores siseaban y los insectos zumbaban en nubes furibundas, como una plaga sacada de las Escrituras. Los zarcillos restallaban contra las ruinas. Con el rabillo del ojo, Salazar vio cómo una columna se derrumbaba, estrangulada por los abrazos de madre que tan amorosamente la habían cubierto.

Entonces, la princesa lo asió de las mangas y alzó hacia él una mirada implorante. Los labios se le habían ennegrecido y sus ojos eran dos chillidos de carmín. Era horrible verla en aquel estado.

—Talía, dime quién te ha puesto así, porque voy a matarlo.

—No, no lo harás. —Se le escapó una risilla húmeda—. Mi padre dice que no luchaste por mí. Que preferiste huir y dejarme atrás. ¿Es eso cierto, Pedro?

La indignación surgió dentro de él, tan ardiente que oyó cómo los cadáveres florecidos más cercanos se astillaban entre crujidos.

—Me cago en todo, Talía —escupió, sacudiéndola con suavidad por los hombros—. ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Es que no me conoces? No renegué de ti, ni lo haré nunca. Quería pedirte matrimonio durante el Beltán, joder. Le pedí a tu padre su bendición, pero él montó en cólera, me atacó y nos dijo que o nos marchábamos por el portal o me mataba allí mismo.

Talía dejó de respirar. Su vista se perdió en el infinito más allá de Salazar, como si las piezas de su mente torturada estuvieran encajando de vuelta entre sí, rápida y dolorosamente. Después, algo borboteó y se rompió detrás de sus pupilas. El entramado de venas que le cruzaba la piel blanca se intensificó.

—Lo sabía. ¡LO SABÍA!

Cerró los ojos y apretó los dientes, terroríficos en contraste con sus encías oscurecidas de rabia, y profirió un alarido feral que a él le reverberó hasta en los huesos.

El Páramo se estremeció bajo sus cuerpos abrazados. Una empalizada de espinas estalló a su alrededor, como una corona gigante. Trepó por los esqueletos, se enterró en ellos, los hizo caer de rodillas mientras los cubría de flores cuyos centros vomitaban caños negros. La nube de insectos se desintegró y sus alitas fragmentadas cayeron sobre ellos, como copos de ceniza violeta.

Talía jamás le había parecido tan inhumana. Sin embargo, cuando abrió de nuevo los ojos y los enfocó en él, estos volvían a ser el delirio más hermoso en el que Salazar se había perdido jamás.

—Tú... no querías dejarme —murmuró.

—Nunca. ¿Cómo podría? ¿No ves que te he querido como un absoluto imbécil desde la primera vez que te vi?

Él le limpió las lágrimas con los pulgares. Le temblaban los dedos, manchados de grana. Se quedaron sentados el uno frente al otro, con las rodillas entrelazadas y las frentes unidas.

—Querías... casarte... conmigo —susurró Talía, y arrugó el ceño, como si ninguna de esas palabras le resultara comprensible, mucho menos en ese orden.

—Sí. Nada me haría más feliz que tenerte como esposa, si tú me aceptaras. Te quiero conmigo, Talía. Para siempre. Y a la mierda lo que digan los demás.

Ella lo miró sin parpadear.

Como no reaccionaba, Salazar bajó la cabeza, maldiciéndose. En esos momentos, la pobre no estaba ni en cielo ni en tierra; solo a un cretino como él se le ocurría declararse así, de sopetón, y de una forma tan torpe.

—Sí.

Él alzó la cabeza para mirarla, atónito.

—Sí —repitió Talía, más fuerte, asintiendo una y otra vez—. Oh, Salazar. Pedro, mi amor...

Lo rodeó con los brazos y se venció contra él, llorando como una presa que por fin se desmoronaba. Él la envolvió con fuerza y la estrechó contra sí. Temblaba de pies a cabeza. Desde lo alto de la pendiente, le llegó el gritito estrangulado de alborozo de Martín, seguido del «A tomar por culo» de Lucio.

Los ignoró. Su espíritu estaba demasiado ocupado haciendo cabriolas en la delgada línea que separaba la felicidad más efervescente de la muerte por infarto.

Aun así..., no era ningún necio.

—Talía, ¿saben los tuyos que estás aquí?

Ella negó, exhausta y atravesada por los escalofríos. Ya no podía ni abrir los ojos.

—Por favor..., no quiero pensar en ellos todavía. Duele demasiado. Déjame estar contigo y olvidar todo lo demás. Solo un instante. Por favor.

Salazar miró de refilón a Lucio; este le devolvió un mohín de aprensión. Ambos pensaban lo mismo: cuando en Bosqueterno se dieran cuenta de que la princesa se había fugado —y lo harían, tarde o temprano—, quizá no se lo tomaran muy bien. En especial si descubrían que estaba con el guapo al que su padre acababa de desterrar.

«Esto no se ha acabado. Ni por asomo».

—Ya veremos qué hacer —le dijo al cojuelo—. Primero, necesita descansar.

Talía dejó que él la llevara en volandas. Varios esqueletos, cubiertos de zarcillos y espinas, se unieron a ellos y los acompañaron por la vereda que subía al castillo, ofreciendo su apoyo cuando Salazar, aún magullado, amenazaba con tambalearse. Atravesaron juntos las puertas de su hogar, seguidos por una silenciosa comitiva de duendes y difuntos. Y, aunque cada paso que daba el nigromante era un desafío, en ningún momento soltó a su prometida.

Nunca, nunca más la soltaría.



Salazar despejó los huesos que aún flotaban bajo el dosel con un lánguido golpe de voluntad y recorrió con los nudillos la espalda de Talía. La luz mortecina del amanecer se recortaba contra las curvas de su cuerpo desnudo, alojado contra el suyo entre las sábanas revueltas. La rodeó posesivamente con un brazo e inhaló el aroma de su melena. Solo había hecho falta una noche encerrada con él en el dormitorio para que nuevas flores volvieran a abrírsele de par en par, y el néctar que exudaban después de amarla durante horas era lo más delicioso que había respirado nunca.

—El mejor día te las como.

—No tientes a la suerte —susurró ella.

Salazar aprovechó para enterrar disimuladamente su entrepierna, todavía húmeda tras el asalto mañanero, entre sus nalgas. En otras circunstancias, Talía se habría reído y fingido querer escaparse, solo para que él tuviera que cazarla.

No esa vez. Su mente se había ido a otra parte.

Por mucho que desearan que durase para siempre, ambos sabían que su momento de respiro había llegado a su fin.

Desde su llegada el día anterior, habían estado curándose en el otro, encerrados en una burbuja donde nadie más podía entrar. Ni siquiera el persistente Lucio se había atrevido a interrumpirlos. En cuanto comieron y repusieron fuerzas, ambos se fueron a las termas, donde se contaron cuanto había sucedido en Bosqueterno mientras se limpiaban mutuamente con la parsimonia reverencial que otros reservaban para los altares de sus dioses. Ya anochecía cuando se retiraron al cuarto de

Salazar, exhaustos, con intención de dormir unas horas antes de decidir sus futuros pasos.

Resultó que, si grande era su agotamiento, más profunda era su hambre. Se unieron con un ansia que, si no era desesperación, se le parecía mucho. La euforia de estar juntos de nuevo, combinada con la agonía que les había quedado tras probar la terrible ausencia del otro, los convirtió en animales devotos para los que cualquier superficie era templo. Los cuerpos chocaron, volaron los huesos, los capullos florecieron. No fue hasta un buen rato después que la extenuación acumulada desde el Beltán los alcanzó y cayeron en un sueño profundo, tan negro como la medianoche del Páramo.

El amanecer los sorprendió otra vez hundidos el uno en la otra.

Sin embargo, una vez que estuvieron saciados y flotando en el sopor contemplativo tras el festín, se volvieron nuevamente conscientes de que afuera el tiempo seguía corriendo y, con él, el resto del mundo.

—Ya se habrán dado cuenta de que no estoy —musitó la princesa, con la mirada fija en los haces que se colaban por la ventana.

Los púrpuras rabiosos se habían desvanecido de su rostro, pero sus ojeras seguían ensombrecidas. Su tristeza regresaba, junto con la tensión de Salazar.

Al otro lado del cristal, el viento aullaba y empujaba de un lado a otro una calima densa como un sudario. Había llegado esa misma noche con toda su fuerza y no tenía trazas de ir a despejarse pronto.

Ojalá durara. Cualquiera que intentase entrar en el Páramo se encontraría ciego y sordo en un limbo de polvo, a merced de un ejército de no muertos que no precisaba de ojos ni oídos.

—Debería volver, aunque solo sea para dar explicaciones. Adelfa debe de estar muy preocupada...

Salazar suspiró por la nariz y la estrechó más contra sí, envolviéndola con brazos y piernas, como si pudiera escondérsela bajo la piel.

—Si lo haces, jamás te dejarán volver a salir de allí.

—Pero, si no lo hago, este será el primer sitio al que vengan a buscarme. Y entonces tú pagarás por mi inconsciencia.

—O pagarán ellos por venir a tocarme los cojones en mi propia casa.

Ella se pasó una mano por la cara, mortificada.

—No debería haberme escapado así. Perdí el juicio...

—Demasiado bien reaccionaste.

—Si no logro enmendar esto, el castigo que me apliquen a mí, tú lo recibirás multiplicado, y quién sabe de lo que es capaz mi padre. Jamás su propia sangre lo ha desafiado así...

—Y qué planeas exactamente, ¿eh? —Su tono se oscureció, cargado de fatalismo—. Da igual lo que hagas o digas: nunca podrás razonar con él. Nadie puede.

Talía se encogió con un escalofrío. Acarició el antebrazo de Salazar, firmemente alojado entre sus pechos. No dijo nada; sabía tan bien como él que no había una solución ideal a aquel despropósito.

—Lo único que aplacaría a tu padre sería hacer lo que él quiere como él quiere, por absurdo que sea. Tú te olvidas de mí y te rindes a una vida de monja reclusa, en perpetua penitencia por el simple hecho de existir. Yo renuncio a ti y paso el resto de mi vida rabiando y sin poder ni mirar para Bosqueterno, no sea que tu padre se ofenda y decida venir a rematarme. ¿Es eso lo que quieres?

—Si esa es la única forma de garantizar tu seguridad... —La voz de Talía se quebró.

—Ya es tarde para eso.

—Lo siento —se disculpó sorbiendo.

Una lágrima roja le cruzó el puente de la nariz. Compungido, Salazar fue a limpiársela, pero ella se le adelantó.

—No, Talía, no te culpes. Estábamos condenados a acabar así. Yo nunca habría dejado de intentar recuperarte, y tú...

—Yo jamás habría podido arrancarte de mi corazón. Me habría marchitado sin ti, sin este lugar. Tarde o temprano habría huido en tu busca.

—Este era nuestro sino, entonces. Lo sellé en el momento en que decidí llevarte conmigo.

Talía giró el cuello para mirarlo, angustiada.

—Salazar, ¿y si vienen...?

—¿Quién vendría y con qué ánimos, exactamente?

—No lo sé. —Ella se cubrió el rostro—. Dioses, ¿qué he hecho...?

El brujo la acarició y le besó un hombro, con la mirada fija en el abismo blancuzco e insondable que parecía llamarlos desde allende la ventana, cargado de funestas posibilidades.

—Si nos pusiéramos en lo peor, las defensas del Páramo están listas. No es inexpugnable, pero en él es donde somos más fuertes. Multiplicaré las trampas, alzaré hasta el último cadáver. Mientras tengamos muerte, portales y comida en la despensa, podemos seguir como hasta ahora durante mucho mucho tiempo. —Chascó la lengua—. Podría seguir haciendo incursiones de rapiña. Mientras me mantenga rápido e impredecible, como hasta ahora...

—Aunque lograran enterarse a tiempo de cuándo y dónde hay una masacre, cosa que dudo mucho, a mi gente no le sería tan fácil como a ti trasladarse allí para atraparte. Tampoco creo que se tomaran la molestia de adentrarse en los campos putrefactos que frecuentas, ni siquiera por mí.

Salazar se mordió el carrillo, pensativo. Las probabilidades estaban a su favor, pero la probabilidad también había hecho que se diera de bruces con Baalak en el lugar y en el momento más inesperado. No podía confiarse, en ningún lado del Velo.

—Y si con eso no bastase, ¿qué...?

—Siempre nos quedará ocultarnos en el plano mortal.

—¿Sería más seguro para nosotros que en tu territorio?

—No. Ni por asomo.

—Entonces, si ha de haber un enfrentamiento, lo tendremos aquí. —Talía se incorporó—. Seguramente mi padre intente atraernos fuera del Páramo, donde la Tierra aún lo obedece y el aire no es nocivo para su escolta. Aun furioso, no arriesgaría las vidas de sus súbditos para recuperarme.

—A menos que envíe a súbditos que le importen menos. Mortales.

La espalda de su princesa se tensó. Ella lo miró por encima del hombro, pálida como la muerte.

—Los krampos...

—Todavía son aliados de Bosqueterno, y Baalak nos tiene ganas a los dos.

Talía saltó de la cama y recogió su quitón del suelo. Lo fastidió no poder seguir tocándola, pero no intentó detenerla. Ya habían sido bastante autoindulgentes.

—¿Cuán fortificado está este sitio? —preguntó ella, vistiéndose con premura.

—Mucho. Es lo que da saberse cuco en nido ajeno: siempre tienes la paranoia de si alguien vendrá a quitártelo, así que pasas mucho tiempo preparando formas de evitarlo. —Salazar se levantó también para ponerse las calzas limpias de la noche anterior—. Por desgracia, el primer año lo pasé limpiándolo de escoria y reconstruyéndolo, y el segundo se me fue en armar el ejército para tu padre. Aunque he trabajado duro en los últimos meses, no he tenido tiempo de volver el Páramo tan inexpugnable como me gustaría.

Se echó una túnica gris por encima de la camisa y se la ciñó con una correa. Cuando se hubo calzado las botas, Talía fue hacia él, ya vestida.

—Yo te ayudaré. —Lo tomó del brazo—. Sembraré el Páramo de zarzales y bosques impenetrables de espinas. Haré que esta tierra engulla a cualquiera que intente pisarla.

Cielos sangrantes, cómo lo ponía oírla decir esas cosas.

—¿Puedes hacer eso?

—Gracias a ti, ahora sé que sí. O, al menos, puedo intentarlo.

Mientras terminaban de vestirse, debatieron apresuradamente sobre los puntos más débiles del Páramo y ambos coincidieron en que, si alguien intentaba llegar a pie, solo podrían entrar a través del cañón.

—Lo tengo bien protegido. Por ahí no cae ni una piedra sin activar todas las defensas.

Salieron del cuarto. La luz de la mañana brillaba a través de la calima y la mayoría de los duendes se había retirado a las sombras. Martín debía

de estar acostado en la despensa, los humarejos dormitaban hechos una maraña en las bóvedas más umbrías, y los mangalines aún no habían regresado de su última expedición allende el Velo. El castillo parecía desierto. Sus pasos retumbaban en la quietud fantasmal, entretejida con el silbido constante del viento.

Mientras descendían por el pasillo, la princesa se mordió una uña, cada vez más inquieta.

—¿Y si no tenemos tanto tiempo como creemos? ¿Y si consiguen un portal? Los amuletos de nuestros artesanos no servirán, pero tal vez cuenten con otro tipo de...

—Talía. —Salazar la sujetó por los hombros—. Aún no sabemos si vendrá alguien, quién lo hará ni con qué intenciones, ni cuándo sucederá. Centrémonos en lo que podemos hacer. Lo demás es perder el tiem...

Lo cortó un caos de cuernos y trompetas procedente del exterior.

Las alarmas de detrás del castillo. Como si lo hubieran invocado, alguien acababa de colarse en el cañón.

La princesa y él compartieron una mirada lívida. Apenas hacía un día que ella se había fugado y por el camino a pie se tardaba por lo menos una semana. ¿Cómo habían podido recorrer la distancia...?

—Portales. Es la única explicación posible —murmuró ella—. Jara llevaba tiempo sospechando...

Una ráfaga de viento les alborotó las ropas y Lucio se materializó frente a ellos, escaldándolos con una mirada furiosa de reproche.

—Enhorabuena, tortolitos —escupió—. Por el cañón se acercan al galope las consecuencias de vuestros actos. Krampos. Las hordas de entes ya les han salido al encuentro.

—¿Vienen con feys? —preguntó Talía con un hilillo de voz.

—No parece, no. Ni falta que les hace.

Los tres echaron a correr por galerías cada vez más empinadas, en busca de una ventana desde la que asomarse al laberinto del cañón.

—¡Señorito, nos atacan! ¡¿Qué haremos?! —Martín los alcanzó por el camino, trotando a lo que daban sus cortas piernas, con la cara desencajada de espanto. El ruido debía de haberlo arrancado del lecho.

No era el único. Sobre sus cabezas, los humarejos comenzaban a despertar y las sombras del techo se removían, entre susurros agitados.

—Vosotros, nada. Tú no eres ningún guerrero y los humarejos no pueden exponerse a la luz diurna —respondió Salazar, sin aminorar la velocidad—. En cuanto a los carontes: Lucio, adelántate y diles que no intenten hacer frente a los intrusos. Son demasiados. Que se metan en el castillo. Mis muertos y yo lucharemos por todos vosotros.

—Pero ¿y si entran? ¿Y si llegan a *mi cocina*? —graznó Martín mientras Lucio desaparecía con una ráfaga de aire.

Seguidos por el doméstico, Talía y Salazar subieron a una torre vacía de tantas en la retaguardia del castillo, provista de un balcón medio derruido. El brujo indicó a la princesa que se quedase atrás y se asomó con cuidado, aprovechando que allí la calima estaba más despejada y le permitiría evaluar el ataque con sus propios ojos.

Lo recibió el tronar de las alarmas, el clamor distante de los gritos de guerra, el chocar de huesos y aceros, magnificado todo por el eco de las altísimas paredes del cañón. Podía ver por dónde avanzaban los intrusos gracias a las nubes de polvo que iban levantando a su paso.

«La puta que los parió a todos».

Estaban mucho más cerca de lo que jamás habría esperado. Calculando a ciegas, pues nunca habían pisado el Páramo, debían de haberse materializado en algún punto intermedio del cañón, saltándose las trampas que custodiaban la entrada trasera. La horda de entes encargada de defender los desfiladeros ya había caído sobre ellos: un ejército de hormigas blancas e implacables enzarzado con otro hormiguero oscuro y veloz, capaz de saltar por encima de cualquier enemigo y de escalar pendientes imposibles. Los krampos eran fuertes, ágiles... y demasiados. Incluso ralentizados por los no muertos, seguían avanzando como una marea a través del caos y del polvo.

—Son doscientos por lo menos —dijo, cuando Lucio reapareció junto a él y se encaramó a la barandilla.

—No. He bajado ahí antes de un salto sin que se percataran. Hay más de trescientos, muchacho. Y luchan como si en ello les fuera mucho más

que la vida.

Salazar inspiró hondo con la vista al frente. La sangre empezó a pulsarle con fuerza en las venas; un martillo llamando a las puertas de su poder.

—Esto es por mi culpa —jadeó Talía, tras ellos.

—No. Ese cabrón me la tenía jurada desde el primer momento, y no solo por ti. Este desenlace era cuestión de tiempo. —Torció el labio—. Mis muertos darán cuenta de ellos. Tengo suficientes repartidos por todo el Páramo. Y si consigo echar mano de los krampos que caigan...

Un bramido estridente los hizo levantar la vista. Borrosa entre la calima, una gran silueta alada surcaba los aires en dirección al castillo. Baalak, sin duda.

Salazar se mordió el carrillo hasta saborear sangre. Ninguna de sus criaturas tenía forma de detener a una bestia voladora, a menos que consiguieran arrastrarla al suelo. Ese único dragón podía darle serios dolores de cabeza, y más con semejante cabronazo dirigiéndolo...

Entonces, la calima reveló otros dos dragones con jinetes, a la zaga del primero.

«Mierda».

Salazar empujó a los demás al interior de la torre para ocultarlos de la vista. La calima tendría cegados a los guerreros de a pie, pero no tanto a esos hideputas voladores.

—Lucio, abre un portal y llévate a Talía...

—¡¿Qué?! No me separaré de ti —resolvió ella, agarrándolo del brazo.

—Sí, lo harás. Es a ti a quien buscan, y por mis muertos que no te tendrán. Te irás con Lucio a un lugar remoto y seguro mientras yo defiendo el Páramo...

—¡No!

—¡¿Estás tonto?! —le espetó el cojuelo.

Por detrás, Martín maldecía en voz baja, ensimismado.

—Yo de aquí no me muevo. No tocarán mi cocina. ¡Fu! Como me rompan una sola olla, los degüello, aunque sea lo último que haga.

El doméstico se marchó a toda prisa; seguramente, a custodiar su amada cocina. Salazar sabía que con él no podría razonar, así que se volvió hacia los otros dos.

—Lucio, coge a Talía, llévatela bien lejos y protégela con todo lo que tengas. —El diablillo empezó a negar—. *Ahora*. Me reuniré con vosotros cuando haya acabado con esta escoria. Puedo hacerlo, con un poco de suerte y los suficientes muertos. Lo sabes.

—No. —Su padrino dio un bastonazo en el suelo con la mirada al rojo vivo—. ¡No, no y no! Eres mi brujo. *Mío*. Que se me pudra el agujero de la mano si algún día te dejo entrar en batalla solo.

—¡Me cago en Satán, Lucio!

—No, Pedro —los interrumpió Talía—. Yo tampoco me iré. Tú eres mi amado, y esta tierra, la cuna de mi jardín.

Salazar se giró hacia ella. Su hermosa cara volvía a teñirse con los púrpuras de la guerra, llena de férrea determinación.

Y entonces, con un lento escalofrío, se dio cuenta de que esa discusión ya estaba perdida antes siquiera de empezar, y no solo porque esa princesa testaruda lo quisiera más allá de toda sensatez.

Flordemuerte era dríade, y en el Páramo estaba su único jardín, en el que a diario había volcado su mimo, su amor, sus alegrías y sus duelos y todas esas emociones que nunca había podido liberar en ningún otro sitio, ni siquiera en el plano mortal.

—Me arriesgué a morir y desaté la destrucción en la Llanura por proteger a mi gente, sabiendo que la mayoría ni siquiera me amaba. ¿Qué no haría entonces por esta criatura mía de flores y espinas? ¿Y por ti, que fuiste quien me la dio?

—Talía, por favor te lo pido...

Ella le agarró el rostro y le susurró, temblando de fervor:

—No me iré. Estoy harta de huir y esconderme. ¿No lo ves? Podríamos correr al fin del mundo y también allí acabarían encontrándonos, y después ¿adónde iremos? —Sacudió la cabeza con expresión atormentada, como si los fantasmas de su pasado desfilaran una vez más

ante ella—. No. Para los de nuestra clase, la persecución solo termina cuando la terminamos nosotros. A la fuerza.

Sus palabras resonaron dentro de Salazar, avivando su propia ira, antigua y amarga.

—Y, si tú estás dispuesto a luchar, entonces yo también. Porque eres mío y yo tuya; y el Páramo, la madre pálida que nos sustenta. —Estrellas sangrientas centelleaban en sus pupilas mestizas—. Hemos creado algo bello entre los dos; y, por el Desgarro y el Firmamento, por tus dioses y los míos, juro que destrozaré a cualquiera que intente arrebatárnoslo.

Incapaz de controlarse, Salazar le rodeó la nuca con una mano y la atrajo hacia sí para sellar sus labios con un beso feroz. Cuando se separaron, su voz era una guadaña desnuda.

—Entonces, hagámoslo.

Se retiraron a una galería contigua, desprovista de ventanas. Salazar se concentró y envió un pulso de voluntad a través del castillo, lo bastante fuerte para avivar a los esqueletos centinelas que reposaban entre sus muros. Esos, al igual que los del exterior, no necesitaban supervisión: los había afinado con una autonomía de la que estaba profundamente orgulloso. Sabían lo que tenían que hacer. Los oyó correr por los pisos inferiores, colocándose junto a puertas y ventanales con las armas preparadas.

La roca reverberó sobre sus cabezas. Algo entraba y salía por las torres agujereadas de los pisos de arriba. Una sombra cruzó veloz al otro lado de un ventanuco. Los dragones ya rodeaban el castillo, buscando una apertura que los llevase directamente hasta ellos.

Aunque, para eso, primero tendrían que encontrarlos en aquel laberinto de torres, galerías y pasadizos.

Desde fuera les llegó el rugido provocador de Baalak, distorsionado por el viento.

—¡Entrega a la princesa, Carroñero, y dejaré que conserves tu nido!

—No se lo cree ni él —siseó Talía.

Salazar cerró el puño en el aire y varias estalactitas se desprendieron del techo para orbitar en torno a ellos. No se dio cuenta de que Lucio

había vuelto a ausentarse hasta que reapareció a su lado, jadeando.

—Los krampos ya están saliendo del cañón.

—Las charcas los recibirán con otra oleada fresca de entes.

—Ya. ¿Y qué harás con los que están trepando los cimientos del castillo como cabras montesas?

El nigromante se paró en seco.

«Sus muertos».

—Llévame hasta ellos.

Lucio los guio a través de una estrecha galería hasta el piso más alto de una de las torres ahusadas adyacentes. De todas las que presidían los cañones, aquella era la que más sobresalía, agujereada desde la punta a la base por una miríada de ventanucos muy apetitosos para cualquiera que buscara introducirse en la fortaleza.

Se asomó a uno con cautela.

Le costó con aquella calima, pero alcanzó a ver que, abajo a su izquierda, sus esqueletos ya habían formado una muralla feroz en los límites del acantilado e intentaban empujar a los intrusos de vuelta al vacío. Por desgracia, a pesar de la resistencia de sus muertos y la altura ventajosa, los krampos tenían la fuerza explosiva de los guerreros vivos y patas unguladas con las que saltar sin esfuerzo por encima de los esqueletos más bajos, partiendo cráneos y espinazos.

Tal y como había advertido Lucio, varias decenas se habían desprendido de la formación para brincar por las altísimas paredes escarpadas que cimentaban la parte trasera del castillo. Algunos ya habían alcanzado los cimientos de la torre y escalaban su superficie irregular con pasmosa agilidad para soldados de su tamaño. Los primeros ya estaban colándose por los ventanucos más bajos. Podía sentir el eco de sus cascos en las plantas inferiores de la torre.

Talía se asomó junto a él y ahogó un grito.

—¡Están entrando!

Salazar esbozó una sonrisita cruel. Nunca se había molestado en volver habitable esa parte del castillo. Por una buena razón.

—Que lo hagan.

Esos imbéciles se estaban metiendo en una ratonera. Mucho tiempo atrás, había sellado los pisos inferiores de esa torre del resto del castillo, a excepción del arco por el que ellos habían accedido.

Les indicó a los suyos que retrocedieran hasta salir de la habitación y, por ende, de la torre. Una vez que los tres estuvieron de vuelta en el pasillo, Salazar se agachó a pocos pasos del arco, posó las manos en el suelo y estableció contacto con la piedra. Precisó de un esfuerzo considerable expandir sus sentidos hasta abarcar los muros que separaban aquella torre del grueso del castillo.

—¿Cuántos tengo a tiro, Lucio? —preguntó con esfuerzo.

El cojuelo se aupó a la ventana y echó un vistazo abajo.

—Cincuenta, sesenta... Se están confiando. Deja que suban, todavía pueden ser más. Aguarda un poco.

Talía se toqueteaba las muñecas, impotente, sin comprender qué se traían entre manos.

—Espera, que más se arremolinen abajo... ¡Coño! —Lucio reculó cual centella, justo a tiempo de esquivar una flecha que se partió contra el marco de la ventana.

Ver cómo casi asaeteaban a su padrino agotó la poca paciencia del nigromante.

—Al infierno con ellos. Resguardaos detrás de mí.

Cuando lo hicieron, dejó que su voluntad se ramificara como relámpagos muro abajo, a través de suelos y pasadizos, anclándose en las junturas clave que mantenían la torre pegada al castillo. El esfuerzo lo cubrió de sudor y le agarrotó los miembros hasta cortarle la respiración.

Apretó las muelas, temblando de extenuación.

«Pártete».

Un quejido gutural atravesó la torre en picado. Momentos después, la mitad exterior se escindió como un gigantesco huso de marfil. Cayó en vertical con el rugido de un titán moribundo, arrastrando consigo la multitud de krampos escaladores y a los necios ya atrapados en su interior. La gravedad y su propio peso la hicieron desmoronarse en una colosal catarata de escombros que arrasó cual avalancha con las docenas

que se apelotonaban justo debajo, a ras del suelo. No pudieron huir a tiempo: sus principales vías de escape estaban colapsadas por las paredes del cañón y por sus propios compañeros, enzarzados con los no muertos.

Aun sumergido en la energía ciega de la piedra, Salazar saboreó cómo su ola de destrucción hacía temblar el Páramo. El desprendimiento barrió a los krampos como una riada gris, tragándose sus alaridos. Una inmensa polvareda ascendió por el tremendo agujero que acababa de quedar frente a ellos y los golpeó, sacudiéndoles las ropas.

Salazar agachó la cabeza, preso de un ataque de tos. Cuando alzó la vista, ante sí solo halló el resplandor de la calima y el silencio de al menos un centenar de vidas sepultadas.

Música para sus oídos. Alimento para el Páramo. La mitad del ejército de Baalak, aniquilada.

—Dioses... —murmuró Talía, sobrecogida.

Salazar rompió el contacto con la piedra e intentó ponerse en pie. Las piernas se le doblaban, así que su princesa corrió a sostenerlo y se apresuró a apartarlo del vacío. Todavía a gatas, tuvo que apoyarse en una pared, resollando. Lo que acababa de hacer no era fácil, pero esperaba sobreponerse al mareo más pronto que tarde. Esa batalla aún no había concluido, y no podía permitirse el lujo de tirarle más torres al enemigo.

Los krampos que quedaban tampoco serían tan idiotas de dejarlo repetir la jugada.

—Impresionante —masculló Lucio. Viniendo de él, eso era prácticamente un rendido aplauso.

El aire estaba tan espeso de blancura que no vieron venir al dragón. Irrumpió por el hueco, con las alas plegadas y su jinete agachado tras su cuello, y pasó por encima de sus cabezas, lo bastante cerca como para golpearlos si los hubiera sorprendido de pie en medio de la galería. Talía chilló e intentó cubrir a Salazar, pero entonces el dragón viró en el pasillo, arrancando gravilla de las paredes con sus alas, y se abalanzó sobre ellos. El krampo ya se echaba a un lado de la silla, con el brazo extendido para atrapar a Talía. Un fragor ardiente inundó las venas de Salazar, espabilándolo de golpe.

Todas las esquirlas que había acumulado por el camino se dispararon hacia su atacante. El krampo podría haberlas esquivado, pero el dragón era un objetivo demasiado voluminoso, y el pasillo, más estrecho de lo que su jinete había calculado desde fuera.

El dragón bramó conforme las estacas le perforaban las alas, y se cortó en seco cuando otra le empaló las fauces abiertas, atravesándole el cráneo. Se derrumbó, muerto. El krampo saltó de él sin perder un instante, ignorando la esquirla que le atravesaba el hombro, y se dispuso a correr hacia ellos.

Talía bramó.

Fue inmediato. Un pilar de espinas granates brotó del dragón y atravesó el costado del guerrero. Lo estampó contra la pared tan súbita y brutalmente que el «crac» de su cuello al partirse reverberó por toda la galería.

—¿Estáis bien? —jadeó Lucio, pegado al techo como una lagartija.

Salazar ya no tenía corazón, sino un tambor. Talía se abrazaba a él, tratando de protegerlo con su cuerpecito. Con suavidad, tiró de ella hasta que ambos lograron recuperar la verticalidad.

—Si llego a verlo, lo desvío con un portal...

—Mejor así. Uno menos; ya solo nos quedan dos —dijo el brujo, y besó la frente sudorosa de Talía—. Has estado rápida, preciosa.

Por toda respuesta, ella miró a los cadáveres con los ojos inyectados en sangre. Estaba claro que lo que había hecho la turbaba, pero no dejaría que los remordimientos la paralizasen.

Les llegó un repentino estruendo procedente de la parte frontal de la fortaleza. Echaron a correr, seguidos de Lucio, que cada poco se adelantaba y volvía con información.

—Han logrado abrirse paso hasta la pendiente principal. Pronto alcanzarán las puertas del castillo.

—Su puta estirpe.

Salazar lamentó no haber tenido el tiempo ni los medios para construir un foso. No habría supuesto gran diferencia con esos cabrones, pero los

habría retrasado. Ninguna defensa sobraba cuando un caudillo con dragones decidía venir a arrasar con todo.

No obstante, incluso si los krampos conseguían destruir a los no muertos, que en esos momentos debían de estar protegiendo la puerta como fieras, no podrían entrar fácilmente, mucho menos alcanzar los ventanucos inferiores, pues allí las paredes eran demasiado verticales y pulidas para treparlas.

Ya habían llegado a la segunda planta cuando Lucio hubo de apoyarse en una columna para recobrar el aliento. Salazar le puso una mano en el hombro.

—Deja de gastar tanta energía corriendo de un lado para otro. Te necesitamos fuerte para abrir portales, si hiciera falta.

Entonces, las puertas del castillo se sacudieron.

¡Bram...!

¡BRAM!

Por supuesto: los desgraciados habían traído un ariete. Con eso y tiempo suficiente, no descartaba que consiguieran reventarle la entrada y colarse.

La boca se le llenó de un sabor metálico al pensar en sus duendes. A excepción de los carontes y, quizá, los mangalines ausentes, sus criaturillas no estaban hechas para la pelea. Servían para el robo, el tráfico de información y las tareas domésticas. Podían apuñalar por la espalda a un intruso o desgarrarle la yugular a mordiscos, pero ¿frente a una avalancha de krampos armados con hierro? Más les valía correr. Solo Lucio podía herirlos de gravedad con su velocidad y sus portales, mas, maldita fuera su suerte, las caprichosas leyes de su naturaleza le impedían matar directamente.

No obstante, incluso en esas reglas había vacíos brumosos que podían aprovecharse.

—Lucio, vete abajo y abre un portal al vacío justo al pie de la puerta principal, donde estarán con el ariete. Que se despeñen los cabrones. ¿Eso puedes hacerlo?

Su padrino torció el gesto.

—Demasiado directo.

—Envíalos a mi jardín. —La voz de Talía se coló entre ellos como una brisa gélida—. Es un lugar inofensivo... mientras yo así lo desee.

Por primera vez desde que se conocieran, Lucio le lanzó una mirada de apreciación genuina.

—Con gusto.

Y se marchó en una ráfaga de aire.

Salazar no se dio cuenta de que se tambaleaba hasta que Talía lo sostuvo, abrazándolo por el costado. Su maniobra con la torre había barrido a la mitad del ejército de Baalak, pero le había sorbido buena parte de sus fuerzas. Aún le quedaba guerra por dar, pero no podría mantener ese ritmo indefinidamente. ¿Y si luego llegaban los de Bosqueterno a rematar lo que Baalak había empezado? ¿Cuánta energía y recursos necesitaba un nigromante para hacer frente a un asedio de fuerzas krampas y feéricas combinadas?

El cerebro le ardía. Algo le palpitaba detrás de la nariz, amenazando con reventar.

Poner a Talía a salvo. Proteger a sus duendes. Encontrar más cadáveres con los que reponer sus energías. Revivir más muertos. Reforzar las entradas contra los enemigos de a pie. Sellar las ventanas para impedir el paso de los que volaban.

El proyecto inacabado que yacía en su taller, aún envuelto en el misterio. No estaba listo; Salazar no reanimaría algo tan grande sin antes asegurarse de que no se volvería contra él.

Los golpes del ariete contra la puerta empeoraron. Talía le tiró de la manga.

—Vamos. Necesito estar lo más cerca posible del jardín para cuando Lucio abra el portal.

Cogidos de la mano, reanudaron la carrera por galerías y torreones, bajando escalinatas a saltos hasta llegar, trastabillando, al pabellón. Era lo más cerca que podían estar del jardín sin salir del castillo y abandonar su protección. El estómago de Salazar se hizo un nudo al ver los amplios ventanales. El pabellón se alzaba sobre un barranco que, si bien para la

mayoría de los seres habría sido imposible de escalar, no lo era tanto para krampos bien entrenados. Si aún no habían intentado asaltarlo era porque los esqueletos no les habían dejado. O, considerando la calima espesa, quizá no lo hubieran visto siquiera. Incluso a él le costaba divisar el jardín desde allí: el fantasma de unas ruinas medio devoradas por las sombras, borroso como un espejismo zarandeado por el viento.

Talía corrió hacia uno de los ventanales, se arrodilló y posó contra el cristal las manos y la frente.

—¿Ves algo?

—No me hace falta. Siento su cercanía. A esta distancia, mis plantas me oirán si les canto.

La ventolera aulló en el exterior. La calima se atenuó un momento, lo justo para que ambos pudieran ver cómo un portal se abría a unos dos pisos de altura sobre el corazón del jardín. Por él salió vomitado un aluvión de krampos con ariete incluido. Cayeron por decenas, como demonios expulsados de los cielos, y se estrellaron contra la vegetación, entre alaridos de sorpresa y dolor.

Los labios de Talía eran una fina línea amoratada. Sus manos se cerraron en puños contra el cristal. Su corazón batallaba consigo mismo, pero el momento de duda pasó rápido, sustituido por una determinación que le afiló todas las hojas de la cabeza.

—Nuestros atacantes recogen lo que siembran.

Empezó a cantar, y su voz era como el vaivén de una guadaña. Impartía sentencia a diestro y siniestro, pedía tributos de sangre a sus hijos con un compás tan amoroso como terrible. Ni la densidad de la calima pudo ocultar la magnitud de las zarzas y las crestas espinosas que se alzaron sobre la comida fresca. Algunos corrían, pero las zarzas eran más rápidas. Las manchitas blanquinegras de los krampos se tropezaban entre sí, ciegas y desorientadas ante la fronda que las engullía cada vez más hondo, sepultándolos donde los cadáveres antiguos se mezclaban con los nuevos. Una vez que caían, las raíces corrían a silenciar los alaridos, llenando las bocas de púas y tierra.

«Qué espectáculo tan horrendo —pensó Salazar con un escalofrío extrañamente placentero—, y qué pena que la calima no me permita apreciarlo en todo su esplendor».

Se mordió el carrillo ya desgarrado, y se esforzó por fraguar un nuevo plan. Si encontraba una forma de traerse todos esos cadáveres frescos al interior del castillo, Talía y él podrían combinar sus fuerzas, protegidos entre sus muros, y convertir la fortaleza en una trampa letal. Quien entrase en ella sufriría una muerte cruenta y engrosaría las filas nigrománticas.

Sin embargo, aún quedaban los jinetes voladores...

Apenas pensó en ellos, sucedió.

Un dragón irrumpió por uno de los ventanales con un estallido de piedra y cristal. El pabellón se inundó de esa calima traicionera que les había impedido verlo aproximarse. Todo ocurrió demasiado rápido. Un instante, Salazar estaba sobre Talía, apresándola con fiereza entre sus brazos para cubrirla, y al siguiente...

Otra explosión de vidrio. Una miríada de cortecitos en la cara. El rugido ensordecedor de la batalla a sus pies.

De pronto, se hallaban en el aire, sobrevolando el Páramo pegados al flanco de un dragón.

El brazo izquierdo del krampo rodeaba la cintura de Talía. Tiraba de ella, intentando colocársela en el regazo. Ella forcejeaba como una fiera, todavía aferrada a los brazos del nigromante, que daba bandazos junto al costado de la bestia, sin más agarre que la propia princesa.

Frenético, alzó la vista, y se encontró con la mirada fulminante de Baalak. Este ladró en su idioma. Con una mano, trataba de afianzar su sujeción sobre Talía; con la otra, dirigir al dragón hacia el cañón.

Salazar buscó asidero con las piernas: el muslo rugoso de la bestia, la silla de montar, lo que fuera. El caudillo intentó sacudírselo a coces, pero ninguna acertaba y tenía los brazos ocupados con el forcejeo rábido de la princesa, que claramente prefería precipitarse al vacío, asida a su brujo, antes que dejarse raptar.

—¡Pedro! —El terror desencajaba su rostro al verlo sacudirse como una bandera en el aire con cada sacudida del dragón—. ¡No te sueltes! ¡Por lo que más quieras, no te sueltes!

Nunca. Jamás la dejaría ir. Aunque tuviera que arrancarse sus propios huesos y lanzárselos a Baalak.

Rugió. Los clavos óseos de sus collares cobraron vida y volaron raudos hacia el krampo. La mayoría se perdió en el aire, pero uno encontró el ojo izquierdo de Baalak cuando este se giró para intentar golpearlo otra vez. El caudillo bramó y sacudió la cabeza, pero el fragmento permaneció alojado entre sus párpados sangrantes.

El dragón zigzagueó con violencia entre las monumentales columnas del cañón, azuzado por el grito de dolor de su jinete. Quizá veía en ese momento de debilidad su oportunidad de librarse de él restregándolo por alguna pared. El chillido del dragón restante resonó a sus espaldas; el otro jinete los seguía.

Sus brazos se escurrían de los de su princesa. Sus miradas se enlazaron, impotentes. Allí, en las blancas alturas, no había ejércitos de no muertos ni jardines hambrientos que pudieran ayudarlos.

—¡Pedro! —sollozó ella, en una súplica contra lo inevitable.

Algo impactó contra la cadera del brujo. El saliente de un acantilado, quizá una coz de Baalak. El dolor explotó en su costado, y de pronto se halló lanzado por los aires cual muñeco de trapo.

Así terminaba todo.

Con el susurro lejano de unas alas desvaneciéndose en la calima mientras él caía.

Con el grito desgarrado de la mujer a la que no había podido salvar.



Talía seguía aullando cuando Baalak consiguió estamparla atravesada en la silla de montar y la inmovilizó con un brazo de granito. Se retorció como una víbora. Ya no era Talía, ni siquiera Flordemuerte, sino un manojo rabioso de uñas y dientes y alaridos, que atacaba cuanto había a su alcance.

—¡Quédate quieta! —El krampo tuvo que aprisionarla contra su pecho para evitar que se tirase por un lado del dragón en pos de Salazar.

Ella le replicó con otro chillido de odio, y la astilla de hueso que aún permanecía alojada en su ojo cerrado estalló en un nido de espinitas rojas. El caudillo rugió, con la sangre chorreándole por el rostro junto con los restos de su ojo destrozado, y le golpeó la cabeza con la mano de las riendas.

Todo se le volvió negro por un momento. Notó que se desplomaba hacia atrás; se habría caído del dragón de no ser porque Baalak volvió a inmovilizarla contra su cuerpo.

Aminoraron la velocidad. Lo oyó intercambiar gritos imperiosos con el otro jinete, antes de volverse hacia ella, siseando encolerizado.

Algo se cerró en torno al cuello de Mortalía con un chasquido metálico. Jadeó con los ojos desorbitados e intentó arrancárselo. Era una especie de collarín grueso y pesado, de unos tres dedos de ancho.

Los dedos le ardieron nada más rozarlo y los apartó con un gemido tortuoso. Quemaba. Le escocía en la piel con la agonía de la sal y algo más, algo mucho peor. La canción se le marchitó en la garganta, cortada por la energía cáustica que emanaba del collar. Su magia se replegó en su interior, resecándose como una anguila bajo el sol del desierto. De pronto, estaba muda. Muda y agostada y pequeña y rompible.

Menos que una simple mortal.

—Tranquila, fiera. Te acostumbrarás —le dijo Baalak.

Conforme el horror y las náuseas se apoderaban de ella, su cuerpo dejó de obedecerla. El mundo se emborronó a su alrededor, cada vez más oscuro. No podía respirar. Se moría. El dragón chillaba bajo su cuerpo, pero sonaba distante. Pronto dejó de oír los azotes de sus alas desgarrando la calima.

Su mente desolada soltó una última burbuja antes de ahogarse en el océano negro de la inconsciencia.

«Pedro».



Salazar apenas vio la pared de roca antes de impactar contra ella. Cayó, convertido en un simple saquito de carne a merced de la grandeza brutal del cañón, mientras lo que quedaba de él rodaba ladera abajo. «Crac, crac, crac», hacían sus huesos, fracturándose en ángulos cada vez más violentos, entre relámpagos cegadores de dolor.

Para cuando llegó al suelo, estaba tan roto que ni gemir podía; solo estremecerse con espasmos involuntarios. Su mente daba coletazos, atrapada en su destrozada carcasa mortal, luchando por mantenerse a flote en un abismo de agonía que amenazaba con tragársela.

«Muertos». Necesitaba muertos o él sería el próximo cadáver.

«Talía».

Los monumentales muros ondulantes de roca se alzaban a su alrededor. Sus cimas lamidas por el viento se fundían con la calima. Él yacía bocabajo con la cara vuelta hacia un lado. La boca le sabía a tierra y sangre. Escupió un pegote de barro rojizo. Varios dientes flotaban en él. La gravilla del suelo se le clavaba en la mejilla, raspada hasta el hueso. Intentó moverse; el chirriar de sus articulaciones dislocadas le arrancó un gañido patético. Atisbó, más que ver, su pierna derecha, retorcida de tal forma que su talón casi le tocaba la cadera. Con un débil gemido, intentó moverla.

Imposible.

No sentía nada por debajo de la cintura.

Pero tenía que moverse. No escuchar a esa voz que lo arrullaba: «Quédate quieto, ríndete con dignidad a tu destino». Aceptarlo era morir, perderlo todo. Una vida entera para nada. Las vidas de aquellos que habían muerto por él, directa o indirectamente, tiradas a la basura.

Tal vez era lo mejor. ¿Qué le costaba cerrar esos ojos escocidos por el polvo y las lágrimas, y dejar que la baba sanguinolenta siguiera vaciándose por la comisura de sus labios partidos?

No más correr, atrapado entre aquello que deseaba y aquello que lo perseguía. No más luchar. No más tener que tomar decisiones que al final lo dejaban todo peor de lo que ya estaba.

¿Qué habría sido de Lucio?

¿Y de los demás? ¿Los duendes, los carontes?

Si habían sobrevivido, sabrían apañárselas solos. Pero los pobres gatos, si nadie se acordaba de ellos, ¿quién les daría de comer?

Salazar estaba muerto. Debía de ser eso. Sin darse cuenta, había cruzado ese último umbral, desconocido hasta para un nigromante, y había ido adonde les correspondía a los engendros impíos como él. Por eso sentía los tormentos del infierno serrándole cada nervio y cada hueso.

Pero ¿dónde estaban las llamas y los demonios? Sabía que existían. Había visto las posesiones. Todo niño humano había presenciado una alguna vez.

A lo mejor eso era el infierno: agonizar, roto y abandonado, en el vacío absoluto. Para siempre.

No. No. No quería estar solo. Así no.

«Que alguien me ayude».

De pronto, le llegó la sensación de que alguien lo esperaba muy lejos, más allá de la bruma pálida. Eran muchos. Eran... *ellos*. Su

familia. Estaban a mundos de distancia y, al mismo tiempo, el velo que lo separaba de ellos era fino como un último suspiro. Para tocarlos y desvelar sus rostros solo tenía que... rendirse.

¿Podrían perdonarlo, cuando todo hubiese terminado? ¿Acudirían a por él, brillantes y serenos, para recomponer los fragmentos de su alma hecha añicos?

Algo, la sombra de una sensación, le acarició la cabeza con ternura maternal.

Quizá. Y entonces volverían a estar todos juntos.

Una lágrima polvorienta se le deslizó hasta la sien.

Sus ojos permanecían abiertos, mas solo veía el polvo, danzando a ras del suelo. A lo mejor no estaba en el infierno, sino en el purgatorio. Por eso no había color, solo niebla y asfixia y ese dolor de muñeco roto y desechado, que le chillaba hasta en los grumos del tuétano.

Sí, eso le encajaba más. Siempre se había imaginado el purgatorio muy parecido al Páramo.

Hasta que llegó ella.

El fantasma de un sollozo le constriñó el pecho. En esos momentos, solo deseaba que Talía acunase lo que quedaba de él entre sus brazos fragrantes y le besara los párpados mientras lo ayudaba a cruzar el último velo. La muerte era más hermosa cuando tu caronte no era otra que Flordemuerte.

—Talía... —pronunciaron sus labios partidos.

Entonces se dio cuenta de que ella no vendría. Porque se la habían llevado. Y él aún estaba vivo..., pero no por mucho tiempo.

¿Podría un nigromante seguir alzando huesos desde la tumba para ir a por ella?

Si era posible, él lo haría. La seguiría como un alma en pena hasta el mismo averno, a rastras si hacía falta, aunque se fuera cayendo a

trozos por el camino.

Necesitaba cadáveres frescos.

Si no los encontraba pronto, moriría.

Resollando tortuosamente, tiró del brazo derecho hasta tener la mano frente a su cara. Las entrañas se le apelotonaron en la garganta al ver sus dedos retorcidos en todas direcciones, como un arbolito desollado. Algo blanquecino asomaba a través de la sangre. Huesos. Tendones.

Cada movimiento era pura agonía.

Pero él aún estaba vivo, y Talía lo necesitaba. La eternidad podía esperar.

Ellos se retiraron con una oleada de aceptación que le besó las sienes.

«Muévete. ¡Levántate!», susurraron seis voces familiares que no eran del todo la suya. Después se desvanecieron, como un delirio nocturno desgarrado por los primeros rayos del alba, y supo que volvía a estar solo.

Muriéndose en mitad de la nada.

El sonido de cascos retumbó en el desfiladero. Un krampo apareció, borroso, en los límites de su visión. Se tambaleaba, gris de polvo, con una fea herida sangrante en la cabeza. Al verlo, gritó en su idioma, y el eco de los cascos se multiplicó a medida que más de los suyos llegaban. Uno, dos...; cinco. Seguramente se habían quedado atrás con órdenes de encontrarlo y rematarlo mientras Baalak escapaba con Talía y lo que quedaba de su ejército.

Desesperado, Salazar presionó su mano rota contra el suelo, pero la roca del cañón no obedecía a su nigromancia como la del castillo. Lo máximo que le ofrecía esa tierra era acoger sus restos cuando sus verdugos acabasen con él.

Los krampos escupían cosas incomprensibles entre dientes. Algunos se reían. Lo rodearon como buitres, y no se le escapó la ironía del asunto. Sus cascos levantaron un anillo de polvo a su alrededor, volviendo difusas sus muecas salvajes, pintadas con el granate de la guerra y la carnicería. Salazar intentó incorporarse, pero solo consiguió que la columna le crujiera por varios sitios distintos.

Ni siquiera tenía la movilidad suficiente para arrancarse sus propios dedos a bocados y dispararselos. Tampoco les habría acertado. El mundo le daba vueltas, multiplicando las sombras y distorsionando los sonidos.

Los krampos habían ganado. Iban a matarlo y no podía hacer nada para luchar contra su destino.

El que mostraba menos heridas fue hacia él con una hachuela en ristre. No perderían el tiempo torturándolo, por mucho que les apeteciese. La caída ya había hecho por ellos la parte más divertida del trabajo.

Se conformarían con cortarle la cabeza y llevársela como trofeo a Baalak.

Dejarían que Talía la viera.

Y su lengua muerta no podría consolarla, ni tendría ya brazos con los que sostenerla cuando colapsara entre gritos, ni pulgares con los que limpiarle todas esas lágrimas rojas que Baalak le haría verter bajo su yugo. Todos esos abrazos y besos y «te quieros» y paseos por el jardín y bailes y canciones absurdas... ya nunca serían.

Habría sido una vida tan hermosa.

«Demasiado para este mundo condenado».

El silbido de un proyectil surcó el aire.

Una flecha se hundió en el ojo del krampo, seguida de otra que le atravesó el cuello. El guerrero soltó el arma y se desmoronó a pocos

pasos de Salazar. Los otros apenas tuvieron tiempo de reaccionar: más y más flechas cruzaron raudas la calima, acribillándolos. Media docena de figuras esbeltas cayeron sobre ellos. Mujeres y algún que otro hombre, todos verdosos y pardos y vestidos de cuero, pedazos de otoño que luchaban como fieras a lomos de lo que parecían lobos. El acero silbaba en el aire y el pedernal endurecido por la magia corría a su encuentro, cercenando arterias y miembros.

Poco a poco, los gritos de los krampos se redujeron a gorgoteos y estertores. Después, silencio. Jadeos. Salazar contempló, incapaz de girar el cuello, cómo un reguero creciente de escarlata se abría paso frente a él, serpenteando a ras del polvo.

Entonces, los gruñidos de los lobos lo rodearon.

«Levántate, joder», se dijo, esa vez con su propia y solitaria voz. Sin importar quién hubiera vencido, no dejaría que lo rematasen sin antes verles la cara.

Alguien desmontó. Unos pies veteados envueltos en cintas de cuero atravesaron el riachuelo carmesí y se detuvieron a pocos pasos de él. El extraño se acuclilló y, al elevar la vista, Salazar se encontró con la sonrisa terrible de la princesa Jara, toda salpicada de sangre. De su mano pendía el brazo cercenado de un krampo.

—Hierro y sal, nigromante, parece como si un cuélebre te hubiera vomitado a medio digerir.

En torno a ellos, un jinete dríade y su montura inspeccionaban los alrededores, pendiente de cualquier eco distante. El brujo notó cómo una tercera bestia le olisqueaba el cogote; el aliento le hedía a casquería derramada.

—Este se nos muere, Jara —dijo alguien detrás de él, en la lengua feérica.

La sonrisa de la princesa se tornó en una apretada mueca de rabia. Con los ojos vidriosos, lo examinó de pies a cabeza, y su

talante se fue oscureciendo con cada herida y ángulo aberrante que descubría en el cuerpo de Salazar.

—No... Ay, no... —Lanzó una mirada implorante a alguien a quien él no alcanzaba a ver—. Debe de haber algo que podamos hacer... ¡Mierda! ¡La Tierra maldiga a esos monstruos!

El labio le temblaba cuando volvió a dirigirse a él.

—Me destrozaría ser yo quien rematase al amado de mi hermana, pero, si es la opción más misericordiosa, solo pídemelo y te sacaré de tu miseria, Salazar.

Pronunció su nombre con una tristeza tierna, extrañamente humana, que le recordó muchísimo a Talía. Vislumbrar el rostro de su princesa en la memoria le insufló la fuerza suficiente para estirar la mano hacia el miembro amputado del krampo.

La dríade frunció el ceño y observó el brazo, como si se hubiera olvidado de que aún lo sostenía.

—¿Qué? ¿Esto quieres?

Se lo colocó bajo la mano y los sentidos nigrománticos de Salazar se anclaron en la carne con desesperación, como ciempiés que se meten bajo tierra en un intento enloquecido de escapar de su inevitable final. No detectó energías turbias ni maldiciones latentes en aquel entramado de tejidos; solo el resplandor decadente de la muerte fresca. Tan lleno aún de vida. Tan suculento.

Al siguiente parpadeo, ya lo estaba absorbiendo. Las uñas del krampo se descamaron de los dedos, cada vez más finos; los músculos se resecaron en cordones y el hueso crujió y se quebró entre las garras de Salazar. Redirigió la sanación adentro, muy adentro, cortando algunas hemorragias internas, pero no era suficiente. Ni de lejos.

—Muertos. Dame más —siseó, a través de sus dientes partidos.

Los ojos de Jara se desorbitaron, llenos de entendimiento. A una orden suya, sus acompañantes y ella misma se apresuraron a traerle los cadáveres de los krampos recién matados. Salazar no pudo evitar gemir como un gul. Podía sentirlos con solo rozarlos. Tan enteros, tan grandes. Los músculos estaban bien regados, todavía calientes, y qué órganos tan sanos y frescos albergaban. Los guerreros bien alimentados se convertían en comida excelente para los carroñeros.

Sin disimular su espanto, las dríades observaron cómo él se arrastraba sobre los cuerpos, entre gruñidos quedos, convulsionando mientras los miembros se le enderezaban con crujidos y escalofríos. Agarraba y absorbía, más bestia que persona. Era una larva humana, retorciéndose en su lecho de carne muerta, mutando sobre la marcha en algo más fuerte y sediento de sangre. De él se había apoderado tal ansia que incluso llegó a morder pedazos de carne para masticarlos con los dientes que le quedaban.

Alguien reprimió una arcada.

Absorbió durante largo rato la energía de los cadáveres. A menudo había de detenerse entre resuellos para escupir trozos de tejidos desechados por su propio cuerpo. En dos ocasiones se desmayó momentáneamente de dolor cuando los nervios dañados volvieron a entretejerse entre los músculos e hicieron contacto con algún hueso recién soldado.

De vez en cuando, oía el silbido de alguna flecha dríade que atrapaba a algún explorador krampo rezagado.

—Tenemos que ponernos en marcha. No sabemos cuántos de esos desgraciados siguen merodeando por aquí —dijo una de las rastreadoras.

El nigromante emitió un gruñido bajo, animal. En cuanto se recuperase, cualquiera que no hubiese abandonado el Páramo a tiempo podía darse por muerto.

—Espera un poco, Enebro. ¿No ves que aún no puede levantarse?

No sin esfuerzo, Salazar consiguió alzarse a gatas sobre los cuerpos momificados de los krampos. Le dolía todo, pero al fin volvía a tener todas las articulaciones en su sitio y podía pensar con relativa claridad. Se pasó la lengua por las encías; dientes nuevos ya estaban reemplazando a los que había perdido.

Jara se agachó junto a él.

—Eres un bicharraco duro de matar, ¿eh, Salazarín?

«No tienes ni idea».

—Gracias. Te debo la vida —fue cuanto alcanzó a decir, antes de sucumbir a una súbita vomitera que lo dejó con la frente pegada al suelo.

Las rastreadoras más cercanas retrocedieron. Jara lo miraba con cara de grima, como si se estuviera replanteando lo de haberle salvado la vida.

—Y más que me debes, después de hacerme presenciar semejante escena. De verdad que haces honor a tu sobrenombre, Carroñero.

Por fin, el brujo logró respirar hondo sin que algo crujiera o se derramase dentro de su cuerpo. Su cabeza, no obstante, seguía hirviendo como una olla: con cada pedacito de lucidez que recobraba, más crecía ese pánico iracundo que amenazaba con devorarlo a él y a cuanto lo rodeaba.

—Baalak tiene a Talía.

—Lo sé. —El rostro de Jara se contrajo de rabia impotente—. Nos adentrábamos en el cañón cuando lo he visto llevársela por los aires, fuera del alcance de nuestras flechas. ¡El Desgarro se los lleve, a él y a su especie abyecta!

Todavía mareado, Salazar se puso en pie, con la ropa desgarrada y pringado de sangre, barro y otras sustancias pulposas que prefirió

no identificar.

—¿Adónde se dirigen?

—Acordó llevársela sana y salva a mi padre, pero quién sabe lo que trama esa alimaña.

—Tengo que ayudarla. No, espera... —Se agarró la cabeza con un gruñido—. Primero hay que encontrar a Lucio. Él... Con él la encontraremos más rápido.

—No estoy segura de que la sesera haya terminado de curársele —le murmuró una dríade a la tal Enebro.

El brujo echó a andar sin rumbo. No podía quedarse quieto. Si se detenía, sus miembros se doblarían de nuevo, caería hecho pedazos para no volver a levantarse y todo lo que alguna vez le importó sería aniquilado.

—Talía...

Jara lo detuvo, lo sujetó con firmeza por los hombros y lo redirigió hacia su lobo.

—Monta conmigo. Buscaremos al cojuelo y, mientras tú terminas de reponerte, cuéntamelo todo. Absolutamente todo.

Salazar la puso al día como pudo: la desastrosa audiencia con el rey, el regreso de Talía al Páramo, las revelaciones que habían compartido. Jara se quedó lívida al enterarse de cuán profundas habían sido las trampas de Mirtalón.

—Por eso mi hermana me rechazó... ¡Me tomó por cómplice de mi padre! ¡¿Cómo pudo creerme capaz de...?! Lo primero que haré cuando la encuentre será enmendar este malentendido —exclamó mientras atravesaban la calima al trote, en dirección a la rampa que subía a las charcas.

El camino estaba plagado de krampos muertos. La única forma de atravesarlo en algunos tramos era pasando por encima de los cadáveres enmarañados, y los lobos caminaban de puntillas,

gruñendo, atentos al acero de sus armas y armaduras. Los esqueletos rezagados que aún deambulaban entre el polvo en busca de enemigos los observaban con sonrisas vacías cuando pasaban a su lado.

En la explanada de las charcas los recibió un panorama desolador.

Un campo de muertos, esparcidos como carne picada por la harina de su tierra. Pieles blancas y blancos huesos, escombros y cascos y cuernos partidos asomando entre incontables melenas negras, apelmazadas de sangre y polvo ceniciento. Ríos de sangre pintando ramajes caóticos en la tierra sedienta del Páramo. Los huesos encantados de Salazar reptando entre los cuerpos en busca de más huesos con los que unirse. Ruedas hechas de brazos. Mitades inferiores corriendo en busca de las superiores.

Y el viento aullante, esparciendo el olor de la matanza y el terror hasta el último confín.

Unos sesenta de sus no muertos más fuertes habían sobrevivido. Junto con los que quedaban en los cañones y dentro del castillo, eran más de los que hubiese esperado, considerando el número y la brutalidad de los intrusos. Sin duda, la calima cegadora había trabajado en favor del bando nigromántico. Aun reventados y con miembros de menos, los esqueletos recorrían el campo sembrado de krampos y entes rotos como sabuesos implacables, con intención de rematar todo lo que aún se moviera.

Los lamentos estridentes de los carontes lo hicieron volverse a las charcas. Los engendros desfilaban en círculo en torno a un bulto grande y oscuro, cabeceando de un lado a otro. Un funeral de carroñeros. Salazar se tambaleó hacia ellos, y algo se le hundió en el pecho al reconocer a la figura desmadejada del centro.

Bocaditos.

El pilluelo que siempre intentaba mordisquear los cadáveres recolectados sin su permiso, pero solo cuando él podía pillarlo y regañarle. Ese proceder era lo más parecido a un juego que uno de sus carontes había tenido con él. O había desoído las advertencias de no hacer frente a los intrusos, o no había logrado escabullirse a tiempo.

A ese nunca se lo había llevado a las incursiones. Porque no era lo bastante serio. Porque no quería que lo distrajera con sus pillerías.

Porque no quería que le pasara nada.

Le empezaron a temblar los puños.

Elevó la vista hacia el castillo. Vidrieras y balaustradas rotas, allá donde los dragones habían entrado y salido. Los ventanales del pabellón, que con tanto mimo habían reparado Talía y él, reventados en su mayoría. Las majestuosas puertas de la entrada, hundidas a golpe de ariete. Intentó no pensar en cómo habría quedado el jardín tras vérselas con la lluvia de krampos. No, no iría a comprobarlo. Si veía la belleza de Talía destruida, estallaría, y ya se sentía peligrosamente cerca de perder el control.

—¡Muchacho!

El corazón le dio un brinco al oír los gritos de Lucio. Con una ráfaga de aire, el cojuelo apareció frente a él, tambaleante, como si ese último desplazamiento hubiera consumido las fuerzas que le quedaban. Salazar se arrojó hacia él de rodillas y el duende se desmoronó en sus brazos.

—Algún krampo rápido me divisó mientras intentaba ubicarte. Disparó algo que esquivé de milagro, pero... —El duende reprimió una arcada. Restos líquidos de luz de luna aún le pringaban la barba —. No sé qué era, pero era mierda mala, Salazar, como la que olimos en aquel campo de batalla. Me rozó la oreja y fue como si medio cerebro se me estuviera derritiendo en llamas.

Salazar le levantó una de las orejas. La punta estaba churruscada y presentaba algunas ampollas rojas de aspecto doloroso. Apretó los dientes, lívido.

—Empecé a vomitar... Me dejó sin luz, sin velocidad. Tuve que huir y esconderme. Iban a matarme, esa cosa podía matarme... Y, si yo dejaba de existir, ¿quién iría después a buscarte?

—¿Estás bien?

Lucio barboteó una maldición incomprensible. Enrojecido, arrugó la cara y la enterró en el pecho de Salazar, profiriendo unos sonidos amargos, lo más parecido al llanto que jamás se le había oído.

—Perdóname, muchacho. Te he fallado...

Salazar lo acalló y lo abrazó como jamás se había atrevido a abrazar a su propio padre cuando este vivía. Lucio berreaba como una bisagra oxidada. Él, que jamás lloraba. Aquel incidente debía de haberlo sacudido hasta los cimientos. Verlo así le subió la bilis hasta la lengua.

«Voy a matarlos a todos».

—No. Nunca. Estás vivo, sigues aquí conmigo, y eso es lo único que importa. —Se apartó lo justo para examinarlo, en busca de síntomas preocupantes—. ¿Tienes más heridas?

—No. Aunque he echado toda la luz que tenía acumulada y me cuesta cabalgar el viento. —Lucio levantó el rostro, y las ansias asesinas del brujo se dispararon al atisbar el miedo en sus ojos de quebrantahuesos, por norma tan desafiantes—. Lo que me rozó ardía con la furia de vuestros dioses humanos, Salazar. Los krampos se han vuelto locos; están jugando con fuerzas capaces de destruirlos.

—¿Te escondiste en el castillo? ¿Sabes qué ha sido del resto?

—Martín está ileso. Los humarejos también, y me cuentan que los gatos apenas se han enterado.

Salazar se dobló con un suspiro explosivo.

—¡Eh! ¡Ese se está haciendo el muerto! Lo he visto parpadear —exclamó Jara, señalando a uno de tantos cuerpos que habían pasado de largo: un krampo que yacía bocabajo, con una pierna rota.

En cuanto notó la mirada del Carroñero posarse en él, el miserable comenzó a arrastrarse lejos, en un desesperado intento por escapar de lo inevitable. A una orden del brujo, los esqueletos más cercanos lo prendieron. El vencido cogió la daga caída de un compañero y se la llevó al cuello, decidido a que no lo capturaran vivo, pero Salazar hizo que los esqueletos lo desarmaran antes. Tullido y todo, hicieron falta cinco para inmovilizarlo, pero enseguida consiguieron enderezarlo y encararlo con Salazar.

La cabeza le dolía como si un hierro se la atravesara, pero se las apañó para caminar hacia el krampo.

—¿Dónde os habéis llevado a Talía?

El escupitajo del cabrón le dio en la mejilla. Jara se adelantó con el puño ya preparado, pero Salazar la detuvo. La furia le retumbaba dentro, preñada de un helor que hasta a él se le hacía extraño. Inhumano.

Si no se andaba con cuidado, estallaría. Podía sentirlo. Debía actuar con juicio mientras aún pudiera, aunque su cerebro no estuviese por la labor. Talía lo necesitaba.

Miró fijamente al cautivo, limpiándose el gargajo con falsa parsimonia mientras el aire en torno a él se helaba, hasta que el krampo no pudo contener más los escalofríos.

—Come mierda, *murrul* —escupió con una nube de vaho.

Ah, conque esas tenían. No había sido lo bastante valiente para suicidarse a tiempo, así que su plan era provocar a Salazar para que él lo matase rápido en un arranque de ira.

No tendría tanta suerte.

El nigromante repitió la pregunta, pero esa vez hizo que uno de los esqueletos le hundiera las garras en la rótula destrozada. El krampo se retorció y soltó un grito de dolor, que pronto degeneró en una carcajada aguda.

—No tengo nada que decir, ni a ti ni a perra esa —siseó en feérico, con un marcado acento.

—Ah, sabes chapurrear algo que yo entienda. Qué bien me vas a venir.

—Ya hecho —prosiguió el otro—. Flor de Muerte es nuestra. Los krampos de Baalak prevaleceremos, como está dicho en estrellas.

Salazar echó un vistazo desganado a la masacre en derredor.

—¿Igual que habéis prevalecido aquí?

Baalak se había llevado lo más preciado para él, pero su pírrica victoria le había costado muy cara.

Y más que le iba a costar.

El krampo lo desafió con otra sonrisa quebrada, mas la verdad se le escapaba por los ojos: estaba aterrado. Su nariz goteaba, de tanto frío como destilaba el nigromante.

—Tu líder te ha dejado atrás, como a tantísimos otros, a merced del Páramo —dijo Jara—. Está dispuesto a sacrificar cualquier cosa con tal de cumplir su ridícula profecía. Incluso a los fieles a los que, supuestamente, debía salvar cumpliéndola. Mira a tu alrededor, krampo. Esta es vuestra recompensa por seguirlo con tanto fervor.

El guerrero alzó el mentón.

—He servido. Es mi honor. Mis huesos cimentan el camino de quienes vendrán después.

—Tus huesos harán lo que a mí me salga de los huevos —replicó el brujo, sin amago de humor.

—Tortúrame tanto quieras. Moriré sin contar nada.

Salazar dio otro paso adelante con los ojos nublados de plata. La piel del krampo se erizó; quizá por el frío, o quizá por los horrores que se adivinaban tras la expresión vacua del Carroñero.

—Lo sé. Por suerte, con los muertos me entiendo mejor.

Uno de los esqueletos destripó al krampo con una rápida cuchillada. Las entrañas se desparramaron a los pies de Salazar, y este aferró el rostro desencajado de su presa, cada vez más gris. Se hundió en esos ojos granates cuya luz se apagaba poco a poco, y profundizó aún más, ciego y hambriento, hasta percibir el aleteo de algo que intentaba escapar.

Las náuseas se le agolparon en la garganta. Quería soltarlo, huir y gritar como un poseso.

Había jurado, años atrás, que jamás volvería a hacerlo.

Pero el Salazar de entonces era un ingenuo que aún no había probado la hiel del más puro odio, ni la agonía del amor verdadero. No sabía lo que era haberse construido un hogar para él y los suyos con pasión y sacrificio, hasta sentirlo como una parte de su propio corazón. No se imaginaba lo que sería tener a Flordemuerte en sus brazos, creer que podría tenerla para siempre... solo para ver cómo una manada de hideputas llegaba y hacía todo trizas.

El aletear del alma del krampo se tornó en forcejeo, en chillidos silenciosos, en golpes de desesperación. No encontraba la salida que momentos antes se había abierto ante ella, clara y luminosa como la verdad. La habían atrapado en una prisión de carne cuyas heridas sufría aún. Aullaba. Le dolía. Se asfixiaba, aplastada por todos los arrepentimientos acumulados a lo largo de su vida, sin esperanza ni sosiego que ayudasen a paliar la pesadilla de su carcasa mortal.

Y así permanecería mientras su verdugo lo quisiera.

Doblado por las náuseas, Salazar se apartó del krampo. Jara intentó sostenerlo, pero él la esquivó.

—No me toquéis —barboteó, y se dirigió con zancadas temblorosas hacia el límite del barranco sobre el cañón.

El vacío silbaba a su alrededor y dentro de él mientras contemplaba la devastación de sus dominios. Muerte y miseria hasta donde alcanzaba la vista. La energía disciplinada de sus esqueletos fluía, obediente, junto a la cruda y virulenta de los cadáveres frescos. Su rabia, antes helada, empezó a calentarse y a bullir, pareja con el llanto de los carontes y los lejanos gemidos del krampo no muerto, retorciéndose entre sus captores de hueso. El viento del Páramo le alborotaba las ropas desgarradas, hundiéndole sus dedos gélidos en las heridas, las nuevas y las antiguas del alma, que nunca habían llegado a cerrarse y que él acababa de desgarrar otra vez.

Y estaba a punto de pagar el precio.

No obstante, esa vez él decidiría cómo. Porque ya no era un mozo desorientado por el horror, sino un nigromante hecho y derecho, una puta fuerza de la naturaleza. Y, si algo se le daba bien al Carroñero, era aprovechar lo miserable y transformarlo en un arma de destrucción.

Incluso una inminente *psicorragia*.

La blancura brumosa del Páramo se le volvió negra, como un sótano hediondo. Sus emociones eran siluetas que corrían por la oscuridad, golpeando paredes y suelos con creciente frenesí.

«Déjanos salir».

«Déjanos ir».

Y en la oscuridad... un único lucero rojo, brillante de esperanza, capaz de fundirle las venas de anhelo con solo mirarla. Su norte, su sangre, su alegría. Su hogar hecho carne.

Su amada.

A ella nunca la dejaría ir. Jamás.

Antes destruiría el cielo y desataría el infierno en la tierra.

A su espalda, Lucio retrocedió, empujando a las dríades lo más lejos posible del brujo.

—¡Atrás! ¡Apartaos, rápido!

Empezó con un murmullo cada vez más alto, un escalofrío que parecía recorrer el Páramo entero. La tierra a sus pies se estremeció y escupió nubes de polvo. Los krampos diseminados por las charcas y los desfiladeros empezaron a convulsionar entre el «claclaclac» de los huesos, con coces y gemidos, arañándose los unos a los otros en su frenesí por levantarse. Pronto comenzaron los gruñidos voraces, los mordiscos, los colmillos que se partían contra los cuernos ajenos.

A sus pies, en el cañón, los primeros cuerpos emergían entre los escombros de la torre derrumbada. Manos desolladas, cráneos quebrados. Se retorcían como anguilas en un fragor polvoriento de miembros, azuzados por ese bramido ensordecedor que parecía multiplicarse con cada rostro desfigurado que se abría paso hacia la superficie. Era como si ansiaran reunirse con ese alarido de alma en pena, que arrastraba consigo el eco de los sepulcros al abrirse.

Salazar tardó en darse cuenta de que ese rugido inhumano procedía de las profundidades de su propia garganta.

Los cuerpos se alzaron por cientos a su alrededor, y algo golpeó desde dentro las puertas del taller con un arrastrar de cadenas, haciendo chirriar la madera y el hierro. La tormenta resucitadora restallaba tras sus ojos con un dolor incandescente, iracundo; bíblico. Notó cómo la sangre caliente le chorreaba de la nariz y le ungía los dientes expuestos con el sabor de la guerra.

La Muerte oyó cómo su hijo predilecto clamaba venganza.

Y respondió a su llamada con las primeras notas de un réquiem de ultratumba.



Su alma pugnaba por escapar de la pesadilla, pero el tormento siempre acababa arrastrándola de vuelta. En cuanto despertaba de su duermevela exhausta, el pecho se le hundía con el mazazo devastador de la realidad.

«Salazar ya no existe».

No había manera de que hubiera sobrevivido a una caída así.

Y, a pesar de todo, una parte idiota de ella se negaba a aceptarlo hasta que viera el cadáver por sí misma. Solo entonces abandonaría toda esperanza.

¿Y después?

Eso era como preguntarse qué haría si le cortasen los brazos y las piernas y le sacaran los ojos. Si el sol dejase de calentar, se secaran los ríos y desapareciese todo el color del mundo. Sí, quizá pudiera seguir viviendo, pero ¿querría?

Salazar había muerto y, con él, todo lo demás.

Tras sobrevolar una cadena montañosa sumida en la niebla, aterrizaron en un bosque sombrío, donde un puñado de krampos aguardaban en un campamento ya levantado. Allí le limpiaron el agujero del ojo a Baalak y se lo cosieron mientras este siseaba y escupía maldiciones, y se lo cubrieron con emplastos y un parche. No pudieron salvárselo, y el que le quedaba ardía con tanto odio cuando se clavaba en Talía que, a ratos, dudaba de si llegaría viva a Bosqueterno.

Teniendo en cuenta la agonía en la que se había convertido su existencia, su suerte tampoco le preocupaba demasiado. Era como si yaciera ahogada en el fondo de un pantano negro y nada pudiera alcanzarla, ni siquiera su propio raciocinio.

Si regresaba, su padre la encerraría en lo más profundo de las entrañas de palacio, probablemente para siempre. La perspectiva no era más que otra gota negra en la marea de desolación que la arrastraba a la deriva. ¿Y qué? Como si decidían quemarla en la pira. La habían mutilado de su compañero y el vacío agónico de su no existencia lo devoraba todo. De no haber sido por la antimagia de ese collarín aberrante, ya se habría destrozado la garganta cantando por la destrucción de cuanto la rodeaba.

En la oscuridad, forcejeó sin éxito contra sus ataduras. No contentos con haberla estrangulado con ese artilugio, la habían atado de pies y manos al poste de una tienducha anexa a la del caudillo. Solo alcanzaba a ver a los krampos que pasaban por delante de la estrecha apertura de la tienda.

Los guerreros de élite de Baalak —los que no habían perecido en la batalla, al menos— se turnaban para vigilarla y le llevaban de comer tres veces al día. El primer día se negó a probar bocado, decidida a matarse de inanición.

Sin embargo, cuando el agotamiento la venció esa noche, soñó con Adelfa y Jara arrancándose el pelo a tirones al enterarse de su muerte, y el eco de sus gritos desolados la persiguió hasta mucho después de despertarse. La vida habría dejado de importarle, pero su pobre Adelfa no tenía la culpa. Además, las últimas palabras que había intercambiado con su hermana habían sido hostiles, y eso no estaba bien. Aunque Jara la hubiese traicionado confabulando con su padre, aún la quería con ferocidad. Quizá por eso, o porque una parte de ella aún no se había rendido tanto como creía, Talía

comenzó a comer lo justo, aunque todo le supiera a cenizas en la boca.

Y empezó a observar. Era lo que su madre le habría aconsejado.

Tampoco le quedaban más opciones.

Baalak pasó por delante de la tienda y ella lo estudió con una mirada venenosa, inyectada en sangre. Si bien nunca la perdía de vista, no le había dirigido la palabra desde que llegaran al campamento. No por falta de intentos, suponía. A menudo, el caudillo abría la cortina de la tienda y la contemplaba desde arriba con el único ojo que le quedaba, como si necesitara recordarse que lo había logrado, que al fin Flordemuerte estaba en su poder. No obstante, su cruel sonrisa triunfal siempre acababa quebrándose, sustituida por una ira que lo hacía apretar los puños y alejarse con violentas zancadas, antes de intercambiar una sola palabra con su rehén.

Tenerla cerca, imaginaba Talía, le recordaba todo lo que había sacrificado para conseguirla.

Ni siquiera eso la consolaba.

Había llorado hasta quedarse sin lágrimas. Sus párpados eran lijas; su cuerpo, una piedra tan pesada que ni ella podía moverla.

Salazar ya no existía.

«Nada de esto habría ocurrido si te hubieras quedado en tu sitio. Arceúsa y Terebinta tenían razón: eres una desgracia que condena a todo el que no se deshace de ti a tiempo».

Si a los dioses perversos que la habían diseñado aún les quedaba una pizca de justicia, le permitirían acabar también con Baalak antes de borrarla de este mundo.

Pasó un segundo día. Poco a poco, los krampos que se habían marchado del Páramo a pie fueron llegando al campamento; algunos heridos, muchos todavía cubiertos con el polvo del erial y con el

horror incrustado en sus rasgos, como una pátina que ya jamás lograrían limpiarse, no del todo. Torvos y encorvados, escuchaban a Baalak en torno al fuego mientras se trataban las heridas. A veces, algunos pasaban remoloneando por delante de la tienda, a suficiente distancia para que los guardias no tuviesen que llamarles la atención, y miraban a la prisionera como si esperasen una compensación por todos los males que les había causado. Sin embargo, nadie osaba acercarse a ella ni dirigirle la palabra; el dudoso privilegio solo le correspondía a Baalak y sus guardias, y tampoco ellos lo usaban.

Aunque hubiera querido, Talía no habría podido responderles con ese artilugio detestable en el cuello. Había tenido ocasión de palparlo, antes de que le ataran las manos tras el poste. Estaba elaborado en acero, grabado con unas runas que le quemaban los dedos al tocarlas. En su superficie había gemas incrustadas. Unas eran de sal y otras vibraban con la energía corrosiva de la deidad de los humanos. Debía de ser un instrumento concebido por ellos para someter a feys poderosos, pero sin llegar a matarlos. ¿Cómo había acabado siendo una posesión de los krampos?

A saber, pero por cómo evitaban tocarlo cuando la sujetaban, estaba claro que su mero contacto también los perjudicaba. La energía sagrada imbuida en el artefacto no les hacía tanto daño como a una feérica tocada por el Desgarro, pero también los quemaba.

Había algunas mujeres en el campamento, armadas con grandes cuchillos. Krampas nervudas, con las orejas abarrotadas de pendientes y pintura en unos labios perpetuamente apretados. La estudiaban cuando pasaba cerca de ellas, escoltada por centinelas, a la tienducha que le habían asignado para hacer sus necesidades. Sus miradas eran incluso más duras que las de los hombres. El rencor

que supuraban algunas, combinado con la deferencia con que trataban al caudillo, ponía de manifiesto que consideraban a esa fey medio *murrul* indigna de haberse convertido en la obsesión de Baalak.

Como si verla atada, rota y humillada no les pareciera suficiente.

No hallaría compasión entre ellas. Tampoco se la esperaba, en realidad.

La única excepción era la krampa con tatuajes geométricos en las mejillas. Su mirada curiosa se cruzaba con la de Talía cada vez que pasaba por delante de la tienda, pero enseguida bajaba la cabeza y aligeraba el paso. Era muy joven, ni cría ni muchacha, y demasiado canija para ser una de las guerreras. Vestía una bonita túnica bordada con cuentas rojas, y alhajas de plata en brazos y orejas. La rodeaba un halo extraño que acallaba las conversaciones allá donde iba. Solo el líder y su élite hablaban con ella, y ella respondía en voz baja, cabeceando con actitud sumisa.

Quizá Jara tenía razón y Baalak se hubiera hecho con una bruja entre sus filas. Lo que no se había esperado era que fuese una cría con aires de cachorro endurecido por los puntapiés. Parecía tan asustada del caudillo como deseosa de impresionarlo, a él y a todos los demás. La joven exudaba la energía de una criatura a la que hubiesen atado bien fuerte desde pequeña y, aun ya crecida y temible, no concebía la facilidad con la que podía romper sus ataduras. Era probable que tampoco quisiera.

Tal vez por eso Talía no la odió tanto como al resto nada más verla: las fieras con grilletes se reconocían entre ellas, estuvieran las cadenas a la vista o no.

La luz del tercer día asomaba tímida tras las montañas cuando alguien abrió de golpe la cortina de la tienducha, despertándola de

un sueño febril en el que oía la voz de Salazar gritando su nombre desde todas partes y ninguna.

«Salazar ya no existe».

—Arriba, princesa.

Bajo la atenta vigilancia de Baalak y sus guardias, dos krampas aparecieron con paños y agua tibia. Talía intentó recular, enseñando los colmillos, pero seguía atada y ellas eran fuertes. No la desvistieron; solo le limpiaron las costras de mugre y sangre seca hasta que la piel le quedó reluciente. Después, le adecentaron la melena marchita.

—Sonríe, princesa. Tu padre por fin se ha hartado de esperar y es él quien viene a por nosotros. No queremos que te encuentre hecha un desastre, ¿verdad? —le dijo el caudillo, en un tono lúgubre que nada combinaba con sus palabras burlonas.

Aunque hubiese querido replicar, no habría podido. El collar había reducido su voz a un estertor.

Uno de los guardas señaló el artilugio y le preguntó algo a Baalak. Talía reconoció la palabra «aflojar». El caudillo se rio sin gracia, como si le hubieran contado un chiste pésimo, y negó.

Tenían miedo de lo que ella pudiera hacer o decir en cuanto se lo soltaran un poco. Tampoco eso le sirvió de triste consuelo. Aun si de milagro encontraba una forma de aniquilarlos..., después ¿qué? ¿Qué vida sería la suya con el corazón muerto?

Mientras la llevaban casi a rastras fuera del cúmulo de tiendas, donde el dragón del caudillo los esperaba, vio que los krampos recogían el campamento y se armaban a toda prisa. Solo quedaban unos treinta. Del resto no había rastro, como si se hubieran dado a la fuga en medio de la noche. ¿Dónde los habrían enviado?

No pudo impedir que Baalak la subiera al dragón. El tormento le había sorbido las fuerzas.

Dejaron atrás el bosquecillo y descendieron por la falda de la montaña. La joven tatuada caminaba en el centro de la comitiva, rodeada por los soldados mejor armados del caudillo.

Una avanzadilla de krampos los recibió al borde de un pequeño barranco que se alzaba unas seis varas de altura sobre una llanura de vegetación parcheada. El amanecer extraño de aquellos lares tiñó el cielo de un violeta apagado que dio paso a un verde pálido, bañándolos a todos con una luz enfermiza. La bruma cubría el prado a sus pies, enredándose en los ásperos matojos salpicados aquí y allá. En la distancia se intuían los primeros árboles de un bosque verdísimo: la frontera de Bosqueterno. Nunca había visitado esa zona, pero su parte yedrasi tiraba instintivamente de ella hacia su verdor.

Sin embargo, en lugar de adentrarse en el reino, se detuvieron allí, donde permanecieron largo rato, contemplando el bosque en lontananza mientras aquel sol fantasmagórico se despegaba del horizonte a velocidad de caracol.

Algo raro sucedía. ¿Estaban los krampos remoloneando a propósito?

Su respiración, ya débil de por sí, se entrecortó al oír los primeros susurros allende la bruma. Las risillas entre las ramas crujientes, los bufidos de las bestias feéricas. El tintineo melodioso y amenazador de cuernos, pezuñas, corteza y pedernal encantado.

¿La engañaban sus sentidos o la gente de Bosqueterno se acercaba?

Habían acudido a los confines de su reino... ¿por qué? ¿Para ir a por ella? ¿Cómo era posible tal cosa? ¿Tan desesperado estaba su padre por atraparla de nuevo? ¿Tantas ganas tenía de darle su castigo... o de recuperarla?

A lomos de su enorme lobo, Mirtalón emergió de la niebla, armado hasta las astas y con sombras de furia en el rostro. Lo acompañaban Arceúsa y Terebinta, orgullosas y temibles en sus ciervos. Ninguno parecía en absoluto contento por hallarse fuera de su territorio. La niebla siseó y retrocedió conforme más feéricos aparecían tras ellos, hasta formar una prieta hueste cuya envergadura se perdía entre aquellos árboles oscuros como el carbón. La luz verdosa del amanecer se reflejaba en las armas y los dientes, envolviendo a los feys en un halo espectral.

«Tu padre por fin se ha hartado de esperar», le había dicho Baalak. ¿Eso habían estado haciendo esos días en el campamento? ¿Tomarse su tiempo, recuperar las fuerzas antes de encontrarse con el rey? ¿Tardar a propósito y esperar a que la preocupación y la impaciencia pudiesen con Mirtalón?, ¿a que este optara por aventurarse fuera de los límites de su reino con una escolta, decidido a ir él mismo en busca del maldito krampo?

Cada vez más agitada, Talía intentó divisar a Jara en ese mar de rostros hostiles, mas no la encontró.

Baalak desmontó y tiró de ella para colocarse al borde del barranco, a la cabeza de los suyos.

En cuanto vieron a la princesa, una oleada de gritos indignados recorrió a los feys. No supo si iban dirigidos a ella o a los krampos, que habían osado encadenar a una hija de Mirtalón y endosarle un collar como a una bestia esclavizada.

La mirada de su padre la recorrió de pies a cabeza, analizando su evidente debilidad, el vestido estropeado, los moratones repartidos por su cuerpo, las cadenas en cuello y muñecas, la agonía pintada en su cara. Para cuando sus ojos encontraron los de ella, el rey vibraba de rabia.

—Explícate de inmediato, krampo —exigió con un vozarrón peligrosamente gutural.

—Que su actitud de derrota no os engañe, mi rey. Vuestra hija estaba endemoniada —gritó Baalak, sin soltarla—. No me dejó otra opción, o me habría arrancado el otro ojo y matado a mis compañeros.

El rey volvió a mirar a Talía, a la espera de que esta refutara el testimonio —obscenamente distorsionado— del caudillo. Por supuesto, tal cosa no era posible mientras ella llevara el collar. Ante su silencio, la sospecha ensombreció el rostro de Mirtalón.

Tan solo unos meses atrás, que su padre la contemplase con tanta hostilidad la habría destrozado, pero no se podía quebrar lo que ya estaba hecho añicos. La sorprendió darse cuenta de que su progenitor había perdido todo poder sobre ella. Al igual que Baalak, ya nunca más conseguiría nada de Flordemuerte, salvo por la fuerza.

Y, a pesar de todo, una parte de su persona ansiaba correr hacia él y refugiarse en su cálido pecho de gigante, en busca de un resquicio de familiaridad y consuelo en aquella pesadilla. Los recuerdos la asaltaron en tromba: la felicidad de juguetear con las hojas de su melena, sentada en su regazo. Su sonrisa triste, aquella vez que se atrevió a cantarle las canciones absurdas de su madre. La milagrosa sensación de seguridad que le insuflaba con solo posarle una de sus manazas en la cabecita. Cuando los brazos de su padre la rodeaban, nada podía tocarla.

Demasiado había tardado en comprender cuánto abarcaba ese «nada».

Le costaba conciliar esos dos padres.

«Me salvaste la vida. Me protegiste. Y después me rompiste el corazón y la psique. Baalak siguió sus propios deseos, pero, si

Salazar está muerto y el Páramo destruido, es porque tú lo permitiste. Me lo has arrebatado todo».

Lo amaba y lo odiaba con la furia de mil soles, y el choque entre ambas pasiones era tan confuso, tan violento, que al final su alma optó por cerrarse en banda y hundirse aún más en el pantano. Todo le llegaba ahogado, distante. Incluso el diálogo que proseguía entre el rey y Baalak, cada vez más tenso.

—Basta de patrañas —zanjó Mirtalón. A una orden suya, un guerrero fey bajito y nervudo se adelantó—. Tráeme a mi hija.

El hada desplegó unas grandes alas de saltamontes y alzó el vuelo, acortando la distancia que separaba ambos bandos. Se elevó frente al borde del barranco y se acercó a la princesa con el brazo extendido.

Baalak la empujó tras de sí y le sacó la falcata al fey.

—¡Atrás!

—¡¿Cómo osas...?! —El otro retrocedió, siseando.

—La princesa ya no es segura para ninguno de vosotros —gritó el krampo—. El nigromante le ha emponzoñado el cerebro y desatado su magia. La ha convertido en un esbirro más de su ejército.

El hada reculó por el aire, pero el rey desnudó los dientes y se adelantó otro paso en su montura.

—Yo sabré qué hacer con mi hija, krampo. Entrégala ahora mismo o sufrirás el destino de un traidor.

Talía se dobló con un repentino golpe de tos. Desde que la despertasen, había notado una energía extraña flotando entre los krampos, y la sensación había empeorado significativamente en el último rato. Iba más allá de la habitual tensión hostil; era como la fuga de un miasma corrosivo que a ratos le irritaba las vías respiratorias. No conseguía ubicarlo, porque nunca había sentido nada parecido. Quizá fuese otro efecto más de ese maldito collar.

—Con el debido respeto, mi rey, vos no habéis visto los horrores que estos dos habían desatado en el Páramo —insistió Baalak—. Aberraciones cuya simple mención no tiene cabida entre vuestros súbditos. Huesos en flor capaces de mutilar con una sola astilla. Jardines alimentados con cadáveres, cuyas zarzas descuartizaban a mis hombres con el hambre de los no muertos. ¿Es esto lo que queréis meter de vuelta entre vuestra gente?

La niebla se estremeció con los murmullos de los feys. Unos eran de espanto, otros de incredulidad, muchos de impaciencia. Querían acabar con aquello y volverse cuanto antes al abrazo acogedor de su reino.

—¡Oídlos, noble Mirtalón! —añadió Baalak con una urgencia que no admitía interrupciones—. Incluso si desconfiáis de mi palabra, vuestro pueblo sabe que esto es cierto: Flordemuerte ya eligió a su amo, y nadie estará seguro en Bosqueterno mientras la discípula del Carroñero camine entre vosotros.

—En esto tiene razón el mortal —intervino Arceúsa, alzando la voz con altivez—. Todos sabíamos que llegaría este día. No extirpamos este tumor a tiempo y, para sorpresa de nadie, finalmente ha explotado.

El rey la silenció con un brioso gesto de su mano. Baalak se apresuró a retomar la palabra.

—¿Extirpar? No será necesario algo tan extremo. Mi alternativa es más práctica. Tengo una proposición para vos, rey.

—Adelante, krampo —se burló Mirtalón, serio como la muerte—. Haznos reír con tus ideas.

—Mortalía ya no tiene cabida en vuestro mundo, pero encajará bien en el mío. Con los krampos, tendrá un propósito, gloria, redención. El respeto que toda yedrasi, aun caída en desgracia, merece. —Solo la mestiza, atrapada bajo su brazo, percibió cómo

tragaba saliva, cómo se redoblaba el olor especiado de su sudor—. Estoy dispuesto a aceptarla entre los míos y convertirla en mi esposa.

Ella se revolvió contra sus ataduras, fulminándolo con una mirada de repulsión. Aun débil, tuvieron que sujetarla por detrás antes de que pudiese patearlo, pero los feys fueron testigos de cómo escupía a los pies del krampo.

Arceúsa no pudo aguantarse. Ella, la más comedida en público de sus hermanas mayores, estalló en estruendosas carcajadas que la doblaron hacia atrás. Se le acoplaron las de varios feys, y Mirtalón dejó que resonaran por todo el lugar mientras él se limitaba a observar a Baalak con una mezcla insultante de asco y pena.

Los cueros del krampo crujieron cuando este se tensó aún más. Tras su único ojo danzaban llamaradas asesinas.

Terebinta se unió a las risas de su hermana mayor y, como de costumbre, intentó imitarla, pero, sin saber dónde estaba el límite, se explayó:

—¡Otro con las mismas! Esto es lo que pasa cuando, en lugar de deshacerte de la carroña, vas y la metes en tu casa. Por la Tierra, padre, deja que alguien se la lleve de una vez. ¿No ves que está atrayendo a todos los buitres de allende el Velo a nuestra puerta?

Un brutal revés de su padre la tiró del ciervo, cortando en seco las risas. Hasta Talía dejó de respirar. No era la primera vez que Mirtalón golpeaba a Terebinta, a menudo con razón, pero nunca lo había hecho en público.

En el suelo, a los pies de su montura encabritada, la segunda princesa se llevó una mano al rostro, pasmada. Profirió un grito de humillación y Arceúsa desmontó rápidamente para ayudarla a levantarse con la mayor dignidad posible.

El rey se centró de nuevo en el krampo.

—Te ofrezco un mejor trato, mortal —replicó, ladeando la cabeza —. Yo recupero a mi hija díscola, tú recuerdas cuál es tu sitio, y os dejamos retiraros a vuestro mundillo miserable con el rabo entre las patas y las tripas aún dentro de vuestros cuerpos.

Con una rápida tonadilla suya, un puñado de lianas brotó de la tierra bajo sus pies y se alzó raudo hacia Talía. Ella cerró los ojos, preparándose para el abrazo de los tallos y el brusco tirón que vendría después, cuando el rey la atrajera hacia sí.

Pero nada de eso llegó. Solo nuevos gritos, esa vez de indignación.

Abrió los ojos. Ante ella y sobre todos los krampos había aparecido una cúpula de energía transparente. Un escudo mágico, visible solo por la iridiscencia rojiazul que lo permeaba. Las lianas de su padre se estrellaban contra él, lamiendo frenéticas la superficie en busca de un resquicio, sin éxito.

Jadeando, Talía consiguió girarse lo justo para ver que la joven krampa se hallaba tras ellos con los brazos extendidos hacia delante y la frente arrugada por el esfuerzo. Por encima del hombro, Baalak le susurró algo que sonaba a felicitación. Ella asintió. En sus ojos carmesíes bregaban el miedo y la determinación, como si aquella fuera la prueba más importante de su vida.

Las vetas faciales de Mirtalón se ensancharon en brochazos púrpuras de guerra.

Los feys blandieron sus armas. Los que tenían alas las desplegaron. Tanto si Talía les importaba realmente como si no, era evidente que Baalak estaba jugando sucio, y Bosqueterno no toleraría tal desafío por parte de meros mortales.

—¡¿Cómo os atrevéis?! —vociferó el caudillo con el rostro encendido—. Acudimos a vosotros de buena fe, con nuestras cornamentas inclinadas ante vuestra corona. Aun inmersos en

nuestra propia guerra, nos unimos también a la vuestra. Envié a mis más bravos guerreros a tus batallas, yedrasi; como valientes luchamos, sangramos, perecimos a vuestro lado. ¿Tenéis idea, malditos insectos, de cuánto ha sacrificado mi gente por vosotros? ¿Y a cambio de qué? ¡Medicinas, amuletos mágicos, invitaciones a vuestras borracheras, palmaditas en la espalda! ¡Lo que os hemos dado vale cien veces más que eso!

—Es lo que se te ofreció, krampo, y tú aceptaste los términos en su día —replicó el rey con una arrogancia indolente que solo sirvió para sacarlo más de quicio—. Si ahora resulta que no te convienen, eso no es fallo de Bosqueterno, sino tuyo, por mal negociador.

Talía emitió un débil quejido. Baalak la había apretujado tanto contra su costado que sus pies ya no tocaban el suelo. Tras ellos, los krampos alzaron sus armas. La perdición inminente flotaba en el aire, oscura y pesada.

«Parad —rogó, incapaz de hablar—. Detened esta locura».

—¡Así se te caigan los cuernos de deshonra, rey yedrasi! ¡Tus aliados merecen un pago justo! ¡Decenas de los míos han muerto luchando contra tus enemigos, y otros cientos han caído recuperando a tu bastarda maldita! —bramó el caudillo, escupiendo hilos de saliva. Las venas de su frente palpitaban, hinchadas.

Los feys no parecían impresionados. Peor: algunos hasta empezaron a reírse otra vez. No se sabía si a modo de burla o motivados por los nervios, pero tampoco importaba. Los hombros de los krampos subían y bajaban, henchidos de ira. Se oyó el susurro de las flechas asomando de los carcajes, el crujido de los arcos al tensarse.

De pronto, la vibración corrosiva regresó con fuerzas renovadas, arrancándole un resuello a Talía.

Algo iba mal. Muy muy mal.

Forcejeó con debilidad bajo la presa férrea del caudillo, intentando desesperadamente captar la atención de su padre a través de la barrera mágica y las lianas. «Marchaos de inmediato», le gritó con los ojos.

Pero él levantó el labio superior en una mueca de desprecio. En su mente, ya había desestimado a Baalak. No temía a esos krampuchos ni a sus armas. El hierro que mataba a otros feys al instante, a los monarcas yedrasi solo les dolía a rabiar, y ningún dolor detendría a Mirtalón en aquel estado vengativo. Con su séquito y un par de canciones le bastaba y le sobraba para sortear cualquier escudo, deshacerse de aquellos ilusos y recuperar a su hija.

«No lo hagas, padre. Desde donde estáis, no notáis lo que yo noto. Un mal terrible se oculta entre estos krampos».

Era como tratar de luchar en una pesadilla. Ninguno de sus gestos torpes logró impedir que su progenitor replicase, en un tono aburrido, diseñado para herir y humillar:

—¿Y eso a mí qué? ¿Para qué están, si no, los mortales?

Baalak ladró una orden en su idioma y arrojó a Talía al suelo, cubriéndola.

Después, todo estalló.

Los instantes en torno a ella se estiraron. Lentos. Espesos. Inevitables.

Mirtalón se lanzó a cantar, seguido de Arceúsa y —más tarde de lo que ella acostumbraba— Terebinta. Un tremor recorrió la planicie hasta el barranco. Desde el suelo, constreñida por el peso de su captor, Talía vio que la primera fila de arqueros krampos apuntaba a Mirtalón y sus hijas, y las puntas de sus flechas eran unas extrañas lágrimas de cristal. Su resplandor tenue le escocía en los ojos como una llovizna de sal.

De pronto, se le vino una imagen a la mente: Salazar en la distancia, sosteniendo una de esas puntas en sus tenazas, como si un simple roce accidental pudiera desintegrarlos a Lucio y a él.

«Baalak y los suyos también estaban ahí. Rapiñando. A saber durante cuánto tiempo, en cuántos campos de batalla».

El pulso se le congeló en las venas. ¿Cuánto tiempo llevaban preparándose para este momento?

Los feys reaccionaron de inmediato. Los bramidos iracundos de las yedrasi abrieron las primeras grietas en la pared del barranco, sus látigos espinosos oscurecieron la luz del sol en busca de la barrera...

Y los krampos dispararon sus flechas.

Talía contempló, impotente, cómo atravesaban limpiamente el escudo, filtrándose entre la oleada de lianas y proyectiles feéricos. Sus puntas dejaban estelas de luz tras de sí.

¿De qué estaban hechas? No era hierro, ni nada que se hubiera visto antes en las Tierras Feéricas. Y, sin embargo, ambas mitades de su ser, fey y maldita, lo reconocían instintivamente como algo *malo*. Era un material nacido del tormento, forjado en plegarias ardientes. Corrosivo como la sal, duro como el odio; tan hermoso y devastador como una lluvia de fuego sagrado.

Era, simplemente, aniquilación.

La canción de las yedrasi se cortó en seco, perforada, reducida a un estertor.

Luego comenzaron los alaridos.

Baalak aflojó su presa sobre Talía, lo justo para que ella pudiera incorporarse a gatas y ver que las lianas se habían desplomado a los pies del escudo, inertes. Jadeando, buscó con la mirada a su familia.

Los ciervos de sus hermanas convulsionaban en el suelo, más hojarasca podrida que bestias. El gran lobo de su padre yacía de

costado, en el mismo estado lamentable de derretimiento feérico, con el asta de un proyectil sobresaliendo de un ojo.

Los restos humeantes de varios feys encharcaban las primeras filas de la escolta, para espanto de sus compañeros.

Pálido, Mirtalón se miraba las tres flechas que le sobresalían del torso; en concreto, la más cercana al corazón. Heridas insignificantes para un rey yedrasi, apenas rasguños. Sin embargo, nunca una flecha lo había paralizado así; ni siquiera las de hierro. Esas lágrimas centelleantes le habían atravesado la coraza como si fuera de pergamino; como si los encantamientos feéricos que la endurecían la hubiesen vuelto, irónicamente, más vulnerable a ellas.

La piel le brillaba alrededor de las heridas y, en meros instantes, el resplandor se extendió como lava purulenta, convirtiendo al rey en un farol surcado de vetas.

Lo mismo les sucedió a sus hijas. Terebinta fue la primera en colapsar, con una flecha atravesada en el muslo y otra alojada en el cuero cabelludo. Sus gritos se convirtieron en gorgoteos, los ojos empezaron a derretírsele en las cuencas. Aquella magia horrible brillaba bajo su piel, fundiéndole las entrañas en una sopa incandescente.

Horrorizados pero incapaces de apartar la vista, los feys fueron testigos de cómo las venas de sus divinos protectores engordaban y se ennegrecían, visibles al trasluz de sus pieles consumidas. La fronda de sus cabezas se desprendió, desgranándose como ceniza al viento.

El rey rugió y cayó de rodillas. Sus súbditos chillaron. La realidad había dejado de tener sentido. Jamás se había visto a Mirtalón arrodillarse. Simplemente, no era algo que pasara. No *podía* pasar.

—Los tiempos han cambiado, yedrasi —proclamó Baalak, alzándose de nuevo con su rehén atrapada bajo el brazo—. Con el

arma adecuada, todos somos igual de mortales; incluso un rey feérico. ¿Quién se ríe ahora?

Temblando, Mirtalón intentó arrancarse las flechas, mas los dedos ya no le respondían, devorados por los espasmos. Su rostro era una máscara de muerte iluminada desde dentro; una urdimbre de venas inflamadas y vetas que se abrían como llagas, rezumando savia ennegrecida. Los miembros se le retorcían, nudosos y endurecidos: raíces en pies y manos, ramas en hombros y cabeza. La transformación en árbol había comenzado.

El rey se estaba muriendo.

Debería haberse convertido en un hermoso árbol, tan gigantesco como había sido en vida, a semejanza de los de todos sus antepasados yedrasi. Su tronco se habría alzado orgulloso, capaz de soportar sus muchas ramas, al igual que él había sostenido el peso de la corona con estoicismo cuando esta brotó en su cabeza, antes siquiera de que le saliese la primera barba. Como único heredero vivo yedrasi, él había sido el hilo del que pendía el futuro de Bosqueterno, y el jovencísimo rey quizá hubiera decepcionado a sus hijas, pero no a su pueblo. Sus incontables ramas y hojas se habrían alzado al cielo, como testamento a los muchos bosques que habían prosperado fuertes bajo sus cánticos de sanación. A los vergeles que había arreglado para que bestias y súbditos por igual hicieran su vida en ellos. A cada pedazo de tierra que había defendido con uñas y dientes de enemigos como Mohorroca, y que habría reconstruido primorosamente con la ayuda de sus tres hijas, la fuerza triple que los dioses habían otorgado a Bosqueterno.

Mas eso ya no sucedería.

Porque Mirtalón se estaba muriendo, pero no con la dignidad que se esperaba de los hijos selectos de la Tierra, sino mediante un

proceso espantosamente corrompido que arrancaba berridos de sus devotos.

Las ramas brotaban contrahechas; riachuelos de pus fluían por las arrugas de la corteza ennegrecida. La corona astada de Mirtalón se oscureció con siseos y se quebró, agriando el aire con el hedor de los huesos quemados.

Aun así, el yedrasi resistía. Intentó cantar. De su garganta solo salió un caño líquido de luz, que calcinaba cuanto hallaba a su paso.

Talía aullaba sin voz y forcejeaba, desesperada por zafarse de Baalak y alcanzarlo. Su rencor hacia aquel que la había engendrado ya no importaba. Era su padre. Era el protector de Bosqueterno. No podía morir así, tal cosa no era posible. Solo habían sido unos saetazos.

—¿Qué tal sientan las flechas de los santos humanos, Mirtalón? —se burló el caudillo—. ¿A que eso no lo viste venir?

Los feéricos, por costumbre tan intrépidos en la batalla, parecían haberse olvidado de que estaban en medio de una. Los que no se habían arrojado a correr alrededor de los moribundos como bacantes desquiciadas temblaban aferrados a sus armas, bregando entre el estupor y la furia vengativa. La mestiza comprendía su pavor. Cada fibra de su ser la instaba a huir sin mirar atrás. Todo aquello estaba mal, mal, *mal*. Era imposible, una blasfemia, un desgarro en el orden natural.

Estaban presenciando el fin de una era.

Y, con esta, también moría una pequeña parte de ellos, que durante eones había permanecido intacta. Una suerte de inocencia. La creencia en lo seguro, en lo inmutable.

—¡Está escrito! ¡Está hecho! ¡Tendré a mi reina roja! —gritó Baalak, llamando con gestos a su dragón—. Es el destino, y nadie puede luchar contra él. Ni siquiera vosotros, yedrasi.

Los ojos sangrantes de Mirtalón se clavaron una última vez en Talía. Estiró un brazo deformado hacia ella, como si aún albergara la esperanza de alcanzarla. La mestiza se arrojó hacia delante, y Baalak hubo de inmovilizarla para impedir que atravesara el escudo mágico y se tirase barranco abajo, en pos de esa garra que parecía implorarle... ¿qué? ¿Ayuda?, ¿perdón?, ¿venganza?

La mirada de su padre se empañó de una insólita vulnerabilidad.

Después... se apagó.

Un bramido que no llegó a salir desgarró la garganta de Talía.

Terebinta había dejado de chillar hacía rato, retorcida en los brazos de Arceúsa. La piel de su cuerpo humeante se desprendió para dar paso a las primeras ramas de un árbol renegrido, con la hojarasca tan parda como lo había sido su melena. Presa ella misma de violentos temblores y con una flecha aún atravesada en el vientre, Arceúsa intentaba incorporarla, negándose a aceptar que su hermana —la única a la que amaba— también estuviera muerta. Le arrancaba las lascas de corteza que le brotaban en el rostro, chillando su nombre. Terebinta ya nunca más hablaría, pero, incluso en la muerte, sus ramas torcidas se curvaban hacia su hermana mayor, tratando de enroscarse en esos brazos que siempre la habían levantado cuando caía.

Nunca se había visto a Arceúsa tan enloquecida. Tan desesperada.

Los krampos se dispusieron a disparar de nuevo. De todas las flechas que apuntaban a su hermana mayor, solo una era de las bendecidas. Se habían gastado las demás en la primera oleada.

Baalak los detuvo con una orden. Su único ojo permanecía clavado en Arceúsa, a la espera.

La primogénita se arqueó hacia atrás con un aullido de dolor y se llevó las manos a la cabeza. Un círculo de astas emergió rápidamente en su melena marchitada.

La bendición de la Tierra se había desplazado al siguiente yedrasi vivo y lo bastante digno para reinar. Ante ellos tenía lugar la coronación de la nueva reina de Bosqueterno. El momento para el que Arceúsa se había preparado desde niña, decidida a convertirse algún día en una reina tan amada como su madre e incluso más temida y respetada que su padre. La que elevaría la gloria de las yedrasi a la altura del firmamento. Ese debería haber sido un evento solemne, celebrado con la reverencia que un proceso tan sagrado merecía.

También eso se lo habían arrebatado los krampos a su pueblo.

—¡Ja! Justo como esperaba —dijo Baalak, y se volvió hacia Talía—. ¿Ahora, dónde está tu otra hermana?

Un grito de Arceúsa captó su atención de nuevo. La primogénita había alzado el rostro hacia él, bullendo de odio, desafiante hasta en sus últimos momentos.

Por fin, los feys empezaron a descongelarse de aquel trance. Una lluvia de proyectiles se precipitó sobre los krampos, pero rebotaban contra el escudo mágico, caían o se quedaban pegados a él, como moscas en una telaraña.

Antes de que el aluvión pudiese ocultar a la heredera de su vista, Baalak empujó a Talía a los brazos de otro krampo y se sacó una hachuela del cinto. Calculó el lanzamiento con el ojo entornado, mientras más y más feys intentaban sortear la cúpula mágica que envolvía a los krampos. Algunos ya empezaban a cavar túneles bajo el barranco, decididos a alcanzarlos por debajo, donde el escudo no llegaba.

Arceúsa profirió una serie de notas que atravesaron la tierra bajo ellos. Las primeras raíces ya asomaban entre los cascos de los krampos cuando el caudillo lanzó el hacha. Esta cruzó el campo mágico como si nada, descendió girando con un susurro y se hundió

limpiamente entre los ojos de la primogénita yedrasi, silenciando para siempre a la que solo había sido reina durante unos agónicos minutos. Los krampos vitorearon a su líder y su puntería, envidiable hasta con un ojo menos.

Por unos instantes, al otro lado solo hubo silencio y horror mientras los árboles de las herederas se desplegaban a la sombra del del rey, enroscados entre sí como una trenza calcinada.

Después, Bosqueterno enloqueció. Decenas de feéricos se arrojaron sobre el escudo. A brinco limpio, volando, reptando como lagartijas sin sentido de la autopreservación. Los golpes, espadazos y rugidos eran ensordecedores. La oscuridad se cernió sobre los krampos conforme los feys cubrían el velo iridiscente, atacándolo con todo lo que tenían, como salvajes, como devotos que acababan de presenciar la destrucción de cuanto les era sagrado a manos de herejes inmundos.

El escudo empezó a resquebrajarse. La joven bruja chilló y los krampos formaron una barrera frenética en torno a ella, a la princesa y al caudillo.

Entonces, una fuerza indescriptible atravesó a Talía, arrancándole el aliento. Unos dedos helados le treparon por los huesos de los pies y le recorrieron las venas a contracorriente hasta alcanzar su coronilla; allí, se expandieron por la parte trasera de su cráneo en una caricia fatídica que, finalmente, se tornó en un mordisco petrificante que le dobló el espinazo. El mundo a su alrededor se emborronó en un delirio negro, rojo y púrpura. Se desplomó de rodillas, agarrándose la cabeza a punto de explotar. Bajo sus dedos, el cuero cabelludo se desgarró, y de él emergió un abanico de astas oscuras, afiladas como puñales. Regueros calientes de su propia sangre le bajaron por la cabeza y le acariciaron los lados del rostro,

como si la misma Tierra intentara consolarla por la horrible bendición que le estaba imponiendo.

No. Imposible.

Ella era la bastarda, la indigna, la inútil. Nunca había sido su destino ser reina de nada; apenas había aprendido a gobernarse a sí misma. ¿Qué había sido de Jara? No podía estar también muerta.

El futuro de Bosqueterno no podía depender de Talía.

«Estamos condenados».

Oyó la risotada maníaca de Baalak. Después, el restallar de un portal abriéndose. Alguien la alzó en volandas.

Los feys la contemplaban a través del escudo con los rostros desencajados de pavor e incredulidad. El brillo rojiazul de la magia se reflejaba en cientos de pupilas predatorias. Arremetieron contra la cúpula con furia renovada; esta comenzó a parpadear y fragmentarse. Las primeras haditas minúsculas se colaron por las fisuras, armadas de dardos.

—¡Vamos!

Baalak tiró de ella, los montó en el dragón y viraron hacia un portal borroso, que se mantenía abierto a duras penas en medio de los krampos. La joven bruja sollozaba y rechinaba los dientes por el esfuerzo de mantener el portal al mismo tiempo que el escudo. Las piernas se le doblaban. Parecía al borde del colapso.

Si se venía abajo, y sus hechizos con ella, todos morirían a manos de la turba feérica.

Que así fuera.

Mientras se asía la cabeza y los instantes se estiraban a su alrededor hasta el infinito, Talía reparó en que su corona no era normal. Solo le había nacido en la mitad trasera de la cabeza, como una peineta. Debería haberle brotado en un círculo completo, cubriendo también la frente. Siempre había sido así.

A lo mejor con ella no había salido del todo bien por su condición de híbrida maldita.

O... a lo mejor era una simple cuestión de orden de nacimiento.

En medio de la vorágine, un fulminante destello de claridad la atravesó.

A decir verdad, nunca habían tenido claro quién era la mayor, si Jara o ella. Jara había sido concebida antes, pero, debido a las diferencias con que el tiempo transcurría a cada lado del Velo, Talía había nacido primero. Ella había envejecido algo más rápido que su hermana, pero esta había madurado físicamente antes, como era típico en las yedrasi.

Tal vez, solo tal vez..., la otra mitad de la corona estuviese brotando en otra cabeza.

Sí. Deseaba creerlo. Jara estaba viva y a salvo, *tenía* que estarlo.

«Y, ahora, el trono de Bosqueterno lo comparten dos hermanas. Todavía hay esperanza para ellos».

Los krampos, por supuesto, no tenían ni idea.

No era de extrañar. En la difusa memoria de las Tierras Feéricas se conocía solo un caso similar, de mellizos que habían reinado juntos, muchos siglos atrás. Solo los feys más vetustos se acordaban... y también las princesas yedrasi, que desde pequeñas debían estudiar la historia de su dinastía.

Algunos de los allí presentes debían saberlo. Sin embargo, todos arremetían contra el escudo agrietado como si les fuera la vida en ello, algunos a dentellada y cabezazo limpios. ¿Por qué?

¿De verdad querían salvarla o solo impedir que los krampos se salieran con la suya?

Ningún súbdito de los Bosques podría atentar contra ella, no sin condenarse a ser maldecido por la naturaleza misma. La Tierra la

había considerado digna de una media corona, y la Tierra era la madre incuestionable del Bello Pueblo.

«¿Es eso suficiente para vosotros? ¿Puede vuestro sentido del honor más que vuestra repulsa hacia mí?», se preguntó, hecha un despojo entre Baalak y el dragón. Los dardos envenenados surcaban el aire como libélulas, esquivando cuernos y mandobles.

Incluso si ella fallecía, su parte de la corona no renacería después en Jara. La corona de Bosqueterno no volvería a recomponerse hasta que ambas hubieran muerto; solo entonces brotaría, entera de nuevo, en el siguiente heredero digno que ellas hubieran engendrado.

Matarla no beneficiaría a los Bosques, pero sí sería un golpe devastador para los krampos.

—¡A por ella! —bramó un trasgo—. ¡Coged a Flordemuerte!

«Adelante, es vuestro momento. Que alguno se sacrifique disparándome una flecha certera. Que Baalak vea cómo su dichosa profecía se le desmorona entre los dedos».

—¡Devolvednos a la reina! —gritó un hada robusta, reventando su parte del escudo a cornadas.

De no haberse hallado flotando a mundos de distancia, incapaz de sentir o padecer, aquello la habría dejado estupefacta.

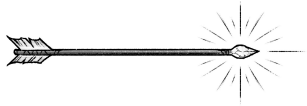
Entonces, el dragón saltó hacia el portal, al tiempo que el escudo se derrumbaba y el aluvión feérico se precipitaba sobre ellos con la furia de un avispero.

Lo último que vio, antes de ser arrastrada a través del Velo, fueron las ramas de su padre y sus hermanas alzándose cada vez más altas. Sus árboles mordían la tierra con sus raíces y arañaban el cielo verdoso con sus garras calcinadas.

«Éramos vuestros elegidos, luminosos e intocables —parecían gritarles a la Tierra y al Firmamento, en una plegaria iracunda—.

¿Cómo habéis dejado que nos suceda esto? ¿Cuándo la Creación se convirtió en nuestra enemiga?».

Si el universo se dignó a ofrecerles una respuesta, Talía no alcanzó a escucharla.



El viento del Páramo soplaba sin descanso, arrastrando los gemidos entrecortados de los redivivos. Tras la vorágine inicial, Salazar había conseguido domeñar a la horda. No fue fácil. En especial con el grandote, que parecía recordar demasiado bien a quienes lo habían asesinado y había vuelto a la vida sediento de venganza. Por suerte, las gruesas cadenas con las que Salazar había envuelto su cadáver, como medida preventiva, lo habían detenido el tiempo suficiente para que él pudiera tranquilizarlo y meterlo en vereda como al resto.

Era un control bastante precario, pero, al menos, había conseguido que dejasen de atacar cuanto se les ponía por delante. En esos momentos, se limitaban a estar ahí, de pie o tronchados por sus lesiones, con los ojos vacíos clavados en la nada. No obstante, el hambre y la rabia aún fluían crudas bajo su carne: muchos habían empezado a devorarse a sí mismos. Se arrancaban la piel, se hurgaban las heridas para llevarse la porquería a sus bocas voraces.

Que lo hicieran, si eso los mantenía entretenidos. Así lo dejaban interrogar en paz al krampo.

Preso de su tormento, el guerrero no había tardado en desvelar los secretos que con tanto celo él y sus semejantes habían guardado en vida.

El nombre en krampo era impronunciable, pero significaba algo como «La Cruda». Así llamaban los cornudos a la fortaleza

abandonada en la que Baalak había establecido su sede: un refugio de piedra rojiza en lo más profundo de una cordillera boscosa del plano mortal, donde ni los humanos se atrevían a entrar ni la ira de los feys podía alcanzarlos fácilmente.

—Bien. Ahora, dime cómo llegar hasta ahí.

El no muerto se retorció como un gusano entre sus captores de hueso, con tan mala suerte que se pisó sus propias entrañas, desparramadas a sus pies, y eso le arrancó un nuevo lamento de horror que le revolvió las tripas a Salazar. A una cautelosa distancia, Jara y sus rastreadores escuchaban con atención, aguantando estoicamente aquel espectáculo degenerado.

El brujo se pasó el pulgar bajo la nariz. Aunque ya no sangraba, el cerebro aún le ardía por el esfuerzo de mantener en precario control a la horda acumulada a su espalda, al tiempo que le arrancaba la información al despojo que tenía delante. No veía la hora de acabar con esa tortura de interrogatorio. Por él, más que por el condenado krampo.

—Habla, si quieres que te libere.

Fue como sacarse las muelas, pero al final consiguió que el no muerto le contara la secuencia enrevesada que seguían los krampos para llegar de Bosqueterno a su sede. Saltos entre desgarrones en el Velo, sendas ocultas a través de territorios inhóspitos. El viaje solía ser largo y tedioso, pero, en los últimos meses, habían empezado a contar con los portales de una bruja tan joven como prometedora, lo cual había agilizado inmensamente sus desplazamientos. Por desgracia, para que Lucio pudiera saltarse el trayecto y teletransportarlos directamente a La Cruda, primero necesitaban saber la ubicación exacta, no solo descripciones de los alrededores, y el krampo no había sabido señalarla en un mapa de la Península.

Un jadeo repentino de Jara los interrumpió.

—Algo terrible acaba de suceder —murmuró—. Puedo sentir sus reverberaciones, incluso a través de esta tierra muerta...

Gritó y se dobló sobre sí misma. El resto de las dríades la rodearon, alarmadas, sin atreverse a tocarla. Jara se llevó los dedos temblorosos a su frente. Las vetas superiores se le estaban desgarrando para dar paso a... ¿cuernos?

El rosa amarronado de su piel palideció conforme el terror se expandía por sus facciones desencajadas.

—No... ¡No!

—Tierra divina... —susurró una rastreadora.

—¡Es la corona! —exclamó otra.

—Cambio. Muerte.

—¡NO! —bramó Jara.

Se derrumbó en el suelo, a gatas. Regueros de sangre le bajaban por la cara y las clavículas mientras las astas se ramificaban en un abanico sobre su frente y sus sienes. Tiritaba como una hoja ante el invierno, con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi padre... ¡Mis hermanas! ¿Qué ha pasado? ¡Tierra y estrellas, respondedme! —Negó, hundiendo las garras en el polvo inclemente del Páramo—. No puedo oírlas en este lugar. Pero han perecido, eso lo sé. El Firmamento se apiade de nosotros.

«No», pensó Salazar con la sensación de que el alma se le pudría. Acababa de intercambiarse con su prisionero y, al igual que él, no podía escapar de esa pesadilla, cada vez más negra.

—¿Y Talía...? —farfulló con creciente desesperación—. ¿Qué ha sido de ella? ¡Jara, contesta!

La yedrasi no parecía escucharlo, ahogada en su propia metamorfosis.

—Esto es cosa de Baalak. Me apuesto lo que sea. ¡TRAICIÓN!

Antes de que Salazar pudiera exigirle una explicación, Jara desnudó las fauces y profirió una serie de aullidos ensordecedores, con la melena hecha un huracán de hojas y lianas. Los suyos eran gritos de otro mundo, amplificados por ecos que parecían brotar del corazón mismo de la Tierra. Golpeó el suelo, y este se estremeció, resquebrajándose a su alrededor. Sus rastreadores se apartaron con rapidez, mas de las grietas solo brotaron hierbajos traslúcidos y zarzas quebradizas. La energía del Páramo no era terreno dócil para una yedrasi de pura cepa, por poderosa que fuera.

Las demás dríades se postraron, también lívidas.

—La Tierra ha hablado y las Estrellas son testigo. Cae el árbol, pero su brote renace, loados sean los dioses —proclamó la llamada Enebro, llena de reverencia—. Salve, Yedrasi Jaralina dal Mirtalón e Serbalina, la nueva reina de Bosqueterno.

—¡Larga vida a la reina! —coreó el resto.

A Salazar se le doblaron las piernas. Habría caído de bruces al polvo, de no ser porque Lucio apareció junto a él y lo sujetó mientras aún estaba de rodillas.

—No, muchacho. Nada de derrumbarse. Aún no sabemos qué ha sucedido, y tienes detrás a una horda de lázaros rabiando por descontrolarse.

Las uñas de Salazar se hundieron en la tierra mientras los lamentos estridentes de Jara y los cánticos de duelo de sus dríades le reverberaban en el pecho. Debía conservar lo que le quedaba de cordura, pero lo único que lo mantenía anclado a ella era un hilo rojo de esperanza llamado Talía.

Si la habían matado... Si su princesa había dejado de existir en aquel maldito mundo...

Los redivivos gimieron y la emprendieron a cabezazos los unos contra los otros. «Crac, crac», hacían los cráneos, al quebrarse

contra las armaduras y los cuernos.

—¡Salazar, no! —le rogó Lucio.

Entonces, los sollozos de Jara cesaron, sustituidos por una risilla desconcertante. Recorrió con las manos el semicírculo de astas, aún sangrantes, cuyos extremos se terminaban a ambos lados de su cabeza. Se hurgó la melena, rebuscando entre las bayas podridas y la hojarasca. Después se enderezó, volviéndose hacia ellos con una sonrisa tan desquiciada como luminosa: el júbilo de una loba que acabase de percibir una esperanzadora promesa de sangre en el aire.

—¡Parad esas salves, rastreadores!

Las dríades intercambiaron miradas confusas.

—¿No veis lo mismo que yo? —Ante el estupor de sus compañeros, Jara se señaló la cabeza—. Media corona... ¡Media reina! No soy la única... ¡Otra de las yedrasi aún camina por la Creación! —Se llevó una mano al estómago con la mirada perdida—. Mi padre y mis hermanas mayores han caído, lo siento en las entrañas con este nuevo alcance que la Tierra me ha otorgado. Por tanto, la que aún vive ha de ser Talía... ¡Tiene que ser ella!

Salazar se desinfló con un suspiro tembloroso.

—¡Ja! Al final ninguna era mayor que la otra. Las bromas que nos gasta el Velo... —Jara se palmeó el muslo con una carcajada seca. Acto seguido, empezó a caminar de un lado a otro, masajeándose el cuero cabelludo.

—Debo regresar cuanto antes a Bosqueterno y reunir un ejército. Aun si mi pueblo no quiere pelear por Talía, lo harán por venganza. Después, brujo, nos reuniremos en el plano mortal para planificar nuestro siguiente movimiento.

—¿Ha de ser allende el Velo? —protestó una dríade.

—Sí. Cada día que pasa en las Tierras Feéricas se multiplica al otro lado: no podemos permitirnos el lujo de regalarle más tiempo a Baalak. De lo contrario, para cuando terminemos de ponernos de acuerdo, a saber dónde se habrá llevado a Talía y qué habrá hecho con ella... —Se volvió hacia Lucio—. Cojuelo, ¿tú podrías llevarnos a ese sitio, La Cruda, en cuanto estemos listos?

—Para eso, primero tendría que saber llegar yo mismo —respondió el duende, no muy convencido—. Aun con todo lo que le hemos sacado al krampo, nunca he pisado el camino que describe ni posado los ojos en tal fortaleza.

—Pero tú has de conocer bien las tierras de los mortales. ¿Acaso los cojuelos no acostumbráis a recorrerlas a la velocidad del viento, siempre cumpliendo los deseos de vuestros amos?

—Yo no tengo amo, señora. Pero sí, ahora que estoy más repuesto, podría seguir el recorrido descrito por este infeliz. —Lucio señaló al krampo—. Y, con suerte, encontrar la sede sin ser descubierto.

—Y más rápido de lo que lo haríamos cualquiera de nosotros por nuestro pie.

—Desde luego. Sin ánimo de ofender.

—No está la situación para ofenderme por nimiedades. ¿A qué estás esperando, entonces? Corre, diablillo. Cruza los rasgones del Velo, salta a través de tus portales, pregúntales a los arroyos. Mientras tanto, yo iré en busca de mi gente y, cuando las fuerzas de los Bosques se unan a las del nigromante, tú nos llevarás hasta los krampos.

A un silbido suyo, el lobo acudió al trote y ella montó de un grácil salto, seguida por sus rastreadores.

—Acumula luz de luna hasta que no te quepa más, pues necesitaremos un portal bien hermoso para lo que enviaremos a

través de él.

Los ojos le centelleaban con la misma crudeza que la sangre que aún le chorreaba por el rostro, fruto de su brutal coronación. En ese momento, más que nunca, parecía la hija favorita del bosque, salvaje y formidable.

—Cuando acabemos con Baalak, Flordemuerte volverá a casa, y de ese pueblo de desgraciados no quedarán sino susurros olvidados en la niebla.

Salazar se puso en pie, no sin esfuerzo. Enderezó la espalda con los puños apretados y asintió.

Sus huestes redivivas rugieron en silencio, al tiempo que la corona de Jara se ramificaba entre chasquidos amenazadores, y fue como si la Vida y la Muerte acabaran de estrechar los antebrazos en una alianza.

«Aguanta, mi Talía. Voy a por ti».



El dragón aterrizó derrapando en la oscuridad. Entre un caos de voces krampas, Talía parpadeó y levantó la vista, en un intento de ubicarse. El portal los había escupido al claro de un espeso pinar, iluminado solo por una pequeña luna en cuarto menguante. Las estrellas titilaban sobre sus cabezas, trémulas, como gemas arrojadas a un vacío tan infinito como voraz.

Por un momento, se sintió como si hubiera viajado no solo a través del espacio, sino del tiempo. Le pareció estar de vuelta en el bosque de su infancia. Allí, también, hasta la misma naturaleza crecía retorcida sobre sí misma, toda sombras y aristas, reacia a compartir sus secretos en presencia de intrusos. Aquella tierra había sido abandonada por los feys hacía mucho, mucho tiempo.

La habían traído al plano mortal. No le cabía duda.

Salazar estaba muerto. Y su padre. Y sus hermanas mayores. Todos asesinados sin que ella pudiera impedirlo, o luchar contra ello siquiera. La corona escocía, pesada, en su coronilla.

Y ella no sentía... nada. El peso y la frialdad de una piedra cayendo sin fin. Un grito interminable y lejano, alojado en las profundidades de su ser, tan hondo que ni ella misma podía acceder a él.

La bruja pasó tambaleándose junto al dragón, con media cara tan inflamada que la piel empezaba a desgarrársele, y se derrumbó bocabajo entre los matojos. Su oreja era una coliflor enrojecida; de

ella sobresalía un dardo feérico. Los feys habían sido listos: sabían a quién atacar para causar el mayor daño posible, si bien no habían conseguido incapacitarla antes de que los krampos huyeran por el portal.

Baalak siseó en su lengua y desmontó, arrastrando a Talía consigo.

Del portal no quedaba rastro. No todos los krampos habían logrado cruzarlo a tiempo y, de los que lo habían hecho, varios yacían también en el suelo, convulsionando, con dardos clavados en la cara y el cuello deformados. Un guerrero agarró a la bruja y la tumbó de costado mientras otra krampa rebuscaba en su bolsa, llena de frasquitos. La muchacha resollaba con un pitido agudo y tortuoso.

Helada, Talía contempló cómo, en meros instantes, la hinchazón se expandió por su cabeza, desfigurando sus rasgos juveniles. Comenzó a convulsionar. Entre varios krampos intentaron sosegarla, vertieron pócimas en su boca inflada, se gritaron entre sí con la desesperación de quien se sabe a punto de perder algo extremadamente raro e irreemplazable. En un punto crítico e ignorando al resto de guerreros caídos, Baalak los apartó a todos a empujones y se valió de un estilete para abrirle un agujero en la garganta por el que pudiera respirar. De poco sirvió, pues, poco después, la bruja exhaló su último suspiro y se quedó inerte. Su cara y cuello se habían fusionado en un único globo amarillento con tatuajes dilatados.

Durante unos larguísimos instantes, todos se quedaron mirando al cadáver de la bruja.

—¡Maldita sea tu especie! —gritó Baalak de golpe, abalanzándose sobre Talía.

Un krampo corpulento arrambló con él antes de que pudiera echarle las manos al cuello. Varios formaron un muro en torno a ella para protegerla de la ira enajenada de su caudillo. Baalak bramaba en su idioma y arañaba el aire hacia ella, con espuma entre los colmillos. Hicieron falta otros dos más para reducirlo.

Talía parpadeó. Una chispa leve de interés acababa de aflorar en la nada aullante que la embargaba. Jamás lo había visto alterarse tanto por la muerte de nadie.

Por fin, tras unas respiraciones hondas y una intensa discusión con sus seguidores, el líder se enfrió. Fue hacia ella y los krampos dejaron que volviera a tomarla del brazo, como si apenas un rato antes no hubiera estado a punto de estrangularla.

El corazón de Talía se aceleró, pero no de miedo. No del todo.

Se le fueron los ojos al cadáver desfigurado de la muchacha. La bestia dentro de ella se daba cabezazos contra las paredes de una celda del todo angosta, tratando sin éxito de abrirse paso hasta él a través de la anulación del collar. La enloquecía saberse tan cerca y, a la vez, tan lejos de la llave de su libertad.

«Vamos. Sé mi amiga en la muerte como nunca lo habrías sido en vida».

—Ni lo sueñes, *murrul* —le espetó Baalak, y la alejó con brusquedad de los cuerpos para subirla al dragón y montarse él detrás.

«El día que me quite esta mierda del cuello, haré que te ahogues con ella».

Ese latigazo de ira en su interior la sorprendió. Intentó aferrarse a él, pues era lo único que le quedaba.

Entre rezos, los krampos pintaron sus uves rojas en la piel de los caídos y los dejaron allí, tumbados en una pulcra hilera. Baalak

parecía impaciente, así que mandó que un par se quedaran vigilando los cuerpos y el resto reanudó su camino a través del bosque.

Talía oteó el entramado sombrío de los pinos a su alrededor. Sopesó darse a la fuga de algún modo y perderse en esa espesura montañosa, mas sus posibilidades eran desalentadoras. No podía quitarse el collar ella misma y, mientras lo llevase, sería vulnerable como cualquier mocita humana. Aun si se las apañara para esquivar lo que fuera que rondase en aquellos lares y eludir a los rastreadores krampos, no sabía ni dónde estaba. El mundo de los hombres era vasto, tanto o más que las Tierras Feéricas. ¿Cómo encontraría el camino de vuelta a...?

«¿Adónde? ¿A casa? ¿Acaso te queda un hogar al que volver?», se dijo con amargura.

Ya no tenía nada. Solo a un fantasma hueco de sí misma.

Subieron por un terreno cada vez más empinado y pedregoso, donde las rocas escarpadas se apiñaban entre sí, creando un terreno irregular y traicionero, hostil para todo ser desprovisto de cascos. Los árboles hundían las raíces en las fisuras de la roca, resueltos a crecer costara lo que costase, y se encorvaban sobre la comitiva, con el ramaje encrespado. Allá por donde pasaban, se acallaba el ulular de la fauna nocturna. Pronto, un murmullo distinto lo sustituyó. El olor del humo y el cuero asaltó los sentidos de Talía, y entonces atisbó en la distancia el resplandor de las primeras antorchas. La foresta dio paso a una extensión de muñones talados, y varios tiros de piedra más adelante se alzaba una alta empalizada custodiada por torretas de vigilancia.

Mucho más allá, encaramada en lo alto de la montaña, se intuía la mole de un castillo, recortada en silueta contra la noche. Sus torres robustas y cilíndricas se hundían decididas en la roca, y sus almenas ruinosas se alzaban hacia las nubes deshilachadas y pintadas de gris

por la luna. Las hogueras salpicadas por toda ella revelaban el curioso tono rojizo de sus muros, que contrastaban con la negrura de la roca boscosa que los acunaba en unas zonas y en otras los trepaba, como ansiosa por reabsorber a ese hijo arrancado, sillar a sillar, de sus entrañas.

Nada más verlos, los krampos que patrullaban la empalizada empezaron a gritar. El lamento grave de un cuerno les dio la bienvenida conforme se acercaban a las puertas.

Los primeros vítores se alzaron al otro lado. A Talía le pareció que se multiplicaban por cientos y se propagaban cual incendio hasta la misma fortaleza. Sabían quién llegaba y lo que les traía. Baalak vibraba de anticipación, apretujado contra ella sobre el dragón.

Las puertas se abrieron con un largo gruñido.

—Bienvenida a tu nueva casa, Flordemuerte —le susurró el caudillo, retorciendo las cadenas de la joven en su puño para evitar cualquier intento de escape—. Ahora, compórtate, si no quieres que te apriete el collar hasta dejarte ciega además de muda.

Espoleó al dragón hacia delante y se adentraron en el nido de krampos más inmenso que Talía habría imaginado jamás.

Se precipitaron a su encuentro como una avalancha blanquinegra de colmillos expuestos y ojos relampagueantes de avidez. Se agolpaban por centenares a ambos lados del camino principal que atravesaba el poblado, un arrabal de chozas altas y circulares, de cuyos tejados ascendían columnas de humo. Se empujaban entre sí, brincaban unos sobre otros, se encaramaban a las torretas. Gritaban como si hasta entonces no hubieran sabido lo que era gritar con todo el corazón. Costaba distinguir si era de desesperación al ver que solo unas docenas regresaban, cuando cientos habían partido hacia el Páramo, o de euforia vengativa al ver lo que el sacrificio de sus hermanos les había traído a cambio.

Talía se encogió, abrumada. Esa marea de bocas abiertas y brazos pálidos que se estiraban hacia ellos le transmitía el hambre de los lázaros rábidos. Le parecía que ansiaban consumirla, convertirla en una más de ellos: otro monstruo insaciable, movido únicamente por la necesidad de contagiar su desdicha al mundo entero.

Golpeaban los cascos contra la tierra, corneaban al aire con reverencia. Krampas de vientres abultados y pechos bamboleantes emergieron por encima del resto, izadas sobre escudos por grupos de mozos armados, y les arrojaron manojos de hierbas perfumadas. Sus cánticos competían con los llantos de aquellos que se abrían paso a empujones hasta la primera fila, repitiendo nombres a gritos. Casi todos eran mujeres y ancianos. Buscaban a aquellos que faltaban entre los recién llegados. Varios guerreros se desgajaron de la comitiva para darles las noticias.

Talía no sintió compasión al verlos acuclillarse en el suelo y balancearse entre lamentos, arañándose el nacimiento de los cuernos. Que recogieran lo sembrado. Que sintieran lo mismo que ella.

No se reconocía. Tampoco le importaba.

A su derecha, un par de krampos robustos izaron la camilla de un viejo tullido por encima de sus cabezas para que la viera. Este enarboló su cayado, profiriendo un grito desdentado de victoria. El cayado lo coronaba un cráneo claramente humano: aún conservaba el pellejo y restos de pelo.

Con un acceso de náusea, Talía apartó la vista, pero no le sirvió de nada: aquello era un hervidero de krampos, mirara adonde mirase. Las antorchas relumbraban en sus ojos colorados; en esas dentaduras que brillaban como cera derretida, en contraste con sus pieles blancas, surcadas de cicatrices y símbolos pintados.

Nunca había visto tantos mortales reunidos. Sentía que el calor que desprendían se le colaba por los poros como un miasma, amenazando con sofocarla. Cada inhalación tortuosa le inundaba los sentidos con el hedor del cuero y del metal, de la grasa quemada, de la picazón del sudor especiado de cientos —no, miles— de cuerpos en frenético movimiento.

Vida, cálida y palpitante, intensificada por el olor a presa asada en las ascuas, por el tufo de las pieles sin curtir y el brillo rojizo de los animales despellejados que colgaban bajo los toldos de las cabañas.

Y los trofeos. Cuanto más se acercaban a la fortaleza, más abundaban. Postes cuajados de calaveras colgadas de ganchos. Cascos de armaduras humanas adornando las puertas. Ristras de manos *murrul* cortadas secándose al fresco en las fachadas, junto a los arreglos florales y los manojos de hierbas.

La cercanía de toda aquella mortalidad le bajó por la garganta, dilatándole las pupilas.

Su desazón fue rápidamente eclipsada por un anhelo tan potente que sintió cómo nuevos brotes le asomaban tras las sienes. Por un momento, el fuego y los krampos se diluyeron en un espejismo informe y amarillento; solo percibía los pedazos de carne muerta que colgaban a su alrededor. Los huesos que tintineaban en pechos y melenas. La peste de los vertederos que fluían en los rincones más alejados del asentamiento, cargados de desperdicios.

Empezó a salivar con las ganas de vincularse con aquel festín y hacerlo explotar. Cada uno de sus manjares palpitaba en sus sentidos, cargado de posibilidades. Todos eran una llave potencial hacia su libertad, pero su magia atrofiada no podía alcanzarlos. El collar comenzó a arderle contra el cuello, arrancándole un gruñido feral de impotencia.

No se dio cuenta de que se había doblado hacia delante hasta que Baalak la enderezó de un tirón. Rechinó los dientes, inhalando el aire viciado con fuerza. Solo consiguió empeorar la frustración que la arañaba por dentro.

—El fuego con el que arde mi gente puede ser abrasador al principio, pero te acostumbrarás.

Ella observó a aquella multitud estruendosa con los labios ennegrecidos de bilis. Le habían quitado la luz de su vida y ahí estaban, saltando de dicha, la manada de desgraciados. Reventar de dolor era lo que se merecían.

Entonces, su mirada se cruzó con la de un puñado de chiquillos krampos que la observaban, arracimados sobre el tejado de una choza. El humo de las chimeneas se les enredaba en los cuernecitos. Sus ropas eran burdas y escasas; la mitad ni siquiera tenían con qué cubrirse.

Nunca había visto crías krampas. Deseó no haberlo hecho nunca, porque entonces empezó a verlas a todas, por todas partes, mientras se abrían paso entre los adultos para contemplarla más de cerca.

No quería mirarlos, no quería saber de su existencia, pero ya era demasiado tarde. Se le fue la atención a sus cuerpecillos canijos, a cómo muchos —en especial los más mayores— agachaban la cabeza para escudriñarla por entre sus flequillos negros, como si hubieran aprendido a temer cuanto viniese de fuera antes siquiera de verlo. En sus caras había grabada una dureza que la inquietaba: un aire de vejez prematura que jamás había encontrado en las juventudes despreocupadas de Bosqueterno. Era la clase de endurecimiento que con los años acababa tornándose en algo mucho peor. Rencor. Crueldad.

Y, aun así, la mayoría la miraba con una mezcla de asombro y pavor, como si una leyenda estuviera cobrando vida ante ellos. Sus rabitos coleaban sin control, alborotando las túnicas de los adultos.

Por un momento, se preguntó cómo se vería. Lívida, con los párpados y la boca oscurecidos de púrpura, con la locura pintada en el morado de sus iris y las escleróticas rojas de tanto llorar. Con las flores muriéndosele nada más brotarle en la cabeza. Con su corona de espinas y manchada con la sangre de los suyos, cual sacrificio camino del altar.

Si eran capaces de alegrarse tanto ante una imagen así, entonces lo sentía por ellos. Estaban más allá de toda salvación.

Se fijó en una krampa de aspecto agotado, casi tan joven como había sido la bruja de Baalak, que contemplaba el desfile desde la primera fila. Llevaba a una infante regordeta en la cadera. Un súbito golpe de viento alborotó la melena de Talía y lanzó un puñado de pétalos muertos sobre ellas. La niña chilló de júbilo, y la suerte quiso que atrapara un capullito al vuelo con sus garritas rechonchas. La madre palideció. Se lo quitó de un manotazo, lo arrojó al suelo, se limpió los dedos en la túnica y se apresuró a examinar la mano de la niña mientras esta berreaba, desconsolada.

Un diminuto alfiler se retorció dentro de Talía.

«Sin importar a qué lado del Velo, esto se mantiene: la gente teme que envenene a sus niños con solo rozarlos. Tal es mi reputación».

A la joven madre se le escapó una mirada inquieta hacia ella, como si temiera que la yedrasi pudiera fulminarla por haber rechazado los desperdicios de su melena. Agachó la cabeza, apretó a la cría contra su pecho y desapareció entre el gentío.

Talía intentó no ver en la preocupación de esa madre un parecido fugaz con la suya propia. Exhausta, siempre vigilante, tratando de

darle a su criatura algo de ilusión e inocencia en un mundo donde los confiados eran los primeros en morir.

No. No haría paralelismos entre ella y esa escoria de gente. Se negaba.

—Míralos, Mortalía. Mira la esperanza en sus ojos y dime que no te hace sentir algo que jamás tuviste en Bosqueterno. —La voz de Baalak temblaba de excitación.

Lo estaba gozando. Era obvio que había soñado con ese momento desde niño: él, regresando de allende el Velo cual salvador triunfante, con el fuego robado a los dioses atrapado en su puño. Más semidiós que persona. Convertido en leyenda viva.

—Mira lo que significas para ellos. Mira esas sonrisas sinceras que se abren a tu paso. ¿Cuántas veces en tu vida soñaste con un recibimiento así? ¿Con despertar tanta pasión entre tu pueblo?

No le importaba. Si ella alguna vez había tenido un «pueblo», los krampos desde luego no lo eran. Por ella, que se metieran sus sonrisas y vítores por el culo y ahí se les enquistaran. Baalak llegaba tarde y mal.

Ella ya sabía lo que era entrar a una habitación y ver cómo el rostro de Salazar se iluminaba, oír los gorjeos felices de los duendes mientras correteaban hacia ella. Saber, sin lugar a dudas, que su presencia entre ellos lo mejoraba todo; no por sus poderes, ni por su linaje, ni por la asquerosa profecía de una krampa enajenada.

La habían querido por ser, simplemente, ella. Talía.

Y nada, absolutamente nada, podría competir con eso jamás.

Así que le importaban una mierda las sandeces de Baalak, y más aún lo que aquellas hordas de miserables sintieran por ella. No la veían como a una persona. Para ellos, solo era otra bestia exótica, un monstruo de leyenda. Un arma altamente peligrosa e inestable, que, empuñada por la mano firme de su caudillo mesiánico, los

ayudaría a escapar de esa guerra perpetua en la que se habían metido, catapultándolos a un futuro glorioso.

Por lo que a ella respectaba, podían caerse todos muertos allí mismo.

Dejaron atrás las cabañas y torres de vigilancia y llegaron a las puertas de la fortaleza. Mientras se abrían, Talía se fijó en los humanos muertos que colgaban de los muros, empalados en sus propias picas en posiciones deliberadamente humillantes.

«¿Qué sabréis vosotros de gloria, krampos? No la habéis catado desde los tiempos de vuestros abuelos, si es que alguna vez la conocisteis. Vitoread cuanto gustéis, malditos. El trofeo que vuestro líder pasea delante de vuestras narices no es más que una carcasa podrida de lo que un día fue. Al igual que vosotros».

Se adentraron en el castillo. Antes de que ella pudiera hacerse un plano mental de su entorno, Baalak consiguió una antorcha y la empujó a toda prisa al interior de una torre, seguido por sus guerreros más cercanos. Descendieron por una mohosa escalera de caracol y se detuvieron frente a dos centinelas que custodiaban una portezuela reforzada con hierro. A una orden del caudillo, uno la abrió, revelando un cuartucho de techos altos, cuyo único mobiliario consistía en un jergón con mantas viejas y un par de cubos con agua y trapos. Al ver las cadenas y los grilletes que pendían de la pared junto al lecho, Talía clavó los talones en el suelo, pero Baalak la empujó al interior de la celda con tanta fuerza que prácticamente la estampó contra la pared opuesta.

La puerta se cerró tras ellos. El caudillo colocó la antorcha en la pared y se volvió hacia su prisionera. El miedo de Talía floreció en aguijonazos de pánico que le cubrieron la nuca de un sudor frío.

—Tranquila, fierecilla. —Baalak sonrió ante su evidente agitación.

Extrajo unos guantes gruesos de su cinto y se los puso. Después, se sacó una cadenita de debajo del peto. De ella pendía una robusta llave de metal con muchos dientes. Agarró a Talía por los hombros y le dio la vuelta con brusquedad, sujetándola por la nuca.

Empezó a trastear con el collar. Por como despotricaba entre dientes y sacudía la mano cada poco, era obvio que el contacto con el collar le molestaba bastante, incluso a través de los guantes.

Talía sintió una serie de chasquidos tras su cuello y, de pronto, la presión dentro de ella se aflojó un poco, lo justo para permitir que una corriente rasposa de voz le pasara por la garganta. De inmediato, fue como si también su mente pudiese respirar un poco más. Tosió, jadeó, se llevó las manos al collar intentando ensanchar esa pequeña brecha de libertad.

El mordisco ardiente del metal en sus dedos la devolvió a la realidad.

—No intentes manipularlo. Solo conseguirás hacerte más daño.

—Debería —replicó ella con un bilioso susurro de lija—. Sería gracioso que, después de tanta faena, tu querida arma se rompiera antes de poder estrenarla.

—Más quisieras. El collar te somete, pero no romperá a un ser tan poderoso como tú. Créeme, lo hemos probado extensamente con una amplia variedad de feys. Siempre hay algún despistado pululando por estos bosques.

«Tengo que hacerme con esa llave», se dijo, pero no se le ocurría cómo quitársela, a menos que Baalak fuera tan necio de quedarse dormido junto a ella. No sucedería.

Por si aún le quedaban dudas sobre su impotencia física frente al krampo, él la agarró de las muñecas. Sus agotados forcejeos no impidieron que se las atara con los grilletes, encadenándola a la pared.

—Cobarde —escupió ella con mechones de pelo pringoso cruzados sobre el rostro de tanto revolverse—. ¿Tanto me teméis, que además de ponerme esta porquería tenéis que atarme?

—No te hagas la doncella indefensa. Todos aquí sabemos de lo que eres capaz. —Baalak se colocó frente a ella y se señaló el parche—. Agradece que no me haya cobrado esto sacándote un ojo a ti. Pero descuida: me aseguraré de que me pagues de sobra lo que tú y los tuyos me habéis hecho perder.

Hizo una pausa expectante.

—¿No tienes nada que decirme? —insistió. Talía lo atravesó con una mirada de odio—. ¿Nada sobre cómo me las he apañado para matar a tu padre y ponerte esa coronita en la cabeza?

El odio se transformó en repugnancia. ¿Validación, eso quería Baalak? ¿Y encima tenía la desfachatez de buscarla justamente en ella?

La furia bullía en su interior con tanta violencia que los oídos le pitaban. De pronto, se sentía más despierta y lúcida, aunque no sabía si se debía al aflojamiento del collar o a que, por fin, estaba saliendo del estupor de los últimos días.

—Lo intenté por las buenas, tú misma fuiste testigo. Si tu padre hubiera consentido hacer las cosas a mi manera, nos habríamos ahorrado un baño de sangre.

—Sandeces —siseó ella—. Tardasteis en el camino a propósito para que mi padre se hartara de esperaros y acudiese a vosotros. Rapiñaste esas flechas porque sabías que no habríais podido matar a mi familia con armas corrientes.

—Ah, las lágrimas de santa Urraca. Dicen por ahí que sus acólitas las fabrican a partir de la sal que mana de los ojos de su patrona, perpetuamente llorosa. —Baalak se rio entre dientes—. Cuánto más

lloraría al saber que los krampos lograron empuñar con éxito su arma más sagrada.

Como Talía no mostraba interés en su diarrea verbal, el caudillo bufó por la nariz.

—Volviendo a lo que nos concierne: sí, hace tiempo me di cuenta de que la alianza no acabaría a mi gusto. No puedes culparme por estar preparado, cuando el tiempo me ha dado la razón. Y si lo haces..., entonces es que no tienes ni idea de cómo funciona la guerra.

«Lo que sí sé es que el que a toda costa quiere hacer algo siempre encontrará una justificación, por injustificable que sea».

Baalak se quitó los guantes, revelando unas yemas rojas e irritadas. Se acercó a ella y le apartó el pelo del rostro con unos dedos que aún hedían a corrosión sagrada. Talía intentó arrancárselos de un bocado.

El bofetón le viró el cuello y su visión se oscureció durante unos instantes. Cuando logró reubicarse, se halló desmadejada de costado en el jergón. Le ardía la mitad de la cara y una cortina de lucecitas parpadeantes zumbaba entre ella y Baalak.

—Vamos a dejar las cosas claras, *murrul* espinosa. Dos caminos se abren ante ti. El primero: seguir con esa actitud hasta que no me quede más remedio que tomar medidas. —Se frotó las manos despacio, casi distraído, como si hablara del tiempo—. Llevo toda la vida lidiando con fieras que se creen por encima de cualquier amo. Si me muerdes, te quitaré los dientes. Si me arañas, te cortaré los dedos. Si intentas huir, te partiré las piernas. Mi pueblo ha llegado demasiado lejos y nada nos detendrá ahora; ni siquiera una reina hada, por muy entrelazados que estén nuestros destinos. Si para cumplir mi misión tengo que follarme a un trozo de carne sin dientes

ni miembros, lo haré. No sería lo peor que mi gente ha tenido que hacer para sobrevivir.

El asco la recorrió como una marea de lombrices, haciéndola pegarse de espaldas a la pared en un intento reflejo de alejarse de él. Recorrió la celda con la mirada, buscando irracionalmente una salida. La puerta estaba cerrada. Solo un ventanuco enrejado pegado al techo, fuera de su alcance, permitía pasar el aire mohoso de las mazmorras.

La pasmaba la inmediatez con la que Baalak le había asestado el golpe, sin pensárselo. Con el ángulo y la fuerza justos para causarle dolor y aturdirla, pero sin llegar a quebrarle nada. Esa *precisión* instintiva solo podía nacer de la experiencia. Aún luchando por recobrar el aliento, se preguntó cuántas habría habido antes que ella. Tiradas, quizá, en un lecho como aquel, a merced de ese energúmeno endiosado. Krampas, feys, humanas. Trozos de carne, todas ellas.

Para la gente como Baalak, el mundo entero era un pedazo de carne que devorar a su antojo.

Y entonces se dio cuenta de lo necia que había sido. Si se dejaba morir, truncaría los planes del caudillo, sí. Le asestaría un golpe del que difícilmente se recuperaría. Pero después... ¿qué le garantizaba que no se repondría? Mientras siguiera vivo, Baalak no se detendría. Buscaría otras alianzas, otras princesas «rojas como la sangre de un toro». Las Tierras Feéricas contenían muchos reinos en los que un desesperado como él podría probar suerte.

Y, si encontraba otra alianza, el sacrificio estúpido de Flordemuerte no habría servido de nada. Ni el de cuantos habían perecido por ella.

«Tengo que matarlo. Por Pedro. Por mis padres. Por mis dos mundos. Antes de que sea demasiado tarde».

Entonces, Baalak suspiró con desagrado, como si hasta él mismo supiera que había ido demasiado lejos.

—Pero hay una segunda opción, mucho más deseable —añadió, y sonaba tan genuino como momentos antes.

—¿Ser una mascota obediente? —masculló Talía, sentándose en el jergón con el rostro apartado. No le daría el gusto ni de mirarlo.

—Ser mi reina.

El krampo cogió un trapo y lo mojó en uno de los cubos. Despacio, la levantó y empezó a limpiarle la sangre seca de la coronación. Esa vez, ella no se resistió. Baalak la estaba tocando con una suavidad que, de alguna forma, solo la enervaba todavía más. El bofetón aún le palpitaba en la mejilla hinchada. Aun con media corona yedrasi y la nigromancia pulsándole en las venas, mientras llevara el collar no sería más que una mestizucha exhausta. Baalak podía partirla como a un pajarillo con un testarazo mal dado, y ella había decidido que necesitaba vivir para luchar otro día. A ser posible, todavía en posesión de sus piernas.

Pensó en Jara. En los habitantes del Páramo. En la noble Adelfa, que sucumbiría de pena en cuanto supiera del destino de su ahijada. Después, de los vivos se pasó a los muertos, y el sufrimiento se expandió tanto en su interior que se vio obligada a bloquearlo para no descomponerse allí mismo.

«Salazar ya no existe. La familia real está en las últimas. Bosqueterno y sus gentes peligran».

—Los preparativos ya están en marcha —prosiguió Baalak, colocándose tras ella para limpiarle la parte trasera del cuello—. En tres días se celebrará nuestra unión y comenzará una nueva era en la historia de nuestro pueblo. Mi oferta sigue en pie, Mortalía. No soy tu enemigo. Podemos formar una alianza muy placentera para ambos, basada en la confianza y el respeto mutuo...

A ella se le escapó un mohín sardónico. Todavía notaba una muela suelta, del bofetón que le había arreado. Y encima se ponía a limpiarla cual amante devoto, como si no fuese él mismo el causante de las heridas que estaba enjuagando.

—Hasta que me estrangules en uno de tus prontos, como antes, en el bosque —comentó ella, en un tono engañosamente servicial.

Lo oyó respirar hondo. Su exhalación le alborotó las hojas mustias de la melena, brusca y caliente. Una advertencia. Ella ignoró el bombeo aterrado de su corazón y preguntó con el mismo desinterés fingido que tanto le había servido en la corte:

—¿Cuántos años tenía la chiquilla bruja?

—Los suficientes para luchar y servir. Cosa que a ti nadie se molestó en enseñarte, consentida como te tenía tu padre.

Talía enarcó las cejas. El concepto de «consentir» de Baalak era... curioso, cuando menos.

—¿Le tenías cariño?

El trapo se detuvo un instante sobre su hombro, como si la pregunta lo hubiera pillado por sorpresa.

—No me digas que estás celosa.

—¿De qué? Si a mí me espera lo mismo. Seguirte de un lado a otro como una mascota exótica, hasta sufrir una muerte horrible bajo tu mando. ¿A qué cuello te lanzarás entonces, cuando me hayas perdido?

«Contén esa lengua, necia. ¿Quieres otro testarazo?».

—Tú durarás tanto como yo, créeme. Me aseguraré de ello.

«Pero no más que tú. De eso también te asegurarás».

—¿Cómo es que la muerte de esa muchacha te alteró así?

No estaba segura de por qué insistía con el tema. Quizá porque una parte masoquista de ella deseaba saber si quedaba algo

parecido a un corazón en el abismo infecto que era el alma de Baalak.

Las uñas del krampo se le hundieron en la carne aún tierna del cuero cabelludo, arrancándole un gruñido.

—Era la única bruja que nos ha nacido en más de treinta años y sabía abrir portales. ¿A ti qué te parece? —siseó él, y le dio un capón bajo la corona que le empujó la cabeza hacia delante—. Ahora, deja de darme en los cojones con el tema. Ya me está costando bastante no partirte esa cara de muerta poseída que me traes.

Pues nada. Ahí estaba su respuesta.

—Si demuestras que sabes comportarte y no morder la mano que te da de comer, tal vez, con el tiempo, este collar dejará de ser necesario —continuó él, en un tono más calmado—. Sé mi hembra y te trataré como tal. Caminarás a mi lado. Comerás de mi cuenco. Dormirás en mis aposentos. Lucharemos juntos, y juntos nos solazaremos en el fervor de nuestra gente cuando los llevemos a la victoria. —La agarró por los hombros y se inclinó para susurrarle en el oído—: Ya no hay sitio en el que puedas esconderte de las fauces de este mundo salvo entre mis brazos. Únete a mí de buen grado, Flordemuerte, y yo seré tu protector. Tu compañero. Tu amado rey. —Le deslizó las palmas ásperas por la curva de los hombros—. Puedo ser muy benévolo, siempre que no fuercen mi mano. Ya lo verás.

Ella se estremeció de asco. No podía creer que alguna vez hubiera estado tentada de aceptar, siquiera durante un momento, a semejante pústula con patas.

—Ahora tienes el corazón roto. Te han desarraigado brutalmente y te encuentras en un mundo extraño y hostil. Y ansías guerrear, abrirte paso a mordiscos y cornadas. Quieres matarnos a todos, lo

sé. Te entiendo; quizá mejor que nadie. Esa ira, esa hambre voraz por sobrevivir... es el tambor de guerra que espolea la sangre de los krampos desde mucho antes de que llegáramos a este mundo.

—Vinisteis porque queríais.

—Vinimos porque nuestro mundo madre intentaba matarnos. —La voz de Baalak se tensó, y también su agarre—. Los astros del cielo empezaron a desviarse de su rumbo. Los glaciares se vinieron abajo entre lamentos, las nieves se derritieron para dar paso a ríos de ponzoña humeante. Las estrellas caían del cielo, agostándolo todo a su paso, y el aire se volvía más venenoso con cada estación.

Hablaba como si hubiera estado allí, a pesar de que había sido la generación de sus abuelos la que cruzase una de tantas brechas del Desgarro. Talía se preguntó cuántas veces habría oído el joven Baalak esa historia, transmitida de generación en generación, hasta quedarse grabada a fuego en el espíritu de cada krampo desde la más tierna infancia.

—Nuestro hogar, antaño puro y helado, degeneró en un baldío traicionero donde solo los más fuertes sobrevivían. En ese crisol se forjaron mis ancestros: krampos más duros que los meteoros que les llovían del cielo, fieros e imparables como la lava que corría bajo sus cascos.

»Pero no fue suficiente. La tierra se secó. Pronto, no quedó alimento que cazar. Y los krampos comenzaron a devorarse los unos a los otros, como la serpiente enloquecida que engulle su propia cola. Nuestra especie gloriosa, perseverante... se precipitaba hacia su propia aniquilación.

El tono de Baalak se encendió de fervor.

—Pero cada final alberga en su interior la semilla del renacer. Una noche de sacrificios, los oráculos detectaron señales en las estelas de fuego que los cometas grababan en el cielo. Nuestros dioses nos

mandaban un último mensaje antes del colapso. Muy pronto, nuestra montaña más sagrada se partiría en dos, y en su seno se desgarraría una brecha a un nuevo mundo. Uno vasto, fértil, que habría de ser para los más feroces y osados de entre los nuestros. El clan de mi abuelo fue uno de los pocos que consiguió atravesar la brecha a tiempo.

La rodeó para mirarla a la cara.

—Por eso vinimos, Mortalía. Porque nos estábamos comiendo entre nosotros. Porque somos guerreros y llevamos el fuego en la sangre.

«Y en los humanos hallasteis el enemigo perfecto contra el que unificaros y así dejar de mataros entre vosotros. Qué conveniente».

—Nuestros ancestros tuvieron un sueño, y sus descendientes vamos a convertirlo en realidad, aunque tengamos que fundir este nuevo mundo y martillarlo a nuestra imagen y semejanza, como nuestra tierra original hizo con nosotros.

«¿Y todos hemos de pagar por la enajenación de vuestros antepasados?».

Baalak debió de tomar su silencio desapasionado por una pausa de reflexión, porque se le acercó todavía más.

—¿Entiendes ahora? No hay tantas diferencias entre tú y yo.

Se inclinó hasta que sus ojos estuvieron al mismo nivel. Talía aguantó la respiración con los labios apretados. No quería que nada de él entrase en ella, ni siquiera su aliento. Él le deslizó los dedos por el rostro y le tomó la barbilla, y ella se quedó petrificada, como si lo que reptara por su semblante fuera un alacrán impredecible. Su quietud, aparentemente sumisa, complació al krampo.

—Con el tiempo, aprenderás a apreciarme. Te enamorarás del nuevo mundo que crearemos juntos.

«Antes muerta que participar en tu locura», le habría dicho ella, pero pasó sus palabras por el filtro comedido que tantas veces la había ayudado a esquivar la ira de sus hermanas mayores.

—Antes me moriré de pena.

Una sonrisita prieta alzó los bigotes de Baalak y trazó arrugas bajo sus pronunciados pómulos.

—Eso dices ahora, pero cambiarás de opinión cuando yo te dé algo por lo que vivir.

—¿El qué? ¿Un jardín sembrado con genocidio? ¿Esos hijos caudillos de los que hablaste aquella noche? Los mataré en cuanto los note en mi vientre.

Le tembló la voz, maldita fuera su estrella, y él lo notó. Su sonrisa se llenó de colmillos.

—No, no lo harás. Esto lo sé, Flordemuerte, como lo sabe cualquiera que te haya prestado un mínimo de atención. Miras a las criaturas pequeñas con anhelo. Tus brazos ansían colmarse con algo nacido de tus entrañas, algo a lo que llamar tuyo. En cuanto la chispa de nuestros hijos prenda en tu vientre, los amarás.

«¿Aunque me los hagas a la fuerza? ¿Aunque después los arranques de mi seno para martillarlos y deformarlos a tu imagen y semejanza?», pensó ella con los ojos demasiado gastados como para conjurar una sola lágrima más.

El futuro que Baalak le proponía era una parodia horrenda del que Salazar y ella habían soñado juntos.

—Qué dominio tan espectacular de mi idioma, y solo lo usas para engañar y manipular —susurró—. Tus dioses pusieron la lengua de un poeta en el corazón de un monstruo. Qué desperdicio. Qué tragedia.

Se tensó, preparándose para otro arranque violento de Baalak, pero este se limitó a mirarla desde lo alto con un desdén gélido que

la hizo sentirse diminuta como un gusano.

—No, Mortalía. Desperdicio es haber puesto la capacidad de someter reinos dentro de una boba que solo quiere jugar a los jardincitos. —Le punteó la frente con un dedo—. Pero eso ya lo arreglaremos.

Ella se mordió la lengua. «Mi jardincito se comió buena parte de tu ejército en lo que dura media canción».

Satisfecho con su silencio furibundo, Baalak le rodeó la cintura con una manaza y la apretó contra sí, pegando su mejilla áspera a la de ella. Talía intentó zafarse, pero él la agarró de la nuca con la otra mano, inmovilizándola.

—No creas que no me gustaría tirarte al lecho ahora mismo y enseñarte lo que vale un krampo, pero entre los míos es auspicioso contenerse en los días previos a la boda. Enardece el apetito y ayuda a la fertilidad. Yo que tú descansaría un poco. En tres días se alzarán los cuernos de la luna. Entonces serás mi reina, bajo la ley de dioses y mortales. —Le pasó la lengua bajo la barbilla—. Y tendremos la primera de muchas, muchas noches.

Talía se tragó un grito de asco y pensó en la llave escondida en el pecho de Baalak. Si tan solo pudiera alcanzarla...

Pero entonces él la soltó y le tironeó de la corona, zarandeándole la cabeza. Tal falta de respeto hacia la bendición de la naturaleza le habría costado las manos en Bosqueterno.

—Qué buen yugo te ha salido aquí, para llevarte agarrada donde me plazca.

La empujó de vuelta al lecho sin miramientos y se dio la vuelta para marcharse, pero, antes de que llegase a tocar la puerta, las palabras de Talía salieron solas:

—Las cosas podrían haber sido muy distintas.

Baalak se detuvo y la miró por encima del hombro, encrespando una ceja.

—En algo tenías razón, Baalak: mi corazón era tierno, antes de que me lo rompierais entre todos. —Siguió ella con la vista perdida y el tono muerto—. De haber acudido a mí con buena fe, yo habría intercedido por ti ante mi padre. Mi poder en la corte era escaso, pero sé que, con las palabras adecuadas, habría podido convencerlo de ser un poco más generoso con vosotros. Habría ayudado a tu gente; no en la guerra, pero sí en la búsqueda de un hogar donde vivir en paz. Solo saber que me apreciabais por ello, aunque fuese de lejos, habría bastado para que yo me volcase en vosotros. Puede que hasta os hubiera amado..., incluyéndote a ti. Se habrían salvado tantas vidas... —Sacudió la cabeza—. Pero eso ya nunca será. Te aseguraste de ello.

En el silencio que siguió, Talía creyó atisbar un destello de algo en la cara de Baalak. Un vacío donde, eones atrás, quizá había habido tristeza o arrepentimiento. El horror de saber que había quemado tantos puentes que volver atrás sería un suicidio: el suyo y el de todo su pueblo. Pero parpadeó, y todo aquello se esfumó tan rápido como había venido.

Bufó. Cuando volvió a mirarla, en su sonrisa huera solo se adivinaba una rabia fría, resentida. Más antigua que él mismo, heredada de sus ancestros.

—Pobre niñita, cuánto te queda por aprender. ¿Quién quiere paz, pudiendo tener el mundo?

Y se fue, negando entre risas quedas, como si le hubieran hecho una gracieta tontísima. Se llevó la antorcha consigo, cerró de un portazo y la celda se sumió en la negrura. Talía oyó los cerrojos de la puerta y los cascos de los krampos que montaban guardia al otro lado, murmurando entre sí mientras su líder se alejaba.

Contempló la oscuridad como si así pudiera diluirse en ella. La risa de Baalak aún le resonaba dentro. Ardía más incluso que el bofetón.

Cerró los puños a los lados del jergón hasta que la tela crujió.

«Padre, tú eras el rey. Se suponía que debías protegernos a todos. ¿Cómo es que no viste la auténtica naturaleza de Baalak?».

La respuesta le llegó de inmediato. Mirtalón seguramente la intuyó, pero no la consideró un problema. A él le daba igual lo que los mortales se hicieran entre ellos; lo que le importaba era detener a sus enemigos antes de que entrasen en Bosqueterno y lograsen hacer más daño a su pueblo.

«Creíste que podrías usar a la bestia krampa para zanjar nuestros problemas. Después, le darías su pago y la soltarías de vuelta en el sitio donde la encontraste. Y, si esta olvidaba su lugar y se te revolvía, la sacrificarías y a otra cosa».

Así había sido siempre entre feys y humanos; y los krampos, en lo que al fey común respectaba, no eran sino humanos con cascos y cuernos. Intrascendentes. Desechables.

Incluso habiendo engendrado a una hija del Desgarro, Mirtalón nunca llegó a darse cuenta de hasta qué punto, y cuán rápido, estaban cambiando las cosas allende el Velo. De lo afilados que se habían vuelto los colmillos de los mortales para sobrevivir en una tierra que supuraba peligro. No lo vio, o no quiso verlo.

En su orgullo, nunca pensó que la mordida de esos krampos, irónicamente armada con colmillos humanos, sería capaz de destrozar incluso la carne divina de un yedrasi.

A su manera, su padre había estado igual de endiosado que Baalak... Y el endiosamiento, como la pasión, lo volvía a uno ciego y temerario.

«Jara nunca dejó que el orgullo la dominase. Se esforzaba por conocer los peligros que acechaban tanto allende el Velo como

dentro del reino. Era lo bastante sabia como para reconocer sus propios defectos, presta a cumplir con su deber. Y valiente. Nunca quiso reinar, pero será una buena soberana».

¿La estaría maldiciendo en esos momentos, dondequiera que estuviese? ¿La culparía de aquella situación?

«Ojalá olvides que alguna vez existí, hermana. Es lo mejor. Consuela a Adelfa por mí. Quédate protegiendo los Bosques y nunca intentes buscarme».

No habría soportado que a ella también le pasara algo por su culpa. Bastante dolor le había causado ya a su gente, por el simple hecho de existir. Imaginar que Jara vivía y prosperaba, tan lejos de ella como los astros, era lo único que le insuflaba valor para aguantar.

Eso, y el odio.

Se palpó las puntas de la corona. Si se concentraba, podía notar que nuevos pasadizos se habían entreabierto en lo más hondo de su ser. La bestia en su interior crecía y se retorcía, anquilosada entre las exiguas paredes del collar, rechinando sus dientes de raíces mientras le nacían brotes rojos en la piel, listos para convertirse en más cabezas de hidra. De no ser por aquel artilugio... quién sabía lo que habría hecho ya.

«Lo que haré, en cuanto me suelten las cadenas».

Flordemuerte vibraba enroscada en la oscuridad con la furia de una víbora a la que le hubieran destrozado el nido y los huevos. Casi podía saborear cómo la hiel se le agolpaba, chorreante, tras los colmillos.

«Lo siento, mamá. Hice todo lo que me pediste. Hui. Me escondí. Luché. Pero no fue suficiente. ¿Era este mi destino desde el principio? ¿Estaba escrito en las estrellas, como la profecía de Baalak? Tal vez lo traía ya grabado en la sangre desde que salí

berreando de tu vientre, mamá: la sentencia que acarreamos todos los engendros del Desgarro, y que siempre acaba alcanzándonos, hagamos lo que hagamos».

Para ellos, el final era siempre el mismo. Cualquier atisbo de felicidad no era más que una ilusión.

Se hizo un ovillo en el jergón, acunada por el susurro de sus cadenas.

«El sueño ha terminado. Baalak lo mató», pensó, hablando con su madre, con Salazar, con todos los muertos a los que seguía amando con el testarudo ardor del duelo que nunca se extinguía. «Y yo juro, por todos vosotros, que destruiré el suyo o moriré en el intento».

Más hilillos calientes le resbalaron por el cuero cabelludo, empapando la tela basta del lecho. Las astas espinosas de su corona se rozaron entre sí, todavía acomodándose en su coronilla. Sonaban como alguien afilando cuchillos en lo más profundo del bosque más negro.

«Me costó, pero al final aprendí la lección. Si algo me han enseñado estos días, es que aquí todos somos monstruos y tenemos dientes, y a mí ya me queda muy poco que perder».

Esperaría. Días, meses, años, si hacía falta.

«En algún momento, Baalak, bajarás la guardia y ahí estaré yo con los colmillos hundidos en tu cuello, inyectándote mi veneno. Me aseguraré de que sepas lo que es morir pudriéndote lentamente por dentro. Será lo último que haga, pero no me importa».

Para entonces, no quedaría de ella nada que mereciera la pena salvar.



Pasó dos noches encerrada. Usó el cubo. Comió el engrudo sin sal que le traían sus carceleros. Soñó que los ahogaba a todos en un mar rojo y después se arrojaba ella también a sus olas de espinas.

La tercera noche, antes de la hora de la cena, la puerta se abrió y entraron varias krampas con agua caliente, jabón y cepillos, y Flordemuerte supo que le había llegado la hora. La desvistieron y empezaron a limpiarla concienzudamente, sin quitarle los grilletes. De nada le servía resistirse, así que las dejó hacer. Esas doncellas eran más gentiles que las del campamento. Incluso se esforzaban por sonreírle y, mientras le desenredaban la melena, le decían en tono de ánimo cosas que ella ni entendía ni se molestó en entender. No la adecentaban por afecto, ni por respeto. Si estaban adornándola con cuentas de ámbar y cascabeles y untándole la piel con aceite perfumado, era para goce de Baalak.

Intentó mentalizarse para la noche de bodas que le esperaba. Los adentros se le hacían un nudo de hierro solo de imaginarse a ese degenerado violándola. Porque eso es lo que sería. Una violación de su cuerpo, de su alma y de cuanto ella era o habría podido ser.

«Si quieres sobrevivir lo suficiente para vengarte como debes, tendrás que endurecerte para resistir eso y mucho más. Esto es solo el principio del resto de tu vida».

—Flor de Muerte estás guapa —se atrevió a chapurrear una de las krampas en la lengua fey.

En otra vida, se habría aferrado con voracidad a aquella migaja de calidez. Habría respondido con una sonrisa agradecida, dispuesta a aprovechar esa ofrenda de paz y convertirla en una conexión genuina con quien antes había sido un extraño.

Por desgracia para todos, ya era tarde.

Inexpresiva, clavó en la krampa una mirada inyectada en sangre, hasta que esta bajó el rostro con visible inquietud, para luego recibir un guantazo de la más vieja como reprimenda. Ninguna más osó abrir la boca en lo que duraron los preparativos. Una punzada de culpabilidad aguijoneó a Flordemuerte, pero se forzó a ignorarla y trató de hallar deleite en la incomodidad que les causaba con solo existir cerca de ellas.

La vistieron con una extraña túnica sin mangas, cubierta de suave cuero blanco. Una capa inferior de flecos rojos asomaba por las dos aperturas a ambos lados de las piernas. El escote era una profunda V que dejaba expuesto su esternón, atravesado por un zigzag de cuentas, cordones rojos y cascabeles dorados. Le ceñía el talle un fajín de cuero también rojo, abarrotado de gemas rojas y ambarinas, tan numerosas como las que le habían trenzado en la melena. Gruesos brazaletes de oro y rubíes le pesaban en brazos y tobillos, claramente pensados para una novia más alta y fuerte, con cascos y pantorrillas velludas en vez de delicados piececitos.

Cuando consideraron que ya no podían hacer más, las krampas retrocedieron para evaluar su labor. Esas galas se habían creado para realzar la belleza krampa, fuera la que fuese, y de eso la criatura a la que el caudillo iba a desposar tenía más bien poco. Flordemuerte se sentía como un animal adornado para el festejo, ungida en aceites y llena de tintineos.

No obstante, la más vieja asintió, satisfecha. A una voz suya, los guardias abrieron la puerta y le desengancharon los grilletes de la

pared. Aunque le quitaron los de los tobillos, le dejaron los que mantenían sus muñecas unidas y la cadena que salía de ellos. Sujetándola por la cadena, la sacaron de la celda y la llevaron escaleras arriba.

El aire fresco le golpeó el rostro cuando salieron a una noche profunda, preñada del olor al humo de las hogueras. En el cielo, entre nubes deshilachadas como cabellos de anciano, se alzaba una lúnula menguante, de un dorado tan intenso que parecía alimentarse de las llamaradas de las antorchas que delineaban cada muro y almena.

La luna había sacado los cuernos y, muy pronto, Flordemuerte los sentiría clavarse en sus entrañas.

Conforme avanzaban hacia el adarve de la muralla frontal del castillo, más krampos con armaduras engalanadas y túnicas vistosas se sumaron al cortejo. Unas ancianas entonaron una canción estridente. Los guerreros se golpeaban rítmicamente las armaduras. Las doncellas se les unieron, percutiendo el suelo de forma acompasada con los cascos. Flordemuerte rehusó mirarlas siquiera: verlas bailotear tan alegremente mientras la llevaban al sacrificio podría robarle el poco autocontrol que le quedaba, y no estaba su situación como para empeorarla con un arranque de violencia.

No le daría a Baalak razones para mutilarla, ni el gusto. Todavía no.

Ascendieron por una escalera hasta el adarve. En el frente, este se ensanchaba en un amplio mirador que sobresalía de la muralla, desde el que se veía toda la ciudadela y, más allá, la inmensidad insondable del bosque, hecha una con la noche.

Allí los esperaba Baalak, recortado contra el triángulo flamígero de una hoguera. Vestía una túnica blanca, a juego con la de Flordemuerte, con pesados brazaletes en muñecas y tobillos.

Además de los que asomaban por las aperturas de la túnica, más flecos rojos con cascabeles se enroscaban en sus extremidades, contrastando con el blanco de sus brazos y el negro de sus patas velludas. El fuego se reflejaba en los medallones trenzados en su abundante melena oscura, y en el pomo de la falcata envainada que colgaba de su cinturón de cuero carmesí. De haber sentido algún aprecio por él, quizá habría pensado que se veía apuesto a su extraña manera, pero, en ese momento, Flordemuerte solo veía un fantoche tan disfrazado como ella.

Cuando la colocaron frente a él, el único iris del caudillo relumbró más que la propia hoguera mientras la repasaba ufanamente de pies a cabeza. Lo acompañaban tres viejas krampas sin ojos, vestidas con pieles tan plateadas como sus cabellos. El estómago de la joven se encogió al ver que cada una portaba una pareja de cuchillos largos y curvos colgados de las caderas.

La muchedumbre se agolpaba a ambos lados de la muralla, subiéndose a cualquier saliente que les ofreciese una mejor perspectiva de la ceremonia. En el lado interior, llenando el patio de armas, estaba lo más alto de aquella sociedad: los guerreros de élite de Baalak; ancianos de aspecto duro, con la piel surcada de cicatrices y los cuernos enjoyados; krampas bien alimentadas, con vivos brochazos de pintura en los párpados y pesados medallones decorándoles los pechos de túnicas ribeteadas con ricas pieles. Debían de ser unos doscientos, una cantidad nimia en comparación con la marea blanquinegra que clamaba fuera, y que se enardeció todavía más cuando Baalak se volvió hacia ellos y los saludó alzando una mano.

Miles y miles de brazos arrojados al cielo, de bocas abiertas, como pajarillos esperando el gusano que les traía su madre. Flordemuerte se imaginó precipitándose desde las murallas hacia ellos. La multitud

hambrienta despedazándola en unos simples instantes, reduciéndola a trocitos de carne y hueso y asta y víscera, lo bastante minúsculos como para que todos tuvieran algo que llevarse a la boca y seguir igual de famélicos.

«No. No habrá final rápido para ti. Antes has de matar al que tienes delante, y para eso debes aguantar. Todo lo que puedas».

Sentía los pies y las manos gélidos, adormecidos. Los oídos le pitaban. No se dio cuenta de que la ceremonia ya había comenzado hasta que la sacerdotisa empezó a salmodiar con las garras en alto y un mugido iracundo rasgó el aire cargado de humo.

Los compañeros de Baalak traían un toro negro por la escalera. Era una bestia magnífica, de pelaje tan lustroso que reflejaba la luz de la luna y las antorchas. Lo habían adornado con flecos y ramilletes de romero, y le habían pintado los cuernos de bermellón. Bravío, mugía y forcejeaba contra sus ataduras, y Flordemuerte quiso llorar y rabiar con él. Deseó que se liberara y los lanzase a todos por los aires a cornadas, pero esos guerreros eran fuertes y numerosos, y a tirones consiguieron arrastrarlo hasta lo alto de la muralla.

La sacerdotisa más anciana desenvainó uno de esos grandes cuchillos curvados, a medio camino entre una hoz y una falcata. Se lo ofreció al caudillo, quien lo tomó con reverencia y se dirigió hacia el toro. El griterío de los cánticos creció a su alrededor y se propagó entre la multitud. A ella le sobrevino un ahogo. Aun intuyendo lo que venía a continuación, se resistió a apartar la vista.

Con un rápido movimiento, Baalak degolló a la bestia. Su bramido lastimero desgarró la noche, para ser inmediatamente eclipsado por los vítores de los krampos.

La visión de Flordemuerte se redujo a un túnel. Las salmodias se amortiguaron, desaparecieron los rostros. Su mundo se redujo al

pulso brutal de la sangre que manaba a borbotones, pringando las pantorrillas de Baalak. El toro colapsó en su propio charco rojo, resollando. Su mirada negra se desvió hacia la mestiza y allí permaneció clavada, impotente, hasta quedarse vacía.

Flordemuerte se sintió como si estuviera asomándose a un espejo.

Baalak aulló y descargó otra vez la hoja sobre el corpachón del toro, sajando músculo y hueso con un «rij-raj-rij-raj» que recorrió a la novia con un escalofrío sediento.

Su magia prisionera se revolvía en su interior, rabiosa por llegar hasta esa mole sangrante. La abrumaba el deseo de arrojarse sobre el toro, hundirse como una legionera en sus heridas abiertas y rellenar cada hueco libre con su propia voluntad. Se arrebujaría en ese abrigo cálido y palpitante, que aún rezumaba el olor de su anterior dueño, y allí sería libre, libre, libre...

Presa de una suerte de trance, contempló cómo su futuro esposo hundía las manos en la caja torácica del animal y extraía el hígado con un gruñido satisfecho. Después lo pasó ocho veces por delante de la hoguera, y con él describió otros ocho círculos sobre la cabeza de Flordemuerte. Los invitados más cercanos contuvieron el aliento al ver que, allá donde las gotas de sangre caían, la hojarasca de la novia se estremecía como si bajo ella corrieran escorpiones.

Un goterón le aterrizó en la comisura del labio, y ella lo barrió con la punta de la lengua sin poder contenerse. Baalak se rio entre dientes. Después, sin apartar su ojo de los suyos, comenzó a comerse el hígado crudo.

Y qué granate tan divino había en ese órgano resbaladizo, en los pedazos que el novio masticaba y tragaba con fruición, como si pudiera así absorber el poderío del toro. Flordemuerte empezó a marearse con la boca anegada en saliva.

No era hambre lo que tenía, no en el sentido habitual de la palabra. Nunca había mostrado especial predilección por la carne, y mucho menos cruda. Lo que quería era un arma. Libertad. Destrucción. Y Baalak se las estaba paseando por delante de las narices, sin dejar que ella pudiese rozarlas siquiera.

Se inclinó hacia delante, y alguien le tiró de las cadenas hacia atrás, alejándola del caudillo y su trofeo. Ella se retorció y gruñó, pero entonces Baalak la agarró por el cuello con una mano viscosa. La petrificó con una sonrisa roja y aprovechó que ella boqueaba para meterle un pedacito de hígado en la boca. Ella se atragantó, abrumada por la crudeza del sabor. El bocado cayó por su gaznate como un peñasco y, cuando se hizo evidente que se lo había tragado, los krampos corcovearon y cantaron como si algo importante se hubiera completado.

Baalak le restregó la otra mano en una línea vertical por la cara y el pecho, pintándola con la sangre del toro mientras los vítores hacían vibrar el adarve. El estruendo cesó de golpe cuando las sacerdotisas desenvainaron sus cuchillos y los alzaron hacia la luna, salmodiando.

Baalak aferró las cadenas de Flordemuerte y la atrajo hacia sí. Desnudó los colmillos y se inclinó sobre ella, como si quisiera devorarla también, y el pánico la estranguló.

«¿Qué me romperás antes, el cuerpo o la mente?».

Cuando él la agarró, estaba tan helada que apenas sintió el pellizco doloroso de sus garras en la espalda y tras los muslos. Con un violento tirón, el caudillo la izó sobre su cabeza y profirió un alarido de victoria, que su pueblo le devolvió con creces.

Suspendida bocarriba en las alturas, cual trofeo de caza ofrendado a dioses inclementes, su mirada se desvió a la inmensidad del bosque, donde titilaban los puntitos ambarinos de los puestos de

vigilancia distribuidos por la espesura allende la ciudadela. A las almenas de una torre cercana, donde el dragón del caudillo gruñía atado, envidioso de su compañero, cuya silueta sobrevolaba la foresta de ronda con su jinete.

El cielo era el suelo y viceversa. La sangre se le agolpaba en la cabeza y el vértigo le horadaba la boca del estómago mientras Baalak giraba con ella en alto, mostrándosela a la luna, a los largos cuchillos de las sacerdotisas, a su mundo de llamas y oscuridad.

Le pareció que las luces diseminadas en lontananza empezaron a apagarse, una tras otra. Lo atribuyó al mareo, que le emborronaba la vista. Lanzó una última plegaria desesperada a las estrellas que temblaban sobre ella, difusas por el calor de la hoguera.

«Por favor, os lo ruego, poned fin a esto. Matadme, matadlos a todos».

Con el rabillo del ojo, creyó ver que la lejana silueta del dragón volador se desviaba abruptamente de su trayectoria, como si hubiera chocado con algo, y caía en picado. Si hubo un chillido de alerta, el clamor de la boda lo ahogó mientras la espesura se los tragaba a él y a su jinete.

Baalak la bajó de golpe al suelo y ella se tambaleó, conteniendo una arcada. De pronto, sentía que el suelo vibraba bajo sus pies y que el aire que a duras penas le entraba en los pulmones se había vuelto espeso, avinagrado y... rancio.

Putrefacto.

El bramido de alerta de un cuerno lejano logró atravesar el jaleo, enfriando los vítores, solo para cortarse en seco de inmediato. Un susurro de crujidos y follaje recorrió el bosque como un escalofrío. Parecía venir de todas partes, serpenteando hacia la sede. Allá por donde pasaba, se extinguían las lumbres de vigilancia y desaparecían las alertas.

Un menhir tremendo apareció volando, se estrelló contra una choza lejana y arrasó con cuanto había dentro y alrededor de ella. Más y más peñascos se le unieron, derribando empalizadas como si fueran de hojaldre y untando los suelos con las entrañas de los desgraciados que no lograban apartarse a tiempo.

Cientos de flechas flamígeras se precipitaron sobre la ciudadela. No muy lejos, una hilera de casuchas se desmoronó sin razón aparente, como si algo estuviera abriendo huecos bajo tierra y destrozando todos los cimientos a su paso.

Flordemuerte conocía esos ataques. Los túneles de los subterráneos. Las pedradas de las mouras. Esa forma de acorralar el territorio enemigo y cerrarse cada vez más, como el nudo de una soga hecha de murmullos, risitas y ululares.

Y ese aullido de guerra, tan rabioso como femenino. Lo habría reconocido en cualquier parte.

«Jara».

La euforia la atravesó al rojo vivo, para después convertirse en terror. Su hermana estaba loca. No debería estar allí. ¿Y si moría en el asalto? ¿Qué sería entonces de su pueblo, de ella...? Se le doblaron las rodillas, y habría colapsado de no ser porque Baalak la apresó contra su costado mientras barría las murallas exteriores con una mirada que se había saltado el odio para pasarse directamente a la locura homicida.

Las huestes de Bosqueterno estaban allí. Venían a cobrar venganza por sus gobernantes asesinados. Venían a llevarse a la reina que les pertenecía por derecho.

Pero ¿cómo...? ¿Cómo los habían encontrado, y tan rápido?

A través del rugir sordo de su pulso, distinguió gritos de alarma y armas desenvainadas; el traqueteo frenético de cascos conforme los krampos despertaban a la amenaza que irrumpía en su hogar.

Pasado un instante de estupor, el frenesí estalló en la ciudadela, convirtiéndola en un nido de fieras al que hubiesen arrojado una mecha encendida. Se arrojaron por millares a las callejuelas con gritos de batalla, brincando entre los tejados en llamas con los cuchillos en alto, mientras los más vulnerables se apelotonaban entre sí y zozobraban a merced de la estampida, tratando de encontrarse los unos a los otros entre el caos. Baalak ladró algo, y la orden se propagó muralla abajo. Las puertas de la fortaleza chirriaron al entreabrirse para dejar paso a la muchedumbre que arremetía contra ellas en busca de cobijo.

El patio bullía de actividad. Tanto los compañeros del caudillo como los invitados pudientes blandían ya sus armas y repartían las sobrantes entre los pocos que no tenían. Se gritaban entre sí y murmuraban mientras hacían signos de protección, preparándose para resistir lo que se les venía encima.

Mientras los arqueros corrían a las almenas y los primeros refugiados irrumpían en el patio de armas, Baalak la arrastró en dirección a la escalera, gritando órdenes a diestro y siniestro. Antes de bajar el primer escalón, se volvió hacia ella y le dio tal sacudida que la mitad de las cuentecitas del atuendo se le soltaron y repiquetearon escaleras abajo.

—¿Cómo han sabido llegar? ¿Estabas al tanto de todo esto? ¡Contéstame, *murrul*!

Entonces, el olor a podrido se intensificó, imposible de ignorar, y Flordemuerte ya no pudo pensar en nada más. Ajena a los zarandeos de Baalak, se estiró de un lado a otro, olfateando con ansia. Sus sentidos cobraban vida ante ese hedor a muerte reconcentrada, entretejida con magia oscura y voluntariosa, que empañaba el aire con la pesadez de la tormenta inminente. Le recorrió cada rincón de la piel como una caricia de ultratumba,

erizándole hasta el último pelo. Si cerraba los ojos, casi podía sentir los martillazos plateados restallar en la noche, reverberándole dentro con una nostalgia tan poderosa que amenazaba con hacerla añicos allí mismo. Olía al hogar. Olía... a él.

Pero no podía ser. Salazar estaba...

Un tañido reverberante los hizo volverse hacia el patio de armas, donde la élite se afanaba en controlar al aluvión de krampos que pugnaba por entrar. Alertados por el ruido, muchos se detuvieron y miraron hacia arriba, donde un amplio portal acababa de formarse.

Su resplandor lunar bañando esos cientos de rostros lívidos abrió una sonrisa desquiciada en la boca de la novia.

Baalak siseó algo cáustico.

Y el portal vomitó un diluvio interminable de cuerpos.

Cayeron sobre la multitud como una tromba espasmódica de ojos blancos y voraces. Krampos horrendos y gimientes con la piel levantada por las heridas y las entrañas expuestas. Los mismos que habían atacado el Páramo: los reconoció por las armaduras y por el polvo sangriento que aún los cubría.

La primera risilla burbujeó entre sus labios, y pronto estuvo riéndose a carcajada limpia, como una demente, mientras los no muertos llovían sin parar del cielo.

Allá donde aterrizaban, se abalanzaban sobre el vivo más cercano y la emprendían a mordiscos mientras más y más de los suyos seguían cayendo e inundando el patio como una riada pestilente. Parecía que el inframundo de las leyendas hubiera cobrado vida y alguien hubiera abierto sus puertas de par en par. Los gritos eran desgarradores. Hasta los mejores guerreros de Baalak se quedaban petrificados por momentos, presos del horror. Se hallaban cara a cara con los que habían sido sus conocidos, familiares y compañeros de batalla, y apenas los reconocían en esos espantos desfigurados

que renqueaban hacia ellos sin acusar el dolor de sus miembros tronchados ni sus tripas expuestas, buscando sus yugulares. De poco servían las espadas ni las flechas. Por cada muerto que perdía la cabeza, otros tres ocupaban su lugar.

En menos de lo que duraba un estribillo, los vivos desaparecieron bajo una montaña de cuerpos y el patio entero sucumbió a la horda no muerta. Los que antes luchaban por entrar en la fortaleza ahora pugnaban por alejarse de ella, pues los muertos que seguían entrando por el portal ya se precipitaban contra las puertas y comenzaban a esparcirse hacia la ciudadela en busca de presas frescas.

Los guerreros que aún aguantaban en formación por delante de Baalak, bloqueando la escalera, pronto se hallaron sobrepasados. Los no muertos los superaban vastamente en número; si no huían, acabarían uniéndose a sus filas.

De pronto, Flordemuerte vio cómo varios arqueros se caían de las almenas superiores, acribillados por estacas blancas. El corazón amenazó con estallarle.

Era él. Tenía que ser él.

Desechada la opción de huir a través del patio, Baalak la levantó de un tirón y se la echó sobre los hombros, agarrándola de los tobillos y las muñecas como a un cordero, y se lanzó al galope por el adarve hacia la torre donde su dragón chillaba y tironeaba de sus cadenas.

«Si me sube a él y huimos volando, estaré perdida —pensó, frenética—. No habrá ejército, vivo o muerto, que pueda atraparnos a tiempo».

Se revolvió con ira de animal apresado. Estaba harta de que la arrastraran de un lado a otro como un fardo inútil. Intentó tirarse al suelo, le asestó rodillazos y codazos en las sienes, le mordió el

hombro hasta hacerle sangre..., pero era como forcejear con una montaña. Baalak no solo no aminoraba la velocidad; ni siquiera parecía acusar el dolor.

Ya casi habían alcanzado la atalaya cuando, de pronto, un menhir del tamaño de una choza impactó contra ella, llevándose al dragón por delante en una estruendosa lluvia de escombros.

Baalak se detuvo tan de golpe que derrapó. Ella dejó de respirar.

Una colosal garra pálida apareció al otro lado y se agarró al hueco dejado por el derribo. Otra igual se aferró al adarve, justo detrás de ellos, bloqueándoles la retirada, y la muralla entera se estremeció bajo el peso del monstruo que la escalaba.

El krampo trastabilló, y Flordemuerte sintió cómo su espalda velluda se cubría de un sudor frío cuando un titán de tres cabezas se alzó al otro lado y se cernió sobre ellos. En la cima de su espalda encorvada, donde convergían las tres nucas rojas, un halo de esquirlas óseas giraba a toda velocidad, cual bandada de cuervos blancos esperando su turno para el festín.

Y en el centro de ese huracán de muerte...

Él. Demacrado como un redivivo más, envuelto en sus ropas negras de guerra, a horcajadas en un trono formado a partir de una vértebra gigantesca. Imparable como la Muerte en su carro, con la tempestad resucitadora centelleando en sus ojos helados.

Salazar. Pedro.

Su brujo estaba vivo, y había venido a por ella.

—¡Talía! —gritó.

Solo con oír esa voz, todo su ser desplegó las alas, como si hubieran pronunciado su verdadero nombre y la hubieran ordenado regresar a la vida. Se le escapó un sollozo de alivio, de necesidad.

Aún apresada sobre los hombros de Baalak, aulló y se estiró hacia su amado con desesperación mientras el coloso alzaba una garra

para atraparlos. «Libérame», clamaba cada fibra de su ser. Ver a Salazar le había devuelto todas sus razones para vivir, y también para luchar con fuerzas redobladas.

«Si tan solo pudiera arrancarme este maldito collar».

—Que os lo habéis creído —escupió Baalak.

Se giró, tomó impulso con sus poderosas patas y se lanzó con su rehén hacia atrás, de vuelta al patio infestado de no muertos. Una vez que estuvo allí, echó a correr por el precario islote de escombros que el torreón derribado había dejado en medio de la carnicería.

Tras ellos, el coloso barritó con la rabia del nigromante. Baalak enseguida captó la atención de los lázaros, que empezaron a trepar por los cascotes, tratando de alcanzarlos, y se vio obligado a echarse a Talía sobre un solo hombro para dejar un brazo libre con el que blandir su falcata. Galopaba a una velocidad endiablada, cercenando garras y cuellos, derecho hacia la puerta que separaba el patio de armas del resto de la fortaleza.

Si en esos momentos Talía no estaba intentando arrancarle la nuca a mordiscos para escapar, era porque sabía que, si él caía, los lázaros se les echarían encima y la despedazarían antes de que Salazar pudiera llegar hasta ella.

Por encima del hombro de Baalak, y a pesar de los bandazos, vio cómo el coloso terminaba de escalar la muralla e irrumpía a cuatro patas en el patio. Sus tres cabezas permanecían con la atención fija en los movimientos de la mestiza mientras pasaba sin esfuerzo por encima de la horda. Sus patas delanteras apartaban de un revés cuanto se interponía entre él y su objetivo, sin importar si eran vivos o muertos. Los cuerpos volaban por los aires como muñecos de trapo, para luego reventarse contra los muros o perderse en la noche de más allá, donde tronaba el caos de la batalla.

Baalak gritó algo y le respondieron desde el otro lado del muro. La puerta comenzó a abrirse con un chirrido, lo justo para dejarlos pasar, y el caudillo se arrojó con su rehén a través de ella al interior de un segundo patio. Allí los recibió un penoso cuarteto de guerreros jadeantes y magullados, que se apresuraron a empujar la puerta para impedir el paso de los no muertos. Decenas de manos pútridas se colaron por la rendija y arañaron el aire, ansiosas por atraparlos. Baalak dejó a sus súbditos la tarea de cercenarlas, y siguió trotando con ella al hombro. A falta de una vía rápida de escape, su plan parecía ser internarse con ella en el castillo.

—¡Suéltame, desgraciado!

Los cuatro krampos consiguieron cerrar la puerta y trabarla. Eso detuvo a los lázaros, pero el coloso pasó tranquilamente por encima del muro. A uno de los guerreros lo pisoteó, a dos los lanzó desmadejados allende las almenas y al último lo cogió y se lo llevó a la boca, despedazándolo entre sus quijadas con algo demasiado similar al regocijo para lo que se esperaba de un no muerto.

Un chillido rasposo y agudo chocó con ellos, sobresaltando a Talía. Baalak trastabilló de golpe y ella aterrizó rodando en el frío suelo de piedra. Entre jadeos, se alejó de él como pudo a gatas mientras el caudillo forcejeaba con un borrón gris de garras y plumas enganchado a su cara. Era imposible distinguir si se trataba de un búho, una liebre o un gato, pero una cosa estaba clara: era rápido y peleaba con una saña que rivalizaba con la del krampo. Goterones de sangre salpicaban el suelo con cada bandazo, y Talía rezó por que fuese toda de Baalak. Este bramaba e intentaba asir a su inesperado atacante, empujarlo, sajarlo con la falcata y hasta correr fuera de su alcance, mas la fiera se le escurría todas las veces como si estuviera hecha de agua, solo para arremeter de nuevo contra él.

Otro borrón gris, más oscuro que el primero, apareció correteando y se detuvo frente a ella. Al principio, Talía no entendió qué hacía ese gato ahí, por qué había siquiera un gato en medio de aquel caos..., o por qué estaba trasteando con la cerradura de sus grilletes con unas garritas muy poco felinas. Al poco, los grilletes se abrieron y se desprendieron de sus muñecas, así como el resto de las cadenas. Talía miró boquiabierta a la criaturilla, frotándose las muñecas enrojecidas. Cuando esta le devolvió la mirada con unos grandes ojos de mochuelo, a ella se le escapó otra de esas carcajadas demenciales.

Por la Tierra, ¿cómo no lo había reconocido? ¡Era Carbón! Él y Ceniza también habían acudido en su auxilio. Podría haber explotado allí mismo de amor y orgullo ante la valentía de sus amigos.

Pero no había tiempo que perder. La distracción de Baalak no duraría mucho, por formidable que fuese Ceniza.

—Tengo que quitarme este collar —barboteó a toda prisa. Cuando el mangalín fue a ayudarla, ella lo detuvo—. No, necesito la llave. El krampo la lleva escondida bajo la pechera, en una cadenita.

Carbón asintió y, antes de que ella pudiera rogarle que tuviese cuidado, se transformó en otra rapaz y se lanzó con un chillido estridente a por Baalak.

Entre gruñidos de esfuerzo, Talía se puso en pie y cojeó hacia el coloso, que ya casi se cernía sobre ellos.

—¡No! —rugió Baalak.

Se volvió a tiempo de verlo correr hacia ella con el rostro bañado en sangre y una garra estirada para atraparla, pero una lluvia de esquirlas se precipitó sobre él, justo cuando los mangalines huían volando.

El caudillo las esquivó por los pelos con un veloz salto hacia atrás. Las esquirlas se hicieron añicos contra el suelo, pero una nueva

oleada voló hacia él. Con un grito de rabia, Baalak echó a correr en la dirección opuesta, brincando en un zigzag caótico que ni la puntería psíquica de Salazar podía predecir. Cuando llegó a los límites del patio, arremetió contra la portezuela más cercana que encontró, la derribó y se arrojó al sombrío interior del castillo.

Talía se quedó mirando el lugar por el que había desaparecido. No daba crédito. Baalak... había huido.

Volvía a ser dueña de su cuerpo.

Podía ir con...

Una garra gigantesca descendió frente a ella, abierta y bocarriba. Olía a muerte y chorreaba sangre de krampos aplastados, pero Talía no dudó en subirse encantada a su palma. Con gentileza, el coloso la subió hasta el promontorio de su nuca, y ella se dobló con un sollozo cuando por fin se halló ante Salazar.

Con cuidado, el coloso apoyó su peso sobre las patas traseras y ahuecó sus manazas entrelazadas sobre ellos para formar una especie de jaula cúpula protectora.

—Pedro...

Se arrojaron el uno hacia el otro, fundiéndose en un abrazo hambriento. Él la estrechó contra sí, tan fuerte que algo le crujió. No le importó. Si debía hacerse pedazos de una vez, que fuera entre esos brazos fuertes y contra ese pecho que, contra todo pronóstico, aún respiraba.

—Joder, Talía... Siento no haber podido llegar antes hasta ti. —El brujo le cubrió la cara de besos. Sus manos la recorrieron entera, como si necesitara convencerse de que de verdad era ella, en carne y hueso—. ¿Estás herida? ¿Te ha hecho algo ese...?

Ella negó y alzó la cabeza para beberse sus rasgos. Dioses, jamás lo había visto tan demacrado. Parecía al límite de sus fuerzas, pero, aun exhausto, su nigromante seguía siendo una hermosa fuerza de

la naturaleza, y su corazón se hinchó con la maravilla de tenerlo delante de nuevo, *vivo*. Le acarició el rostro, prendida de esa mirada del color de un bosque sin sol, que se clavaba en ella con fiereza posesiva.

—Pedro... Creía que habías muerto...

—Casi, pero tu hermana me salvó la vida.

—¡¿Jara?! ¿Está bien ella?

—Sí. Escapó del control de tu padre para acudir en auxilio del Páramo, y hemos estado trabajando juntos desde entonces. Fue ella quien reunió al ejército de Bosqueterno y está luchando ahí abajo...

El brujo se quedó sin palabras al reparar en su corona. Las arrugas de preocupación en su ceño se acentuaron conforme recorría el nacimiento de las astas con el pulgar.

—Así que Jara estaba en lo cierto. Ahora, tú también eres reina.

—De poco me ha servido.

Un súbito brillo asesino afloró a los ojos de Salazar, anegándolos en plata, y el aire en torno a ellos se volvió tan gélido que hasta ella se estremeció. Sus dedos enguantados le rozaron la hinchazón del pómulo, allí donde Baalak la había abofeteado noches atrás. Después se fijó en el collar.

—¿Qué es esta mierda? —siseó.

—No lo toques, te hará daño...

Pero él ya había empezado a recorrer su superficie con los dedos, buscando cómo quitárselo. Enseguida notó el mordisco de la energía sagrada, pues escupió una maldición y lo soltó, enseñando los dientes.

—Su puta raza. Voy a matar a ese krampo.

La abrazó de nuevo, temblando, y ella se dejó enterrar en la curva sombría de su cuerpo.

—Lo siento. Siento no haber podido protegerte como debía. No me lo perdonaré nunca.

—No, calla. Yo soy la que debería haber hecho más.

Sentir de nuevo su olor envolviéndola como el calor del hogar hizo que algo se derrumbase dentro de ella. Incapaz de contenerse por más tiempo, hundió la cara en el pecho de Salazar y rompió a llorar.

—Los mataron delante de mí. Y no pude hacer nada. Murieron por mí, todos al final mueren por mí, y creí que tú también estarías...

—No es culpa tuya, Talía. Ellos hicieron lo que querían hacer y lo habrían hecho de todas formas. Tú solo eras la excusa conveniente.

Sus manos enguantadas le acariciaron la cabeza y la espalda mientras todo el horror, el sufrimiento y la desesperanza de los últimos días salían a borbotones de ella.

—No nos entretengamos más, tortolitos. Aún no estamos fuera de peligro —los interrumpió la voz débil de Lucio.

Con un respingo, Talía se despegó de Salazar, lo justo para descubrir al diablillo detrás de él, agarrado al saliente de una vértebra. Respiraba trabajosamente, y la forma en que mantenía sus miembros larguiruchos replegados contra su cuerpo le daba un preocupante parecido con una araña moribunda.

Jamás había sentido tanto alivio al ver esa cara avinagrada.

—¡Lucio! —exclamó, limpiándose las lágrimas que no dejaban de brotar—. Tierra y estrellas, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

—Demasiados portales y demasiado grandes, pero sobreviviré. Si no conseguimos que nos maten antes.

Lucio extendió una mano temblorosa hacia ella. El corazón le dio un brinco al reconocer la llave de su collar balanceándose al final de su cadenita metálica.

—Le debéis una a los mangalines.

—Os debo la vida a todos, mis preciosos, mis valientes amigos. Os quiero, os quiero tantísimo...

Tomó la llave y se la llevó a la nuca, donde calculaba que estaría el cierre del collarín. Nada más rozarlo, la quemazón en los nudillos le arrancó un siseo de dolor, obligándola a retirar las manos.

—No me deja manipularlo. Tiene sal y algo de magia sagrada...

—Trae, yo me encargo —ofreció Salazar—. Soy maldito, pero no fey. Podré lidiar mejor con esta mierda.

Le quitó la llave, se colocó tras ella y le apartó la melena para ver mejor la cerradura. En cuanto empezó a trastear con ella, absorbió entre dientes.

—Coño con las bendiciones, me escuece hasta con los guantes puestos. Sus muertos, cuando acabe con el krampo no lo van a reconocer ni los puercos de sus ancestros.

—¿Puedes manipularlo, al menos?

—Puedo.

El collar chasqueó y chirrió, como si protestara, reacio a soltar a su presa. Por fin, empezó a aflojarse y Talía sintió las primeras bocanadas de libertad bajándole jubilosas por la garganta.

—Quítaselo rápido, que pueda valerse por sí misma, y salgamos de aquí —los urgió Lucio.

Más chasquidos.

—Ya casi está...

De pronto, un rugido los atravesó desde las alturas. Alarmados, alzaron las cabezas a tiempo de ver, a través de los huecos entre los dedos del coloso, cómo Baalak saltaba hacia ellos desde lo alto de la torre más cercana.

El tiempo se ralentizó para Talía, pero ya entonces sabía que la colisión era inevitable. El krampo se precipitaba hacia ellos como un meteoro aullante de destrucción. Sus brazos se alzaban por encima

de su cornamenta, blandiendo lo que parecía un gigantesco martillo de guerra.

Lucio chilló y ella se contagió de su horror al darse cuenta también: lo que se les venía encima no era un arma, sino algo mucho peor.

Era una cruz de metal tan grande como el caudillo, de bordes afilados y cortantes. Un aspa del Ungido de los humanos, diseñada para la guerra. Otra reliquia sagrada de la que los krampos se habían apropiado para sus propios fines. Y estaba tan bendecida que refulgía al rojo vivo en las manos profanas de Baalak, llenando el aire con el tufo de su carne quemada.

Si daño le hacía a él, para un engendro del Desgarro impregnado de nigromancia sería devastadora.

Ni las esquirlas de Salazar ni el propio coloso podían detenerlo a tiempo.

—¡Bajaos! —Salazar se abalanzó sobre Talía y la cubrió.

No les dio tiempo. El caudillo se hundió entre las cabezas del coloso con un golpe devastador que hizo vibrar la noche con el hedor corrosivo de lo sagrado.

El mundo se desmoronó bajo ellos. Reducida a un insecto a merced de los bandazos, Talía solo pudo aferrarse al cuerpo de Salazar mientras rebotaban juntos entre escudos de hueso y paredes de carne. Durante unos instantes de caos, solo existieron los golpes, la ingravidez, el humo ardiente y los berridos del coloso, que le llegaban distorsionados de todas partes y de ninguna.

Después, su cabeza impactó contra algo y la nada se la tragó.

Cuando volvió en sí, estaba tirada de costado en el suelo rojizo. Todo le daba vueltas alrededor: el brillo difuso de las antorchas, el cielo negro, los puntitos que chisporroteaban en su campo de visión. Un dolor sordo le palpitaba en la sien, y el zumbido de su sangre

acelerada en sus oídos se mezclaba con el fragor de la batalla en el exterior. Gimió, luchando por respirar entre aquella peste a bendecido, e intentó incorporarse sobre un codo. Tardó un momento en reconocer la enorme mole pálida desparramada a varias varas delante de ella. El coloso yacía como el derrumbe de un palacio, con los miembros enredados. Una columna de humo naranja ascendía de una de sus tres cabezas rojas, allí donde la cruz permanecía clavada, todavía refulgiendo con el fuego de la condenación.

«Salazar», pensó, atragantada de pánico.

Y entonces lo vio, tirado a unos pasos de ella. No se movía. Una brecha sanguinolenta chillaba, roja y horrible, en medio de su melena plateada.

La vida se le congeló en las venas.

—Pedro...

No muy lejos, Lucio se desprendió del costado del coloso y renqueó hacia ellos con las facciones pétreas de miedo.

—Muchacho, levántate. Levántate ahora mismo.

Talía se inclinó hacia su brujo, desesperada por acunarlo, por comprobar que seguía respirando. Entonces, algo se le desprendió del cuello y cayó con un tintineo que resonó incluso a través del rugir bajo sus tímpanos. Al bajar la vista, se encontró con el collarín en el suelo, partido.

Era libre.

De pronto, fue como si los olores se intensificaran a su alrededor y las estrellas brillasen más hermosas en ese cielo de los mortales. Volvía a ser un hada, una bruja. Completamente *ella*.

Y algo más.

Algo que se desperezó en su interior como un arcoíris tras la lluvia, mas sus colores eran una miríada de púrpuras, rojos y negros, y cantaban con el tremor gutural de dioses viejos y hambrientos.

«Larga vida a la reina», parecían susurrar las raíces de su corona, hinchándose con la bendición de la Tierra.

—¡Despierta, brujo idiota! —El grito desesperado de Lucio la arrastró de vuelta a la realidad, al pavor de ver a Salazar inmóvil en el suelo con el pelo apelmazado por la sangre.

—No, por favor, no...

Aún desorientada por cuanto ocurría fuera y dentro de ella, consiguió gatear hasta Salazar. Los mangalines habían regresado y correteaban a su alrededor, nerviosos, mutando de una forma animal a otra sin saber qué hacer. Entre Lucio y Mortalía, lo giraron para ponerlo bocarriba. Esta le tomó las mejillas entre sus manos trémulas.

—Muévete, mi amor. Háblame.

Posó la oreja sobre su pecho y se atragantó con un sollozo de alivio al detectar el latido de su corazón, ahogado bajo la brigantina, pero constante.

—¡Está vivo!

Salazar entreabrió los ojos y su mirada desenfocada encontró la de Talía.

—Salid... de aquí. Baalak... —susurró con voz pastosa.

El golpe lo había dejado tan aturdido que no era capaz ni de coordinar sus movimientos, mucho menos de levantarse o luchar. Las pocas esquirlas que aún quedaban yacían desperdigadas en torno al coloso, churruscadas por la influencia de la cruz, que las había alcanzado demasiado de cerca.

—Lucio, ¿puedes sacarnos de aquí...? —preguntó ella.

Sombrío, el cojuelo hizo el gesto de abrir portales, pero del agujero de su mano no salió el más mínimo chisporroteo de luz. Negó, frotándose el brazo con una mueca dentuda de frustración.

—Nada. No tengo nada. Me he quedado sin fuerzas al traerlos a todos.

—Entonces lo sacaremos de aquí a pie. Ayúdame a levantarlo.

En cuanto Lucio intentó tirar de los hombros de Salazar, las rodillas se le doblaron y se desplomó sobre él. El pánico en sus ojos se redobló, dilatándole las pupilas.

—No puedo —susurró, pegado como un sudario a su brujo. En el hilillo de su voz había una fatalidad escalofriante—. Tendrás que hacerlo tú, Flordemuerte. Sálvalo por mí.

—Carbón, Ceniza, necesito ayuda —rogó Talía.

Esperaba que unieran fuerzas con ella, pero los mangalines intercambiaron unos rápidos gorjeos en su idioma incomprensible y, para su estupor, se transformaron en rapaces y huyeron volando.

Un peso helado se hundió en su vientre. Se quedó mirando el lugar donde antes habían estado los duendecillos. Tal vez la habían malinterpretado e ido a *buscar* ayuda, en vez de prestársela, pero...

—Lo haré yo misma, entonces. Arriba, Pedro. Levántate, tenemos que irnos ya y yo sola no puedo cargar contigo...

Su corazón se desbocó de pánico al oír un galope distante de cascos acercarse por su espalda.

El clamor de su propia sangre se tragó el resto de los sonidos. Se levantó de golpe, tambaleándose, y se giró para ver que Baalak corría hacia ellos con la falcata preparada para asestarles el golpe final. Su rostro era un espanto blanquirrojo de arañazos sangrantes, en el que su único ojo ardía con la furia de un sol infecto.

—Antes te mato. ¡Os mato a todos! —repetía una y otra vez.

Algo explotó dentro de ella. En el breve lapso entre dos latidos, su magia se abalanzó instintivamente hacia el único organismo muerto a su alcance: la mole derribada del coloso. Su última esperanza contra el krampo.

Cuando los tentáculos de su poder se estrellaron contra un muro invisible de fuego divino, el terror la inundó.

La energía dentro del coloso seguía activa, pero la influencia de la cruz la tenía apresada en un puño ardiente, volviéndola tan lenta como inestable. Era como si su propia magia se le escurriese entre los dedos, errática al contacto con esa carne viciada.

Si empleaba al coloso contra Baalak en ese estado, no podría controlar dónde y cómo brotarían las espinas, si es que lo hacían. Podría matar a Salazar. Podría matarlos a todos.

«No, no, no...».

Barrió el amplio patio con la mirada, desesperada por encontrar algo, lo que fuera. Los guerreros que el coloso había matado en la puerta le quedaban demasiado lejos. El krampo ya casi estaba encima de ellos; descuartizaría a Salazar antes de que la magia de Talía pudiese rozar a esos cadáveres.

Estaba sola, y el único cuerpo que podía blandir contra Baalak no era otro que el suyo propio.

Pues que así fuera.

Se interpuso delante de Salazar y avanzó hacia el caudillo con zancadas decididas. Su terror se había tornado en algo distante y ahogado; lo que la impulsaba era la ira de una bestia acorralada, harta de palos y jaulas y madrigueras destruidas. No la volverían a separar de Salazar. Adonde él fuera, iría ella. Y, si no podían salir vivos de esta, entonces moriría como los que la habían precedido.

Como su padre, alta y desafiante.

Como su madre, luchando hasta el final para salvar a los que amaba.

El krampo la alcanzó en una colisión tan brutal que le arrancó el aire y hasta parte de la consciencia. Una manaza se cerró en torno a

su cuello como un mordisco de hierro, quebrándole el grito de guerra antes siquiera de formarlo.

—¿Adónde vas, pajarillo? ¿Ibas a cantarme? ¿Eso creías? —escupió él mientras la izaba cada vez más alto. Apretó, y Talía sintió cómo la sangre comenzaba a agolpársele en la cara. Le clavó las uñas en ese brazo de granito y pataleó, tratando desesperadamente de hallar un apoyo para sus pies.

«Por favor. Tierra, estrellas, cielo de los humanos. Si alguno me escucháis, oíd esta última plegaria. Que esto sirva para hacerles ganar a los míos unos valiosos momentos. Que la ayuda esté de camino, que lleguen a tiempo de salvar a mi brujo y al resto».

Pero, en el fondo, sabía cómo terminaría todo. Nadie acudiría en su auxilio: estaban todos demasiado ocupados luchando su propia batalla. Y Jara, como buena reina, seguiría dirigiendo a su gente mientras se mantenía fuera de tiro, pues su vida valía demasiado como para arriesgarla por nadie.

Jara tenía mucho que ofrecer a los suyos. Era imprescindible, no como ella. De Talía nadie podía depender. Al final, cuando se apagaba el espejismo de la esperanza, solo quedaba la desazón de la verdad, y la triste realidad era que Talía jamás había logrado estar a la altura de los sacrificios que el mundo había hecho por ella.

Todos a los que se juraba proteger acababan muertos. Su cercanía era un mal augurio; su amor, una maldición para los que cometían el error de correspondérselo.

¿Era eso cuanto podía ofrecerles a sus seres amados? Unos agónicos instantes ante lo inevitable. Su cuerpecito, tan fútil como sus deseos. Una reinucha bastarda con el vestido manchado de sangre y la voz extinguida.

Un montón de vidas sacrificadas *por nada*.

—Qué te dije, ¿eh? Si huyes, te quebraré las piernas. Si me muerdes, te sacaré los dientes —siseó Baalak, apretando cada vez más, hasta que los bordes de su visión se tiñeron de rojo—. Y, si cantas sin que yo te lo mande, te... romperé... la garganta.

El tiempo parecía estirarse como miel espesa, dentro y fuera de ella. Sus sentidos se apagaron y, por un momento, lo único que pudo oler fue el aliento metálico del guerrero. Su visión se redujo al agujero escarlata de su boca, pestilente aún con la sangre del toro.

De pronto, algo dentro de ella chasqueó, encajando en su sitio. En el hormigueo de sus miembros adormecidos creyó oír la voz múltiple de otro ser que también había intentado acabar con ella, en otra vida.

«La naturaleza es sabia. Sabe que no hay depredador más letal que el que ataca desde dentro».

Podía hacerlo, lo sentía en las raíces de su corona. O, al menos, podía intentarlo.

A veces, la única huida posible era a través.

Así que se abstrajo de la agonía de su propio cuerpo y dejó que su percepción de yedrasi nigromante se volcase hacia esa bocaza abierta. Ciega y reducida al más puro instinto, se deslizó garganta abajo y se adentró en el oscuro interior de Baalak. Igual que un depredador acorralado en un laberinto angosto, husmeó frenética por el entramado de tejidos que componían su organismo. Reptó por sus túneles y recovecos con una familiaridad ganada a fuerza de estudiar los muchos cadáveres del Páramo.

Y el cuerpo de Baalak era glorioso. Tan rojo, tan ardiente, tan palpitante de vida y sangre y bilis...

«Bilis».

Se dejó caer dentro del estómago, cual viborilla atraída por un olor suculento. Y allí encontró puñados de algo que no era Baalak; aún

no.

«El hígado del toro».

Sus pedazos masticados se removían lentamente entre el ácido, dejándose corroer, como correspondía a la carne muerta.

«Muerta».

«Te tengo», susurró ella, la bestia y la reina, y hundió los colmillos en esa última esperanza.

«Germinad», les ordenó.

«Floreced».



Los vio sin ojos; los olió sin olfato. Supo que sus tallos se desplegaban, serpenteando con sus cabecitas florecidas entre la bilis y la carne deshecha; culebrillas con cabezas de granada, de las que brotaron minúsculos frutos. Sus frutos de la muerte. Y los granos crecieron y se multiplicaron, engordaron hasta que sus pellejos tirantes empezaron a sucumbir al ácido.

«Explotad».

No le hacía falta oír cómo la obedecían. Lo sentía.

Pop, pop, pop, pop, pop.

El azufre interior de Baalak se tiñó de púrpura y negro, formando una violenta marea oscura que se filtró a través de sus tejidos y se derramó, empapando cada fibra de sus entrañas.

Un violento zarandeo la devolvió a su cuerpo. Talía boqueó, sin aire, y notó las lágrimas caer de sus ojos hinchados por la presión. El krampo la lanzó contra el suelo y ella aterrizó de costado, tosiendo. Sentía que, por mucho que respirase, el aire jamás volvería a llenar del todo sus pulmones.

«Que funcione, por favor, que funcione», rezó, intentando arrastrarse lejos del caudillo.

Toda esperanza la abandonó cuando él fue tras ella y alzó el arma sobre su cabeza.

Talía cerró los ojos instintivamente y se preparó para el golpe fatal..., pero no sucedió nada.

Volvió a abrirlos. Baalak se había encorvado como si le hubieran dado un mazazo en la boca del estómago. Dio otro par de pasos tambaleantes hacia ella con los músculos tensos, convertidos en peñascos bajo su piel. Su único ojo se hinchó y enrojeció, surcado por un derrame. Resollando, Talía se puso en pie con torpeza y retrocedió unos pasos, sin quitarle la vista de encima.

Parecía... petrificado.

Una arcada repentina lo sacudió entero, aflojándole los miembros. La falcata se le resbaló de la mano y aterrizó en el suelo con un penoso «clang».

Tiritando, Baalak se desmoronó de rodillas frente a ella. Sus rostros quedaron al mismo nivel.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué es est...? —empezó él con la voz estrangulada, pero una súbita bocanada de un líquido oscuro y agrio le inundó la boca, ahogando sus palabras.

Un entramado violáceo de venitas hinchadas se expandió por la piel de su rostro contraído. Muy muy despacio, Talía se inclinó hacia él y se asomó al pozo dorado de su ojo, donde la ira, la impotencia y todos los sueños y delirios del krampo rugían y giraban en un remolino ardiente, deshaciéndose con el sufrimiento..., hasta que solo quedó una única emoción entre toda la lava y el azufre.

Miedo.

—No...

Escupió sin querer un caño líquido y espeso, que pintó de púrpura el pecho de Talía. Una parte de ella pensó, deleitada, que eso sí que era el ungimiento ceremonial que se merecía una reina oscura, y no la ridiculez que le habían hecho en la boda.

—Sí, Baalak —se sorprendió susurrando.

No se sabía cuál de los dos temblaba más cuando ella le atrapó el rostro con ambas manos para contemplarlo, presa de una vengativa

fascinación.

Esos brazos de roca que la habían golpeado, sacudido, humillado y arrastrado de un lado a otro colgaban inútiles de su cuerpo. El krampo ya no tenía control sobre sus músculos. Se contraían dolorosamente bajo su piel, como cuerdas palpitantes esperando a que la hija del Desgarro les arrancase una canción. Cuanto más se extendía el veneno por sus entrañas, corrompiendo cuanto tocaba, más crecía el poder de Talía sobre él.

Una sonrisa tirante y horrible desnudó sus dientecillos híbridos.

—Me temo que tú y tu pueblo mordisteis más de lo que podíais masticar.

Baalak emitió un gemido grotesco. Ya no podía hablar: su lengua se había convertido en una esponja gorda y amoratada. Una lágrima sanguinolenta se deslizó por su pómulo y besó el pulgar de Flordemuerte.

—Y ahora os toca ahogaros con vuestra presa.

Una pequeña parte de ella le rogó: «Para». Consideró soltarlo como la basura que era y alejarse de él, pero el resto aún continuaba anhelante. «Dame más», exigía, supurando una ira ciertamente justificada.

«Esto es lo que queríais de mí, ¿no? Pues tomadlo. Tomáoslo todo hasta la última gota y reventad de un empacho, jauría de desgraciados».

Empezó a cantar.

Siguió cantando cuando los primeros feys entraron en el patio. No se dejó interrumpir por los aullidos triunfales de los lobos, ni por la voz lejana de Jara llamándola por su nombre, ni por los cientos y cientos de ojillos que se clavaban en ella conforme las murallas a su alrededor se llenaban de gente.

Solo tenía oídos para los gimoteos de Baalak mientras las espinas lo abrían desde dentro y las ramas brotaban de cada juntura de su cuerpo, dislocando articulaciones y despiezando músculos. Cada orificio escupía zarcillos sangrantes que se multiplicaban en capullos.

Su túnica se desgarró. Las alhajas que no fueron absorbidas por la vegetación tintinearon contra el suelo. Sus patas se troncharon con crujidos. Los huesos de sus pantorrillas asomaron entre el pelaje moreno, cada vez más gruesos y retorcidos, y se hundieron entre las grietas del suelo, levantando las losas a su paso.

Incapaz de resistir tan brutal deformación, la piel se le desgarraba, revelando los músculos encarnados de debajo, músculos que no llegaban a derramar sangre porque las raíces negruzcas que los atravesaban se la estaban bebiendo toda para alimentar las flores que en ese momento se abrían por todo su cuerpo.

Lo que emanaba de aquel apresamiento la golpeó sin avisar. Emociones que no nacían de ella, sino de aquella presa en la que había hundido las raíces. Aquella faceta de sus poderes la cogió desprevenida, pues nunca había hecho florecer un cuerpo aún vivo.

El mordisco de la reina era tan profundo que podía saborear no solo los tejidos del krampo, sino lo que le palpitaba dentro. Pedazos de él, grabados en lo más hondo, que salían a flote en sus últimos momentos.

Fuego. Humo negro. Alaridos. El acero le quema en las manos. El corazón le galopa a la velocidad de sus cascos mientras él corre, corre, corre, descargando a su paso una tormenta de sangre y miembros cercenados. No tiene miedo, se dice. No puede tenerlo. Es más rápido, más grande, más despiadado que el resto de los niños. Es Baalak, el hijo auspicioso, el heraldo de la profecía. Nació para esto.

Ha de vivir para convertirse en el terror de los enemigos de su pueblo. Sus hazañas serán leyenda. Las historias de sus ancestros lo espolean; historias de bravura, sacrificio y perseverancia. Inflaman su corazón, calcinando cualquier rastro de duda.

Los krampos sobrevivieron al final de su mundomadre. Pueden con todo esto y más.

Cuando por fin consigue alzarse victorioso sobre una pila de murrul *muertos y enfocar la vista en la fortaleza en llamas, descubre que ha llegado demasiado tarde.*

Su clan va a ganar esta batalla, pero no podrá celebrarlo con sus padres y sus hermanos.

Sus cuerpos ya cuelgan de la muralla enemiga, eviscerados como cerdos.

La canción de Talía tropezó con un jadeo, para luego crecer en avidez.

Las alabanzas son ensordecedoras cuando Baalak llega a La Cruda, tras cobrarse una nueva victoria. Las bajas en su bando se las ha cobrado con las hembras y los niños de esos murrul *mientras estos miraban, y luego los ha pasado a cuchillo también a ellos, como los cerdos que son. Ahora regresa con el doble de guerreros de los que perdió, pues el líder de otro clan le ha jurado lealtad, admirado por su arrojo en la batalla. La sede jamás ha albergado un gentío semejante. Siente sobre sus cuernos el peso de la expectativa. Los ojos de su pueblo —y de toda su especie, no le cabe duda— están puestos en él. Sus consejeros, su élite, hasta los krampos cobardes que aún se niegan a sumarse a su bando lo han llamado de todo. Desesperado. Héroe. Loco. Visionario.*

Si consigue cerrar un trato con los feys, habrá llegado más lejos que cualquier otro caudillo.

El triunfo se le enfría en el pecho cuando una matrona lúgubre le sale al paso y le da la noticia.

Otra compañera de cama desangrada en un parto prematuro. Otro bultito deforme e inerte que las ancianas se llevan a la pira en un pesado silencio.

Baalak, azote de los murrul *y modelo del poderío krampo, ya roza la treintena y aún no ha logrado engendrar un solo vástago compatible con la vida.*

Un líder como él ha de tener hijos. Cuanta más descendencia, mejor. Una docena como él y este mundo será de los krampos. Pero parece que, al igual que él, su semilla arrasa con todo a su paso.

La rabia y la frustración le arden dentro, pero su peor enemigo es la incertidumbre. Se refugia de ella en la profecía, que cada día que pasa se le antoja más inescapable. El único camino que seguir, palabra por palabra.

Ninguna krampa servirá. Tiene que encontrar a la princesa hada. Solo ella podrá darle los frutos que su pueblo necesita.

El olor de las entrañas desgarradas inundó las fosas nasales de Talía, pero ella no cesó en su cántico rabioso, no apartó la vista de ese único ojo que rebotaba en una cuenca cada vez más ennegrecida.

Los augurios no mentían. Es real. El destino se la ha puesto delante, y su nombre le resuena dentro como una promesa: Flordemuerte.

El odio instintivo que le despiertan sus rasgos híbridos de murrul *queda sepultado rápidamente por un ansia como nunca ha sentido.*

Va más allá del hambre y del deseo. Imaginarse sus espinas empalando a sus enemigos por centenares lo enardece más que cualquier krampa amorosa. Cuando la toca, todo su ser tiembla, dividido entre la euforia de haber conseguido a su princesa de sangre... y el impulso de aplastarle esa cabecita como si fuera un melón y extinguir la luz de sus ojos morados.

No soporta la ternura que hay en ellos.

¿Cómo se atreve a hablarle de paz, después de lo que él y su pueblo han sacrificado?

Su inocencia estúpida le da ganas de matarla. De violarla hasta que se le quiten las ganas de vivir para otra cosa que no sea la ira. Solo entonces lo entenderá. Y verá la realidad con la misma lucidez que Baalak.

El único amor verdadero es el de un héroe por su cometido.

Y la paz, si es que existe, solo se alcanza masacrando hasta el último de tus enemigos.

La reina sacudió la cabeza con un gañido feral. La herida interior del caudillo era un rugido sordo que todo lo abarcaba, pero él nunca la había identificado como tal. No había conocido otra cosa desde su nacimiento.

Para los suyos había sido poco menos que un dios, al igual que Mirtalón para los feys de Bosqueterno.

Pero ella solo veía un alma rota, mutilada, incapaz de concebir la bendición de la vida y el amor como ella las sentía. Jamás habría podido hacer mella en él; antes la habría matado. Baalak no soportaba percibir el más mínimo rastro de esperanza, ternura o alegría en los demás, en especial si no eran «de los suyos». Guardaba las apariencias, incluso entre sus semejantes; pero, a un nivel visceral, necesitaba que el mundo entero sangrara la misma

miseria glorificada que su gente había adoptado como una marca de identidad. Solo entonces los krampos podrían sentirse prósperos en comparación: cuando todos los demás estuvieran por debajo de ellos.

Qué desgracia de criatura, condenada desde su primer chillido natal a canalizar la ira de todas las generaciones anteriores a ella.

Una miríada de flores invadió la melena negra, compitiendo en lustre con los medallones trenzados en ella. Las corolas silbaron, arrojándole los últimos estertores del caudillo.

Las runas se equivocaban. Los astros mentían.

Una vida dedicada a un propósito más grande que él mismo... ¿y así se termina? ¿Por qué, entonces, su existencia y el fervor que inspiraba en su gente? ¿Fue todo una broma cruel de los dioses?

El cuerpo de Baalak se ensanchó para tornarse un tronco pálido, cada vez más alto y voluminoso. Sus costillas se entretejieron con la corteza. Sus brazos quedaron agónicamente extendidos hacia arriba y a los lados, y se transformaron en ramas gruesas. De ellas brotaron hojas afiladas que parecían sangrar con los óxidos del otoño. Más y más ramas salieron a borbotones de su columna, de sus axilas, de sus clavículas astilladas. Sometiéndolo a una parodia vengativa de la muerte de Mirtalón y sus hijas, la canción de Flordemuerte lo izó arriba, cada vez más arriba, hacia los cuernos dorados de la luna.

Mientras todas sus creencias y ambiciones se desmoronan al ritmo de sus órganos desgarrados, un relámpago final de lucidez lo atraviesa, extinguiendo la última luz.

Solo queda el silencio. La negrura. La horrible certeza.

«Nunca ganaremos esta guerra».

El fuego de su único ojo se apagó.

Baalak estaba muerto, y en su lugar quedaba el más macabro de los árboles.

El primer árbol de Talía.

—¡Traedle cadáveres! —Las órdenes de Jara la sacaron de su trance.

Respirando entrecortadamente, se volvió para ver que su hermana había desmontado de Brion y se había acuclillado junto a Salazar mientras varias rastreadoras salían disparadas hacia los krampos muertos de la puerta. Ella y su banda eran los únicos feys que se habían atrevido a acercarse tanto al coloso. La visión de la cruz humeante bastaba para hacer que el resto retrocediera entre siseos hasta quedarse pegados al muro más lejano.

Talía trastabilló hacia el nigromante y se arrodilló a su lado. Seguía medio consciente. Oyó que su hermana la llamaba con una mezcla de angustia y alivio, y sintió sus dedos tentativos rozarle los hombros, pero estaba tan conmocionada que solo podía prestar atención a las cosas de una en una y, en ese momento, la mayor emergencia era su brujo.

Trajeron los primeros cuerpos y Salazar estableció contacto físico con ellos. El aire se volvió tan gélido en torno a él que a Talía le castañetearon los dientes, pero no se apartó. Rodeada por Jara y Lucio, siguió acunándolo en sus brazos mientras la brecha en la cabeza de Salazar se cerraba.

Finalmente, abrió los ojos y logró enfocarlos en ella. Cubrió sus brazos con los suyos y le susurró, agotado:

—¿Se ha acabado ya?

—Eso parece, mi amor.

El pecho del brujo subió y bajó con un hondo suspiro. Alzó una mano y acarició el rostro salpicado de sangre de Talía. Ella apretó la mejilla contra su palma y ambos compartieron una pequeña sonrisa cansada, como aquella primera vez, en una de tantas torres del Páramo, cuando un nigromante polvoriento había consolado torpemente a una princesa vapuleada por el mundo y aterrada de sí misma.

—¿Lucio...? —Salazar buscó al cojuelo con la mirada y lo encontró en cuclillas a su otro lado, exhausto pero despierto.

—Aquí llevo todo el rato, tirado como un trapo. ¿No me ves, cegatón?

—¿Y los mangalines?

—Fueron los que me encontraron y nos guiaron hasta donde estabais —intervino Jara, de pie tras ellos—. Estaban aquí hace un momento, pero acaban de colarse en el castillo.

—Hum. Se habrán ido a saquear, los agoniosos. Eso es que están bien.

Talía sintió en su hombro la mano caliente de su hermana. Levantó el rostro y se la encontró formidable como siempre, con la tez encendida por la batalla y las bellotas doradas de la victoria resplandeciendo en su corona de asta. Sin embargo, en sus ojos púrpuras había incertidumbre y arrepentimiento.

—Talía... —sonaba suplicante, como si temiera que ella estuviese ignorándola a propósito.

Nada más lejos de la realidad.

Exclamando su nombre, la mestiza se levantó de golpe y se arrojó a sus brazos. Respiraron el olor de la otra entre lágrimas mientras Jara se tropezaba con su propia lengua, explicándole apresuradamente que jamás la había traicionado, que no había tenido ni idea de hasta dónde llegaba la insensibilidad de su padre.

Y, cuanto más hablaba, más estrechaba Talía su abrazo y más sentía que su alma se limpiaba de amarguras innecesarias.

—No he pasado más miedo en toda mi vida —confesó Jara—. Quería llegar hasta ti, arrancarte yo misma de las garras de ese miserable, pero... Tierra y estrellas. Había tantos krampos... Por un momento creí que el nigromante no llegaría a tiempo hasta ti; que Bosqueterno habría obtenido su venganza, mas yo te habría perdido...

—Lo has hecho todo estupendamente, hermana. Como una digna reina yedrasi.

—Y tú también pareces habértelas apañado sola, como de costumbre.

—Únicamente gracias a todos vosotros. Todos y cada uno de vosotros —aseguró ella con la voz rebosante de aprecio. Mientras lo decía, se aseguró de mirar no solo a sus amigos del Páramo y a su hermana, sino a todos los feys en derredor.

Sus agradecimientos fueron recibidos con bajadas de cabeza y miradas de refilón. Si eran una muestra de reverencia o de desconfianza, tampoco le apeteció analizarlo. Habían aceptado luchar por ella, aunque fuese en parte y convencidos por Jara. Con eso le bastaba.

Eso, y la visible satisfacción morbosa en los ojos de muchos al contemplar lo que Flordemuerte había hecho con el caudillo.

—Diría que el espectáculo les ha complacido —le susurró Jara al oído—. La venganza con justicia poética siempre sabe mejor.

Cogidas del brazo, las hermanas se volvieron para contemplar el grotesco árbol.

Baalak florecía. El parche se le levantaba, empujado por los cardos rojos que le brotaban de la cuenca. Una ristra de mariposas le salió volando de la mandíbula desencajada. De ella se derramaban largos

racimos de las granadas mortales, que caían como una cascada sobre el tronco de su pecho, horriblemente deformado bajo los restos de su túnica nupcial. Enredados entre las ramas espinosas, los flecos rojos ondeaban junto a los largos estambres de unos abrazos de madre de un añil rabioso, con los pétalos afilados como cuchillos. Más de los frutos letales asomaban por los huecos dilatados entre sus costillas, pero ninguno brillaba tanto como los que se apresuraban a llenar el agujero negro de su vientre, desgarrado por las espinas y el veneno corrosivo. Parecía una gran boca aullante, de la que rebosaba un vómito de gruesos zarcillos violetas y florecillas de colores biliosos.

—Mierda de cuélebre —farfulló Jara, boquiabierta—. La profecía era cierta, después de todo. Tras grandes dudas y más grandes sacrificios entre los suyos, su princesa hada lo ha convertido en el más fructífero de todos los krampos.

Un escalofrío descendió por la espalda de Talía. Las últimas emociones de Baalak aún le hacían eco dentro, llenándola de desazón.

—Profecías traicioneras. Los astros nos libren a todos de ellas. Si tan solo las hubiese ignorado...

—El miserable quería convertirse en una leyenda que perduraría durante generaciones, y así será. La leyenda del caudillo que se lo jugó todo por una maldita profecía y acabó aniquilado junto con todos sus seguidores.

La crueldad casual en el tono de su hermana le provocó otro estremecimiento. Fue como si la hubieran despabilado de un sueño, deshaciendo el velo que la mantenía aislada de cuanto ocurría a su alrededor.

Volvió a ver el resplandor amarronado del fuego en el cielo nocturno, a oír el entrechocar de las armas y el rugir de las

estructuras derrumbándose más allá de los muros del patio.

Y los gritos.

—¿Cuántos han muerto? —preguntó con un hilillo de voz.

—De los nuestros, unos cuantos. De los suyos... pronto no quedará nada.

Salazar se les unió con pasos lentos. Lucio renqueaba a su lado. No se sabía cuál de los dos se estaba apoyando realmente en el otro.

Helada por un repentino malestar, Talía se soltó del brazo de su hermana. El griterío en la distancia ganó volumen y nitidez, sin darle tregua, como si intentase acaparar sus sentidos, raptando su atención. Entonces se dio cuenta de por qué: aquello ya no era el clamor de una batalla. Eran alaridos de puro terror.

Una pesadez pétrea inundó sus vías respiratorias. Cerró los ojos, pero eso solo afinó aún más sus otros sentidos. En esa amalgama de miles de gritos distinguió las voces desgarradas de gente demasiado joven. De niños.

—¿Talía...? —Salazar sonaba preocupado.

Ella sacudió la cabeza. Se replegó hacia adentro y urgió a la piedra de sus pulmones que se le extendiese hasta el corazón. Rogó tornarse granito, fría e indolente ante los horrores inevitables de la guerra.

«Ellos se lo buscaron. Sabían a lo que se exponían, y decidieron seguir adelante. Que recojan todo el sufrimiento que tan alegremente sembraron».

Pero sus convicciones no bloqueaban las imágenes traicioneras que la asaltaban contra su voluntad.

Chiquillos escuálidos arracimados sobre los tejados para mirarla con sus míseras caritas llenas de recelo y maravilla. La joven madre abrazando a su bebé rollizo, temerosa de los pétalos de Talía. En su

memoria aún resonaban los gorjeos felices de la criatura, ajena todavía a la miseria del mundo.

La duda se le retorció en el estómago, más fuerte aún que el odio.

Como si tuvieran voluntad propia, sus pies se encaminaron cada vez más rápido hacia la puerta que llevaba al patio de armas.

—¿Adónde vas, hermana?

—Talía, no. Todavía quedarán lázaros ahí... —le advirtió Salazar, pero estaba débil y mareado y no consiguió detenerla a tiempo.

Nadie parecía muy motivado por pararla, a decir verdad. Los feys se apartaban raudos de su camino. Hasta Jara, que la seguía trotando entre protestas, se retiró al ver que su hermana abría con esfuerzo la puerta e irrumpía en el patio inundado de cadáveres. Nadie se atrevía a entorpecer a Flordemuerte cuando había tanta muerte alrededor. Solo el nigromante la seguía de cerca.

El lugar era una carnicería. Los arqueros feys habían dado cuenta de la mayoría de los lázaros, pero aún quedaban unos pocos en pie. Se arrojaron sobre ella con gemidos hambrientos, pasando por encima de las montañas de cuerpos. Ella los fue despedazando con una áspera tonadilla y una asombrosa facilidad que solo podía atribuirse a su nueva corona. Los bajos de su túnica de novia se empaparon con las entrañas derramadas de los invitados. El hedor de la masacre le golpeaba la nariz, pero lo ignoró, al igual que el chapoteo de sus pasos rojos mientras cruzaba el patio con briosas zancadas.

Solo tenía atención para los gritos al otro lado.

Pasó por encima de los guerreros muertos escaleras arriba, hasta el adarve. Salazar caminaba tras ella. Con el rabillo del ojo, vio que Jara saltaba con gracilidad por las almenas que rodeaban el patio de armas, tratando de alcanzarla sin acercarse demasiado a los muertos.

Los tres convergieron en el mirador del adarve.

Su corazón tañía un ritmo agorero cuando se asomó a la ciudadela. Fue como si las venas se le encogieran y la sangre dejara de circular por su cuerpo.

Los feys corrían por las callejuelas a reventar de cuerpos, haciéndolo todo pedazos, enloquecidos de fascinación por las llamas que lamían los tejados y los postes llenos de trofeos churruscados. Aquel no era su reino ni su gente; allí no había consecuencias, así que los más perversos podían dar rienda suelta a todos esos impulsos que en Bosqueterno habrían sido impensables. Seguramente habían cruzado el Velo con reticencias, asqueados ante lo que se encontrarían, pero enseguida se habían colocado con el libertinaje que les brindaba la guerra.

Bajó la vista al pie de la fortaleza, donde unos doscientos krampos resistían, penosamente apretujados. Los feys los habían acorralado en la plaza, y en ese instante brincaban por encima de los cuerpos, cerrando el círculo en torno a ellos, deleitándose con sus gritos de pánico.

Aunque sabía que no le traería nada bueno, la mirada de Talía revoloteó por aquel hervidero de sufrimiento.

Una matrona enloquecida que intentaba tirar de dos muchachos mutilados, aunque no hubiese lugar en ese miserable corral de cuerpos donde ponerlos a salvo. Una niña krampa que gritaba provocaciones a los feys, que se carcajeaban al verla empuñar las hachuelas de las guerreras caídas a sus pies con una desesperación carente de técnica. Un puñado de niños encogidos entre los brazacos de un krampo fornido. Este podría haber estado luchando y muriendo gloriosamente como el resto, pero, por alguna razón, había elegido quedarse con los indefensos y ampararlos hasta sus últimos momentos.

Los de Bosqueterno habían empezado a juguetear con ellos, como gatos en torno a un ratón. La batalla estaba ganada, y había llegado la hora de divertirse como ellos se divertían en las tierras mortales, donde todo estaba permitido.

Lo que había comenzado como una batalla estaba a punto de degenerar en algo mucho peor que una carnicería.

—Parad.

—¡¿Qué?! —Su hermana se volvió hacia ella.

—He dicho que paréis. Ya solo quedan los débiles, los rendidos y los niños que aún no habéis masacrado.

—No sabes lo que dices. —Jara sacudió la cabeza—. Tiene que hacerse, hermana. Por Bosqueterno. Por nuestra familia. Por...

El llanto desgarrador de una niña abrazada a su madre muerta atravesó el cerebro de Talía.

—SUFICIENTE.

De su garganta brotó una hemorragia furibunda de notas. Los cadáveres esparcidos por el adarve explotaron en marañas de zarcillos granates que se arrojaron muralla abajo y se fortalecieron con los difuntos empalados en el muro frontal, para luego descender como una catarata hasta la ciudadela. En cuanto su magia tocó el suelo plagado de muerte, se desató una descomunal reacción en cadena. Los feys, que momentos antes reían, recularon despavoridos cuando la canción imperiosa de Flordemuerte llegó a la plaza y se extendió por los cadáveres amontonados en torno a los supervivientes, alzándolos en un grueso muro circular de espinas y cuerpos descuartizados.

Pasado el estallido de caos, los gritos de pánico de ambos bandos se deshicieron en un silencio estupefacto. Miles de ojos se elevaron hacia Talía, incrédulos: unos al verse despojados de sus presas; otros al saberse a merced de la que poco antes había sido su

prisionera. Y todos, feéricos y mortales, temblaron ante la voluntad de la reina Flordemuerte.

—Talía, ¡¿qué haces?! —le siseó Jara.

Ella tragó saliva. Las rodillas le temblaban tanto que tuvo que apoyarse en el parapeto para no desmoronarse. El pulso le martilleaba en la garganta y le llenaba la boca con un sabor metálico.

—Basta. Ya hemos ganado.

—¿De verdad estás defendiendo a los que tanto daño nos han hecho?

—Esos de ahí abajo no me hicieron nada.

—Celebraron que otros te lo hicieran.

—Los chiquillos no tienen culpa.

—Los niños de hoy son los guerreros de mañana. ¿Vas a dejar que crezcan con esto en la memoria y arriesgarte a que después vengan buscando venganza?

Pensó en el niño Baalak, matando familias mientras otros mataban a la suya, atrapado en un ciclo interminable de violencia. Había una terrible lógica en las palabras de Jara, aunque ella las pronunciase con el rostro torcido de amargura.

—Para eso primero habrían de poder cruzar el Velo hacia Bosqueterno, y nosotros nunca volveremos a permitírselo.

Talía miró a Salazar, buscando algo de apoyo, pero este sacudió la cabeza con expresión adusta.

—En los últimos días he estado a punto de morir más veces de las que me apetece contar y no tengo ganas de cargarme también la cabeza con dilemas morales. Ambas tenéis razón, así que haced lo que os plazca. Yo me daré por satisfecho si no vuelvo a toparme con un puto krampo más en lo que me queda de vida.

Talía apretó los labios. Salazar tenía sus opiniones, pero que no estuviera pidiendo a gritos la muerte de hasta el último krampo lo delataba más de lo que él estaría dispuesto a admitir.

Decidida, se encaró de nuevo con su hermana.

—Vamos. Tú tampoco quieres hacerlo.

—La época de hacer solo lo que queremos se acabó en el momento en que estas coronas brotaron en nuestras cabezas. Somos reinas, Talía. Nuestro deber es defender Bosqueterno y enviar un mensaje a todos nuestros enemigos.

—Una reina también ha de saber cuándo mostrar misericordia.

—Eso hizo padre, y mira dónde hemos acabado.

—Lo de padre era más dejadez que auténtica piedad. ¿Quieres inaugurar tu reinado con las manos manchadas de sangre inocente?

—¡Ya están manchadas, Talía! —La voz de Jara se quebró—. Estos krampos están locos. Muchos pasaban a cuchillo a sus propios hijos en cuanto se veían acorralados y, a continuación, se lanzaban a buscar su muerte atacándonos con todo lo que tenían. Hasta los niños se tiraban a por nosotros, blandiendo armas más grandes que ellos. ¿Esos que ves ahí abajo, llorando sin atreverse a matar o a morir? No son normales, sino la excepción. He participado en muchas batallas, pero en ninguna presencié las cosas que he visto esta noche. No me atrevo a pensar en ellas aún, no como tú quieres que lo haga. No me lo pidas, te lo imploro, o me romperé. —Lágrimas oscuras rodaron por sus mejillas, y el corazón de Talía se encogió en un nudo al verla así de descompuesta—. ¡Que se pudran todos en sus agujeros por arrastrarnos a esto! ¡Si estamos atadas a un trono que nunca quisimos es gracias a ellos!

Talía bajó la cabeza. Entendía la rabia de su hermana, su confusión, su impotencia ante la aplastante responsabilidad que le había caído encima, cuando su único sueño siempre había sido

correr libre por el bosque con sus rastreadores y llenar sus días de aventuras. Y ella, ¿qué pintaba ella de reina? Jamás se habían imaginado en tal situación. Nada volvería a ser como antes.

«Tal vez no sepa nada de la guerra, como dijo Baalak. Tal vez, aun con esta corona, sigo siendo una blanda ingenua. Tal vez lo mejor sería darme la vuelta, cerrar los ojos y dejar que otros más capaces que yo hagan "lo que tiene que hacerse", y pasar el resto de mi vida oyendo estos gritos mientras me digo que era necesario, inevitable».

Pero no lo haría. No podía y, lo más importante, no le daba la gana *y se acabó*. Se la podía acusar de muchas cosas, pero nunca había sido realmente débil, ni cobarde, ni egoísta. Por fin se daba cuenta.

—Pero eso no significa que debamos renunciar a quiénes somos. No dejes que nos quiten también eso.

Jara bufó y apartó la cara. Talía la sujetó por los brazos, aún sin creerse que estuviera intercediendo por aquellos que no le habían traído más que sufrimiento.

—Por favor, hermana. Detengámonos aquí. Mostrémosles algo de piedad mientras aún podamos. No quiero que los gritos de esos indefensos me persigan durante el resto de mis días. Ninguna de las dos nos merecemos eso.

—En el calor del momento, prometí matar hasta al último de ellos..., pero ahora que nuestro pueblo ha recibido su venganza y te he recuperado sana y salva, solo quiero terminar con esto y volvernos para casa —musitó Jara, solo para sus oídos, y sonaba como cuando eran niñas y se acurrucaban en escondites hechos con doseles para confesarse sus temores más secretos.

—Entonces, hagamos justo eso.

La yedrasi fulminó con la mirada a los krampos que permanecían encogidos dentro del horrendo cerco rojo de su hermana. Sin duda,

estaban convencidos de que Flordemuerte les tenía reservado un final mucho peor que el que habrían sufrido a manos de los feys. Los de Bosqueterno, por su parte, aguardaban malhumorados las órdenes de Jara.

—Muy bien —gruñó esta, y alzó la voz—. ¡Fuerzas del Bello Pueblo, cesad los ataques! Mi hermana tiene otros planes para estos mortales. —Se giró hacia Talía, no sin cierto sarcasmo—. Todos tuyos, hermana. Aprovecha sabiamente tu instante de gloria.

Ella lo meditó durante varios latidos.

—Enseguida vuelvo —dijo, para sorpresa de Jara y Salazar.

Escrutada desde las almenas por una miríada de ojillos feys, se marchó corriendo de vuelta al patio interior y se detuvo frente al árbol de Baalak. Tuvo que alzar mucho la cabeza para llegar a verle la cara. Sus rasgos eran aún reconocibles, a pesar de la deformación causada por las plantas que brotaban de ella. Se estremeció con la sensación de que esas cuencas sangrantes y anegadas en flores aún la miraban con un rencor derrotado.

Canturreó. Unos zarcillos serrados surgieron en torno al cuello del caudillo, cortando la carne y separando las vértebras. Al poco, la testa cercenada aterrizó a sus pies con el tintineo de los medallones engarzados en la abundante melena. Talía la recogió con las puntas de los dedos, como si fuera algo venenoso y traicionero. Todavía se esperaba que volviera a la vida, que Baalak no estuviera muerto del todo. Que aquello fuese uno de tantos sueños febriles del que despertaría en el momento menos pensado, solo para descubrir que seguía presa en su celda y que Salazar estaba muerto.

Así que la alzó a la altura de sus ojos y la observó, grabándose a fuego en el alma la imagen de ese pellejo surcado por raíces de venas tan negras como su barba ensangrentada. Una cascada de frutos había reemplazado su lengua traicionera. Esa bocaza jamás

volvería a intrigar en ninguna corte, ni a arengar a sus tropas, ni a humillar a sus víctimas.

—Se acabó —le susurró a Baalak, y también a sí misma.

Inhaló las flores de sus cuencas, pero no halló en ellas ecos nuevos del caudillo. Las emociones se habían evaporado de sus pétalos, dejando tras de sí únicamente el aroma de su violento final.

Lo agarró por las crines de entre sus cuernos y regresó al patio de armas. Cuando se reunió con Jara y Salazar en el mirador, el brujo esbozó una sonrisita perversa de aprobación al ver lo que traía.

—Sí que me estás dando sorpresas hoy, hermana —dijo Jara.

Talía avanzó hasta el parapeto y levantó la cabeza de Baalak tan alto como pudo, mostrándosela a la ciudadela. Los krampos rompieron en lamentos, pero aquella muestra despiadada de triunfo desencadenó una reacción muy distinta entre los feys que momentos antes gruñían, disgustados.

—¡Viva Jaralina, la Reina Loba! —gritó alguien—. ¡Y viva Flordemuerte, la Reina de las Espinas!

Los gritos se propagaron como una fiebre, encima de la fortaleza y a sus pies. Pronto, decenas de feys, grandes y menudos, estuvieron aclamando su nombre.

Jara le dirigió una sonrisa tan burlona como deslumbrante. Salazar observaba la escena con un brillo complacido en sus ojos ojerosos, y Lucio, acuclillado tras sus piernas, levantó las cejas.

Talía parpadeó, atónita.

No podía creerlo. Bosqueterno la vitoreaba. No todos, pero sí los suficientes como para que sus ululares le sacudieran los tímpanos y le inflamasen el pecho como una tragantada del licor más fuerte, llenándole de calor los pulmones.

Pasado un instante de euforia, una oleada de amarga aceptación se le asentó dentro.

«Entiendo. Ya no os importa tanto que sea una aberración mientras enfoque mi monstruosidad hacia nuestros enemigos».

Aquello no era el amor que a ella le hubiera gustado. Pero, por lo pronto, era más que suficiente.

Cuando los vítores se apagaron, Talía inhaló una gran bocanada de aire. Nunca se le había brindado la oportunidad de dar un discurso público, pero se sabía capaz, y tener la cabeza de su enemigo en la mano le proporcionaba el valor para hacerlo. Baalak no era el único capaz de hilar las palabras para convertirlas en algo memorable.

«Quizá esa sea una de las poquísimas cosas que tuvimos en común».

A pesar del temblor que le secaba la boca, empezó a hablar. Apenas reconocía como suya esa voz que caía sobre la ciudadela como un aliento de escarcha, cerrando gargantas y erizando las carnes trémulas.

—¡Krampos que me arrancasteis de mi hogar y celebrasteis la destrucción de cuanto amaba, contemplad! Esto es lo que queda de vuestro líder y de vuestra maldita profecía.

Arrojó la testa cercenada hacia los krampos. Por cómo se cubrieron las cabezas y aullaron, parecía que les hubiese lanzado un pellejo de miasma en llamas a punto de explotar. Se apretujaban entre ellos, se encaramaban unos a otros en su desesperación por alejarse de ella. Baalak aterrizó en un vacío rodeado de cascos, que pronto se convirtieron en rodillas. Hubo gritos de espanto, sollozos. Los krampos más valientes alargaban las manos hacia lo que quedaba de su adalid, lamentándose, pero nadie se atrevía a tocarlo.

—Por si la violencia en la que ya existíais no fuera suficiente, también le declarasteis la guerra al Páramo y a Bosqueterno. Bien, pues habéis perdido. Miserablemente. Os han traicionado vuestras

convicciones, vuestros líderes y hasta vuestros dioses. Creísteis leer promesas de gloria en las estrellas del cielo, pero olvidasteis que este no es vuestro cielo, ni estas, vuestras estrellas.

Era consciente de que cada frase suya caía como un latigazo sobre sus espíritus magullados, quebrando cuanto les había dado seguridad en sus vidas. A partir de ahí, de ellos dependería si elegían desprenderse de sus dogmas rotos o seguir aferrados a ellos y hundirse con el lastre.

Jara se colocó junto a ella, y Talía le cedió el turno.

—Felicidades, patulea de desgraciados: habéis perdido esta sede; cuantos tesoros guardarais en ella nos pertenecen. Vuestros guerreros ahora engrosan las filas del Carroñero y, si vuestros mocosos no corren la misma suerte, es gracias a la misericordia de mi hermana, de la que sois completamente indignos.

Los que quedaban del clan de Baalak escuchaban con las testas hundidas, sin atreverse a levantar sus miradas huecas del suelo enlodado con la sangre de sus semejantes. De vez en cuando, algún fey les tiraba piedrecillas o los insultaba con carcajadas estridentes, pero la gran mayoría parecían contentarse con el desuello verbal al que sus dos reinas los estaban sometiendo.

Mejor. Si con eso conseguía que Bosqueterno dejase vivir a esos infelices, Talía se daría también por satisfecha.

—Nunca más seréis bienvenidos en los Bosques —prosiguió Jara —. Al krampo que veamos dentro de nuestras fronteras, sea de vuestro clan o de otro, lo mataremos al instante. Y, si creéis que tendréis más suerte con vuestras artimañas en otros reinos, estáis muy equivocados. La historia de vuestra traición se propagará hasta el último confín de las Tierras Feéricas. Estaréis contentos, mierdecillas: ahora contáis con enemigos a ambos lados del Velo. Así que más os vale aprovechar la oportunidad que mi hermana os

ofrece y huir con el rabo entre las patas al agujero del que salisteis, antes de que cambie de opinión y matemos hasta el último de vosotros.

Talía leyó sus expresiones devastadas y pensó que el «agujero» ya no existía. Esos krampos no tenían un mundo propio al que volver. Las nuevas generaciones ni siquiera lo habían conocido. Sus únicas opciones eran dispersarse por el mundo de los hombres y jugársela, o pegarse a otro caudillo y arriesgarse a que la historia se repitiera. El clan de Baalak había sido un bastión de poderío y esperanza para una especie entera, lo siguieran o no: su derrota suponía un golpe del que los krampos tardarían mucho en recuperarse, si es que lo hacían. Pero no sería Talía quien llorase por ellos. Ya les estaba dando mucho más de lo que ellos le habrían dado a ella.

Les dejaría vivir para que decidiesen qué hacer con el resto de sus días, y rezaría para que eligiesen un camino que los condujera a la paz. O a lo que más se le pareciera.

Jara la animó a retomar la palabra con un asentimiento. Flordemuerte tragó saliva y alzó la voz.

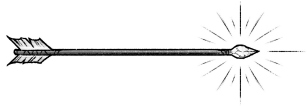
—Coged las provisiones imprescindibles y abandonad este sitio. Que esta fortaleza tornada en necrópolis permanezca a vuestras espaldas, como un monumento a vuestro fracaso.

Aunque no hallaba disfrute en nada de lo que estaba haciendo, no pudo evitar que un amago de sonrisita irónica le tensara los labios.

—Sé que, en las noches venideras, cuando os envuelvan el frío y la oscuridad, sentiréis la tentación de refugiaros en vuestras historias de glorias pasadas. Intentaréis lamer vuestro orgullo aplastado culpando de vuestros males a los feys, a los *murrul* o a este mundo maldito que se niega a doblegarse a vuestra voluntad. Cuando eso suceda, recordad: si habéis sobrevivido a esta noche para contar

vuestra historia, es gracias a la lástima de una medio fey, medio humana, y también hija del Desgarro, como vosotros.

Y, con ese último latigazo, hasta el krampo más estoico dobló la cerviz, incapaz de tragar una verdad tan humillante.



Los últimos del clan de Baalak desaparecieron en una penosa hilera a través del bosque mientras la canción de Flordemuerte se expandía por la ciudadela rebosante de muerte. Los trofeos que adornaban las fachadas florecieron, los miles de cadáveres amontonados por sus calles se dislocaron en abanicos de zarzas floridas, y la fronda creció como una marea voraz que lo engulló todo a su paso, hasta los mismos muros de la fortaleza. Talía cantó en el mirador durante horas, con la cabeza apoyada en el hombro de Salazar, mientras los feys contemplaban desde las almenas la propagación de aquel jardín con la fascinación de quien contempla un incendio cuando lo que se quema no le importa lo más mínimo.

Gozó viendo cómo la vegetación anegaba las calles, se tragaba las chozas y trepaba por las murallas. Su poder fluía con asombrosa facilidad. Cantó con pasión, sin descanso, mas en la creación de ese jardín no hubo la devoción mimosa que había volcado en el del Páramo.

Aquello era una manera brutal de marcar el territorio. Un mensaje escrito con los restos de los vencidos, diseñado para que su simple mención sobrecogiera a cuantos oyesen la historia de lo que allí había sucedido.

Los primeros rayos del amanecer bañaron la fortaleza, revelando a un titán desollado a medio devorar por mariposas carnívoras hechas

de pétalos, con huesos de piedra y madera cubiertos por arterias espinosas. La matanza había convertido el lugar en un terreno idóneo para la magia de Flordemuerte, cuyos resultados brillaban en una miríada de rosas, violetas, negros y escarlatas.

Los feys huyeron de la ciudadela en cuanto el primer muerto empezó a florecer. La mayoría se había retirado a los bosques de alrededor para atender a los heridos mientras aguardaban con impaciencia a que su reina... sus reinas... diesen la orden de partir.

Talía había insistido en retirarse a los pies del árbol de Baalak. Deseaba permanecer un poco más junto a él, con el apego del depredador que se acurruca sobre los huesos de sus presas después de comerse su carne. Allí, Salazar le había ofrecido el cobijo de su cuerpo, y Talía llevaba ya un rato arrebujada mansamente bajo su brazo. Ambos descansaban, sentados entre las raíces de su macabro árbol, mientras los mangalines correteaban por sus regazos, jugando a probarse todas las baratijas que habían encontrado en el castillo. Que Salazar les permitiera dar así la tabarra era prueba de su agotamiento, pero también de su felicidad por haber recuperado a Talía.

Lucio reposaba en cuclillas a la sombra de una almena, vigilando cuanto ocurría entre cabezada y cabezada. Había chupado luz de luna a lo largo de la noche, pero aún no estaba en condiciones de transportar a todo el mundo de vuelta a Bosqueterno.

—Dadme unas horas más, majestad —le pidió a Jara, cuando esta le preguntó cómo iba por enésima vez.

—Bah, al menos los heridos están estables. Nadie se morirá por esperar... Aunque no descarto que alguno se muera del asco. —Jara caminaba en círculos con los brazos en jarras, incapaz de estarse quieta—. Mi gente no acostumbra a pasar tanto tiempo a este lado

del Velo, y ya comienzan a acusar poderosamente la llamada de su hogar.

Como aquello tenía pinta de ir para largo, la dríade se acuclilló frente a su hermana y el nigromante. Los contempló durante largo rato, mordiéndose el carrillo con una incertidumbre que preocupó a Talía. Tras exhalar un suspiro melancólico, se hurgó la cabeza y extrajo un puñado de sus bellotas doradas de la victoria. Sin embargo, cuando se las ofreció a Talía, su expresión era de derrota.

—Toma, mi cosilla mustia. Come algo.

La mestiza las aceptó con una sonrisa. Tras dudar un momento, Jara se sacó otro par de bellotas.

—Y estas para ti, nigromante. Te las has ganado con creces.

Se las lanzó y él las atrapó al vuelo, perplejo. Una oleada de júbilo ensanchó el pecho de Talía. Aquello era mucho más que un regalo. Jara solo compartía sus bellotas con sus compañeros de batalla y con sus familiares más queridos.

Estaba aceptando a Salazar como uno de los suyos.

—Y otra para ti, cojuelo.

Lucio interceptó la suya con cara de pasmo. Los mangalines también recibieron una bellota cada uno, entre gorjeos felices, y pagaron el gesto de Jara cubriéndole las muñecas de oro y rubíes. Ella los dejó hacer, pero su mirada triste permanecía fija en la pareja.

—Talía... —empezó, en tono suplicante.

La mestiza inspiró hondo y se preparó para lo que intuía que se avecinaba.

—Deseo reinar tan poco como tú. Y me niego a llevar sola el peso de esta corona. No es justo.

—Nunca te dejaré sola, Jara.

—Pero quieres irte con él, eso es obvio. Y si no os lo estoy cuestionando, por mucho que me corroa las entrañas, es porque he visto hasta dónde es capaz de llegar este nigromante por ti. Y tú por él.

—Ni cielo ni infierno habrían podido separarme de ella. —Salazar asintió con solemnidad y le acarició la línea de la mandíbula con los dedos del brazo con que la rodeaba, estrechándola en una posesiva muestra de afecto.

Talía sonrió, ruborizada y con los ojos repentinamente húmedos. Le dolía el pecho, henchido como lo tenía de amor y agradecimiento hacia su hermana, hacia su brujo, hacia todos los que habían decidido que valía la pena luchar por ella. Jamás se había sentido tan afortunada.

—Ninguna tarea es demasiado grande mientras pueda compartirla contigo. Con gusto cumpliré mi deber, el que sea, pero ¿cómo podría ayudarte? El pueblo no me quiere, Jara. No como te aman a ti.

—¿Qué dices? ¿No has visto cómo te aclamaban? ¡La Reina de las Espinas, uuh! —Su hermana sacudió las manos en el aire—. Has convertido al regicida en un árbol terrorífico y devorado el hogar de su pueblo en un espectáculo digno de un cantar. Ahora te respetan, y no solo por llevar la corona. ¿Te parece poco?

—Me temen, Jara.

—¿Y qué? Nunca fuiste ni serás malvada con ellos, pero con nuestros enemigos te has mostrado formidable. Digo yo que no es mal comienzo para una reina. El terror impone respeto, en su justa medida. Y, a veces, hasta se torna en una suerte de devoción. Mira si no a tu nigromante, cómo están sus duendes con él.

Salazar enarcó una ceja, más divertido que molesto.

—*E* brujo *é* susto, pero *tamién jueno* —protestó Carbón mientras trenzaba un puñado de anillos en la melena de Talía.

Jara se rio entre dientes.

—¿Lo ves? Tú también tienes esas cualidades, y has sido lo bastante digna como para que la Tierra te otorgue su bendición. —Señaló la corona de Talía, la contraparte oscura de la suya propia—. Te aceptarán como reina y, con el tiempo, te amarán.

—Solo me aman cuando destruyo a sus enemigos, y solo si lo hago allende nuestras fronteras. Incluso coronada, sigo siendo una anomalía a la que detestan ver caminando entre ellos. Siempre se apartarán a mi paso, siempre esconderán a sus niños en cuanto huelan mi cercanía en el aire. Jamás dejaré de ser un recordatorio andante de que nada, ni siquiera ellos, está fuera del alcance del Desgarro.

La sonrisa de Jara se apagó y sus fosas nasales se dilataron.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Echar el culo fuera de toda esta situación...?

—¡Por supuesto que no!

—¿Y dejarme a mí el percal de devolver la tranquilidad a nuestro pueblo herido?

—Te he dicho que te ayudaré en todo lo que pueda, pero sanarán más rápido si no han de sufrir mi presencia constante.

—Talía —intervino Salazar—, sabes que en el Páramo siempre tendrás un hogar. Y tu jardín.

—¡Oh, cállate, vil seductor robahermanas! —barboteó Jara, frustrada ante lo que se intuía cada vez más inevitable. Después hundió el rostro en las manos y admitió—: Ya lo sé, ya sé que es contigo con quien se quiere ir, y no puedo hacer nada por evitarlo. No hace falta que busquéis la forma de decírmelo.

Compungida, Talía compartió una mirada con Salazar. Después le acarició la rodilla a su hermana.

—Nunca te dejaré sola, Jara —insistió.

Finalmente, esta levantó la cabeza. Sus ojos vidriosos centelleaban con una determinación que no admitía réplica.

—Entonces serás tan reina como yo, aunque no vivas en palacio. Atenderás todos los menesteres del trono que requieran tu asistencia y me visitarás regularmente, le moleste a quien le moleste —sentenció, siseando con retintín las últimas palabras, lo cual hizo que Salazar respirase hondo, con la misma expresión tirante que le salía cuando sus duendes ponían *muy* a prueba su paciencia.

—Por supuesto —terció Talía, dándole a su brujo un sutil apretón de «Yo me encargo» en el muslo—. Así podré ver a Adelfa, también.

—Al nigromante se le concederá un terreno cultivable en la fértil tierra de Bosqueterno. Allí se plantará lo que deseéis, siempre que no fastidie el equilibrio natural de la zona, y las cosechas serán íntegramente para el Páramo.

Toda crispación se esfumó del rostro de Salazar. Miró atónito a Jara y luego a Talía. Ella le tomó la mano con una sonrisa cálida.

—Si mi hermana lo dice, es que es verdad. No hay trampa ninguna.

El brujo tragó saliva. Una maravillosa luz se expandió por sus ojos. En el almenaje, las facciones arrugadas de Lucio se desfruncieron con una satisfacción tan profunda que, por un momento, pareció una criatura completamente distinta.

Acababan de recibir lo que siempre habían querido. Lo que desde un principio los había atraído a la corte de Bosqueterno. A lo que Salazar había renunciado a cambio de Talía.

Ya no tendría que renunciar a nada.

—Gracias —susurró este cuando logró reponerse, e inclinó la cabeza de esa forma solemne que ella encontraba tan encantadora.

—No nos las des tan rápido, Carroñero. Dado que tú te llevas a Flordemuerte, lo justo es que tus fuerzas no muertas permanezcan

al servicio de Bosqueterno. Tu ejército será parte del nuestro, y proveerás tu ayuda cuando te la pidamos. Le moleste a quien le moleste —repitió Jara, y, de nuevo, no se sabía si se refería a Salazar o a las gentes de los Bosques.

—Lo daba por descontado —respondió el nigromante, pero su tono irónico no ocultaba el regocijo que emanaba de él como un bálsamo luminoso, extendiéndose a Talía.

—Muy bien. —Jara se palmeó los muslos y se levantó de un brinco —. Ya lo acordaremos todo más detenidamente, mas habrá de ser en otro lugar y otro momento. Es hora de dejar atrás esta fortaleza abyecta, volver a casa y pensar en el futuro.

Enebro llegó hasta ellos.

—Jara, la gente se impacienta. Quieren saber cuánto más han de permanecer en este plano lúgubre. Estaría bien que te asomaras al bosque y hablases un poco con ellos, que se calmen los ánimos.

—¡Bah! Qué mala es la morriña. Bien, iré y les propondré algún juego con el que distraerse. Todo sea por salvar a nuestro noble Lucio de que le dé un patatús.

—Os lo agradezco de corazón, majestad —dijo este.

Jara se marchó con Enebro y dejó al resto de rastreadores montando guardia en los límites del patio.

En el silencio que se hizo a continuación, Talía fue consciente de que, por primera vez en lo que parecía una eternidad, Salazar y ella estaban a solas. De acuerdo, los mangalines seguían jugueteando en torno a ellos y Lucio cabeceaba a poca distancia, pero era fácil ignorarlo cuando él quería pasar desapercibido; como en ese momento, que les había dado la espalda, concentrado en hurgarse el agujero de la mano.

Salazar mandó a los mangalines a jugar en cualquier otro sitio que no fuese encima de ellos. Después se pusieron en pie

trabajosamente, apoyándose el uno en la otra. No se sabía cuál de los dos ofrecía un aspecto más lamentable, entre el polvo, la ropa desgarrada y las manchas de sangre.

—¿Es esto real? ¿Estoy soñando? —susurró ella, y le acarició el rostro, donde se adivinaba la sombra rasposa de una barba.

—Si es así, que nadie me despierte. —Salazar le tomó la mano y le besó la muñeca. Se quedó así, sintiendo su pulso en los labios, respirando su olor como si, a pesar de haber cruzado un mar de muertos, ella solo le oliera a flores.

—¿Cómo estás, Pedro?

—Hasta los huevos —confesó él en voz baja—. Mareado. Medio muerto. Más allá del límite de mis fuerzas. —Cerró los ojos y suspiró, apoyando su frente en la de Talía—. No me malinterpretes, estoy muy agradecido a todo el mundo por su ayuda, pero ahora mismo solo quiero retirarme a mi castillo y dormir durante un mes. O un año.

—¿Y por casualidad no habrá hueco en tu cama para una medio fey que probablemente se pasará una buena temporada llorando y hecha un desastre?

—Siempre. No tienes ni que preguntarlo.

Ella se dejó caer contra su pecho y ambos se fundieron en un abrazo. Salazar empezó a balancearlos muy despacio de un lado a otro y ella se rindió a su movimiento. Se acunaron mutuamente, como juncos enredados danzando sutilmente en la brisa. Ese gesto, tierno e instintivo, la hizo sentirse amada como un tesoro, protegida contra el cuerpo fuerte de su compañero. La inundó con la certeza de que, pasara lo que pasase, había sido bendecida con un amor verdadero que lo sobreviviría a todo. Incluso a la muerte, cuando llegase; ojalá que dentro de mucho mucho tiempo.

Tierra bendita. Cómo deseaba envejecer junto a él.

Salazar dio un paso atrás y la tomó de las manos. La luz suave de la mañana rompió sobre los muros y los primeros rayos directos del sol lo besaron de lado, arrancando brillos terrosos de sus ojos llenos de anhelo. ¿Estaría pensando lo mismo que ella?

—Talía —se atrevió por fin a sincerarse, en tono extenuado—, nunca he tenido mucho que ofrecerle a una princesa, no digamos ya a una reina. Tengo muertos, todos los que quieras. Un castillo algo ruinoso en necesidad de reparaciones, lleno de duendes y gatos. —Ella se rio por lo bajo, lo cual le arrancó una risilla a él también—. No puedo prometerte grandes festejos ni multitudes adorantes. Pero sería un honor..., sería un *sueño*... poder darte todo lo demás. —Acarició su mejilla con reverencia—. Te quiero, Talía, eso lo sabes. Te quiero como las venas quieren a la sangre. Mi corazón es tuyo, y mi carne, y mis huesos. Todos ellos. —Señaló al coloso desparramado, al hedor de los cientos de cadáveres que les llegaba desde el patio de armas, a los esqueletos que también habían participado en la batalla de la ciudadela y que en ese momento descansaban entre sus ruinas.

La sonrisa de Talía se ensanchó, y el corazón le dio un brinco cuando él se arrodilló, sin soltarle las manos. Sus rodillas crujieron, pero él no lo acusó más que con una leve mueca de incomodidad.

—Vente al Páramo conmigo. Ahora mismo está hecho una ruina, pero juntos podríamos reconstruirlo y transformarlo en algo hermoso. Eso lo tenemos en común, como tantas otras cosas: a ambos nos gusta *crear*. Y nada me haría más feliz que crear un futuro contigo, si tú me concedes el deseo loco de convertirte en mi esposa.

Una oleada de luminosa esperanza la recorrió, calentando su espíritu agotado como un abrazo hecho de rayos de sol. La luz inundó todas las grietas infligidas a su alma y desterró todas las

sombras que habitaban en ellas, y Flordemuerte exhaló un suspiro tembloroso de pura felicidad.

Atrapó esa gloriosa sensación en su interior. La saboreó. Notó cómo un hoyuelito se le formaba en la mejilla y, cuando por fin pudo volver a hablar, balanceó las manos de Salazar en actitud juguetona.

—¿Y subiremos a las torres para ver los colores del cielo?

—Cada atardecer.

—¿Y nos daremos largos baños en las termas?

Salazar enarcó una ceja de forma peligrosamente atractiva.

—Haremos de todo en las termas. Y donde quieras.

—¿Y prometes no regañar más a los mangalines por acurrucarse conmigo?

La comisura del brujo se levantó.

—Solo si tú prometes darme prioridad con los arrumacos.

—¿Y entrenaremos juntos? ¿Pasearemos en la araña por el cañón y cenaremos cada noche a la luz de la chimenea, contándonos historias con tus duendes?

Él asintió a todo.

—Sí. Y cuando nos hartemos, nos iremos a la cama, donde te abrazaré hasta que tenga que venir Lucio a separarnos haciendo palanca con el bastón.

Un leve bufido les llegó de las almenas. Se aguantaron la risa.

—¿Y seguiré teniendo mi jardín?

—¿De verdad lo preguntas? Talía, a partir de ahora, el Páramo entero será también tuyo para llenarlo con tus colores.

Ella se retorció de gusto ante la perspectiva, pero aún la corroía una última duda.

—Ahora también soy reina de Bosqueterno. No podré hacer tanto como Jara, pues mis poderes de poco sirven allí, pero... tendré que

honrar mi deber. Y tú también, si te conviertes en mi rey consorte. ¿Será eso...?, ¿supondría un problema para ti? ¿No te asusta?

Tras meditarlo seriamente un rato, él sacudió la cabeza.

—Yo me conformo con ser señor de mi propio hogar y de mi propia vida. No necesito más corona que esa. Pero, si aguantar las majaderías de tu corte es el precio que he de pagar por convertirme en tu marido, adelante. —Apretó sus manos con determinación—. Te tendré como sea. Paria, princesa, reina; tanto me da. Para mí seguirás siendo Talía.

Sus labios se torcieron con una sonrisita maliciosa que la dejó sin aliento e hizo que le temblaran las piernas.

—Además..., ¿el Carroñero, rey consorte de Bosqueterno? Con gusto aguantaré el chaparrón, solo por ver la cara que se le queda a más de uno.

Entonces, la duda le apagó la sonrisa. El corazón de Talía se encogió al verlo titubear con el ceño fruncido.

—Pero ¿qué me dices de ti? ¿Es un brujo nigromante lo bastante bueno para una reina de las hadas?

Talía se inclinó y le borró la preocupación del rostro con un aluvión de besos.

—No necesito príncipes ni reyes. Para mí no hay ninguno más digno que Pedro Salazar, el hombre más hermoso que jamás he conocido, por dentro y por fuera.

Se dejó caer de rodillas frente a él y le echó los brazos al cuello. Le dio un beso largo y profundo que él le devolvió con creces, rodeándole la cintura y atrayéndola hacia sí con un ruidito de profunda satisfacción que le reverberó por todo el cuerpo.

Cuando por fin se separaron, respirando entrecortadamente, Salazar sonreía de oreja a oreja.

—¿Eso es un «sí», entonces?

Con picardía deliberada, Talía se puso en pie y alargó un brazo hacia el tronco de Baalak. Empezó a tararear ante la mirada confusa del brujo, que seguía de rodillas. Un zarcillo lleno de trocitos de hueso se escindió del árbol y cayó en sus manos, donde se enroscó hasta formar una guirnalda del color de la sangre coagulada, con orgullosas espinas que apuntaban hacia arriba, engarzadas con flores negras y gemas hechas a partir de los huesos rotos del caudillo.

—Esta es toda la corona que necesitamos.

La posó con mimo en la cabeza plateada de Salazar. Le quedaba como un guante, y, cuando él la miró desde abajo con los ojos chispeantes de complicidad, le quedó más claro que nunca que eran tal para cual.

—Me gusta como piensas, mi reina.

Ella se contoneó, muy satisfecha consigo misma. No se le escapó la forma en que Lucio sonreía por encima del hombro, todavía replegado en la sombra. Transmitía la energía de una madraza que acababa de asegurar el matrimonio más auspicioso para su único hijo.

Talía esperó a que el brujo hiciera o dijese algo, mas él seguía con la rodilla hincada en el suelo. Había cierta rigidez en su postura, como si le doliera algo. Ella le tiró con suavidad de las manos.

—Ya te puedes levantar, mi amor.

—No, si ya, pero estoy que... —Él carraspeó—. La Virgen, que no me responden las piernas. Discúlpame, Talía. Ha sido una semana muy larga.

Tras un par de intentos, logró levantarse con esfuerzo. Al estirarse, todos sus huesos parecieron crujir al unísono, y él gruñó, más exasperado que realmente dolorido.

—Necesito un baño caliente, una sopita de las de Martín y acostarme —masculló, frotándose las lumbares.

A Talía le entró la risa floja. Qué maravilla, poder reírse así de nuevo, después de tanto horror. Salazar la miró con los ojos entornados, sonriendo él también, aunque no supiera por qué.

—¿A qué viene tanta risa?

—Nada, que al final es cierto eso de que la vida imita al arte.

—¿Cómo?

Talía retrocedió un par de pasos, alzó los brazos como si sostuviera unas castañuelas y canturreó:

—Yo caseme con un *vieyu*...

—¡Pero bueno! —exclamó él con falsa indignación. Luego soltó una carcajada, la atrajo hacia sí y se mecieron juntos mientras ella seguía tarareando aquella canción absurda.

—Te quiero, Talía.

—Y yo a ti, Pedro. Para siempre.

—Para siempre.

Se miraron a la luz del amanecer, bebiéndose el fulgor del otro. Ella le posó las manos en el pecho. Salazar le acunó el rostro entre las manos y la contempló como si fuera un milagro hecho carne. Lo cual estaba bien, porque ella lo veía a él del mismo modo. Su Carroñero se inclinó sobre ella y la atrapó en un beso lento y profundo. La batalla había dejado en sus labios el regusto metálico de la sangre, pero a ella no le importó. Sabía a victoria. A nigromancia. A un hogar de muerte y renacimiento, de besos polvorientos de polillas y belleza profana. Se rindió al calor de ese beso, que la recorría de pies a cabeza, aliviando las sombras púrpuras de su rostro y devolviéndolas a los suaves rosas de la felicidad.

«Mira, mamá. Lo conseguiste. Lo conseguimos».

Una lágrima roja de felicidad le bajó por la mejilla. Y, por un momento, le pareció oír los ecos de una risa femenina en el susurro de los lirios que abrazaban las ramas de Baalak, ungidas con el color del óxido y de la sangre.

—Llévame a casa como tu esposa, mi nigromante, y seamos los reyes de nuestro pequeño paraíso de huesos en flor.

EPÍLOGO
(SEIS MESES DESPUÉS)



Érase una vez un rincón escondido entre dos mundos. Un lugar traicionero para el incauto, que protegía sus secretos tras un sudario de calima, zarzales impenetrables y viento aullador.

Allí, visceral como un deseo profundo que se negaba a ser ignorado, crecía un jardín en expansión lenta pero constante. Trepaba por las ruinas antaño peladas, llenándolas de rincones deliciosos en los que los duendes se acostaban a la sombra de doseles de pétalos, acunados por las canciones de su señora. Colmaba los laberínticos pasajes del cañón con un entramado de telarañas espinosas, que solo les abrían el paso a unos pocos privilegiados. En ellas reposaban incontables centinelas de hueso abrazados a sus armas, suspendidos en un sueño sin sueños. En cuanto el más mínimo movimiento los arrancaba de sus nichos, ellos empuñaban sus filos y echaban los cuernos hacia delante, prestos a defender lo que en vida habían intentado destruir. Las flores más bellas crecían sobre ellos, fortaleciendo su hierro con púas y sus dientes con veneno letal.

Adentrarse en aquel pequeño reino era quedarse sin habla. En esos instantes en los que el silencio se volvía absoluto y veías cómo los muertos se arremolinaban a tu alrededor, escudriñándote con sus cuencas en flor y sus lenguas de zarcillos, el olor de la muerte se te colaba dentro, y parecía que era ella la que te estaba olfateando a ti, considerando añadirte a su colección de hermosos horrores.

Solo aquellos con suficiente amor en sus corazones eran capaces de soportarlo y seguir caminando hacia el castillo. Y eso estaba muy bien, porque los señores del Páramo detestaban a los visitantes no invitados, a menos que estos llegasen por las charcas. Esos daban muchos menos problemas.

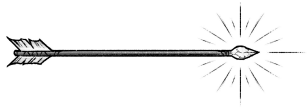
Cuando se daba el segundo caso, el lugar se estremecía con los berridos de los carontes. A veces chillaban tan alto que despertaban al coloso que yacía como una catedral volcada a las puertas del Páramo, recuperándose aún de sus heridas. Alzaba sus tres cabezas como un sabueso lentísimo y, al sentir la carne fresca en el aire, comenzaba su réquiem de ultratumba. Esto siempre le sacaba una sonrisa al señor, pues el trabajo se le hacía menos arduo si, de fondo, oía cantar a aquel al que su esposa y él habían bautizado humorísticamente como Cerbero.

Gatos y seres de sombra correteaban en pos de criaturillas no muertas por los salones de un castillo pálido y escarpado, cual araña gigantesca que contemplara sus dominios desde la cima de su barranco. También por su cuerpo, desnudo durante tanto tiempo, trepaba un manto de vivos colores. Sus balcones sangraban vegetación colgante. Raíces gruesas fortalecían sus ventanales, enriquecidos con hermosos vidrios forjados por los artesanos de Bosqueterno. Las grietas resultantes del ataque krampo habían sido amorosamente rellenadas con una pasta de huesos y musgo violeta,

pues para el Carroñero y su Flordemuerte no había mejor argamasa que la que se hacían con sus enemigos derrotados.

Muchos los habrían descrito como «aberrantes», pero a ellos ya no les importaba. Sabían que esa palabra, por sí misma, carecía de sentido. Lo que para unos era un rincón de pesadilla, para ellos era un hogar de ensueño en el que dejar volar juntos su imaginación. Un lugar fértil para la creación y el amor. Su propio Edén oscuro, hermoso y tangible y hecho a su perfecta medida.

Y esa era la única verdad que importaba.



Salazar sospechaba que Talía se traía algo entre manos antes incluso de que sus duendes empezaran a comportarse como si estuvieran tratando de ocultar un asesinato.

—¿Debería preocuparme?

—¡Por supuesto que no!

Talía lo llevaba cogido de la mano a través de la galería que llevaba al pabellón. En torno a ellos, las raíces trazaban espirales caprichosas por los muros, entrando y saliendo de ellos en una curiosa simbiosis de no piedra y vegetación. Salazar se mordió el carrillo cuando un coro de susurros excitados surcó la bóveda sobre sus cabezas. Una estampida de humarejos los adelantaba, deslizándose entre la fronda violácea. El anochecer, todavía fresco, pintaba de añil profundo el Páramo y las flores nocturnas comenzaban a abrirse con un resplandor frío y titilante. Eran estrellitas florecidas de magia nigromántica, y sus constelaciones cubrían la bóveda y brotaban como diamantes de las paredes. Salazar presenció con orgullo que más lucecitas verdosas

despertaban allende las ventanas, iluminando los jardines. Cada noche era como presenciar cómo nacía el firmamento. Por muchas veces que lo viera, siempre lo dejaba sin respiración.

Con cada día que pasaba, su esposa y él descubrían nuevas maneras de volver el Páramo más fuerte y hermoso. Esa había sido su prioridad los últimos meses: sanar, reparar, refugiarse en el otro. Amén de conjugar sus nuevas responsabilidades con la vida de recién casados. Y, aunque ambos habían expresado su deseo de intentar concebir en algún momento, en especial Talía, habían decidido tomarse esa parte con mucha calma. En el caso de que pudiesen tener descendencia, no les apetecía que su primogénito fuera el siguiente en la línea de sucesión al trono. Mejor dejarle el privilegio a los de Jara, cuando los tuviera.

Además, después de todo por lo que habían pasado, lo que más deseaban era disfrutar el uno del otro. Redescubrir lo que era sentirse a salvo. Necesitaban purgarse del pasado antes de lanzarse de cabeza al futuro.

—Pero cerrad los ojos, mi rey. —Su esposa le guiñó un ojo, juguetona—. Es una sorpresa.

Salazar obedeció, no muy convencido.

—Ya sabía yo que algo tramabas cuando no insististe en acompañarme a la incursión de esta mañana.

—Oh, ¿tan obvia he sido?

Y tanto. Desde que regresaran al Páramo y empezasen su nueva vida, Talía no se despegaba de Salazar a menos que no le quedara más remedio. Se buscaban constantemente, aunque fuera solo por el placer de existir en la compañía del otro. Él y su escolta nigromántica la acompañaban a Bosqueterno siempre que podían, y Talía nunca dejaba que Salazar se fuera de rapiña sin ella. Sus poderes se multiplicaban cuando iban de la mano. Si cada uno era

una fuerza de la naturaleza por derecho propio, juntos se convertían en algo digno de temer.

—Eso y el hecho de que, a mi regreso, no me hayas visitado en las termas. Llego a mis dominios, ahíto de muerte y desolación, privado de la deliciosa compañía de mi esposa...

A Talía se le escapó un ronquido cómico. Salazar entreabrió los ojos y tiró de la mano con la que ella lo guiaba, atrayéndola hacia sí. Le rodeó la cintura con un brazo y le susurró:

—Y, cuando uno cree que sus tribulaciones no pueden ir a más, resulta que su mujer ni siquiera lo está esperando en las termas, desnuda y cariñosa como a él le gusta...

Le enterró la cara en el hueco del cuello, donde sus campanillas de doncella colgaban en lustrosos racimos. Ella soltó una risita y le palmoteó el pecho, fingiendo resistirse, pero acabó acariciándoselo. Sus collares tintinearon bajo sus manecitas, y Salazar ronroneó al sentirlas descender por su vientre hasta engancharlo picaronamente del cinturón, una exquisitez de cuero trenzado con clavos de hueso y plata. Le habían insistido en que acudiera bien arreglado a... lo que fuese aquello.

—¿No me has echado de menos? Porque yo a ti sí. El campo de hoy te habría gustado. Tranquilo. Con buen botín.

—Por supuesto que sí. Terriblemente. Pero teníamos que ultimar unos detalles pendientes.

Salazar le mordisqueó la punta de esa preciosa orejita rosada. No podía resistirse a tocarla, a olerla, a saborearla. Talía era el deleite de sus sentidos, pura droga para su alma. Aunque le gustaba más cuando no llevaba nada encima, lo cierto era que estaba preciosa con ese peplo violeta oscuro que realzaba la blancura rosada de su piel y el granate de su larga cabellera, salpicada de lianas, trencitas y cuentas de hueso y pedernal. Calaveras de cuervo pendían de sus

orejas. Sus flores crecían a puñados en sus sienes y se prolongaban hacia los extremos de su corona, a medias entre una peineta y una diadema de mártir. Parecía una bruja nocturna, una reina vampira, nacida para danzar sobre los túmulos a la luz de la luna.

Y él se moría por unirse a su baile. En horizontal, a ser posible.

La arqueó contra su cuerpo y la inclinó hasta tenerla casi reclinada entre sus brazos, con los labios entreabiertos a apenas un suspiro de los suyos. Le complació ver que ella se echaba hacia delante, buscando instintivamente ese beso que él no llegaba a darle.

—«Teníamos». Qué poco me tranquiliza ese plural. ¿Tú y quién más?

—Uy, todos. Hasta Lucio estaba compinchado. ¿No ha sido él quien te ha dicho que te bañaras tranquilo, que yo iría a llamarte cuando estuvieras limpito y arreglado?

—Lo sabía. Cojuelo traidor. Mi venganza será terrible. Y tú la sufrirás antes y más que nadie —gruñó, apretando las caderas contra ella.

Talía soltó otra de sus deliciosas risitas y le rodeó el cuello cariñosamente con los brazos.

—¿Qué es esto, mi señor nigromante? ¿Me habéis traído un regalo de allende el Velo? —Miró con intención hacia abajo, donde el deseo frustrado de Salazar le presionaba el bajo vientre. Aunque quizá no permaneciera frustrado mucho más, a juzgar por cómo a ella se le había entrecortado la respiración.

—Sí, mi reina. —Le siguió el juego con una sonrisa predatoria—. Un hueso muy misterioso, cuya procedencia espero que me ayudéis a investigar...

—Oh. Parece muy grande y duro. Sin duda, debió de pertenecer a una bestia temible.

—No os hacéis una idea. Solo vos podríais domarla...

—¡Pardiez, qué noche tan aciaga para tener oídos! —rasgó la voz de Lucio, sobresaltándolos.

Talía se ruborizó con los labios apretados en una sonrisa cohibida. Salazar se desinfló con un gruñido de contrariedad, y se enderezó para encontrarse al cojuelo esperándolos más adelante en la galería.

—Bien te está, por pegar la oreja.

—Os estabais retrasando demasiado, tortolitos. Nuestros invitados se impacientan.

El brujo quería preguntarle quién demonios eran esos «invitados» y cuántos, exactamente. Por no mencionar que su padrino vibraba con una anticipación nada típica en él, y quizá eso fuera lo más inquietante de todo. Sin embargo, antes de que pudiese abrir la boca, Talía lo cogió de las manos y, entre Lucio y ella, lo llevaron a toda prisa hacia la entrada del pabellón.

El interior quedaba oculto por una tupida cortina de flores lilas. Lucio se adelantó para abrirla, y su sonrisa dentuda hizo que Salazar frunciera todavía más el ceño mientras era gentilmente empujado al interior de la estancia.

—¿Qué habéis liado ya...?

Se cortó en seco al ver una larga mesa a rebosar de manjares humeantes.

—¡Hombre, por fin el invitado de honor nos digna con su presencia!

Impresionante en su peplo cobrizo y sus alhajas doradas, Jara soltó su copa en la mesa y se levantó con los brazos tan abiertos como su sonrisa. Su lobo reposaba a los pies de su asiento. Miró de refilón a Salazar y luego procedió a ignorarlo, concentrado en los humarejos que se deslizaban entre las sombras.

Adelfa y Martín interrumpieron su jovial conversación para recibirlo con el mismo entusiasmo, saltando de sus sillas altas. No le extrañó

verlos juntos. Habían establecido una bonita amistad en los últimos meses, y su pasión compartida por la cocina se hacía evidente en el opíparo banquete dispuesto por toda la mesa. El olor de las salsas, la miel y la carne envuelta en hojaldre le hizo la boca agua.

—Pero ¿qué...?

Los mangalines corretearon a su alrededor con gorjeos estridentes, cambiando de un animal a otro mientras le tironeaban de la aljuba y le pasaban por entre los pies.

—*¡Fiezta, fiezta, fiezta!*

—¡Felicidades, buen brujo! —Adelfa fue hacia él y lo tomó de las manos con un cariño maternal que todavía lo desarmaba.

Los visitaba al menos una vez por semana, pero, al igual que Jara, nunca se quedaba más de una noche, para así evitar los efectos nocivos del Páramo. Salazar se había ablandado rápidamente ante su calidez genuina. La consideraba una especie de suegra solícita y agradable, que hacía muy feliz a su esposa y, por consiguiente, a él. Debía de ser la única «de fuera» cuya presencia jamás lo había importunado en el Páramo, por imprevista que fuese.

No podía decir lo mismo de Jara, aunque el haber ido juntos a la guerra los había ayudado a limar bastantes asperezas. Se llevaban bien, que no era poco, considerando que tenían que compartir a Talía, cuando a ninguno le apetecía lo más mínimo.

—¿Felicidades? ¿Por qué...? —musitó, mirando desconcertado a su mujer.

—¿De verdad? ¿Ya no te acuerdas ni de en qué día vives? ¡Es tu cumpleaños, mi amor!

Virgen santa, ¿ya? Con tanto como saltaba de un lado a otro del Velo, lo más probable era que hubiese cumplido los veinticinco días atrás; semanas, incluso. El tiempo en las Tierras Feéricas no era una ciencia exacta.

—¿Habéis montado todo esto... porque cumplo años?

Ellos asintieron con grandes sonrisas de satisfacción.

Salazar tragó saliva, preso de una emoción extraña que no supo reconocer. Algo muy dentro de él se ablandó y cedió, y la sensación de vulnerabilidad fue tan avasalladora que se puso rígido. De pronto, volvía a ser ese mozuelo silencioso y escurridizo que se veía obligado a envidiar a los demás mientras observaba la fiesta desde lejos.

Excepto que esa vez la fiesta había acudido a él. Lo que estaban celebrando era... a él. El simple hecho de que estuviese vivo. Con ellos.

Casi se enfadó al notar que algo le picaba detrás de la nariz y los ojos.

—¡Qué despiste tiene el señorito! Menos mal que contamos con mi calendario... —Martín puso los ojos en blanco y se rio a carcajadas. Se le veía feliz.

No, feliz no. Extasiado. Eufórico.

Hasta Lucio sonreía con un brillo predatorio en los ojos, apoyado en su bastón.

Salazar entornó los párpados. Ni que fuese la primera vez que Jara y Adelfa venían a cenar al castillo. ¿Por qué todos lo observaban con esas sonrisas de regocijo tan siniestras? ¿Qué trastada se traían entre manos?

—Me he tomado la libertad de organizarte un regalo con ayuda de los aquí presentes. Espero que no te moleste —le dijo Talía, y lo hizo girarse hacia la pista de baile.

Los cristales del pabellón habían sido reparados no hacía mucho. Hiedra rojiza trepaba por las columnas e inundaba la bóveda, cuyas flores soltaban una tenue pero constante llovizna de pétalos, que caían apaciblemente sobre el suelo de piedra pulida, al fin libre de polvo y escombros. Incrustados en lo alto de cada columna, brazos

de hueso sostenían faroles de fuego feérico. Varias calaveras con luces en los ojos y melenas de campanillas traslúcidas flotaban despacio por el pabellón, bañando la pista con luces lilas en perpetuo movimiento.

Bajo las luces cambiantes, había un quinteto de humanos vestidos con vivos colores y gorros estrafalarios. Ninguno parecía mucho mayor que él.

Su primer instinto fue acorralarlos, neutralizar a los intrusos. No obstante, antes de alzar la primera esquirla, reparó en que todos parecían a punto de cagarse encima. A primera vista, no parecía que entendiesen muy bien dónde se encontraban. Se abrazaban a sus instrumentos como si estos pudieran protegerlos de aquel entorno macabro, de los feys que los contemplaban con anticipación, de las calaveras que levitaban sobre ellos, abriendo y cerrando sus colmillos reforzados de hierro. Una docena de esqueletos armados montaban guardia en semicírculo tras ellos. Su mera proximidad parecía mantener a los forasteros clavados a los cojines que habían sido primorosamente dispuestos en el suelo para ellos.

Se le descolgó la mandíbula.

—¿Talía...?

—¡Son músicos, mi amor! —exclamó ella—. ¡Músicos humanos, traídos de allende el Velo!

—Cielos sangrantes, Talía, que de verdad me has secuestrado a un puñado de sopistas —farfulló él, demasiado atónito como para avergonzarse de lo estrangulado que sonaba.

Jara se apoyó en la mesa, doblada de la risa.

—No temas, los trataremos bien —lo tranquilizó su esposa—. Tocarán para nosotros toda la noche y después los devolveremos al mismo sitio del que los recogimos, con los bolsillos llenos de joyas.

¿Verdad que sí? —Miró a los mangalines, que se habían detenido junto a Lucio.

—Joyas gordas y *gonitas* —asintió Carbón.

—Y les he hecho prometer a Lucio y compañía que no sufrirán ningún daño. —Talía titubeó, estudiando a los músicos de refilón—. Bueno..., aparte del susto que se han llevado.

Salazar enarcó una ceja escéptica hacia Lucio.

—Así es, brujo. Ya les hemos soplado un polvillo del olvido. Pronto se relajarán, y mañana recordarán esta noche como un sueño difuso. —Su padrino le devolvió una sonrisa como un cepo.

El nigromante se aguantó una risita sardónica. Sus duendes no les harían daño, pero nada los libraría de alguna trastada antes de que retornaran a la posada de la que los habían hurtado. Se apostaba el pellejo a que esos pobres músicos despertarían confundidos y agitados, solo para encontrarse con que alguien —o algo— les había afeitado las cejas y pegado la ropa interior al culo con cera.

Por suerte para ellos, su mujer era una anfitriona generosa. Con las joyas que descubrirían en sus bolsillos, podrían renovar todo su armario y hasta comprarse un culo nuevo si hacía falta.

—He intentado que coman algo, pero se niegan a probar bocado —explicó Adelfa con aires de una abuela frustrada cuyos nietos no se dejan cebar—. ¿No queréis ni un pastelito? Estos los podéis comer los mortales, no pasa nada.

Los músicos se encogieron aún más en sus cojines. Finalmente, uno sacudió la cabeza, sacando cortesía de su temor.

—Estamos bien, señora. Gra-gracias.

—Pues si no vais a comer, entonces tocad lo que os pida el nigromante —los instó Jara, sentándose de nuevo. Como los humanos seguían petrificados, animó a Salazar con una sacudida de la mano—. ¡Venga, todos tuyos!

Él tomó asiento en el sillón que le habían preparado, en la parte central de la mesa. Talía se sentó a su lado. Mientras él y los demás se llenaban los platos de esa comida que olía a gloria, Salazar se dirigió a los sopistas.

—Empezad con lo que toquéis habitualmente.

Tras muchos carraspeos y varias notas desafinadas, los músicos por fin atinaron a sincronizarse con una agradable melodía que Salazar reconoció al momento. La había oído muchas veces en la plaza de Montefierro. Cuando la pareja de vocalistas empezó a cantar, armonizando sus voces a pesar de su inquietud, Salazar casi se atragantó con su bebida.

Eran buenos, muy muy buenos.

Aquella emoción inexorable volvió a recorrerlo con fuerzas redobladas. Se quedó mirando al frente, conmovido por el contraste entre la música humana y aquel entorno mágico donde los muertos florecían y los feys y los malditos compartían mesa felizmente.

La canción dio paso a la siguiente, y a la siguiente. Cada compás se clavaba certero en su interior, desenterrando recuerdos como solo la música podía hacer. El nudo en su garganta le dificultaba tragar.

Talía lo observaba, mordiéndose el labio, a la espera de su veredicto. Salazar se apresuró a tomarle la mano y besarle el dorso con devoción. Estaba preciosa. Era preciosa, toda ella, y volvía igualmente hermoso todo lo que tocaba.

—¿Te gustan?

—Me encantan. Son perfectos. Estoy maravillado.

La sonrisa de Talía brillaba más que todas las estrellas del Páramo juntas.

Mientras duró la cena, Salazar se sintió como si fuera él el humano hechizado en un sueño imposible. Todos conversaban y se pasaban la comida y el vino entre risas. Con cuidado de no eclipsar la música,

Jara les habló en inusual voz baja de los pretendientes absurdos que le llegaban de otros reinos y de cómo ella, con ayuda de la diplomática Talía, ideaba formas hilarantes de disuadirlos, pero sin que eso perjudicase las relaciones entre los reinos. Adelfa y Martín compartían apasionados consejos domésticos. Lucio escuchaba absorto las canciones de los humanos, tamborileando sin darse cuenta con los dedos sobre el mantel.

Poco a poco, los músicos se desinhibieron. Los polvillos de sus duendes debían de estar haciendo su efecto. Quizá comenzaban a darse cuenta de que no corrían tanto peligro como temían en un principio y consideraban que esmerándose aumentaban sus posibilidades de salir de allí sanos y salvos. Se pasaron a piezas más animadas, cantaban con más brío.

—¡Bien, ya he comido! ¡Ahora hay que bailar! —anunció Jara, para regocijo de Talía—. Vamos, cuñado, enséñanos qué canciones hacen moverse a los humanos.

El brujo apenas había bebido, pero se sentía lo bastante borracho de felicidad como para permitirse desechar buena parte de su fachada seria. El júbilo fluía a su alrededor con una facilidad contagiosa. Lo pensó un momento. Por fin, la elección lo golpeó de lleno, y casi sonó como el muchacho que nunca había podido ser cuando se enderezó en su silla y exclamó:

—¡Espera, ya la tengo! ¿Os sabéis esa...? Coño, ya ni me acuerdo del nombre. ¿Esa que iba de una moza con una raja en la falda que hacía que uno se chocara con el carro...?

—¡Claro que sí! —respondió el guitarrista.

La percusión arrancó, brusca y viva, y uno de los cantantes arrojó a la pista el primer verso con el descaro de un puntapié.

Y era una tarde loca y caliente, en la que el sol dábame en la frente...

—¡Toma! —Salazar dio una palmada en la mesa y rompió a reír.

Hacía tiempo que sus carcajadas habían dejado de sonar como graznidos estridentes por el desuso. La vida con Talía estaba demasiado llena de risas como para no practicar.

Jara se levantó, seguida de Adelfa, y corrió a sacar a Talía a la pista. Ella tomó la mano de Salazar.

—¡Baila con nosotras!

—Luego, luego. Diviértete tú, que yo me conformo con mirarte mientras me termino esta comida tan buena.

Tras darle un sonoro beso, Talía se unió a las otras dos en la pista. Mientras se adaptaban con pasos tentativos a ese ritmo de allende el Velo, Martín se les sumó, correteando a lo que daban sus piernas cortas. Se remangó los faldones del hábito y se los sacudió, girando sin la elegancia de las mujeres, pero también sin un ápice de vergüenza.

—¡Así, así, como hacen las humanas! —las animó.

Sus cabriolas les arrancaron chillidos de risa al resto. Lo acogieron en el corro y empezaron a imitarlo.

—¿A que me sale bien, señorito?

—¡Artista, artista! —lo jaleó el brujo.

El aya y las dos reinas giraban una mano en el aire y con la otra se alborotaban las faldas con salero, enseñando sus pantorrillas mientras daban vueltas en un remolino de sedas y colorines. Salazar y Lucio tocaban palmas, encantados con el espectáculo. Los mangalines galopaban por toda la pista, persiguiéndose con los humarejos. Le recordaban a los niños que en todas las fiestas

acababan corriendo descontrolados entre las piernas de los adultos, y algo se removió dentro de él al reparar en el símil.

Solo los carontes faltaban en ese cuadro, pero esos nunca habían tenido gusto por la jarana. Preferían oírla desde la distancia, cómodamente recluidos en sus madrigueras.

Y los muertos. A esos, Salazar los llevaba siempre en el corazón. Casi le parecía ver sus siluetas, bailando entre los vivos como un espejismo de luces y sombras. Si desenfocaba un poco la vista, la plaza de Montefierro y la pista del pabellón se superponían ante sus ojos. Por un instante, hasta creyó oír las socarronerías de sus hermanos y hermanas, la risa pudorosa de su madre mientras su padre la sacaba a bailar delante de todos los vecinos.

Por fin, podía contemplar el pasado sin que le desgarrase el alma. En su memoria había muchas partes borrosas tras el asalto al Páramo, pero de una cosa sí se acordaba: cuando estuvo frente al último velo, ellos acudieron a esperarlo al otro lado. Y no estaban enfadados, no le guardaban rencor.

Sabían quién era y lo que había hecho, y lo querían igualmente. Podía dudar de mucho de lo que había visto y sentido entonces, pero de eso estaba seguro. Aunque no pudiera explicarlo.

Cuando pensaba en ello, un peso enorme se evaporaba de sus hombros. Era como si el velo que separaba las existencias le posara una mano reconfortante en el hombro y le susurrara: «Puedes ser feliz».

Y lo era mientras contemplaba la belleza que lo rodeaba.

Su propia casa. Su propia fiesta con músicos e invitados felices. Su propia esposa, que parecía sacada de un cuento.

Su propia familia, a la que querer y proteger. Una que lo amaba como para haberle traído un pedazo de un mundo del que él jamás había podido formar parte realmente. Hasta ese momento.

Se frotó discretamente el rabillo del ojo. Lo sobrecogía la intensidad de sus emociones; la fuerza con la que habían enraizado dentro de él, como decididas a no dejarse arrancar nunca más por nada ni nadie. Un año atrás, algo así se le habría antojado imposible. Tal nivel de plenitud no podía existir en un mundo ensombrecido por el Desgarro, y menos para la gente como él. Pero ahí estaba, relumbrándole dentro de un pecho en el que no le cabía más felicidad.

«Quizá, si luchas lo suficiente por ella, la luz siempre encuentra una manera de abrirse paso a través de las tinieblas».

Talía regresó junto a él, contoneándose de ese modo ridículamente coqueto que siempre le sacaba una media sonrisa. Se dejó caer en su regazo y le echó los brazos al cuello. Le brillaban con el sutil polvillo luminiscente de los pétalos que caían de la bóveda.

—¿Y será verdad que no vas a bailar con tu esposa?

—Ya sabes que no soy de bailar suelto. —Salazar giró el cuello para besarle la cara interna del codo.

—Entonces te agradará saber que acabo de pedirles a los músicos, con estas mismas palabras, «una para bailar agarrados».

—Qué esposa tan previsora. Verdaderamente, soy el hombre más afortunado del mundo.

Talía se echó a reír, pero él hablaba en serio.

Se dirigieron a la pista cogidos de la mano. Las cuerdas iniciaron un vaivén calmado, pulsante, como el del corazón solitario que comienza a anhelar algo con fuerza. Su esposa colocó una mano en la suya y posó la otra en su otro brazo, mientras él le rodeaba la parte baja de la espalda. Empezaron a moverse de lado a lado, en círculos lentos. Era consciente de que todos se habían apartado para dejarles la pista y que los estaban mirando, pero le dio igual.

Era fácil olvidarse de todos mientras bailaba con su Flordemuerte.

Las calaveras flotaban en círculos perezosos sobre sus cabezas, atraídas por la energía que ambos exudaban cuando estaban así de cerca. Mortalía levantó el rostro para mirarlo con una ternura que amenazó con doblarle las rodillas.

—¿Me he excedido? —susurró.

—Está todo perfecto. Absolutamente todo —respondió él, aunque el mundo había desaparecido a su alrededor y solo quedaba ella. Ella y esos ojos que parecían contener todos los morados de la Creación—. Pero nada es ni será tan perfecto como tenerte aquí, en mis brazos.

Su esposa sonrió, muy halagada, y Salazar se deleitó con la visión de sus hoyuelos.

—Me has dado más de lo que nunca me atreví a querer, Talía.

—Y no es ni la mitad de lo que te mereces, Pedro Salazar.

Giraron despacio bajo una lluvia de pétalos luminosos, al ritmo de un compás que ya no obedecía a la música, sino al latido de sus corazones entrelazados.

Con un hondo suspiro, el Carroñero estrechó a Flordemuerte contra sí y enterró el rostro en las flores de su sien. Se perdió en su suavidad, en el calor reconfortante de su cercanía, en ese aroma embriagador a violetas y vino y corrupción, que para él se había convertido en sinónimo del hogar.

Podría morirse en él y sería feliz.

Pero pensaba hacer algo mil veces mejor: iba a *vivir* en él.

Y eso era mucho más que una bendición.

Era un sueño hecho realidad.


FIN

AGRADECIMIENTOS

Hola, gente bella. A una parte de mí le gustaría explayarse y contaros todos los cambios, vaivenes y altibajos que han tenido lugar en los tres años que llevo trabajando en esta novela. Pero en tres años caben muchas crisis, emociones y metamorfosis, y llegado este punto estoy tan agotada (en el buen sentido de la palabra) que prefiero centrarme en lo esencial: mi agradecimiento absoluto a quienes me han ayudado a lo largo de este arduo camino. Además, este libro ya es bastante gordo de por sí, así que mejor seré breve. O lo intentaré.

A Nana, por aquella llamada de teléfono que lo empezó todo.

A Manu, mi héroe de *romantasy* de andar por casa, por aguantarme mientras escribía semejante tocho. Aunque me sacaras de quicio llamando a Baalak "«Mr. Big Dick»" y lo *shippearas* con Talía solo para oírme rabiar por los pasillos. Esto me pasa por poner al malo potentorro.

A la Chachipandi, por ser una fuente inagotable de risas, apoyo y buenos consejos. Maribel, Mar, Aritz, Ana, Adella, Ava. Valéis vuestro peso en oro y me siento afortunadísima de poder llamaros amigos. Os merecéis todo lo bueno que os pase y más. Y ya sabéis, si algún individuo cuestionable os pone en un compromiso del que no sabéis cómo libraros, recordad: la violencia fecal siempre es una alternativa. O, como mínimo, un gran nombre para cuando montemos nuestra banda de *thrash metal*.

A Andrea, siempre, por ser mi público objetivo y mi fiel beta. Mil gracias por leerte la novela cuando mi cerebro frito por las reescrituras era incapaz de juzgar si la historia era potable o un despropósito. Tus opiniones siempre son enjundia para el alma.

A M.ª José, por ser la superfan que todo autor desearía tener.

A la comunidad de Bookish Artists Compendium, porque gracias a vosotros ya no estoy tan sola frente al lienzo en blanco. Las ilustraciones de este libro son mejores gracias a todo lo que estoy aprendiendo de vuestra maestría.

A las maravillosas personas de Literup, por apoyarme en este proyecto. Gracias por vuestra paciencia y generosidad cuando la vida no me daba para cumplir con todos mis compromisos.

A Ava, porque ni en la noche más oscura dejas de ser la amiga que todos necesitan y que solo unos pocos merecen. Espero que en el futuro próximo recibas multiplicadas todas las bendiciones que repartes a tu paso. A ser posible, que vengan acompañadas de una mansión lujosa con piscinas de billetes y *jacuzzis* estampados de leopardo.

A Lola, mi editora, por creer tanto en esta novela y en una servidora. Desde el principio, tu calidez y amabilidad fueron para mí como una luz al final de un túnel que hasta entonces había sido demasiado largo y oscuro. Me alegro muchísimo de haberte conocido, y solo puedo esperar que mis esfuerzos hayan contribuido a que la versión final de este libro esté a la altura de la fe y el empeño que has puesto en él.

Y al resto del equipo de NdeNovela: Gloria García, Mar Sánchez, Olga López, Elena Garrandés, Laura Colillas, Silvia Axpe, Andrea Pomar, Elisa Sánchez y muchos más cuyos nombres me dejo hoy en el tintero; no por falta de ganas, sino porque aún no he tenido el

privilegio de conocerlos. O por despiste, que también puede ser. En ese caso, os ruego que me perdonéis.

Al escritor y divulgador Jesús Callejo. Tus libros sobre feéricos de la mitología ibérica —maravillosamente ilustrados por Ricardo Sánchez, Manuel Díez y Marina Seoane— fueron una gran inspiración a la hora de buscar un referente para el Bello Pueblo de esta novela. Cuando te envié un mail preguntando dónde podía conseguir uno de tus libros, ya descatalogado, no solo me respondiste con suma amabilidad, sino que encima me facilitaste generosamente capítulos sueltos del mismo para ayudarme con mi labor. Al final, las necesidades de esta historia me obligaron a inventarme muchísimos elementos, pero una cosa está clara: mis hadas son como son gracias a tu influencia y la del resto de divulgadores que con tanto esmero y dedicación nos ayudan a redescubrir esa gran desconocida que es la mitología de nuestra tierra.

A los gatetes de mi colonia felina, por ser la principal razón de que saliera a la calle más de lo habitual (que era poquísimo) y absorbiera la suficiente vitamina D para no degenerar en un liquen humano adherido a un teclado. Aparecisteis a mi alrededor poco antes de comenzar esta novela y, muy pronto, los ratitos con vosotros se convirtieron en el respiro indispensable que me sacaba de mi eterno bucle de agobio y perfeccionismo. Por supuesto, nunca lo sabréis, porque sois gatos y eso de leer dedicatorias lo lleváis regular. Pero está bien, yo os quiero así.

Y, por último, a ti, que tienes este libro en las manos. Gracias por elegirlo entre un océano de historias. Espero que lo hayas disfrutado o que, por lo menos, te haya dado suficientes alas para escapar un ratito de la realidad y volver a ella con fuerzas renovadas. Con eso ya soy feliz.

A los que ya estabais ahí, a los que habéis llegado y a los que aún estáis por llegar.

Gracias a todos por cumplir el sueño de la niña que pintaba hadas y cementerios.

Libertad Delgado, a 30 de enero de 2026

Un edén de huesos en flor
Libertad Delgado

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño e ilustración de la cubierta y de las guardas: © Libertad Delgado (LiberLibelula)
Ilustraciones del interior: © Libertad Delgado (LiberLibelula)

© Libertad Delgado, 2026

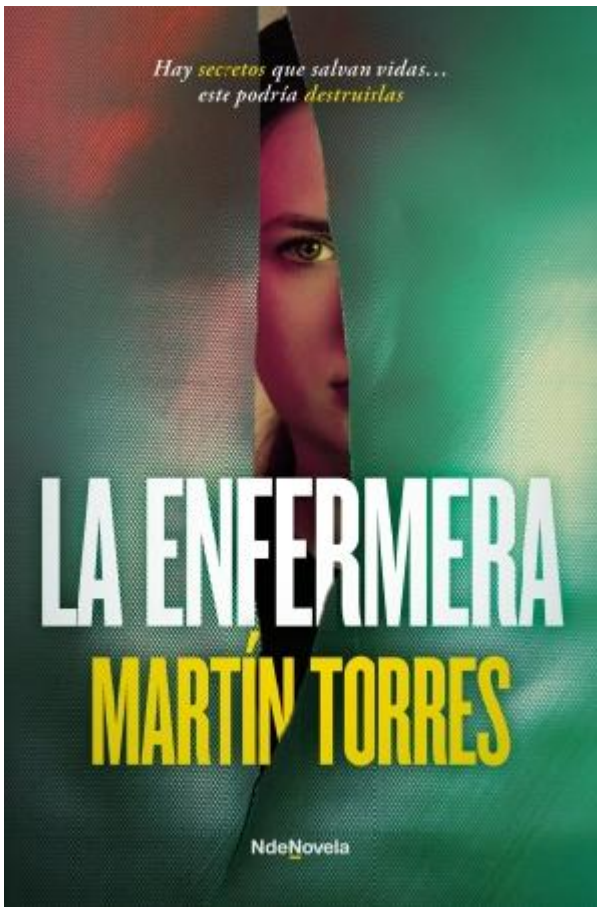
© Editorial Planeta, S.A., 2026
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-10140-47-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta





La enfermera

Torres, Martín

9788410140547

512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

HAY SECRETOS QUE SALVAN VIDAS… ESTE PODRÍA DESTRUIRLAS. EL THRILLER QUE TE HELARÁ LA SANGRE.

El Hospital Universitario Donostia se ha convertido en el epicentro de **una serie de muertes imposibles. La sala de Urgencias es un caos**: hay víctimas fatales de un accidente de tráfico, un cadáver mutilado y una paciente que le grita al diablo.

La enfermera Sophie Boussignac se descubre a sí misma en medio de un ataque de pánico y **con la cara ensangrentada**. No sabe qué ha ocurrido. Víctor Viso, un médico militar retirado que acaba de incorporarse al servicio, la ayudará a desentrañar el misterio. Ambos, rotos por sus pasados, **comprenderán que algunas heridas nunca cicatrizan**.

Con un ritmo vertiginoso, un realismo quirúrgico y una tensión sostenida, *La enfermera* se adentra en los **rincones más sombríos de la vida de un hospital**. Su autor, un médico de urgencias con años de experiencia, **transforma su conocimiento clínico en una narración salvajemente verosímil**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El café de las almas perdidas

Martínez Orts, Cristina

9788410140561

256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un refugio, seis almas perdidas y la oportunidad de empezar de nuevo, en una novela tan reconfortante como un café caliente en una tarde de otoño.

En el rincón más insospechado de Madrid existe un **oasis capaz de detener el caos de la ciudad: El Refugio de Anabel**, donde el aroma de la repostería casera y el café recién hecho invitan a volver a encontrarse. Bajo la intuición de Anabel y el espíritu de bosque de su hijo Diego, **cuatro corazones coinciden cuando menos lo esperan y más lo necesitan**.

Manuela lleva cinco años sintiéndose morir cada día en una rutina que roza el aprobado justo. **Antonio**, el romántico cartero, **sigue esperando una carta** que nunca llega. **Briana teme que su nueva floristería se marchite** antes de florecer siquiera, y **Víctor hace tiempo que se quedó sin palabras** para contar su propia historia, pese a que hace viajar las de otros como traductor editorial.

Pero la vida y la magia de noviembre —ese mes en el que el otoño roza la Navidad— tiene otros planes: viernes tras viernes, entre cafés, tartas de zanahoria y buena compañía, **los cuatro empiezan a recuperar lo que creían perdido**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Zapatos de lluvia

Magdalena, Mayte

9788410140226

472

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela inolvidable que removerá tu corazón

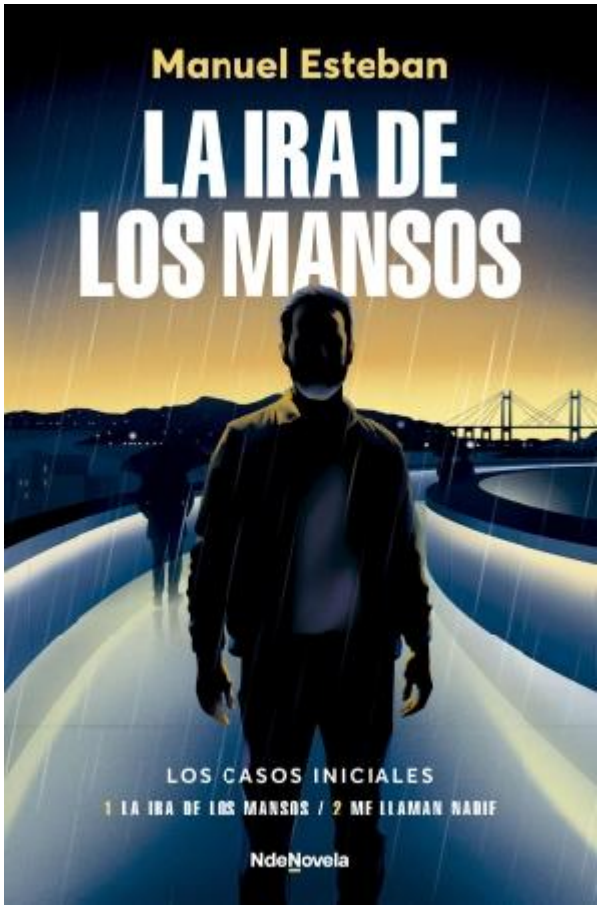
Madrid, principios del siglo XX. Paola es apenas una muchacha cuando, cansada de ser una carga para su familia, decide mudarse a

la capital con **una maleta repleta de sueños** anhelando experimentar la vida lejos de su pequeño pueblo. Allí espera encontrar lujos, romance y sofisticación, pero pronto comprenderá que la realidad es mucho más cruda de lo que había imaginado.

Alejada de sus raíces y de los suyos, como muchas otras jóvenes, casi niñas, entra a servir en una casa donde no solo hay trabajo sin descanso, sino también envidia y la inquina más profunda, lo que la obliga a madurar con precipitación.

Sin embargo, en medio del caos y de todo un entramado de vidas que se entrecruzan con la suya, Paola hallará también el amor en todas sus formas: **la amistad, el valor de una familia escogida y la pasión de un romance auténtico**. El estallido de la guerra y la necesidad de sobrevivir la fuerzan a cruzar unos límites que jamás imaginó.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La ira de los mansos

Esteban, Manuel

9788410140516

448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos novelas, un investigador inolvidable. El thriller gallego más vendido en su primer año en librerías.

El **hallazgo del cuerpo de una joven con síndrome de Down en Vigo** desencadena una investigación que sacude los cimientos de una ciudad acostumbrada a mirar hacia otro lado. Al frente del caso está **Carlos Manso**, un antihéroe desencantado y de buen corazón experto en fracasos.

Tras conocer a Pedro, también con discapacidad intelectual, **Manso arriesgará su vida**, iniciará un viaje interior de superación de prejuicios y comprenderá que, en el intento de ganar contra todo pronóstico, hay gente que comete el error de **confundir la bondad con la estupidez**. Gente a la que no le importa destruirlo todo.

Una serie humana, brillante y poderosa. ***La ira de los mansos* y *Me llaman Nadie* son el punto de partida de una saga consolidada en Galicia** y, con esta edición, que reúne **las dos primeras novelas en el mismo volumen**, podrás entrar en ella por la puerta grande.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Al subir la marea

Odriozola, Ane

9788410140363

608

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un familia rota por la ambición, la venganza y la muerte. Un linaje condenado a morir con el último Irigoyen.

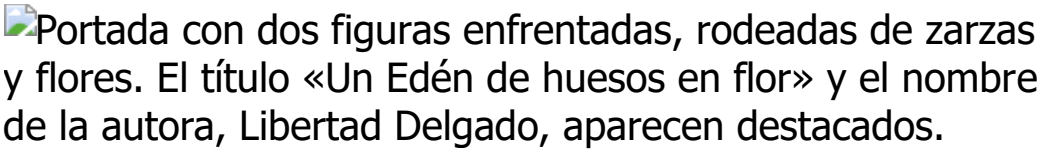
Zarauz, 1568. Bartolomé de Irigoyen, maestro astillero, lucha por preservar su legado tras el desastre sufrido en la construcción del galeón más ambicioso de su carrera: la Santa María.

En un intento desesperado por salvar su negocio y el honor familiar, se adentra en una vorágine de créditos, herencias y alianzas matrimoniales, arrastrando consigo a sus dos hijos.

Cuando Beatriz, una muchacha llena de sueños y convencida de haber encontrado el amor, irrumpe en sus vidas, lo que parecía la solución se convierte en una tormenta que saca a la superficie las heridas del pasado que nunca sanaron entre los dos hermanos Irigoyen, amenazando con el naufragio de la familia.

Dolida y humillada, la joven se verá obligada a huir de Zarauz, no sin antes plantar la semilla de una venganza que, tarde o temprano, lo cambiará todo para siempre.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada con dos figuras enfrentadas, rodeadas de zarzas y flores. El título «Un Edén de huesos en flor» y el nombre de la autora, Libertad Delgado, aparecen destacados.